

ANTÍA EIRAS

SAFARI

A LA CAZA DE TU AMOR



Safari
A la caza
De tu amor.



Antía Eiras

Todos los derechos reservados.
Autora: Antía Eiras
Web oficial: <http://antiaeiras.es>
Twitter: [@antiaeiras](https://twitter.com/antiaeiras)
Facebook: <https://www.facebook.com/antiaeiras/>
Ilustración de Portada: Génesis de Sousa Ortiz
<http://genesisendrinadesousaortiz.blogspot.com.es/>
Copyright © 2015 Safe Creative
Código: 1502263337934
Fecha 26-feb-2015 18:53 UTC
Licencia: Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dedicatoria

*Me gustaría dedicárselo a mi marido
por la paciencia infinita que ha tenido conmigo.*

En especial a mi hermana Mari.

*Y también a Génesis de Sousa
por regalarme esta portada maravillosa.*

Tienes un talento portentoso.

Gracias de corazón.

Índice

[Dedicatoria](#)

[Resumen](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Resumen

Noa Montalbo, “alias *niñata* “, es la hija de un importantísimo empresario valenciano que lo tiene todo en la vida. Ella es una mujer decidida, orgullosa y pertinaz, acostumbrada a trabajar muy duro por el respeto y el cariño de su padre. Pero un hecho importante en su vida la marcará profundamente, logrando que ella cambie de forma drástica, tornándola en rebelde, caprichosa, y muy obstinada, habituada a salirse siempre con la suya.

Pero un día se enfrenta a su progenitor, Diego Montalbo, y éste a modo de castigo y cansado de su díscola vida, la manda a trabajar a un resort de lujo que posee en medio de la sabana africana, en Kenia.

Allí conoce a Alonso Rivas, “alias *Tarzán trasnochado*” o en su defecto “*ser unineuronal*”, guía y encargado del complejo hotelero. Él es más de lo que aparenta, siendo un hombre hecho a sí mismo, de carácter rudo, prepotente y muy autoritario, y con el cuál no empezará con muy buen pie. Éste no la soporta, pues para él no es más que otra *niñata* rica y consentida que solo viene a darle problemas. Y vive demasiado tranquilo y feliz en su parcela del Edén, para que venga ella a trastocarle la vida.

Pero aunque Noa está acostumbrada a manejar a los hombres a su antojo, se da cuenta que no puede con Alonso. Y éste, acostumbrado a llevar siempre la batuta y que se le respete por su trabajo, se encuentra con que Noa es demasiado rebelde para domarla. Por lo que cada vez que se tropiezan saltan chispas entre ellos.

Los dos vivirán una aventura llena de amor, atracción, pasión, celos, drama, humor, e intriga, ya que nada de lo que les rodea en ese paraíso es lo que parece. Y que los llevará a ambos a luchar entre sí, pero sobre todo contra ellos mismos, por lo que sienten. Ya que se odian con la misma intensidad con la que se atraen.

Pero solamente juntos, podrán luchar contra todos los que intentan separarlos, para lograr al fin, alcanzar la felicidad.



Prólogo

Un mes antes.

Cuando Noa llegó a la mansión, su padre ya la estaba esperando en su despacho. Como todo lo que había en esa casa, era enorme y ostentoso, acorde con su dueño, uno de los empresarios más importantes de Valencia, por no decir el más importante. Pero ella estaba acostumbrada a todo ese lujo, y no le daba la más mínima importancia. Entró sin llamar, porque sabía que eso le molestaría, y con indolencia se dejó caer en el sillón que estaba frente al escritorio.

El hombre dejó de escribir en el documento que tenía delante de él, y apoyó con suavidad la pluma encima de la mesa. Se reclinó en la silla, y cruzó las manos mientras observaba a su hija con detenimiento.

— ¿Dónde están los modales que se supone te enseñaron en las mejores escuelas que yo te he pagado? ¿Ahora tampoco te dignas a saludar a tu propio padre?

Ella lo miró con hastío y esbozó una falsa sonrisa sólo dirigida a él.

— ¡Hola papa!— y dejando de sonreír en el acto le preguntó. — ¿Así está bien?

El hombre suspiró cansado de su actitud, y se pellizcó el puente de la nariz después de dejar las gafas encima del escritorio.

— ¿Por qué lo tienes que hacer todo tan difícil Noa?—Le preguntó clavándole su mirada de reproche. — Desde hace casi dos años has cambiado tanto que ya casi no te reconozco.

—Bueno, las personas cambian.

—Pero normalmente lo hacen para bien, y en tú caso ha sido todo lo contrario. Tu hermano nunca actuaría de esa manera, tu hermano...

Ella se levantó molesta de la silla.

—Sí ya lo sé, mi hermano es don Perfecto. —lo interrumpió groseramente. —Si me has hecho venir a las ocho de la mañana, para decirme lo decepcionado que estás conmigo y lo buen hijo que es Daniel, te informo que estoy demasiado cansada como para escucharlo nuevamente. Así que si me disculp...

— ¡Siéntate ahora mismo!—ladró su padre interrumpiéndola él esta vez.

Y aunque ella lo hizo, le dejó bien claro con su actitud que no estaba de acuerdo con ello.

— ¿Acaso te crees que no sé perfectamente de dónde vienes? ¿Qué no me he enterado de tu vida disipada? ¿Qué te dedicas a ir de fiesta en fiesta con tus amiguitos sin pegar un palo al agua?

—Lo que yo haga con mi vida o deje de hacer no es asunto tuyo.

— ¡Por supuesto que lo es!—Le increpó enfadado a la vez que se levantaba de la mesa. — Desde el mismo momento que lo pagas todo con mi dinero es asunto mío. Porque al final, soy yo el que paga tu Mercedes descapotable último modelo, el que

amortiza tu apartamento de lujo en el centro de Valencia, el que costea tu ropa de marca y todos tus demás exorbitantes caprichos.

— ¿De eso trata todo esto? ¿De tú cochino dinero?—le preguntó ella rabiosa.

— ¡Por supuesto que no, maldita sea! ¡Se trata de tu vida! ¡De lo que estás haciendo con ella desperdiciándola!

— ¡Ya te he dicho antes que eso es asunto mío!—le contestó levantándose también.

— ¡Pues yo no me voy a quedar sentado viendo como la hechas a perder! ¡Y no me vas a dejar más opción que tomar medidas al respecto!—la amenazó mientras apoyaba las manos y se inclinaba encima de la mesa.

— No me das ningún miedo. —Le retó colérica. — ¿O que vas a hacer? ¿Me vas a desheredar?

Él se quedó callado un segundo y muy lentamente se volvió a sentar. Noa abrió un poco más los ojos, y fue la única señal casi imperceptible que demostró de sorpresa al gesto de su padre. Lo conocía lo suficiente para saber, que cuando demostraba calma era cuando más enfadado estaba. Y Diego Montalbo no había llegado a donde había llegado en la vida por ser un tierno corderito.

—Escúchame bien Noa, porque es la última oportunidad que te doy. Si de aquí en un mes no cambias tu actitud, no me dejarás otra opción que cancelarte las cuentas y las tarjetas de crédito, cambiar la cerradura de tu apartamento, y retirarte el coche. Por lo que te las tendrás que apañar tu solita, porque por supuesto, mi apoyo también te lo retiro. Y si crees que me voy a ablandar estás muy equivocada, ya que tampoco serás bienvenida en esta casa.

— ¡No te atreverías!— replicó con un deje de miedo en su mirada.

—No me pongas a prueba hija, porque te podrías llevar una muy mala sorpresa.

Ella lo observó durante unos segundos, calibrando la veracidad de su amenaza. Y empezó a dibujar una mueca torcida de suficiencia mientras se cruzaba de brazos.

—Mamá no lo permitiría.

—Lo hacemos por tu bien, cariño. —dijo una voz detrás de ella.

Y cuando se giró, observó a su progenitora de pie delante de la ventana que daba al jardín, casi escondida detrás de las cortinas.

— ¿Así que ahora os ponéis de acuerdo para ir en contra mía?—Le preguntó dolida. —Hasta ahora os importaba muy poco lo que yo hiciera o dejara de hacer, pero pensaba que por lo menos podría contar contigo mamá.

—Eso no es cierto. Siempre nos has importado, y sabes perfectamente que me tienes para lo que quieras. —le contestó afligida por su reproche.

—No intentes manipularla Noa, esta vez tus chantajes emocionales no te van a servir de nada. —le informó su padre.

— ¿Y tú me hablas de chantajes a mí?—le preguntó furiosa girándose hacia él. — ¿Por qué entonces a esto como lo llamarías papá?

El hombre se levantó de su asiento nuevamente, y con los puños clavados encima de la mesa siseó furioso.

— ¡Esto es un ultimátum!

Noa se quitó las gafas de sol, y apoyándose ella también en la mesa le clavó su iracunda mirada.

—Porque eres mi padre y te respeto, sino te informaría ahora mismo de lo que haría yo con tu asqueroso dinero y tu maldito ultimátum.

Y colocándose nuevamente las gafas de sol, se dio la vuelta y se encaminó a la salida.

— ¡¿A dónde vas señorita?!—le preguntó furioso observando cómo se marchaba. — ¡Todavía no hemos acabado de hablar!

—Yo no tengo nada más que decir. —le contestó cerrando a continuación la puerta de un golpe.

— ¡NOA!

Capítulo 1

Alonso cada vez estaba más impaciente. Llevaba un buen rato en el aeropuerto de Nairobi, y todavía no había ni rastro de la persona que tenía que recoger. Con la de cosas que tenía que hacer, para tener que ser ahora la niñera de la hija de su jefe.

¡Maldita sea!

Soltó un suspiro de alivio, cuando por fin vio como los pasajeros aparecían por la puerta de desembarque, y ansioso buscó con la mirada a la mujer que se suponía tenía que llevar. Después de un buen rato esperando, alzó un poco más el letrero que ponía *Srta. Montalbo*, para que ella lo reconociera y no perder tanto tiempo. Cuando de repente, una sonrisa divertida asomó a su rostro. Acababa de ver a una mujer que estaba totalmente fuera de lugar en ese sitio. Parecía una modelo salida de una revista de moda. Y se veía completamente ridícula, con su vestido totalmente blanco y muy ceñido al cuerpo, a juego con unos zapatos de tacón de vértigo, y una enorme Pamela que le ocultaba medio rostro, oculto detrás de unas grandes gafas de sol. Entre tanto, desesperada tiraba de un carrito lleno de maletas a rebosar, y la gente se reía disimuladamente de ella. Pero la sonrisa se le borró de golpe, cuando ella lo ubicó y se dirigió decidida a donde él estaba, mientras sacaba de su ridículo y blanco bolso un teléfono móvil.

— ¿Es usted el señor Rivas?—le preguntó cuándo llegó a su altura.

—Así es.

— ¡Gracias a Dios!—Prosiguió hablando. —Si es tan amable de llevarme las maletas, quiero salir de este infierno lo antes posible.

Y observó cómo le iba diciendo eso mientras caminaba hacia la salida, ignorándolo por completo, a la vez que miraba la pantalla de su teléfono móvil. Él arqueó una ceja sorprendido por su actitud, hasta que ella se paró en seco cuando se dio cuenta de que no la seguía. Así que cuando se bajó un poco las gafas de sol para mirarlo con altanería, él muy despacio, arrugó el letrero de papel con las manos y lo tiró en una papelera cercana, en tanto se acercaba a ella con una cínica sonrisa.

—Yo también me alegro de conocerla señorita Montalbo, y espero que su viaje haya sido placentero. Si es tan amable de seguirme con mucho gusto la llevaré a su destino.— e hizo lo mismo que ella había hecho segundos antes, mientras seguía hablando sin detenerse en ningún momento.— Pero no soy ni su sirviente ni su portamaletas, así que la esperaré fuera mientras se pelea con su equipaje.

Y la dejó plantada allí, con la boca abierta sin dar crédito a lo que había hecho, totalmente anonadada por su comportamiento y sin esperar contestación.

Quizás si probaba de su propia medicina se pensaría mejor el ser tan maleducada. — pensó mientras salía del aeropuerto y se dirigía a su jeep.

Pero de repente escuchó el ruido de unos tacones que lo perseguían.

— ¡Espere un momento!

Y cuando se paró en seco y se giró, para observarla correr torpemente hacia él con los tacones de vértigo que llevaba, le habló muy molesta cuando se acercó.

—Creo señor Rivas que aquí ha habido un malentendido. Yo soy la hija del dueño de Resorts Montalbo, y vengo en sustitución del director Emilio Andrade. Por lo que a todos los efectos soy su jefa, por tanto, le exijo que coja mis maletas y las coloque en el coche que nos lleve al hotel.

Alonso se puso las gafas de sol y la observó detenidamente. La verdad es que era una mujer muy hermosa. Rubia y con una muy buena figura, quizás un poco delgada para su gusto, pero tenía que admitir que tenía buen cuerpo. Y con unos increíbles ojos azules, que había podido vislumbrar cuando antes se había bajado un momento las gafas. Lástima que fuera tan desagradable y fastidiosa. Así que le enseñó su sonrisa más desdeñosa y prepotente, para dejarle en claro quién era el que mandaba allí.

—Tiene razón señorita Montalbo, aquí se está cometiendo un lamentable error. Le sugiero dos cosas; La primera, es que llame a su padre para que le informe convenientemente, de cuáles serán sus funciones a partir de ahora como directora de Resorts Montalbo. Y la segunda, es que si no quiere que le desaparezcan todas sus pertenencias, le aconsejaría que vaya enseguida a buscar sus maletas, o en breve ya no tendrá que preocuparse de qué ropa ponerse mañana.

Y en cuanto le dijo eso, ella asustada miró hacia atrás, descubriendo con pesar que él tenía razón. Ya que dos niños de no más de diez años, estaban intentando llevarse una maleta, mientras la gente que había a su alrededor no hacían nada por evitarlo.

— ¡Eh, soltad eso ahora mismo!—gritó mientras volvía corriendo.

Observó divertido cómo corría con dificultad, mientras se agarraba el ridículo sombrero, que a punto estuvo varias veces de salir volando. Se caló su gorra de béisbol y se dirigió hacia el jeep, a la vez que sacudía la cabeza asombrado por las tonterías que hacían las niñas ricas y consentidas como ella. Y preguntándose, ¿qué diablos hacía esa mujer allí?, en tanto se cruzaba de brazos y se apoyaba en el vehículo.

Unos días antes había hablado con el mismo Diego Montalbo, quien había sido el que le informara sobre el viaje de su hija, dejándole muy claro que nada del acuerdo que había entre ellos iba a sufrir ningún cambio. Solo le había pedido, que si su hija no se comportaba correctamente hablara con él, y tomaría las medidas necesarias al respecto.

No entendía que podría haber ocurrido, para que el hombre tomara la decisión de enviarla a trabajar allí. Era cierto que Emilio, el antiguo director, por motivos de salud hacía unos meses que se había marchado hacia Madrid, donde lo examinarían apropiadamente, ya que allí no disponían del tratamiento adecuado para su enfermedad. Incluso el propio Alonso se había tenido que poner muy duro con él, para que se fuera a tratar y viera a su familia en España. Pero su jefe no le había dado más explicaciones, sobre los motivos reales de la llegada de su hija a Kenia, dejándolo con la intriga de los motivos de esta inesperada visita.

Observó irritado su reloj, al percatarse de que la mujer estaba tardando más tiempo del necesario, para traer unas malditas maletas. Cuando de repente la vio aparecer, luchando con el carrito y con una expresión furibunda en su rostro. Al llegar a su lado, se quitó el extravagante sombrero y se empezó a abanicar con él, mientras respiraba con dificultad por el esfuerzo ejercido.

—He intentado hablar con mi padre como usted muy oportunamente me aconsejó...—le dijo mientras levantaba una ceja con desdén. —pero no me contesta. Intentaré de nuevo...

—No tenemos tiempo para eso. —le cortó de forma seca, a la vez que agarraba el equipaje y lo introducía en la parte de atrás del jeep.

—No hace falta ser tan grosero. —le recriminó, mientras observaba como él subía sus pertenencias al coche bruscamente. —Solo será un momen...

—Mire señorita...—la volvió a interrumpir. —ya hemos tardado más de la cuenta, y todavía tenemos un largo viaje por delante. No sé usted, pero a mí no me apetece nada que nos coja la noche. Así que si quiere perder el tiempo haciendo llamaditas, hágalo mientras volvemos al hotel, pero yo me marcho en este mismo instante. Y si no está de acuerdo, puede usted quedarse, por mí no hay problema.

Cerró la puerta de atrás de un golpe y se dirigió hacia el asiento del conductor. Y cuando se dio cuenta de que ella todavía no se había subido, le tocó a él bajarse las gafas con impaciencia a la vez que le preguntaba.

— ¿Ha tomado ya una decisión o necesita todo el día?

Noa resopló ofendida. Se encasquetó la Pamela, y se colocó las enormes gafas de sol para después subirse al jeep, resultándole un poco complicado, ya que el vestido era tan ceñido y entubado, que no era capaz de levantar suficientemente la pierna como para alcanzar la puerta.

—Si no le llega tiene un escalón donde apoyar el pie para poder subir. —le gruñó impaciente.

— ¿Y qué se cree que estoy intentando hacer? ¿Bailar sevillanas? —le contestó furiosa.

— ¡Oh, por el amor de Dios!

Y se bajó a toda prisa para rodear el coche y advertir, cómo le era literalmente imposible subir la pierna hasta el peldaño que tenía el vehículo. Así que cogió una pequeña navaja que llevaba en uno de los bolsillos laterales del pantalón, y le rasgó el vestido por la parte de abajo, haciéndole una profunda raja para que le permitiera libertad de movimientos. Cuando ella se dio cuenta de lo que había hecho, aspiró aire con fuerza totalmente estupefacta, para gritarle a continuación.

— ¡¿Pero que ha hecho?! ¡Está loco! ¿Tiene idea de cuánto cuesta este vestido?

—Prefiero no saberlo. —le respondió mientras se volvía a subir al jeep.

— ¡Le puedo asegurar que más de lo que cobra usted en un año!

— ¿Va a montarse o se va a pasar el día llorando por un estúpido trapo?

— ¡¿Cómo que un trapo?!—Le preguntó sorprendida. — ¿Le ha llamado... ¡TRAPO!?! ¿A mí precioso vestido?— y comenzó a insultarle mientras se subía. — ¡Oh, es usted un salvaje, un bruto, un estúpido, un gañán...!

Él arrancó y se incorporó al infernal tráfico de Nairobi sin hacer el menor caso a sus improperios, ya que estaba más pendiente de los peligrosos vehículos que estaban a su alrededor, que a lo que ella estaba diciendo.

—Le puedo asegurar que en cuanto hable con mi padre se va a enterar de lo que me ha hecho. Y tenga por seguro que lo voy a despedir. No le voy a consentir a nadie que me trate de esta manera tan abominable. Éste vestido de Armani era uno de mis

preferidos, y lo ha echado a perder del todo. ¡Un trapo! ¡Será ignorante! Y dé por hecho que se lo descontaré del finiquito. —Seguía refunfuñando minutos después, mientras intentaba infructuosamente contactar con su padre desde el móvil. — ¡Maldita sea, es que no hay una mísera cobertura en este mugriento país!

De pronto Alonso se echó bruscamente a un lado de la carretera, logrando que ella se callara durante unos segundos sorprendida por la maniobra. Se quitó las gafas y las tiró con enfado encima del salpicadero, y se apretó los ojos con los dedos de la mano en un intento por calmarse.

— ¡Escúchame bien, *niñata* malcriada y consentida!—Le soltó girándose hacia ella. — No tengo ni idea de por qué tu padre te ha mandado aquí, pero te voy a dejar muy clara de cuál es la situación en este momento. Don Diego me llamó hace unos días, para informarme de que ibas a sustituir a Emilio en el hotel, pero que la situación y las condiciones de mi trabajo y responsabilidad seguían siendo las mismas. Por tanto, te informo que yo soy tu jefe, yo soy el que decide y el que manda, y tú tendrás que seguir mis órdenes sin rechistar. Y si no estás de acuerdo, puedes llamarlo y exponerle tus protestas. Pero también me advirtió, que si causabas un solo problema, te comprara de inmediato un billete de vuelta a Valencia. Ya se encargaría él después de tomar las medidas oportunas contigo. Así que tú decides, si vas a estar calladita y sin molestarme hasta que lleguemos a nuestro destino, o si doy la vuelta para comprarte un billete de vuelta a España.

Ella lo observó atónita durante unos segundos desde detrás de sus gafas, para después girar la cabeza hacia la ventanilla negándose a contestarle.

—Me tomaré eso como un sí.

Y volvió a reanudar su camino en la carretera.



Habían pasado unas horas desde la salida de Nairobi, y Noa miraba sin ver, la carretera sumida en sus funestos pensamientos. Se lamentaba amargamente de lo injusta que era la vida con ella. Desde aquella conversación en el despacho de su padre hacía un mes, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Había dado por supuesto, aunque evidentemente se equivocó por completo, que él no se atrevería a ejecutar su amenaza, por lo que siguió con su vida como si no hubieran mantenido aquella reunión. Pero un buen día al llegar a su apartamento, después de una gran fiesta en casa de unos amigos, se encontró con que habían cambiado la cerradura de la puerta de entrada, también habían cancelado sus cuentas y tarjetas de crédito, y unos días después la grúa se había llevado su coche. Por lo que fue evidente que su padre había ejecutado su ultimátum, y por supuesto la había dejado sin nada. Y aunque intentó hacerse la digna y mantener su orgullo intacto durante un tiempo, no le quedó más remedio que mostrarse en presencia de don Diego Montalbo con el rabo entre las piernas. Ya que sus contactos para conseguir un empleo acorde a sus estudios, y lo suficientemente alto como para mantener su estilo de vida, o no necesitaban a nadie en ese momento, o su padre expresamente les había pedido que le negaran el trabajo. Sus supuestos amigos, en cuanto supieron de su caída en desgracia, dieron la espantada por

respuesta, dejándola más sola que la una. Menos su amiga de toda la vida, Paula, que había sido la única que le había ofrecido que viviera con ella hasta que resolviera su situación económica. Pero con la crisis tan grave en la que estaba sumido el país, de las únicas entrevistas de trabajo que le habían llamado, eran para cubrir puestos de simples secretarías, o empleos como camarera en pubs o restaurantes. Y honestamente, lo que le pagaban no le llegaba ni para costearse sus mechas, en el salón de belleza donde solía acudir. Así que tenía demasiada dignidad y orgullo propio, para pedirle dinero a su amiga y que la siguiera manteniendo, por lo que no le había quedado más remedio que presentarse delante de su padre y pedirle disculpas. Pero aunque éste las había aceptado, lo hizo bajo la exigencia de que a partir de ese momento se tendría que pagar sus caprichos con su trabajo. Y el único puesto vacante del que disponía en ese momento para ofrecerle, era del director de Resorts Montalbo. Por lo tanto allí se encontraba, en un país tercermundista donde nadie en su sano juicio querría trabajar, sola y abandonada, y con un hombre insufrible al que tenía que soportar. Por lo menos, hasta que llegaran al hotel y pudiese hablar con su padre, para darle las quejas oportunas. Parpadeó varias veces para contener las lágrimas, pero antes muerta que permitir a ese animal que la viera llorar. Y aprovechó ese momento para observarlo disimuladamente.

Tenía que admitir, muy a su pesar, que era un hombre muy atractivo. Moreno, de poco más de metro noventa, delgado pero en forma, con una frente ancha y los rasgos marcados. Mandíbula cuadrada con una barba incipiente y poco poblada, unos labios llenos y sensuales, y unos ojos ocultos detrás de las gafas de sol, por lo que no sabría decir de qué color eran.

Entrecerró los suyos y lo miró con odio, al recordar la humillación y la forma tan abominable en que la había tratado. Nunca, en toda su vida la habían ofendido de esa manera. Pero se juró que se las iba a pagar, tarde o temprano se las cobraría todas juntas. Y sonrió al pensar en la cara que se le quedaría, cuando le informara que estaba fulminantemente despedido.

De pronto pegó un bote en su asiento, al asustarse con un impresionante trueno que se escuchó casi encima de sus cabezas. Había estado tan ensimismada en su autocompasión, que no se percató de que se avecinaba una tormenta. Y por las nubes oscuras que se veían por el horizonte, y el siguiente rayo que cayó seguido por un estruendoso estallido, le hizo imaginar que iba a ser un aguacero importante. Como así fue.

Minutos después estaba totalmente aterrorizada. Pareciera que el cielo se hubiera abierto en canal, y el Diluvio Universal se hubiera desatado. Alonso maldecía sin parar, cuando se quedaron atrapados en el barro que se había formado, logrando que las ruedas del jeep patinaran en él. Hacía tiempo que habían abandonado las carreteras asfaltadas, y ahora se movían por caminos de tierra de color ocre, rodeados de fauna y flora totalmente salvaje. Y Noa intentaba no gritar, cada vez que veía como un rayo atemorizante caía muy cerca de ellos. Cansado de hundirse más en el lodo, el hombre se bajó del coche intentando buscar una piedra o madera que poner debajo de las ruedas, para que el vehículo tuviera donde agarrarse y no patinara y poder salir de allí. Y al poco tiempo abrió la puerta de su lado, para gritarle que saliera y le ayudara.

— ¡Estás loco!—protestó. — ¡No pienso salir de aquí!

—Si no quieres que pasemos la noche en este lugar, te aconsejo que muevas tu trasero de niña rica y me echas una mano.

Ella observó a su alrededor, y decidió que esa opción era mejor que la de quedarse con él allí, rodeados de animales salvajes toda la noche. Por lo tanto, después de resoplar y maldecir su suerte, se bajó del vehículo para quedarse hundida en medio de todo el lodo. Cuando intentó moverse le resultó difícil, y un grito de frustración surgió de su garganta, al darse cuenta de que sus preciosos zapatos se habían quedado enterrados en medio de aquel fango.

— ¡Arg!—Gritó furiosa mientras intentaba rescatarlos. — ¡No puede ser! ¡Mis Armand Basi!

— ¿Y ahora qué pasa?—le preguntó Alonso cuando se acercó a ella.

— ¡No, no, no, no...!.—Lloriqueó abatida observando sus destrozados zapatos. —Mis preciosos zapatos... están inservibles.

Él observó extrañado como gimoteaba por ese ridículo calzado, y se acercó a la puerta del jeep para sacar de debajo de su asiento un pequeño machete.

—No te preocupes *niñata*, todavía tienen solución.

Y decidido agarró los zapatos, para amputarles con su machete los tacones de aguja y dejarlos planos. Cuando se los devolvió, a Noa se le había desencajado la mandíbula de lo abierta que tenía la boca, y los ojos se le salían de las órbitas.

— ¡TÚ!—Vociferó furiosa cuando recuperó el habla, mientras blandía el destrozado calzado como arma. — ¡Eres el ser más despreciable que he conocido en mi vida! ¡Bestia! ¡Animal! ¡¿Cómo has podido?!

— ¿Y ahora qué te pasa?—Cuestionó sorprendido por su actitud. — ¡Te los acabo de arreglar! ¿Cuál es el problema?

— ¿Qué cuál es el problema? ¿Y me preguntas qué cual es el problema?—Le preguntó histérica. —El problema es que me los acabas de destrozar definitivamente. ¡Bruto!. ¡Zopenco!.—le chillaba mientras se los lanzaba como arma arrojada.

Su día había sido pésimo, y todo había empezado a torcerse desde que había conocido a ese imbécil. Y ahora para rematarlo, se encontraba debajo de la lluvia empapada hasta los huesos, muerta de miedo por los rayos, y por la sensación de que en cualquier momento un animal salvaje se abalanzaría sobre ella. Y para terminar esa bonita estampa, ese inútil hombre había destrozado sus preciosos y carísimos zapatos.

¡Era el colmo!

Cuando se quedó sin ellos, se agachó para recoger barro y tirárselo también, tan fuera de control estaba. Hasta que él después de esquivar sus ataques, la agarró con fuerza de los brazos para ponerlos detrás de su cuerpo e inmovilizarla.

— ¡Basta!—Le gritó furioso. — ¡Son solo unos malditos zapatos!

Y se quedaron retándose con la mirada, sus rostros a escasos centímetros, mientras sus cuerpos se rozaban y sus alientos se entremezclaban furiosos, a la vez que la lluvia humedecía sus cuerpos. Y durante una milésima de segundo, él observó atraído como por un imán esa boca entreabierta, hasta que ella la utilizó para hablar.

— ¡Esos malditos zapatos estúpido, eran míos!—masculló rabiosa.

Alonso la soltó tan rápido como si le hubiera mordido una serpiente, y recuperando la cordura al momento la amenazó.

—Muy bien, pues si no quieres sufrir su mismo destino, te aconsejo que te pongas a trabajar y me ayudes a sacar el coche de este barrizal.

Ella lo miró con todo el odio del que fue capaz y le soltó con desprecio.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de perderte de vista.

—El sentimiento es mutuo, *niñata*. —le contestó con una cínica sonrisa.

Y Noa se giró dándole la espalda, he intentado encontrar cualquier cosa que le sirviera para meter debajo de las ruedas del jeep, y salir de allí lo antes posible. Trabajaron en silencio, hasta que Alonso le pidió que empujara todo lo que pudiera, mientras maniobraba con las marchas cortas del motor cuatro por cuatro. Dejándola embarrada de pies a cabeza al patinar las ruedas, hasta que consiguió sacar el vehículo.

Cuando el hombre observó las pintas que ella tenía, no pudo evitar soltar una enorme carcajada al advertir, como su immaculado vestido blanco estaba manchado de barro, su precioso pelo rubio estaba empapado y pegado a su cara con pegotes de tierra, descalza y con fango hasta los tobillos. La mujer a la que unas horas antes había recogido en el aeropuerto, no tenía nada que ver con el espanto que tenía delante. Y ella exasperada, le enseñó el dedo corazón extendido a modo de saludo.

—Pero qué maleducada me ha salido la mocosa mimada ésta. ¿Sabe tu papá que eres tan grosera?—se burló mientras se subían al coche.

— ¡Vete a la mierda!—siseó furiosa.

Y volvió a reírse de ella.

—Además de impertinente, también es gruñona y mal encarada. Eres un dechado de virtudes, querida.

Y lo único que consiguió, fue que se cruzara de brazos enfurruñada y le diera la espalda, mientras clavaba la mirada por la ventanilla, observando como alguna que otra gacela corría para resguardarse de la lluvia. Así que retomó el viaje que había sido interrumpido por la tormenta.

Tardaron más tiempo del que habrían necesitado para llegar hasta el complejo hotelero, cerca del parque nacional Aberdare, por culpa de las malas condiciones del camino. Y cuando lo hicieron ya había anochecido. Y Noa estaba tan aliviada, que podría llorar de alegría solo por ver una cara amiga, distinta al ser insoportable con el que había tenido la desgracia de viajar.

Los recibió una mujer negra llamada Asha, que enseguida llamó a unos hombres para que le ayudaran a llevar el equipaje. Y sí se extrañó de encontrarla en esas deplorables condiciones, se cuidó muy bien de no decir nada. Alonso le pidió a su compañera, que la condujera a su habitación y le procurase lo que necesitase, y ella de forma muy descortés se alejó de él sin tan siquiera despedirse. En lo único que pensaba era en darse una buena ducha, y después hablar con su padre para poner a ese odioso hombre en su sitio. Saborearía el momento en el que pusiera de patitas en la calle a ese estúpido y engreído gusano.

Voy a disfrutar enormemente cuando llegue ese momento. —pensó con una sonrisa en su cara.

Capítulo 2

Había pasado día y medio desde su desastrosa llegada, y en esos momentos Noa estaba disfrutando de una agradable mañana tomando el sol en la piscina, cuando de pronto sintió como una sombra tapaba su rostro. Abrió el ojo izquierdo con pereza y soltó un suspiro de desdén, cuando observó a la persona que la estaba ocultando de los rayos solares que calentaban su cuerpo. Alargó su brazo con elegancia mientras cogía su Caipiriña, y procedía a darle un sorbo a su pajita.

Aquella noche después de darse la tan ansiada ducha, y quitarse todo el barro que tenía adherido a su cuerpo, había intentado contactar con su padre, pero le había sido imposible. Más tarde sería informada por Asha, que por culpa de la tormenta tanto el tendido eléctrico como el telefónico habían sufrido percances, pero que seguramente al día siguiente estaría todo arreglado, como así fue. Pero su sorpresa fue mayúscula, cuando a la mañana siguiente consiguió hablar con él, y después de contarle todo lo que había pasado, su respuesta no fue la que había esperado. Su padre le dejó muy claro, que el que mandaba allí era Alonso Rivas, y que tenía que seguir todas y cada una de sus órdenes. Y que si no lo hacía y recibía una sola queja de él, tendría que atenerse a las consecuencias. Y ella sabía perfectamente cuales eran esas consecuencias, y no estaba dispuesta a sufrirlas por culpa de un salvaje y grosero guía de pacotilla. Lo que no entendía era por qué su padre confiaba tanto en ese hombre.

Así que ya que estaba en un resort de lujo en medio de la sabana Africana, disfrutaría de las comodidades y placeres que le proporcionaría el lugar. El día anterior después de pasar una noche horrible, pues los ruidos de los animales no la habían dejado conciliar el sueño, además del enfado que tenía por culpa de ese estúpido hombre, se levantó tarde y pidió que le enviaran el desayuno a su habitación. Las ocho horas de vuelo entre Madrid y Nairobi, con el anterior transbordo desde Valencia-Madrid, la habían dejado agotada. Sin contar con las cuatro horas de más hasta llegar al resort. Y cuando salió de su cuarto era avanzada la tarde, por lo que se dedicó a inspeccionar un poco el recinto, que por cierto era enorme. Rezando con no encontrarse con el odioso individuo que tenía ahora mismo delante de ella, para poco tiempo después volver a su habitación a descansar.

— ¡Por fin te encuentro!

Noa dejó con lentitud su bebida en la mesita que tenía a su lado, para después acomodarse mejor en la tumbona.

— ¿Y lo has hecho tú solito? ¿Sin ayuda?—se mofó— ¡Vaya! Te doy mi más sincera enhorabuena.

Él la observó divertido por su burla, hasta que ella agarró su protector solar y se lo empezó a extender por el cuerpo. No se había fijado antes que estaba en biquini, y sus ojos no se pudieron apartar de esa figura perfecta. Durante unos segundos no pudo decir palabra, hasta que se maldijo mentalmente y le habló con dureza.

—Si no recuerdo mal, no has venido aquí de vacaciones ni para que te traten a cuerpo de reina, así que levántate y ven conmigo, ya es hora de que empieces con tus obligaciones.

Noa se bajó un poco las gafas de sol para verlo por encima de ellas, y después soltó un largo suspiro de fastidio, mientras se las volvía a colocar en su lugar.

—Me dejaste bien claro que aquí el único que sabe hacer las cosas eres tú, así que no entiendo que es lo que con tanta prisa tengo que hacer para que estés tan apurado. Relájate Alonso, no me extraña que tengas esa cara de amargado, estás demasiado estresado y eso no es bueno para nadie.

—Mira *niñata*, no tengo ni tiempo ni energía para tus tonterías. Estoy sin dormir, y lo que menos me apetece es tener que aguantarte, así que levanta tu trasero de ahí y ponte a trabajar. Mientras tú has estado vagueando, los demás hemos trabajado sin descanso, por lo tanto, ya es hora de que eches una mano como todo el mundo.

Ella le sonrió con desprecio mal disimulado, mientras cogía su bebida para volver a darle un sorbo, ignorando por completo su orden. Y eso a Alonso lo estaba sacando de quicio, sobre todo porque no era capaz de quitarle los ojos de encima, a ese cuerpo perfecto bañado por el sol.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a obligar?

Y después de unos segundos sopesando la situación, sonriéndole él también con arrogancia, le contestó mientras sacaba un teléfono satélite de su bolsillo exterior del pantalón, y desplegaba la antena.

—En absoluto. No tienes ni idea de lo feliz que me hace poder realizar esta llamada. Estaba deseando que me dieras un motivo para tener que hablar con tu padre.

— ¡Espera!—exclamó ella.

No pudo evitar mirarlo con odio. La tenía en sus manos y él lo sabía. ¡Dios!, como le gustaría poder borrar de su cara esa insolente sonrisa. Despreciaba a ese imbécil más de lo que se podía imaginar.

Así que se levantó de la tumbona y se acercó a él, pensando en cómo podía cambiar esa situación y ponerla a su favor. Y percibió con regocijo, como Alonso observaba su cuerpo con deseo, clavándole su mirada intensamente. Y decidió en ese momento que quizás era mejor tratar ese asunto desde... otra perspectiva.

—Discúlpame si he interpretado mal la situación. —Le susurró mientras desplegaba todas sus armas de seducción. —Creía que no querías tenerme cerca, y pensé que esta era la mejor solución. Tú por un lado y yo por otro.

Y a la vez que le hablaba levantó los brazos para recogerse el pelo en una coleta, y se dio cuenta con satisfacción, como el hombre no podía apartar los ojos de sus pechos. Y después acarició con suavidad su camisa, mientras desplegaba una radiante sonrisa dirigida solo a él, y se acercaba rozando con los senos su torso.

—Pero quizás me he equivocado. —ronroneó a la vez que se mordía un dedo de forma sugerente. —Porque no hacemos una cosa. Yo me acabo con tranquilidad mi coctel mientras sigo tomando un poco más el sol, y después de comer, hablamos tranquilamente sobre cuáles serán a partir de ahora mis obligaciones. ¿Te parece bien?

Él apartó con dificultad la mirada de su escote para dirigirla hacia su cara, y se lamió los labios mientras se acercaba un poco más a ella. Y sonrió de forma astuta, a la vez

que le murmuró con la voz ronca, mientras ella reambulaba al notar la expresión depredadora en su rostro. De pronto a Noa la situación ya no le pareció tan buena idea.

—Creo querida, que tienes razón...—le dijo a la vez que ella seguía retrocediendo. —quizás hemos empezado con mal pie tu y yo.

Y para su sorpresa, la agarró por la cintura para acercarla más a él. Y ella notó, como un cosquilleo recorría su cuerpo desde el estómago hasta el corazón, consiguiendo que éste empezase a latir más fuerte de lo normal.

—Eso mismo estaba pensando yo. —balbuceó nerviosa.

—Será mejor que hablemos más tarde, con más calma. —Y acercó su boca a su oído para susurrarle. — Los dos. A solas.

Y en ese momento Noa paró, al notar con sus pies descalzos el borde de la piscina, a la vez que un escalofrío de deseo recorrió su columna vertebral. Instante que Alonso aprovechó para darle un leve empujón con los dedos, que hizo que ella perdiera pie y cayera de espaldas.

—Justo después de que salgas del agua y te seques. —puntualizó, mientras se aguantaba las ganas de reír, y ella sacaba la cabeza furiosa y tosía el líquido que había tragado por la sorpresa.

— ¡Arg, no sabes cómo te aborrezco!—le espetó rabiosa, a la vez que se quitaba impaciente el pelo mojado delante de los ojos.

—Eso no era lo que hasta hace un segundo me estabas insinuando.

— ¡Vete al infierno!—le gritó colérica.

—Si todo lo que haces es tan patético como tus intentos de seducción *niñata*, no me extraña que tu padre te haya mandado aquí, lejos de él. Te espero dentro de quince minutos en la entrada del hotel, lista y preparada para trabajar. Y como tardes solo un minuto de más, te prometo que esa llamada la voy a hacer. Estás avisada.

Y se marchó de allí dejándola mojada y frustrada. Y más furiosa de lo que había estado nunca.



Catorce minutos después, estaba vestida y preparada cuando lo encontró en el vestíbulo del edificio. Pero no estaba solo. A su lado se encontraba Asha.

Él le echó un breve vistazo a su reloj y sonrió complacido cuando llegó a su lado.

—Bien, parece que ya nos vamos entendiendo. —le comentó mientras sonreía con satisfacción.

Noa le hizo un gesto de burla que él ignoró.

—Hasta ahora, Asha era la ayudante del antiguo director, y es la que ha estado llevando todo en su ausencia. Te enseñará el recinto y te presentará a los demás trabajadores, y después te pondrá al día de tus obligaciones. De momento serás tú su ayudante, hasta que me demuestres que estas capacitada para algo más que hacer el vago.

—Creo que mi carrera de empresariales, más mi master de dirección de empresas avalan sobradamente mis cualidades. —le rebatió orgullosa.

—Hasta el momento *niñata*, no me has demostrado nada que no sean tus gustos por la ropa y los zapatos caros. Y en este lugar, no te van a servir ni los contactos ni el dinero de tu padre para demostrar lo que vales. Te lo tendrás que trabajar como todos los que estamos aquí.

¿Cómo se atrevía a insultarle de esa manera?—pensó Noa.

Ella no tenía que demostrarle nada a nadie. A pesar de lo que ese estúpido hombre creyera, su carrera y sus estudios los había conseguido por méritos propios. ¡Y además con nota alta! Y cruzándose de brazos le contestó con altivez, sin pensar realmente lo que estaba a punto de decir.

— ¿Y me lo dices tú? Un patético guía turístico de tres al cuarto. ¿Qué carrera o estudios hay que tener, para decirle a cuatro extranjeros donde están las jirafas o los leones? Déjame que yo te lo diga. ¡NINGUNA!

Alonso se acercó a ella fuera de sí y casi pegó su cara a la suya.

— ¡Tienes razón!—Masculló rabioso, mientras su aliento chocaba contra su cara. —Y quizás a este ignorante le apetezca cada vez más, dejarte esta noche sola ahí afuera con las fieras a ver cuánto duras. Seguro que después no me despreciarías tanto.

Ella elevó el mentón con orgullo, a pesar de que tenía las pupilas dilatadas por el sobresalto de ese arrebató. Pero no se iba a dejar amilanar por ese imbécil.

—No me das miedo.

—Pues deberías. Pensándolo bien, incluso le podría estar haciendo un favor a tu padre.

Los dos se quedaron lanzándose miradas furibundas, mientras Asha los observaba espantada. Nunca, en todo el tiempo que conocía a Alonso, lo había visto perder los papeles de esa manera.

—Jefe Alonso. —lo llamó con timidez.

Él desvió la mirada hacia ella, que no pudo evitar dar un breve paso hacia atrás, asombrada por la intensidad del odio que emanaba de sus ojos.

—Si quiere yo le enseño a la señorita Montalbo todo el hotel. —se atrevió a decir en un leve murmullo.

Y después de unos eternos segundos le contestó.

—No. Creo que tengo una mejor idea. Espera aquí un momento.

Y agarrando a Noa de un brazo se marchó con ella furioso.

— ¡Suéltame!—Le chilló mientras la llevaba a rastras. — ¡Alonso!

— ¡Para ti, señor Rivas! —le ordenó haciendo oídos sordos a sus ruegos.

Y entraron en la zona del restaurante.

—Aquí tienes a Ajani y Dalair, los camareros de nuestro restaurante. Y también ayudan en otras tareas si se precisan. Este ignorante, los ha contratado y dado la oportunidad de poder darles una mejor vida a sus familias. Ajani tiene a su cargo a cinco mujeres y trece hijos a los que alimentar. Y Dalair cuida de su padre y de sus siete hermanos, además de ayudar a su poblado.

Los hombres de color la saludaron con una inclinación de cabeza, pero Alonso no le dio la oportunidad de devolver el saludo, ya que la volvió a arrastrar hasta una puerta lateral que daba a las cocinas.

— ¡Te he dicho que me sueltes!—masculló rabiosa.

Pero se calló en el mismo momento en el que entraron por la puerta.

—Aquí trabajan Pierre Dupont, nuestro chef, un francés que lleva año y medio colaborando con nosotros. Y sus ayudantes Baakir y Zawadi. Estos hombres dedican todo su trabajo y esfuerzo, en preparar excelentes comidas para satisfacer el paladar más exquisito.

— *Enchanté vous rencontrer.* —le dijo el francés mientras se limpiaba una mano para saludarla.

— *Merci, aussi.* —le contestó ella con una tirante sonrisa.

E iba a saludar a los otros dos hombres educadamente, pero Alonso no le dio la oportunidad, sacándola de allí nuevamente.

— ¡Bruto! ¡Me estás haciendo daño!

Pero él no atendía a razones. Lo había sacado tanto de quicio, que lo único que quería era demostrarle que era tan válido como el que más para realizar su trabajo. Y no solo eso, sino que además era el mejor.

— ¡Ah!, y aquí tienes a Amali, una de nuestras limpiadoras.—le indicó, mientras una mujer de color salía de una pequeña habitación donde estaban los utensilios de limpieza, pasando por delante de ellos.— Ella y cuatro mujeres más, por supuesto, también están bajo la responsabilidad de este estúpido ignorante. Es más, para que lo sepas, en este hotel trabajamos aproximadamente sobre unas veinte personas, y yo respondo por todos y cada uno de ellos. Los cuales me han demostrado sobradamente, que son personas responsables y trabajadoras a las que puedo tener bajo mis órdenes. Sus vidas y las de sus familias, dependen de que este hotel de lujo trabaje en perfectas condiciones, para poder darles a sus exclusivos clientes las mejores vacaciones. Y te puedo asegurar que conseguir eso en medio de este paisaje no es para nada fácil.

Y arrastrándola nuevamente hasta donde estaba Asha le dijo al fin.

—Y tú *niñata* necia y malcriada, lo único que has hecho desde que estás aquí es darme problemas. Así que estarás bajo la supervisión de Asha hasta que me demuestres, que tienes algo más que tinte rubio y laca encima de esa cabeza. ¡Me has entendido!

—Lo único que he entendido es que eres un bruto...

— ¡ESTÁ CLARO!—le gritó, haciendo verdaderos esfuerzos por no retorcer ese elegante cuello.

Alonso nunca había estado tan enfadado como en ese momento. Esa mujer tenía la desagradable virtud de sacarlo de sus casillas. Y esa actitud retadora y engreída, intentando demostrarle que ella era mejor que nadie, lo estaba enervando. Tanto era así, que cerró los puños a su costado para reprimir el poderoso deseo de ponerla encima de sus rodillas, y darle unos azotes en su tentador trasero. Nunca en su vida le había levantado la mano a una mujer, pero quizás ese día había llegado.

—Cristalino. —le respondió con altivez, mientras se acariciaba el brazo dolorido por haberla agarrado con tanta fuerza de él.

En ese momento se dio cuenta de lo que había hecho, y horrorizado se apartó de ella, girándose a tiempo para que no viera el sentimiento de culpabilidad cruzando su rostro.

Se acercó a Asha, la cual atónita no daba crédito a lo que había presenciado, e intentando calmarse le dijo con los dientes apretados.

—Encárgate de ella o no respondo de mí.

Y se marchó de allí a grandes zancadas sin mirar atrás.



— ¿Se encuentra bien señorita?—le preguntó la ayudante algo alarmada.

—Sí... sí, no te preocupes. —le contestó sonriendo levemente, después de desviar la mirada de la figura que se marchaba enfurecida.

—Discúlpele... él... él no se suele comportar así.

— ¿Así cómo? ¿Cómo un salvaje?

La mujer hizo un leve gesto de no entender.

—No, él... Es la primera vez que lo veo tan enfadado. —Intentó defenderlo. — Ayudado por unos hombres, se ha pasado toda la noche arreglando el tendido eléctrico y telefónico. Además de cooperar en los poblados cercanos con algunas vallas y animales que se habían escapado. La tormenta del otro día causó estragos, y seguro que el cansancio mezclado con las horas sin dormir, lo han alterado tanto que ha sido el motivo de que le gritara de esa manera.

Noa no quiso seguir discutiendo sobre el asunto, sobre todo, porque sabía que hasta cierto punto ella tenía parte de culpa. Así que suspiró e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No te preocupes y vamos a olvidarnos de este desagradable incidente. Eh... te llamabas Asha, ¿verdad?—le preguntó dirigiéndose a ella por primera por su nombre.

La mujer asintió.

—Yo me llamo Noa, encantada de conocerte.

—Igualmente, señorita Montalbo.

—Por favor, te ruego que me tutees. — Y cuando ella sonrió aliviada continuó hablándole. —Y me encantaría que me enseñaras el lugar.

—Claro, será un placer.

Y guiada por ella, Noa recorrió todo el complejo y conoció al resto de sus empleados. Tuvo que reconocer que el lugar era muy hermoso, el cual estaba constituido por un edificio central de dos plantas; En la planta baja se encontraba la recepción, el restaurante-comedor, las cocinas, unos baños, una pequeña habitación en la cual daban masajes y una despensa enorme, donde además estaba la cámara frigorífica que contenía todo tipo de carnes y alimentos perecederos.

En la planta superior se ubicaban las habitaciones de los empleados, unos aseos de servicio, el despacho del director, el despacho de Alonso, y un pequeño dispensario que hacía las veces de enfermería.

En la zona exterior, el recinto estaba constituido por unos enormes jardines bellamente diseñados, que mantenían en perfecto estado dos jardineros. También se encontraba la zona de la piscina, de la cual Noa se enteró que estaba prohibida para los empleados. Seguidamente le enseñó un pequeño recinto, donde había unos asientos y mesas de piedra debajo de unos frondosos árboles, y en el centro los restos de una

hoguera. Asha le contó que algunas noches se encendía un fuego, y que los clientes se solían sentar alrededor para escuchar historias y cuentos de la cultura Swahili, narradas por algunos de los hombres que trabajaban allí.

Después había varios caminos que se dirigían a los alojamientos de los clientes, que no eran otra cosa que unos lujosos bungalós de madera y tela de campaña, elegantemente acondicionados para la estancia en ellos. Y también se le informó que eran en total diez cabañas; ocho reservadas para los clientes, y dos un poco más apartadas que estaban designadas a Alonso, y al antiguo director del resort.

—El jefe Alonso duerme en la última del todo. —le informó Asha.

— ¿Y don Emilio dormía en la anterior?—preguntó con curiosidad.

—No. El jefe Emilio prefería dormir en el edificio grande con nosotros. Ocupaba la habitación que usted tiene ahora.

— ¿Puedo ver la cabaña?

—Claro jefa Noa, será un placer enseñársela.

—Por favor, te ruego que no me llames jefa Noa. —le pidió riéndose. —Solo llámame Noa, me siento muy rara cuando me llamas así.

—Pero...

—Noa. —Le repitió—Con solo Noa llegará.

—Está bien. —le contestó la ayudante sonriendo.

Y procedió a enseñarle el bungaló, quedándose maravillada. Era precioso, sencillo pero muy elegante, con una gran cama de madera en el centro de la estancia, enfundada en unas suaves sábanas blancas y varios almohadones del mismo color. Y una pequeña manta verde a los pies, para cuando en las noches refrescaba, a juego con unos cojines que invitaban a echarse a dormir. Del techo, caían unas suaves mosquiteras que en ese momento estaban recogidas, y a los lados de la cama, unas mesillas con una lámpara en una y en la otra un candil. A los pies de la cama un exquisito arcón, y en un lateral estaban dispuestos unos amplios armarios empotrados, donde guardar la ropa y los efectos personales. Y justo al lado, un lujoso baño con una moderna ducha en la cual poder refrescarse. En el otro lado de la habitación, había un enorme ventanal que daba a una pequeña terraza con unas increíbles vistas, y que disponía de una pequeña mesa de desayuno con dos cómodos sillones de madera a juego. Toda la estancia estaba exquisitamente decorada y pensada, para que no faltara ningún pequeño detalle, y que el cliente a la vez se sintiera cómodo y a gusto.

Después de observar todo asombrada, le preguntó a su compañera.

— ¿Habría algún inconveniente en que yo ocupara este bungaló?

—Por supuesto que no. —Le contestó ella. —Como le dije antes, esta estancia está reservada para el director del resort.

— ¡Genial! Pues quiero quedarme aquí.

—Muy bien, en cuanto pueda le diré a Dhamir que traiga sus maletas aquí.

—Gracias Asha. —le agradeció encantada con el arreglo.

—De nada jefa. ¡Perdón!, quería decir... de nada Noa. —rectificó.

Ella le regaló una brillante sonrisa, y juntas salieron de allí para que le enseñara todo lo demás. Y el resto del día pasó sin mayores incidentes, y sobre todo sin encontrarse con la desagradable presencia del *Jefe Alonso*... hasta que llegó la noche.

Capítulo 3

Cuando Noa llegó al comedor ya había gente sentada cenando. Se había pasado la tarde con Asha entre el despacho y la recepción. Los lunes y los domingos eran los días de tránsito y los más ajetreados. Los primeros; porque era cuando se marchaban y llegaban los clientes, y había que enseñarles el hotel y sus instalaciones, además de alojarlos en su bungalós. Y los segundos; porque era cuando llegaban los clientes del Safari y tenían que ayudarlos con su equipaje, además de organizar para esa noche una fiesta de despedida. Su compañera le explicó en qué consistían básicamente las obligaciones del director del hotel, y fundamentalmente eran de relaciones públicas y trabajos administrativos. Así que después de pasarse la tarde con todos esos menesteres, Asha la obligó a ir a cenar, pues no llevaba más que con un sándwich desde el almuerzo.

Cuando llegaron a la mesa, ya había varias personas sentadas y hablando animadamente entre ellos, entre los cuales se encontraba Alonso.

—Buenas noches. —saludó antes de sentarse.

—Buenas noches. —contestaron los demás, menos él.

—Jefe Alonso, ¿hago yo las presentaciones o las hace usted?—preguntó Asha vacilante.

—Por favor. —le indicó haciendo un gesto con la mano para que fuera ella quien la presentara.

—Como ya todos sabéis, ella es Noa Montalbo, la hija de don Diego Montalbo y la nueva directora de Resorts Montalbo.

—Bueno, de momento solo soy tu ayudante Asha. —señaló con una sonrisa, a la vez que le echaba una mirada incisiva a Alonso.

Y éste dejó la servilleta encima de la mesa y se reclinó en la silla, preparado para el siguiente ataque. Pero se quedó con las ganas cuando ella prosiguió.

—Y tengo que decir que estoy aprendiendo mucho a tu lado.

—Gracias. —Contestó la mujer con timidez. —Me gustaría presentarle a Derek Miller, que aparte del jefe Alonso, es el otro guía que trabaja aquí. Y su ayudante y ranger, o como ellos se definen, vigilantes de África, Shukrani.

—Encantada. —saludó a ambos asintiendo con la cabeza. —No sabía que había otro guía. —comentó extrañada.

—En este resort disponemos de dos paquetes vacacionales. —le explicó Asha.—El Montalbo Edén, que es el que lleva el jefe Alonso, que consiste en que los clientes pueden hacer excursiones diarias que duran varias horas, pero siempre vuelven al finalizar el día y pernotan en el complejo. Y Montalbo Deluxe, que es el que lleva el guía Derek, y consiste en un viaje de cinco días explorando el parque nacional Aberdare, la reserva nacional Samburu, el parque y reserva nacional Lago Nakuru, y por último la reserva nacional Masai Mara.

—Cuando quiera puede venir con nosotros, será un placer enseñarle este increíble paraíso. —se ofreció Derek, después de beber un sorbo de su copa de vino.

—Gracias, pero de momento tengo mucho trabajo aquí, y la verdad no sé si estoy preparada para hacer un viaje así.

— ¿Por qué dice eso?

—Es que los animales y yo no nos llevamos precisamente muy bien que digamos.

—Pues entonces no ha venido al lugar más indicado. —murmuró la mujer morena que estaba al lado de Alonso con sarcasmo.

Noa la miró con suspicacia y comprobó que él se sonrió con ironía.

—Por eso no se preocupe. Le puedo asegurar que estando conmigo no sufrirá ningún daño. —declaró Derek obteniendo nuevamente su atención.

Ella no dijo nada, solo sonrió, y Asha aprovechó ese momento para presentarle a los demás comensales.

—Con el guía Derek también viaja la doctora Sofía Albricci.

La mujer la saludó con frialdad, y volvió a su conversación con Alonso, el cual le estaba prestando un especial interés. Y en ese momento, Noa se preguntó si no habría nada entre ellos dos, pero dejó la cavilación cuando la ayudante procedió a presentarle a la última persona sentada a la mesa.

—Y finalmente le presento a Asir, el ayudante y ranger que trabaja con el jefe Alonso.

Lo saludó cordialmente, y Ajani, uno de los camareros, se acercó a ella en ese momento para pedirle que se sentara en la cabecera de la mesa, justo enfrente de donde estaba Alonso. La cena transcurrió sin incidentes y de manera agradable, ya que Derek era un excelente conversador, a no ser por las miradas intensas que le lanzaba el otro guía, y que ella intentó ignorarlas porque la hacían sentir incomoda. Y se preguntó qué era lo que él pretendía con esa actitud. E intentando demostrarle que no la intimidaba, charló y rio todas las gracias y anécdotas que contaba su compañero de mesa. Cuando terminaron de cenar, Noa se disculpó alegando que estaba muy cansada y que se iba a descansar, y Derek se ofreció a acompañarla hasta su bungalow.

— ¿Tiene pensado quedarse mucho tiempo?—le preguntó el hombre mientras paseaban tranquilamente hasta su cabaña.

—No lo sé. Todo depende de lo que mi padre decida.

— ¡Oh!—Exclamó contrariado. —Pues espero que sea por mucho tiempo. Siempre es agradable ver una cara bonita por aquí.

Ella sonrió traviesa.

— ¿Estás intentando coquetear conmigo, Derek?

Él la examinó intentando descifrar si la pregunta le acarrearía algún problema, pero al ver su expresión de regocijo se sintió aliviado.

— ¿Y si fuera así?—le preguntó él con una sugerente sonrisa.

—Pues te diría que vas demasiado deprisa vaquero. —le respondió dejando atrás los formalismos.

El hombre soltó una carcajada divertida.

—Es que mañana tengo que marcharme de excursión, y ya no te voy a ver hasta el domingo, así que con tan poco tiempo, tengo que desplegar todas mis armas de

seducción. Además, no sé por qué, pero tengo la sensación de que no te molesta que un hombre te dedique halagos.

—Quizás tengas razón o quizás no la tengas. —le contestó con ambigüedad. —Pero te puedo asegurar que esta noche no lo vas a descubrir.

— ¡Vaya, es una pena!—Manifestó con evidente pesar. —A lo mejor para la próxima vez.

— ¿Quién sabe? A lo mejor. —le dijo divertida.

— ¿Y qué tal está Daniel?—Le preguntó cambiando de tema. —Tu hermano fue el que me contrató hace tres años y me cayó muy bien. Es un tipo muy divertido.

Ella no pudo evitar ponerse tensa.

—No lo sabía. —le confesó. —Pensé que había sido mi padre el que te contratara.

—Bueno, en realidad así fue. El señor Montalbo tuvo la última palabra. Pero fue gracias a que conocí a tu hermano en una fiesta en Miami, y por su recomendación por supuesto, que conseguí el empleo.

— ¿Eres americano?

—Sí, aunque soy de Texas. Pero estaba de vacaciones en Florida cuando conocí a Dani.

—Ajá.

Y el hombre arrugó el ceño cuando se dio cuenta, de que ella desviaba la mirada y se paraba a recoger una flor del camino.

— ¿He dicho algo que te haya molestado?—le preguntó preocupado, al ver que ella evitaba seguir hablando del tema.

—No... claro que no.

— ¿Te incomoda hablar de tu hermano? ¿Acaso te llevas mal con él?—le interrogó intrigado.

Noa empezó a caminar más deprisa mientras miraba a un lado y a otro con atención.

— ¿No me habré pasado la cabaña verdad? Es que soy tan despistada, que no me extrañaría nada que la hubiéramos dejado atrás.

—No, tranquila, es justo esa. —señaló la que tenía a unos diez metros delante.

—Ah bueno, pues creo que ya hemos llegado.

— ¿No te apetece seguir caminando un poco más? Hace una noche preciosa y todavía es temprano.

—No, Derek, en serio. Ha sido un día muy largo, y todavía tengo que deshacer las maletas y acomodar todas mis pertenencias. Y después lo único que deseo es darme una ducha y meterme en cama.

— ¿Quieres que te ayude?

Noa se echó a reír.

— ¿A qué?

—A las tres cosas, si te apetece. —le contestó con picardía.

—No, gracias. Creo que podré apañármelas yo sola.

—No me importa.

—Ha sido un placer conocerte. —se despidió tajante, intentando cortar tanta insistencia. —Ten cuidado allá afuera, y nos vemos el próximo domingo.

—Está bien. —Suspiró el hombre dándose por vencido. —Para mí también ha sido un placer conocerte, y ya estoy deseando que llegue ese día.

Ella se giró y subió las escaleras que daban a su cabaña.

—Adiós, Derek.

—No preciosa, esto no es un adiós, es un hasta luego.

—Hasta luego, entonces. —le confirmó, para después abrir la puerta y meterse dentro.



— ¡Oh Dios, qué gusto!—exclamó aliviada, al sentir el agua resbalar por su cuerpo eliminando el estrés de todo el día.

Por fin Noa estaba dándose esa tan ansiada ducha, después de tardar un buen rato en organizar todas sus cosas, cuando de repente la luz se fue.

— ¡Maldita sea!—masculló contrariada.

Procedió a enjabonarse de prisa para salir lo antes posible, ya que eso de ducharse a oscuras no le apetecía nada. Y no pudo evitar soltar un pequeño grito de sorpresa, al notar el agua helada en su cuerpo, para a continuación maldecir y jadear, mientras intentaba darse prisa en acabar de aclararse.

— ¡Auch! ¡Oh, mierda!—Siseó de frío para continuación volver a despotricar. — ¡Ay, ay, ay...! ¡Mierda... mierda!

Cuando de repente alguien entró como una tromba en su cabaña.

— ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?—preguntó Alonso, mientras observaba la estancia de arriba abajo con una linterna, buscando el motivo de los gritos que había escuchado.

Pero se quedó de piedra al encontrársela desnuda debajo del agua. Y no pudo dejar de admirar esa piel blanca y perfecta, coronada con un precioso trasero firme y en forma de corazón, que le hizo la boca agua, para a continuación excitarse inmediatamente.

— ¡¿Pero qué estás haciendo imbécil?!—Le gritó colérica cuando advirtió quien era. — ¡Sal ahora mismo de aquí!

Ella se giró, intentando ocultar su desnudez con los brazos y las manos, y él despertó de esa especie de trance en el que había caído.

— ¿Por qué estabas gritando?—le preguntó confundido, al percatarse que no había nada ni nadie peligroso allí.

— ¡No estaba gritando inútil! ¡Y ahora vete de aquí!—le escupió furiosa y avergonzada.

Entre enfadado y divertido, le echó un buen vistazo a su trasero para después cruzarse de brazos.

—No, hasta que no me digas por qué estabas gritando.

Noa le lanzó una mirada iracunda sabiendo que estaba atrapada. Si se giraba para alcanzar la toalla, la miraría como su madre la había traído al mundo, y si no le contestaba, se quedaría parado allí observando con detenimiento, tal y como estaba haciendo ahora, sus posaderas.

—No estaba gritando. Lo que pasa, es que en este mugriento país una no se puede dar una ducha tranquila, y me sorprendí cuando salió el agua fría. Eso es todo.

—Noa, Noa, Noa... —repetió son sorna. — ¿Cuándo aprenderás a ver algo más allá de tus narices? Hay una nota informativa en todas las cabañas, avisando que por causas ajenas a la empresa, a veces sufrimos cortes de suministro eléctrico, y por ende, de agua caliente también.

—Perdóneme el señor, por no ponerme al día tan deprisa como usted quisiera. He estado demasiado ocupada como para fijarme en ridículos papelitos informativos, pero eso no le da derecho a entrar sin ser invitado. Así que deja de mirarme el culo y alcánzame la toalla, ¿quieres?

—Pero que desagradecida eres querida. Entré sin permiso porque tus alaridos me hicieron pensar, que estabas en peligro al ser atacada por algún animal. Pero está claro que el único peligro que corres, es si te muerdes la lengua y te envenenas con tu propio veneno.

—Pues ya has visto que estoy perfectamente, y que la única bestia que hay aquí eres tú. Así que date la vuelta para que pueda coger la dichosa toalla.

El guía no le hizo caso, y se mordió el labio inferior mientras seguía observando su trasero, única y exclusivamente para molestarla. A pesar de que ella intentaba taparse como buenamente podía. Aunque también tenía que admitir, que era un placer observar semejante espectáculo. Y recordó lo que había podido atisbar esa misma mañana de su delantera, y tuvo que reconocer, que estaba muy bien dotada en todos los aspectos.

— ¡Maldita sea, Alonso! ¿Quieres pasarme una toalla? ¡Me estoy congelando!—le ladró con impaciencia.

Él levantó una ceja.

— ¿Y cómo se dice *niñata*?

— ¿Qué?—farfulló desconcertada.

El hombre chasqueó con la lengua mientras a la vez negaba con la cabeza.

—No aprendes, ¿eh?—le sermoneó, y armándose de paciencia le volvió a repetir como si fuera una niña pequeña. —Alonso, ¿serías tan amable de pasarme una toalla...?

Noa le lanzó una mirada envenenada.

— ¡Te odio!—masculló por lo bajo con los dientes apretados.

Él se llevó una mano a la oreja simulando que no la había oído bien.

— ¿Perdón?

Ella levantó la vista al cielo rogando que algo enorme y duro le cayera encima de su cabeza.

—Por favor. —susurró.

—Discúlpame, es que no te he escuchado bien. ¿Decías...?.

—Por favor. —le contestó algo más alto.

—Lo siento. —le dijo fingiendo pesar. —Pero es que con los berridos que pegabas antes me he quedado un poco sordo. ¿Puedes repetirlo?

— ¡Vete a la mierda!—Explotó por fin. — ¡Y como no me pases una toalla y te des la vuelta, vas a saber de verdad como son mis gritos! ¡Y si crees que voy a rebajarme en suplicarte, vas listo!

Alonso echó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada, para después simular secarse las lágrimas.

—Ay *niñata*, eres tan divertida cuando te enfadas. —le dijo mientras le acercaba la toalla.

Ella entrecerró los ojos mirándolo con inquina, mientras se envolvía en la tela de paño y él encendía el candil.

— ¿Así que te hago gracia?

—No lo sabes tú bien.

— ¿Y eso por qué Alonso? Tu vida es tan patética, triste, y miserable, que tienes que reírte de las desgracias de los demás.

De pronto el guía se acercó furioso arrinconándola contra el armario, y pegando casi su cara contra la de ella, apoyando sus manos a los lados de su cabeza.

—No me rio de las desgracias de los demás, me rio de ti *niñata*.

Noa levantó el mentón con desafío, observando como sus labios dibujaban una fina línea, y después como sus ojos la miraban con rabia.

— ¿Cuál es tu problema Alonso?

—Mi problema eres, ¡TÚ!

Y de repente algo en el ambiente cambió. Él posó su mirada en la boca de ella, mientras que el olor al carísimo gel de baño que usaba le inundó las fosas nasales, e hizo que una corriente de excitación le subiera por el cuerpo tensándolo. Y lo que antes había sido una simple erección, ahora se había convertido en dolorosa erección. Sobre todo, cuando también notó como ella reaccionaba al abrir levemente sus labios, y dejaba escapar inconscientemente un pequeño jadeo, mientras su respiración se agitaba, haciendo subir y bajar los pechos de forma temblorosa, apretados firmemente sobre la tela.

—No sabía que fuera tan importante para ti. —susurró sin poder despegar la mirada de la boca de él.

—No seas tan engreída, querida. —Murmuró también acercando más su cara. —Las mujeres de tu clase no me atraen en absoluto.

Durante un interminable minuto Noa no fue capaz de responder. Inexplicablemente, la proximidad de ese cuerpo la hacía sentirse débil. El calor que desprendía Alonso y su aroma varonil, le estaban embotando la cabeza, logrando que un calor abrasador le subiera por su cuerpo desde el centro mismo de su ser. Se obligó a tragar saliva, ya que la boca se le había quedado seca, para intentar responder algo coherente.

— ¿Mujeres de mi clase?—le preguntó sin saber muy bien por qué.

Éste arrugó el ceño intentando concentrarse en la pregunta, y no en esa apetecible boca que lo llamaba a gritos para que la besara. Y de pronto el embrujo se acabó, logrando que Alonso se apartara de ella furioso consigo mismo, para volverse a continuación y soltarle con resentimiento.

— ¡Exacto! Mujeres como tú, ricas y consentidas, que porque tienen dinero se creen superiores a los demás. Mujeres que se lo han dado todo hecho, y se creen que los simples mortales estamos aquí solamente para servirlos. Orgullosas y altaneras como tú, que se piensan que hay que adorarlas por el simple hecho de existir. A esa clase de mujeres me refiero, *niñata*.

Noa bajó los ojos dolida por sus palabras.

—Sí, quizás doy esa impresión. —balbuceó sin que él la oyera.

Pero en una cosa Alonso tenía razón, y es que era demasiado orgullosa para permitirle saber que le había hecho daño. Por lo que levantó la cabeza con altivez, simulando que nada de lo que le había dicho le importaba.

—Pues si tanto me desprecias, ¿no sé qué demonios haces aquí? Yo no te he invitado a entrar, y por supuesto tú compañía no me agrada. —le soltó con desdén. —Así que si no te importa, te puedes ir por dónde has venido.

Y le enseñó la puerta con la mano invitándole a marcharse.

Él se quedó callado durante un segundo para comentar a continuación.

—Por una vez tienes razón, ¿no sé qué demonios hago aquí?

Y dicho esto se giró para marcharse furioso de allí.



¿En qué diablos estaba pensando?—se recriminó mentalmente.

Alonso estaba enfadado consigo mismo por lo que había estado a punto de hacer, e impaciente se dirigió a su cabaña, para después ponerse a caminar de un lado a otro nervioso como un león enjaulado. Porque durante un segundo, durante un maldito segundo, había deseado besarla con todas sus fuerzas, olvidándose por completo de quien era. Estaba claro que el cansancio y la falta de sueño habían hecho mella en él, nublando por completo su raciocinio, porque de lo contrario no tendría explicación. La despreciaba por todo lo que representaba, y se juró mantenerse alejado de ella todo lo que pudiera.

— ¡Arrgg!—exclamó desquiciado, mientras soltaba un puñetazo al aire al imaginársela de nuevo desnuda.

El haberla visto de esa manera no le hacía fácil la tarea de ignorarla. Recordó nuevamente su cuerpo mojado, su piel blanca y suave, su trasero con esa preciosa forma de corazón que no había visto antes en su vida... Evocó el aroma de su piel recién bañada, su respiración entrecortada, como sus pechos trémulos se agitaban....

— ¡BASTA! —escupió iracundo cuando volvió a ponerse duro.

Tenía que encontrar la manera de borrar esas imágenes de su mente, y tenía que hacerlo a como diera lugar.

Capítulo 4

Al día siguiente, Noa estuvo ocupada poniéndose al día con todo el trabajo. Tanto ella como Asha, no descansaron hasta la hora del almuerzo, donde se encontraron con Pierre Dupont, el cocinero francés. Al estar los guías con sus ayudantes en sus respectivas excursiones, se encontraban ellos solos en la mesa. Y fue un alivio para ella no coincidir con Alonso, pues después de lo de la noche anterior, todavía seguía dolida con él.

—*Bonjour, mes amours*. —saludó el chef.

—*Bonjour*, Pierre. —contestaron las dos.

—Espero que la comida sea de su agrado *miss* Montalbo.

—Seguro que lo es, se ve deliciosa.

—*Merci*.

— Pero por favor, tutéame Pierre.

—*D'accord*. Y tú *mon chéri* tienes que comer más. —Regañó a su compañera. —Te estás quedando... *mon dieu*... ¿cómo se dice?... en los huesos.

—No seas exagerado Pierre, estoy perfectamente.

—De perfectamente nada Asha, ¿crees que no me he dado cuenta de que llevas varios días triste y desanimada?—le preguntó el hombre con evidente cariño.

Su compañera levantó la mirada enfadada con él, y se removió en su asiento incomoda.

—Te he dicho que me encuentro perfectamente. —Le soltó cortante. —Y no quiero hablar más del tema.

El francés la observó dolido por su respuesta, y asintió con la cabeza, desviando su mirada a continuación hacia su plato.

—Ejem...—carraspeó Noa intentando salvar ese tenso momento entre ellos. — ¿Y cómo es que no te vi ayer en la cena?

— ¡Oh!, pues es que tanto los lunes como los domingos son días de mucho ajetreo en la cocina. —le empezó a explicar. —Se sientan a comer todos los clientes y me necesitan en ella. Como puedes observar, ahora no hay nadie, y solo nos ocupamos de los desayunos y la comida tipo picnic, que se lleva Alonso en sus excursiones. Más tarde nos encargamos de las cenas, que suelen ser más abundantes, ya que los clientes suelen llegar hambrientos.

— ¿Tú no le llamas jefe Alonso?—preguntó divertida.

—Me niego rotundamente. —le respondió el francés sonriendo con complicidad.

—Perdóname Asha, no era mi intención burlarme de ti. —se disculpó, cuando observó un leve gesto de disgusto en su semblante. — Pero es que me parece tan arcaico ese término, que no entiendo como él quiere que le llaméis así.

—Él nunca nos pidió que le llamásemos así. —le aclaró. —Pero lo hemos hecho siempre, como una forma de respeto hacia nuestros superiores. Ya lo hacíamos con el jefe Emilio, y con los anteriores que estuvieron antes que el jefe Alonso.

—Entiendo. —Comentó ya sin reírse. — Discúlpame si te he ofendido, pero te aseguro que esa no ha sido mi intención. Lo que pasa es que yo vengo de un país donde las costumbres no son tan... tan...

— ¿Formales?—sugirió su compañera.

—Sí, podríamos llamarlo así.

—Tranquila, no me has ofendido. —La apaciguó. —Entiendo que en Europa las costumbres son otras, pero mi país ha estado sometido al imperio británico hasta no hace mucho, y algunos hábitos son difíciles de cambiar.

Noa se quería morir. Por su mente no pasó en ningún momento, la idea de los años de represión que el pueblo africano tuvo que vivir hasta no hace mucho tiempo, y se sintió mortificada por su falta de tacto.

—Lo... lo siento. —farfulló avergonzada.

—No te disculpes. —le dijo con una suave sonrisa en la boca. —A vosotros os invadieron los romanos, los árabes, los franceses...—señaló, lanzándole una mirada inquisitiva al chef. —lo que pasa es que eso fue hace mucho tiempo, algo que no ocurre en nuestro caso. A mí me duele más, ver cómo nos vamos matando entre nosotros mismos. Y todo por avaricia y poder.

—Por desgracia, es lo que siempre mueven las guerras. —comentó Noa afligida. — Cuatro desalmados que no se conforman con lo que tienen, y les da igual ver morir de hambre o dolor a niños y mujeres. Siempre son los débiles los que pagan la inhumanidad de otros.

—Oh, *mes chers*, por favor no hablemos de temas tan lastimosos. Vamos a disfrutar de esta excelente comida. —Las interrumpió el francés, al ver el dolor reflejado en los ojos de la keniana. — ¡*Bon appétit!*

— ¡*Bon appétit!* —contestaron las dos, en cierta forma aliviadas de abandonar tan espinoso tema.

Y Noa procedió a probar el plato que le pusieron delante.

— ¡Mmm... esto está exquisito!—exclamó con deleite.

— ¡*Mom dieu!*, por fin alguien que sabe reconocer la buena cocina. Y no como esta panda de incultos, que comen mis maravillosas creaciones, como si fueran hamburguesas del Mcdonald's. —comentó observando a Asha con algo de resquemor.

Ésta puso los ojos en blanco y siguió revolviendo la comida de su plato sin abrir la boca.

—Pues tienes que darme la receta. —Le pidió mientras degustaba otro bocado. — ¡Mmm, esto está de muerte! Por cierto, ¿qué es?

—Mono de Sykes. —le informó el cocinero.

La tez de Noa se quedó blanca como la cera, mientras unas intensas arcadas le empezaron a subir por la garganta.

— ¡Puaj!—Escupió en una servilleta. — ¿De verdad esto es mono?—preguntó horrorizada.

Al principio Pierre no le contestó, y entonces observó a su compañera para que le confirmara. Hasta que de repente los dos se echaron a reír, al ver como se restregaba la lengua con la servilleta, para quitarse los restos de comida de la boca.

— *Désolé chéri*. —se disculpó el chef. —Era una broma.

— ¿Una broma? ¡Cielos Pierre, casi echo hasta las tripas!—le contestó molesta por ser el centro de burla, y por el mal rato que había pasado.

Observó atentamente el plato, y separando la comida con el tenedor, con tanto cuidado como si fuera un arma de destrucción masiva, preguntó.

— ¿Qué es entonces?—y amenazándole con el cuchillo le dijo. —Y dime la verdad, o el que va a acabar devorado por los leones será un francés repelente.

—Es cordero. —le contestó éste levantando las manos, simulando rendirse pero sin dejar de reír. —Aunque te advierto que a veces damos de comer antílope, avestruz, ñu o incluso cocodrilo. Los clientes suelen pedirlo como delicatessen.

— ¿En serio?—Preguntó sorprendida. —Pues cuando ese sea el caso te rogaría que me avisaras.

— *D'accord*. Pero al menos los probarás, ¿no?

—No lo sé, ya te lo diré cuando llegue el momento.

Después de un breve silencio, y mientras que Noa se decidía a seguir o no comiendo, el cocinero volvió a hablar.

—Por cierto, tenemos que hablar sobre ciertos productos que debemos reponer en la despensa.

—De momento eso lo lleva Asha, hasta que yo no me ponga al día por completo. Aún hay muchas cosas que desconozco sobre cómo proceder, y aunque ella me está ayudando mucho, necesito mi tiempo para asimilar toda esa información.

—Por supuesto. —asintió conforme. —Sé que Asha es muy inteligente, y te ayudará en todo lo que pueda. —comentó observándola con atención.

Y ella se dio cuenta en ese mismo instante, que el chef sentía algo especial por su compañera, y no pudo evitar dibujar una leve sonrisa de satisfacción. Realmente Asha era una mujer muy bella, con su piel color ébano, sus marrones y grandes ojos almendrados, sus facciones perfectas, con ese porte regio y orgulloso, y un cuerpo estilizado que le hacía recordar a una exótica reina africana. Podía visualizarla perfectamente sentada en un trono, con dos leopardos sentados a cada lado.

— ¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente?—protestó la mujer consternada, y lanzándole una mirada de reproche al francés.

—Está visto que hoy no tienes un buen día, *chéri*. —comentó molesto por su actitud, mientras cortaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

—Lo tenía bueno hasta hace bien poco. —replicó cortante.

—Está bien haya paz. —intercedió Noa.

Era evidente que el hombre sentía algo por Asha, pero lo que no era tan obvio era lo que sentía ella por él. A Noa su compañera la tenía algo desconcertada, ya que si el francés no le atraía o tan siquiera le gustaba, ¿por qué entonces no podía ni mirarlo a los ojos, desviándolos en cuanto él intentaba conectar con ella? A pesar de su color de piel oscura, había notado como se había ruborizado, cuando éste la piropeó llamándola inteligente. Y un leve brillo de satisfacción cubrió su mirada, a pesar de que enseguida la camufló con ira. No entendía muy bien cuál era el problema allí, pero tampoco tenía la suficiente confianza con ella para preguntarle, y lo que menos quería era que la creyeran una entrometida. Así que intentó desviar la atención hacia otros derroteros.

— ¿Podéis explicarme como va esto de los proveedores?

Y entre los dos le explicaron a grandes rasgos, como conseguían todos los víveres en un lugar tan apartado.

Todas las semanas venían varios proveedores, tanto de carne como de frutas y verduras frescas, de la ciudad cercana más grande llamada Nyeri. Sobre una vez al mes, más o menos, recibían un cargamento de productos exportados que venían en avión desde España, y que tenían que ir hasta Nairobi a recogerlos. Y en cuanto a otros productos menos demandados, a veces si los poblados cercanos tenían excedentes, solían comprárselos a ellos.

Después de comer, entre los tres hicieron la lista de los ingredientes que les faltaban, o estaban a punto de terminarse en la despensa. Y cuando finalizaron, las dos mujeres subieron al despacho para acabar con las tareas que tenían pendientes ese día.

— ¡Esto es imposible!—Exclamó irritada Noa tiempo después, mientras se echaba hacia atrás en el asiento. — Este programa es demasiado antiguo, y así tardamos horas en hacer algo que con otro más moderno acabaríamos enseguida.

—Era el que utilizaba el antiguo director. —le explicó Asha desconcertada.

—Ahí está el problema. —sugirió mientras se levantaba del asiento contrariada. — Estos ordenadores son tan antiguos como el propio Emilio, y los nuevos programas de contabilidad no son compatibles con ellos. Tendré que hablar con mi padre para que nos envíe nuevo material.

— ¿Nuevo material?

—Sí. —Manifestó convencida. —Ordenadores modernos, una impresora que no se coma las hojas, un fax nuevo... incluso una grapadora decente que no sea de la época del pleistoceno. —comentó levantando ésta con los dedos a punto de desencajarse.

— ¿Y qué vas a hacer con éstos?—le preguntó con curiosidad la keniana.

—No lo sé, tirarlos supongo.

—Ajá.

Y empezó a caminar intranquila de un lado a otro de la habitación.

—Aquí hace un calor de mil demonios. —Susurró mientras se abanicaba con una hoja de papel. — ¿Quién lleva el mantenimiento del aire acondicionado? Creo que está averiado.

—El jefe Alonso.

— ¡Oh!—Exclamó sorprendida. —Pues entonces seguro que soy yo la que tengo más calor del normal.

Ni muerta le iba a pedir que arreglara el aparato. Antes se asaba de calor. — pensó Noa molesta consigo misma.

Y estaba enfadada, porque a pesar que llevaba todo el día intentándolo, no podía quitarse de la cabeza el momento vivido con el guía en su cabaña la noche anterior. No podía entender, porque volvía a su memoria una y otra vez, el instante en el que él la había arrinconado contra el armario. Recordaba vívidamente su aroma, y el calor que desprendía su cuerpo contra el de ella, y a pesar de que se lo negaba, sabía en su fuero interno que le habría gustado que la besara. Y ahí erradicaba el problema. Si tanto lo despreciaba, ¿por qué demonios deseaba que la hubiera besado? Era algo que no entendía y que la estaba volviendo loca.

Se acercó inquieta a la ventana para echar un breve vistazo afuera, momento que Asha escogió para levantarse de su asiento y acercarse a ella.

— ¿Por qué no vamos a dar una vuelta?

— ¿Una vuelta? ¿A dónde?— preguntó sorprendida.

—Hay un lugar que me olvidé de enseñarte. —le informó divertida.

—De acuerdo. —Sonrió complacida. —Creo que me vendrá bien despejarme un poco.

Y salieron del edificio, para ir dando un breve paseo fuera del complejo hotelero. Caminaron durante casi medio kilómetro por un camino que pasaba cerca de un poblado, y por el que se encontraron con varias mujeres, que iban o venían cargadas con cubos de agua, o con cestos llenos de frutas y verduras. Niños que corrían descalzos y se paraban curiosos a observarla, e incluso un hombre que regresaba con un pequeño rebaño de cabras. Hasta que adentrándose un poco en la selva, se encontraron con una poza de agua donde caía una pequeña cascada. Noa se quedó maravillada al ver aquel pequeño Edén.

—Esto es increíble. —comentó emocionada.

Asha sonrió con orgullo.

—A este lugar venimos algunos empleados del hotel, cuando tenemos un poco de tiempo libre y hace mucho calor. Los clientes no lo conocen, y como tenemos prohibido refrescarnos en la piscina, pues nos acercamos hasta aquí.

—Es maravilloso. —declaró impresionada.

Y se acercó al agua para quitarse a continuación las sandalias, e introducirse poco a poco en la poza hasta cubrir las rodillas. El agua era cristalina, y el murmullo de la cascada invitaba a entrar y ponerse debajo de ella. Se quedó parada, observando como unos pequeños peces se acercaban y le mordisqueaban los pies haciéndole cosquillas, a la vez que rozaba despacio con los dedos las pulidas piedras que notaba debajo de ellos. Levantó los ojos hacia un árbol, donde escuchó el ruido de un mono, avisando a sus compañeros que tenían compañía humana, mientras unos pájaros levantaban el vuelo en bandada, asustados por los chillidos de los primates.

—Gracias por enseñarme este hermoso lugar Asha. Si lo llego a saber, me hubiera traído un bikini para darme un chapuzón.

—Para la próxima vez será, entonces. —le respondió complacida al ver su rostro entusiasmado.

—Eso dalo por hecho.

—Solo le pido una cosa, y es que no venga nunca sola. Si no puedo acompañarla yo, avise a cualquiera de los hombres de seguridad, o incluso a Ajani o Dalair, pero nunca sola.

— ¿Por qué? ¿Es peligroso?—preguntó alarmada.

—Nunca ha ocurrido nada. —sonrió para tranquilizarla. —Pero es mejor no correr riesgos. No me lo perdonaría nunca si le llegase a pasar algo.

—Está bien.

Y se quedaron una poco más, hasta que su compañera la avisó, de que era hora de volver pues iba a anochecer.

Cuando regresaron, les dio el tiempo justo de arreglarse un poco e ir al restaurante a cenar, donde ya se encontraban Alonso y su ayudante Asir. Los dos estaban conversando tranquilamente, cuando de repente el guía se percató de su presencia, clavando su mirada en ella. Y Noa lo único que supo hacer, fue tragar saliva y elevar un poco el mentón, para después acercarse a una mesa y ponerse a conversar con los clientes, preguntándoles que tal se lo habían pasado en la excursión. Charló con todos y cada uno de ellos. Y sabía que era una tontería, pues lo único que estaba haciendo era alargar el momento de sentarse a la mesa con él, pero fue lo máximo que se le ocurrió, hasta que no le quedó más remedio que ir a tomar asiento para cenar.

Saludó con educación, y se alegró sinceramente de que Pierre ya estuviera sentado a la mesa. Y cuando ella hizo lo mismo, se enteró de que Asha había estado poniendo a su jefe, al tanto de los avances que habían estado realizando ese día, pero sin mencionar el hecho de que habían salido a dar un paseo hasta la cascada.

—Por cierto Alonso, ya es la tercera vez que el proveedor de quesos se retrasa. Y el de patatas nos está robando, ya que he pesado los sacos, y los kilos no coinciden con lo que viene en el albarán. —le informó Pierre.

Noa observó como el guía arrugaba el entrecejo desconcertado.

—Qué extraño. —Comentó éste. —Me lo habían recomendado como alguien de plena confianza. ¿Ha ocurrido antes?

—La verdad es que no lo sé. Se dio cuenta Zawadi cuando esta mañana agarró el saco para hacer las ensaladas.

Alonso se rascó la barbilla y suspiró con cansancio, y ella se sorprendió pensando, en cómo sería acariciar ese mentón poco poblado de una barba de varios días. Y en cuanto se dio cuenta de por dónde iban sus pensamientos, agachó la cabeza para dedicarle una minuciosa atención, a las zanahorias guisadas que había en su plato.

—Está bien, en cuanto pueda me ocupo de ese asunto y del proveedor de quesos.

Siguieron charlando de otros temas durante unos minutos, hasta que Asha se acordó de algo importante.

—Noa también quería comentarte algo.

Ésta levantó la cabeza de golpe. Y miró primero a Alonso para después dirigirse a su compañera y susurrarle.

—¿Ah, sí?—le preguntó sin tener la más remota idea de lo que estaba hablando.

—Sí. —contestó la mujer.

—¿Me podrías refrescar la memoria?

Ella la miró con desconcierto y se acercó para también susurrarle.

—Es sobre lo que comentaste esta tarde.

Noa empezó a pensar con rapidez intentando adivinar de qué hablaba, hasta que se acordó de la conversación.

—Ya te dije que seguramente era cosa mía, no creo que el aire acondicionado esté estropeado.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

—A lo otro.

— ¿A qué otro?—Masculló empezando a enfadarse. — ¡Por Dios Asha!, ¡puedes ser un poco más clara!

—Si lo habláis en alto quizás nos enteremos todos. —las reprendió Alonso, empezando a mosquearse de la conducta tan extraña de las dos.

—Ah...pues...—empezó a farfullar Noa sin saber por dónde empezar.

—De los ordenadores. —murmuró su compañera.

— ¡Ah sí, de los ordenadores!

— ¿Ordenadores?—inquirió él cada vez más confundido.

—Exacto. —Señaló mientras cogía su copa de vino con la mano. —Le comentaba a Asha que nuestros ordenadores son muy antiguos, al igual que la impresora y el fax. Y que sería conveniente cambiarlos para que podamos usar programas más modernos, y poder realizar la contabilidad de forma más rápida y eficiente.

Y mientras le daba un sorbo a su copa, observó cómo Alonso levantaba una ceja con escepticismo.

— ¿Y cómo se supone que vas a hacer eso?

—Habría con mi padre, por supuesto.

—Por supuesto. —apuntilló él con sarcasmo. —Papá lo arregla todo, ¿no es cierto?

— ¿Tiene el señor algún problema al respecto?—le preguntó molesta por el tono que estaba empleando.

Ya que le estaba dando a entender, que como niña rica y consentida, en cuanto necesitaba algo su solución era correr junto a papi para pedírselo.

Él clavó su mirada en ella, en tanto los demás los observaban sorprendidos. Sobre todo Pierre y Asir, ya que Asha había presenciado un momento más que tenso entre los dos anteriormente.

—Ningún problema. —le dijo con los dientes tan apretados que podía casi oír cómo le rechinaban.

— ¡Perfecto!—manifestó complacida, mientras alzaba su copa y volvía a beber de ella, celebrando en su interior esa pequeña victoria.

—Y dime Pierre, ¿qué pescado es este?—le preguntó, ignorando a propósito al guía que la miraba enfadado.

Y el chef empezó a contarle la clase de pescado que era, quien lo suministraba, y como lo había preparado. Y a pesar de que ella lo intentó con todas sus fuerzas, no fue capaz de prestarle toda su atención, pues era demasiado consciente de las intensas miradas que le echaba Alonso. Sabía que estaba molesto, y creía conocer lo que él estaba pensando de ella. Y esa pequeña victoria que había celebrado antes, estaba dejando de ser dulce para tornarse algo amarga, al reconocer que el hombre tenía su parte de razón.

En cuanto podía, Noa le echaba en cara a su padre su maldita costumbre de comprarlo todo con dinero, y en cuanto ella necesitaba algo, lo primero que hacía era pedírselo a él. Por lo tanto, quizás no era mejor persona que su progenitor. Y esa idea que empezó a arraigar en su interior, era la que le estaba dejando ese regusto amargo en la boca del estómago.

E intentó por todos los medios desterrarla de su mente. Ella no se parecía en nada a su padre, y no iba a dejar que ese guía de pacotilla la hiciera dudar en lo referente a ello.

Alonso no la conocía en absoluto, y lo que era más importante, no tenía que importarle para nada lo que ese patán pensara de ella. Así que hizo lo que mejor se le daba a ella y a su familia... Simular que todo estaba bien.

Se obligó a prestarle atención a Pierre, y a ignorar las miradas recriminatorias del otro hombre... pero con esa actitud lo que también consiguió, fue no darse cuenta del dolor reflejado en el rostro de Asha.

En cuanto el guía acabó su último bocado, se levantó disculpándose con qué tenía un asunto urgente que atender, y se marchó de la mesa de una manera brusca. Noa observó cómo se iba y se preguntó, qué era eso tan importante que tenía que hacer para marcharse de esa manera tan precipitada.

Minutos después, su compañera alegó un pequeño dolor de cabeza y se retiró a descansar, y aunque el francés se ofreció a acompañarla hasta su habitación, ella declinó su oferta indicando que no era necesario. Poco tiempo después, se levantaron como los demás clientes para acercarse hasta los jardines. Donde se encontró con Alonso, que ya estaba sentado alrededor de la hoguera que habían encendido, y bien acompañado por la hija de un cliente alemán. A la espera de que empezara el espectáculo de baile, y cuentacuentos de algunos de los empleados, describiendo y narrando sus tradiciones e historias más populares. Hizo un pequeño mohín de disgusto, cuando advirtió cómo la muchacha reía de forma coqueta y se acercaba a él más de la cuenta, en un intento de llamar su atención. Al mismo tiempo que él se percataba de la presencia de Noa, y enseñaba sus dientes en una sonrisa arrogante, dirigida solo a ella. Ésta desvió enseguida la mirada, para centrarla en lo que le estaba explicando Pierre, e intentó con todas sus fuerzas desterrar de su interior, ese sentimiento de furia que le subía por la garganta, convenciéndose de que no era asunto suyo lo que él hiciera o dejara de hacer.

Cuando acabó el espectáculo, comentó con algunos clientes sobre él, e hicieron un corrillo con el pobre Asir, para preguntarle las dudas que surgían sobre su cultura y tradiciones. Y por el rabillo del ojo observó molesta, como las demás mujeres se acercaban a Alonso, y éste les respondía divertido y de forma amable, coqueteando sin ningún pudor con todas ellas.

A Noa no sabía que le molestaba más; Si el flirteo del guía con las esposas de los clientes delante de sus narices; El reconocer que era un hombre muy atractivo, demasiado atractivo para su desgracia, y que las mujeres quisieran sentirse aduladas en su presencia; O que él le sonriera de forma socarrona cuando la pillaba expiándole.

Así que por segunda vez esa noche, otra mujer alegó un repentino y falso dolor de cabeza, para esconderse en su habitación.

Capítulo 5

—Creo que ya podemos hacerlo oficial.

Noa se fijó cómo Asha guardaba una carpeta en el archivador, y arrugó el entrecejo extrañada por sus palabras.

— ¿Y qué es lo que tenemos que hacer oficial?

—Pues que a partir de ahora eres la nueva directora de Resorts Montalbo. Ya no tengo nada más que enseñarte sobre cómo se dirige el hotel, y todo el trabajo administrativo que conlleva, así que a partir de este momento tendré que empezar a llamarte jefa Noa.

—Como se te ocurra llamarme jefa Noa te despido en el acto. —le advirtió con una sonrisa.

Ambas habían trabajado con ahínco los últimos cuatro días, y aunque era primera hora de la mañana, se podía decir que todo el trabajo atrasado estaba finalizado.

—Tendremos que avisar al jefe Alonso.

—No hay ninguna prisa Asha. —Manifestó decidida. —Podemos decírselo en la cena. Y sonriendo divertida al imaginarse la situación, comentó mientras grapaba unas hojas.

—Seguro que Pierre montará una fiesta cuando se entere.

Dijo eso a propósito para observar con detenimiento a su compañera, que en cuanto nombró al francés, la expresión divertida de su rostro cambió por completo. Y percatándose de que la estaba mirando, desvió los ojos hacia la pantalla de su ordenador simulando que estaba viendo algo de gran interés. Noa se levantó de su asiento y se acercó a su mesa, para apoyar su trasero en la esquina del mueble.

— ¿Hay algo que yo deba saber sobre Pierre y tú?

La keniana levantó la cabeza sorprendida por su pregunta.

—No... claro que no. —balbuceó nerviosa. —No sé a qué te refieres.

— ¿Segura?

La mujer tragó saliva y queriendo aparentar más seguridad de la que sentía afirmó.

—Completamente. Pierre y yo solo somos compañeros de trabajo, nada más.

Noa agarró un lapicero y empezó a darse pequeños golpecitos con él en el mentón. A pesar de lo que Asha dijese, ella se había dado cuenta de la forma en que miraba al chef cuando él no lo advertía. Y también de algunos gestos de enfado inconscientes, cuando Pierre bromeaba o estaba pendiente de ella, que enseguida eran ocultados con una falsa sonrisa, cuando las miradas de las dos se cruzaban. En ningún momento quería hacer daño a la mujer, y después de pensarlo detenidamente, sobre todo porque la amistad entre ambas se había afianzado en los últimos días, tomó la decisión de intentar hablar de ese tema con ella.

—No sé. Tengo la firme convicción de que a Pierre le interesas.

Asha se levantó nerviosa de su asiento para acercarse a la ventana y darle la espalda.

—No sé de qué estás hablando. Seguramente son imaginaciones tuyas.

—Yo no lo creo así. — Declaró convencida. —De todas formas si ese fuera el caso, yo no tendría ningún inconveniente en que existieran relaciones amorosas entre los empleados. Siempre y cuando no afectaran al ámbito laboral, por supuesto.

Su compañera se quedó callada durante unos segundos, para a continuación cuadrar los hombros y girarse en su dirección.

—Pero ese no es el caso, así que no tienes de qué preocuparte. —le contestó con seriedad.

—Yo no he dicho que esté preocupada. —puntualizó desconcertada por su actitud. —Solo quería decir que...

—Creo que puedo asegurar, que Pierre está más interesado en otra persona que en mí. —la interrumpió mirándola con gravedad. —Además, aunque ese no fuera el caso y tú tuvieras razón, déjame decirte que yo no estoy interesada en él, en ningún otro término que no sea el estrictamente laboral. Solo somos compañeros de trabajo y como tal lo respeto. Pero nada más.

Noa se quedó muda de asombro por su contestación y la forma en la que se lo dijo. Lo negó con tanta rotundidad, que al final creyó que se había equivocado por completo, y se maldijo por ser una entrometida.

—Lo-lo siento Asha. —se disculpó consternada. —En ningún momento lo dije con mala intención, todo lo contrario. Creí con sinceridad que tú sentías lo mismo, pero es evidente que me he equivocado. No quiero que creas que soy una chismosa, yo...

Se acercó a ella con verdadero arrepentimiento en la mirada.

—Yo llevo poco tiempo aquí y te considero una amiga. Y por nada del mundo me gustaría perder eso. Discúlpame si mi actitud te ha molestado...

—Tranquila, Noa. —la interrumpió la mujer abandonando su pose seria para mirarla ahora con interés. —No hace falta que te disculpes, no pasa nada.

Asha estaba desconcertada con la conducta de la española, no hacía más que sorprenderla con su forma de ser tan contradictoria. Por momentos era amable y cordial, y en otros una verdadera arpía. No es que se hubiera portado mal con ella, todo lo contrario, no tenía nada malo que decir al respecto, pero con Alonso era todo muy distinto. Y eso hacía que no pudiera fiarse de ella. Aunque para ser honestos, la actitud del guía con Noa tampoco era para echar cohetes. Pero era como si hubiera dos personas en su interior. La mujer que era amable con todo el mundo, cercana y amistosa. Y la que era déspota y repelente con su jefe. Otras veces hablaba sin parar de sus amigos y de su vida en España, para después cerrarse en banda cuando le preguntaba por su familia. Por momentos pareciera que coqueteaba con Pierre y que tuviera un interés personal por él, para después insinuarle que el chef estaba interesado en ella, y que no pondría ningún reparo sobre una relación entre los dos. Y se preguntó, ¿a qué estaría jugando? ¿Quién era verdaderamente Noa Montalbo? Para ella era un auténtico misterio.

Pero lo que sí tenía muy claro es que desde que había llegado allí, el francés estaba muy interesado en ella. Y aunque se negara a reconocerlo, no podía evitar que ese hecho le doliera. Y lo peor de todo, es que ella misma había provocado esa actitud, pues su comportamiento distante y frío con él, había propiciado que Pierre buscara apoyo en otra mujer. Contrariamente a lo que le acababa de decir, era consciente de las

atenciones y el cariño más allá del laboral, que el chef le había demostrado en más de una ocasión, pero que ella siempre había cortado tajantemente. Porque a pesar de que sentía lo mismo, nunca... jamás, podría llegar a tener nada con él. No después de lo que le habían hecho. Era una losa que cargaría sobre sus hombros el resto de su vida.

Parpadeó varias veces alejando esos dolorosos pensamientos, para centrarse en la que ahora era la directora del hotel.

—Todo está bien, no te preocupes.

Su jefa sonrió aliviada y aprovechó ese momento para cambiar de conversación.

—Y ahora que ya hemos terminado con el trabajo atrasado, ¿qué es lo que quieres hacer a continuación?

—Pues había pensado en hacer algunos cambios en la página web. También he comprobado que no tenemos Facebook, ni Twitter, y las redes sociales hoy en día son muy importantes. Me gustaría también hacer un sondeo de mercado, para poder rivalizar en ofertas y precios con nuestros competidores, o incluso ofrecer alguna actividad que nos diferencie de los demás. Abrir una cuenta en Youtube, para que los clientes puedan colgar sus viajes del safari, o incluso un blog donde...

De repente se quedó callada cuando se percató de la cara de asombro de su compañera.

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

Asha negó con la cabeza apenada y ella sonrió divertida.

—No te preocupes, yo te enseñaré todo lo que tienes que saber. Pero creo que por hoy ha sido suficiente, nos merecemos un día de relax. Y ya mañana nos pondremos manos a la obra, ¿qué te parece?

—No sé, a mí no me importa seguir trabajando.

—Pero a mí sí. Desde que me enseñaste la poza de la cascada no hago más que pensar en ir a darme un chapuzón. ¿Te apetece acompañarme?

La keniana lo pensó durante unos segundos para después negar con la cabeza.

—Si no te importa me gustaría hacer otra cosa.

—Claro que no me importa. Tenemos todo el día, así que si quieres podemos dejar la poza para el final.

—No me has entendido. — Declaró algo avergonzada por lo que le iba a pedir. — Lo que tengo que hacer es un asunto personal y preferiría ir sola.

— ¡Oh!—soltó sorprendida. — ¡Claro, que tonta soy! Por supuesto que no me importa. Iré yo por mi cuenta, y así de paso saco algunas fotos para colgar en la web.

— ¿De la cascada?—preguntó Asha con cierto desagrado.

—No, ni hablar. Ese lugar es especial y único para nosotros. Si lo colgara en internet se llenaría de turistas y yo no quiero eso.

La mujer suspiró aliviada.

—Pero aprovecharé el día para fotografiar los bungalós, el hotel, los jardines, y los lugareños y paisajes que me encuentre por el camino.

—Está bien, pero avisa a Salehe que te acompañe.

—Tranquila, lo haré.

Terminaron de recoger sus mesas y se despidieron en la entrada del hotel.

Después de ir a su cabaña, cambiarse de ropa y recoger la cámara de fotos, Noa se dedicó a lo que dijo que haría, sacar instantáneas del lugar. Y cuando creyó que ya tenía el suficiente material, buscó al guarda de seguridad para que la acompañara a la pequeña poza que le había mostrada Asha. Pero una de las mujeres de la limpieza, le informó que el hombre estaba ocupado ayudando a arreglar una verja, que había sido dañada por culpa de unos cerdos gigantes salvajes, animal que abundaba por la zona. Por lo que después de pensárselo durante unos minutos, decidió que iría igualmente.

Entendía los miedos de Asha, pero cuando había ido con ella a aquel pequeño Edén, no encontró nada por el camino que pudiera sugerirle ningún tipo de peligro. Es más, había visto mujeres y niños por el lugar andando tan tranquilos. Y no creía que si existiera un peligro real, esas personas caminaran tan campantes por allí. Lo que sí hizo, fue informarle a la mujer donde iba por si alguien preguntaba por ella, no fueran a creer que le había pasado algo al no encontrarla en el hotel.

Así que ansiosa se encaminó con cámara en mano, a buscar un poco de alivio para aquel calor tan sofocante que estaba sufriendo.



Alonso llegó a la poza de la cascada furioso con esa odiosa mujer. Por el camino maldijo su suerte unas cuantas veces, pues se sentía frustrado. Frustrado por tener que hacer de niñera de esa *niñata* malcriada y descerebrada. Frustrado porque desde que había llegado no había hecho más que complicarle la vida. Y todavía más frustrado, porque a pesar de todo ello no conseguía quitársela de la cabeza.

Había intentado por todos los medios no sentirse tan condenadamente atraído por ella, pero todo había sido en vano. Desde aquella maldita noche que la había encontrado desnuda en la ducha, luchaba incansablemente por desterrarla de su mente. Pero volvía a imaginársela una y otra vez. Y no ayudaba en nada, ese calor tan insoportable que estaban sufriendo últimamente, ya que por las noches cuando salía a la pequeña terraza de su bungalow porque no podía dormir, se encontraba de frente con la cabaña donde sabía que ella pernotaba. Y su calenturienta imaginación anhelaba otras maneras más agradables de sudar, que la de estar parado allí cabreado consigo mismo, por desear a una mujer que a todas luces no le convenía en absoluto. De eso estaba completamente seguro, y lo sabía por experiencia propia. Pero sobre todo, porque no se soportaban, porque nunca podría estar con una mujer tan narcisista y materialista como era ella, sin contar con su altivez y su prepotencia. Pero ante todo, porque con una vez ya había tenido más que suficiente. Así que la única forma que había encontrado de no cometer una locura, era evitarla lo máximo posible.

Y allí se encontraba ahora, rezando para que no se hubiera metido en ningún lio. Pero se quedó parado de pronto, cuando la vio emerger del agua como una hermosa ninfa, casi etérea, divina, y salvajemente sexy. Logrando que todos los reparos que hasta hacia un segundo había enumerado, se desvanecieran como la escarcha calentada por el sol.

Hasta que de súbito se puso en tensión, al notar por el rabillo del ojo como una forma indefinida se movía por la vegetación. Y todos sus años de observación e

investigación de la naturaleza africana le alertaban, sabiendo que lo que se movía acechando a escondidas hacia la poza no era nada humano.

Se acercó al agua despacio con movimientos suaves y silenciosos, mientras escudriñaba la espesura, a la vez que advertía como Noa se encontraba totalmente ajena al peligro. Hasta que por fin, pudo ver al leopardo agazapado detrás de un árbol, muy cerca de donde se encontraba ella. Rápidamente agarró una piedra para tirarla contra el animal y asustarlo. Y consiguió lo que buscaba, cuando el felino apartó la atención de la mujer para posarla en él, mientras erizaba el pelo y dirigía las orejas hacia atrás pegadas a su cráneo, y a continuación rugía estremecedoramente, momento en el que Noa se asustó al escuchar el ruido.

Alonso no quería sacar su arma y disparar al aire, era una opción que contemplaba como última necesidad, igual que la de disparar al animal. Por lo que volvió a coger otra piedra un poco más pesada, y afinar la puntería para intentar darle y conseguir así que huyera espantado. No consiguió acertarle, pero si aproximarse tanto, que al caer tan cerca el guijarro, el leopardo se asustó y huyó del lugar.

Esperó unos segundos, y cuando se cercioró de que ya no corrían aparente peligro, se volvió hacia la mujer que con las manos tapando su boca y los ojos como platos, todavía seguía mirando el lugar donde antes había estado apostada la fiera.

—Ahora despacio y con tranquilidad, sal de agua sin hacer ruido para no volver a atraer su atención. —le indicó con firmeza.

Lo que menos quería era que ella intentara huir despavorida, y despertara nuevamente el interés del leopardo, o de cualquier otro animal peligroso que anduviera cerca.

— ¡¿Estás loco?!—Le gritó atemorizada. — ¡Yo no me muevo de aquí ni loca!

—Escúchame...—le empezó a hablar para intentar tranquilizarla. — sé que tienes miedo, pero es muy importante marcharse de aquí antes de que vuelva.

—No, escúchame tú. —Le respondió tercamente. —Que te creas el hijo perdido de Tarzán no implica que sepas lo que haces. Ahí... ahí había un leopardo enorme. —le señaló asustada el árbol donde había estado el animal. —Y ni muerta pienso salir de aquí.

— ¡Maldita sea, Noa!—Explotó mientras ponía los brazos en jarras y le hablaba por primera vez en español. — Sal ahora mismo del agua o te juro que te saco a rastras.

— ¿Quieres que te diga exactamente donde te puedes ir, o necesitas que te haga un croquis?

— ¡Juro por Dios, que en mi vida me había encontrado con una mujer tan inconsciente, desesperante, y fastidiosa como tú!—Declaró mientras se quitaba las botas furioso. — ¿Qué parte de no vayas sola a la poza no le entendiste a Asha? Porque creo que te lo dejó muy clarito, y que yo sepa el inglés lo entiendes perfectamente. — continuó a la vez que se despojaba de la camisa. —Pero nooo, la *niñata* tenía que hacer lo que le viniera en gana. ¡Como siempre!

— ¿Qué estás haciendo?—le preguntó ella perpleja.

— ¿Tú que crees?—le soltó, en tanto vaciaba los bolsillos del pantalón y posaba la pistola en el suelo. —Yo no soy tu papi, y si no sales por las buenas saldrás por las malas.

— ¡Ni se te ocurra Alonso!—Le gritó asustada. —Lo mejor es que vayas a buscar más hombres y vengáis con armas...

—A mí no me vengas a decir lo que tengo y no tengo que hacer, *niñata*. —la interrumpió mientras se metía en el agua cristalina para acercarse a ella. —Ahora entiendo porque tu padre te envió lejos de él, tener que lidiar contigo debe dejarlo agotado. Seguramente ha sido por prescripción médica, porque tu irresponsabilidad no tiene límites.

—No me juzgues Alonso Rivas, no te atrevas a juzgarme. Tú no me conoces en absoluto y a mi padre menos. —masculló con los dientes apretados.

Y era cierto. Se estaba cansando de que siempre pensara lo peor de ella. Ese hombre no tenía ni idea de por todo lo que había pasado en su vida, y por supuesto ella no se parecía a su padre en absoluto.

—Conozco lo suficiente como para saber que eres la mujer más irresponsable y cabeza hueca que conozco. ¿Cómo se te ocurre adentrarte en la selva sin ninguna protección? ¿Qué hubiera pasado si no llego a tiempo de evitar que ese leopardo te atacara?—la increpó furioso.

Noa levantó la cabeza orgullosamente. Sabía que él tenía razón, pero por nada del mundo se la iba a dar, y con un extraño brillo en los ojos le contestó cuando él llegó a ella.

—No creo que a ninguno os diera mucha pena mi muerte. Es más, seguro que habría sido un alivio para ambos, así que... lo siento. Siento mucho que no se pudiera cumplir tu deseo.

El hombre parpadeó varias veces desconcertado.

— ¿De qué demonios estás hablando, *niñata*?

—Sé perfectamente que no me soportas. No soy ninguna estúpida Alonso, tengo claro que me desprecias y que tu mayor deseo es deshacerte de mí. —manifestó con evidente dolor en sus palabras.

—Pero no para desear tu muerte. —le aclaró atónito de que pudiera pensar eso.

— ¿Y a ti qué más te da? Por lo visto tienes muy claro el tipo de persona que soy, ¿no es cierto? Me has prejuzgado sin conocerme.

—Conozco demasiado bien a las mujeres como tú. —le soltó mirándola con repulsa.

Y eso a ella le dolió. No tenía ni idea de porque le importaba lo que opinara ese hombre, pero por mucho que lo negara era así. Luchaba consigo misma por parecer dura y fría en su presencia, simulando que lo que Alonso creyera de ella le traía sin cuidado. Pero en el fondo, muy en el fondo, le lastimaba que él pensara lo peor de ella.

— ¿Qué me conoces?—le preguntó con evidente desdén. —Tú patán, no has conocido una mujer como yo en tu miserable vida.

Alonso esbozó una media sonrisa, mientras la miraba de arriba a abajo con evidente desprecio.

—Por desgracia, mujeres como tú las hay a patadas.

Noa abrió la boca sorprendida por lo que sus palabras sugerían, ese había sido un golpe bajo. Y entrecerró los ojos mientras se cruzaba de brazos, para escupirle algo que le doliera, como a ella le habían lastimado sus palabras.

— ¡Oh, pobrecito Alonso! ¿Qué te pasó? ¡No me lo digas, ya sé! Seguro que una *niñata* rica como yo te rompió el corazón, ¿verdad? Se dio cuenta de que eras un estúpido don nadie, y se deshizo de ti como de la basura.

— ¡Escúchame bien *niñata* del demonio!—Masculló con los dientes apretados mientras la agarraba de un brazo. — ¡No te consiento que me hables así, ¿me entiendes?!

—Yo te hablo como me de la real gana. —Le contestó en tanto ambos se lanzaban miradas furiosas. — ¡Suéltame!—gritó mientras se deshacía de su agarre.

Algo que Alonso hizo al momento.

Y en ese instante, Noa creyó ver algo que se movía en la espesura, y sin pensárselo dos veces se abrazó aterrorizada a él.

— ¡¿Qué es eso?!—chilló angustiada.

— ¡Chss, no grites!—le susurró mientras escudriñaba los alrededores, buscando lo que se suponía que ella había visto.

Y echó su mano a la cintura para darse cuenta de que se encontraba desarmado.

— ¡Mierda!— Masculló al percatarse que se había dejado el arma en la orilla. — ¡No tengo mi pistola!

Después de unos segundos, se dieron cuenta de que únicamente había sido un mono que había saltado al suelo para comer algún fruto caído, y que enseguida volvió a subir al amparo del árbol. Y pudieron respirar tranquilos tan solo para darse cuenta, de que estaban abrazados el uno al otro.

Noa levantó la mirada hacia su rostro, para perderse en esos ojos marrones-verdosos, mientras que su corazón empezó a bombear a tal rapidez, que pareciera que se le fuera a salir del pecho. En tanto él, observaba maravillado ese perfecto rostro, hasta que fijó la vista en su boca cuando inconscientemente ella, se mojó los labios con la punta de la lengua. Y acercó su cara deseando besar esos carnosos labios.

— ¿Tenías una pistola?—balbuceó Noa sin saber muy bien por qué.

Alonso desvió su intensa mirada hacia esos enormes y cautivadores ojos celestes.

—Sí. —susurró.

Para a continuación acercarla más a él. El aroma de Noa inundaba sus fosas nasales, y eso lo estaba volviendo loco. El calor de sus manos apoyadas en su pecho, hacían que su piel se estremeciera allí donde ella estaba tocando. Y en algún lugar muy recóndito de su mente, sabía que lo que estaba haciendo era una estupidez, pero en ese momento solo pensaba en los deseos que tenía de besarla.

— ¿Y dónde la dejaste?

Él se tuvo que tomar un segundo para pensar en su pregunta, y recordar donde había dejado el arma. Momento en el que ella observó, cómo se le formaban unas pequeñas arrugas en el entrecejo, seguro de tantas horas forzando la vista para encontrar animales salvajes que mostrar a los clientes. Y que locamente deseó acariciar con las yemas de sus dedos, para intentar relajar esa parte de su rostro.

—Con mi camisa. —le respondió mientras acariciaba su espalda, y percibía como la piel se le erizaba.

— ¿Y ahora quien es el estúpido?

Alonso sonrió de forma depredadora, y observó cómo las pupilas de ella se dilataban, cuando su cara se acercó tanto que sus alientos chocaron, para a continuación tomarla por la nuca y decirle.

—Evidentemente yo.

Y la besó.

Capítulo 6

Cuando sus labios se unieron se fundieron como si fueran uno solo. Alonso la estrechó más entre sus brazos, mientras con su lengua recorría el contorno de sus dientes, para después apoderarse de la de ella, y bailar una danza antigua en la que los dos entonaban el mismo ritmo. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaban extasiadas, a la vez que sus corazones martilleaban una canción atronadora que los ensordecían, haciéndoles indiferentes a nada que no fuera el anhelo que sentían el uno por el otro. Atrás quedaba en el olvido más absoluto, el miedo por el peligro que pudiesen correr, al estar expuestos a cualquier animal salvaje que merodease por el lugar, o de cualquier disputa que hubiera habido antes entre ellos. De lo único que eran conscientes, era de sus cuerpos ardientes rozándose piel contra piel, y del deseo contenido que habían estado reprimiendo hasta ese instante. Instante que ninguno de los dos era capaz de dominar, hasta que sus ansias del uno por el otro no fueran aplacadas.

— ¡Madre mía, qué bien sabes!—murmuró él contra sus labios completamente enardecido.

A Noa se le escapó un gemido de deleite, y le respondió con más pasión enterrando sus manos en su pelo, para después hacer más profundo ese beso y devorarlo con ansias. Él hizo presión con su mano en la parte baja de la espalda de ella, para acercarla más si se podía a su erección. Momento en el que subió por su pecho un ronroneo ronco y gutural, cuando su miembro hinchado se rozó contra ella, que a pesar del agua fresca que los envolvía, sus cuerpos enfebrecidos por el deseo no notaban. Y ella no se lo pensó dos veces, cuando rodeó con sus piernas su cintura quedando suspendida en el agua, mientras que él la apretaba más contra su pene, empujando con ambas manos su trasero hacia su pelvis, solo separado por la tela del pantalón y del bikini de ella.

Noa interrumpió ese salvaje beso para mirarlo a los ojos, y perderse en las profundidades de su intensa mirada. La misma que la devoraba como si fuera un apetitoso bocado, anhelado por un hombre hambriento. Hambriento por ella. Única y exclusivamente por ella.

Contempló con detenimiento su torso fuerte y musculoso de piel bronceada, y rozó con las yemas de los dedos su pecho, trazando un camino sinuoso donde la piel se estremecía allí por donde pasaba. Rodeó los pequeños pezones marrones, y bajó por la tableta bien marcada y definida, hasta llegar al botón de su pantalón. Elevó los ojos para advertir como Alonso tenía la boca entreabierta, y se pasaba la lengua por ella, y un deseo acuciante la hizo acercarse a él y morderlo con suavidad, atrapando con sus dientes el labio inferior, y logrando que un gruñido suave subiese por su garganta. Separó su rostro para volver a mirarlo a los ojos, y a continuación volver a besar con devastadora pasión esos labios que la quemaban, y que la hacían sentir ese loco anhelo

de tenerlo, de poseerlo únicamente para sí, y que no había sentido por nadie más en toda su vida.

Después de unos minutos en los que lamió, mordisqueó, y succionó esa apetitosa boca que le hacía sentir un auténtico volcán en sus entrañas, Alonso la abandonó para besar su mandíbula, y dibujar un reguero de lava que bajaba abrasando la piel por donde tocaba hasta su hombro, donde mordió levemente hasta dejar una pequeña señal rosada. Quería marcarla, quería dejar impresa su esencia para que nadie más la tocara. Ni Pierre, ni Derek, ni ningún otro maldito hombre que no fuera él. Sus sentimientos hacia ella eran encontrados e intensos, y a pesar de que por un lado la despreciaba, por otro lado se moría por besarla. Quería ignorarla, pero los celos cuando otro hombre se acercaba a ella lo carcomían, logrando que las palabras que salían de su boca fueran para herirla, para hacerla sentir su enfado, su frustración. La odiaba con la misma intensidad que la deseaba. Y a pesar de lo que había luchado contra esa atracción y de todas sus promesas, allí se encontraba, ansiándola como no había ansiado a nadie antes. Dejando atrás su cordura que le gritaba que ella no le convenía, que lo que estaba haciendo no era una buena idea, que Noa nunca sería una mujer para él. Sintiendo despojado de su voluntad por el maldito deseo que sentía por esa mujer. Pero que en ese momento no le importaba. No le importaba nada que no fuera ella, sentirla, acariciarla, saborearla...

Noa siseó cuando notó el leve mordisco, y se aferró a sus anchos y bronceados hombros sintiéndose débil, y a punto estuvo de suplicarle que la tomara allí mismo. Que le hiciera el amor sin pensar en nada más excepto en lo que sentían.

¿Y qué era lo que sentían? Ella no tenía ni la más remota idea. Solo sabía que lo deseaba con todas sus fuerzas, que su piel se estremecía donde el aliento de él le rozaba, que su lengua húmeda no lograba apagar el fuego que la consumía, y que sus caricias la hacían vibrar como nunca nadie lo había hecho antes.

— ¡Alonso!—susurró con la voz temblorosa por la pasión.

El hombre levantó la cabeza para clavar sus penetrantes ojos en los de ella. Y cuando reparó en cómo Noa respiraba con dificultad, como sus labios entreabiertos temblaban hinchados por sus besos, sus pupilas dilatadas por la misma fiebre que lo consumía a él... Agarró su cara con ambas manos para volver a devorar esa boca que tanto lo tentaba, mientras sus lenguas danzaban en un estado de delirio, dando y recibiendo, ofreciendo y reclamando, sin piedad, sin remordimientos, sin dudas, sin recriminaciones.

Hasta que de repente, el ruido ensordecedor de los gritos de los monos apostados en los árboles, avisando a sus hermanos de un peligro eminente, hizo volver a la cordura al guía. Que la soltó girando a ambos lados con el cuerpo en completa tensión, alerta ante el peligro que los primates anunciaban, sin darse cuenta que al hacerlo, Noa se hundía en el agua al no tener ningún apoyo donde agarrarse.

Cuando ella emergió luchando por respirar, mientras tosía el agua que había tragado, Alonso casi había llegado a la orilla.

— ¡Vístete! ¡Nos vamos ya!—le ordenó.

— ¡¿Qué?!—farfulló confundida, a la vez que se apartaba el pelo mojado de los ojos.

—Aquí no estamos seguros. —le aclaró mientras alcanzaba su camisa tirada en el suelo.

— ¿Seguros?—preguntó desconcertada, todavía con la bruma de la pasión enturbiándole la razón.

De repente se dio cuenta de donde estaban y lo que acababa de pasar entre ellos dos.

— ¿Y a quién demonios le importa ahora la seguridad?—preguntó dolida por su actitud.

Se estaba comportando como si no le interesara en absoluto lo que había sucedido entre ambos. Como si lo que acababa de pasar fuera algo muy normal en la vida cotidiana de Alonso, pero que para ella en absoluto era así. Observó como él se giraba dándole la espalda en tanto se abrochaba la camisa, para confirmar sus dudas en el momento en el que habló.

—A mí sí me importa, *niñata*. No me apetece ser la comida de ninguna fiera. Así que mueve tu culo fuera del agua porque nos vamos ahora mismo.

Noa aspiró de golpe aire, para retenerlo durante unos segundos con la boca abierta sorprendida por sus palabras, y expulsarlo con fuerza a continuación.

En tanto Alonso, se maldecía una y otra vez por haber sido un imbécil.

¡¡ ¿En qué demonios estaba pensando?!! ¡¡JODER!!.

No entendía que diablos había sucedido para dejarse llevar de esa manera tan... tan... impetuosa. No era nada propio de él.

¡MIERDA!

Tenía que arreglar esa situación como fuera. Ella era la hija de su jefe, y no podía ir besándola de esa manera a lo loco, aunque se muriera por hacerlo. No quería tener problemas y menos con una mujer de su clase.

—Por supuesto que me voy de aquí. —Escupió enfadada. — ¡Pero lejos de ti, estúpido mal nacido!

Observó como ella salía del agua, y se agachaba para recoger su fino vestido de algodón, que se vistió furiosa por encima del biquini mojado, empapando la delgada tela.

— ¿Y ahora qué te pasa?—le preguntó confundido.

Noa no le contestó, se calzó las sandalias, agarró la cámara de fotos, y se marchó de allí sin esperarlo ni mirar atrás. En ese momento lo odiaba tanto que le pegaría. Se sentía humillada, usada y mortificada. La había lastimado. A pesar de todas las corazas que había interpuesto entre él y ella... en un momento, con solo un instante, le había sobrado para hacerla daño. Como una estúpida había creído que lo que había sucedido entre los dos había sido algo especial. Ella no respondía a los besos de un hombre así, perdiendo el control de esa manera. Nunca. Jamás.

Alonso salió corriendo detrás de ella, advirtiendo como el vestido húmedo se adhería a su cuerpo, mientras se colocaba la pistola en el cinturón.

— ¡Espera!—le dijo agarrándola por el brazo.

— ¡Aléjate de mí!—farfulló entre dientes zafándose con facilidad.

—Si estás molesta por lo de antes, déjame decirte que te lo tienes bien merecido.

Noa se paró en seco para girarse despacio hacia él.

— ¡¿QUÉ?!—le preguntó incrédula.

—Estoy cansado de que me insultes. —le explicó diciéndole lo primero que le vino a la cabeza.

Porque evidentemente no le iba a decir la verdad. Antes muerto, a que ella supiese lo mucho que lo atraía. Y que había perdido toda voluntad, convirtiéndose en un títere en sus manos, antes de que la cordura le hiciese entrar en razón. Y acercándose más la amenazó.

—Era la única manera que se me ocurrió para hacerte callar. Así que como vuelvas a abrir esa sucia boca tuya para faltarme, te juró que no dudaré en volver a hacerlo.

— ¡No te atreverás!—lo retó con los dientes tan apretados que le dolían.

Alonso acercó más su cara, casi pegando la nariz contra la de ella. Y la mujer pudo observar como una vena en la sien, cerca de su ojo derecho, palpitaba furiosa.

—Pruébame.

— ¡Vete a la mierda! ¡Imbécil!.—le soltó furiosa mientras se daba la vuelta para irse de allí.

Él le agarró un brazo con una mano haciéndola girar y apretarla contra su cuerpo, para a continuación tomarla de la nuca y plantarle un beso en toda la boca. Noa se debatía entre sus brazos luchando afanosamente por huir de su encierro, pero él era más fuerte y la tenía firmemente sujeta.

— ¡Suéltame!—Masculló contra su boca. — ¡Maldita sea, suéltame Alonso!

Y él lo hizo. Porque si seguía besándola un poco más, no creía tener fuerzas suficientes para soltarla y dejarla ir. Y se alejó unos pasos para coger algo de aliento, a la vez que se frotaba la nuca con una mano, para después girarse hacia ella.

— ¡Te lo advertí, Noa!

Y reparó sorprendido como ella se marchaba de allí, pero por el camino incorrecto. Justo el opuesto a donde estaba el hotel.

— ¡¿Pero qué te pasa?!—Le gritó desconcertado, caminando hacia ella sin llegar a entender su actitud. — ¡Solo fue un beso! ¡Un maldito beso!

Y de repente se paró en seco al darse cuenta de algo. ¿Pudiera ser? ¿Sería posible que para ella no hubiera sido un simple beso?

¡Imposible!

Le había dejado muy claro lo mucho que lo odiaba. Que no era más que un simple muerto de hambre para ella. El desdén con el que lo había tratado desde que llegara a África, le había hecho entender lo mucho que lo despreciaba. Creyó que simplemente se había dejado llevar en la poza. Que solo había sido un calentón. Entonces, ¿a qué venía esa actitud? Tenía que saberlo. ¡Necesitaba saberlo!

— ¿Qué ocurre Noa? ¿Acaso creías que había sido algo más? ¿Qué podría ocurrir algo entre nosotros?

Ella se paró de golpe con el cuerpo rígido y los puños tan apretados a los costados, que se estaba clavando las uñas haciéndose daño. Se mordió el labio en un intento desesperado por no llorar. Por su vida que no iba a permitirle a ese hombre, saber el daño que la estaba haciendo con sus palabras. A pesar de lo que todo el mundo creyese, ella valía más que eso. No volvería a permitirle a nadie que la usara, para después tirarla

a la basura cuando ya no le hiciese más falta. Eso se había acabado. No tenía que demostrarle nada a nadie. Ni a su padre, ni a su hermano, ni a ese maldito hombre.

Levantó la cabeza parpadeando varias veces, para retener las lágrimas que pugnaban por salir. E inspirando profundamente para intentar tranquilizarse, se giró despacio cuando creyó, que ya estaba preparada para enfrentarse a él.

—No te creas tan irresistible Alonso. —le soltó con desdén, en tanto se cruzaba de brazos y lo observaba de arriba abajo examinándolo detenidamente, mientras una sonrisa desdeñosa bailaba en sus labios. —No besas tan bien como para hacerlo memorable. Siento decirte que más bien es todo lo contrario.

Observó como el guía parpadeaba varias veces extrañado por su cambio de actitud. Había dejado esa furia incontrolable que momentos antes la había embargado, para cubrirse con una fría e imperturbable máscara, que hiciese parecer que nada de lo que él le dijese le importaba.

—Solo que no me gusta que me utilicen y me mientan. Porque te recuerdo, que fuiste tú el primero que empezó a insultarme, cuando desde el minuto uno me has estado llamando niña de forma peyorativa. Sin contar con descerebrada, inconsciente, inútil, malcriada... ¿quieres que siga?

—Esos no son insultos.

Noa abrió la boca desconcertada por tanta desfachatez. Y soltó una risa burlona dejándole en claro que no se lo tragaba.

— ¿Ah no? ¿Entonces qué son? Te recuerdo que pulpo en mi ciudad no se considera un animal de compañía.

—Solo son adjetivos constatando mi firme opinión sobre tu persona. Algo que hasta el momento no has hecho cambiar ni con tu actitud, ni con tus palabras, ni con tu forma de proceder, y mucho menos de actuar.

Ella bufó por su cinismo y se acercó más a él.

— ¿Y cómo tendríamos que llamar entonces a tu actitud Alonso? ¿La de un hombre cabal? ¿Sensato? ¿Acaso maduro y lógico?

Ahí le había dado. Sabía perfectamente que ella tenía razón. Desde que la había conocido había perdido los nervios en incontables ocasiones, pues solo ella sabía sacarlo de quicio de esa manera, logrando que hiciera y dijera cosas que no iban con su carácter. Como los momentos acontecidos en la catarata, por ejemplo. Pero era algo que no podía reprimir. De repente algo en él explotaba que lo volvía loco, y que nunca antes le había pasado, por lo que no sabía cómo lidiar con ello.

— Pero, ¿sabes qué?—le dijo cuándo se dio cuenta de que no le iba a contestar. — Me importa bien poco lo que pienses de mí. No tengo porque demostrarte nada, ni a ti ni a nadie. Y por lo que a mí respecta puedes irte al infierno.

Y se giró para marcharse de allí y alejarse lo máximo posible de él.

— ¿A dónde te crees que vas?—le preguntó enfadado.

Enfadado más consigo mismo que con ella. Porque la verdad a veces duele. Y la pequeña llama de esperanza de que ella lo viera como algo más que basura, se esfumó tan rápido como había llegado. Y esa verdad escocía como el demonio.

—Eso a ti no te importa. —le contestó sin girarse en ningún momento. —Hoy es mi día libre y me voy a donde me dé la gana.

Alonso la agarró con fuerza del brazo haciéndola parar en seco.

—Tus días libres decido yo cuando te los tomas.

— ¡JA! ¡Qué te crees tú eso!

Y haciendo algo totalmente inesperado, el guía se agachó para cargarla y colgarla sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas.

— ¡¿Pero qué haces?! ¡¿Estás loco?!—chilló asombrada cuando recuperó el aire.

Él se giró hacia la dirección correcta del hotel, y siguió andando sin hacerle el menor caso. Iba a enseñarle a esta *niñata* malcriada y consentida sin dos dedos de frente quien mandaba allí.

— ¡Alonso, suéltame!—Le ordenó furiosa. — ¡Maldita sea, bájame ya!

Y como no le hacía ningún caso empezó a patalear para que la bajara, mientras se agarraba con ambas manos a su hombro intentando hacer palanca, pero el guía lo que hizo fue sujetarle bien las piernas inmovilizándola.

— ¡Estate quieta!—le espetó él.

— ¡Te he dicho que me bajas!—le gritó mientras le daba puñetazos en la espalda.

De pronto se escuchó un... ¡Zas!

— ¡Ayyy!—aulló cuando sintió la palmada del hombre en todo su trasero, llevándose la mano hacia él para frotárselo.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto. —reconoció sonriendo con maldad.

— ¡Eres una mala bestia!—Vociferó a voz en cuello. — ¡Maldito estúpido...!

¡Zas!

— ¡Ayyy!—se quejó nuevamente.

—Estate calladita hasta que llegemos al hotel.

No era tanto el dolor que le estaba infringiendo, que para ser honestos se notaba que él se estaba conteniendo, como la humillación a la que la estaba sometiendo. Noa estaba roja de la indignación, y también por estar boca abajo, todo hay que decirlo. Y en esos momentos lo odiaba como nunca lo había hecho.

— ¡Te juro por Dios que me las vas a pagar!—lo amenazó fuera de sí. — Voy a hacerte pagar todas y cada una de tus humillaciones. ¡Imbécil!

—Tú no aprendes, ¿verdad?

¡Zas!

— ¡Ayyy! ¡Vale!, ¡vale!—Se rindió frotándose la nalga. —Está bien ya me callo. — aseguró a regañadientes.

Caminaron durante un trecho en el que ella no abrió la boca, y colgada boca abajo como si fuera un cerdo el día de su matanza, cruzó por su mente la absurda idea, de que ser azotada no era tan divertido como pintaba el libro de Cincuenta sombras de Grey. No sabía cómo había tantas mujeres que su hubieran tragado semejante patraña. O eso, o ella no tenía madera de sumisa, por mucho Cristian Grey que se le pusiera por delante. Y comenzó a maquinarse ideas retorcidas para poder vengarse de Alonso Rivas, cada cual más maquiavélica que la anterior.

— ¿Vas a llevarme así hasta el hotel?—preguntó minutos después molesta por la postura tan incómoda.

—Sí.

—Pues vale. —le respondió resignándose.

Cuando pasaron cerca de unas modestas casas hechas de adobe y paja, típicas de los poblados africanos, Noa levantó la cabeza cuando se percató de que unos niños los perseguían a una cierta distancia, mientras se reían de los dos blancos locos de andar que caminaban por el camino de esa guisa. Los críos de distintas edades, la mayoría descalzos y vestidos con lo que para ella eran harapos, se acercaron más cuando los saludó con la mano. Los pequeños sorprendidos no sabían que pensar, si es que la mujer estaba herida y por eso la llevaban así. O si por el contrario era un extraño cortejo que el hombre blanco utilizaba para reclamar a su esposa.

— ¡Ey, chicos!—los llamó cuando estuvieron lo suficientemente cerca para que la escucharan. —Por casualidad no habréis visto a una chimpancé por aquí, ¿verdad?

Se miraron entre ellos extrañados por sus palabras. Y ella no sabía si era porque no la entendían, a pesar de que les había hablado en inglés, o porque no sabían de qué les estaba hablando.

—Es morena, muy inteligente y divertida. Se la conoce por Chita. —y señalando al guía les explicó. —Es que creo que aquí, el Tarzán de la jungla, me ha confundido con ella.

Los niños se rieron de ella, confirmando que los blancos son raros y están como cabras. Y Alonso tampoco pudo evitar reírse, cuando quería la condenada hasta podía ser divertida.

Cuando minutos después cruzaron la entrada del complejo, el guarda de seguridad Salehe, abrió la boca sorprendido al ver a su jefe con la directora del resort colgada al hombro. Y se acercó a ellos preocupado, pensando que a ella le había ocurrido algo grave.

—Jefe Alonso, ¿ha ocurrido algo?, ¿la jefa Noa está herida?

—Todo está perfecto, no te preocupes. —le contestó mientras pasaba de largo.

Y Noa levantó la cabeza y los pulgares en señal de ok, confirmando que todo estaba bien.

Camino a la recepción, se cruzaron con una pareja de recién casados de Puerto Rico, que esa mañana no habían salido de excursión porque ella no se encontraba muy bien, dando un paseo por el lugar.

—Señora Ramos... perdón Kathia. —se corrigió al recordar que quería que la tuteara.
— ¿Te encuentras mejor?

La mujer con los ojos como platos asintió con la cabeza al no salirle las palabras.

— ¿Y tú?—preguntó la recién casada, cuando por fin pudo recuperar el habla mientras la veía alejarse.

— ¡Oh, sí... sí claro! Solo ha sido una torcedura. —le mintió ruborizada, esbozando una leve sonrisa para tranquilizarla.

Cuando llegaron a la recepción, él la bajó con cuidado y sin ningún signo de fatiga por haber cargado con todo su peso, en tanto que Asha se dirigía angustiada hacia ellos en cuanto advirtió su llegada.

—Vete a cambiarte y ponerte ropa cómoda. —le ordenó. — Después de comer tú te vienes conmigo.

Ella abrió la boca para decirle donde se podía ir, cuando él la interrumpió.

—Y ni se te ocurra rechistar. —Le advirtió esbozando una lenta y traviesa sonrisa de medio lado. — No sabes el gusto que le he cogido a eso de zurrar tu sexy trasero. Y creo que me conoces lo suficiente como para saber que no amenazo en vano.

Y se dio la vuelta para dirigirse a su cabaña y cambiarse la ropa mojada, dejando a Noa haciendo muecas con la cara, y estrujando con sus manos un cuello imaginario.

Capítulo 7

— ¿Pero qué ha ocurrido aquí?—preguntó Asha pasmada.

Noa puso los ojos en blanco, y se dirigió presurosa a su bungalow dejándola plantada allí, pues no tenía ganas de que la sermonearan nuevamente.

— ¡Noa!, ¡por favor explícame que ha ocurrido!—le preguntó la mujer momentos después mientras la perseguía.

—No lo sé. Pregúntaselo a tu querido jefe Alonso. —bufó exasperada.

Y de pronto se paró en seco, haciendo que su compañera chocara con ella al no advertir a tiempo su maniobra.

— ¡Miento! ¡Sí sé que ha pasado!—admitió poniendo los brazos en jarras.— Lo que ha pasado es que tienes un jefe que es un bruto, un energúmeno, un salvaje, un hombre de Cromañón, un Tarzán de la Jungla trasnochado y con una sola neurona en esa cabezota que tiene encima de los hombros. Se cree que puede hacer lo que le viene en gana, pero va listo si piensa que se lo voy a permitir. Nunca, nadie, me ha tratado como lo ha hecho él. Te juro que me voy a vengar. No sé cómo, ni cuando, ni donde, pero como que me llamo Noa Montalbo que ese, ese... fantoche unineuronal me las va a pagar.

Y después de desahogarse soltando un fuerte suspiro terminó.

— ¡Por Dios, que bien me he quedado!

La keniana inclinó un poco la cabeza para observarla más detenidamente, con una mirada tan inquisitiva que la puso nerviosa.

—Todavía no me has dicho lo que ha pasado.

Y Noa desvió la mirada con un deje de temor. ¿Qué podía contarle?, ¿lo del tigre? No, sabía que se iba a enfadar y con razón. ¿Lo del beso?, tampoco. No lo entendía ella, menos lo iba a comprender Asha.

¡Maldita sea!

— ¿Acaso no lo has visto?—Le preguntó enfadada para desviar su atención. —Me ha traído hasta aquí como si fuera un saco de patatas.

— ¿Por qué?

— ¿Tú que crees?

—No lo sé. ¿A caso te has hecho daño?

—Claro que no.

— ¿Entonces?

— ¡Y yo qué diablos sé Asha!—Le soltó irritada por su interrogatorio. —Él es el que se ha enfadado y me ha traído a rastras hasta aquí. —Le confesó sin querer, mientras se volvía a encaminar hacia su cabaña. —Que te explique ese troglodita el por qué hace lo que hace.

— ¿Y por qué se enfadó?—le preguntó siguiéndola de cerca.

¡Mierda!

Noa se negaba a contestarle. ¿Por qué demonios le estaba haciendo ese interrogatorio de tercer grado? ¿Por qué mejor no le preguntaba a él? Y ya de paso, que le explicara también porque la había besado en la poza. Porque el motivo de que lo había hecho para acallarla no se lo había tragado. ¿O sí? ¡Ni idea! Ella ya no sabía lo que pensar... Y si la apurabas mucho, ni lo que sentir.

—Noa. —susurró la mujer agarrándola suavemente del brazo para detenerla.

— ¡Oh, está bien!—Sucumbió crispada. —Cuando el señorito unineuronal llegó a la cascada, por lo visto había un leopardo acechando. Y cuando muerta del miedo no quise salir del agua por las buenas, me trajo a la fuerza.

Mejor confesarle eso que lo del beso. —pensó avergonzada.

— ¡¿QUÉ?!—exclamó Asha aterrorizada.

—Vale, no era un por lo visto, era un seguro que había un leopar...

— ¡¿Estás loca?!—Le increpó enfadada. —Te advertí que no fueras sola. Podrías estar gravemente herida, o algo peor... ¡Muerta!

—No seas exagerada, ¿quieres?—le rebatió intentando quitar hierro al asunto.

— ¿Qué no sea exagerada?—Exclamó sorprendida por su irresponsabilidad. — ¿Es qué no te das cuenta de la gravedad del asunto?

Noa levantó los brazos y los ojos al cielo en señal de rendición, y siguió caminando mientras su compañera la seguía abroncando.

— ¡Dios mío! ¿Y si no hubiera llegado a tiempo Noa? A estas horas estaríamos lamentando una tragedia. ¿Por qué...?. ¿Por qué no me hiciste caso? ¿En qué demonios estabas pensando?—le recriminó amargamente. —Normal que Alonso se enfadara, has sido una inconsciente...

— ¡Basta!—La cortó harta de sus reproches.

Habían llegado al bungaló, y se apoyó en el pasamanos mientras se frotaba la frente buscando las palabras apropiadas.

— ¡Está bien! ¡Lo siento! Sé que no hice bien, pero honestamente no pensé que pudiera ser tan peligroso ir sola, y menos cuando he visto niños descalzos andando tan campantes por allí.

—Pero ellos nunca van solos, y siempre hay algún mayor cerca por si ocurre algo. —le aclaró la mujer. —Además, nosotros estamos acostumbrados y sabemos lo que tenemos que hacer en caso de peligro. Y aun así, siempre ocurren desafortunados accidentes que no podemos impedir de ninguna manera, pero que intentamos por todos los medios evitar.

Y agarrándola suavemente del mentón, para que no esquivara la mirada de vergüenza que en esos momentos Noa sentía, le explicó.

—Por fortuna tú no tienes por qué arriesgar tu vida ni la de tus hijos, al tener que ir a trabajar el campo para traer algo de comida a casa. O cuando los niños tienen que caminar kilómetros para ir al colegio o al pueblo más cercano. Por desgracia estamos acostumbrados al peligro que conlleva vivir en este país. No me entiendas mal, amo todo esto y no lo cambiaría por nada del mundo, es mi hogar. Pero sé de lo que hablo cuando te advierto del peligro, y te digo que no hagas algo en concreto.

Noa se sentó en las escaleras apesadumbrada.

—Lo siento. —Se disculpó abochornada por el rapapolvo que le estaban dando, y para su vergüenza con toda la razón del mundo. —Te juro que no lo hice por soberbia, solo que... que pensé que no ocurriría nada malo.

La keniata le sonrió con ternura.

—Está bien, lo entiendo. Pero júrame que nunca más irás sola a la cascada.

—Te lo juro. —le prometió con sinceridad.

—Y ahora, júrame que le vas a pedir perdón al jefe Alonso.

— ¡Ah, no! ¡De eso nada!—aseguró poniéndose en pie, a la vez que una expresión de terquedad se instalaba en su rostro.

—Noa...

— ¡Ni hablar Asha! No pienso pedirle perdón a ese Tarzán de los monos de pacotilla. —afirmó con rotundidad mientras desviaba la mirada hacia la cabaña del guía.

—No seas terca, sabes que tengo razón. Y además, no me gusta veros siempre enfadados.

—La culpa es de él por ser tan autoritario y tan mandón. —Le rebatió volviendo su atención a ella. — No tiene en cuenta mi opinión y siempre me mira con suficiencia. — y poniendo voz grave y haciendo caretos lo imitó. —Sal ahora mismo del agua, *niñata*. ¿En que estabas pensando, *niñata*? No me dejas otra opción que llamar a tu padre, *niñata*. —y haciendo aspavientos con las manos continuó despotricando. —*Niñata* por aquí *niñata* por allá. Es don Perfecto y me trata como si fuera, como si fuera...

— ¿Una *niñata*?

Entrecerró los ojos y le lanzó una mirada envenenada a su compañera, que sonreía abiertamente burlándose de ella, y abrió la boca para contestarle una burrada pero se contuvo a tiempo.

—Será mejor que me vaya a duchar.

Y subió las escaleras dejando a Asha sentada y sonriendo, pensando en lo necia y cabezota que era.



Después de comer, tanto Alonso como Noa se subieron en el jeep sin mediar palabra, sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

El guía la volvió a mirar de reojo, y se maldijo mentalmente por enésima vez, preguntándose en qué diablos había estado pensando cuando la besó en la poza de la cascada. Si antes no se la podía sacar de la cabeza, imaginando ese precioso trasero en forma de corazón que tenía, ahora se excitaba cada vez que recordaba los besos húmedos y salvajes que se dieron en el agua. Y se repitió nuevamente la misma pregunta que se había hecho desde que la dejara en recepción; ¿por qué se había empeñado en que lo acompañara a la ciudad de Nyeri? La respuesta era un total misterio para él. Y estaba empezando a cuestionarse, si no sufría del algún mal africano como la fiebre amarilla o el dengue, que lo hiciera delirar. Y se llevó la mano a la frente para comprobar que no tuviera fiebre.

Tenía que ocuparse de varios asuntos urgentes en la ciudad, y por eso había decidido esa tarde ir a resolverlos. Pero por lo que le había entendido a Noa, y a su padre

también, el que ella estuviera trabajando allí era algo temporal. Y lo dejaba muy claro, el hecho de que le hubiera dicho por varias veces lo mucho que odiaba ese lugar. Así que no entendía porque perdía el tiempo con ella, llevándola allí para enseñarle cuales eran sus proveedores, y la forma que tenían de hacer los negocios en esa parte del país. En poco tiempo ella se habría ido, y todo ese esfuerzo habría resultado en vano. Y de repente, un extraño hueco en el estómago hizo aparición dejándolo sorprendido, pero que en seguida desechó.

Y esa era otra razón más de peso, que se recordaba constantemente para intentar desterrarla de su cabeza, a pesar de la larga lista de la que ya disponía. Y no es que le faltaran mujeres con las que estar, por suerte carecía de ese problema. Tampoco se consideraba un don Juan, pero si lo suficientemente atractivo como para que las féminas no rechazasen su compañía, sino todo lo contrario. Entonces, ¿qué diantres le pasaba con ella? ¿Por qué esa ofuscación en tenerla siempre en mente, cuando sabía de sobras que no era la mujer adecuada para su vida? ¿Por qué le molestaba el mal concepto que ella tenía de él? Creía que a esas alturas de su vida y después de lo que le había pasado, estaba muy por encima de lo que las mujeres de su clase pensasen u opinasen de su persona. Pero evidentemente se había equivocado, pues seguía doliéndole como años atrás.

Soltó un fuerte suspiro, mientras se frotaba el cuello impacientemente, frustrado y enfadado consigo mismo.

Noa lo miró de soslayo a través de las gafas de sol, atraída su atención en él por la fuerte exhalación que profirió. Y se preguntó en que estaría pensando el hombre, porque lo que era ella, tenía un tumulto de sentimientos y emociones encontradas de las que no sabía qué hacer. Todavía seguía dándole vueltas a lo que había sucedido en la cascada, consiguiendo avergonzarse furiosamente cada vez que lo hacía, y a la conversación de después que había mantenido con Asha.

Si era honesta consigo misma, le habían gustado demasiado los besos que se habían dado en el agua, pero seguía enojada por la manera en la que la trató después. Quería entender, que quizás lo había hecho movido por la preocupación del peligro, que suponía el estar aquel animal salvaje tan cerca de ellos. Pero su forma tan fría de tratarla después le había dolido. O estaba muy equivocada, o había sentido el rechazo de él en su forma de hablar, de comportarse, incluso en la tensión de su cuerpo cuando se vestía la camisa, a lo que había pasado entre ellos dos. Y lo hubiera entendido si fuera ella la que le hubiera besado en aquel lugar, sabiendo lo mucho que la despreciaba. Pero para su sorpresa, había sido todo lo contrario, repitiendo incluso más tarde y amenazándola con volverlo a hacer. Y eso la tenía totalmente descolocada.

Y tampoco comprendía, por qué a pesar de que no la apreciaba en absoluto, a ella le molestaba que otras mujeres se sintieran atraídas por él, fastidiándole el hecho de que Alonso les sonriera y coqueteara de forma descarada. Bueno, quizás no tan descarada, pero le molestaba de igual forma. Porque a todas las trataba con amabilidad y galantería, y a ella la trataba como a unaapestada, cuando desde un principio él se había comportado con ella de forma abominable.

Y aun así, en esos momentos estaba pensando en disculparse con él por haber sido tan imprudente al ir sola a la poza, a pesar de que no lo había hecho con mala intención,

ni queriendo perjudicar a nadie. Pero después pensaba en cómo le había azotado en el trasero, mientras la llevaba colgada boca abajo como si fuera un pesado zurrón, y se enervaba al pensar en esa forma tan intolerable de tratarla.

Y nuevamente volvía a recordar ese magnífico cuerpo húmedo por el agua, y tan caliente, que le hacía sonrojarse cada vez que pensaba en las ganas irremediables, que tuvo en aquel momento de besar, lamer y acariciar cada centímetro de su piel. La había vuelto loca con sus besos, y eso era algo que no le había ocurrido en toda su vida. Ni tan siquiera con Francisco, él hombre que se suponía iba a ser su marido y el padre de sus hijos, hasta que le traicionó. Un dolor lacerante se situó en la boca del estómago, al recordar lo que había ocurrido hacia diecinueve meses atrás. Pero como en infinidad de ocasiones anteriores, intentó desechar esos pensamientos, pues eran demasiado dolorosos para ella.

Pero después se recriminaba el hacerlo, y el sentirse tan tonta por dejar que eso la afectara, por lo que estaba en un bucle sin fin de pensamientos y sentimientos contradictorios, a los que no sabía cómo poner en orden. Y ella que siempre se vanaglorió de poder manejar a los hombres a su antojo, se topaba de pronto con uno que no era capaz de entender. Por tanto, ¿cómo se suponía que iban a trabajar mano a mano si no se soportaban? ¿Cómo podrían tener una convivencia más o menos civilizada sin matarse el uno al otro? Asha tenía razón, no podían seguir de esa forma, todos los días peleados y enfadados sin llegar a un entendimiento. Y esta vez fue ella la que suspiró de pesar, y sin ser capaz de llegar a una decisión.

Hasta que de pronto, Alonso pegó un frenazo quedándose cruzado en medio de la carretera, por evitar atropellar a unos pequeños animales que estaban cruzando, siendo totalmente ajenos al peligro. Noa echó las manos hacia delante para apoyarlas en la guantera del jeep, en un intento desesperado por sujetarse y no salir despedida por el parabrisas, a pesar de que llevaba el cinturón de seguridad abrochado. Y después de unos segundos, en los que ambos intentaron normalizar los latidos alocados de su corazón, por la impresión de la brusca maniobra, el guía la observó inquieto.

— ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?—le preguntó inquieto.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien, no te preocupes. —le contestó intentándolo tranquilizar, mientras seguía con la mirada a los animales que continuaban su camino tan contentos.

— ¿Segura?

Noa desvió la mirada hacia su rostro y estalló en carcajadas.

— ¿Te parece gracioso?—le preguntó Alonso molesto.

A ella volvió a darle otro ataque de hilaridad.

—No sé porque demonios me molesto en preocuparme. —masculló irritado, en tanto encendía de nuevo el jeep que se le había calado al frenar tan bruscamente. — Evidentemente soy un idiota.

— ¡No, espera!—lo detuvo agarrándole de la mano que tenía en la palanca de marchas, a la vez que intentaba coger aire para tranquilizarse. —No es por ti...

El guía, primero observó cómo volvía a carcajearse sin entender el motivo de tanta mofa, para después desviar la mirada hacia la mano que lo estaba sujetando, y que le enviaba corrientes eléctricas por todo el brazo erizándole el vello hasta la nuca.

— ¡Ay...!, ¡por Dios!—Exclamó mientras se enjuagaba las lágrimas e intentaba parar de reír. — ¡Fíjate quienes van por allí juntitos y tan tranquilos!

Alonso giró pasmado la cabeza, para ver como los dos animales que casi había atropellado antes, se marchaban hacia algún lugar sin que él entendiera qué tenía eso de divertido.

— ¡Son Timón y Pumba!—soltó Noa volviendo a tener otro ataque de risa.

— ¡¿Quiénes?!—preguntó confundido.

La mujer se agarró la barriga dolorida por tanta risa.

— ¡Timón y Pumba...! Los amigos de Simba... Casi hemos atropellado a los mejores amigos del Rey León.

Alonso por fin entendió y advirtió sorprendido, cómo efectivamente tanto un Facóquero, o cerdo salvaje como allí lo llamaban, de la familia de los jabalís, y un Suricato, caminaban juntos amigablemente. Y muy a su pesar, una sonrisa divertida empezó a formarse en su rostro.

— ¿Te imaginas lo que nos harían los niños de todo el mundo si se enteraran de que hemos atropellado a Timón y Pumba? —le preguntó a la vez que volvía a darle otro ataque de risa, y haciendo un gesto con la mano escribió imaginariamente. —Epitafio; Aquí yace la malvada mujer que destruyó para siempre la inocencia de los niños... al atropellar sin compasión a los personajes reales de la famosa película El Rey León. ¡Que arda en el infierno!

—Estás loca. —se burló riéndose abiertamente y sacudiendo la cabeza.

—Los zombis de Walking Dead serían angelitos, en comparación con la horda de niños que querrían asesinarnos y descuartizarnos por haber matado a esos animalitos...—le soltó mientras volvía a reírse.

— ¿Los zombis de qué...?.

Y a Noa volvió a darle otro ataque más.

Pocos minutos después, cuando Alonso volvió a retomar el camino hacia la ciudad, el ambiente tenso pareciera haber desaparecido entre ellos. Noa después de tranquilizarse lo suficiente, decidió preguntarle de una buena vez.

— ¿A dónde me llevas?

—Vamos a Nyeri. Tengo que solucionar unos asuntos con algunos proveedores. Pierre me comentó de algunos inconvenientes que surgieron, y que hay que tratarlos cuanto antes.

— ¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que los conozcas y que aprendas como se negocia aquí, por si algún día falto yo y tienes que tratar con ellos personalmente, para que no te timen.

Y como por lo visto y contra todo pronóstico, estaban por primera vez manteniendo una conversación normal, el guía la observó fijamente para no perderse ningún detalle de su expresión, atreviéndose a preguntar.

— ¿O acaso estarás tan poco tiempo con nosotros que no merezca la pena enseñarte?

— ¿Por qué? ¿Tan deseoso estás de qué me marche?

¡Mierda!

Alonso escudriñó su rostro que no reflejaba ningún sentimiento, que le hiciera atisbar alguna pequeña esperanza, de que cambiara de opinión y decidiera quedarse.

—Yo no he dicho eso. —le contestó volviendo su atención a la carretera.

—Pues por el tono pareciera que estuvieras deseoso de desembarazarte de mí.

Él la miró fijamente mientras fruncía el ceño confundido por sus palabras.

—Eso no es cierto, Noa. No pongas palabras en mi boca que yo no he pronunciado.

Ella suspiró cansada de tanta animadversión entre ellos dos, y frotándose la frente le habló con total sinceridad.

—No te puedo decir el tiempo que estaré aquí porque todo depende de mi padre y sus caprichos.

— ¿Y si de ti dependiera?

Cuando acabó de hacer esa pregunta, él inconscientemente cogió aire esperando expectante la respuesta.

Ella no sabía que responderle. Su cabeza estaba hecha un verdadero lío, y en esos momentos no tenía ni idea de lo que sentía o de lo que quería.

Irónicamente hacía mucho tiempo que no se sentía tan libre como en ese lugar, a pesar de que en todo el tiempo que llevaba allí, era la primera vez que salía del hotel. Pero el saber que no tenía a su padre vigilándola de cerca, ni a su hermano manipulándola a su antojo, le daba una sensación de libertad que hacía mucho tiempo que no vivía. Contrariamente a lo que todo el mundo pensaba de su familia, no todo era tan perfecto ni maravilloso entre ellos, sobre todo después de lo que había hecho Daniel. Y otro ramalazo de dolor le atravesó el estómago al pensar en su hermano. Y se tuvo que morder el labio para que dejara de temblarle, pues a pesar de todo el tiempo que había transcurrido desde aquello, el sufrimiento y la tortura la golpeaban con la misma fuerza que si hubiese ocurrido ayer mismo. Y volviendo a desterrar esos funestos pensamientos, intentó ordenar sus ideas para poder contestar a la pregunta que le había hecho.

—Francamente... no lo sé.

—Entiendo. —le dijo quedamente, soltando el aire que había retenido en su interior.

Y Alonso corroboró las sospechas que había tenido, sobre el hecho de que ella no estaría mucho tiempo allí. La minúscula esperanza que por un momento había abrigado en su interior, se había esfumado tan rápido como había llegado. E irónicamente y a pesar de todo lo que luchaba porque no le importara, y aunque no quisiera admitírselo a sí mismo, le había dolido su respuesta.

No volvieron a hablar más durante el resto del camino. La tensión que había reinado anteriormente había desaparecido, para instalarse en su lugar una pesada tristeza.



Cuando llegaron a la ciudad, Noa se sorprendió de la cantidad de gente, colores, olores, y sensaciones que trasmitía aquella marabunta de personas que caminaban de un sitio a otro. Se movían en coches, motos, andando, en bicicletas, o en un carro tirado por vacas, siendo todo un caos organizado, si eso podía existir. Y cuando bajaron del

coche, un pequeño grupo de niños harapientos los empezaron a perseguir, pidiéndoles insistentemente algo de dinero que les pudieran dar.

Alonso caminaba con seguridad sorteándolos sin ninguna dificultad, mientras que Noa se debatía entre la pena que les daba, y la aversión que le producía la ropa sucia y la mugre que los cubría. Intentaba por todos los medios que no la tocaran, superada por el asco que no podía evitar, perseguida sin descanso por los niños que mendigaban algo que llevarse a la boca.

Convenientemente, en esta ocasión se había vestido cómoda para ir a la ciudad, no volvería a cometer el mismo error que la anterior vez. Llevaba unas pocas monedas en su bolsillo del pantalón, que intentó coger para repartirlas entre ellos, y que con eso los dejaran en paz, pero Alonso la detuvo a tiempo cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer.

—Ni se te ocurra darles dinero.

— ¿Por qué?—Preguntó sorprendida. —Tienen hambre y a mí no me importa.

—Muchos de estos niños, están captados por mafias que los obligan a pedir limosna a los extranjeros, para explotarlos y quedarse ellos después con las ganancias. Los mantienen así a propósito para dar pena.

Se acercó a un puesto callejero de pinchos de carne a la brasa, y compró los suficientes para repartirlos entre ellos. Antes de darles el alimento les dijo algo en su idioma, y cuando todos asintieron con la cabeza, repartió las varas con comida asada que olían sorprendentemente bien, entre los hambrientos críos.

—Es mejor darles comida. La devoran antes de que nadie se la pueda arrebatarse, y los ayudas mejor de esa manera. —le explicó al final.

Ella asintió entendiendo.

— ¿Y qué les has dicho?

—Que solo se la daría si después nos dejaban en paz. —le aclaró, y agarrándola por el brazo la apuró. — ¡Vamos!

Y caminaron unos metros, hasta que entraron en una tienda donde vendían café. Cuando cruzaron el umbral, Noa observó con curiosidad todos los diferentes tipos de granos que vendían en aquel lugar, mientras esperaban pacientemente, a que la empleada de detrás del mostrador acabara de atender a un cliente. Cuando ésta terminó, y para su sorpresa, la mujer se acercó a Alonso con una brillante sonrisa en su rostro, para a continuación rodearle el cuello con sus brazos y plantarle un apasionado beso en toda la boca. Noa con los ojos como platos, y la boca tan abierta que a punto estuvo de desencajarsele, escuchó atónita las siguientes palabras.

— ¡Oh, mi bebé! No sabes lo mucho que te he echado de menos.

Capítulo 8

Después de unos segundos, que a ella se le hicieron eternos, carraspeó para llamar la atención de los dos tortolitos. Estaba muy enfadada por la escenita que había tenido que presenciar, y una furia desconocida subió por su pecho, haciéndole decir las palabras que salieron a continuación de su boca sin pararse a pensarlas.

—Disculpad, si queréis os alquilo una habitación. — interrumpió mordaz.

— ¡Oh, lo siento!—Contestó la mujer separándose de Alonso y volviéndose hacia ella, a la vez que sonreía con complicidad al hombre. — No la había visto entrar. ¿En qué la puedo ayudar?

Noa entrecerró los ojos y le lanzó una mirada envenenada, tomando por sorpresa a la dependienta que incómoda se separó del guía. En esos momentos, pasó por su cabeza la salvaje idea de coger a esa mujer por los pelos, y llevarla a rastras hasta la calle para decirle cuatro cosas bien dichas, y arrancarle lo que seguramente eran extensiones de su cabeza.

—No, gracias. No necesito que me hagan el boca a boca. —dijo al fin, aguantándose las ganas. —No estoy tan... *desesperada* como para perder las formas de esa manera.

Él giró la cabeza en su dirección mirándola con acritud y muy molesto por su actitud.

—Discúlpate ahora mismo con Vanesa.

Ella se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa desdeñosa, mientras miraba de arriba abajo a la otra mujer. Ésta era morena y delgada, con una buena delantera que hacía chirriar los dientes de Noa de pura envidia. Era muy atractiva, y evidentemente con un cartel enorme que decía, disponible para Alonso en letras de Neón. Y el buen ambiente que había reinado entre los dos de forma efímera se evaporó al instante, volviendo de nuevo la animadversión entre ellos.

—Va a ser que no.

—Noa...—la instó con un tono de advertencia.

—Yo no he dicho nada malo como para tener que disculparme con nadie.

—Lo que has dicho a estado del todo fuera de lugar. —la corrigió él.

—No estoy de acuerdo.

—Está bien bebé, no pasa nada. Es evidente que os conocéis y que aquí ha habido un malentendido. —intentó mediar la mujer.

—De mal entendido nada. —rebatía indignada. —Aquí está todo meridianamente claro.

— ¡Maldita sea, Noa...!—profirió enfadado acercándose a ella.

— ¡Qué!—Le retó con la mirada. —Si querías tener intimidad con tu...—y mirando con desdén a la otra mujer afirmó. — ¿novia, amante, querida o lo que sea?... pues no me hubieras traído.

—Lo que yo haga o deje de hacer eso a ti no te incumbe.

—Sí, siempre y cuando no tenga que ser testigo de tus flirteos.

Vanesa perpleja miraba a ambos sin dar crédito a ese súbito ataque de celos, y se preguntó quién demonios era esa mujer, y porque pareciera que había cierta intimidad entre ambos.

—Alonso no sé qué pasa entre vosotros, pero éste no es ni el sitio ni el momento para ello. —intervino cuando un cliente nuevo entró por la puerta.

—Tienes razón. —le contestó él.

Y agarrando a Noa por el brazo la llevó hasta la calle.

— ¡Suéltame!—le exigió enfadada.

—No sé qué diablos pasa contigo pero de esto hablaremos más tarde. —le advirtió furioso.

Ella levantó su brazo, el cual todavía tenía agarrado fuertemente, y fulminándolo con la mirada siseó.

—Que me sueltes... ¡YA!

Él dejó de agarrarla, para pasarse a continuación esa misma mano por su nuca, en un vano intento de tenerla ocupada y no coger ese bonito cuello con ella y retorcerlo.

—Voy a volver a entrar en la tienda para acabar lo que he venido a hacer aquí. Y cuando salga, te quiero esperándome en este mismo lugar sin moverte ni un solo centímetro. ¿Me has entendido, *niñata*?

—Perfectamente, no soy estúpida.

— ¡Arg!—Bramó ofuscado. — ¡Pues te puedo asegurar que actúas como una!

Y se dirigió dentro del establecimiento antes de cometer una locura, mientras Noa hacía muecas con la cara burlándose de él.

En el interior, espero unos pocos minutos a que Vanesa despachara al cliente que estaba atendiendo, en tanto él intentaba tranquilizarse. Y cuando el hombre salió por la puerta, ella le lanzó una mirada llena de reproche.

— ¿Se puede saber que ha pasado antes aquí?—le preguntó molesta mientras ponía los brazos en jarras.

—Lo siento Vane, te aseguro que esto no volverá a ocurrir.

— ¿Quién es ella?—preguntó ésta con un movimiento de cabeza señalando al exterior.

El guía se acercó a la mujer para rodearla entre sus brazos, y dedicarle una tierna sonrisa de disculpa.

—Ella solo es la hija de mi jefe. —le explicó, a la vez que la besaba en los labios todavía cerrados por el enfado, en un intento por aplacarla.

—Y dime Alonso...—comentó la mujer mientras se rendía a sus caricias y le rodeaba los hombros con sus brazos. — ¿Tengo algo de lo que preocuparme?

Él continuó depositando ligeros besos en la comisura de su boca.

—Por supuesto que no. —murmuró contra ella. —Solo es una *niñata* malcriada y consentida, que me trae de cabeza y a la que tengo que soportar, nada más. Pero estará poco tiempo aquí, gracias a Dios, y ya no tendré que volver a lidiar con ella.

—Eso no es lo que parecía, bebé. —le reclamó mientras lo saboreaba a conciencia.

Llevaba tiempo sin verlo, y su deseo por él era más grande que su malestar, pero aun así no iba a dejar pasar ese desagradable incidente, sin asegurarse bien de que no había nada entre ellos dos.

— ¿A qué te refieres?—preguntó, frunciendo un poco el ceño confundido por sus palabras y separando sus caras.

—Pues a qué daba la sensación, de que había algo más de confianza entre vosotros de lo que quieres hacerme creer.

El guía se alejó de ella mientras se pasaba la mano por el mentón, molesto consigo mismo pues no le gustaba mentir. Conocía a Vanesa desde hacía tiempo y sentía cierto cariño por ella, y aunque su relación estaba clara entre ambos, no creía tener que darle ningún tipo de explicación al respecto.

Lo que había pasado entre él y Noa había sido un simple beso. Y a su modo de pensar no había tenido mayor relevancia, por lo menos no para ella, pues en cuanto se marchara de allí olvidaría por completo, el que seguramente había sido un molesto incidente en su estancia en ese maldito país. Así que, para qué darle más vueltas. Si le confesaba a su amiga lo que había ocurrido entre ellos, le daría importancia a un asunto que no la tenía, por ende prefería ocultar esa información que no llevaba a ningún lugar. Pero aun así le molestaba esconderle algo a Vanesa.

—Ya te he dicho, que no es nadie más que la hija de mi jefe. —le explicó, observando taciturno a Noa a través de los cristales de la tienda, que en ese momento se apartaba, dejando pasar a un grupo de hombres que iban cargados con fruta, mientras fruncía la nariz molesta por el fuerte olor a sudor que desprendían. — Y te puedo asegurar que ella no me soporta, por lo tanto no tienes nada de lo que preocuparte.

— ¿Estás seguro?—le preguntó la dependienta mientras se acercaba a él por detrás, y tocaba suavemente sus hombros percatándose de la tensión que surgía de su cuerpo.

—Totalmente. —masculló con los dientes apretados, más molesto de lo que quería por admitir esa verdad.

En tanto, ahí estaba ella, apoyando su maravilloso trasero en un coche, mientras se abanicaba con la mano por el castigo del sol dándole de lleno. Tan cerca y a la vez tan lejos. Tan hermosa por fuera, y tan engreída y superficial por dentro. Estaba tan fuera de lugar allí como un elefante en una cacharrería. Ambos eran de dos mundos muy diferentes, y cuanto antes se lo metiera en la cabeza, antes podría continuar con su vida como si ella no existiera.

—Pues a mí me pareció que esa mujer tenía un ataque de celos en toda regla. —le confesó a la vez que se ponía delante de él, y obstaculizaba la visión de Noa para recuperar su atención, y sacarlo de sus pensamientos.

Alonso soltó una amarga carcajada.

—La única que está teniendo un ataque de celos aquí eres tú, querida.

Y agarrándola suavemente por la cintura la volvió a acercar a él, a la vez que le besaba el cuello haciéndola estremecer.

—Te aseguro que esa *niñata* me desprecia, y a mí solo me saca de mis casillas. Así que no te imagines cosas que no hay. Esos fantasmas solo existen en tu cabeza. —le susurró al oído haciéndole cosquillas, y que un millón de escalofríos recorrieran su columna vertebral.

Vanesa echó la cabeza hacia atrás para observarlo directamente a los ojos. Y solo cuando él le mantuvo la mirada y le sonrió con picardía, se auto convenció de que decía la verdad. Sabía que no podía reprocharle nada, los acuerdos de su relación eran claros

en cuanto a lo que Alonso esperaba de ellos, por mucho que ella ansiara otra cosa. Sabía que no podía presionarlo para comprometerse más de lo que ya lo hacía, y si lo intentaba, corría el riesgo de perder lo poco que él le ofrecía.

—Está bien. —suspiró contra su boca para después lamerla con su lengua.

Y Alonso aceptó su invitación, para besar esos labios que se estaban ofreciendo con total abandono. Pero fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta, que hicieron vibrar el cristal amenazando con romperlo en mil pedazos.

— ¿Va a ser para hoy?—preguntó Noa desde el otro lado, mientras señalaba con un dedo su inexistente reloj de pulsera. — ¿O mejor me pido un taxi?

— ¡Por Dios, qué cruz!—farfulló el guía irritado y poniendo los ojos en blanco.

La mujer lo retuvo un poco más cuando él intentó separarse de ella.

— ¿Cuándo volveremos a vernos, bebé?—Le preguntó mientras agarraba su cara con ambas manos para recobrar su atención. — Lo que te dije antes es cierto. Te he echado mucho de menos, y quiero tenerte para mi sola una noche entera.

Alonso suspiró sin saber muy bien qué decirle.

—No lo sé, Vane. En estos momentos estoy muy liado, pero en cuanto pueda vendré a hacerte una visita.

Ella hizo un mohín de disgusto frunciendo coquetamente los labios.

— ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Y la morena selló esa promesa con otro apasionado beso, solo para dejarle claro a la hija de su jefe, que ese hombre ya tenía dueña. Y Noa, cuando vio lo que ocurría dentro de la tienda, volvió a aporrear la puerta con fuerza.

— ¡Me estoy achicharrando de calor!—señaló molesta.

El hombre suspiró con pesar, y besando la frente de la mujer se despidió de ella.

—Es mejor que me vaya.

—Está bien. —Le dijo mientras lo veía salir por la puerta. —Te estaré esperando impaciente.

Y observó como él le dedicó una sonrisa en la puerta, para después agarrar por el brazo a la otra mujer, y caminar por las calles atestadas de gente hasta perderlos de vista.



— ¡Suéltame, Alonso!—Le ordenó mientras tironeaba de su brazo para liberarse. — Me está empezando a molestar esa maldita manía que tienes de llevarme a rastras a todos los lados. ¡Sé andar yo sola, gracias!

Entonces él la obligó a entrar por un estrecho callejón entre dos casas. Y la acorraló entre su cuerpo y la pared de una de ellas, apoyando los dos brazos a ambos lados de su cabeza.

— ¿A qué demonios ha venido lo de antes *niñata*?—siseó contra su rostro.

Noa en un principio no le contestó. Antes muerta que confesarle que había tenido celos de la otra mujer. Era absurdo, lo sabía, pero no pudo evitar sentirlos.

— ¿Ahora te ha comido la lengua el gato?

Alzó la cabeza con altivez para contestarle lo que él quería saber. Tenía su rostro tan cerca que podía ver con toda claridad, como una vena le latía furiosa en medio de la frente. Y el impulso irrefrenable de hacerle daño, fue demasiado fuerte como para intentar frenarlo. En ese momento le hubiera gustado abofetearlo. Quería herirlo del mismo modo que ella había sufrido viéndolo besar a otra mujer. Sobre todo cuando tan solo unas pocas horas antes lo había hecho con ella también.

—Era tan bochornoso el espectáculo que estabais dando, que me pareció conveniente ofrecer un sitio donde aplacar vuestra lujuria. Parecíais dos perros en celo.

Alonso echó la cabeza levemente hacia atrás, a la vez que parpadeaba sorprendido por sus palabras. Y frunció el ceño desconcertado y sin saber qué pensar.

— ¿De qué diablos estás hablando? Fue solo un beso.

—Estoy empezando a entender que para ti todo se reduce a eso, ¿verdad? *¡Fue solo un beso!*—Lo imitó burlándose de él. —Es evidente que un individuo unineuronal como tú no puede ver más allá de sus narices.

De repente él empezó a esbozar una brillante y presuntuosa sonrisa, escondiendo el regocijo que le provocaba lo que estaba empezando a sospechar.

— ¡No puede ser! ¿Acaso estás celosa, *niñata*?

Noa entrecerró los ojos y lo empujó con fuerza, para salir de esa asfixiante cárcel que eran sus brazos y su torso. Pero su cuerpo duro como una roca ni se inmutó. Tenía que salir de allí como fuera. Su sola sonrisa había hecho que sus nervios se tensionaran, y aletearan como miles de mariposas en su estómago. Y su aroma, esa exquisita fragancia de hombre que llenaba sus fosas nasales, y que podría reconocer en cualquier lugar, le embotaba su cordura haciéndola desear algo que no debía ser. Que no podía ser.

¡Era tan guapo el condenado!

¡Por Dios! ¡Acababa de besar a otra mujer delante de sus narices! ¡¿En qué rayos estaba pensando?!

— ¡Bah! ¡No digas tonterías, ¿quieres?!—le soltó, volviendo a empujar fuertemente con sus manos para escapar de él.

Pero Alonso en vez de alejarse se acercó más a ella, presionando con su pecho y atrapando los brazos de Noa entre ambos, que intentaba por todos los medios apartarlo lo máximo posible. Y acercando su boca al oído, le susurró levemente provocándole cosquillas, mientras miles de descargas eléctricas le recorrían todo el cuerpo, hasta ponerle el vello de punta.

— ¿En verdad son tonterías, *niñata*?

La respiración de ambos se tornó más pesada, en tanto Alonso, se separaba un poco para sondear en los ojos de ella, e intentar descubrir el más leve indicio que le hiciera comprender cuales eran sus verdaderos sentimientos. Por unos pocos segundos, Noa se perdió en esos ojos verdes-marrones, olvidando por completo el sentido del lugar y el tiempo, siendo totalmente ajena a nada que no fuera él y lo que la hacía sentir. Sus piernas empezaron a temblar como si fueran de gelatina, y su corazón empezó a martillar dentro de su pecho, a punto de salirse por la boca.

Su mente funcionaba con tal lentitud, que pareciera estar hecha de viejos y oxidados engranajes, que la hacían incapaz de hilar un pensamiento coherente con otro.

— ¡Por supuesto!—murmuró, sin saber muy bien qué era de lo que estaban hablando, pues hacía largo tiempo que estaba totalmente perdida en esa intensa mirada.

— ¿Estás segura?—inquirió de nuevo, casi en un ronroneo tan bajito, que tuvo que prestar toda su atención para escucharlo.

Noa era incapaz de despegar los ojos de esa sexy boca, la cual estaba desesperada por besar y saborear, mientras que él se lamió los labios, como un niño hambriento que anticipa que se va a dar un festín. Sus respiraciones trémulas, chocaban al encontrarse sus rostros tan próximos el uno del otro, y cuando Alonso empezó a acercarse más, para atrapar entre sus labios esa dulce y apetitosa boca, a ella de repente le apareció el rostro de la otra mujer en su cabeza. Y la ira que hacía unos minutos había sentido, regresó con más fuerza si cabe, despertándola de ese embrujo que él conseguía tejer sobre ella.

—Ni se te ocurra besarme. —le dijo con rabia contenida. —Yo no soy el segundo plato de nadie. Y si tu noviecita no te ha dejado satisfecho, búscate a otra que lo haga, pero no cuentes conmigo.

El hombre se separó un poco de ella al escuchar el rencor en sus palabras, y mirarla directamente a los ojos. Por un lado sorprendido y por el otro confundido con su actitud.

—Vanesa no es mi novia.

Noa bufó incrédula por su cinismo. Y cogiéndolo con la guardia baja, se zafó de él aprovechando el momento.

— ¡Sí, claro! ¡Y las ranas crían pelos!—le espetó sin creerle ni una palabra. —Si le preguntas a ella no creo que lo tenga tan claro.

Y alejándose de él lo máximo que pudo le aclaró.

—De todas formas, a mí me importa bien poco lo que haces o dejas de hacer con ella. Me es completamente indiferente, si es tu novia, tu amante, tu amiga con derecho a roce... o como quieras llamarla. Pero no creo que le hiciera mucha gracia saber, que te vas besando con otras mujeres cuando te viene en gana, *bebé*.

Alonso que todavía seguía apoyado en la pared se giró hacia ella.

— ¿Me estás amenazando?—le preguntó tensando su cuerpo, y entrecerrando los ojos calibrando la amenaza.

— ¿Quién... yo? ¡En absoluto! —Afirmó rotunda. —Te puedo asegurar que soy la menos interesada en que se sepa mi... ¿cómo decirlo?... mi lapsus momentáneo contigo en la cascada. Evidentemente estaba muerta de miedo por culpa del leopardo, y eso hizo que no supiera lo que estaba haciendo. Pero no creas ni por un segundo que siento por ti ningún tipo de atracción. Lo que ocurrió en ese lugar fue una especie de locura transitoria. Estaba en estado de shock y no era consciente de mis actos. En la vida podría estar interesada en alguien como tú.

El hombre parado delante de ella y con los puños tan apretados, que los nudillos estaban blancos como la cera mientras ella hablaba, lo único que hizo fue coger las gafas de sol que tenía colgadas en el bolsillo de la camisa, y muy despacio se las puso. Su rostro, una máscara sin ningún tipo de expresión, y fría como el témpano, no dejaba descifrar ninguna emoción patente, a no ser la leve contracción de un músculo de su

mandíbula, por tener los dientes tan apretados que le dolían. Y a Noa, eso la lastimó más incluso que si la hubiera abofeteado. Para su desgracia, a la única que le habían dolido sus palabras era a ella, pues la indiferencia del guía dejaba patente que lo que ella sintiese o no, le importaba una mierda. Y aunque había mentido como una bellaca, lo único que había conseguido había sido engañarlo a él, porque lo que a ella se refería, no se había tragado ninguna de la sarta de mentiras que habían salido de su boca.

—Muy bien, pues ya que has dicho todo lo que tenías que decir, me alegro que las cosas hayan quedado bien claras. —Declaró con tranquilidad. — Y en algo tienes toda la razón. Mi relación con Vanesa a ti no te importa en absoluto. Y ten por seguro que tu... *lapsus momentáneo*... no volverá a suceder nunca más. Así que si te parece bien, vamos a terminar con lo que habíamos venido a hacer.

Y dicho esto, se encaminó hacia la calle principal dejándola allí parada, y sin el menor indicio de mirar atrás.

Noa levantó la cabeza al cielo, luchando con todas sus fuerzas por retener las lágrimas que pugnaban por salir. Su madre tenía razón, era demasiado impulsiva. Y se dio cuenta con amargura que la única que salía dañada con esa actitud era ella. Tenía que aprender a morderse la lengua, y pensar mejor las cosas antes de actuar. Y creía que lo había logrado, sobre todo después de lo que había pasado con Daniel.

Después de que su hermano se fuera y rota por el dolor, había tomado la decisión de cambiar su vida por completo. Todo el amor y respeto que había sentido por su padre, se habían tornado en desprecio. El haber sido consciente del engaño al que había sido sometida por él y por Dani, hizo que todos los valores en los que había creído hasta el momento, se resquebrajaran como el papel mojado. Se dio cuenta que su padre, al que hasta ese momento había tenido idolatrado, se bajaba de golpe de su altar, hasta darse de narices en todo el lodo y la mierda en la que estaba inmerso. Que la integridad, rectitud, honestidad, y honradez de la que tanto hacía gala, no eran más que burdas mentiras creadas para engañar a todo el mundo. Y su hermano, había sido partícipe de ellas sin ningún tipo de remordimiento, dándose cuenta de que todo a su alrededor era una falacia. De repente, la venda que la había tenido ciega hasta el momento se cayó, dejándola ver con claridad absoluta, que toda su vida estaba construida en una enorme mentira.

Su progenitor, el hombre admirado y elogiado en su círculo social, era un auténtico fraude. Su hermano, al que a pesar de sus diferencias ella quería y respetaba, se había convertido en una burda y barata copia de su padre, y al que no le importaba hacer lo que fuera necesario para conseguir lo que quería.

Y su madre. Bueno, lo de su madre no lo tenía tan claro. No podía creerse que ella no supiera nada. Que todo lo que había hecho, conseguido, y construido don Diego Montalbo, ella no tuviera ni idea de los medios que había utilizado para lograrlo. Pero, ¿podía tenérselo en cuenta cuando ella misma había estado tan ciega como su propia madre declaraba? ¿Cuándo a pesar de que trabajaba en la empresa familiar, no se hubiera enterado de nada, si no llega a descubrir el engaño de Francisco? Noa no sabía qué pensar o qué creer, pero de lo que si estaba segura era de la farsa de su matrimonio. De que todo giraba en torno a las apariencias delante de sus amistades y la alta sociedad de Valencia. Que la infinidad de amantes de su padre, eran puras minucias

en comparación a perder su estatus social. Y que la vergüenza se llevaba mejor, si la podías disfrazar con un bolso Gucci, o un vestido de Versace.

¿Y de qué se quejaba?, pensó amargamente, cuando ella era la peor de todos. Porque a pesar de sus reproches allí se encontraba, en un país tercermundista, rodeada de salvajes y asqueada de estar en ese lugar. Pero se aguantaba. ¿Y por qué? Por el cochino dinero. En el fondo ella era igual a su familia. Se vanagloriaba en decir que su conciencia estaba limpia, que ella nunca robaría y engañaría como lo hacían ellos, que los valores que le habían inculcado desde pequeña aunque fueran falsos, no dejaban que ella pudiese tener el estómago que ellos tenían para hacer lo que hacían. Pero en el fondo, por mucho que repudiara y menospreciara su actitud, no era capaz de hacer nada en contra de ellos. El escándalo y el precio a pagar serían demasiado altos. Por lo que la dejaban a su misma altura.

Y ahora, ¿cuál era su excusa? Porque la que acababa de engañar, mentir, y aparentar era ella con Alonso. Y no podía echarle la culpa a nadie más que a sí misma.

Se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas con rabia, y lanzando un fuerte suspiro salió de ese callejón, en busca del hombre que la desesperaba y descolocaba como ninguno.

Capítulo 9

Alonso estaba cabreado. Se marchó de aquel callejón escapando de la vergüenza de haber sido rechazado de esa manera. Y no le importó dejarla atrás sin tener en cuenta si ella conseguía seguirlo o no.

¡Un lapsus momentáneo! ¡JA!

No recordaba nunca haberse sentido tan humillado como en ese momento. Le habían llamado muchas cosas a lo largo de su vida pero, *¡lapsus momentáneo!* Aquello era increíble, todavía no daba crédito.

¡Qué no era consciente de sus actos!—Pensó furioso, clavándosele cada palabra como si fueran puñales en el pecho. — *El que no estaba en mis cabales era, ¡YO!*

Siguió caminando sin rumbo fijo cegado por la ira. ¿Pero de qué se extrañaba? Ella se lo había dejado bien claro desde el principio, pero él había sido tan obtuso que aun así se había dejado llevar. Vale, de acuerdo, entonaba el mea culpa por haberla intentado besar después de hacerlo con Vanesa, eso no había estado bien y lo admitía. Pero es que su deseo por ella era más fuerte que su buen juicio, y lo peor de todo, es que nunca le había pasado nada parecido en toda su maldita vida.

¡¿Pero quién demonios se piensa que es?! ¡¿Paris Hilton?! ¡Vamos, hombre!

Pero de ningún modo, aunque esa *niñata* se pusiera de rodillas y le suplicara... ¡Nunca! ¡Jamás!, volvería a tocarla. Antes se cortaba los huevos a tener que volver a...

— ¡Arg! ¡¿Dónde diablos está?!—se preguntó alterado mientras la buscaba con la mirada.

Por un segundo, el pánico se apoderó de él pensando que quizás le habría pasado algo, y se llevó ambas manos a la cabeza en tanto escudriñaba entre el gentío para localizarla. A pesar de todo ella era responsabilidad suya y si le sucedía cualquier cosa él...

¡Dios!, solo pensarlo y el corazón se le encogió en un puño.

Pero de pronto la vio acercarse torpemente, mientras intentaba sortear a unos hombres con carretillas llenas de verduras y frutas, otros con sacos cargados en sus hombros, niños desarrapados corriendo y jugando de un lado a otro, madres con sus bebés colgados a la espalda, jóvenes que subían y bajaban la acera montados en bicis, más el caos de los coches, motos, camiones y autobuses que circulaban sin control. Toda una algarabía de vida y desorden en las calles de esa ciudad.

En África no había acuerdos cívicos, ni reglas peatonales, cada uno se buscaba la vida como buenamente podía. Pero sí era cierto, que una mujer blanca, sola, y extraviada por la calle, era un premio difícil de ignorar. La gran mayoría de los africanos eran personas honestas y trabajadoras, pero por desgracia las guerrillas, el hambre y la pobreza, podían hacer olvidar al hombre más íntegro sus valores más arraigados.

Pero por otro lado deseaba que ella recibiera un escarmiento. Su orgullo maltrecho clamaba venganza, y por un momento se planteó dejarla tirada allí, a ver qué hacía sin su *lapsus momentáneo*. Estaba seguro que en cuanto se encontrara asustada y perdida

ya no renegaría de él. Y una maligna sonrisa asomó brevemente a su rostro, cuando se imaginó ese escenario, pero que enseguida fue borrada por su lado más cabal.

Así que esperó a que lo ubicara, y cuando lo hizo, siguió caminando como si no pasara nada, pero esta vez cogiendo la dirección correcta. No iba a darle el gusto de saber que a pesar de todo se preocupaba por ella, y que lo alteraba tanto que ni sabía por dónde iba.

Hicieron los recados y cerraron todos los asuntos a los que habían ido a esa ciudad a despachar. Alonso la trataba de forma fría, no obstante, delante de la gente disimulaba muy bien, pero en cuanto se quedaban a solas caminando por las calles o moviéndose en el coche, no le dirigía la palabra. Noa descubrió sorprendida que a pesar de que era un simple guía, no le temblaba la mano en cuanto a negocios se refería. Y aunque la mayoría de las conversaciones que mantuvo fueron en inglés, como deferencia hacia ella para no tenerla excluida, a veces y sin poder evitarlo, discutía en el idioma nativo para que les quedara muy claro, que él no era ningún pelele al que poder timar.

En cuanto terminaron con los asuntos que allí les requería, se dirigieron nuevamente hacia el resort, pero no tan directamente como ella supuso. Durante el camino, pararon en varios poblados cercanos a la carretera, y en cuanto él bajaba del coche, sorprendida, se fijó que lo recibían como si fuera un hombre realmente muy respetado entre ellos. Los jefes del poblado se acercaban a Alonso con sonrisas y palmadas en la espalda, lo introducían dentro de una de las chabolas y estaban largo rato allí, sin que Noa supiese lo que ocurría en su interior. Mientras, las mujeres y los niños se acercaban a ella sorprendidos y expectantes, fijándose maravillados en el color tan blanco de su piel, y el rubio de sus cabellos. Ella no podía evitar poner mala cara, cuando observaba la mugre que cubría a los críos hasta las orejas, que descalzos y desnudos la gran mayoría, correteaban y reían por el lugar mientras los mocos les caían de las narices. Y cuando intentaban tocarla con esas manos, no podía evitar retraerse por el asco para no ser manoseada. Pero se sorprendió y mucho, por los felices que se les veía con prácticamente ninguna ropa que ponerse encima, y una pelota destrozada con la que jugar como único juguete. A la vez que no podía entender, como las féminas de la pequeña aldea, con sus cabellos cortados al uno y escondidos debajo de sus pañuelos, unos simples retales de telas de muy variado colorido a modo de vestido, e infinidad de abalorios y cuentas hechas por ellas mismas, podían parecer tan viejas y ajadas por el tiempo. O más bien por la mala vida, ya que sus condiciones eran muy precarias, además de procrear hijos sin ningún control, ni médico ni sanitario.

La observaban con una mezcla de curiosidad mal simulada y desconfianza. No era muy frecuente ver a una extranjera en sus dominios, normalmente las veían pasar en grupos dentro de sus grandes jeeps, luchando contra el calor y los insectos por ver a unos animales salvajes, que los ignoraban como meras garrapatas que solo venían a molestar. Alguna que otra sonreía, o más bien se reía de ella, enseñando su falta de dientes y haciéndola sentir incómoda y retraída.

Noa no entendía porque tenía que tardar tanto ese hombre en cada chabola a la que iba, y por culpa de lo que había sucedido antes en la ciudad, tampoco se atrevía a sonsacarle. Pero cuando ya estaba empezando a anochecer, y comprobando que tenía pensado parar en otro poblado más, agarró valor y decidió preguntarle.

— ¿No deberíamos ir ya para el hotel? Se está haciendo de noche.

—Este es el último pueblo en el que voy a parar. —le explicó, a la vez que cogía la misma mochila que había agarrado anteriormente, en los otros cuatro poblados antes de éste.

Y mientras Noa se bajaba nuevamente del vehículo, se volvió a preguntar por quinta vez, para qué querría él esa mochila y qué habría en su interior. Cuando entraron en el recinto, cerrado por unas vallas rudimentarias hechas de madera y espinos, volvió a surgir el mismo ritual que había acontecido en las anteriores. Los hombres delgados y enjutos recibían al guía como un invitado de honor, llevándolo dentro de una de las casas hechas de paja y barro. Mientras que ella, se quedaba fuera rodeada por las mujeres y los niños que la estudiaban con mucho interés, haciéndola sentir como si fuera un bicho raro y en peligro de extinción. Lo único que conseguía era sonreír de forma tensa, en tanto esquivaba sutilmente las manos que se alzaban para tocarla.

—Hola.

Sorprendida se giró hacia la persona que la había saludado en inglés, encontrándose con una pequeña y tímida muchacha, que la veía muy seria con sus grandes ojos negros.

—Hola. —Le respondió, complacida de poder hablar con alguien en un idioma que pudiera entender, y no en el galimatías que había escuchado hasta el momento. — ¿Hablas inglés?

La mujer tenía una expresión indecisa en su rostro, en tanto hacía un gesto con los dedos índice y pulgar.

—Un poco.

— ¡Oh señor que alivio! ¡Por fin alguien que me entiende! Me llamo Noa, ¿y tú cómo te llamas?—le preguntó atropelladamente.

Ella la miró con cara de extrañeza si entender nada de lo que le dijo.

—Perdón, soy una bruta. —se disculpó cuando se dio cuenta.

Y sonriéndole con pesar empezó a hablarle más despacio, de la misma forma que hacían los indios en las antiguas películas de vaqueros de Hollywood.

—Yo. Noa... ¿Y? ¿Tú?

—Yo Hadiya.

— Hadiya. —repitió encantada.

—Vengo. Con. Él. —le explicó haciendo señas con las manos hacia la cabaña donde el guía había desaparecido dentro. —Alonso.

—Noa.

—No. Noa. No. —Y volvió a repetir muy despacio. — A. Lon. So.

—Sí, ya sé. Él es Alonso y tú Noa.

— ¡Uy, qué tonta soy!—respondió avergonzada al darse cuenta de su error. —Exacto. Yo. Noa. Él. Alonso.

—Yo soy hermana de Asha.

— ¿En serio?—Preguntó entusiasmada.

La mujer por primera vez sonrió timidamente afirmando con la cabeza.

—Yo. Conozco. A. Asha. Es. Mi. Amiga.

Y de pronto la sonrisa de la muchacha se esfumó, para mirar hacia su alrededor con cierto temor a las otras mujeres, que seguían cada una de sus palabras aunque sin entender nada.

—Antes estuve con ella.

Así que ese era el recado que tenía que hacer ese día su compañera, y al cual ella no podía acompañarla. Venir a visitar a su hermana. Y le dolió el que no confiara lo suficiente en ella como para decírselo. Había actuado como si tuviera que hacer algo demasiado íntimo y misterioso, como para que al final fuera una simple visita a su familia. Y en ese momento Hadiya llamó a alguien, y esa persona no era otra, que una niña de apenas unos diez años, le calculaba más o menos, que se acercó a ellas con renuencia.

—Esta es mi hija, Janeeta.

—Hola preciosa. —dijo mientras se agachaba para estar a su altura.

La niña asustada abrió muchos los ojos, para después agarrarse a las faldas de su madre y esconderse entre ellas.

— ¡Ey, no te voy a hacer nada, cariño!—le susurró con ternura.

Y la cría asomó su cabeza para mirarla con vacilación. Noa le dedicó una brillante sonrisa, que hizo tomar un poco más de confianza en la pequeña, que despacio se fue acercando a ella, para tocar los pendientes de oro blanco que colgaban de sus orejas.

— ¿Te gustan?

Ella la miró desconcertada al no entender lo que le decía, hasta que su madre le tradujo en su idioma, y muy lentamente asintió vergonzosa.

—Pues son tuyos mi amor. —le dijo mientras se los quitaba de la oreja.

Hadiya empezó a negar con la cabeza, pero en ese momento hizo acto de aparición Alonso detrás de ellas, que dirigiéndose en su dialecto saludó a las mujeres. Janeeta en cuanto tuvo los pendientes en su poder volvió a esconderse tras su madre, y ésta le agradeció su lindo detalle, al cual Noa respondió con una sincera sonrisa.

— ¿Puedo hablar contigo un momento?—le preguntó el guía, después de unos minutos de estar hablando con las matriarcas.

Ella asintió levemente y se apartaron un poco para tener algo de intimidad.

—Vamos a tener que quedarnos un poco más aquí.

— ¡¿Qué?! No, Alonso, es demasiado tarde y yo me quiero ir para el hotel. — protestó enfurruñada.

Él se frotó la frente y soltó un suspiro de cansancio antes de volver a hablar.

—A mí tampoco me apetece quedarme, pero nos han invitado a compartir con ellos la cena, gracias a tu amable gesto de regalarle a la nieta del jefe tus pendientes. Y sería un insulto no aceptar.

— ¡Pero...!.

Noa observó a toda aquella gente, que expectantes esperaban su respuesta, y consternada supo que Alonso tenía razón. A pesar de que no le hacía maldita gracia quedarse allí, no podía hacerle ese feo a la familia de Asha.

— ¿Y en el hotel no se preocuparán de que no hayamos llegado?—preguntó como última esperanza.

—Por eso no te preocupes, avisaré por la emisora de radio de que estamos aquí.

—Está bien, si no queda otra...—aceptó compungida.

—Solo te pido una cosa. —le rogó Alonso reteniéndola suavemente del brazo.

Ella observó detenidamente la mano que la sujetaba, y sintió los ya conocidos escalofríos que escalaban por su extremidad, hasta ponerle el vello de punta en la base de la nuca. Y él malinterpretando su mirada, retiró su agarre con rapidez, pero no la suficiente como para no sentir la sacudida de los mismos estremecimientos que la recorrieron a ella. Noa levantó los ojos para encontrarse con los suyos, y darse cuenta que reflejaban la misma tristeza que ella estaba sintiendo.

¿Por qué las cosas tenían que ser tan difíciles entre ellos?—pensó abatida.

Y suspirando con pesar le dijo.

—Dime.

—Pase lo que pase, actúa siempre como si todo estuviera bien.

— ¿A qué te refieres?—le preguntó empezando a alarmarse.

—Ahora lo sabrás.

Y dirigiéndose a los demás en su idioma, les confirmó que se quedaban con mucho gusto.

Desde ese momento, Noa ya no tuvo ningún control sobre los acontecimientos que ocurrieron a continuación.

—No, no, no, no...—protestó mientras la llevaban hacia una de las cabañas.

Pero las mujeres la arrastraron con ellas sin tener en cuenta sus ruegos, en tanto los hombres se apoderaron de Alonso. Enseguida hicieron un gran fuego, donde empezaron a asar un pequeño cerdo salvaje, y un animal que no supo identificar muy bien, cazados esa misma mañana. Pareciera que estuvieran celebrando una fiesta por todo lo alto, porque con mucho orgullo, Hadiya le preguntó si podrían pintarle la cara y los brazos con los colores y motivos de su pueblo. A Noa no le quedó más remedio que consentir, y disimulando el asco que le producía, se dejó embadurnar el cuerpo por una pasta hecha de diferentes tipos de pigmentos mezclados con agua, y lo que parecía algún tipo de arcilla. Y después la adornaron con varios collares y pulseras, hechas con cuentas de distintos colores. Ellas también se cambiaron para lucir lo que parecían atuendos de gala, en tanto se maquillaban con los mismos colores, pintando diferentes dibujos en su piel.

Mientras algunas de las mujeres le hacían eso, otras se dedicaban a preparar una especie de masa blanquecina hecha con algún cereal, que se suponía sería el acompañamiento de las carnes. Y cuando creyeron que estaban lo suficientemente guapas y preparadas, se acercaron a los hombres que se encontraban sentados alrededor de la hoguera. Éstos también lucían diferentes atuendos, que dejaban ver diferentes pinturas y tatuajes descubiertos, que adornaban sus cuerpos morenos y fibrosos. En realidad, a pesar de que Noa los observaba algo distante, no podía dejar de sentirse atemorizada e incómoda, ya que sus apariencias imponían demasiado.

La colocaron al lado de Alonso, que divertido no pudo evitar echarse a reír.

— ¿No sé qué te divierte?—Le soltó tosca por su falta de tacto, ya que él no se imaginaba el esfuerzo tan grande que estaba haciendo por aguantar todo aquello. — Debo de parecer una payasa, pero te informo que tú tampoco estás para echar cohetes.

Aunque para ser honestos, al muy condenado las pinturas le quedaban bien. Le hacían parecer más imponente y más fiero, confiriéndole un atractivo casi primitivo de un aguerrido y valiente guerrero. Pero por nada del mundo se lo diría, ya que después no habría quien le aguantara, teniendo el ego tan subido.

—Lo siento. —se disculpó después de intentar contener las carcajadas. —Es que estás tan distinta...

Y con un brillo divertido en su mirada, no se atrevió a reírse abiertamente de ella, sobre todo después de la mirada asesina que le lanzó Noa, advirtiéndole que no estaba para bromas.

Mientras la caza se asaba, los muchachos más jóvenes empezaron a bailar unos cánticos que entonaban alegres, acompañados por música producida por varios artilugios que tocaban los más mayores. Pisaban con fuerza el suelo ocre, a la vez que contorsionaban sus cuerpos al ritmo de los sonidos hipnóticos producidos por sus voces, que junto al calor del fuego, daban la sensación de ser transportados a otra época mucho más remota y arcaica de la que estaban. Después de unos minutos, salió a la arena un hombre pequeño y enjuto, en tanto bebía un líquido extraño para escupirlo a continuación, mientras hablaba como en trance una especie de salmos inconexos, seguido atentamente por las miradas de los demás. Por un momento, Noa pilló a Alonso mirándola con una extraña expresión en su rostro, a la vez que varias mujeres y hombres los observaban a ambos divertidos.

Después, dos matriarcas se acercaron a ellos alegremente para ofrecerle a cada uno, un cuenco de barro con un líquido blanco que Noa no supo reconocer.

— ¿Qué es esto?—preguntó, sonriendo disimuladamente al aceptar el recipiente, aunque sabía con toda seguridad que no la entendían.

—Es leche de cabra recién ordeñada. —le informó el guía.

— ¡Oh, Dios mío!—murmuró con el rostro tan blanco como el líquido que la instaban a beber. — ¿Y está recién salido de la ubre del animal?

—Sí, es lo que suele ocurrir cuando recién la ordeñan. Es más, seguramente hasta esté aún caliente. Seguro que no la encuentras así cuando vas a hacer la compra.

A Noa una arcada empezó a subirle por la garganta, y que con mucho esfuerzo contuvo enseñando los dientes al sonreír, cuando una de las mujeres le pedía en su idioma, que bebiera el líquido blanco con lo que parecían algunas moscas flotando encima.

—No voy a ser capaz... no voy a ser capaz...—farfullaba entre dientes, a la vez que se esforzaba por sonreír.

Alonso se acercó a ella para susurrarle al oído.

—Piensa que es la que bebes recién comprada en el supermercado.

— ¡Ya, como si fuera tan fácil! La que compro no trae tropezones. —rebatía, mientras asentía con la cabeza a la mujer que le acercaba el cuenco a los labios.

—Pues imagínate que son cereales que flotan en el desayuno. —le contestó divertido por su malestar.

—Es mejor que te calles. —le soltó fulminándolo con la mirada. —No me estas ayudando.

Y llenando los pulmones de aire y cogiendo valor, acercó por fin el recipiente a su boca para mojar meramente los labios en él.

— ¡Mmm, muy bueno!—mintió, mientras se aguantaba la náusea que tenía atenazándole la garganta.

Y las mujeres complacidas se marcharon al ver su cometido realizado. En un momento dado, Alonso le pidió que dejara el cuenco en el suelo, y disimuladamente se lo cambió por el suyo ya acabado.

—Gracias. —le dijo agradecida por su gesto.

Él sondeó en sus ojos buscando sinceridad en ellos, y después de unos segundos asintió lacónicamente.

Al poco tiempo Hadiya se sentó junto a ella, y Noa le sonrió con alivio de tener a alguien amigable a su lado. Durante un buen rato, observó extasiada como los hombres y las mujeres interactuaban entre ellos, asombrada por lo felices que parecían con un banquete tan exiguo y pobre. Pareciera que no necesitaran nada más que algo que llevarse a la boca, un buen baile, y su alegría para ser felices. Por un momento envidió esa forma de vivir y comportarse. Eran una comunidad, una familia, donde aparentemente no había envidias ni rencillas, y en la que compartían lo poco que tenían. Y valorando lo único verdaderamente importante... que eran ellos.

Pensó en sus amistades en España y en lo patético que les parecería esa *triste barbacoa*. Allí no entenderían nada que no fuera un catering de cinco estrellas, con camareros pululando entre ellos con bandejas de champán y deliciosos entremeses, mientras la música sonaba a todo volumen, para después borrachos como cubas tirarse a la piscina climatizada.

Sus padres estarían horrorizados si la vieran sentada en el suelo, bebiendo leche sin pasteurizar ni hervir, llena de insectos nocturnos, y rodeada de lo que para ellos eran simple chusma. A pesar de que eran los primeros en sacar la billetera, cuando acudían a galas benéficas que muchas veces su propia madre ayudaba a organizar. Recordó con tristeza, que ellos nunca, en toda su vida, se habrían codeado y tratado con gente como esta. Solo acudían a fiestas de postín, donde aparentaban una conciencia social que olvidaban en tanto en cuanto salían por la puerta del evento. Y para ser sinceros, ella también.

Pero allí se encontraba, compartiendo una humilde comida con auténticos extraños, pero que la habían acogido como si fuera la persona más importante en la faz de la tierra, compartiendo con ella sus humildes pertenencias. La habían llenado de modestos regalos y sentado a su mesa, por el simple hecho de haberle regalado unos pendientes a una niña, que para ella significaban más bien poco.

De repente, una extraña emoción subió por su pecho, al sentirse por primera vez en su vida acogida por ser tan solo Noa. Esa gente la había aceptado tal cual era ella, pues no les importaba quién era su padre, o de qué familia provenía, en qué colegios había estudiado, ni si era rica o pobre, o si se codeaba con gente importante. La habían recibido con los brazos abiertos, sin juzgarla o acercarse a ella por mero interés, y esa era una sensación totalmente desconocida en su vida. De pronto, ya no le importó en absoluto el estar sentada en el suelo manchando su ropa de polvo, ni las pinturas que

embadurnaban su piel. Se sintió privilegiada por poder compartir ese momento en aquel lugar junto a ellos.

— ¿Te encuentras bien?—le preguntó Alonso al notar su turbación.

—Sí. —le confirmó escuetamente con los ojos brillantes, mientras con disimulo contuvo las lágrimas que asomaban a ellos.

Después de unos minutos, la música paró para que los hombres comenzaran a despedazar y repartir la carne ya cocinada. Por ser los invitados de honor, el jefe del poblado le ofreció tanto a Noa como a Alonso un trozo de carne humeante, que olía bien, pero que no supo identificar. Todos esperaron expectantes a que ella comenzara a comer, y espió por el rabillo del ojo al guía que la miraba con una brillante sonrisa, como si se estuviera riendo de una broma íntima que los demás sabían pero que ella no lograba descubrir, esperando a que le hincase el diente a la sabrosa carne que habían cocinado especialmente para ellos. Y sospechando recelosa le preguntó qué era.

—Es mejor que lo comas y no preguntes. —le contestó, simulando su placer e intentando quitarle importancia al asunto.

— ¿Por qué? ¿Qué es?—le preguntó suspicaz.

—No es nada, en serio, come.

—No pienso probar nada hasta que no me digas qué es esto.

—Está bien. Es la... la carrillada del cerdo. — acabó por aclararle al fin poniendo cara de inocencia.

— ¡Ah, bueno! Por un momento me asustaste, ya que pensé que era algo muy asqueroso. —le contestó algo molesta por haberla alarmado sin motivo.

Él la miró con una extraña expresión en su rostro, pero que enseguida cambió por una secreta sonrisa, que no la hizo sospechar de lo que vendría a continuación de probar el alimento.

— ¿Está bueno?—le preguntó divertido, después de cerciorarse de que había engullido el trozo de carne.

— Umm... un poco gomoso quizás para ser una carrillada, pero se puede comer. — confesó confiada.

— ¡Qué bueno!—comentó satisfecho, mientras observaba como ella se chupaba de los dedos el resto del jugo de la carne.

Y sin poder evitarlo por más tiempo, Alonso se levantó corriendo para alejarse y esconderse detrás de una cabaña. Y Noa arrugó el ceño cuando lo escuchó reírse a mandíbula batiente. Se levantó esbozando una sonrisa de disculpa a Hadiya que la miraba extrañada, y se acercó al guía para saber qué había pasado para darle ese ataque de risa, temiendo internamente que el motivo de tanta mofa fuera ella.

De pronto un enorme chillido se escuchó por todo el poblado.

— ¡¿QUÉ?!—gritó espantada.

— ¡Chss, no grites que te van a oír!—le susurró él intentándola tranquilizar.

Pero ella ya había corrido hacia una esquina para vomitar todo lo que tenía en el estómago.

— ¿Estás bien?—le preguntó el guía después de unos minutos, sintiéndose terriblemente culpable al ver como todavía con la cara verdosa le seguían dando arcadas.

— ¿Qué... si... estoy... bien?—farfulló entre arcada y arcada. — ¡Te juro por Dios... Alonso... Rivas... que me las... vas a... pagar!

—Tan poco es para tanto. — apuntó intentando excusarse. — Si al final has reconocido que hasta estaba bueno.

— ¡Me he comido los testículos de un mono!—aulló asqueada.

—Y yo el pene. —le respondió.

Y se le empezó a formar otra vez una divertida sonrisa en el rostro, al recordar su pequeña venganza por haberlo llamado *lapsus momentáneo*, pero que enseguida borró al fulminarlo Noa con la mirada.

—Está bien, lo siento. —se disculpó con pesar. —Pero es una costumbre en su cultura, ofrecerle a una pareja los genitales de un animal, para que en el futuro no tengan problemas para procrear hijos. Y si te hubiera dicho qué era no lo habrías comido.

— ¡Ey, ey, ey... espera un momento! ¿Qué es eso de una pareja y de tener hijos?—inquirió recuperando milagrosamente la compostura.

El guía incómodo se frotó la nuca mientras desandaba dos pasos atrás.

—Pues resulta que... tienen la ridícula idea de que... tú y yo somos pareja. —le confesó inseguro de su reacción.

— ¿Perdona?—Soltó patidifusa mientras lo miraba incrédula. — ¿Y se puede saber de dónde han sacado esa estúpida idea?

—Se lo han dicho los espíritus al chaman de la tribu.

— ¿Era eso lo que estaba haciendo aquel extravagante hombrecillo, mientras ponía los ojos en blanco y se retorció como si tuviera cólicos?—le preguntó mientras se ponía a caminar de un lado a otro molesta.

Él asintió serio.

— Por lo visto nos han visto juntos formando una familia.

Y de repente Noa se paró en seco para mirar directamente a los ojos a Alonso.

— ¿Y tú te lo has creído?

El hombre no contestó durante un segundo, para tragar con esfuerzo al responder a su pregunta, pues un extraño sentimiento escaló por su columna vertebral hasta alojarse en su garganta.

—Por supuesto que no. —Carraspeó confuso. — Solo son supercherías de su cultura que solamente ellos comprenden y lo tienen en cuenta. Y también ha influido el hecho de que es la primera vez que vengo con una mujer, por lo que han sacado sus propias conclusiones.

Ella bajó los ojos para ocultar la pequeña decepción que se asomó a ellos, y molesta recuperó la acción de volver a caminar de un lado a otro.

— ¡Esto es el colmo! —masculló entre dientes. —Una cosa es que te acojan con cariño y otra que te arreglen un matrimonio. Al final todos son iguales. El caso es querer controlar tu vida y que obedezcas ciegamente a sus caprichos.

— ¿De qué estás hablando? ¿Quién ha hablado de matrimonio?—preguntó él extrañado por esa conjetura.

Noa se ruborizó intensamente al ser pillada pensando en alto, y de repente se sobresaltó al ser sorprendida por la hermana de Asha, que con timidez les preguntó si

todo iba bien, dando gracias internamente por esa interrupción y no tener que dar más explicaciones.

—Sí, todo está bien Hadiya. —le respondió más enérgicamente de lo que pretendió, y volviéndose hacia él le dijo. —Es mejor que volvamos con ellos.

Y se dirigió con la pequeña mujer, al círculo alrededor del fuego donde estaban los demás sentados.

Aunque intentaron que volviera a comer algo más, Noa entre sonrisas y suplicándole ayuda a Hadiya para que la disculpara con su familia, se negó en redondo a ingerir comida alguna. Aunque quisiera hacerlo, tenía un nudo en la garganta que no le dejaba pasar nada. Se preguntó asombrada, por qué cuando Alonso le había hablado de formar una familia con ella, algo en su interior saltó sin poder contenerlo. De repente, una imagen clara y nítida se formó en su cabeza, imaginándose una escena donde compartía con el guía, un momento de felicidad con el hijo de ambos entre sus brazos. Y lo único que eso logró fue confundirla mucho más. ¿En qué demonios estaba pensando para ocurrírsele semejante tontería? Evidentemente esos testículos de mono estaban en mal estado porque empezaba a delirar.

Así que después de lo que creyó un tiempo prudencial, le pidió que la llevara de vuelta al hotel pues no se encontraba muy bien.

Cuando llegaron, Asha se hallaba esperando por ellos en la puerta principal, y a pesar de que era evidente que ella quería hablar con Noa después de ver las fachas con las que llegaba, ésta se excusó con ella alegando que tenía el estómago revuelto y el cuerpo descompuesto. Y después de denegar pacientemente, el ofrecimiento de su amiga de prepararle una manzanilla o un caldo caliente para asentar el estómago, se marchó presurosa a su bungalow para disfrutar de una ansiada y merecida ducha de agua caliente.

Pero no se habría quedado tan tranquila si se hubiera dado cuenta, en el estado de nervios y preocupación en el que se quedó su compañera, al identificar las pinturas que llevaba dibujadas en su cuerpo.

Capítulo 10

Al día siguiente Noa se encontró con Alonso y los demás en el desayuno. Se le habían pegado un poco las sabanas, y había sido la última en sentarse a la mesa.

—*Bonjour, chérie.*

—*Bonjour.*

— ¿Te encuentras mal *mon ami*? ¿Tienes mala cara?—le preguntó el cocinero sorprendido por su mal semblante.

—Como para no tenerla. —farfulló molesta.

Y le lanzó una mirada airada al guía al verlo esbozar una sonrisa divertida, que él enseguida escondió detrás de la servilleta, simulando limpiarse las comisuras de la boca.

Toda la culpa era suya. Había estado despierta hasta las tantas recordando los acontecimientos de ese día. Primero su apasionado beso en la poza de la catarata, después su vergüenza e impotencia cuando la azotó, y la llevó como un saco encima de sus hombros. Seguidamente, el viaje hacia la ciudad y su casi atropello a Timón y Pumba, y recordando ese sentimiento de paz durante aquellos breves momentos en los que hicieron una tregua silenciosa. Pasando después, a la rabia que sintió cuando lo vio besuquearse con su noviecita, para a continuación el sentimiento de aceptación cuando la tribu la invitó a compartir su comida con ellos, seguido de las ganas acuciantes de matarlo cuando descubrió qué era lo que había comido. Y finalmente, ese vacío doloroso en el pecho al imaginarse amada y feliz a su lado con sus propios hijos.

Tenía tantas cosas en las que pensar, que no la venció el sueño hasta bien avanzada la madrugada, y lo más frustrante es que no había llegado a ninguna conclusión. Evidentemente o la leche estaba en mal estado, o los testículos de mono le habían sentado mal, porque nada de aquello tenía sentido. Sabía que lo odiaba, pues era un hombre detestable. Y el que fuera además tan dominante y autoritario, le recordaba demasiado a su padre como para poder pensar en él de manera romántica. Sin embargo y para su total sorpresa así era. Y lo peor de todo es que no entendía por qué. No lograba comprender qué era exactamente lo que veía en ese Tarzán trasnochado de tres al cuarto.

— *¿Pardon?*—le preguntó su compañero, extrañado por la contestación e interrumpiendo sus pensamientos.

—Nada Pierre, solo son cosas mías. —le contestó volviendo al presente.

—*Bon.* —respondió cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más al respecto.

Noa estaba demasiado sumida en sus propias preocupaciones, como para darse cuenta del estado alterado de su compañera, y las miradas nerviosas que le dirigía tanto a ella como a Alonso. Pero el francés, que no le quitaba ojo disimuladamente, si se percató.

— Y tú Asha, ¿estas nerviosa por algo?

— ¿Quién yo?—preguntó con la voz estrangulada. —No, yo... yo me encuentro perfectamente.

— ¿Segura?—insistió preocupado.

—Sí Pierre, completamente segura. —afirmó la kenjata esta vez con más convicción.

Y girándose hacia su compañera le preguntó con una nota apremiante.

— ¿Hoy vas a ir a algún sitio en especial o trabajaremos en la oficina?

—No lo sé, pregúntale a tu jefe Alonso, a ver qué es lo que decide. —le contestó después de darle un sorbo a su café. — Por lo visto él manda y dispone.

Y posando su taza en la mesa observó al hombre con rencor, y éste sin abandonar su actitud jocosa le respondió tranquilamente.

—Menos mal que ya te vas dando cuenta de cómo es la situación aquí. Estaba pensando seriamente en llamar a tu padre, para preguntarle cómo hacía él para que entendieras las cosas. O eso, o dejar que te lo explicara un niño de cinco años y rezar con que tuviera más suerte.

Y Noa se rio con sorna al escuchar la ocurrencia del hombre

— ¡Vaya!, ¿y eso lo has pensado tú solito o has tenido que llamar a tu amorcito para que te lo dijera?

—De momento no necesito a nadie que piense por mí, me valgo y me sobro yo mismo para hacerlo.

—Ya empezamos de buena mañana. —murmuró Asha rodando los ojos.

—Cualquiera lo diría con tu minusvalía. —le replicó, mientras se zambullía un buen bocado de huevos revueltos.

— ¿De qué minusvalía hablas?—le preguntó él sorprendido.

Pierre y Asir, el ayudante de Alonso, los miraban pasmados, en tanto Asha sacudía la cabeza y ponía en blanco los ojos con infinita paciencia.

— ¡Ups, lo siento! Debe der ser más grave de lo que pensaba si no eres ni tan siquiera consciente de ello. —le respondió después de tragar la comida—Pero entiendo que siendo un ser unineuronal te resulte difícil entender tu patología.

—*Niñata*...—empezó a advertirle el guía.

— ¿Qué?—le retó tercamente.

—Creo que te avisé sobre tu manía de insultarme y lo qué te pasaría si lo volvías a hacer. —le reprendió mientras tiraba la servilleta encima de la mesa molesto. —No te voy a permitir otra falta de respeto más.

— ¡No, espera!—exclamó mientras se echaba para atrás en su asiento y surgía una sonrisa ladina en su rostro. —No te imaginas las ganas que tenía de decir esto. — continuó limpiándose las comisuras de la boca con la servilleta.

Y poniendo cara angelical y de no haber roto un plato en toda su vida le soltó.

—Unineuronal no es un insulto, solo es un adjetivo constatando mi firme opinión sobre tu persona. Algo que hasta el momento no has hecho cambiar ni con tu actitud, ni con tus palabras, ni con tu forma de proceder y mucho menos de actuar.

Alonso se quedó petrificado al haberle echado en cara y usado en su contra sus propias palabras, las mismas que él le dijo a ella el día anterior en la poza. Y el verla henchida de satisfacción, y la risa mal disimulada que se le escapó tanto a Pierre como a Asir, lo hicieron levantarse cabreado y marcharse de allí, antes de hacer algo de lo que arrepentirse después.

—Pienso que eso responde a tu pregunta Asha. No creo que hoy le apetezca llevarme de paseo otra vez. —apuntó Noa regodeándose, mientras se volvía a meter un bocado de desayuno en la boca.

Ella también podía apuntarse una pequeña venganza en su marcador.



Cuando subieron al despacho, Noa se puso a contestar unos emails que había recibido, y a descargar las fotos en el ordenador que había hecho el día anterior. Antes de ponerse con el trabajo de enseñarle a Asha a crear un blog, y darse de alta en las redes sociales y abrir una cuenta en Youtube, algo que por otro lado les llevaría varios días. Pero no pudo evitar sentir las miradas inquietas clavadas en ella, para que en el momento en que levantaba la vista, su compañera desviara la suya disimulando.

La situación se repitió un par de veces más y cansada, ya que no se podía concentrar, decidió preguntarle a la keniana.

— ¿Te pasa algo Asha?

— ¿A mí? No, nada. ¿Por qué? ¿A ti sí?

Noa arrugó el ceño por la extraña actitud de la mujer al ser tan esquiva a la hora de responder.

—No lo sé, dímelo tú.

—Yo tampoco sé nada. —respondió mientras se retorció las manos con nerviosismo.

Se reclinó en su asiento examinando detenidamente a su ayudante, la cual se alteró mucho más al sentir el escrutinio al que estaba siendo sometida, y que procedió con nerviosismo a aporrear con rapidez las teclas del teclado.

— ¿Quieres desembuchar de una buena vez?—exigió impaciente en tanto se daba golpecitos con el lápiz en la barbilla.

—Está bien. —reconoció al fin. —Solo quería saber si ayer pasó algo.

— ¿Qué si pasó algo?—preguntó bufando. —Ayer pasó de todo y nada bueno por cierto.

Si el color de piel de Asha se lo permitiera, en ese momento estaría blanco como la nieve.

—Te diste cuenta, ¿no?—aseveró Noa dando por hecho que se refería a su rifirrafe con Alonso.

—Bueno, algo me imaginé cuando reconocí las pinturas de mi tribu en vuestros cuerpos.

—No tienes ni idea de lo mal que lo pasé. —La informó, no siendo consciente de la cara desencajada de su amiga. —El señorito unineuronal, se dedicó a pasar por todos los poblados habidos y por haber hasta que llegamos al tuyo. Y por cierto, ¿cuándo tenías pensado hablarme de tu familia?—le recriminó molesta por no haberle dicho nada.

— ¿Hablaste con ellos?—le preguntó la mujer después de tragar con dificultad.

— ¡Por supuesto! ¿Creíste que no me iba a enterar?

Asha se levantó de la silla alterada, mientras empezó a pasearse nerviosa de un lado a otro, a la vez que le lanzaba miradas cargadas de vergüenza.

— ¿Qué..?. ¿Qué fue lo que pasó exactamente?

— ¡Pues que ese hombre es horrible!—Soltó despotricando del guía. — No entiendo cómo pudo hacer lo que hizo.

—Siento de verdad que te enteraras así. —Murmuró la mujer abochornada. — ¿Te lo contó él o mi hermana?

—Él por supuesto, menos mal que todavía le queda algo de decencia. Pero me deja pasmada como todavía puedes tenerle tanto respeto y admiración. —apuntó todavía contrariada por su bromita del mono.

—Tienes que entenderlo, son nuestras costumbres.

— ¡Y un cuerno vuestras costumbres!—Saltó de la silla poniéndose de pie, y alterándose cada vez más de que ella defendiera lo indefendible. —Lo que hizo es del todo inaceptable Asha, y me cuesta enormemente aceptar que pese a todo intentes justificar algo así.

— ¿Y qué te crees que a mí no me dolió?—Proclamó con una expresión de infinito dolor en su rostro. — ¡Es mi padre por el amor de Dios! ¿Crees que fue fácil para mí tomar esa decisión? Pero entiendo que es el jefe de la tribu y como tal tiene que acatar las reglas.

Noa se quedó totalmente paralizada y pasmada por semejante confesión.

— ¡¿Qué?!—inquirió totalmente confundida, cuando creyó entender que Alonso era el padre de Asha.

—Te pido que no lo juzgues, pues no le quedó más remedio que aceptar lo inevitable. —le rogó con tristeza. —Toda la culpa fue enteramente mía.

— ¿Cómo que la culpa fue tuya?—Preguntó sin poder dar crédito todavía. — ¡Eso es imposible!

—No, no lo es. Todos los días me siento culpable de la decisión que tomé, pues no solo me atañe a mí, sino que involucré a toda mi familia. Pero no podía hacer algo que iba en contra de todos mis deseos. Por desgracia ellos no lo entienden así, por eso me tuve que ir de mi poblado sin dejarles otra opción que la de renegar de mí. Y no tienes ni idea de lo mucho que me duele no poder ver a mis padres, ni tampoco a mi hermana y mi sobrina. —confesó al fin.

Noa parpadeó varias veces confusa, y se dio cuenta de que no estaban hablando de lo mismo. Y se acercó a su compañera despacio, mientras ésta intentaba no llorar.

—Creo que ha habido un error entre nosotras Asha, pues no tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

La mujer abrió muchos los ojos, a la vez que se llevaba una mano para taparse la boca en un gesto de espanto.

— ¿Cómo que no tienes ni idea?—Le preguntó aturdida. —Pensé que estabas hablando de mi padre, el jefe de la tribu, y los motivos que tuvo para echarme del poblado y no reconocirme como hija.

—No, cielo. —Le empezó a decir negando rotundamente con la cabeza. —Yo estaba hablando de la maldita broma que me gastó Alonso con unos testículos de mono.

— ¡¿Qué?!—exclamó la ayudante mientras se apoyaba en la pared buscando algo donde sostenerse.

La mujer se fue escurriendo poco a poco hasta quedarse sentada en el suelo, todavía atónita por el entuerto. Y Noa observando su actitud, supo que lo que había ocurrido, fuese lo que fuese, era demasiado doloroso para ella.

—Me doy cuenta de que no querías que me enterara, y ahora entiendo tu extraño comportamiento cuando ayer no quisiste que te acompañara. Pero sinceramente, me gustaría ser tu amiga Asha, y me encantaría que confiaras en mí. —le dijo dulcemente, mientras se arrodillaba en el suelo para ponerse a su altura. —Pero respetaré tu decisión si no quieres hacerlo.

La mujer la miró sin ver durante unos segundos, todavía asimilando su metedura de pata. Y era tan grande su sufrimiento, que Noa prefirió no presionarla y que le contara cuando ella se sintiera preparada. Así que empezó a levantarse, cuando una suave y pequeña mano la detuvo.

—No es que no confíe en ti. —declaró con tanta fragilidad que Noa sintió una inmensa pena por ella. —Es que siento demasiada vergüenza.

—No voy a juzgarte Asha, no sería quién y Dios bien lo sabe. No soy una persona intachable ni falta de defectos como para enjuiciar lo que los demás hagan. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo siempre que lo necesites. No tengo muchas virtudes, pero si me considero leal y amiga de mis amigos.

Su compañera asintió levemente, en tanto tragaba con dificultad las lágrimas que pugnaban por salir, y agarrándose ambas piernas por las rodillas comenzó a hablar.

—Lo primero que tienes que entender, es que aquí las costumbres y las creencias lo son todo. Son lo que nos define como pueblo, como familia, y como personas. El rol de las mujeres en mi tribu, como en tantas otras, es como lo dirías vosotros... sumiso. Nosotras nos encargamos de los hijos, las labores domésticas, la preparación de la comida, el campo y otras funciones menores. Es algo normal y aceptado con naturalidad, lo contrario sería lo verdaderamente extraño. Estamos acostumbradas a trabajar duro, y a obedecer y respetar tanto a los mayores como a los hombres de nuestro poblado. Y si no lo hacemos... avergonzamos primeramente a nuestra familia, y después a nosotras mismas.

Asha parpadeó varias veces, para reprimir las lágrimas que estaban saliendo como regueros de sus ojos, para después limpiárselas con el dorso de la mano, hasta que Noa le ofreció un paquete de Kleenex. Y soltando un trémulo suspiro continuó.

—Yo fui la primera y la última mujer de mi poblado en salir a trabajar fuera. Siempre habían sido hombres quienes lo habían hecho, pero por deferencia al ser la hija mayor del jefe de la tribu, y porque las cosas están cambiando, despacio pero van cambiando, mi padre me dejó venir a trabajar al resort. Era un dinero que nos venía bien a toda la comunidad. Yo era una niña y al principio todo era nuevo, y horrorizada le contaba a mi madre y a las mujeres de mi poblado, lo irrespetuosas e ingobernables que eran las mujeres blancas. Pero poco a poco mi mente se fue abriendo, y empecé a comprender que la liberación femenina no tenía por qué ser algo maligno. Que nosotras también teníamos derechos, y la libertad de escoger y opinar sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Y cuando los cambios de pensamiento empezaron a ser demasiado evidentes, mi propia madre habló con mi padre para pedirle que me obligara a dejar el trabajo, pues la cultura blanca me estaba corrompiendo.

— ¿Por qué?—preguntó incrédula.

—Tienes que comprender que para ellos es lo normal. —le contestó después de sonarse con el pañuelo. —Es nuestra cultura, es lo que nos han enseñado desde siempre, desde tiempos inmemorables. Y aunque ahora estamos acostumbrados a convivir con vosotros, hasta no hace mucho, el hombre blanco solo era una desgracia para nuestra cultura, que nos tenía o esclavizados o subyugados a sus deseos y mandatos. Representabais lo malo, lo dañino, sobre todo para las tribus que consiguieron vivir lo más apartadas posible de vosotros.

—Entiendo. —susurró, empezando a vislumbrar el temor y el odio que debieron sentir.

—Mi padre entonces decidíó, que la mejor manera de llevarme de vuelta al redil era obligándome a contraer matrimonio.

Noa se tapó la boca ahogando una exclamación de horror.

—En nuestra cultura los hombres son polígamos, y mi padre como jefe de la tribu, había recibido una muy buena oferta por mi cuando era una niña, acordando un matrimonio concertado por una buena dote, con un miembro honorable de una tribu cercana.

— ¿En serio?—Preguntó incrédula. — ¿Pero eso todavía se hace?

—Sí. —confirmó Asha avergonzada. —Al ser un pueblo agrícola, es la única manera que tenemos de conseguir más riquezas, pues la dote consiste básicamente en aumentar las cabezas de ganado. Y cuantas más poseas, más importante e influyente eres.

— ¡Dios mío, eso es horrible! Obligar a una mujer a casarse con alguien que no quiere, solo por una posición social más alta o por más riquezas, eso es...

Y de pronto se calló, al percatarse que a ella casi le había ocurrido lo mismo. La única diferencia es que Asha era consciente, pues su padre había sido honesto con ella, y el suyo no. Por lo que al final no eran tan diferentes como se pensaba.

—Lo sé, es tan de la edad media, ¿verdad? —terminó la keniata por ella. —Pero en realidad, hay muchas costumbres y tradiciones en las que todavía estamos anclados a esa época. Yo tuve la suerte de aprender a leer, de conocer otras culturas, otras formas de pensar, de vivir... Pero ellos no, Noa, por eso en cierta forma no les guardo rencor. Y a pesar de todo no puedo quitarme esta angustia de sentirme tan culpable, pues avergoncé a mi familia al negarme a hacerlo. Por eso a mi padre no le quedó más remedio que repudiarme, negar ante todo el mundo que yo soy su hija, que Hadiya es mi hermana y Janeeta mi sobrina.

—Lo siento mucho Asha. —le dijo con una compasión absoluta. —Y si puedo ayudarte en lo que sea, cuenta conmigo siempre.

La mujer sonrió con tristeza.

—Gracias. La verdad es que no sabía lo mucho que necesitaba desahogarme con alguien hasta ahora. Esto nunca se lo había contado a nadie. Se siente bien poder hablar con una buena amiga sobre tus problemas, te sientes liberada.

—Pues aquí me tienes para lo que necesites. —Reafirmó agarrando con suavidad las manos de ella para insuflarle tranquilidad. — ¿Alonso tampoco sabe nada?

—Sí, él lo sabe. Es el único que conoce mi historia, pues se la contó mi familia ya que es muy respetado en toda la zona. Y le estoy enormemente agradecida porque nunca me ha juzgado.

—No tendría derecho a hacerlo Asha. Nadie tiene derecho a hacerlo. —afirmó totalmente convencida.

La keniana esbozó una pequeña sonrisa agradecida por sus palabras.

— ¿Entiendes ahora por qué no quise decirte nada sobre mi hermana? Nos vemos a escondidas, y tenía mucho miedo de que mi familia o alguien del poblado pudieran enterarse, pues la metería en un buen lío. Ni tan siquiera he conocido a mi sobrina Janeeta, por el miedo constante de que al ser una niña se le pudiera escapar algo.

—Sí, lo entiendo.

—Y cuando ayer vi las pinturas en tu rostro y en el del jefe Alonso, supe que habíais estado en el poblado. Y quise hablar contigo para sonsacarte información, pero tú no querías hablar y te noté molesta y enfadada, y supuse que algo sabías. Y me moría de la angustia porque desconocía si mi padre nos había descubierto a Hadiya y a mí.

—Puedes estar tranquila, nadie sabe nada, y por mi parte nunca lo sabrán. Es más, estaré encantada de ayudaros a veros en secreto y hablar de vuestras cosas de hermanas. —se ofreció entusiasmada.

— ¿En serio?—preguntó su compañera esperanzada.

Y Noa asintió con vigor en tanto trazaba una radiante sonrisa en su cara.

— ¡Por supuesto!

— ¡Muchas gracias!—exclamó su amiga a la vez que se levantaba para abrazarla.

—De nada. —se rio devolviéndole el efusivo apretón.

Y después de unos segundos de afectuoso gesto, Asha se separó para preguntarle.

— ¿Entonces qué pasó ayer para que volvieras tan enfadada? ¿Y qué es eso de unos testículos de mono?

Noa bufó exageradamente mientras ponía los ojos en blanco.

—No quieras saberlo.

Y procedió a contarle su extraña cena con la familia de su amiga.



El resto del día transcurrió sin mayores novedades, sobre todo porque Alonso había decidido esa mañana realizar su trabajo de guía, al salir con Asir y los clientes a recorrer la ruta que les tocaba. Por lo que a última hora de la tarde, Noa deseaba con fervor que llegase la cena, pues lo único emocionante que había ocurrido en todo ese tiempo, era la pequeña discusión entre Asha y Pierre a la hora del almuerzo. Y tenía que admitir muy a su pesar, que después de haber pasado casi toda la jornada anterior en su compañía, ahora lo echaba terriblemente de menos, y necesitaba verlo. Aún a sabiendas de que seguramente acabarían discutiendo.

Pero se prometió solemnemente intentar con todas sus fuerzas no volver a reñir con él, sobre todo, porque en cierta forma después de lo ocurrido esa mañana, su desquite de venganza se había aplacado. Sonrió secretamente al recordar la cara de él cuando le

devolvió la pelota con sus mismas palabras, y a pesar de que se había divertido de lo lindo, reconoció que esa niñería de estar enfrentados todo el tiempo tenía que acabar.

Después de lo que fue el décimo suspiro que profirió, la keniata levantó una ceja y desvió la mirada de la pantalla del ordenador para dirigirla a su amiga. Y se levantó de la mesa para acercarse a ella, que al estar tan abstraída en sus cosas, no se percató de su presencia. Y con una sonrisa divertida bailando en su rostro, le preguntó.

— ¿Tienes pensado pasar a la siguiente pantalla? ¿O vas a quedarte el resto del tiempo en un bucle interminable viendo fotos del mismo hotel?

— ¿Qué?—farfulló inconexa saliendo de su ensimismamiento.

—Solo hay siete fotos, y es la tercera vez consecutiva que sigues pinchando con el ratón en ellas.

— ¡Ah, sí claro... claro! Estaba viendo los importes de las habitaciones que ofrecen los demás resorts, para hacer un balance y saber qué precios designar y poder competir con ellos.

—Es una excelente idea. Pero sería incluso mejor, si ojearas los demás hoteles para tener un concepto más amplio del mercado.

—Tienes razón. —Admitió avergonzada. —Estaba un poco distraída.

— ¿Solo un poco?

—Bueno, mucho.

— ¿No estarías pensando en el padre de tus hijos?

— ¿Cómo?—preguntó ruborizándose hasta las cejas.

—Tengo que reconocer que en el pasado, el chamán de mi pueblo nunca se ha equivocado, ¿Y quién sabe?, a lo mejor es cierto que el jefe Alonso es el padre de tus retoños. Yo que tú no lo descartaría. —se burló divertida.

— ¡No digas tonterías, ¿quieres?! Qué manía os ha entrado en este país por agenciarme un marido. Solo estaba un poco distraída, nada más.

Y entrecerró los ojos molesta cuando Asha se empezó a reír de ella.

—Si la culpa es mía por contarte nada. —se recriminó.

— ¡Venga, anda!—La animó su amiga. —Vamos a dar un paseo, que por hoy ya ha sido suficiente.

— ¿Qué quieres? ¿Qué tú adorado jefecito me llame vaga?

—No es tan ogro como lo pintas. Además no te preocupes, que si llega el caso ya me ocupo yo de él.

—Muy suelta te veo. —murmuró divertida, mientras apagaba el ordenador y se levantaba de la silla para salir del despacho detrás de ella.

—La verdad es que me siento como si me hubieran sacado veinte años de encima.

Y Noa solo pudo sonreír ante esa afirmación.

Recorrieron los preciosos jardines dando un agradable paseo, a la vez que desentumecían los músculos, y respiraban un poco de aire fresco. El tiempo se pasó volando, y pronto llegó la tan ansiada cena.

Cuando llegó al restaurante, después de refrescarse y cambiarse de ropa, Noa se llevó una pequeña decepción, cuando se encontró con que el guía estaba compartiendo la mesa con algunos clientes. Más concretamente, con la pareja de recién casados

puertorriqueños con la que se habían topado el día anterior, cuando llegó a hombros de Alonso. Y el matrimonio Reyes, otra pareja del mismo país, de la que se habían hecho inseparables. Ella no le quitaba ojo a Katherine Reyes, la cual no hacía más que lanzarle miradas coquetas al guía, y ofendida, no entendía cómo podía ser tan descarada con su marido delante. Había que tener muy poca vergüenza para coquetear con otro hombre, aunque fuera tan guapo e irresistible como el guía, delante de tu propia pareja.

A pesar de que intentaba con todas sus fuerzas ignorarlos, las risas provenientes de la mesa se lo hacían imposible. Así que después de cenar y sin esperar al postre, se levantó para marcharse de allí antes de ponerse en evidencia, alegando que tenía mucho calor y que necesitaba un poco de aire fresco, detalle que por otro lado era cierto. Y se dirigió sin rumbo fijo al amparo de la noche. Recorrió casi corriendo el camino que llevaba al gran árbol, donde hacían la hoguera la noche del espectáculo del baile y las historias contadas. Y se sentó en uno de los bancos que rodeaban los rescoldos de la fogata anterior.

Intentó normalizar su respiración agitada inspirando y expirando profundamente, para procurar tranquilizarse, pero un rebelde sollozo subió por su garganta, al cual a duras penas pudo reprimir. Y se mordió con fuerza el labio, intentado desesperadamente no llorar. No sabía que era lo que le pasaba, pero en ese instante sentía un agobio tan grande que le oprimía el pecho, y por primera vez en mucho tiempo, echaba enormemente de menos a su madre. Era ridículo, pues nunca habían tenido una relación muy cercana, pero sentía imperiosamente la necesidad del consuelo que solo una madre puede proporcionar. Recordó las veces que de niña rezaba para que fuera ella la que le arropara de noche, y no la niñera que tenían contratada. Y el mismo sentimiento de profunda soledad, volvió a embargarla como cuando era pequeña.

— ¿Estás triste *mon petit*?

Noa se sobresaltó al oír la voz de Pierre, al cual no había escuchado llegar, e intentó disimuladamente secarse los ojos con el reverso de la mano.

— ¿Qué? No, no es eso. Solo que me entró un mosquito en el ojo.

—Pues debe de ser un mosquito kamikaze, porque te entró en los dos ojos a la vez.

—Le respondió el francés sin haberse tragado su mentira. —Hasta creo saber quién es *mon ami*, y tiene nombre y apellidos.

—No sé de qué me estás hablando, Pierre.

—Ay *chérie*, no hay más ciego que el que no quiere ver.

— ¿Cómo tu ceguera por una preciosa mujer de piel oscura y enormes ojos negros?—preguntó, para desviar la conversación por otros derroteros menos dolorosos para ella.

El chef apartó la vista para no enfrentarse a ella, y apoyó sus brazos en las piernas en un gesto de derrota, mientras se le escapaba un triste suspiro.

—Lo... lo siento. Yo no... no quería...—empezó a tartamudear al darse cuenta de la aflicción de su compañero.

Y se recriminó mentalmente por hacer siempre lo mismo. En cuanto alguien escarbaba un poco en ella, su manera de defensa era atacar donde más dolía. Podía darle las gracias a su *entrañable* padre por la herencia que le había dejado. Odiaba terriblemente en lo que la habían convertido tanto su progenitor como su hermano,

pues cada vez le costaba más expresar y demostrarse tal cual era, habiendo momentos en los que ni ella misma se reconocía. Quedando solamente la mujer que respondía atacando con soberbia e ironía, muerta de miedo porque nadie le hiciera daño de nuevo.

—Soy una bocazas. Perdóname, Pierre.

Él se pasó las manos por la cara para después reclinarse en el banco, e impostar una sonrisa que era de todos menos alegre.

—Tranquila *chérie*, tienes razón. Mi ceguera con esa preciosa mujer de ébano es importante. —Y encogiendo los hombros con una jovialidad que no sentía confesó. —Lo que tengo es que aprender a resignarme y aceptar que esa ceguera no tiene solución.

— ¿Tú crees?

—*Oui*. —le contestó el hombre totalmente convencido.

Y una idea empezó a formarse en su cabeza, y sonriendo con travesura, recostó su cabeza en el hombro de él para susurrarle quedamente.

—Pues algo tendremos que hacer para hallar una solución.

Capítulo 11

Al día siguiente tanto Noa como Asha, estuvieron casi toda la mañana en el despacho trabajando, hasta que llegaron los clientes de Montalbo Deluxe, los cuales habían finalizado ya sus cinco días de excursión y exploración por varios parajes de Kenia. Los recibieron en la entrada del hotel, ofreciéndole a cada uno de ellos toallas para limpiarse el sudor y el polvo del camino, y unos deliciosos y refrescantes cócteles sin alcohol, en tanto varios hombres sacaban las maletas con sus pertenencias para llevarlas a sus habitaciones.

Después de ese pequeño refrigerio, cada uno se dirigió a su cabaña para ducharse y cambiarse antes de la comida, para a continuación el que quisiera pudiera descansar o dar un agradable paseo por el lugar. En cuanto Sofía, la doctora, se bajó del jeep, la saludó con frialdad para desaparecer dentro del edificio, supuso que a su habitación a refrescarse como el resto de los clientes. En tanto Derek, el guía, se acercó a ella con una seductora sonrisa.

—Hola preciosa.

Noa arrugó levemente el ceño por la familiaridad con la que la estaba saludando éste, después de que se hubiera ido el último cliente. Era cierto que en su primera cena y contacto con los compañeros, había sido con el que más había hablado, y que había coqueteado levemente con él por molestar sobre todo a Alonso. Por lo que era culpa suya ese trato tan... cercano, por llamarlo de alguna manera, cuando prácticamente ni se conocían.

—Hola Derek y bienvenido. —le respondió con cautela, pues no quería que él se creyera que estaba especialmente contenta de verlo. —Espero que vuestro viaje haya sido tranquilo.

—Muy tranquilo. —le informó acercándose más a ella.

Y agarrando su mano con suavidad, se la llevó a sus labios para besarla a la vez que le clavaba la mirada. Y Noa sintió un escalofrío de repulsión subiendo por su brazo.

—Pero también mortalmente aburrido. Tanto, que lo único que lo hacía sufrible era saber que tú estarías aquí, esperando.

Ella abrió los ojos asombrada por su audacia, a la vez que a Asha, que todavía no se había ido, se le escapó un pequeño exabrupto de sorpresa que ahogó con rapidez al taparse la boca con la mano. Y él dándose cuenta de su presencia, entrecerró los ojos haciendo un gesto de fastidio, por estar en medio de una conversación en la que no pintaba nada.

—Asha, querida, ¿te importaría coger mi maleta y llevarla a mi habitación?

La cara de su amiga cambió de sorpresa a disgusto por su requerimiento, y Noa sintió exactamente lo mismo. No había sido la petición en sí lo que le había molestado, sino el

tono de desdén con el que lo había hecho, por lo que retiró con firmeza la mano que él todavía tenía agarrada.

—Asha y yo tenemos muchas cosas que hacer todavía, así que con tu permiso, nos vemos más tarde en la comida.

—Pero...

—No te importa llevar tú la maleta, ¿verdad... *querido*?—le pidió con una falsa expresión de simpatía.

Y dicho esto, agarró a su amiga por el brazo y se marcharon de allí, dejando al guía parado sin saber muy bien qué pensar.

— ¿Por qué has hecho eso?—le preguntó la keniana.

—Porque ni es tu trabajo ni eres la criada de nadie. —le contestó con la cabeza alta y alzando el mentón con orgullo.

Y su amiga solo pudo sonreír de placer al oír eso.

Mientras Noa se fue a la cocina a confirmar que todo estuviera preparado, su ayudante se dirigió al comedor para comprobar que las mesas estuvieran bien dispuestas para la hora del almuerzo. Y cuando Asha verificó que todo estaba correcto y que ella tardaba demasiado, se encaminó también a la cocina para cerciorarse que no hubiera ningún incidente.

Cuando entró por la puerta pudo comprobar que allí reinaba el caos. Pierre discutía con su amiga, mientras ésta intentaba vendarle la mano a uno de los ayudantes del chef con un trapo de cocina.

—No creo que sea una buena idea *mon ami*.

—Sí que lo es, tú hazme caso a mí.

—Pero necesito a Baakir conmigo, estamos a punto de servir la comida, y Zawadi y yo solos no vamos a poder.

—Pierre confía en mí, todo va a salir bien.

—Sé que lo haces con buena intención *chérie*, pero...

— ¿Qué es lo que ha pasado?—preguntó la keniana sorprendiendo a todos con su presencia.

El francés se sobresaltó un poco por la sorpresa y se enfiló hacia los fogones sin contestarle. Y su jefa se quedó parada mirando hacia ella, para después fijar su atención en la mano de Baakir. Y éste nervioso, dirigió su interés hacia un punto indeterminado del techo de la cocina, en tanto Zawadi murmuraba en su idioma algo sobre la locura de las mujeres blancas.

— ¡Oh cielo, que bien que has venido!—Le dijo Noa agarrando con fuerza la mano del ayudante de cocina. — Baakir se ha cortado y necesita que alguien le haga las curas. ¿Podrías quedarte a ayudar a Pierre mientras yo le vendo la mano?

— ¿Ha sido grave?—preguntó preocupada, acercándose a ellos para visualizar la herida oculta por el trapo de cocina.

—Eh... no, no... tranquila. Está todo controlado. —le aseguró ella algo nerviosa.

La mujer inclinó un poco la cabeza observando detenidamente el trapo inmaculado, que supuestamente estaba cubriendo una herida sangrante.

—No debe de ser muy grave si no está sangrando, seguro que si le ponemos una tirita...

— ¿Dije que se había cortado?—Preguntó con un tono de voz algo chirriante para después echarse a reír. — ¡Ups, que tonta soy! Quería decir que se ha quemado.

— ¡*Mon Dieu! ¡Mon Dieu...!*

— ¡Pierre, quieres callarte!, ¡me estás poniendo nerviosa!—le recriminó enfadada y fulminándolo con la mirada, y él soltó un bufido de protesta.

Asha no entendía nada, los cuatro estaban actuando muy raro y no sabía por qué.

— ¿Y no sería mejor avisar a Sofía? Seguro que ella...

— ¡Madre mía!—La interrumpió su amiga cada vez más exaltada. — Mira que sois complicados aquí. —y tirando de Baakir prosiguió. —Es solo una quemadura, y soy perfectamente capaz de aplicarle una crema y vendarle la maldita mano yo sola sin la ayuda de un médico. Así que hazme el favor de quedarte aquí ayudando a estos dos inútiles...

— ¡Ey!—saltó el chef ofendido.

—... hasta que yo vuelva. —Finalizó sin hacer caso de la protesta del francés. — ¿Podrás hacer eso por mí?—le preguntó al llegar a la puerta.

—Claro.

— ¡Genial!—declaró poniendo los ojos en blanco y un gesto de exasperación.

Y a continuación desapareció con el ayudante de cocina para volver a entrar a los dos segundos.

—Ejem...—carraspeó mientras sonreía con vergüenza. — ¿Dónde están las llaves del dispensario?

—En recepción.

—Gracias.

Y volvió a desaparecer.

—No creo que sea necesario vendarme la mano jefa Noa, en realidad no tengo ninguna quemadura. —expuso Baakir sin entender muy bien todavía a qué había venido toda aquella pantomima.

—Lo sé, pero Asha tiene que tragarse la mentira, por lo que es mejor seguir con la farsa hasta el final. Así que durante unos días tendrás que ir con la mano vendada.

— ¿Y si me pregunta el jefe Alonso?

—Pues le mientes.

— ¿Le miento?—Preguntó incrédulo, pero enseguida se calló al ser taladrado por la mirada de ella. —Le miento, le miento.

Después de coger las llaves se dirigieron ambos al segundo piso, en tanto Baakir se preguntaba qué sentido tenía vendar una falsa quemadura, pero se quedaron sorprendidos cuando descubrieron, que la puerta no estaba cerrada del todo. Había alguien dentro, y como Noa no quería que nadie más los pillara en la mentira que le habían contado a su amiga, le susurró a su empleado que era mejor esperar en su despacho hasta que quedara libre el dispensario. Pero cuando se disponía a marchar detrás de él, escuchó algo que la hizo detenerse y quedarse a espiar con más atención.

— No puede enterarse, ¿entiendes? Si nos descubre se acabó todo. —exclamó la voz amortiguada de una mujer que no supo identificar.

—No te preocupes, de ella me encargo yo. —intentó tranquilizarla la voz de un hombre que tampoco reconoció.

—No seas engreído. Ella no es tan estúpida como el anterior director que no se enteraba de nada, y puede que tus encantos no surtan el efecto que tienes pensado.

—Cariño confía en mí, lo tengo todo calculado.

—No estaré tranquila hasta que no se haya marchado de aquí. Tenemos que hacer algo de una u otra manera para deshacernos de ella.

—Serénate mi amor, no hay ninguna manera de que sepa lo que estamos haciendo. Esto ya lo hemos hablado, no sé a qué vienen tantas dudas ahora.

—Yo no lo tengo tan claro...

Y cuando Noa escuchó que se acercaban a la puerta, corrió hasta su despacho para encerrarse en él y que no la descubrieran. En el momento en el que se apoyó en la puerta, con el corazón latiéndole a mil por hora y la respiración agitada por la carrera, se percató de que Baakir la observaba desconcertado por su actitud. Y mientras esbozaba una trémula sonrisa, se preguntó sorprendida si era de ella de quién habían estado hablando, y si era así, de qué no se podía enterar y quienes eran las personas que se querían deshacer de ella.



Minutos más tarde, estaba en la puerta de recepción dándoles la bienvenida a los clientes que habían llegado con Alonso, y se olvidó por completo tanto de Asha como de las dos personas que conspiraban en su contra.

En el almuerzo al estar todos los clientes juntos, toda la ayuda era poca, así que no se paró a comer en tanto ayudaba en lo que podía en el comedor, y atendía las peticiones de los viajeros que querían hablar con ella. Hasta tiempo después, que aprovecharon el momento en que se fueron todos a descansar a sus habitaciones, para poder sentarse tranquilos tanto ella, como Asha, Pierre, y los ayudantes de cocina y camareros, que a petición de Noa compartieron por primera vez la mesa juntos.

Mientras comían entre risas, Noa les estaba contando a su amiga y los demás componentes de la cocina, su estropicio con una bandeja que llevaba un envase de vinagre y otro de aceite de oliva, para aliñar una ensalada que le había solicitado una clienta. Y que fíjate la casualidad, fue la misma que la noche anterior había coqueteado descaradamente con Alonso, a la cual y sin ninguna *mala* intención le había caído encima. Instante en el que ella notó una extraña sensación en la nuca, y cuando se giró, se encontró con el guía mirándola fijamente.

Hizo un pequeño gesto de desconcierto, por no saber descifrar la extraña expresión en su rostro, y se giró incomoda, al no ser capaz de aguantar la intensidad de esos ojos fijos en ella. Estaba sentado en la misma mesa de siempre, acompañado por Asir, Derek, el ayudante de éste, y de la doctora. La misma que le estaba hablando en ese instante, pero que era más que evidente que no le estaba haciendo mucho caso. Mientras Noa, confundida, se preguntaba a qué venía esa actitud con ella.

Si estaba enfadado por su traspie con esa clienta, lo sentía mucho pero no había sido su intención. Era lo suficientemente profesional, como para saber separar su malestar por lo acontecido la noche anterior, con el hecho de que ella era la directora en funciones del resort. Además, la mujer era una clienta a la que le debía un respeto y un

trato exquisito, acorde con el lugar y la educación que a su padre tanto dinero le había costado. No iba a volver a cometer el mismo error de ponerse en evidencia, como lo había hecho en la ciudad y delante de su novia. Lo que él hiciera con su vida o dejara de hacer, a ella no tenía que importarle. Por mucho que le doliera.

Así que hizo lo que tan bien se le daba, intentar ignorarlo con todas sus fuerzas, y aparentar que no le molestaba en absoluto, lo que ese Tarzán de pacotilla pensase de ella.

Después de comer, tanto ella como Asha, se pusieron a organizar la fiesta que se celebraba todos los domingos de noche, como despedida para los clientes. Como era su primera vez y quería que todo saliera perfecto, supervisó concienzudamente la cantidad de bebidas que se iban a consumir. Que hubiera suficiente hielo para los cocteles, que todo estuviera limpio y en orden, que su amiga ayudara en lo que pudiera a Pierre, mientras a Baakir lo mandaba a buscar más limones al almacén, para que dejara de protestar por no estar haciendo su trabajo, después de ponerse de acuerdo por supuesto con el francés, sobre el bufé frío que iban a degustar esa noche. Para a continuación ordenar que se colocaran los altavoces, y organizar que el servicio de habitaciones y de lavandería estuviera funcionando en perfecto orden. Y todo eso, sin poderse despegar de la cada vez más enojosa compañía de Derek. El hombre intentaba con buen propósito ayudarla, pero sus continuos halagos y sus cada vez más evidentes indirectas, le hacían sentirse incómoda en su presencia.

Llevaba un buen rato subiendo y bajando de unas escaleras, para colgar las guirnaldas en el techo del comedor, al que más tarde retirarían las mesas y las sillas para convertirlo en una pista de baile. Y mientras que Baakir, en la punta de la habitación pegaba la decoración en el techo, ella desde el otro lado intentaba pegar el otro extremo, a la vez que el guía sujetaba la escalera donde estaba subida. Y Alonso desde la barra, y la doctora pegada a él como una lapa, tomaba un café a la vez que le clavaba su extraña y profunda mirada en ella. Logrando que se pusiera nerviosa y zozobrara en las alturas, con el consiguiente desequilibrio que casi hizo que se cayera, pero que fue sujeta con premura por Derek, agarrando su culo y evitando el descalabro.

Alonso en cuanto observó la maniobra se acercó a ellos, y sin decir nada la ayudó a bajar de la escalera, para después ordenarle con una voz acerada que le puso a Noa el vello de punta.

—Es mejor que vayas a descansar un poco antes de la cena y te prepares con tiempo. Yo acabaré lo que has empezado.

—Pero...

—No es una sugerencia Noa, es una orden.

Y estuvo a punto de protestar, pero lo conocía lo suficiente como para saber que los dientes apretados fuertemente, y la vena que le latía en la frente que cada vez se estaba hinchando más, eran suficientes indicadores para advertirle de que estaba a punto de perder los nervios. Y como se había prometido poner todo de su parte para no volver a discutir con él, a pesar de que no entendía por qué estaba tan enfadado, decidió que lo mejor era obedecer y acatar su orden.

—Está bien.—cedió para sorpresa del guía, que elevó una ceja asombrado por aceptar tan rápido y no protestar por ello.—Pero antes déjame ir por la cocina para

comprobar que todo está en orden. La última vez que me asomé por allí, creo que vi volar algún que otro cuchillo, y quiero cerciorarme de que Pierre está entero.

Él asintió.

—Te acompaño. —se ofreció solícitamente Derek.

Pero se paró en seco, cuando una mano firmemente apoyada en su pecho lo detuvo. Bajó la vista hacia ella para después subirla, y encontrarse cara a cara con Alonso.

—No creo que haga falta. —siseó éste.

—Pero a mí no me importa.

—Tampoco es una sugerencia. —sentenció.

Noa no entendía a qué venía esa actitud, pero contó hasta diez para intentar calmarse. Y reparando, en como los dos hombres se retaban con la mirada a punto de saltar uno encima del otro, decidió que lo mejor era intervenir antes de que aquel despropósito fuera a mayores.

—Te lo agradezco mucho Derek, pero Alonso tiene razón. —intervino apoyando su mano en la de él, la cual todavía seguía impidiendo el avance a su compañero.

Y éste apartó sus fríos ojos marrones-verdosos, para observar la cálida caricia de ella tocando su piel.

—Además me gustaría hablar contigo un momento en privado. —dijo agarrando finalmente la mano de Alonso, y apartándola del pecho del otro hombre.

Éste volvió a lanzarle una muda amenaza a Derek con la mirada, y todavía con la mano agarrada a la de ella, salieron del comedor.

—¿A qué ha venido eso?—le preguntó Noa delante de la puerta de la cocina.

—¿El qué?

—Lo que ha ocurrido allí adentro.

—No sé a qué te refieres. —le contestó evadiendo responderle directamente.

Ella contó hasta diez de nuevo.

—¿Sabes qué?, ¡da igual!—declaró frotándose la frente con la mano e intentando no saltarle a la yugular por cabezota.

—¿Qué querías preguntarme?—le recordó él cambiando de tema a propósito.

Y observó cómo Noa negaba con la cabeza a la vez que resoplaba irritada, para después soltar un fuerte suspiro y poner los brazos en jarras.

—¿Quería saber cuántas llaves hay del dispensario?

—Dos.

—¿Y quién las tiene?

—Una está en recepción y la otra la tengo yo.

Y Alonso cambió el gesto frío como el hielo por uno de extrañeza, cuando descubrió la confusión en el rostro de ella.

—¿Nadie más tiene llaves?

—No. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Estás segura?—le preguntó sin tragarse esa mentira, pues era patente el desconcierto en ella.

Y de pronto escucharon unos gritos provenientes del interior de la cocina, que los hicieron dejar la conversación para entrar y comprobar, que estaba a punto de acontecer una tragedia.

— ¿Quieres soltar ese cuchillo Asha?—Le gritaba Pierre mientras se alejaba de ella, bordeando la isla central donde tenían algunos ingredientes a medio preparar encima.
— ¡Vas a hacerle daño a alguien!

—Eres el gabacho más petulante, arrogante, y desagradecido que he tenido la desgracia de conocer. —musitaba ella con los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre.

— ¡Madre mía!, ¿qué he hecho?— dijo Noa abriendo los ojos anonadada, mientras observaba a su amiga blandiendo un enorme cuchillo.

—Yo no soy gabacho. ¡Soy francés! ¡Francés!, ¿entiendes? ¿Quién demonios te ha enseñado esa palabra?

Alonso observó con interés la escena, hasta que descubrió apoyado en una esquina a su lado a Zawadi, y acercándose a éste le preguntó.

— ¿Qué ha pasado?

El ayudante se encogió de hombros y con gesto de aburrimiento contestó.

—No lo sé, llevan toda la tarde peleando entre ellos.

— ¡Qué si no sé cortar las verduras!, —prosiguió la keniana. — ¡qué tenga cuidado con el agua hirviendo!, ¡que si las patatas se pelan con pelador y no con cuchillo!

— ¡*Mon dieu!* Solo intentaba ayudarte. —se defendió el hombre, a la vez que daba otra vuelta más a la encimera de acero inoxidable escapando de ella con cautela.

— ¿Crees que soy una inútil?—le gritó ésta desquiciada mientras movía el brazo, ergo, el cuchillo también hacia todos los lados. — ¡Llevo haciendo esto desde que era una niña!

—Eso no implica que sepas hacerlo bien.

— ¡¿Perdona?!—Chilló apoyando con un golpe el cuchillo en la encimera. — ¿Acaso hay alguna estrella Michelin por aquí? Porque yo no veo ninguna, ¡maldito gabacho pedante!

—*Pardon, pardon chérie.* —intentó calmarla el chef.

—No me llames querida porque te juro que...

— ¡Está bien Asha!—Intervino Noa con decisión antes de que ésta le cortara el cuello. —Creo que ya es hora de que nos vayamos a preparar para esta noche.

—Sí, llévate a esta chalada de aquí. —soltó el chef decepcionado. —Solo quería ayudarla, pero prefiero morir ciego y viejo, que joven y descuartizado por esta lunática. Fuiste tú la que le enseñó la dichosa la palabrita, ¿no?

— ¡Arg! ¡Te voy a matar!—exclamó Asha abalanzándose hacia él, pero que fue interceptada a tiempo por Alonso.

— ¡Pierre!—Gritó Noa. — ¡Evidentemente no ha sido una buena idea dejaros solos en la cocina, pero tú actitud no ayuda en nada! —le reprochó enfadada.

— ¡BASTA!—bramó Alonso, consiguiendo que todos se callaran, y que su compañera dejara de luchar para retorcerle el cuello al francés. — ¡Vosotras dos, a vuestras habitaciones! ¡Pierre, al trabajo! ¡Y tú Zawadi, deja de reírte y pon un poco de orden aquí!—ordenó furioso y cortando de raíz el disparate que estaba ocurriendo.

Noa abrió la boca para protestar mientras su compañera salía encrespada por la puerta.

— ¡AHORA!—la acalló antes de que dijera nada.

La mujer se enderezó hasta ponerse recta como un palo, y con la dignidad de una reina procedió a salir de la cocina, pero justo cuando estaba pasando delante de él se paró para dejar claro lo que pensaba.

— ¡YA!—rugió el guía.

Y ésta boqueó varias veces, para después decidir no jugarse la vida a lo tonto, darse por vencida y marcharse de allí.



Alonso ya estaba en el comedor tomando una cerveza, y observando cómo la gente iba llegando para sentarse después en las mesas. A su lado, Sofía, estaba contándole alguna banalidad intrascendente, a la cual él no le estaba prestando atención, pues su mente estaba muy lejos de allí. Molesto, rumiaba una y otra vez la imagen de una mujer, que lo estaba volviendo loco desde que la había conocido, y que no era otra más que Noa.

Desde la noche anterior, cuando la había visto apoyar su delicada cabeza en el hombro de Pierre, una furia desconocida y que nunca antes había sentido, se instaló en su pecho no dejándole pegar ojo en toda la noche. Y el que Derek llevara todo el día pegado a ella como una garrapata sangrienta, y ésta le riera las gracias, los halagos, y los cumplidos que su compañero prodigaba escandalosamente, tampoco hacían nada por mejorar su mal humor.

En toda su vida no había conocido nunca a una mujer que lo descolocara como lo hacía ella. Cuando tenía asumido que no era más que una *niñata* estirada, malcriada, y consentida, resulta que lo desconcertaba trabajando como la que más, y compartiendo mesa y comida con empleados con los que nunca se había sentado antes. Y lo más curioso, es que los trataba con una familiaridad y cordialidad que lo asombraba. Y no debería de sorprenderle, pues Asha lo tenía al tanto de todo el trabajo y papeleo adelantado y puesto al día en un tiempo record, además de las mejoras e ideas que estaban llevando a cabo. Y que contradecían el hecho de que ella pensara no estar mucho tiempo allí. Al mismo tiempo que había visto con sus propios ojos, como trataba tanto a empleados como a clientes, con un respeto y cariño dignos de elogio. Por supuesto a todos...menos a él.

A pesar de que hoy volvía a dejarlo pasmado nuevamente, cuando había acatado sus órdenes sin rechistar. Bueno casi sin rechistar. Pero que en ella, y visto todo lo acontecido en los últimos días, era todo un logro. Por lo que se preguntaba, si realmente había asumido donde estaba e intentaba encajar en aquel lugar, o si debía sospechar que estuviera tramando algo.

Desde fuera pareciera que lo estuviera intentando, pero él no las tenía todas consigo. Y el que flirteara con el francés y con Derek delante de sus narices lo ponía furioso.

Bebió otro trago de cerveza mientras se preguntaba a qué demonios estaba ella jugando. En un principio, había visto su relación con el chef tan solo como una simple

amistad, pero cada vez, y sobre todo hoy en la comida, había percibido una complicidad con él distinta a todos los demás. Y aunque había estado hasta el momento, bastante seguro de que el cocinero estaba loco por Asha, ahora ya no lo tenía tan claro. Pierre era un hombre y como tal, era perfectamente plausible que se hubiera cansado de los desaires y la indiferencia de la keniata. Sobre todo cuando tenía a su lado a una mujer tan hermosa como Noa, y que además con él, era especialmente agradable y atenta. Por lo que no lo culpaba por cambiar sus atenciones hacia alguien que si era receptiva. Pero dolía, maldita sea. Dolía como el demonio que ella pudiera estar interesada en el francés, y a él lo tratara como a escoria.

Y con Derek... Bueno, a punto estuvo de perder los papeles y agarrarse a golpes, cuando observó cómo ese tipejo, aferraba con sus asquerosas manos ese precioso culo en forma de corazón. En ese momento estaba tan colérico que no le hubiera importado tener una buena pelea, sobre todo para resarcirse y aligerar la frustración que lo estaba ahogando. Y el que Noa, a pesar de que no lo alentaba tampoco le parara los pies, lo estaba desquiciando. La conocía lo suficiente para saber que su lengua viperina era mortal, si decidía detener los avances de un hombre en el que no estuviera interesada, por eso cada vez soportaba menos que el guía estuviera cerca de ella.

Bebió nuevamente de la botella maldiciéndose por su estupidez. Sabía que no tenía ningún derecho en recriminarle a ninguno de los dos su interés por Noa. Y que no era nada de ella para poder impedirles sentirse tan atraídos como lo estaba él mismo. Pero algo primitivo que no había sentido en su vida, lo abrumaba y no le dejaba actuar coherentemente, consiguiendo que estuviera a punto de comportarse como tantas veces ella le había llamado. Como una bestia.

Iba a volver a darle un trago a su bebida, cuando de repente vio entrar en el comedor a la mujer que lo traía de cabeza, quedando la mano suspendida en el aire, la mandíbula descolgada, y la pajarita de su esmoquin apretándole tan fuertemente que se estaba quedando sin aire.

— ¡Virgen santa!—murmuró impresionado.

Capítulo 12

Cuando Noa entró en el comedor, reparó sorprendida que la gente había parado de hablar para fijar su atención en ella, consiguiendo que un furioso rubor tiñera sus mejillas. No iba a pecar de falsa modestia. Sabía perfectamente que el precioso vestido de color rojo, entallado y ajustado a su cuerpo resaltando sus curvas, con un escote en palabra de honor y una pequeña cola, le quedaba como un guante. Y que su piel blanca y el cabello rubio contrastaban con él, logrando que pareciera sugerente y elegante al mismo tiempo.

Y aunque ella estaba acostumbrada a codearse en fiestas de postín, con personas que lucían carísimos trajes de firmas de alta costura como el que llevaba puesto, nunca había sentido todos los ojos puestos en su persona. Y muy contrariamente a lo que creía, no era una sensación demasiado agradable. La impresión de ser examinada con lupa, la abrumó por completo sin poder evitarlo, logrando que un nerviosismo extraño la embargara.

En España después de hacer el equipaje, se había preguntado para qué demonios había metido unos trajes de fiesta en la maleta, si iba a viajar a un lugar situado en medio de ninguna parte rodeada de animales y pobreza. Pero lo había hecho por pura costumbre, y ahora visto lo visto, no se arrepentía en absoluto.

Buscó azorada con la mirada a Asha, y la encontró en el otro extremo de la habitación hablando con el ranger Shukrani, así que decidida se dirigió a ella para tener una pequeña charla antes de la cena. Pero fue interceptada a medio camino por Derek.

— ¡Vaya, estás espectacular!

—Gracias. —le contestó a la vez que él le hacía una reverencia para cogerle la mano y besarla.

—Tengo que confesar que eres la mujer más bella que hay en este hotel. No, miento. Para ser totalmente sincero, eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida. — le dijo, fijando en ella una mirada tan llena de deseo, que hizo que diera un pequeño paso atrás.

—Derek, no creo que se apropia...—balbuceó incómoda.

—Me gustaría que me reservaras el primer baile de esta noche. —La interrumpió haciendo oídos sordos. —Quiero tener el honor de ser el primero con el que bailes.

A Noa la incertidumbre le intimidaba, y de pronto notó un cosquilleo en la base de la nuca. Cuando giró la cabeza a su izquierda, se encontró con Alonso observándola detenidamente, con un atisbo de reproche en sus penetrantes ojos. Y se preguntó sorprendida porque seguía tan enfadado. Después de unos instantes, volvió a fijar su atención en el hombre que todavía tenía sujeta su mano, retirando ésta con rapidez. Por un lado, quería dejarle claro que no estaba interesada en él de manera romántica, pero por otro lado, ese no era el momento ni el lugar adecuado para tener esa conversación. Además, el solicitarle un baile tampoco tenía nada de malo, por tanto decidió que hablaría con él más tarde sobre ese asunto. Y sobre lo que pensase Alonso de ella... En

fin, llevaba juzgándola erróneamente desde que la conocía, así que debía de dejar de importarle de una buena vez, lo que él opinase o creyera saber sobre su persona.

—Claro. —Le confirmó impaciente por sacárselo de encima. —Si me disculpas, tengo que hablar un momento con Asha.

— ¡Por supuesto! Pero no lo olvides, el primer baile.

—Sí, sí, no lo olvido.

Y se encaminó presurosa hacia su compañera.

— Shukrani, ¿te importa si te la robo un momento?—le solicitó al llegar a su lado.

—Por supuesto. —le contestó éste y las dejó a solas.

— ¡Estás preciosa!—señaló la keniana admirándola.

—Gracias, tú también.

—No mientas, eso es imposible. Yo no tengo un vestido tan espectacular como el tuyo. —rebatía con algo de envidia.

—Es solo un vestido Asha. —Comentó con una sonrisa agradecida por su halago. — Tú en cambio te pongas lo que te pongas, luces un porte y una elegancia que ya quisiéramos muchas.

— ¡Oh, eso no es verdad!—le contradijo ruborizándose hasta las cejas.

—Créeme cielo, eso es muy cierto. —Afirmó complacida al ver la turbación de la mujer. — Además, si es por vestidos te dejo los que quieras. Pero de eso hablaremos en otro momento. Yo lo que quería saber es, ¿qué pasó exactamente entre Pierre y tú en la cocina?

A su amiga le cambió la expresión del rostro en cuanto le nombró al francés.

—No me hables de ese individuo porque me pongo mala. —le contestó con los dientes apretados.

—No entiendo porque le tienes tanta inquina. —le preguntó confundida.

—No es inquina. —Se apresuró a aclarar. —Lo que pasa es que...

Pero se quedó callada sin saber cómo explicarle a su amiga los sentimientos que tenía sobre el chef.

— ¿Qué?—la instó Noa con curiosidad.

Pero ésta negó tercamente con la cabeza. Y no es que no confiara en ella, le caía muy bien, además de haberle demostrado comprensión cuando le había explicado el problema con su familia, y por lo cual le estaba muy agradecida. Pero esto era distinto. Lo que le había sucedido era demasiado doloroso e íntimo, y ella no se veía con fuerzas para explicarle porque rechazaba a Pierre.

—El muy presuntuoso estuvo pavoneándose por toda la cocina como un gallito en su corral. —le explicó al fin sin contar toda la verdad. — En cuanto me despistaba lo tenía pegado a mi cogote, diciéndome cómo tenía que hacer las cosas.

—Supongo que intentaba ayudarte Asha. Creo que has sido un poco injusta con él.

— ¡¿Injusta?! Pero si hubo un momento en que se puso detrás de mí a lo Patrick Swayze en Ghost, intentado explicarme como pelar una patata. ¿Te lo puedes creer?

Noa no pudo evitar echarse a reír al imaginarse la escena. Tenía que reconocer, que Pierre había sido muy poco sutil intentado acercarse a su compañera, y por supuesto ésta no había reaccionado como él había esperado.

—No soy ninguna estúpida, Noa. —Manifestó cruzándose de brazos todavía molesta. —Y creo ser lo suficientemente hábil, como para pelar una patata con pelador en vez de con cuchillo, sin que ese engreído me enseñe a hacerlo. Además, hubo otros detalles que me sacaron de quicio y me hicieron perder la paciencia con él.

Como por ejemplo, las alarmantes sacudidas que le recorrían el cuerpo cada vez que él se acercaba y le susurraba al oído, pensó Asha. O como su cuerpo se tensaba como una cuerda cada vez que él la rozaba sin querer. A pesar de que intentaba con todas sus fuerzas no sentirse atraída por el chef, su cuerpo la traicionaba a la menor oportunidad. Y no podía evitar ponerse nerviosa cada vez que Pierre la observaba. O que su corazón latiese desbocado cuando le sonreía con esa pícara sonrisa suya. Por eso al final, siempre acababan discutiendo. En cuanto él se acercaba más de lo normal, tenía que poner distancia entre ellos, levantar una barrera que la salvara de caer en la tentación de sucumbir a lo que verdaderamente sentía. Y la única forma que ella conocía era ser distante y fría con él. Y aun así, el muy obstinado le ponía las cosas muy difíciles, llegando por su culpa a protagonizar momentos tan surrealistas como los acontecidos ese día.

—Cariño, sabes que los hombres son un poco... torpes a la hora de explicarse. —Le expuso, haciendo un juego de palabras que su amiga por supuesto no entendió. —Pero estoy segura que fue sin ninguna mala intención.

Asha bufó incrédula.

—Fuera con o sin mala intención, te juro que si no llegáis a entrar en ese momento, no sé qué hubiera ocurrido. Porque tenía unas irremediables ganas de retorcerle el cuello. —le confesó todavía molesta.

Noa volvió a carcajearse al recordar la cara desencajada de Pierre, mientras era perseguido por toda la cocina cuchillo en mano, por la asesina en serie de su compañera.

— ¡Madre mía, tenías que haberte visto!—le dijo después de recuperar el aliento. — Siguiendo con los símiles de actores de películas, esta tarde eras igualita que Norman Bates disfrazada de su madre en Psicosis. —le confesó echándose a reír.

Y Asha no pudo evitar una pequeña sonrisa de diversión al imaginarse la escena desde fuera.

— ¡Ay...!.—Continuó Noa después de secarse una lágrima. — Solo te faltaba el moño y la rebeca y eras calcada.

Y al final acabaron las dos riéndose juntas de la penosa situación.

Minutos después, Noa buscó disimuladamente a Alonso, y lo encontró charlando animadamente con la doctora, e inmediatamente apartó la mirada dolida por esa imagen. A pesar de lo mucho que luchase contra ello, no podía evitar sentir celos de cualquier mujer a la que el guía le prestase atención. Pero sobre todo, le repateaba el estómago que tuviera buena relación con Sofía Albricci, pues esa mujer la había menospreciado desde que la había conocido. No entendía que le había hecho, para que desde el minuto uno la italiana se mostrara tan fría y distante con ella, sin haberle ni tan siquiera dado la oportunidad de conocerla, pero tampoco se iba a rebajar a preguntárselo. Si esa mujer se sentía amenazada de algún modo por ella, podía estar

bien tranquila, pues Alonso tenía las miras puestas en una morena con buena delantera que vivía en la ciudad, y no en su persona precisamente.

Al poco tiempo se sentaron para cenar, y la diversión que había disfrutado instantes antes con su amiga, desapareció en cuanto tomó asiento en la mesa.

Derek siguió con su acoso y derribo de forma descarada delante de todo el mundo, poniéndola en una situación muy incómoda. Y el ambiente estaba tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Ella se tuvo que morder la lengua por respeto hacia los demás comensales, para no saltar y protagonizar un momento bochornoso. Sin contar por supuesto, con las miradas de censura de Alonso y las de odio mal disimulado de la doctora. No entendía esa actitud para con ella, pues no estaba haciendo nada por alentar la conducta tan atrevida de Derek. Pero aun así, percibía cómo la culpaban por el comportamiento del hombre, sintiéndose agobiada por esas recriminaciones silenciosas y del todo injustas.

— ¿Ya te he dicho lo arrebatadoramente hermosa que estás?—reiteró el guía nuevamente. —Eres como mucho la mujer más impresionante de este hotel.

—Derek, por favor, no sigas. —susurró avergonzada.

— ¿Por qué? No estoy diciendo nada que no sea verdad. ¿No es cierto Alonso?

Éste tomó su copa de vino y le dio un trago, en tanto clavaba sus ojos en ella antes de contestar.

—Honestamente no me había fijado. —mintió posando su copa despacio en la mesa.

—Pues hay que estar ciego para no hacerlo, amigo. —le contestó su compañero sonriendo con petulancia.

—Por favor, Derek. —le rogó desesperada.

—Es cierto que está hermosa. —contestó Alonso después de limpiarse los labios con la servilleta. —Pero no más que cualquiera de las otras mujeres que están sentadas en este salón.

Noa observó cómo decía esto último dirigiéndose concretamente a Sofía, que estaba sentada a su lado, en tanto ésta le sonreía agradecida por su comentario. Pero cuando volvió a fijar sus ojos en ella, estaban fríos como el hielo, resultándole extrañamente peligrosos y provocándole un escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

Asha intentó ayudarla al percatarse del mal momento que estaba pasando su amiga, cambiando de tema e intentando llevar la conversación por otros derroteros, pero Derek, la interrumpió de forma maleducada y sin importar ofenderla.

—Mi querido Alonso, tú siempre tan políticamente correcto. —Señaló para después reírse desdeñosamente. —Sin duda, te honra tu caballerosidad.

Y éste apretó fuertemente los dientes, consiguiendo que el músculo de su mandíbula temblara por el esfuerzo tan grande, que estaba haciendo por controlarse y no saltar como él quería.

— ¿Eso qué quiere decir? ¿Qué tú no lo eres?—Le preguntó la doctora enfadada. — ¿O acaso somos menos hermosas por no estar podridas de dinero?

Derek le lanzó una extraña mirada amenazadora, dándole a entender a su compañera, que el comentario que había hecho estaba fuera de lugar. Y Noa cansada de esa situación se levantó de la mesa, porque si seguía un minuto más allí, se iba a armar una muy gorda.

—Si me disculpáis, necesito ir al lavabo.

Y se marchó apresuradamente antes de formar un escándalo delante de los clientes, escondiéndose en el baño para intentar calmarse. A los dos minutos apareció Asha, y preocupada se acercó a ella para darle ánimos.

— ¿Te encuentras bien?

— ¿Tú qué crees?—le respondió visiblemente alterada.

—Tranquilízate.

— ¡Qué me tranquilice!—le contestó furiosa, mientras se agarraba con fuerza al lavamanos. — ¿No sé a qué demonios está jugando Derek?, ¿ni a cuento de qué viene toda esta charada, Asha?

—Yo tampoco lo entiendo.

— ¿Y Sofía?—Inquirió desconcertada mirándola a través del espejo. — ¿Qué es lo que le he hecho a esa mujer para que me trate de esa manera?

—La actitud de la doctora no me extraña, pues siempre ha actuado sintiéndose muy por encima de los demás.

—Pues esa bruja no sabe el enorme esfuerzo que he hecho para no decirle cuatro cosas bien dichas. —le aseguró.

—No te pongas a su mismo nivel Noa. No merece la pena. —le contestó la keniana intentando tranquilizarla.

—Esto va más allá de ponerse o no a su mismo nivel Asha. Es más una cuestión de dignidad. Quizás nadie se haya atrevido a ponerla en su sitio, y ya va siendo hora de que le digan cuatro verdades. No le consiento a nadie, y menos a ella, que hable de mí con ese desprecio, ¿entiendes?

Su compañera la agarró por los hombros y le dio la vuelta para tenerla cara a cara.

—Escúchame bien cielo. Si te enfrentas a ella de manera directa, lo único que vas a conseguir es dejarla como una víctima, y poner en tu contra al jefe Alonso. Tienes que ser más inteligente que ella y vencerla en su mismo juego.

—No sé Asha, no creo que sirva para este tipo de ardid. Soy demasiado directa, y si me busca ten por seguro que me va a encontrar.

—Pues vas a tener que aprender a ignorarla si no quieres buscarte un problema a mayores. Ten en cuenta que hasta ahora era la única mujer en recibir las atenciones de los hombres, y desde que tú has llegado se siente amenazada, pues ha dejado de ser la única diosa del Edén.

Noa se quedó callada durante unos segundos, para levantar una ceja a continuación.

— ¿Diosa del Edén?—le preguntó divertida, pues el saber que la otra mujer sentía envidia y temor de ella le complacía sobremanera.

— ¿Ah, no?—le preguntó su compañera extrañada por su cambio de humor.

—Tenéis cada cosa en este país. —Le soltó girándose para atusarse el pelo. — Como mucho podría llegar a considerarse duendecilla.

—Tienes razón. —corroboró aliviada de que se lo tomara de esa manera.

—No, mejor. —Soltó de pronto, mientras sacaba su pintalabios del pequeño bolso de mano y se lo aplicaba. —Estoy siendo muy generosa si te digo, que a lo máximo que llega es a aspirante a Troll.

Ambas encontraron sus miradas a través del espejo y de repente se echaron a reír.

— ¡Dios mío, somos muy malvadas!—susurró Asha, buscando tardíamente si había alguien en el baño que las estuviera escuchando.

— ¡Que va! Somos peor aún.

Y después de terminar de aplicarse el carmín y de guardarlo en el bolso, Noa se volvió hacia su compañera con seriedad.

—Gracias Asha. Por todo. —le agradeció conmovida.

—No me las des. Para eso estamos las amigas, ¿no?

Y de repente se dio cuenta de que efectivamente era así. A pesar de toda la gente que conocía en España, había encontrado tan lejos de su hogar y del ambiente que ella frecuentaba, a una verdadera amiga. Junto con Paula, podía considerar a Asha como una de las pocas personas de las cuales se fiaba. Y que además podía contar con ella, demostrándolo el hecho de que se encontraba en aquellos momentos allí, apoyándola y aconsejándola como una buena compinche. Y evidentemente emocionada se abrazó a ella, respondiendo a su cariño y apoyo con esa muestra de afecto.

Después de ese momento sensiblero decidieron volver juntas al salón, pues no podían estar escondidas indefinidamente en los aseos de mujeres. Pero cuando reaparecieron, en vez de ir a sentarse directamente, Noa se quedó visitando a los clientes y preguntándoles que tal habían vivido los cinco días de safari, siendo Asha la única en ir directamente a la mesa. Y la excusa fue perfecta, pues duró el tiempo justo que tardaron en acabar los postres, y preparar todo para el baile de despedida que se iba a celebrar a continuación.

Por supuesto, no le quedó más remedio que bailar la primera pieza de música que sonó esa noche con Derek, y se le hizo eterna, pues el hombre la pegaba a su cuerpo más cerca de lo normal. Cuando acabó la canción él insistió en bailar otra más con ella, y desesperada buscó con la mirada a su alrededor, para encontrar cualquier excusa que la redimiera de seguir con aquel martirio. Y lo único que encontró, fue a Alonso con la doctora bailando muy juntitos cerca de ellos. Siguió disimuladamente con su tira y afloja, pues intentaba inútilmente poner espacio entre Derek y ella, mientras que éste seguía apretándola contra su cuerpo, a la vez que le susurraba palabras fuera de tono al oído.

—Si me disculpas, tengo sed y me gustaría beber algo. —le indicó, parando de bailar en la tercera canción y separándose de él.

— ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No, gracias. Se hacerlo yo sola.

—Pero a mí no me importa traerte lo que quieras. —insistió.

Noa negó con la cabeza, y tomó sus manos que todavía la tenían sujeta por la cintura, separándolas de su cuerpo. El hombre no cogió la indirecta, y la agarró con firmeza para arrimarla nuevamente a él y seguir bailando.

—Venga nena, lo estamos pasando muy bien juntos. No seas aguafiestas.

— ¡Basta, Derek!—Le soltó enfadada más alto de lo que había pretendido. —Por esta noche ya ha sido más que suficiente.

El guía la miró sorprendido sin entender a que venía esa reacción. Y avergonzada, se percató que al final habían conseguido lo que con tanto ahínco había intentado evitar. Una lamentable escena con la gente a su alrededor observándolos.

—Mañana por la mañana tú y yo vamos a tener una conversación. —Siseó furiosa. —
Y a dejar claras algunas cosas entre nosotros.

Y se marchó de allí dejando al hombre totalmente desconcertado.



—Espero que estés contenta con lo que has conseguido. —le reprochó Alonso detrás de ella.

Noa llevaba unos minutos sentada en las escaleras que daban al jardín intentando calmarse. Pensando en cómo se había descontrolado la situación con Derek, y qué había podido cambiar para no llegar a aquel extremo. Se levantó despacio girándose, y se encontró con él apoyado en una columna con las manos en los bolsillos. El muy condenado estaba extremadamente guapo con el esmoquin que vestía. Le sentaba como un guante y lo hacía parecer elegante y... sin lograr entenderlo muy bien, peligroso a la vez.

En verdad era un aura que lo envolvía. Un halo de animal salvaje y amenazador, que se encontraba agazapado y listo para atacar. Haciéndola sentir como en esos momentos, una presa indefensa ante sus inevitables encantos, hipnotizada por una atracción feroz que no podía evitar sentir, por mucho que luchase en contra de ella.

— ¿Y qué es según tú, exactamente lo que he conseguido?

— ¿Hace falta que te lo explique?

—Sí, hace falta. —Señaló cruzándose de brazos. — Me he dado cuenta que es mejor dejar las cosas claras entre tú y yo, para que después no haya lamentables malentendidos.

— ¿Quieres decir que lo que ocurrió ahí adentro fue un malentendido?—le preguntó dejando su pose indolente, y separándose de la columna para bajar despacio las escaleras. —Porque para mí lo que ha sucedido ha estado muy claro desde un principio.

—Por favor, ilumíname con tu portentosa percepción. —le rogó con toda la ironía de la que fue capaz.

—Ya te advertí hace poco que tus intentos de seducción son patéticos *niñata*, y esta vez se te ha ido de las manos.

— ¡Vaya! Así que realmente crees que estaba seduciendo a Derek. No sé de qué me sorprende.

—Ha sido más que evidente, no lo niegues. —aseveró parándose delante de ella.

Noa estaba empezando a enfadarse a pasos agigantados. No solo había tenido un desagradable desencuentro con Derek, sino que además tenía que aguantar las injurias y prejuicios de este Tarzán trasnochado. Estaba empezando a cansarse de que siempre pensase lo peor de ella, sobre todo cuando era el menos indicado para criticar.

—Y dime Alonso, ¿serías tan amable de recordarme el momento exacto, en el que según tú empecé a ligar con tu compañero?

Él se paró unos segundos pensando y rebuscando en su memoria, el momento en el que advirtió su descarado flirteo. Y para ser honestos, le costó un poco encontrarlo.

—En la cena en la que fuiste presentada. —Le dijo al fin, mirándola con suficiencia. — Te pasaste todo el tiempo hablando con él.

—Ajá. —comentó apoyando su dedo índice en la barbilla y dando pequeños golpecitos con él. — Si no recuerdo mal esa noche hablé con todo el mundo. Y si me rijo por esa regla de tres, según tú, intenté ligar con todos los presentes. Menos contigo y con Sofía Albricci, la cual me ignoró por completo porque solo tenía ojos para ti.

—Eso no es cierto.

—Yo no estoy de acuerdo, querido. Además no vas a ser el único con derecho de pensar mal aquí. Pero como estoy segura que no vamos a llegar a ningún entendimiento, te ruego que sigamos con el tema que nos ocupa. —le aclaró instándole a que prosiguiera con un gesto de la mano.

Alonso esbozó una sonrisa torcida, satisfecho al estar seguro que no podría rebatir su siguiente comentario.

— ¿Y qué me dices de esta tarde Noa? Lo has tenido pegado a tus faldas todo el tiempo.

—Cierto. Y te puedo asegurar que intenté deshacerme de él muy educadamente, pero no hubo forma. ¿Puedes decir tú lo mismo sobre Sofía? Porque recuerdo perfectamente que estuvo todo el tiempo contigo.

—Sofía y yo solo somos amigos.

— ¡Por supuesto!—Bufó incrédula. —Y pretenderás que me lo crea. Pero continúa por favor, estoy deseando saber más sobre cuáles son mis pecados.

— ¿Y lo que ha pasado esta noche en la mesa?— insistió, volviendo a meter las manos en los bolsillos del pantalón.

— ¿Y qué ha pasado exactamente esta noche en la mesa Alonso?

El guía pensó más detenidamente, y la sonrisa desapareció de su rostro al darse cuenta, de que ella en ningún momento propició los comentarios de su compañero.

—Pudiste haber cortado de raíz sus halagos y comentarios fuera de lugar. —terqueó, en un inútil intento de demostrar que ella había jugado con su compañero.

—Tienes toda la razón. —le contestó con los brazos en jarras harta de sus recriminaciones. —Según tú, tendría que haber montado un escándalo en toda regla delante de los clientes. Tendría que haberlo puesto en su lugar delante de todo el mundo, para que tú te quedaras totalmente satisfecho, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

— ¡Por supuesto que no!—Rebatió enfadada. —Solo has insinuado que intenté seducir a un hombre sin ningún tipo de pruebas. Y no contento con eso, cuando al final hago lo que tú esperabas, también me culpas por no haber sido discreta y pararle los pies a Derek, sin que éste me dejara otra opción que hacerlo delante de los clientes. ¿En qué quedamos Alonso? ¿Coqueteo o no coqueteo con Derek? ¿Lo pongo en su lugar delante de los demás comensales, o intento ser discreta?

¡Mierda!

Él sabía que tenía razón. Quizás no había sido del todo justo con ella. Empezaba a ver claro que la había juzgado sin razón, y que primero su antipatía hacia ella, y después su fuerte atracción, le habían empujado a ver situaciones del todo inexistentes. Se empezó a frotar con impaciencia la nuca, incómodo por un inesperado sentimiento de culpabilidad.

— ¡Qué típico de los hombres cubriros unos a otros!—Continuó decepcionada con él.
— Mientras que Derek, que es el que se ha estado insinuando claramente, se libra de toda culpa, a mí se me sermonea sin razón alguna. Porque lo más triste Alonso, es que tú has actuado de forma semejante con Sofía. Pero claro, no es lo mismo porque eres hombre. Y lo que es peor aún, tú tienes novia y yo no. Yo soy libre y no le tengo que dar cuentas a nadie, pero como soy mujer se me recrimina mi actitud. ¿Qué crees que pensaría Vanesa sobre tu relación con Sofía?

—Eso no es justo. Sofía y yo solo somos colegas y compañeros de trabajo, no hay nada entre nosotros. Y sobre Vanesa...

— ¿Y tú?, ¿has sido justo conmigo Alonso? —le interrumpió dolida porque todavía siguiese culpándola. —Porque mi relación con Derek es estrictamente laboral, pero eso no te ha impedido reprocharme una actitud del todo inapropiada, sin ningún tipo de evidencia además.

Se quedó callado pues sabía que tenía razón.

—Pero no sé de qué me extraño. —Continuó cuando se convenció de que él no iba a disculparse. —Me has estado prejuzgando desde el mismo momento en el que me conociste.

—Eso no es cierto. —manifestó dolido porque pensase eso.

Y Noa se acercó a él para mirarlo directamente a los ojos.

— ¡Júrame que no es cierto, Alonso! Niégame si eres capaz, que desde el mismo momento que bajé del avión, no tenías una opinión desfavorable de mí.

Él no pudo aguantarle la mirada porque volvía a tener razón. Y empezó a pasearse de un lado a otro incómodo consigo mismo.

— ¿Y qué querías que pensase Noa?—Dijo al fin. —Tu padre me advirtió sobre ti. Me dijo que estabas acostumbrada a salirte siempre con la tuya. Que eras demasiado caprichosa y testaruda, y que no debía dejarme manipular por ti.

Ella se quedó callada durante unos segundos, mientras una extraña expresión cruzó su rostro, consiguiendo que sus ojos se humedecieran. Y el guía dio un paso hacia ella, pero al final se retuvo.

—Tú no conoces a mi padre Alonso. No tienes ni idea de quien es Diego Montalbo. —confesó, esperando que le diera una oportunidad de demostrarle que su padre no tenía razón.

—A ti tampoco te conozco.

Noa bajó la mirada al suelo, para que él no viera lo mucho que le habían dolido sus palabras. A pesar del tiempo que llevaban trabajando juntos, seguía prefiriendo creer las palabras de un hombre al que solo había visto un par de veces, y no cambiar de opinión sobre los prejuicios que tenía sobre ella. Y de repente levantó la cabeza con altivez, y cuadrando los hombros tomó el coraje suficiente para enfrentarse a él, alzar una muralla inquebrantable a su alrededor, y fingir que le importaba muy poco su opinión.

—Tienes razón, no me conoces en absoluto. Ambos somos muy distintos, como la noche y el día, y quizás tengas tus razones para seguir pensando lo peor de mí. Y seguramente mi padre tiene razón y soy la peor persona del mundo. Pero a pesar de nuestras diferencias, quiero que sepas que esta noche intenté llevarme bien contigo, aunque evidentemente mis esfuerzos han sido en vano.

Y haciendo un gran esfuerzo por retener las lágrimas que pulsaban por salir, y tragándose el poco orgullo que le quedaba, finalizó.

—Siento mucho lo de esta noche Alonso. De verdad que lo siento.

Y se giró para subir las escaleras y marcharse de allí.

—Noa. —la llamó él.

Pero ella no se volvió. No quería que viera como sus ojos anegados, no podían retener por más tiempo las gotas saladas que recorrían su rostro desencajado.

— ¡Noa!—la volvió a llamar.

Pero sus pies se negaban a ir detrás de ella. Tenía miedo. Sí, tenía miedo de lo que podía hacer si la alcanzaba, porque no quería volver a sufrir. Tenía autentico pavor a su rechazo, que se riera de él, que lo menospreciara como ya lo habían hecho antes.

— ¡Maldita sea! —Maldijo furioso. — ¡JODER!

Capítulo 13

Por segunda vez esa noche, Noa volvió a esconderse en los aseos de mujeres. Pero esta vez se metió dentro de uno de los cubículos, cerrando con pestillo para que nadie la viera llorar. Por mucho que intentara ocultarlo a los demás, no podía hacérselo a sí misma. Las palabras de Alonso le habían dolido, porque realmente le importaba su opinión. Desde un principio era conocedora de la mala imagen que tenía de ella, pero siempre albergó la esperanza de que cuando la conociera de verdad, esa impresión cambiaría. Pero evidentemente se había equivocado. Y en nada ayudaba lo que su padre iba diciendo de ella. Creyó al menos, que el estar tan lejos de su hogar y de sus amigos, se podría deshacer de las influencias de su progenitor. Pero obviamente se había vuelto a equivocar. Después de destrozarle la vida a ella y a su hermano, y de mandarla a miles de kilómetros de distancia, mantuvo la pequeña creencia de que al menos la dejaría en paz. Pero pese a todo y desde la lejanía, seguía influyendo en su vida. Manipulando a la gente a su antojo, desconocedores de la verdadera personalidad del honorable Diego Montalbo.

Se limpió la nariz con papel higiénico, mientras volvía a pensar en su conversación con Alonso, y en lo mal que la había hecho sentir. Tenía que admitir que ella también tenía su parte de culpa, pues no le había puesto las cosas fáciles. Reconocía que era terca, orgullosa, y muy testaruda, pero justo cuando esa noche había intentado llevarse bien con él, todo se había torcido. Nada le había salido a derechas.

Empezando por su patético intento de celestina entre Asha y Pierre, casi acabado en tentativa de homicidio por parte de su amiga. Siguiendo con el infructuoso afán de mantener a raya a Derek y su acoso desmedido, finalizado en una vergonzosa discusión delante de los clientes. Y por último, su inútil empeño en demostrarle a Alonso que podía ser una mujer competente. De hacerle ver, que no era esa *niñata* egoísta y malcriada que él pensaba, que podía trabajar como la que más y ser buena en lo que hacía. Pero lo único que había conseguido era concluir con otro enfrentamiento entre ambos.

Cogió otro trozo de papel y se secó las lágrimas con rabia, maldiciendo ese país y la mala fortuna que la acompañaba desde que había llegado allí. Pero se le escapó otro sollozo al sentirse tan sola y desamparada en ese lugar. Era irónico, como siendo una mujer que se suponía lo tenía todo en la vida, pudiera sentirse tan infeliz. El dicho, “El dinero no da la felicidad”, en su caso era cierto. Obviamente ayudaba mucho, pero en esos momentos hubiera cambiado todo lo que poseía por una vida totalmente distinta. Una vida en la que no se sintiera tan sola y desdichada.

Después de unos minutos de flagelarse y auto compadecerse, decidió que de nada servía esconderse allí y lloriquear por las esquinas, pues los problemas iban a seguir donde los había dejado. Así que salió del baño para refrescarse un poco la cara en el lavabo, sacar del bolso de mano su polvera para arreglar su maltrecho maquillaje, y

después de soltar un fuerte suspiro, ensayó delante del espejo una sonrisa enseñando los dientes, para demostrar todo lo contrario a lo que sentía.

Esto a los Montalbo se nos da bien. —Pensó irónicamente. —*Tenemos años de práctica y hasta podría decirse que lo llevamos en los genes.*

Y cuando creyó que estaba preparada, se dirigió hacia el comedor y recién convertido salón de baile, y simular que todo estaba perfecto. Que su vida era ideal, y que no había nada ni nadie que le afectase de ningún modo. En definitiva, lo que venía a ser su día a día.

Cuando hizo acto de presencia, la primera que se acercó a ella fue Asha seguida de cerca por el francés.

— ¿Estás bien?—Le preguntó angustiada. —Estaba preocupada por ti. Te estuve buscando pero no te encontré por ningún lugar.

— *¡Oh, mon petit!* Ya me contó Asha lo sucedido. Ese Derek es *odieux*.

—Tranquilo Pierre, estoy bien. —Contestó sonriéndole a ambos. —Lo que si me extraña mucho es que ya os habléis. —comentó para desviar el tema, y complacida a la vez por verlos juntos.

—No lo creo—contestó su amigo mirando con disimulo a su ayudante, la cual desvió la cara para no enfrentarlo directamente. —Solo hemos hecho un alto el fuego porque estábamos preocupados por ti.

—Bueno, por lo menos he servido para algo.

— ¿A qué te refieres?—preguntó Asha extrañada.

—A nada, no te preocupes. —le respondió quitando hierro al asunto. — ¿Todo ha ido bien mientras no estaba por aquí?

—Todo correcto. —le confirmó su amiga.

Sus compañeros se miraron desconcertados por verla tan tranquila. Y forzando una alegría que no sentía ni de lejos, le preguntó al hombre.

—Muy bien Pierre, entonces, ¿me vas a sacar a bailar o voy a tener que pedírtelo de rodillas?

— ¡Por supuesto!—declaró aliviado de ver que ella estaba bien.

Y muy galantemente, le ofreció su brazo para llevarla al centro del salón, y después comenzar a moverse al ritmo de la música que estaba sonando. Mientras bailaban, Noa observó a Derek apoyado en la barra bebiendo una copa, y con una extraña expresión en su rostro, la vigilaba sin quitarle los ojos de encima. Incómoda, intentó ignorarle, y sin poder evitarlo buscó a Alonso por la sala, pero no lo halló por ningún lado. Y como la doctora tampoco estaba, supuso que estaría con ella, pues se habían vuelto inseparables desde que ésta llegara.

Después de bailar un par de temas más con el chef, se dedicó a despedirse y darles las gracias a los clientes, pues se marcharían a la mañana siguiente temprano. No sin antes agradecerles, haber escogido su estancia en el resort e invitarles a volver siempre que quisieran. Tiempo más tarde, cuando acabó su trabajo de relaciones públicas, decidió que por esa noche ya había tenido suficiente, pues sólo deseaba llegar a su bungalow y hundirse en su cama, en un profundo sueño que le hiciera olvidar esa horrorosa noche. Pero por supuesto, no podía irse sin antes despedirse de su amiga y de

Pierre. Éste se ofreció a acompañarla, pero Noa declinó su amable oferta, pues lo único que deseaba era estar sola.

Mientras abandonaba el lugar, buscó por enésima vez la presencia de Alonso, pero nuevamente se desilusionó al no encontrarlo. Y mentalmente se maldijo por ser tan estúpida. Tenía que sacárselo de una maldita vez de la cabeza, pensó caminando hacia su alojamiento, aunque obviamente eso era más fácil decirlo que hacerlo. Pero se llevó una desagradable sorpresa cuando al llegar a su cabaña, se encontró con Derek sentado en las escaleras.

— ¿Qué haces aquí Derek?—le preguntó molesta.

— ¡Vaya! Por fin te dignas a aparecer. —le dijo levantándose con evidentes signos de embriaguez, y posando una botella de alcohol en el escalón.

Noa se cruzó de brazos a punto de perder definitivamente la paciencia con él.

—Evidentemente estás borracho. —Le recriminó con dureza. —Te sugiero que te vayas a tu habitación a dormir la mona, antes de que tome una drástica decisión.

— ¿Para qué? Si total, ya estoy despedido, ¿no?—le cuestionó acercándose a ella tambaleante.

—Derek, no compliques más tu situación. —le advirtió.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué?—le preguntó asombrada elevando una ceja. — ¿Acaso hace falta que te lo explique?

Y el guía se acercó a ella apestando a alcohol.

— ¿Por qué prefieres a ese jodido francesito antes que a mí?—inquirió agarrándola por sorpresa para aprisionarla entre sus brazos.

— ¡Suéltame, Derek!—le exigió atónita por su desfachatez, a la vez que forcejeaba por escapar de su abrazo.

—Yo soy tejano y mil veces más hombre que ese mequetrefe. —se vanaglorió mofándose de Pierre.

Ella intentaba sin resultado, y luchando con todas sus fuerzas, lograr que el guía la soltase, pero éste era mucho más fuerte que ella.

— ¡Escúchame bien, Derek!—Le dijo alzando la voz. — ¡Te ordeno que me sueltes! ¡AHORA!

Él no le hizo el menor caso y sonrió con suficiencia, mientras ella le golpeaba desesperada con los puños, en un vano intento de escapar de su abrazo.

—Eres demasiado hermosa para que ese estúpido te toque un solo cabello. —afirmó rotundo, con un tono de desprecio mal disimulado hacia el chef, en tanto intentaba acercarse para besarla.

Pero Noa se oponía con todas sus fuerzas empujando con ambos brazos y manos, mientras su respiración agitada por el esfuerzo, atraía los ojos del hombre hacia sus pechos que subían y bajaban de forma frenética.

—Estás confundido, a mí no me gusta Pierre. —le dijo en un intento desesperado de que entrara en razón. — ¡Para ya, Derek!

Pero éste, con la mente embotada por el alcohol y el deseo insatisfecho, no atendía a razones. Lo único que quería era probarla, hacerla suya. Que gritase de pasión entre sus brazos, mientras se hundía en ella una y otra vez. Saborear esa deliciosa boca y degustar

su exquisita piel, mientras Noa se retorció de placer debajo de su cuerpo. Y cogiéndole ambas manos, las llevó detrás de su espalda para que no le siguiera dando puñetazos en el pecho y los brazos.

— ¡Por favor, Derek! ¡Me estás haciendo daño!—le rogó empezando a alarmarse.

—Yo te puedo hacer disfrutar mucho más que ese imbécil. —murmuró mientras empezaba a besarle el cuello.

— ¡Te lo suplico, Derek! ¡Por favor, suéltame!—le imploró mientras un miedo atroz subía por su espalda erizándole la piel. — ¡No me hagas esto!

Éste desoyó sus ruegos, para sujetarla con más fuerza e impedir que se soltase, y acercando su rostro la besó presionando brutalmente sus labios contra los de ella.

— ¡No! ¡Por favor!, ¡por favor!, ¡Derek, por favor! ¡Para! —suplicó mientras movía la cabeza de un lado a otro para que él no la besara.

Pero como ella luchaba con todas sus fuerzas, agarró con una sola mano sus delicadas muñecas, para sujetar fuertemente con la que tenía libre su cabeza, obligándola a aceptar ese asqueroso beso. Noa peleaba y forcejeaba inútilmente, mientras lágrimas de desesperación mojaban su rostro. No podía creer lo que le estaba pasando. Pese a que era mucho más pequeña y frágil que él, se resistía con valentía, pero el esfuerzo extremo estaba haciendo mella en ella empezando a debilitarla.

Su cuerpo temblaba por la repulsión que le provocaba la lengua y el fuerte sabor a alcohol, intentando cerrar con fuerza la boca para no ser invadida por él. Pero el guía le tiró del pelo con violencia, deshaciendo la trenza lateral que llevaba, y obligándola a abrir los labios para ser penetrada de forma brutal y repugnante.

—No tienes ni idea de lo mucho que te deseo. —susurró en su oído, al separar su boca un segundo para besar su mentón, y después deslizar su lengua húmeda por la piel lamiéndole el cuello. —Y sé que tú también me deseas.

El hombre continuó sin ser verdaderamente consciente del daño que estaba causando. Ofuscado por el alcohol, creía equivocadamente que estaba reparando una inexistente ofensa a su orgullo, por haber sido desechado al elegir contrariamente a alguien, a quien despreciaba profundamente como era al ridículo francés. Durante meses, había observado como el pusilánime hombrecillo babeaba repulsivamente por las atenciones de Asha, y como ésta lo desairaba una y otra vez, sin que el muy imbécil hiciera nada por evitarlo. Y en su aturdida mente no entendía, que una pedazo mujer como Noa, pudiese estar interesada en un triste personaje que no merecía tan siquiera su respeto.

Pero eso iba a cambiar. Sabía perfectamente que ella lo deseaba, pues se lo había demostrado el día que llegó. Y había perdido terreno por estar casi una semana fuera de juego, pero esa noche iba a enseñarle lo que era un hombre de verdad. Un hombre que la hiciera gemir de placer y satisfacerla como ella se merecía. Y ese hombre no era Pierre.

—Me vuelves loco, nena.

Y le agarró con fuerza un pecho a la vez que denigraba su cuerpo, besando y mordisqueando la piel descubierta de su hombro, para seguir más abajo recorriendo el escote, mientras movía la cadera haciéndola sentir su fuerte erección.

A Noa las palabras no le salían. En ese momento era tal el terror que la atenazaba, que aunque su vida dependiera de ello no tenía fuerzas para gritar. Paralizada por el pánico, sentía junto con los atronadores latidos de su corazón, los alaridos horrorizados que luchaban por escapar, agolpados y atascados en su garganta sin encontrar salida. Mientras, los recuerdos de otro momento de su pasado agolpaban su cabeza, logrando que lo único que era capaz de hacer fuera llorar desconsoladamente. Se quedó rígida, como ausente de su cuerpo, mientras sin comprender muy bien por qué, su mente logró desconectarse de ese salvaje ataque. Se vio a si misma siendo agredida de esa forma tan rastrera por Derek, y como éste le subía el vestido por una pierna, para violar con su toque cada centímetro de su piel. Pero aunque en su cabeza se gritaba desesperada que hiciera algo, su cuerpo no le respondía. Lo único capaz de hacer, fue morderse el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Y mientras degustaba el sabor metálico en su boca, sintió como él apretaba su trasero fuertemente debajo del vestido, para acercarla y restregarse contra su miembro erecto.

— ¡Hijo de puta!

De repente notó que la liberaban de su prisión, para al instante siguiente ver a su opresor tirado en el suelo, mientras Alonso arrodillado a su lado y agarrándolo por la camisa, le daba puñetazos en la cara. A Derek lo salvó el hecho de que junto al guía, había llegado también Asir, y éste con esfuerzo consiguió liberarlo de su compañero, que cegado por la ira lo golpeaba sin compasión. Ambos habían escuchado desde la cabaña de Alonso, los gritos que débilmente había proferido Noa, encontrándose con la desagradable escena que estaba aconteciendo en ese momento.

— ¡Te voy a matar!—gritaba fuera de sí, a la vez que era retenido por el ranger mientras observaba al americano inconsciente en el suelo.

— ¡Cálmate, Alonso!—le rogaba su amigo, inmovilizándolo para que no saltara encima del otro hombre.

Pero éste hizo un quiebro con su cuerpo cogiendo desprevenido a Asir, que observó impotente, como se dirigía de nuevo a Derek para seguir golpeándolo. El empleado consiguió al fin separarlos nuevamente, pero tenía evidente problemas para contener la ira desmedida de su jefe.

— ¡Cobarde!—soltó furibundo, en tanto luchaba nuevamente con el ranger para soltarse, después de que éste lo volviera a separar, y poder terminar así lo que había empezado. — ¡Joder, suéltame Asir! ¡Solo quiero matarlo con mis propias manos!

Noa a través de su mente colapsada, vio por fin en él esa amenaza que tantas veces había intuido. Esa en la que le había parecido un animal salvaje, a la espera de atacar por sorpresa a su presa. Y en verdad sintió miedo por Derek, pues sabía sin ningún género de duda, que si Asir no era capaz de impedir su ataque, éste no tendría ninguna posibilidad. Pero su cuerpo entumecido no respondía, y observaba esa espantosa escena, como si estuviese a miles de kilómetros de allí, mientras su cuerpo comenzó a tiritar de forma descontrolada.

— ¡Hijo de perra!—Gruñó Alonso respirando con dificultad por la ira contenida. — ¡Maldito bastardo, te voy a moler a golpes!

— ¡Basta, Alonso!—Bramó su compañero intentando aplacarlo. — ¿Qué quieres? ¿Cometer una locura acaso? ¡Tranquilízate, hombre! ¡Derek ya no le puede hacer daño a nadie!

Y cuando el guía se cercioró de que el hombre tirado en el suelo no era ninguna amenaza, se separó pasándose ambas manos por el pelo, y respirando profundas bocanadas de aire intentando tranquilizarse, mientras daba vueltas sin sentido. Hasta que de repente la vio allí, sola y llorando en estado de shock.

— ¡Oh, Dios mío!—exclamó acercándose a ella.

Y se paró en seco sin saber qué hacer. Estiró sus manos deseando abrazarla y consolarla, pero las retiró sin saber muy bien cuál sería su reacción. Advirtió su cara desencajada por el pánico, y como las lágrimas rodaban sin control por sus mejillas. Y maldijo nuevamente a su compañero por haberle hecho esto.

— ¡Llévate a esa escoria de aquí!—le ordenó a su amigo volviéndose hacia él, y haciendo verdaderos esfuerzos por controlarse.

Éste había conseguido levantar a Derek, y asintió muy serio, consciente de que se lo tenía que llevar lo antes posible por su bien. Y con trabajo, logró que el americano se apoyara en sus hombros y marchase renqueante de allí medio ido, mientras gemía lastimosamente dolorido por la paliza.

Alonso se giró para centrar nuevamente su atención en Noa, y observó desolado su aspecto lamentable. Agarró con infinita ternura la cara de ella entre sus manos, y con un pánico atroz a que ese desalmado le hubiera hecho daño. Y sin poder contenerse más la abrazó con suavidad, mientras le susurraba palabras de consuelo.

— ¡Chss... ya estoy aquí! ¡Tranquila!.

Después de acariciar delicadamente su cabeza durante unos minutos, se retiró un momento para observarla, mientras se le rompía el alma en mil pedazos. Y con las yemas de los dedos levantó su barbilla para comprobar, como Noa con la mirada perdida, no pronunciaba palabra ni tampoco reaccionaba. Y se tuvo que obligar a permanecer a su lado, para no salir detrás de ese malnacido y acabar con su despreciable vida.

—Chss... pequeña. — Susurró contra su cabeza estrechándola nuevamente entre sus brazos. — Te prometo que ese miserable no volverá hacerte daño. —le aseguró mientras depositaba dulces besos.

Y percibió como su cuerpo comenzaba a estremecerse con incontrolables temblores.

—Ya... ya...—intentó tranquilizarla. — Chss... estás a salvo. Tranquila, todo está bien.

De repente, sorprendido, creyó escuchar como ella decía algo una y otra vez. Pero lo que murmuraba era tan bajito que no lograba entenderla. Aguzó el oído para poder descifrar sus palabras.

—No te entiendo Noa. —Le dijo acunando su cara entre sus manos, mientras rezaba para que ella volviera en sí. — ¿Quién es Daniel preciosa?

Y de pronto los ojos inertes de ella volvieron a la vida enfocándolos en él, y Noa se mordió el labio tembloroso, evitando con todas sus fuerzas estallar en llanto. Pero fue un esfuerzo inútil, pues rompió a llorar de forma descontrolada, dejando salir de golpe todo el miedo y dolor que había retenido en su interior.

—Cálmate cielo...Chss... Chss. Ya estás a salvo, pequeña.

Alonso desesperado y sin saber qué hacer, lo único que se le ocurrió fue volver a abrazarla, y ella se aferró a él con tanta fuerza que pareciera que su vida dependiera de ello. El llanto era tan desgarrador, que maldijo mentalmente a Derek una y otra vez, prometiéndose que pagaría el daño que le había causado.

Y finalmente, la cogió en peso para llevarla en brazos dentro de la cabaña. La depositó con suavidad delante de la cama, y con una paciencia y delicadeza infinita, consiguió que Noa dejase de agarrarlo con tanta fuerza. Cuando pudo liberarse de su abrazo, buscó rápidamente entre sus pertenencias, alguna prenda que pudiera ponerse para quitarle el incómodo vestido. Y al no encontrar ninguna, se desprendió de la chaqueta de su esmoquin, y con impaciencia se arrancó los gemelos y desabrochó los botones de su camisa, para quitársela y cubrirla con ella quedándose desnudo de torso para arriba.

—Escúchame, Noa. —le pidió con dulzura mientras cogía su cara entre las manos nuevamente. —Voy a quitarte el vestido para que estés más cómoda. Pero te prometo que no voy a hacerte daño.

Y muerto de miedo, mientras limpiaba con los pulgares las lágrimas que todavía mojaban su rostro, le preguntó.

— ¿Confías en mí?

Ella levantó la cabeza para encontrarse con la mirada temerosa de Alonso. Éste rezaba fervientemente para que no se asustara, y creyese que quería abusar de ella en un momento en el que se encontraba tan frágil. Pero su mirada franca y tan llena de cariño, la convencieron de que con él no corría ningún peligro. Así que asintió levemente con la cabeza.

El guía la ayudó primero a meter los brazos por las mangas, y después con movimientos pausados, para que no se asustara, empezó a abrochar los botones uno a uno. No despegaba el contacto visual con Noa, para demostrarle que lo único que quería era ayudarla, que no había nada sexual en lo que estaba haciendo. Y volvió a maldecir a Derek internamente, jurándose que acabaría con él, mientras su alma clamaba venganza al comprobar el estado en el que ella se encontraba. La mujer fuerte, terca, y voluntariosa, había desaparecido para quedar solamente su sombra. Una carcasa vacía y tan frágil, que tenía miedo de que pudiera romperse en mil pedazos.

Cuando finalizó con el último botón se puso detrás de ella, y despacio le subió la camisa a la altura suficiente, para poder acceder a la cremallera del vestido, la cual empezó a bajar con suavidad, y lo más rápidamente posible. Cuando terminó bajó la camisa que la cubría hasta casi por las rodillas, y tiró de la valiosa prenda de alta costura poco a poco, para que resbalara por su cuerpo y cayera en el suelo.

—Ya está. —dijo exhalando el aire que había contenido inconscientemente, temeroso de que ella se espantara.

Le agarró galantemente una mano, para ayudarla a sortear la voluminosa vestimenta tirada en el piso, y despacio se agachó para quitarle los zapatos de tacón que todavía tenía puestos. Cuando se incorporó, se quedó unos breves minutos perdido en sus impresionantes ojos azules, buscando algún pequeño resquicio de miedo o desconfianza en ella. Y lo único que encontró fue una mezcla de emociones encontradas.

Sintió la gratitud en su mirada, combinada con algo de asombro, dolor, resentimiento y mucha culpa. Y anheló con toda su alma poder borrar todos esos malos sentimientos de un plumazo, y que esa espantosa noche no hubiese ocurrido nunca. Alonso se moría por besarla, por hacerla olvidar ese penoso momento, por estrecharla entre sus brazos y protegerla contra todo lo malo que se atreviese a querer tan solo rozarla. Y advirtió con sorpresa, que hubiese dado su propia vida por evitarle el horrible sufrimiento que estaba sintiendo. Pero sabía tristemente que por mucho que lo deseara eso no iba a ocurrir.

Noa estaba muy sexy vestida solamente con su camisa, y un poderoso sentimiento de posesión se apoderó de él. Por lo menos su aroma impregnado en su ropa, eliminaría todo vestigio de marca del otro hombre en ella. Y se culpó amargamente por haberla acusado de haber flirteado con Derek, a la vez que una rabia contenida atravesó su pecho al pensar en ese cobarde. Alzó despacio su mano para rozar levemente con los nudillos su cara, deseando sentir su calor, para que le hiciese olvidar las irrefrenables ansias de matar a ese bastardo. Y se sorprendió con agrado, al advertir como cerraba los ojos e inclinaba la cabeza recibiendo esa caricia con ansias.

Alonso se acercó más a ella, y lentamente separó la mano de su rostro, para agarrar con delicadeza la destrozada trenza entre sus dedos. Y poco a poco fue desenmarañando su rubio cabello, hasta dejarlo completamente suelto.

—Ven. —le pidió a continuación llevándola de la mano hasta el borde de la cama.

En un principio ella no se movió, asustada como un ratoncillo de campo reticente a seguirlo.

—Tranquila. —le dijo intentando que confiara en él. —No pretendo nada malo.

Y dio unos pequeños golpecitos con la palma de la mano en el colchón, después de abrir las sábanas blancas.

—Solo quiero que descanses.

Después de sopesarlo durante unos segundos, Noa se acercó y se recostó confiada, mientras que él la cubría con la ropa de cama. Se puso de cuclillas para estar a su altura, y con infinita ternura le acarició la frente, retirándole unos rebeldes mechones de pelo que se habían quedado enmarañados.

—Ahora quiero que duermas, ¿de acuerdo?—le pidió susurrándole dulcemente.

Pero ella abrió más los ojos temerosa de que la fuera a dejar sola.

—Por favor, no me dejes. —le rogó desesperada, siendo al fin sus primeras palabras coherentes, y tomándole la mano con fuerza.

—Chss... tranquila pequeña, todo está bien. —le aseguró para apaciguarla al advertir su temor. — No me voy a ir a ninguna parte.

Y se alejó para agarrar una silla y sentarse cerca de ella, confirmándole con ese acto que no se iba a marchar a ningún lado. Pero Noa estiró el brazo en su dirección, y él se acercó a ella para agarrarle la mano.

—Necesito que me abracés Alonso. ¡Por favor!—le suplicó.

Y éste sin pensárselo dos veces se recostó a su lado. Ella se giró para quedar cara a cara, mientras el guía estiraba el brazo para que apoyara su cabeza en él. Y cuando Noa encontró la postura correcta, la estrechó entre sus brazos con ternura.

Quedaron en silencio durante unos minutos, mientras él le acariciaba el pelo pensativamente, y los remordimientos le carcomían la conciencia. Sentía la suave respiración de ella contra su pecho descubierto, y le alivió saber que al menos estaba más calmada.

— ¿Por qué?

A Alonso le costó oír su balbuceante pregunta, y delicadamente le agarró la barbilla para alzarla, y mirarla directamente a los ojos que tenía anegados nuevamente en lágrimas.

— ¿Por qué me hizo esto?— preguntó confundida.

Consternado no sabía qué responderle. No entendía como un hombre podía abusar de una mujer de esa manera tan brutal, por más borracho que estuviese. Él lo era y nunca en la vida, sería capaz de hacerle daño de esa manera tan despreciable y ruin.

—No lo sé. —le respondió después de tragar con esfuerzo la rabia que retenía dentro.

Posteriormente de haber mantenido la discusión con ella, se había marchado hacia su bungaló, pues no tenía ganas de más fiesta. Quería estar solo, avergonzado consigo mismo por no tener las agallas suficientes para reconocer su error delante de ella. Tenía que haberla detenido en ese momento y haberle dicho que lo sentía. Pero el miedo al rechazo había sido más fuerte que su arrepentimiento.

Así que salió al pequeño porche y se sentó en la oscuridad, a la espera de verla llegar mientras buscaba la excusa y el coraje, para acercarse y pedirle perdón. Sólo unos minutos antes del horrible enfrentamiento llegó Asir, para ultimar los detalles pendientes del día siguiente como era su costumbre. Hablaron tranquilamente sentados sobre la hora a la que saldrían, la cantidad de jeeps que utilizarían para llevar de regreso a los clientes al aeropuerto de Nairobi y recoger a los siguientes, además de recordarle que tenían que volver con algunas provisiones provenientes de España. También le estaba informando de todos los detalles de la fiesta desde que se había ausentado, entre los cuales se encontraba el hecho de haber visto a Derek beber demasiado esa noche, y que se había vuelto a estropear la máquina de hacer hielo. Y daba gracias a Dios por haber estado en esos momentos en el exterior, y de que su cabaña estuviera tan cerca de la de ella, pues no sabría si de otra forma hubiera escuchado sus súplicas y el forcejeo del maltrato.

—Lo siento mucho, Noa. —Susurró al fin con la voz estrangulada por los remordimientos. —Siento todo lo que te dije antes, no tenía ningún derecho a juzgarte. Perdóname por haberte acusado sin motivos, por haber actuado como un perfecto gilipollas.

Ella sondeó en sus ojos buscando sinceridad en sus palabras, y él tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerle la mirada, a pesar de la vergüenza que sentía.

—Siento mucho no haberte protegido. —Le confesó con verdadero arrepentimiento. —Daría lo que fuera para evitar lo que tuviste que pasar esta noche con ese malnacido. Perdóname por no haber estado ahí para impedir lo que pasó.

Y Noa al escuchar sus palabras, no fue capaz de reprimir por más tiempo toda la rabia, la tristeza, la impotencia que retenía dentro. Y abrazando a Alonso con fuerza, comenzó a llorar rota por dentro.

—Desahógate, pequeña. —Murmuró él con una infinita tristeza en su corazón. —
Llora todo lo que quieras, que yo estaré aquí para cuidarte.

Y ella lo hizo.

Lloró con desesperación después de más de año y medio. Lloró por su hermano Daniel, por su madre, por su padre, por Derek, por Alonso y sobre todo... por ella.

Hasta quedarse dormida.

Capítulo 14

A Noa le despertaron los primeros rayos de sol. Estaba amaneciendo, y como siempre le ocurría desde que había llegado a Kenia, le costó ubicarse unos momentos hasta darse cuenta de donde se encontraba. Había sufrido una horrible pesadilla, que todavía le mantenía la garganta agarrotada por el miedo. Pero cuando estiró los brazos para desperezarse, advirtió que aun llevaba puesta la camisa de Alonso, y se dio cuenta de que aquella pesadilla había sido muy real.

Una horrible sensación le dio un vuelco al estómago, al recordar el aterrador encuentro con Derek. Y mientras su cuerpo se estremecía por la repulsión, deseó con toda su alma que el guía todavía estuviera allí para poder sentirse a salvo. La decepción fue notoria, cuando estiró el brazo y acarició con la mano el lugar vacío, que aún mantenía el calor desprendido por su cuerpo, sugiriendo que hacía muy poco tiempo que se había ido. Agarró con las manos los puños de la prenda y las llevó a su nariz, para inhalar el aroma que todavía conservaba de él. Y no pudo evitar una leve sonrisa, cuando recordó la forma que tuvo Alonso de defenderla, y en cómo la cuidó después. Había sido tan dulce y delicado con ella, que le costaba trabajo reconocer al hombre letal que se había enfrentado minutos antes al desalmado americano, con la cara desencajada y una mirada asesina en su rostro. Y sus palabras de después, la habían conmovido de tal manera que la pilló totalmente desprevenida. Consiguiendo que la fuerte coraza, que tanto trabajo le había costado construir alrededor de sí misma, se resquebrajara dejando abierta una pequeña grieta que llegaba hasta su malherido corazón.

Abrazando la almohada donde había descansado su cabeza, se preguntó emocionada, si habría descubierto alguna vez ese lado tan tierno de él, si no hubiese llegado a ocurrir ese espantoso altercado. Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, sintió que verdaderamente le importaba a alguien.

En ese momento ya le daba igual que fuera un ser unineuronal, salvaje, mandón, terco, autoritario, necio, y orgulloso. Era su Tazán trasnochado. Y eso compensaba todo lo demás.

Sacudida por la vergüenza, Noa se dio cuenta de que ni tan siquiera le había agradecido todo lo que había hecho por ella. Por tanto, se levantó apresuradamente de la cama y se dio una rápida ducha, restregándose bien el cuerpo para quitarse cualquier repugnante muestra, que Derek hubiera dejado en su piel la noche anterior. Y minutos después, tomando la camisa prestada se dirigió al bungalow de Alonso.

Nerviosa, se encontraba ahora delante de la puerta de la cabaña preparando un discurso mental, y poniendo como excusa la prenda que retorcía en esos momentos entre sus manos. Buscaba frenéticamente las palabras adecuadas para darle las gracias, y disculparse ella también por la parte que le tocaba. Pero sobre todo, necesitaba encontrar el coraje necesario para abrirse a él. Para contarle lo equivocado que estaba con ella, y sobre todo con su padre. Y quizás, solo quizás, confesarle lo que le había

sucedido hacia tan solo diecinueve meses antes, y que era el motivo que le carcomía el alma y por el cual había cambiado tanto.

Llamó con los nudillos en el marco de la entrada, e inquieta esperó a que se abriera, pero nada la tenía preparada para encontrarse con la escena siguiente.

—Hola. —saludó con timidez cuando Alonso apareció.

Pues lo hizo con unos pantalones vaqueros a medio abrochar, solo cerrados con la cremallera, y el botón superior sin abotonar. Se notaba recién salido de la ducha, y que había sido lo primero que había pillado para ponerse encima, pues tanto el torso desnudo como el pelo mojado, delataban donde había estado tan solo un minuto antes.

—Hola. —le respondió sorprendido por verla allí.

Noa bajó la mirada al suelo turbada, pues no había esperado encontrárselo medio desnudo. Y estaba tan condenadamente sexy, que de lo único de lo que se sintió capaz, fue de observar con atención sus pies descalzos, no fuera a ser que de repente le hubiesen salido cuernos en ellos.

— ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?—preguntó con una ligera nota de alarma en su voz.

— ¡No! —respondió levantando la cabeza con rapidez. —Yo... solo venía...a...— balbuceó abochornada, olvidándose por completo del pequeño discurso.

Pero de pronto se calló, dejando la boca descolgada por la sorpresa, cuando advirtió la presencia de Sofía detrás de él, sentada tan tranquilamente con sus elegantes piernas, cruzadas en el borde de la cama. Cuando las miradas de las dos mujeres se encontraron, la doctora esbozó una sonrisa insolente dirigida a ella. Y dando a entender lo que estaba ocurriendo allí, recogió del suelo unos calzoncillos del guía tirados de cualquier manera, justo encima de unos pantalones usados y unos calcetines. Y cuando Alonso se giró, para descubrir que era lo que estaba observando con tanta atención, ella dejó caer la prenda nuevamente poniendo cara de inocencia, y con la suerte necesaria de que no viera su gesto de triunfo. Pero una fría furia cambió el ánimo de Noa, que amargamente se recriminó por ser tan estúpida.

— ¡A darte esto!—terminó, estampándole la camisa en el pecho desnudo.

Y el hombre extrañado se quedó mirando la prenda de ropa.

—Gracias. Pero no hacía falta que la trajeras tú misma.

—Oh, sí. Sí que hacía falta. —le respondió con sarcasmo, logrando que él levantara la cabeza sorprendido por su tono. —No tienes ni idea de la falta que hacía.

Y dicho esto, se giró furiosa marchándose de allí y dejándole con la palabra en la boca.

—Pero qué diablos...—farfulló Alonso contemplando cómo se dirigía enérgicamente hacia su bungalow.

Miró hacia atrás, y observó cómo Sofía se encogía de hombros y ponía cara de desconcierto, cerrando a continuación la puerta totalmente confundido.



— ¡Soy una estúpida! —Se recriminó enfadada consigo misma. —Si buscara en Google la definición de estúpida, estaría una imagen de mi cara estampada en grande, y con letras bañadas en oro debajo. ¡Madre mía, pero que imbécil soy!

Noa empezó a caminar con furia de un lado a otro de la habitación.

—Yo muriéndome de los nervios y pensando en confiar en él, mientras el señorito se lo pasaba en grande con esa... esa... ¡Bruja!—escupió las palabras colérica.

Agarró la almohada a la que había estado abrazada unos momentos antes, y la estampó contra la pared de lona.

—Y yo como una necia pensando que le importaba. ¡JA!.—Espetó a la vez que arrojaba la otra almohada con fuerza. —Lo único que le importa a esa bestia es lo que tiene entre las piernas.

Y después de las almohadas le siguió un cojín.

— ¿Qué pensaría Vanesa de esto?—Se preguntó recordando a la otra mujer. —El muy sinvergüenza lo tiene todo calculado. Con una se encama entre semana y con la otra los fines de semana. ¡Y parecía tonto!

Y a continuación voló el otro cojín.

— ¡Arg... idiota! Soy idiota, idiota, ¿y qué más?... ah sí, ¡IDIOTA!

Y agarró con fuerza de las sábanas para arrancarlas de un tirón y tirarlas al suelo. La enervaba saber que había dormido con él en ellas, y no soportaba tener esa imagen delante de sus narices.

—Qué equivocada estaba, creía que la única neurona que habitaba ese cerebro andaba más perdida que un pulpo en un garaje. Pero es evidente que debió encontrar otra más extraviada aún, y se unieron para acabar creando una que casi llegaba a ser medio inteligente.

Y furiosa por la decepción le dio una patada a la cama, logrando únicamente hacerse daño cuando el dedo gordo de su pie se estampó contra la pata.

— ¡Ay! ¡Mierda!. ¡Me cago en... todo lo cagable!—Soltó dolorida, mientras caminaba renqueante y se sentaba en una silla. —Si se creasen las Olimpiadas de la estupidez yo me llevaba la medalla de oro.

Y de repente, mientras se frotaba el pulgar para cerciorarse que no lo había roto, recordó algo. Un hecho que había olvidado por completo hasta aquel momento. Repasó la conversación que había escuchado mientras espiaba detrás de la puerta del dispensario, y se preguntó, si las dos voces que había oído no sería la de ellos. Y las piezas empezaron a encajar como en un puzle.

Primero; el odio desmedido que Alonso le había tenido desde el minuto uno, intentando por todos los medios que se volviera para España bajo amenazas. Segundo; su intento fallido de seducción en la cascada. Tercero; el hecho irrefutable de que él era el único que tenía llave del dispensario, ya que la otra estaba en recepción, que era su lugar habitual y donde ella la había cogido. Y por último; pensó irónicamente que debió de saltar de alegría cuando se encontró siendo su salvador la noche anterior. Había sido una oportunidad única el asalto de Derek, y que Alonso supo aprovechar por completo. Seguramente creyó, sin andar muy equivocado, que esa hazaña la tendría a ella comiendo de su mano y que sería fácil manipularla.

— ¡Soy una imbécil!—se reprochó con amargura.

Por tanto el que los hubiera pillado juntos en la cabaña del guía, había sido un fallo garrafal en sus planes de ocultar su relación. Se dijo que tenía que descubrir el motivo por el cual querían deshacerse de ella, y que ocultaban como dos ratas inmundas, y que bajo ningún motivo ella debía averiguar. Con determinación, se levantó resuelta a desenmascarar a esas dos cucarachas rastreras, cómo que se llamaba Noa Montalbo. Y ya de paso, darle en las narices a su padre cuando lo hiciera.



Minutos después entraba en el salón cojeando levemente, y Alonso levantó una ceja confuso, pues la última vez que la había visto andaba perfectamente. Y no se atrevió a preguntarle por ello, porque honestamente, no sabía de qué humor se había levantado esa mañana. Pero ella lo ignoró, y se sentó a la mesa a desayunar con los demás. Tranquilizó tanto a Asha como a Pierre, pues en cuanto éste se enteró de que estaba allí, se acercó un momento abandonando la cocina para preocuparse por ella. Asegurándoles que se encontraba perfectamente, y que lo mejor era olvidar aquel desagradable incidente.

Prácticamente no abrió la boca pues estaba tan encendida, que a la menor chispa saltaría a la yugular de cierto homínido, con testículos en vez de sesera en la cabeza. Esos sí que se los comería con gusto, y sin dudarlo un solo segundo.

Cuando Asha intentó hablar con ella, lo único que consiguió fueron frases cortantes y escuetas, dando a demostrar que no estaba precisamente de muy buen humor. Pues aduras penas podía contener su enfado, sobre todo cuando advertía por el rabillo del ojo, como la doctora sonreía con una divertida y secreta sonrisa. Se notaba que estaba disfrutando, complacida por ver roja de indignación a Noa, y como ésta recitaba la tabla del ocho mentalmente para intentar calmarse, mientras se preguntaba qué torturas podrían estar permitidas en ese país sin que la llevaran presa.

Ocho por seis, cuarenta y ocho ¿Tendrán un potro de torturas en el poblado de Asha? Ocho por siete, cincuenta y seis. Y lo más importante, ¿habrán abolido la pena de muerte en este país? —se preguntó con un regusto de satisfacción, al imaginarse a la parejita feliz sufriendo entre sus manos. — ¡Da igual!, ¡merecerá la pena de todas formas! Umm, ¿por dónde iba? ¡Ah sí!, ocho por ocho, sesenta y cuatro...

Para ser honestos, lo que había descubierto le venía de perlas. Pues era mucho mejor para su salud mental, estar concentrada en su venganza contra esas dos comadreas, que llorar por las esquinas hundida en la depresión y la auto compasión, por el ataque del americano. Quizás no tanto para su corazón y orgullo, pero la venganza era un bálsamo que calmaba a ambos. Y lo que no sabían ese par de...

¡Dios, se me están acabando los insultos!

Ese par de gusanos, era que no descansaría hasta descubrir su secreto, para poder darse el gusto de despedirlos, con una elegante y poco delicada patada en sus repulsivos culos. Pensándolo mejor, a Alonso se la daría en todos sus huevos. Y esbozó una sonrisa maligna al imaginarse el momento.

¡La Virgen, como voy a disfrutarlo!

Cuando acabaron de desayunar, se dirigieron a la entrada del hotel para despedir a los clientes, y acabó con dolor de cara al tener que fingir una enorme sonrisa delante de ellos.

—Quería comentarte antes de marchar, que el problema de Derek ya está resuelto, y asegurarte que puedes quedarte completamente tranquila. No volverá a molestarte más, yo mismo me ocupé de eso a primera hora de la mañana. —le informó Alonso, acercándose a ella y a su compañera antes de subir al jeep.

—Gracias. —masculló entre dientes mientras se cruzaba de brazos.

Y le fastidiaba enormemente tener que dárselas, pero para ser honestos, era un alivio no tener que volver a enfrentarse al americano de nuevo. Alonso arrugó un poco el ceño desconcertado por su actitud. Aunque aparentemente parecía serena e incluso sonreía levemente, algo en la rigidez de su postura y en un brillo extraño en sus ojos, le decían a gritos que no todo era lo que aparentaba.

— ¿De verdad te encuentras bien? ¿Necesitas que me quede? No tengo ningún...

—Estoy bien, Alonso. —le contestó interrumpiéndole.

— ¿Segura?—le preguntó intranquilo.

—Totalmente. —le aseguró.

—Yo estaré con ella todo el tiempo. —se ofreció Asha atrayendo momentáneamente su atención. —No se preocupe.

Él regresó al rostro de Noa, y entrecerró un poco los ojos buscando concienzudamente en su expresión, algo que le revelara lo que estaba pasando en esos momentos por su cabeza. Pero como no descubrió nada, soltó un suspiro dándose por vencido.

—Está bien, como tú quieras. Vendremos lo antes posible si todo va bien y no nos surge ninguna complicación.

—Dios no lo quiera. —le contestó sin abandonar su tirante sonrisa. —No podría seguir viviendo, sabiendo que tu última visión en la vida es el culo de un elefante estampado en tu cara.

— ¿Cómo?—le preguntó él confuso por la respuesta.

El hombre no tenía claro a qué habían venido esas palabras, y la actitud tan extraña que demostraba esa mañana le hacían preguntarse, si el shock emocional de la noche anterior no habría hecho mella en ella.

—Nada, no te preocupes. Solo era un chiste para mantenerte distraído durante el viaje.

—Pues no lo he pillado.

—Por eso te lo he contado ahora. —le contestó mientras lo acompañaba al coche. — Normalmente los hombres necesitáis un tiempo para enteraros de las cosas, y así durante el camino, tendrás algo en lo que pensar.

Y dándole unas palmaditas de consuelo en la espalda, y observando divertida su cara de desconcierto, pues todavía no había entendido ninguno de los dos insultos velados que le había proferido, se giró para volver al hotel y desaparecer dentro.

Alonso le preguntó mudamente con un gesto a Asha, si sabía el porqué de sus extrañas palabras, y ésta lo único que hizo fue encogerse de hombros, pues estaba tan perdida como él.



— ¿A qué ha venido lo de antes?—le preguntó su amiga, entrando en la oficina unos minutos después de despedir al guía en la puerta.

—No sé a qué te refieres. —le contestó levantando la vista de la carpeta que estaba leyendo en esos momentos, y poniendo cara de no haber roto un plato.

—Noa, sabes perfectamente a lo que me refiero. —le aclaró, dando a entender que ella no era tan obtusa como Alonso.

Ella no pudo evitar sonreír con cierta malicia.

—Solo fue una pequeña venganza. —Admitió al fin. —Pero tranquila, con lo inteligente que es tu jefe, dudo mucho que la capte hasta dentro de mucho tiempo. Por no decir nunca.

Asha negó con la cabeza repetidamente mientras entornaba los ojos.

— ¿Llegará el día en el que os llevéis bien vosotros dos?—preguntó abatida.

— ¿Has visto alguna vez un OVNI?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta.

Aunque lo intentó, la keniana no pudo evitar reír por el ingenio de su compañera. Y después de ese breve momento de diversión, se puso muy seria para acercarse a la mesa de Noa.

— ¿De verdad estás bien?—le preguntó con genuina preocupación. —Sé que lo que pasaste ayer fue un infierno, y te repito las mismas palabras que tú me dijiste a mí. Soy tu amiga y aquí me tienes para lo que necesites. —le aseguró, pues sabía perfectamente lo que era que alguien te arrebatara de forma violenta algo que conformaba tu ser.

A Noa las lágrimas se le agolparon en la boca de la garganta, produciéndole un nudo de emoción que tragó con dificultad.

—Gracias. —susurró emocionada.

—Si te apetece hablar, un abrazo, desahogarte, o simplemente compañía, cuenta conmigo, ¿vale?

Había tanta compasión y verdad en las palabras y en la mirada de Asha, que tuvo que parpadear varias veces para que no se le escaparan las lágrimas.

—Un abrazo no me vendría mal. —confesó conmovida.

Y no tuvo que repetirlo dos veces, pues en cuanto pronunció la última sílaba, su amiga ya estaba estrujándola fuertemente en un cariñoso apretón. Y necesitando desahogarse, y aliviar la opresión que tenía en el pecho, le contó lo que su mente paralizada por el miedo recordaba. No todo, ya que obvió lo que había descubierto esa mañana en la cabaña de Alonso, pues quería tener pruebas fehacientes de lo que fuera que estuvieran tramando antes de acusar a nadie.

Después de unos minutos de llorar ambas abrazadas, de maldecir a los hombres de la peor calaña como Derek, de imaginarse mil maneras de venganza contra él, y de compartir un momento tan profundo entre las dos, decidieron que ya era hora de ponerse a trabajar.

—Y después de lo bien que se portó el jefe Alonso contigo, ¿no podrías bajar un poco la guardia con él y ser un poco más... amigable?—le preguntó su amiga minutos después, mientras rumiaba toda la información que le había dado.

Noa levantó la cabeza de los papeles que tenía en la mano.

Eso es lo que él quisiera. —pensó molesta. —*Pero ese Tarzán de pacotilla todavía no me conoce bien.*

—Lo que hizo por mí lo habría hecho por cualquiera. —le respondió señalándole lo evidente.

—Ya lo sé, pero...

—Sobre ese punto Asha, tú y yo no vamos a llegar nunca a un entendimiento. Así que dejemos el temita Alonso en el olvido. No me apetece discutir y menos contigo.

—Está bien, como tú quieras. Pero con todos los respetos, déjame decirte que con Alonso eres muy dura, además de cabezota y obtusa.

—Con todos mis respetos. Exactamente igual que tú con Pierre.

La kenia abrió la boca para replicar, pero finalmente la cerró para hundir a continuación la nariz en la pantalla del ordenador.

Noa llevaba un par de horas inmersa en un mar de papeleo, buscando cualquier indicio de juego sucio que hubiese entre las carpetas que estaba revisando nuevamente. Y lo único que había encontrado, era un desfase bastante evidente en la solicitud de medicamentos y material sanitario, desde que no estaba el antiguo director.

—Asha, ¿es normal que se gaste un número tan elevado de medicación?

—¿A qué te refieres?—le preguntó su amiga extrañada por la pregunta.

—Pues, o que los empleados y clientes de este hotel son los más enfermizos del mundo, o hay algo aquí que no me cuadra. Desde que se marchó Emilio, los pedidos de analgésicos, antibióticos de amplio espectro, antidiarreicos, antiinflamatorios, y vacunas, se han multiplicado por cuatro. Y me pregunto yo, ¿vacunas para qué tantas? Sí los clientes ya vienen vacunados de casa, y los empleados con que se vacunen una vez es más que suficiente. La verdad es que no lo entiendo. —Confesó desconcertada. — Sin embargo el material de primeros auxilios como el alcohol, las vendas, el algodón, o las gasas han incrementado un poco más pero nada sustancial. ¿No debería ser al revés?—le preguntó al fin reclinándose en la silla.

—Es que los medicamentos no son para los clientes ni para nosotros.

—¿Cómo?—le preguntó asombrada.

—Te explico. —le indicó su amiga con una sonrisa. —Tanto los que trabajamos aquí como los clientes del hotel, tenemos acceso a cualquier medicamento y material sanitario que dispongamos en ese momento. Pero el jefe Alonso llegó a un acuerdo con tu padre, sobre ayudar a los nativos menos favorecidos y que no tuvieran medios humanos, para poder adquirir medicamentos que aquí son vitales para su vida. Algo tan sencillo como unas pastillas potabilizadoras de agua, un paracetamol, o un ibuprofeno, en África son la diferencia entre la vida y la muerte. Por eso lo convenció, de que si participaba en varios proyectos locales colaborando con varias ONG, tendría unas importantes ventajas fiscales en España.

Por supuesto, mi padre tan altruista como siempre. —pensó con ironía.

—¿Quién realiza los pedidos?

—Desde que no está el jefe Emilio los hago yo. —le confirmó. — Cada domingo tanto el jefe Alonso como la doctora me pasan una lista elaborada por ellos, donde se contabilizan los medicamentos donados de la semana. Hoy por ejemplo, viene un encargo desde Valencia que solicité la semana pasada.

—Ajá.

Y como Noa se estaba dando pequeños golpecitos con el lápiz en la barbilla, su amiga la miró con extrañeza.

— ¿Por qué? ¿He cometido algún error?

— ¡Qué! ¡No, claro que no!—Afirmó dejando a un lado sus elucubraciones. — No te preocupes, ahora que me lo has aclarado lo entiendo perfectamente. —le mintió.

Y no porque no se fiara de su amiga, sino porque tenía un extraño palpito sobre esas discrepancias tan notables. Estaba completamente segura que detrás de ello, se encontraban Alonso y Sofía, y solo tenía que descubrir el motivo. Así que escondiendo sus reservas, le propuso algo a Asha que sabía que le iba a gustar.

— ¿Qué te parece si dejamos esto por hoy y nos vamos a comer ya? —Le ofreció mientras se levantaba de la silla, y recogía todo el papeleo para guardarlo nuevamente en el archivador. — Estoy hambrienta. Y además, después te tengo una sorpresa preparada a la que no te vas a poder negar. Por lo que sería conveniente que comiésemos temprano, que a última hora de la tarde tenemos que estar aquí para recibir a los nuevos clientes.

— ¿Qué sorpresa es esa?—le preguntó su amiga con evidente curiosidad.

— ¿Qué parte de la palabra sorpresa no has entendido?

Y se echó a reír cuando la keniana le puso mala cara y después le echó la lengua.

—A veces te odio.

—Y yo a ti, tontina. —le dijo agarrándola por los hombros y saliendo juntas de la oficina.

Después de una comida agradable entre amigos, bueno, todo lo agradable que podía ser entre Asha y Pierre sin cuchillos de por medio. Cogieron uno de los jeeps más pequeños de reserva, y Noa se llevó a su amiga a la pequeña excursión que le tenía preparada. El misterio duró poco, pues en cuanto salieron por la puerta del resort, tuvo que confesarle en qué consistía, ya que no sabía llegar sola al poblado de la keniana. Y ésta en cuanto se enteró, la abrazó emocionada por su noble gesto.

Antes de llegar, la dejó en un pequeño y escondido camino donde esperaría a su hermana, para que no las descubrieran juntas. Cuando llegó a él, le pidió a Hadiya que le tradujera a la familia, su gratitud por ser tan bien recibida la vez anterior, y que aceptasen una pequeña cesta con algunos tipos de queso y manjares, que suponía no disponían en su poblado. Cuando finalizó la visita, le confesó el motivo principal de su asistencia allí, y que Asha estaría esperándola en el lugar que tenían ya pactado. Y la hermana, utilizando la distracción de la presencia de Noa, aprovechó para escabullirse e ir al encuentro de su compañera. Ambas hablaron y utilizaron ese tiempo para ponerse al día y contarse sus cosas, mientras ella leía un libro dentro del coche dándoles su espacio. Y para desconcierto de Noa, cuando volvieron de nuevo al resort, su amiga estaba triste.

— ¿Todo bien?—le preguntó confusa cuando aparcaron el jeep en su lugar.

—Sí, todo bien.

—Has estado muy callada todo el camino, Asha.

—Tienes razón. —confesó mientras se rascaba la frente preocupada. —Solo son problemas familiares.

Y soltando un fuerte suspiro enseñó los dientes simulando una sonrisa, encubriendo a su amiga lo angustiada que había quedado después de hablar con Hadiya. Ya bastante había pasado últimamente, como para preocuparla aún más con sus problemas. Cuando encontrara el momento adecuado, le hablaría de las dificultades por las que estaba pasando su hermana, si en todo caso no conseguían resolverlas de alguna manera antes.



Cuando llegaron los nuevos clientes, las dos estaban listas y preparadas delante de la puerta, con unos pequeños refrigerios para ofrecerles. Noa se presentó y les dio la bienvenida al lugar, asegurándoles que estarían a su entera disposición para lo que necesitaran, y deseándoles una agradable y magnífica estancia. Y mientras descargaban las maletas, una pareja se acercó a ellas.

—Querida, ¿podrías convencer a mi esposa de que no va a correr ningún peligro en este safari?—Le preguntó un hombre de cierta edad, mientras miraba a su mujer con condescendencia. — Tiene la loca idea, de que un león la va a devorar de noche, cuando estemos durmiendo en la tienda de campaña.

—No se preocupe, le puedo asegurar que no corre ningún peligro. Se encuentra en las mejores y competentes manos posibles. —le aseguró con una sonrisa.

— ¿Es cierto que los hipopótamos de noche se acercan tanto al campamento, que podrían tirar con las tiendas y hacernos morir aplastados?—le preguntó angustiada la pobre mujer.

Y Noa en verdad no sabía que contestarle. Miró hacia Asha buscando su ayuda para que respondiera a esa pregunta, pero su amiga se quedó esperando a que ella le contestara.

—Pues...—empezó a decir dubitativa.

— ¿Y es cierto que ha habido casos de turistas, que han sido devorados por cocodrilos al volcar estos la canoa donde viajaban?—preguntó nuevamente la bendita señora.

—Yo no...

La pareja la miraba esperando una respuesta que ella no sabía dar. Y se dio cuenta que a pesar del tiempo que llevaba allí, era totalmente desconocedora de lo que pasaba puertas afuera del resort.

—No tiene nada de qué preocuparse. —Le aseguró Alonso sacándola del atolladero en el que se había metido sin querer. —Hay mucha leyenda urbana sobre la fauna de África. Le puedo asegurar, que nosotros somos mucho más peligrosos que cualquier animal que vaya a descubrir en estos días. Es cierto que los hipopótamos salen a comer de noche, pero si no se les molesta son totalmente inofensivos, y tenemos personal cualificado y armado en caso necesario. Y sobre los cocodrilos devora hombres, es

totalmente falso. Le prometo que estará más segura aquí, que en una ciudad donde puede ser atropellada en cualquier momento por un conductor descuidado.

—Lo ves, cariño. —Le sermoneó el marido al escuchar lo que él quería oír. —Tienes que dejar de ver tantos documentales. Menudo viaje me estás dando.

—Pues yo no me fio. —Insistió la mujer tercamente, mientras el marido se la llevaba a su bungalow seguido de un portamaletas. — El otro día salió en las noticias, que un león le arrancó de cuajo un brazo a una mujer.

—Sí, sí, cariño, pero eso fue en el zoo. —le aclaró para que dejara de protestar. — Seguro que el gobierno no paga a tiempo las reservas de comida, y los animales están muertos de hambre. Pero aquí hay tantos que tienen un extenso menú donde elegir.

—No sé, no sé...

— ¿Qué te apuestas a que habrá un montón de leones esta noche, preguntándose qué les apetecerá cenar? Estarán decidiendo si comerse un Ñu, una cebra, o una linda gacela.

— ¿Tú crees?

— ¡Pues claro, mujer! Lo que has escuchado por ahí no son más que paparruchas. Y ese amable caballero te lo acaba de confirmar.

—Está bien. —claudicó la mujer. —Pero que conste que no las tengo todas conmigo. Cuando la pareja desapareció de su vista, los tres se miraron divertidos entre ellos.

—Son adorables. —comentó Asha cautivada.

Y Noa sonrió alegre reafirmando su opinión, hasta que recordó que Alonso en ese momento era su enemigo, y la sonrisa murió de golpe. Poniéndose seria, reconoció que la había vuelto a socorrer en un momento bochornoso, pero estaba segura que era otra maniobra para ganarse su confianza, y poder manejarla a su antojo. Pero ella no iba a ser otra pobre incauta más.

—Voy a reunirme con Pierre para comprobar que todo esté correcto. —informó con sequedad.

— ¿Puedo hablar un momento contigo?—le preguntó el guía justo cuando se giraba para marcharse.

Noa se paró en seco y le contestó poniendo mala cara.

— ¿Tiene que ser ahora?

—Sí, es importante.

—No te preocupes, ya voy yo a comprobar que todo esté a tiempo. —intervino Asha. Y dicho esto se dirigió a las cocinas.

—Tú dirás.

—Vamos a mi despacho. —le dijo encaminándose hacia la recepción él también.

—No creo que haga falta. Lo que tengas que decirme puedes hacerlo aquí perfectamente. —le señaló cruzándose de brazos.

Alonso se paró en las escaleras de la entrada, sin mover un solo musculo durante unos segundos, hasta que suspiró con resignación y se giró hacia ella.

—A mi despacho Noa, ahora.

Y por no montar un escándalo delante de los demás clientes, tuvo que claudicar, pero le regaló un sonoro bufido de fastidio cuando llegó a su lado, dejándole claro que no estaba de acuerdo. El guía tuvo que hacer acopio de toda su paciencia, para contener su

fuerte carácter, pues Noa se la estaba agotando a pasos agigantados. E inspirando y expirando varias veces, siguió a ese cuerpo apetecible cuando consiguió controlarse.

—Quería informarte, que como ya no tenemos a Derek trabajando con nosotros, he decidido ascender a Shukrani para que ocupe su puesto, por lo que no será necesario contratar a otra persona. —le expuso mientras se sentaba detrás de la mesa.

—Pues gracias por molestarte en informarme, aunque no se haya tenido en cuenta mi opinión.

—Si tienes algo que añadir me gustaría oírlo. —le dijo haciéndole un gesto con la mano para que se sentara.

Un gesto que ella ignoró. Prefería quedarse de pie, pues de esa forma no se sentía con tanta desventaja. Y aunque buscó desesperadamente un motivo válido para refutar su decisión, no lo encontró. Tenía que reconocer que él estaba más preparado, y disponía de mayor información para tomar esa decisión. Pues conocía el trabajo que desempeñaba un guía, y si Shukrani era o no, la persona adecuada para ese cometido.

—No. No tengo nada que decir. —reconoció a regañadientes.

—Muy bien, me alegro que estés de acuerdo.

— ¿Puedo irme ya?—le preguntó con rudeza.

—No. —Le contestó sorprendiéndola. —Me gustaría saber, ¿qué te pasa?

— ¿A mí?

— ¿Acaso hay alguien más en la habitación?—le preguntó irónico.

Ella entrecerró los ojos para clavarle la mirada durante unos segundos.

—A mí no me pasa nada. —le contestó al fin.

— ¿Y por qué estás tan enfadada?

Noa se preguntó cómo tenía que jugar sus cartas ahora. Si lo más conveniente era dejarlas boca arriba, y soltarle todo lo que tenía en la punta de la lengua, o si por el contrario, era mejor guardarlas y utilizarlas cuando tuviese todas las pruebas y evidencias atadas y bien atadas, para que no pudieran negar ambos su implicación en lo que estuvieran tramando. Y se decidió por lo segundo.

—Te puedo asegurar Alonso que no estoy enfadada en absoluto. Pero tranquilo, si llega ese día, te confirmo rotundamente que no tendrás dudas al respecto.

Él se levantó e intentó acercarse a ella, pero al ver que daba un paso atrás con desconfianza, paró su avance para apoyar finalmente las manos y su trasero en la mesa.

— ¿Estás segura?—le preguntó mirándola con ternura.

Noa no daba crédito a su cinismo. No entendía cómo podía tener la poca vergüenza de aparentar preocupación y compasión, cuando lo único que deseaba era deshacerse de ella. Y lo peor de todo, es que fingía extremadamente bien. Si ella no hubiese descubierto su doble juego, le habría creído a pies juntillas, y habrían vuelto a jugar y a reírse de ella nuevamente.

—Completamente. —Le aseguró rotunda. —Y ahora si no te importa tengo muchas cosas que hacer.

Y no dándole opción se marchó a toda prisa.



Noa se encontraba debajo de la ducha destensando sus agarrotados músculos, y necesitaba relajarse, pues habían sido dos días muy intensos. Estaba pensando que todavía no se había dado ningún capricho desde que estaba allí, así que mañana en cuanto tuviera un hueco, pediría hora para un buen masaje. De repente, creyó escuchar un ruido y cerró el grifo de la ducha, pero cuando no volvió a escuchar nada más, y estuvo totalmente segura de que nadie la requería, lo volvió a abrir para meter la cabeza debajo y suspirar de satisfacción. Empezó a enjabonarse el pelo mientras repasaba la cena, y apretó con fuerza los dientes enfadada consigo misma, por no poder evitar sentirlos celos cuando Sofía tocaba disimuladamente a Alonso, pensando que nadie se daba cuenta. Tenía que dejar de sentir, cualquier sentimiento que no fuera odio y desprecio hacia él, pero honestamente, se le hacía muy difícil.

De repente notó como algo le rozaba un pie, y abrió un ojo que enseguida se le llenó de champú, a la vez que empezó a tantear a ciegas con él, buscando la esponja que supuso se le había caído al suelo. Pero se quedó petrificada, cuando escuchó una especie de silbido extraño que no supo reconocer. Y con la mano se quitó con rapidez la espuma que le caía por el rostro, para después proferir un alarmante chillido de puro terror, cuando observó lo que tenía justo pegado a ella.

A los pocos segundos apareció Alonso, entrando como una tromba en la cabaña. Y a ella lo único que le dio tiempo a hacer, fue a taparse como buenamente pudo el pubis y sus pechos, mientras no dejaba de gritar muerta de miedo.

— ¿Dónde está el maldito?—preguntó buscando desesperado por la habitación.

—E-es-está a-a-quí. —balbuceó ella con descontrol.

— ¿Dónde?—requirió desconcertado sin encontrar a Derek por ningún lado.

— ¿Es-es qué no-no lo ves i-idiota? ¡A-a-quí!

Alonso se paró en seco y siguió la mirada horrorizada de Noa.

— ¡¿Pero qué mierda...?!—exclamó sorprendido.

Y se giró para salir del baño y dirigirse a la habitación.

— ¡Por favor, no me dejes!—Le suplicó aterrorizada. — ¡Por favor Alonso, sácala de aquí! ¡Por lo que más quieras, no me dejes con ella!

—Tranquila. — Le dijo cuando volvió a aparecer con la funda de un cojín y una percha en las manos. —No te muevas, ¿de acuerdo?—le pidió mientras se acercaba lentamente y con mucha precaución.

—Estaba pensando justo ahora en ponerme a bailar una jota valenciana. —replicó con sarcasmo.

Pero más tranquila, cuando vio como él conseguía acorralar a la serpiente, y apretaba su cabeza suavemente con la percha para no hacerla daño, pero sí lo suficientemente firme, como para poder agarrarla con cautela y meterla dentro de la funda.

—No entiendo cómo demonios pudo entrar aquí. —comentó Alonso sorprendido, en tanto cerraba con un nudo la tela.

Y sonrió satisfecho al comprobar que nadie había salido dañado, quedándose extasiado a continuación, al advertir que la había encontrado nuevamente desnuda debajo de la ducha.

¡Dios Santo, era tan hermosa!

— ¿Puedes darte la vuelta y pasarme la toalla por favor? ¿O vas a quedarte ahí parado como un imbécil toda la noche?—le preguntó groseramente con un ojo cerrado, y picándole como el demonio por el jabón que se le había colado dentro.

De repente la sonrisa de él se esfumó tan rápido como había llegado. Y efectivamente se quedó parado, observando como el pelo mojado y apelmazado chorreaba jabón por la cara y su cuerpo, mientras ella pudorosamente, se tapaba los pechos con un brazo y su sexo con la mano. Esta vez la había pillado de frente y no de culo. Pero fue un hecho totalmente indiferente para él, pues un brillo de furia iluminó sus ojos, agotada por fin su paciencia con ella. Y francamente, harto de sus desaires.

—Definitivamente tú no aprendes, ¿verdad *niñata*?

Noa se quedó callada durante un segundo al percibir la dureza en sus palabras. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba furioso, y se maldijo mentalmente por no saber mantener su mal carácter a raya. Pero aunque no era una excusa, el miedo le había hecho perder las formas.

—Te lo he pedido por favor. —le recordó elevando el mentón con orgullo.

—He intentado tener paciencia contigo. —Le confesó dolido. —He recordado que ayer pasaste por un mal momento, y excusándote en ello, decidí no tener en cuenta tu malhumor, tus groserías, y tus desaires. Es más, me he preocupado por ti y he procurado que te abrieras a mí y me dijeras que te ocurre. He querido ser amable contigo y no tener en cuenta tus insultos velados...

— ¿Cuándo te diste cuenta? ¿A la ida o a la vuelta?—lo interrumpió sorprendida alzando una ceja.

Pero Alonso no le contestó, prefirió pasar nuevamente la mofa por alto.

— Y a pesar de todo ello me armé de toda la paciencia posible. Pero evidentemente la única explicación a tu ofensiva actitud, es que eres una malcriada y una desagradecida.

— ¡Vaya!, así que estás molesto porque no te agradecí convenientemente que vinieras a salvarme anoche.

—Yo no he dicho eso.

—Pero en definitiva es lo que piensas, ¿verdad?—le preguntó satisfecha de que saliera a la luz. —Tu orgullo de machito no soporta que no vaya corriendo a besar el suelo por donde pisas.

—No estaría mal un poco de gratitud. Pensé que tu padre te había educado mejor. —le contestó resentido por sus palabras mientras le acercaba la odiosa toalla.

Si ella creía que lo había hecho para que le estuviera eternamente agradecida estaba muy equivocada. Pero si era lo que de verdad pensaba, no iba a ser él quien la sacara de su error. Y se giró para marcharse de allí.

—Pues te equivocas. —Le dijo mientras se cubría con la tela persiguiéndolo. — Mi padre no me educó, estaba demasiado ocupado, pero sí lo hizo su dinero pagando a unas excelentes profesoras en un internado en Irlanda.

—Pues ha servido de bien poco.

—Pues ya sabes a quien reclamarle. —Le soltó harta de que siempre saliese su progenitor en las discusiones que mantenía con él, mientras se secaba el ojo con un

trozo de toalla seco. — Además, no entiendo a qué viene tanto lloriqueo, te recuerdo que es tu maldito trabajo.

Alonso se paró en seco y apretó con fuerza el nudo de la funda del cojín. Y se giró rabioso hasta pegar su nariz contra la de ella.

— ¡Te juro que no hay dinero suficiente en el mundo que pague el tener que soportarte, *niñata*! ¡Estoy cansado de tus rabietas, estoy harto de tener que soportarte, y hasta los mismísimos... de todas tus tonterías!

¡Bien! ¡Por fin había salido la verdad!—pensó satisfecha sin tenerle ningún miedo.

Se dijo que lo tenía justo donde quería, y dando un paso hacia atrás y poniendo los brazos en jarras, se preguntó si el hombre tendría los suficientes redaños para confesarle la verdad.

—Y dime Alonso, ¿qué es lo que piensas hacer para remediarlo?

Éste se estiró cuan largo era y aspirando fuerte por la nariz le soltó.

—Pues terminaré por enseñarte la educación que el dinero no ha sabido pagar. Así que mañana por la mañana te quiero preparada y dispuesta porque te vienes de safari conmigo.

— ¡¿QUÉ?!—exclamó estupefacta.

—Lo que has oído, *niñata*. Sí te vas a quedar a trabajar aquí, no puedo permitir que no sepas responder a unas simples preguntas de los clientes. Así que esta semana haré la ruta de Derek y tú vendrás conmigo, y de paso te enseñaré unos pocos modales.

— ¿Es una broma verdad?—le preguntó sin salir todavía de su asombro.

—Acaso me estoy riendo. —le contestó dirigiéndose hacia la puerta.

— ¡De eso nada! ¡Ni loca voy a ir!

—No te lo he preguntado, es una orden. —manifestó categórico, y salió de la cabaña.

Y Noa detrás de él. Todavía envuelta en la toalla, con el ojo cerrado por culpa del champú que se había colado nuevamente, el pelo mojado y apelmazado, y totalmente descolocada, no podía creer lo que le estaba pasando. Había pensado que lo tenía acorralado, y que había desbaratado su plan al haberlo enfurecido tanto que perdiese los papeles por completo, y confesase sin querer lo que realmente planeaba con su amiguita. Pero por nada del mundo se esperaba este cambio de escenario, y menos, que la obligase a ir con él de safari entre todos esos animales salvajes. Y muerta de miedo se le encogió el corazón.

— ¡No puedes obligarme, Alonso!—Le gritó agarrada al pasamanos.

—Sabes perfectamente *niñata* que cumplo mis amenazas—le contestó mientras caminaba hacia su bungalow. —Así que tú decides si quieres ir por las buenas o por las malas.

— ¡Te odio me oyes! ¡Te odio!

Y de repente advirtió a una pareja de clientes acercándose, mientras caminaban tranquilamente dando un pequeño paseo.

— ¡Oh!, buenas noches señores Ledesma, espero que estén disfrutando de las magníficas vistas. — comentó, completamente abochornada por haberla pillado con semejantes pintas.

—Ciertamente. —contestó el hombre.

— ¡Oye!—soltó su esposa dándole un manotazo en el pecho.

Y se quiso morir al darse cuenta de lo que había dicho. La pequeña mujer que iba agarrada a su marido la miró divertida, y sonriendo acalorada, intentó salvar el momento como buenamente pudo. Así que simuló que aquello era algo de lo más normal, y atusándose el pelo y comprobando que la toalla la tenía correctamente sujeta al cuerpo, finalizó.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? Les aconsejo que descansen bien, pues mañana será un día muy emocionante.

Y dicho esto, corrió como alma que lleva el diablo dentro de su cabaña completamente mortificada, mientras la pareja de recién casados se quedaban totalmente sorprendidos, al escuchar los siguientes gritos.

— ¡Maldito seas, Alonso Rivas! ¡Maldito seas!

Capítulo 15

— ¡Maldita sea!—Maldijo Alonso dejando la funda con la serpiente encima de su cama. — ¡Juro por Dios que a esa mujer no la entenderé en la vida!

Empezó a pasearse de un lado a otro de la cabaña exasperado por su actitud. En verdad había intentado poner todo de su parte para llevarse bien, pero únicamente ella conseguía sacarlo de quicio de esa manera.

La noche anterior cuando se había quedado dormida entre sus brazos, agotada por el llanto y el shock emocional tan fuerte al que había sobrevivido, él se quedó casi hasta el amanecer observándola maravillado. Había memorizado cada uno de sus rasgos, de lo largas, rubias, y rizadas que eran sus pestañas. Del lugar exacto donde se encontraban los exquisitos lunares de su cara, de la manera en que fruncía el ceño cuando dormía, o de cómo le gustaban los suspiros que de vez en cuando se le escapaban en sueños al acariciarle el pelo. Era tan hermosa, tan frágil, y a la vez tan fuerte.

Por un momento el pánico le había calado hasta el tuétano, cuando al principio no fue capaz de hacerla reaccionar, respirando con inmenso alivio cuando poco a poco vino en sí, hasta tranquilizarse lo suficiente. Y su alma había llorado con ella cuando rota por el dolor, exorcizó con cada lágrima y con cada sollozo, ese tormento tan arraigado que llevaba enterrado dentro. Y supo sin lugar a dudas, que no solo había llorado por Derek. Ese llanto desgarrador le hacía sospechar que había algo más profundo, algo más doloroso que la atormentaba, que solamente el abuso del americano. Preguntándose, si en algo tendría que ver el tal Daniel, cuando en medio de la fuerte conmoción susurraba su nombre una y otra vez. Y hubiese dado lo que fuera para que ella no sufriese más, dándose cuenta en ese momento, que Noa era más importante para él de lo que creía.

El que ella le suplicase que se quedase, le había henchido su corazón de orgullo y de una increíble ternura por confiar tan ciegamente en él, y un instinto protector tan primitivo como el hombre se apoderó dejándolo sorprendido. Y se había prometido que haría lo que fuera para protegerla, para que nada ni nadie la hiciesen llorar de esa manera. Pero quizás su promesa había sido apresurada, pues en ese momento el que quería retorcerle el cuello era él.

Alonso se sentó en la cama y se revolvió el pelo con las manos varias veces.

— ¿Qué demonios le pasa?—se preguntó echándose de espaldas con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

Cuando le pidió perdón lo había hecho con el corazón en la mano, pues reconoció que se había equivocado con ella. La había juzgado precipitadamente y de forma errónea, y admitía que a veces su actitud no había sido la mejor ni la más diplomática. Pero ella también tenía su parte de culpa, como en esos momentos por ejemplo. Y en ningún caso la había oído disculparse, haciéndole dudar de cuál de las diferentes caras que había visto era la verdadera Noa. No entendía qué diablos había ocurrido, para que su actitud pasara por intentar llevarse bien con él la noche anterior, a volverse nuevamente terca y testaruda con desprecios varios hacia su persona. Pareciera como si

hubiese hecho algo mal, como si pretendiera castigarlo por algún error cometido. Pero el caso era que no tenía ni la más remota idea de en qué se había equivocado. Y había procurado hablarlo, sentarse con ella tranquilamente e intentar descubrir que era lo que realmente le pasaba. Pero era la mujer más cabezota, exasperante, y necia que había conocido en su vida.

Con Noa las cosas nunca eran fáciles, pues era como estar en una continua batalla de voluntades, para ver quién de los dos daba el brazo a torcer antes. Y a pesar del esfuerzo y paciencia que había empleado en llevarse bien, en poner lo máximo de su parte para lograrlo, todo se fue al garete en un solo instante. Y lo peor, es que el grado de frustración con ella era tan grande, que nuevamente había perdido los estribos.

Alonso se levantó pues necesitaba una copa. Se acercó a la mesa donde una botella de whisky y unos vasos lo estaban esperando. Se sirvió uno, y se sentó en un sillón de la pequeña terraza, que daba a la cabaña de la persona que ocupaba sus pensamientos desde que había llegado.

Se preguntó en qué demonios había estado pensando, cuando le ordenó ir con él al día siguiente de safari. Si les faltaba poco para matarse entre ellos compartiendo pocas horas al día juntos, imagínate en un coche incómodo y lleno de gente, en medio de la sabana africana y rodeados de fieras salvajes. Tenía claro que aquello iba a acabar en una tragedia. Pero nuevamente la ira lo había cegado, tornándolo impulsivo e irracional, y haciéndole tomar decisiones equivocadas, o por lo menos altamente cuestionables.

Se tomó un trago de su copa quemándole la garganta a su paso, mientras escudriñaba la oscuridad, para ver si captaba algún movimiento en la cabaña de enfrente. Y se preguntó si inconscientemente no lo había hecho a propósito. Si no había tomado aquella decisión impulsado por la rabia, pero también sabiendo que era la única manera de tenerla cerca. Y giró la cabeza para posar su mirada en la funda del cojín, que todavía se encontraba encima de la cama donde él la había dejado minutos antes. Y una duda empezó a escarbar en su mente. ¿Cómo podía ser que un animal tan mortíferamente peligroso como la mamba negra, se hubiese colado precisamente en la ducha de Noa?

Gracias a Dios, aunque era una serpiente extremadamente venenosa y muy nerviosa, no era en absoluto agresiva sino más bien esquiva, logrando con sus gritos alertarlo a él, mientras que el animal incómodo en su presencia intentaba escapar. Y el buen tino de no moverse de Noa, evitó una tragedia a mayores, pues justo en ese momento no tenían reservas de antídoto en el resort si hubiera sido mordida. Y el corazón se le encogió de angustia solo de pensarlo. Si a ella le ocurriese algo él...

Pero Alonso negó con la cabeza varias veces, antes de tomar otro trago desterrando esa imagen. Y sacudió nuevamente la cabeza cuando una sospecha cruzó por su mente, pues no podía creer que la marcha de Derek tuviera nada que ver con aquello. También era verdad que creía conocerlo bien, y la noche anterior lo había sorprendido muy negativamente. Pero no. Lo creía capaz de muchas tonterías, pero de homicidio no. Y una cosa era no estar capacitado para no controlar tus bajos instintos estando borracho, y otra muy distinta, intentar matar a Noa a sangre fría. Tenía que haber sido una fatídica casualidad y punto.

Y suspirando volvió a fijar su mirada en el bungalow de enfrente, preguntándose que estaría haciendo ella ahora.



Era primera hora de la mañana, y Noa se encontraba sentada tranquilamente en la terraza de su habitación, después de haber pedido que le enviaran el desayuno, y de hablar con Asha sobre lo que tendría que hacer esa semana en su ausencia. Sabía que era tarde, y que seguramente estarían esperando por ella para salir de viaje, pero le daba exactamente igual. El señorito quería obligarla a ir, ¿no?, pues no se lo iba poner fácil. Se arrepentiría de su decisión, y de eso ella estaba completamente segura. ¡Vamos que lo estaba! Le iba a hacer la vida tan imposible que lamentaría el haberla obligado a ir el resto de su vida.

No había pegado ojo en toda la noche, pues en su cabeza bullían tan diversos pensamientos que no fue capaz de conciliar el sueño. Y aunque lo intentó, se dio por vencida a altas horas de la madrugada.

Alonso tenía la desagradable virtud de enfadarla hasta límites insospechados, y no dejaba de darle vueltas a su traición con la doctora. Eso, más su enfado por obligarla a hacer algo que no quería, y sobre todo y más importante, su pánico al imaginar que pudiera aparecer otro bicho como el de antes, le habían impedido poder dormir con tranquilidad. Tanto había sido el temor, porque una serpiente o cualquier otro animal se colaran en su cabaña, que había estado a punto de coger sus petates y marcharse a dormir al hotel. Pero la certeza, de que ese Tarzán de pacotilla y su amiguita bruja se iban a mofar de ella, le dio suficiente coraje para quedarse allí. No iba a permitir que se volvieran a reír de ella, antes muerta.

Por tanto, había disfrutado de unas horas de insomnio, que había aprovechado para pensar y darse cuenta de varias cosas. La primera; que no sabía cómo demonios iba a pasar todas esas noches a la intemperie, con leones, rinocerontes, serpientes, hipopótamos, cocodrilos, y demás bestias salvajes rondándola. Y el que durmiera en una tienda de campaña, para ella significaba lo mismo que dormir al raso. Se le hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Segundo; que gracias a esa desagradable virtud, Alonso conseguía que sus miedos siempre quedasen en un segundo plano. Pues pasaba más tiempo odiándolo a él, que pensando en el terror que había sentido con Derek, o con la serpiente colándose en su habitación.

Y tercero, y esto era lo que más le repateaba el estómago; que en cierta forma había sido injusta con él.

No podía reclamarle por una traición que no era tal, pues entre ambos no había nada. Él era una persona libre de estar con quién quisiese, estuviera ella de acuerdo o no. Qué opinase que su actitud de estar con dos mujeres a la vez era reprochable, sí, sin duda, pero no era asunto suyo. Alonso no tenía culpa de que ella se sintiese tan malditamente atraída por él. Tampoco tenía culpa de que ella bajase la guardia, y pretendiese abrirse para contarle lo que le atormentaba desde hacía más de año y medio.

Solo había habido un beso entre ellos. Un triste beso que seguramente había significado mucho más para ella que para él. No podía culparle por todo, ya que ella también había cometido errores. Y sobre todo, y lo más importante, es que él tenía una vida antes de conocerla, y no iba a cambiarla drásticamente porque ella lo deseara. Máxime cuando no existía nada entre ellos, ni relación, ni promesas, ni compromisos, ni nada que los atara a ambos. Por lo tanto tenía que entonar su mea culpa referente a eso.

Pero sí podía odiarlo por obligarla a hacer algo que no quería, sobre todo cuando le daba tanto miedo estar entre animales salvajes. Hasta el momento de la serpiente, no se había percatado de lo peligroso que era ese país. Si no teníamos en cuenta su altercado con el leopardo, claro. Pero ella no lo había visto, por lo tanto no contaba, por mucho que Asha la hubiera advertido. Además, gracias a su *gran virtud*, Alonso había conseguido que lo olvidase enseguida por estar más preocupada en otras cosas, como por ejemplo ÉL, que en el peligro que había corrido.

De repente unos fuertes golpes sonaron en la puerta.

— ¡Noa, abre de una vez!—gritó el hombre que ocupaba sus pensamientos después de esperar unos segundos.

No se dignó a contestarle, que la tirase abajo por lo que a ella le importaba.

— ¡He dicho que abras, maldita sea!

Como no le hacía caso, Alonso pensó en la puerta de lona trasera que daba a la terraza, solo tendría que abrir la cremallera y podría acceder al interior. Y justo cuando se dirigió hacia allí, se la encontró sentada tan tranquila leyendo un libro.

— ¿Se puede saber que estás haciendo?—preguntó enfadado.

Ella le enseñó el libro con evidente burla.

—Creo que es obvio, pero si eres tan corto que tenga que explicártelo...

—No tienes tiempo para ponerte a leer, estamos esperando por ti.

—Por mí no te hagas mala sangre hombre, te aseguro que no me importará en absoluto que os vayáis sin esperarme.

—Cuando anoche te sugerí que hoy vendrías conmigo de safari, ¿qué parte exactamente no entendiste?

— ¡Ah, bueno! Que fue una sugerencia, entonces. Qué alivio, pensé que había sido una orden. Si es así me quedó más tranquila, pues declino tu oferta.

—Escúchame bien *niñata*, salimos en este mismo instante. Y ya te advertí ayer que ibas a venir por las buenas o por las malas. Así que tú decides, o empiezas a caminar delante de mí o te llevo a rastras.

Noa soltó un suspiro melodramático, y con mucha, mucha parsimonia, cerró el libro que estaba leyendo y se levantó de la silla. A continuación, se fue al lavabo a retocarse el maquillaje y cepillarse nuevamente el pelo, después se fijó detenidamente en un pequeño granito que le estaba saliendo en la barbilla, y se arrepintió por no haber metido otro tubo más, de su carísimo exfoliante en la maleta cuando se fue de España. Y todo esto con un Alonso impaciente, caminando de un lado a otro reprimiendo las ganas de matarla con sus propias manos.

Agarró su neceser de Louis Vuitton, y revisó concienzudamente que todo lo que había dentro estuviera correcto, y cogiendo su plancha de pelo le preguntó al guía.

— ¿Sabes si necesito un transformador de doscientos veinte voltios?

—Nos vamos a la selva *niñata*, no a un hotel de cinco estrellas. No hay un maldito enchufe en kilómetros a la redonda donde puedas conectar eso.

—Vale, vale, pensé que en alguna aldea masái tendrían un generador o algo así.

Alonso bufó exasperado, elevando las manos al cielo y soltándolas a continuación, golpeando con ellas sus costados en tanto le rogaba a Dios que le diera paciencia. Y ella divertida lo observó a través del espejo del baño.

—Está todo. —comentó mientras dejaba el neceser encima de la cama. —Ahora le toca a la ropa. —Y abrió las puertas de los armarios dejando ver su extenso vestuario. —Umm... no sé qué llevar, ¿tú qué me aconsejas?

— ¡Por todos los santos, Noa! ¿A dónde te crees que vas?, ¿a la pasarela Cibeles?—gruñó llegando casi a su límite mientras ponía los brazos en jarras.

—Tengo que pensarlo detenidamente, no puedo ir con cualquier facha. ¿Qué pensarían los clientes?—le respondió haciendo un verdadero esfuerzo por no reírse delante de él.

— ¡Oh, por el amor de Dios! ¿Acaso crees que van a estar más pendientes de tus modelitos que del paisaje africano?—le soltó perdiendo la paciencia por completo.

Y se dirigió a grandes zancadas donde ella estaba, dispuesto a finalizar con aquella tontería.

— ¡Chist!—le chistó levantando una ceja, y lanzándole una mirada de advertencia antes de que se acercara demasiado. —Ni se te ocurra tocarme que nos conocemos, Alonso.

Él se llevó la mano que iba a sujetarla por el brazo a la nuca, y se la empezó a frotar con evidente frustración. Dio varias vueltas mientras inspiraba profundas bocanadas de aire para calmarse.

—O terminas de una puñetera vez o te caliento el trasero como el otro día. Y te puedo asegurar *niñata*, que me darías una enorme alegría si tengo que cumplir mi amenaza. —finalizó con una perversa sonrisa.

Noa posó dos dedos en su frente con delicadeza, mientras suspiraba con condescendencia, y empezó a masajearse la frente simulando un inminente dolor de cabeza. El mismo que pretendía ser para él.

— ¿Sabes qué podría denunciarte por malos tratos?, ¿o por amenazas, abuso de autoridad, maltrato psicológico, denigración de la mujer?—le desafió, en tanto iba a buscar su maleta ya hecha que tenía escondida en el baño.

Y cuando salió con ella, Alonso se quedó pasmado al advertir que todo lo anterior lo había hecho solo para fastidiarlo. Y pasando delante de él, después de coger su neceser de mano, finalizó.

—Querido, yo también sé proferir amenazas y te aseguro que también las cumplo.

Y abrió la puerta para marcharse tan tranquila de allí, después de haber cumplido con su objetivo.



Cuando se subió al jeep, solo había un asiento libre al lado de la pareja que la noche anterior, la había pillado medio desnuda y despotricando contra Alonso. Y muerta de vergüenza y sonrojada hasta las cejas, no le quedó más remedio que sentarse al lado de ellos.

—Buenos días. —saludó abochornada.

—Buenos días. —contestaron todos.

Y casi no dándole tiempo a acomodarse, Alonso encendió el coche y salió pitando de allí, seguido de cerca por Shukrani que conducía el otro vehículo.

— ¿Usted también viene?—le preguntó la mujer, rompiendo el hielo después de unos tensos segundos.

—Sí. Llevo poco tiempo trabajando en el resort Montalbo, y creo que es conveniente que conozca el recorrido que hacen los clientes.

—Me alegro tanto de escuchar una voz española. —Le comentó alegremente. —Mi nombre es Alexia, y soy de Vigo, aunque ahora vivo con mi marido Martín, en México.

El hombre asintió con la cabeza a modo de saludo, y de pronto Noa se quedó muda de asombro y con la boca abierta de par en par. Era tan guapo que quitaba el aliento.

Intentó recordar si cuando llegaron al hotel lo había visto. Pero no, llevaba unas gafas de sol y una gorra calada, y no había reparado muy bien en él sino más bien en su mujer. Y por la noche, seguramente por la mezcla de vergüenza, el evidente enfado con Alonso, que estaba oscuro, y el maldito jabón en el ojo, no se pudo fijar bien. Pero ahora...

¡Vaya!, ¡qué suerte tiene la condenada!—pensó, volviendo a centrar su atención en la pequeña y morena mujer que tenía a su lado.

—Te entiendo perfectamente, a mí me pasó exactamente lo mismo la primera vez que lo vi. —comentó divertida, mientras Noa se ruborizaba hasta las cejas nuevamente, al ser pillada de forma tan flagrante.

—Yo... lo siento. No... no era mi intención ofender.

—Tranquila. —Le contestó mientras se echaba a reír. —Ya estoy acostumbrada al efecto que mi marido causa en las mujeres. —y acercándose a ella como si le quisiera hacer una confidencia le dijo. — ¿Y sabes lo peor?

Negó con la cabeza. Y Alexia le echó una ojeada burlona a su marido que la observaba divertido.

—Qué él lo sabe. —y se volvió a echar a reír.

Martín agarró la cara de su mujer entre sus manos, y murmuró contra su boca antes de besarla.

—Y tú sabes que yo solo tengo ojos para ti.

Y Noa se quedó contemplándolos muerta de la envidia, pues se notaba a la legua que ambos se amaban de verdad. No hacía falta más que ver el amor que se profesaban para darse cuenta de ello. Y deseó con toda su alma, poder encontrar a alguien al que amar y que la amara de la misma manera, y no pudo evitar mirar a Alonso que iba conduciendo. Y justo en ese momento, como si hubiese sabido que estaba pensando en él, el guía giró un momento la cabeza para encontrarse con su mirada, que ella desvió avergonzada por sus pensamientos.

Los tres se cayeron bien enseguida, y aunque Noa habló con el resto de clientes, tanto ella como Alexia sintieron una conexión especial. Quizás porque ambas eran del

mismo país y se encontraban viviendo lejos de casa, o porque la morena era una mujer de trato amable y cercano con la que se sentía identificada, el caso es que hablaron durante todo el trayecto como si hubiesen sido viejas amigas, logrando con ello hacer el camino más ameno.

Salieron del resort, que se encontraba en el parque nacional de Aberdare, camino al parque nacional Monte Kenia. Durante ese tiempo, Alexia le contó cómo había conocido a su marido y a qué se dedicaba, dejándola tan pasmada como el paisaje que contemplaba desde el jeep. Alonso los llevaba por caminos poco transitados, en continuo contacto a través de la emisora con Shukrani y otros rangers que iban diciendo su posición, y donde encontrar a los animales salvajes que poder observar con unos prismáticos, o en algunos casos a unos pocos metros.

Cruzaron bosques, laderas, y numerosos valles de una hermosura tal, que Noa no daba crédito. Tenía la sensación de encontrarse en otro mundo, y aunque se cruzaban con otros vehículos que también iban de safari, por momentos creía estar en un Edén propio. Se pararon varias veces para observar a una preciosa manada de elefantes, el bello y tímido antílope bongo, un amenazador rinoceronte macho, y un leopardo subido a una rama de un árbol mientras movía la cola lánguidamente, y que si no llega a ser por Alonso nadie habría visto. Mientras se cruzaban con una enorme variedad de pájaros, incluida una majestuosa águila coronada, además de los jabalís salvajes que ya había visto anteriormente, junto con los famosos monos Sykes de los cuales no tenía un buen recuerdo, Alonso les iba hablando de cada uno de ellos. Notándose cuando hablaba, que sentía verdadera pasión y adoración por todo aquello. Y ella empezó a comprenderlo, pues advirtió maravillada, que todo a su paso era de una belleza tan salvaje como él.

Pero cambió de opinión cuando al mediodía, se encontraban sentados en unas mantas en el suelo a modo de picnic debajo de un árbol, almorzando los deliciosos sándwiches y viandas que había preparado Pierre. Cuando unos molestos pájaros empezaron a sobrevolar sus cabezas, en busca de un bocado más apetecible. Acabando con Noa siendo perseguida por un par de ellos, mientras daba vueltas y manotazos al aire alrededor de las mantas, gritando que se los sacaran de encima.

Y tampoco lo pasó nada bien, cuando casi empezando a anochecer y de pura suerte, se encontraron con una leona subida a un árbol. Alonso les contó que en aquella zona del país era muy común que los felinos se encaramasen a las alturas, pues al no ser una zona llana sino boscosa, era donde tenían mejor visión para encontrar a sus presas. Además de escapar de las fastidiosas moscas, y de encontrar un lugar cómodo donde dormir a sus anchas. Pero los faros del coche deslumbraron al animal, que molesta bajó rápidamente del árbol, y cuando creían que esa era la única acción que iba a realizar, de repente comenzó a correr acercándose peligrosamente al jeep.

A Noa, el corazón se le puso en la garganta al ver como aquella poderosa fiera, se dirigía directamente a ellos de forma amenazadora. Y se tapó la boca con ambas manos totalmente atemorizada, hasta que Alonso tocó el claxon asustando a la bestia, y haciéndola huir en dirección contraria.

Llegaron a la zona cerca del Monte Kenia, donde les esperaban el resto de trabajadores que ya estaban preparando la deliciosa cena. Además de los del hotel, había un par de empleados en los diversos campamentos que tenían por varios parques

y reservas nacionales donde pernotarían, y que se ocupaban de mantener las tiendas y el recinto en perfecto estado, junto con el cocinero y ayudante de cocina, que eran los únicos que viajaban con ellos en el jeep a cada localización.

Las tiendas eran sencillas pero muy lujosas, y extremadamente cómodas y funcionales. Compuestas de una enorme cama con su mosquitera correspondiente, una mesita de noche con un gran candil encima, y un baúl donde meter algunas pertenencias. También disponía de un coqueto baño con ducha, donde poder refrescarse después de las agotadoras jornadas de excursión, que fue lo que hicieron todos los viajeros al llegar. Disfrutar de una refrescante y merecida ducha.

Cuando Noa estuvo lista y salió de la tienda, se dirigió al lugar donde estaba la mayoría de gente, que no era otro sitio, que una pequeña hoguera central con varias mesas alrededor, engalanadas con sus manteles blancos, su fina y elegante cubertería, y una pequeña vela dentro de un recipiente de cristal colocado en el centro. Al lado de la vela, y desperdigados por el suelo y algunas ramas de los árboles, había varios candiles que arrojaban una tenue luz, ya que no había electricidad en el campamento, pero que eran suficientes para recrear un romántico y acogedor ambiente. Cerca de ellos, en unas mesas portátiles y decoradas distinguidamente, había varias bandejas tipo bufet con diferentes clases de comida que podías escoger para degustar, servidos por el cocinero y su ayudante. Desde arroz blanco, ensaladas, una carne marinada y hecha a la brasa, unas salchichas cocinadas de la misma manera, y puré de patatas. Todo se veía y olía delicioso, así que muerta de hambre comenzó a servirse en un plato, para después buscar una mesa libre donde sentarse.

Encontró una que no estaba ocupada, y se sentó en ella contenta de poder tener un poco de privacidad. Pero su alegría fue breve, cuando a los pocos minutos se sentó Alonso.

—Parece que al final si te gustaron los testículos de mono. —comentó al sentarse y ver como se llevaba el tenedor a la boca. —Tanto protestar para nada.

Noa se quedó con el cubierto suspendido en el aire.

—Esto no son testículos de mono. —afirmó, rezando con tener razón.

— ¿Le preguntaste a Yaawar?—le sugirió con una sonrisa ladeada. —Es quien los ha cocinado, así que es la persona adecuada para salir de dudas si no te fías de mí.

—Por supuesto que no me fío de ti. Pero me subestimas Alonso, si crees que me voy a tragar que habéis cocinado eso para dar de cenar a los clientes. —y dicho esto se metió el tenedor en la boca para masticar su contenido, lanzando a continuación una mirada triunfadora, y respirando aliviada al advertir que era ternera asada lo que estaba comiendo.

Él la observó divertido y con un brillo de admiración, por atreverse a comerlo de todas formas, no estando segura de lo que era.

— ¿Acaso no hay más mesas libres donde puedas sentarte?—le preguntó molesta después de tragar el bocado. —No sabes lo que hacer con tal de molestarme, ¿verdad?

Alonso se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—En verdad lo lamento *niñata*, pero la vida no gira alrededor tuyo. Si te fijaras en algo más que en tu ombligo, te darías cuenta de que están las mesas justas para las

parejas de clientes que tenemos en este viaje. Y se añade otra más para el guía y la doctora, pues Shukrani prefiere comer con sus compañeros, después de comprobar que todo el perímetro es seguro. Por tanto, no me queda más remedio que tener que compartir la mesa contigo, ya que Sofía no está. Pero vete acostumbrándote, porque no pienso comer apartado para no molestar a la *princesita*. Si tanto te incomoda mi presencia, tienes mi permiso para marcharte.

Noa observó su pose retadora y decidió que no iba a darle el gusto, por lo que procedió a seguir degustando su comida en silencio. Si estaba decepcionado por no tener a su amiguita allí no era culpa suya, sino que no la hubiera obligado a ir. Y por supuesto que no se iba a ir a ningún lado.

¡Solo faltaría, vamos!

Y él al observar que no presentaba batalla se relajó para empezar con la suya.

Minutos después, se encontraban los dos con los estómagos llenos relajándose en silencio, mientras ella saboreaba el resto de vino que le quedaba en su copa, y Alonso bebía una cerveza fría.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?—se atrevió al fin Noa, después de darle muchas vueltas a la cabeza.

Él giró la suya para observarla de frente con curiosidad, y después de unos segundos asintió.

—Ayer estuve hablando con Asha sobre la importancia de los medicamentos que donáis a los más desfavorecidos. —comenzó a hablar tímidamente sin ser capaz de mirarlo directamente. —Y estuve comprobando, que nosotros hacemos muchos pedidos de frutas y verduras, y de algunas carnes de animales como pollo o cerdo en la ciudad de Nyeri.

—Ajá. —comentó al ver que paraba de hablar.

—Me gustaría ayudar Alonso. —le dijo cogiendo valor para mirarlo de frente, pues lo que iba a pedirle era importante para ella. — He observado que las gentes de los poblados cercanos se dedican al campo y al pastoreo, y he pensado que podríamos darles las herramientas para que ellos mismos produzcan los alimentos que nosotros necesitamos, sin tener que recurrir a las ciudades más grande y alejadas de nosotros. Donde inflarán los precios, aprovechándose de que no tenemos donde más recurrir, y que el hotel exige una excelente calidad por nuestros clientes.

El hombre se quedó callado observándola atentamente y Noa empezó a ponerse nerviosa.

— ¿Y...? ¿Y si nosotros les diéramos esos recursos? Desconozco el procedimiento a seguir, no sé si el gobierno tiene terrenos que podamos arrendar, o si nos darán permisos para ello, pero... —y se interrumpió al darse cuenta que él todavía no había dicho nada.

— ¿Pero?

—Pero podríamos intentarlo. Podríamos comprar los animales y que ellos los criaran, construir invernaderos donde plantar las verduras, enseñarles a manufacturar algunos alimentos como quesos, yogures, nata, hacer embutidos, ahumar carnes. Ellos trabajarían por un buen sueldo. O incluso crear microcréditos para que puedan prosperar por cuenta propia, y que nos pagarían después con género poco a poco. No

sé, ayudarles a empezar de alguna manera, conseguir que sean autosuficientes y no depender de nadie externo.

Como Alonso seguía sin dar su opinión, ella cada vez estaba más nerviosa. Necesitaba que la apoyase en eso. Llevaba tiempo dándole vueltas y creía que era una muy buena idea.

—No puedo quedarme parada viendo cómo se mueren de hambre. Éste es un país rico, y si nosotros les ayudásemos... al principio no ganaríamos mucho, pero después resultaría un buen negocio. Estoy segura.

— ¿Y cómo pretendes hacerlo?—le preguntó al fin. — Es un proyecto muy ambicioso. ¿Le vas a pedir el dinero a tu padre? ¿Cómo con los ordenadores?

Ella se quedó callada durante unos segundos sin saber qué decir. Y Alonso negó con la cabeza mientras expresaba decepción en su rostro, al ver como se quedaba muda sin dar una respuesta.

—Tu idea es muy loable, Noa. Pero tú te marcharás en cualquier momento, y yo no tendré ni energías ni poder para enfrentarme a tu padre cuando ya no estés. Lo que tú pretendes no solo requiere dinero, sino tiempo, esfuerzo y trabajo. Y los demás ya tenemos suficiente con lo que llevamos auestas. Además, puedo asegurarte que tu padre se negará en redondo. Llevo detrás de él pidiéndole unas pequeñas reformas que necesita el hotel, y no quiere proporcionar el capital para realizarlas.

Y bebió un trago de cerveza al acabar de exponer sus argumentos. No iba a participar en el capricho momentáneo de una *niñata*, para que después se fuera y lo dejara a él con el marrón. Tenía que reconocerle el mérito de querer ayudar, pero en cualquier momento se marcharía sin mirar atrás, y tenía que pensar no solo en él, sino en todas esas personas que quedarían destrozadas cuando vieran su proyecto naufragar. Si es que algún día salía a flote, lo cual dudaba mucho, por las razones que había dado anteriormente.

Y además, no solo tendrían que hacer frente a su padre, sino pelearse con el gobierno de ese país para pedir los permisos necesarios, teniendo que sobornar a casi todos los funcionarios. Los incontables viajes de ida y vuelta, y sobre todo, enfrentarse con los hombres que no estarían de acuerdo en perder sus negocios, poniendo en peligro su propia vida. No, no había nada que compensara todo ese esfuerzo, para que después ella decidiera abandonarlos y marcharse a España.

Y Noa sin entender su negativa se levantó enfada, pero sobre todo, defraudada con su actitud. Había pensado que precisamente él, que había luchado contra su padre para poder regalar esos medicamentos, estaría de su lado ahora. Pero evidentemente se había equivocado.

—Muy bien, como quieras. Pero qué sepas que no te necesito, y que lo conseguiré con o sin tu ayuda. —y se fue de allí sin mirar atrás.

Alonso suspiró contemplando como se marchaba enojada.

—Ojalá fuera verdad.



Noa estaba sentada en su cama totalmente atemorizada, retorciendo las sábanas entre sus manos por la fuerte tormenta que estaba acaeciendo fuera. Los truenos retumban en sus oídos como si cayesen a su lado, y los rayos destellaban tan cerca, que iluminaban toda la tienda de campaña como si fuese pleno día. Llevaba dándole vueltas a una idea pero no se atrevía a realizarla, hasta que de repente un relámpago cayó tan próximo que retumbó la tierra. Y pegando un bote en la cama salió despavorida, sin importarle si su vida corría peligro al salir a la intemperie.

Corrió como alma que llevaba el diablo, descalza y empapándose, hasta llegar a la tienda de Alonso. Y con las manos temblándole y el corazón latiendo a mil, abrió como buenamente pudo la cremallera y se adentró en ella sin pedir permiso.

— ¿Pero qué demonios...?.—exclamó al verla allí de pie temblando como una hoja.

Sonó otro estruendo seguido de un fogonazo y Noa pegando un grito saltó a la cama.

—Vete haciéndome sitio porque yo no duermo sola esta noche.

Capítulo 16

— ¿Qué haces aquí Noa?—le preguntó desconcertado.

—Nada, pasaba por aquí y me quedé para hacer un poco de punto de cruz. —Y se encogió muerta de miedo cuando otro trueno retumbó cerca. — ¿Tú qué crees Alonso?

— ¿En serio?—Le preguntó divertido. — ¿De verdad te dan miedo las tormentas?

Ella le fulminó con la mirada.

— ¿No sé qué te hace tanta gracia? Hay mucha gente que le tiene pánico a las tormentas.

—Es cierto, pero no creí que doña perfecta fuera una de ellas.

De repente su sonrisa socarrona se le borró, cuando una almohada se estampó contra su cara.

— ¡Maldita sea, *niñata*!—masculló enfadado, arrancándole de las manos la almohada con la que le había pegado.

— ¡Está bien! ¡Está bien, lo siento!—se disculpó cuando él le devolvió el golpe. — Pero es que no me pude resistir. Además, no es de caballeros reírse de los miedos de una dama.

De repente Alonso se quedó observándola detenidamente, y un brillo de deseo oscureció su mirada, al advertir como ella sentada de rodillas encima de su cama, con una fina camiseta mojada y adherida a su cuerpo, dejaba entrever unos pequeños y turgentes pechos, coronados por unos inhiestos pezones que marcaban el fino algodón. La tela de color blanco, solo le llegaba por encima de su sexy ombligo, a juego con un escaso y diminuto pantalón del mismo color, resaltando ese precioso trasero en forma de corazón.

—El caso *niñata*... es que yo no soy ningún caballero. —susurró con la voz ronca, mientras no apartaba los ojos de su cuerpo.

Y ella a pesar de estar húmeda por la lluvia, en vez de sentir frío notó todo lo contrario, pues su temperatura corporal subió como uno o dos grados más. Y se lamió los labios inconscientemente al sentir la boca seca, a la vez que todo el vello de su piel se erizaba por completo.

—Ni yo una dama. —murmuró tan bajito, que rezó porque no la escuchara.

El hombre despegó con dificultad la vista de su cuerpo para fijarla en su rostro, en busca de una emoción, una señal, cualquier cosa que le hiciera saber que estaba pensando en ese momento. Porque lo que era por su mente, pasaban imágenes demasiado sucias para una dama, y por lo tanto, nada, pero nada caballerosas.

Pero la magia del momento se rompió, cuando otro fogonazo seguido de un estruendo, resonó en todo el campamento sobresaltando a Noa, que sacudida por el miedo cogió la almohada que antes le había tirado a la cara para agarrarse a ella.

Alonso recobró la cordura, y salió de la cama para pasearse nervioso por la tienda, mientras se frotaba la nuca de forma compulsiva.

—Esto no es una buena idea Noa, es mejor que te vayas.

—Ya quisiera yo, pero es superior a mis fuerzas Alonso. Le tengo verdadero terror a las tormentas desde que era una niña, y no pienso quedarme sola.

Él se paró en seco mirándola mientras sopesaba la situación. No solo era una mala idea, sino que tal y como estaba en ese momento, era una pésima idea. En lo único que pensaba, era en arrancarle esas minúsculas ropas y hacerle el amor toda la noche. Así que, ¿cómo diablos se suponía que iban a dormir juntos? Era demasiada tentación para un solo hombre.

¡No! ¡De eso nada! ¡Ni hablar!

De repente, Noa se fijó en el bulto que se le estaba empezando a notar, debajo del calzoncillo largo que usaba para dormir, y elevó una ceja asombrada. No solo por el tamaño, sino porque al fin y al cabo no le era tan indiferente. Y él, al darse cuenta apagó el candil, dejando la habitación iluminada solo por los que estaban colgados en los arboles cercanos, movidos de un lado a otro por la lluvia y el viento que acaecía en el exterior.

—Pues ya eres una adulta *niñata*, por lo que supéralo de una vez. —le soltó incomodo, porque le hubiera pillado su erección en pleno apogeo.

— ¿Te has dado cuenta que has utilizado la palabra adulta seguida por *niñata*?—le preguntó divertida, pues sabía que estaba perdiendo la paciencia. Y en cierta forma le venía bien, pues mientras discutiese con él, no estaría tan aterrada por la que estaba cayendo fuera. —No tiene sentido, lo sabes, ¿verdad?

— ¿Tengo cara de qué me importe?—masculló con los dientes apretados, enfadado con ella, enfadado con él, y enfadado con el destino que le hacía pasar por esto.

Ya luchaba suficientemente con la fuerte atracción que sentía, como para que ahora tuvieran que compartir la misma cama.

¡Esto es de locos!

Noa suspiró.

—Mira, tal y como yo lo veo la culpa es tuya, así que no te queda otra. Ya te dije antes que yo esta noche no duermo sola, y no lo voy a hacer por mucho que tú insistas. —terqueó mientras se metía dentro de la cama, y estiraba bien la sabana y la manta a su alrededor.

— ¡Esto es el colmo! ¿Cómo que la culpa es mía?—Le soltó frustrado. — ¿Acaso tengo yo la culpa de que haya tormenta? O lo que es peor, ¿tengo también la culpa de que te den miedo?

—Claro que no...—admitió, después de soltar un pequeño grito cuando la sobresaltó otro rayo.

— ¡Ah, menos mal! No estás tan loca como yo creía.

—Pero tú me obligaste a venir en contra de mi voluntad, así que te aguantas.

¡Mierda!

—Esa no es una razón válida.

—Es la razón más valida que conozco.

—Noa...—le advirtió.

—Alonso...

Y soltó otro gritito cuando rugió el trueno, para poner a continuación unos ojitos de cordero degollado, acompañados por unos *sexys pucheros* con la boca.

—Por favor...

Él se quedó como un tonto mirándola sin poderse creer lo que estaba haciendo.

—Por favor...

— ¡Oh, por todos los santos!—Claudicó impotente contra esas armas, comenzando a caminar nuevamente por la tienda alterado.

Noa dio palmaditas de contento por haberse salido con la suya, y cuando él le lanzó una mirada furibunda, se quedó inmóvil.

—Por favor...—volvió a suplicar poniendo cara de niña buena.

Y Alonso no sabía si matarla... pero a besos. Sabía perfectamente que lo estaba manipulando, pero a decir verdad no tenía las fuerzas suficientes para negarse. Su miedo era real, eso no podía negarlo, y se había jurado protegerla aunque fuera a costa de su cordura. Y estaba seguro que como siguiera así la iba a perder por completo.

— ¡Está bien!—le dijo al fin. —Pero te quiero lo más alejada posible de mí.

Y cogiendo los cojines que estaban tirados en el suelo, y metiéndose después en la cama, levantó una especie de barricada entre ambos.

—Tú en ese lado de la cama y yo en éste. ¿Estamos?

Ella levantó una mano mientras con la otra se tocaba el corazón a modo de juramento.

—Te doy mi palabra de honor que no pienso violarte.

— ¿Estamos *niñata*?—le preguntó con sequedad pues no estaba para bromas.

No, con el volcán que tenía entre las piernas.

—Sí, sí, estamos, estamos. —Le confirmó, a la vez que se acostaba y tapaba con las mantas. — ¡Qué carácter nos gastamos, amigo!

Minutos después Alonso se encontraba de lado dándole la espalda a Noa. Tieso como una tabla, sin mover una sola pestaña en su esquina de la cama, con una erección que le dolía a más no poder, y desquiciado porque no paraba quieta. Y si se rozaban, aunque fuera solo una micro milésima de segundo, no estaba muy seguro de poder contenerse, y no abalanzase encima de ella como había hecho Derek.

— ¿Quieres cambiarte la ropa?—Le preguntó él sin mirarla a la cara, incomodo pues no podía dejar de pensar en ello. —Lo digo...—carraspeó. — porque tienes la tuya mojada.

¡Dios, y tan mojada!—pensó mordiéndose el labio inferior con fuerza. — *Mejor, ¿por qué no te la quito yo...? ¡Pero con los dientes!*

—Estoy bien, gracias.

—Pues a dormir, entonces. Y estate quieta ya, que no hay quien pegue ojo contigo.

¡Joder, esto es un suplicio!—pensó mientras ahuecaba su almohada a porrazo limpio.

—Eso intento. —bufó exasperada, y se levantó para agarrar los cojines y devolverlos al suelo. —Así mucho mejor.

— ¿Qué haces, *niñata*?—le preguntó con la voz estrangulada, y girando la cara para ver con atención qué hacía.

— ¿Tú qué crees?, ponerme cómoda. Me siento atrapada con tanto cojín, necesito espacio y libertad de movimientos sino no podré dormirme.

¡Madre mía! ¡Madre mía!

Alonso apretaba los dientes con fuerza llegando a hacerse daño, pues Noa estaba demasiado cerca, y su aroma le inundaba las fosas nasales. Era tan exquisito que le embotaba la cabeza, logrando que no dejase de pensar en nada más que ese apetitoso cuerpo, al que estaba deseando hincar el diente, lamer con su lengua, acariciar con sus manos, enterrarse...

¡Basta!

¡Madre del amor hermoso!, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contenerse. En su vida se había sentido tan excitado como en ese momento.

— ¡Está bien, pero tú en tu esquina!—le ladró, mientras disimuladamente colocaba y frotaba su miembro duro para que se relajara.

Pero tuvo que dejarlo porque el remedio era peor. Inspiró y expiró varias veces, intentando dejar la mente en blanco para sosegar. Y al cabo de unos minutos seguía igual de excitado, pero ya no solo le dolían sus partes, sino todo su cuerpo por estar tanto tiempo sin moverse en la misma posición. Así que despacio, se dio la vuelta para cambiar de postura, y sorprendido, se encontró de frente con Noa totalmente despierta.

¡Mierda!

— ¿No eres capaz de dormir?—le preguntó observándolo tranquila.

—No.

Y si supiera en lo que estaba pensando no estaría para nada tan confiada.

—Yo tampoco. —le confesó.

Quizás si hablamos, acabaremos discutiendo como siempre y se me bajará la hinchazón. —razonó buscando desesperado algo a lo que agarrarse.

—Dime una cosa, ¿por qué le tienes tanto miedo a las tormentas?— preguntó lo primero que le vino a la cabeza.

Ella se quedó pensativa unos momentos, y después de suspirar, acomodó la almohada donde tenía apoyada la cabeza entre ambos brazos.

—No estoy muy segura. Tengo un vago recuerdo, aunque también podría ser un sueño, de algo que me ocurrió cuando era una niña de cuatro o cinco años. La casa... mejor dicho, la mansión de mis padres es enorme, y cuando era pequeña me parecía un laberinto infinito. Recuerdo una noche despertarme por culpa de una tormenta, y muerta de miedo salí de mi habitación en busca de mi madre, pero me perdí. Asustada y sin saber qué hacer, me quedé en una esquina de uno de los pasillos, llorando y llamando por ella para que viniera a buscarme. Y después de lo que me pareció mucho tiempo, apareció la mujer que nos cuidaba por aquella época. Se llamaba Elke y era alemana. Y a pesar de que era muy eficiente en su trabajo, que era cuidar de mí, cariñosa lo que se dice cariñosa, no recuerdo que fuera.

Alonso la contempló detenidamente unos segundos, con un sentimiento enorme de compasión. Tenía la extraña sensación por la forma en cómo lo contaba, que su niñez no había sido muy feliz.

—Entiendo. —fue lo único que pudo decir.

—Está muy confuso en mi cabeza. A veces pienso que me sucedió de verdad y otras veces sueño con ello, por lo tanto no estoy muy segura de sí fue real o no. El caso es que desde niña le tengo pánico a las tormentas.

— ¿Fue la única niñera que tuviste?

—No. Después vino Anne, una inglesa muy estirada que estaba obsesionada con que no me manchara y no comiera caramelos. Y por último, antes de enviarme al internado irlandés, trabajó con nosotros Lupe, una encantadora dominicana a la cual le tenía mucho cariño.

Se quedaron callados mirándose el uno al otro.

—Háblame del internado. ¿Tuvo que ser emocionante viajar a otro país, y compartir experiencias con otros chicos de tu edad?

Ella tragó saliva.

—Fueron chicas. En el internado solo éramos chicas, y te aseguro que para mí fue de todo menos emocionante. Es duro empezar en un colegio nuevo, y más cuando eres extranjera. No entiendes correctamente el idioma, y estás rodeada de niñas caprichosas y volubles con las hormonas revolucionadas. Al principio, me sentí muy sola y discriminada, pero como dice mi padre, lo que no te mata te hace más fuerte, así que aprendí a valerme por mí misma.

Alonso sonrió divertido al imaginársela con el uniforme del colegio. Con su camisa blanca, una rebeca de color verde o azul, y una minúscula falda de tablillas a juego por encima de las rodillas. Terminando con unas medias largas de lana, unos zapatos oscuros planos, y unas coletas a los lados de la cabeza, completaban la estampa sexy que todo hombre tiene de una colegiada. Aunque ella se acercaba más, a la imagen del primer videoclip de Britney Spears.

— ¿Te divierte que mis padres me dejaran tirada en un internado con doce años?—le preguntó confundida por su actitud.

— ¡No! ¡No! ¡Claro que no! —se apresuró a aclarar.

¡Céntrate Alonso! Se suponía que esto de hablar era para bajar tu hinchazón no para aumentarla.

—Solo que... me imaginaba que ahí fue donde adquiriste tú práctica con la lengua.

— ¡¿Qué?!—le preguntó perpleja por su respuesta.

¡Mierda! ¡Mierda!

—No quería decir... Yo... Me refiero que... ¡Mira da igual!—terminó enfadado con el mismo.

Y se giró para quedar boca arriba. Aquello no estaba saliendo como él quería. Además, la sangre se le acumulada en sus partes bajas, consiguiendo con ello que no le regara bien el cerebro, por lo que no podía pensar con claridad.

¡Soy un idiota!

—Alonso.

En un principio él no contestó y se pasó la mano por la cara frustrado.

—Alonso.

— ¡¿Qué?!

—Mírame. —insistió Noa.

—Duérmete ya, Noa. —le contestó a la vez que sonaba un trueno a lo lejos.

—Mírame.

Y rindiéndose giró la cabeza para mirarla.

—Esto de hablar no es lo tuyo, ¿verdad?— señaló con una media sonrisa.

—No es mi punto fuerte, no.

—Ahora me has dejado intrigada. ¿Qué es lo que querías decir?

El guía buscó las palabras exactas, y suspirando se giró de nuevo para quedar enfrente de ella, esperando no volver a meter la pata.

—Lo que quería decir, es que eres la primera persona que conozco que siempre tiene una réplica adecuada. Eres como una leona cuidando a sus cachorros, en cuanto te sientes atacada, lanzas zarpazos sin tener en cuenta a quien haces daño con ello. Y lo sé por experiencia propia, pues cuando sueltas esa lengua viperina que tienes, puede dejarte noqueado y sin saber reaccionar.

Noa se quedó callada durante unos momentos cavilando sobre lo que le había dicho.

—Quizás tengas razón. —reconoció por fin. —Es la única manera que conozco de protegerme, y eso me lo enseñó tu respetado Diego Montalbo. Él siempre ha dicho, que la mejor defensa es un buen ataque. Y ha sido una lección que aprendí a base de recibir golpes, te lo aseguro.

Alonso se quedó sorprendido por la respuesta.

— ¿Tu padre te levantaba la mano?

—No, claro que no, es una forma de hablar. Pero no existe solamente la violencia física. —le aclaró con un brillo de dolor en su mirada. —Hay palabras que duelen más que los golpes, porque estos al fin y al cabo desaparecen y dejan de dolerte, pero las palabras te dejan marcada, logrando anularte, manipularte, y confundirte. Consiguiendo que te sientas inferior, insegura, impotente...Y mi padre es un experto en ese campo, y por eso he aprendido del mejor.

— ¿Por qué le tienes tanto rencor a tu padre?

Ella lo miró intensamente sopesando qué contarle y qué no, pues no se podía fiar de él. Unas horas antes había pensado en confesarle todo, pero la había defraudado, y ahora no sabía qué pensar. Lo único cierto, es que alguien no quería que ella siguiera trabajando allí, y por lo que sabía podía ser perfectamente Alonso, compinchado con alguien más, seguramente la doctora.

—Porque es un farsante, Alonso. Durante mucho tiempo me tuvo engañada, haciéndome creer a mí y a todos los que lo rodean, que su halo de respetabilidad y de honradez eran genuinos. Pero tuve que haberme imaginado, que para llegar hasta donde él está hay que mancharse las manos.

— ¿A qué te refieres?—le preguntó confundido.

Y Noa suspiró cansada de esa conversación que no llevaba a ninguna parte.

— ¿Sabes qué?, no me apetece seguir hablando de esto. Y tienes razón, lo mejor es que nos durmamos ya.

Alonso arrugó el ceño extrañado por ese cambio de actitud. Y aunque se quedó con la intriga, quizás era lo mejor, pues su erección todavía seguía allí, vivita y coleando.

—Buenas noches. —le dijo ella dándole la espalda.

—Buenas noches. —le contestó él sin mover un solo musculo.

Habían pasado unos pocos minutos y Alonso seguía con la vista clavada en su espalda. Todavía seguía dándole vueltas a su conversación, en un vano intento por calmarse y poder dormir.

—No puedo creer que me hayas dado la razón dos veces seguidas en una sola noche. —habló sabiendo que ella todavía seguía despierta.

Noa se giró para mirarlo a la cara.

—Échale la culpa a la tormenta, el miedo no me deja pensar con claridad.

—Ya. —le contestó con una medio sonrisa.

—Y por supuesto, mañana por la mañana lo negaré por completo.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

Ella se giró por completo, quedando nuevamente cara a cara con él. Y se estuvieron observando en silencio durante unos largos minutos.

Alonso pensó en lo hermosa que se veía, y advirtió sorprendido, que quizás era más compleja de lo que se pensaba. La forma en la que le había hablado sobre su niñez y su padre, le hizo pensar que quizás no había tenido todo tan fácil como él se creía. En realidad desconocía por completo cuál era su historia, y por lo poco que le había dejado vislumbrar, no había sido tan bonita como él se había pensado.

Noa lo desconcertaba de muchas maneras, y una prueba de ello, era que estaba esa noche metida en su cama, cuando solo unas horas antes se había despedido de él enfadada. Y lo peor de todo, es que actuaba con tanta naturalidad como si fuese normal que su sitio estuviese allí. Como si entre ellos hubiese una complicidad intrínseca que hacía lógica su presencia a su lado.

—He estado pensando...

— ¿En serio?—La interrumpió incrédulo. —Vaya, esta noche eres un caja de sorpresas.

—Y no sabes lo sorprendente que puedo a llegar a ser, cuando te estampe el candil en la cabeza. —Le advirtió divertida. — ¿Me vas a dejar hablar?

—Sino me queda más remedio. —se burló a la vez que cambiaba de posición, pues ya no aguantaba más.

—Qué paciencia tengo que tener, ¡madre mía! —murmuró con sarcasmo, pero sorprendida de poder mantener al fin una conversación razonable con él.

Y también aprovechó para acercarse más, y buscar calor humano apoyando la cabeza en su brazo, algo que cogió por sorpresa a Alonso cuando se puso boca arriba.

—Noa...— susurró con la voz sofocada, entrando en pánico al tenerla tan cerca.

—Cállate quieres, porque voy a volver a darte la razón, y eso es un hecho sin precedentes que te aseguro no volverá a suceder.

Se quedó mudo sin atreverse siquiera a respirar, mientras que ella sin ser consciente, se pegó a él acomodándose mejor, a la vez que apoyaba su mano en el pecho de Alonso. En el instante en que lo hizo su piel se estremeció a su contacto, y pudo reprimir a tiempo el gemido, que a punto estuvo de escapar de su garganta.

¡Dios mío!—Pensó angustiado. — *¡Esto no me puede estar pasando!*

—Creo que tienes razón con tus reservas respecto a lo que te propuse antes. — comenzó a hablar nerviosa por lo que le iba a decir. — Llevo poco tiempo aquí y no me conoces lo suficiente, para saber que si me comprometo con algo lo hago hasta las últimas consecuencias.

Y alzó la cabeza para encontrarse con la mirada de él. Éste frenético se mordió el labio con fuerza, para reprimir las ganas que tenía de abalanzarse encima de ella. Y aunque Noa no entendió su expresión, pues no era consciente de lo que provocaba en él, aprovechó la oportunidad que le daba para seguir hablando.

—Lo he pensado detenidamente y he decidido que yo pondré el dinero.

Alonso seguía impertérrito, pues estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano, para no echarse encima de ella como un macaco en celo. Se había jurado no volver a tocarla, sobre todo después del rechazo tan humillante que había sufrido en Nyeri, pero realmente se le estaba haciendo muy difícil el poder contenerse. Y evidentemente ella no se lo estaba poniendo nada fácil, por tanto, no había escuchado ni una sola palabra de lo que le había dicho.

— ¡¿Qué?!—exclamó confundido, cuando advirtió que ella estaba esperando a que dijera algo.

—Tengo un dinero que me dejó mi abuela materna cuando murió. —Empezó a explicarse mientras fruncía el ceño extrañada por su actitud tan rara. — Me costará un tiempo poder hacerme con él, por mis convenios económicos con el banco y esas cosas. Pero podré utilizarlo si tú me aconsejas, y consigues los acuerdos y permisos que se requieran con el gobierno keniatá.

El guía todavía sin saber qué responder, estaba intentando asimilar y comprender de qué demonios le estaba hablando. Y como ella seguía esperando una respuesta que no tenía, tragó con fuerza y le soltó.

—Perdona... ¿qué decías?

— ¡Maldita sea Alonso, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?!—inquirió molesta mientras se incorporaba en la cama.

Y como él seguía sin contestar, se giró enfadada dándole la espalda mientras golpeaba con fuerza la almohada, supuestamente ahuecándola.

— ¡Vete a la mierda, ¿quieres?!—Le soltó furiosa. —Esto me pasa por intentar mantener una conversación coherente con un ser unineuronal como tú.

Y se quedó callada durante dos segundos para girarse a continuación y espetarle todavía cabreada.

—Si no te interesa lo que tengo que decir me lo dices y punto, pero no me ignores, no soporto que me ignoren. Y después dices que la *niñata* soy yo. ¡JA!

Y volvió a darse la vuelta para seguir refunfuñando por lo bajo.

Alonso atónito por su arranque, se llevó las manos a la cara para pasarlas nervioso de arriba abajo. Y entendió perfectamente su enfado, pues se había comportado como un verdadero imbécil.

¡Al diablo con todo!

Se levantó de la cama, se puso los pantalones que tenía encima de una silla, y salió al exterior con la que estaba cayendo. Menos mal que la tormenta estaba amainando, pues corría el riesgo de caerle un rayo encima. Pero en ese momento no le importaba, ya que necesitaba salir de allí como fuera, o se iba a volver completamente loco. Esa mujer lo estaba llevando al límite, y no sabía cuánto más podía aguantar, así que lo mejor era poner un poco de tierra de por medio.

— ¡Ahora huyes, ¿no?!—la escuchó gritar. —Muy bonito, Alonso Rivas. Muy bonito.

Él clavó la mirada en la tienda mientras apretaba con fuerza los puños,

— ¡Arg...!—bramó frustrado y totalmente desesperado. Y mirando hacia el cielo mientras la lluvia le mojaba la cara y el cuerpo preguntó— ¡Dios!, ¿qué he hecho para merecer esto?

Capítulo 17

Noa se despertó cuando escuchó un ruido sordo en la tienda seguido por un improperio. Como siempre, le costó unos segundos ubicarse para saber dónde estaba, hasta que vio a Alonso rebuscar algo en su maleta. Se había quedado dormida ya avanzada la madrugada, cuando el sueño de no haber dormido nada la noche anterior la venció. Y ahora extrañada, contemplaba los movimientos que el hombre estaba haciendo, creyendo que todavía seguía dormida. Se preguntó dónde habría pasado la noche, ya que ella lo estuvo esperando despierta hasta que ya no pudo más, y extendió suavemente el brazo para comprobar que su lado seguía frío, por lo que entendió que allí no había dormido.

Observó admirada, como se quitaba el pantalón y una sudadera con el logo de *Resorts Montalbo*, para fijarse detenidamente en el cuerpo perfectamente trabajado de Alonso. Y tragó saliva cuando éste, se quitó el calzoncillo largo con el cual dormía para ponerse uno nuevo, advirtiendo por unos escasos segundos, un trasero esculpido como el de un dios griego.

¡Virgen Santa!

Para desolación de Noa lo siguiente que hizo él, fue ponerse rápidamente un pantalón limpio y una camiseta ajustada, quedándose con ganas de más, pues tenía que admitir que lo poco que pudo ver era excepcional.

— ¿A dónde vas?

El guía se sobresaltó al no esperarse que ella le hablara.

— Pensé que todavía seguías durmiendo. — le dijo evadiendo la pregunta.

— Ya ves que no. — Y observando por la puerta de lona que había dejado abierta, que en el exterior todavía estaba oscuro preguntó. — ¿Qué hora es?

— Todavía no ha amanecido. Sigue durmiendo si quieres, aún es temprano. — comentó, mientras recogía la ropa sucia y la guardaba.

— ¿Por qué? ¿Vas a alguna parte? — le preguntó extrañada.

— Sí. Shukrani y yo tenemos que irnos un momento, pero vendremos antes de que se despierten los clientes.

— Voy contigo. — aseveró a la vez que salía de la cama decidida.

— No hace falta que lo hagas, además todavía estas sin preparar...

— Me pongo cualquier cosa y enseguida estoy con vosotros.

— En serio Noa, de verdad que no hace falta que vengas.

Ésta se paró a medio camino de la salida para fijar su atención en él, y preguntarse por esa insistencia tan extraña de que no fuera con ellos. Sí iban a algún lugar que no querían que supiera, con más motivo tenía que ir. Se preguntó, ¿qué era eso tan importante que tenían que hacer los dos antes incluso de que amaneciera? ¿Por qué tanto secretismo? Y lo más importante, ¿qué estaban ocultando? Sí en verdad Alonso

estaba metido en algo turbio, y que no quería que ella descubriera, definitivamente este era el momento para recabar pruebas en su contra. Tenía que descubrir qué era eso tan trascendental de lo que no podía enterarse, y por el cual se tendrían que deshacer de ella si lo llegaba a saber.

—No me importa en absoluto. Además, tú fuiste el que insistió en que viniera para saber lo que sucedía en un safari, por lo tanto, tengo que estar enterada de todos los detalles por si los clientes me preguntan.

Él se pasó la mano por la nuca frotándosela mientras pensaba.

—Está bien. —Decidió no muy convencido. — Pero si en dos minutos no estás en el jeep, nos marchamos sin ti.

Ella asintió y salió corriendo hacia su tienda. Se puso la ropa que había dejado preparada la noche anterior, antes de que cayera la tormenta, se recogió el pelo en una coleta alta, y llegó justo a tiempo para subirse al coche.

Alonso estudiaba un papel que había sacado de la guantera, mientras Shukrani le explicaba un informe completo, de lo que parecía el reparto de medicamentos de esa semana. Y tardaron poco tiempo en llegar al primer poblado, donde se bajaron y fueron recibidos de una forma un tanto hosca, por decirlo suavemente, cuando empezaban a salir los primeros rayos de sol.

Noa advirtió, como al igual que la vez anterior que habían ido juntos a Nyeri, el guía recogía una mochila negra del coche y se internaba en la chabola más grande, seguido de los hombres de la tribu mientras ella permanecía fuera. Y al igual que las otras veces, las mujeres se quedaban asombradas observando con atención, su blanca piel y su rubio cabello. En tanto esperaba a que Alonso saliera, una de las matriarcas se acercó a ella para darle una pequeña bolsa hecha de cuero tosco. Y aunque ella intentó decirles que no hacía falta que le regalaran nada, no se atrevió a seguir insistiendo, cuando la mayor de todas le empezó a hablar de una forma que le pareció amenazadora, como poco. Por supuesto no estaba segura al no entender lo que decían, por lo que decidió no insistir más, y quedarse con el regalo que guardó despreocupadamente en uno de los bolsillos del pantalón.

Cuando acabaron la visita y ya subida al vehículo, Noa abrió disimuladamente la bolsa que supuestamente llevaba los medicamentos y el material sanitario, y descubrió decepcionada, que efectivamente era eso lo que contenía.

—Me gustaría entrar con vosotros dentro de la cabaña en el próximo poblado. — comentó distraídamente para ver cuál era su reacción, pues no quería que sospecharan de sus intenciones.

—Eso no puede ser. —declaró Alonso mientras hacía anotaciones en el papel de antes.

— ¿Por qué no?—preguntó disimulando malestar. —Me siento muy incómoda con las mujeres afuera, me miran como si fuera un bicho raro.

Él dejó de anotar para centrar su atención en ella.

—Porque las mujeres tienen prohibido mostrarse delante de los hombres que no sean sus maridos, y por supuesto, las extranjeras más todavía. Me costó muchísimo tiempo, que confiaran lo suficiente en mí para que me dejaran administrarles la

medicación adecuada, y aun así para ciertas cosas, siguen confiando más en el hechicero de la tribu.

— ¿Y cómo lo logra Sofía?—preguntó desconfiando de su respuesta, ya que había cosas que no le cuadraban.

—Sofía trata exclusivamente a las mujeres. Y si tiene algún paciente masculino, cuenta con... Perdón, contaba con la ayuda de Derek, y por supuesto con la de Shukrani también. Entre lo que ellos le van diciendo, puede hacer un diagnóstico, y si es más grave o no tiene los suficientes datos, los manda al lugar más cercano donde haya un enclave médico que los pueda tratar convenientemente. Pero en realidad, por las condiciones tan duras y sobre todo por las complicaciones de los embarazos, por regla general son las mujeres las que necesitan más cuidados médicos que los hombres, a no ser que éstos sean atacados por algún animal salvaje.

— ¿Y a ti te dejan tratar con las mujeres?

—En mi ruta hay algunos poblados, pocos todo hay que decirlo, que se están abriendo y comprendiendo mejor la labor médica. Y a pesar de algunas fuertes reticencias iniciales, empiezan por fin a dejarse tratar por hombres. Pero aun así, tengo que someterme a unos complicados ritos elaborados por los hechiceros, para apaciguar a los espíritus ancestrales y no enfadarlos.

—Pero si tú no eres médico, ¿cómo...?

—Ya hemos llegado. —La interrumpió cuando el ranger aparcó delante de la valla. — Es mejor que te quedes en el coche si lo deseas.

—Da igual, prefiero ir.

—Como quieras. —le dijo a la vez que se bajaba y se dirigía directamente al siguiente poblado.

A Noa le pasó exactamente lo mismo en esa aldea como en la posterior. Se quedó esperando fuera, rodeada por las mujeres y los niños que no le quitaban los ojos de encima, y le dieron sendas bolsitas de cuero que ella se guardó en los bolsillos. Después de la tercera visita, tuvieron el tiempo justo para dirigirse de nuevo hacia el campamento, y aparecer antes de que los clientes se levantaran para desayunar.

Pero cuando llegaron, uno de los empleados habló con Alonso por un problema surgido con un cliente en particular.

— ¡Oh, bendito sea Dios!—exclamó Martín, el marido de la pareja con la que tan buenas migas había hecho Noa el día anterior en el viaje.

— ¿Ocurre algo?—preguntó ésta al ver al hombre tan intranquilo.

—No lo sé, es mi mujer, Alexia. Lleva varios días encontrándose mal, y estoy preocupado por si pudiera haberse contagiado con alguna enfermedad local.

—Es demasiado pronto para saberlo. —Comentó Alonso mientras recogía la bolsa negra del jeep. — ¿Se han administrado las vacunas adecuadas para venir a este país?

—Sí, los dos estamos vacunados. Pero me sentiría más tranquilo si pudiéramos dar la vuelta y que la tratara un médico.

—Cariño, no seas tan exagerado. Solamente han sido unas pocas nauseas sin importancia, y ahora me encuentro perfectamente—comentó la mujer saliendo de la tienda.

—No seas terca Alex, no me quedaré tranquilo hasta que no te vea un médico en condiciones.

— ¡Ya estamos! —Replicó ella bufando a la vez que se cruzaba de brazos. — ¿En que quedó eso de que nadie decidiría por mí lo que tenía o no tenía que hacer? Ya no eres mi jefe, y no puedes mangonearme como te dé la gana.

—No soy tu jefe pero sí tú marido. Y ese acuerdo se rompió en el mismo momento en el que pronunciaste el sí quiero.

— ¡JA! ¡Qué te crees tú eso!—terqueó.

Y tanto Noa como Alonso, se miraron asombrados por la discusión de la que estaban siendo testigos, intuyendo que al menos, había otra pareja tanto o más tozuda que ellos.

—Y tanto que me lo creo. —le rebatió él poniendo los brazos en jarras. —Ahora eres la señora Ledesma, y te recuerdo que el cura dijo que tanto en la salud y la enfermedad...

—Pero Martín, yo no estoy enferma. —lo interrumpió ella, pisando con fuerza un pie en el suelo a modo de berrinche.

El hombre alzó una ceja observando la pataleta de su mujer.

—Eso no lo decides tú.

— ¿Cómo que no lo decido yo?—Preguntó asombrada, elevando a continuación los brazos al cielo. — ¡Madre mía, lo que me espera! Si llego a saber esto te hago firmar un acuerdo matrimonial.

— ¡Esto es el colmo, Alexia!—Exclamó el actor frustrado pasándose la mano por el pelo. — Eres tan necia que no puedes admitir que te encuentras enferma. ¿Qué te cuesta darme el gusto y que te vea un médico?

—A mí no me cuesta nada. Pero no voy a hacer volver a todo el mundo y fastidiarles el viaje, porque tú seas un paranoico.

— ¿Paranoico?

—Señores, señores...—interrumpió Alonso antes de que llegara la sangre al rio. — Creo que de esta manera no vamos a llegar a ningún lado. Así que, ¿por qué no pasamos usted y yo dentro y hablamos tranquilamente?—le preguntó a la mujer.

—Está bien. —concedió ella de mala gana en tanto entraba en la tienda.

— ¡Perfecto!—declaró el marido alzando un poco la voz mientras la veía entrar. —A ver si tú consigues meterle un poco de sentido común en esa mollera dura que tiene por cabeza.

—Tranquilo. —intentó calmarlo Noa acercándose a él. —Seguro que todo está bien y podremos seguir camino sin ningún problema.

—Yo no estaría tan seguro. —Farfulló mientras caminaba de un lado a otro preocupado. —Tú no conoces a mi mujer. Así como la ves, es la persona más terca, desesperante, y cabezota que he conocido en mi vida.

Y ella asintió, pues sabía exactamente a lo que se refería, sobre todo cuando pensaba en el hombre que acompañaba a la morena al interior de la tienda. En tanto, el marido siguió despotricando inquieto, hasta que minutos después salió Alonso seguido por Alexia. El guía se acercó muy serio a Martín y le dijo de forma solemne.

—Creo que su esposa tiene algo importante que decirle.

El hombre pálido, desvió su atención hacia la pequeña mujer, que nerviosa se mordisqueaba el labio inferior.

— ¿Qué pasa mi amor? Me estas asustando. —le susurró acercándose a ella y agarrándole tiernamente la cara con ambas manos, mientras sondeaba con los ojos su amado rostro, buscando cualquier señal de alarma.

—Tenía que habértelo dicho antes. —empezó a explicarle Alexia con prudencia. — Pero no encontré el momento adecuado. Me enteré cuatro días antes de la boda, y mi intención era contártelo esa misma noche, pero no me diste opción. —siguió contándole, mientras se ruborizaba ligeramente al recordar la apasionada noche de bodas. — Y cómo te conozco, sabía que en cuanto te lo dijera, ibas a querer cancelar el viaje de luna de miel.

Y se quedó callada buscando las palabras adecuadas y el valor para darle la noticia.

— ¡Por Dios mi vida, me estás matando!—Le dijo él angustiado. — Sea lo que sea lo afrontaremos juntos, pero no me dejes más con esta incertidumbre.

Noa observó con profunda preocupación la cara de Alonso, buscando una señal en ella que le dijera si lo que ocurría allí era tan grave como parecía. Pero éste, lo único que hacía era observar al matrimonio con una sonrisa en la cara, aliviando sobremanera su pánico momentáneo.

—Martín yo... estoy embarazada.

— ¡¿QUÉ?!—exclamó el hombre pasmado ante la noticia, alejándose incluso unos pasos turbado por la emoción.

Alexia inquieta se volvió a mordisquear el labio, sin saber muy bien como tomarse esa reacción. No habían hablado antes sobre la posibilidad de quedarse embarazada, y como su marido tenía un hijo de una relación anterior, no estaba muy segura de cómo se tomaría esa noticia. Además, también tenían que pensar en la reacción de Lucas, el hijo de Martín, cuando se enterara de que iba a tener un hermanito o hermanita tan pronto. Adoraba a ese crío, y el hecho de que ella fuese a tener uno propio, no influiría en absoluto en su relación, ni en el amor y la preocupación que sentía por él. Y Noa esbozó una brillante sonrisa al escuchar esas palabras, aliviada al advertir que era una excelente noticia.

—Sé que es muy pronto, pero... bueno ha ocurrido así y no hay vuelta atrás. — Empezó a hablar muy deprisa en un tono de disculpa. — Por eso sabía que no estaba enferma, las náuseas matutinas son comunes en los primeros meses de embarazo. Y no iba a cancelar el viaje por estas tontas molestias, sabiendo la enorme ilusión que te hacía vivir un safari. Te lo oculté para que no te preocuparas, y porque me cercioré antes de salir de México, de que todo estuviera bien.

El actor mudo por el asombro seguía sin decir palabra, ambos totalmente ajenos a nada que no fueran ellos mismos.

—Martín... dime algo. —le suplicó dando un paso hacia él, y empezando a preocuparse por su actitud.

—Un hijo. —susurró al fin.

—O una hija, todavía es demasiado pronto para saberlo.

— ¿De cuánto estás?—le preguntó después de parpadear varias veces saliendo al fin de su estupor.

—De dos meses y medio. —le confesó frotando suavemente su vientre.

Y de pronto su marido se acercó, y cogiendo su cara con ambas manos la besó apasionadamente, devorando con ansias la boca de ella hasta dejarla sin aliento.

Noa desvió la mirada durante unos segundos ruborizada por la escena, pues se sentía incomoda por estar presenciando un momento tan íntimo entre una pareja. Y avergonzada, buscó con la mirada a Alonso, para descubrir que éste la estaba observando intensamente, y con una extraña expresión en su rostro que no supo descifrar.

— ¡Dios mío Alex, un hijo!—Masculló contra sus labios, inmensamente dichoso en tanto recuperaba el aliento. — ¡No puedo creer que estés embarazada de un hijo mío!

Ella sonrió aliviada al escuchar sus palabras y se colgó de él para volverse a besar.

— ¿Entonces no estás enfadado conmigo por ocultártelo?—le preguntó unos segundos después, mientras recuperaba nuevamente el resuello.

— ¿Enfadado?— inquirió en un primer momento sorprendido por su pregunta.

Y volvió a atrapar con su boca esos labios que lo volvían loco, para deleitarse con ellos mientras la apretaba más contra su cuerpo. La noticia lo había cogido por sorpresa, pero no era nada de extrañar teniendo en cuenta, que no habían tomado ninguno de los dos protección alguna para impedirlo. Pero saber que ella estaba embarazada de él, era lo más increíble que le había pasado en la vida.

—Por supuesto que estoy enfadado contigo por no habérmelo dicho antes, pero también soy inmensamente feliz. —Le aseguró en tanto la sorprendía levantándola en brazos. —Y vas a empezar ahora mismo a compensarme por ello, y que se me pasen estas espantosas ganas de retorcerte ese precioso cuello que tienes. Y te aseguro que me tomaré mi tiempo, así que vete agarrando fuerzas. —le susurró al oído mientras se dirigía dentro de la tienda.

Pero un segundo más tarde, volvía a salir todavía con ella en peso para informar a Alonso.

—Por cierto, espero que lo comprendas pero hoy saldremos un poco más tarde. En unos momentos voy a estar algo ocupado.

— ¡Martín!—exclamó Alexia ruborizándose hasta la raíz del cabello.

El guía lanzó una carcajada, y asintió comprendiendo perfectamente la situación, y ambos volvieron a desaparecer detrás de la puerta de lona.



Después de desayunar, y más retrasados de lo habitual, se subieron a los vehículos para salir del parque nacional Kenia, y dirigirse primero a la reserva natural Buffalo Springs. Tanto Samburu, a la que irían a continuación, como Buffalo Springs, eran reservas adyacentes, únicamente separadas por un río que podía cruzarse por un puente a unos tres kilómetros río arriba. Dándose la circunstancia de que éste marcaba la frontera entre los dos condados. Cuanto más se acercaban, dejaban atrás los bosques exuberantes para adentrarse en la sabana árida de espinos, matorral seco, y acacias achaparradas y dispersas. Las polvorientas llanuras se rompían en pequeñas colinas, destacando la elevación de Koitogorr, y asomando en la lejanía la cumbre plana de la

montaña roja de Ol Olokwe. El calor extremo, a pesar de la altitud tan elevada y la desolación del paisaje, eran ingredientes fundamentales del encanto de Samburu y sus reservas vecinas, siendo el rostro del paisaje africano menos hospitalario para la vida. A primera vista, estas reservas podrían parecer un desierto faunístico, pero en realidad, la sabana semidesértica es el hábitat preferido por ciertos mamíferos adaptados a este ecosistema duro e inhóspito, algunos de ellos poco frecuentes en otros parques de clima menos riguroso. Por lo que gracias a ello, podían observar admirados una gran variedad de vida salvaje. Desde la elegante jirafa reticulada, a la cebrá de Grevy, el bellissimo antílope gris Órix beisa, o el impala. Por el contrario, si se acercaban más a la orilla del río, podían contemplar a una manada de elefantes con sus bebés bebiendo y refrescándose, búfalos, facóqueros, o antílopes acuáticos, buscando las riberas frescas y sombreadas durante las horas de sol, para alejarse de ellas al anochecer. La gran ventaja de Samburu y Buffalo Springs, es que los recorridos junto al río, daban ocasión de contemplar una gran cantidad de animales a muy corta distancia. Mientras que sus aguas acogían a sus habitantes permanentes, los hipopótamos y cocodrilos, a la vez que en sus grandes acacias y palmeras, pululaban los monos Vervet y los babuinos. El paisaje era un espectáculo, y tanto Noa como los demás viajeros, observaban todo completamente maravillados.

Hacía tanto calor, que todos iban equipados con varias cantimploras que rellenaban continuamente, además de los prismáticos, con los que observar a los animales más pequeños y esquivos. Y después de dejar unos pocos cientos de metros atrás, a una pequeña manada de leonas, se pararon para observar más detenidamente un águila alimentándose de su última presa.

En tanto Noa, como no aguantaba más las ganas de orinar, aprovechó el momento en que pararon, para bajar un momento de los jeeps y estirar un poco las piernas. Alejándose unos pocos metros sola, buscando algo de privacidad para poder aliviarse. Aunque por regla general aguantaba hasta llegar al camping libre más cercano, donde tenían baños públicos que podían usar libremente, esta vez sabía que no le iba a dar tiempo a llegar, por lo que decidió arriesgarse y buscar un lugar apartado entre unos matorrales bajos, donde poder hacer sus necesidades. Pero justo cuando estaba a punto de bajarse los pantalones, se percató de una forma grande a unos pocos metros, que se movía despacio hacia donde ella estaba dejándola totalmente petrificada.

Las dos hembras, tanto la humana como la felina, se quedaron paradas observándose la una a la otra. La leona estudiaba con interés a Noa, y ésta muerta de miedo, se olvidó de respirar mientras no podía apartar sus ojos de la hipnótica mirada. Sabía que se había metido en un grave problema, pero el pánico la tenía tan paralizada, que aunque su vida pendía de un hilo, era incapaz de gritar para que vinieran en su auxilio.

— ¡Maldita sea Noa, ¿qué demonios te crees que estás haciendo?!— saltó de pronto Alonso, acercándose a ella muy enfadado y poniéndose justo delante. —Creo que dejé bien claro, que bajo ningún concepto nadie podía separarse del grupo.

—A-A-lonso. —farfulló ella sin quitarle la vista a la leona intentando advertirle.

—Es demasiado peligroso que andes tú sola por ahí. —Siguió abroncándola sin percatarse del peligro. —No estás en el zoo de Valencia Noa, estás en África. A-FRI-CA, ¿lo entiendes?

—Sí, pero...

— ¡Ni peros, ni leches!—Prosiguió con su retahíla. —Te juro que eres peor que una niña pequeña, en cuanto me despisto un momento, enseguida te encuentro haciendo algo indebido.

—Alonso, escúchame. —le suplicó angustiada.

— ¡No, escúchame tú a mí *niñata*! Cuando se te da una orden es por tu seguridad y para que la cumplas. No puedo estar todo el día pendiente de ti a la espera de que te metas en un nuevo lío. ¿Acaso no te llegó con el encuentro del leopardo en la cascada? ¿O con la mamba negra en tu bungalow? ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Servirle de cena a un león?

Ella abrió los ojos desmesuradamente a la vez que tragaba con dificultad. Y mientras seguía sin quitarle los ojos de encima a la fiera, advirtió como ésta, con las orejas hacia atrás, la boca entreabierta, y la cola barriendo el polvoriento suelo, tenía el aspecto más amenazador que había visto en toda su vida.

Y como no le contestó, y pensando que lo estaba ignorando deliberadamente, Alonso perdió la paciencia al fin.

— ¡Esto es el colmo, *niñata*! ¡Haz el favor de mirarme a la cara cuando te hablo, ¿quieres?!—le ordenó poniendo los brazos en jarras.

Pero de golpe enmudeció, al advertir el inconfundible gruñido bajo que salía de la garganta de un felino. Despacio se giró, a la vez que se llevaba la mano a la culata de su pistola, para encontrarse cara a cara con una leona en posición de ataque. Y con el brazo libre, apartó a Noa para ponerla justo detrás de él y poder protegerla con su cuerpo, en caso de que el animal los atacara sorpresivamente.

—No te muevas, ¿de acuerdo?—le advirtió en tanto sacaba el arma muy lentamente de la funda colgada en su cintura. —Es muy importante que no muevas ni un solo musculo.

Ella agarró su camiseta con ambas manos escondiéndose detrás de su espalda, a la vez que cerraba los ojos, y daba gracias a Dios de que él hubiera llegado a tiempo.

—Te aseguro que no tenía pensado ponerme a bailar un tango. —susurró molesta porque la creyera tan tonta.

Alonso no pudo evitar alzar un poco las comisuras de los labios, al darse cuenta que dentro de la gravedad de la situación, ella era lo suficientemente valiente como para guardar la compostura y no entrar en pánico. Y no supo muy bien, si es que era una mujer con unas agallas increíbles, o tan estúpida que no se daba cuenta del peligro al que se estaban enfrentado.

—Escúchame bien, Noa. Vamos a ir retrocediendo muy despacio, y sin hacer movimientos bruscos para no asustarla, ¿de acuerdo?

—No creo que sea capaz. —confesó asustada.

—Confío plenamente en ti pequeña, y sé que vas a ser totalmente capaz de hacerlo.

Ella abrió los ojos alentada al escuchar sus palabras, pero todavía seguía paralizada y aferrada a su camiseta.

— ¡Dios, Alonso, no... no puedo!—admitió inmovilizada por el miedo.

—Sé que lo puedes hacer, Noa. —la animó, en tanto no desviaba la atención sobre el animal.

Ésta empezó a retroceder muy lentamente con la mirada clavada en su espalda, rezando por poder salir de allí los dos sanos y salvos. Cuando de repente, el hombre disparó el arma al aire al darse cuenta, de cómo la leona se posicionaba para atacar y abalanzarse sobre ellos de inmediato. Logrando que Noa lanzase un grito y se sobresaltase, a la vez que el felino se asustaba por el ruido, lanzando un potente rugido para seguidamente salir corriendo.

A los pocos segundos del disparo, tanto Shukrani como varios hombres aparecieron corriendo, encontrándose con Alonso abrazado y tranquilizando a una asustada Noa. Después de explicar lo que había sucedido, y habiéndose cerciorado de que ya no existía ningún peligro, todos los demás decidieron volver a los coches para retomar camino hasta el campamento.

—Noa, tenemos que marcharnos. —la instó, intentando separar las manos que tenía fuertemente entrelazadas detrás de su espalda, pues todavía seguían abrazados.

—Ajá. —contestó ella sin dar ninguna señal de quererse separar de él todavía.

—Noa...

—Voy.

Pero se estaba tan bien apretada a su cuerpo, con la cara pegada a su fuerte torso, oliendo su aroma varonil, escuchando los latidos de su corazón y su acompasada respiración, que no le apetecía nada romper ese momento.

— ¿Qué pasa?—preguntó el hombre al advertir que seguía sin despegarse.

— ¿Estás seguro de que ya no está por aquí?

—Seguro.

— ¿Completamente seguro?

—Totalmente seguro.

—Vale.

— ¿Me vas a soltar ahora?

—Claro.

Y Alonso esbozó una amplia sonrisa, cuando ella contrariamente a sus palabras, todavía seguía aferrada a él. A pesar del enorme susto que se habían llevado, le encantaba que le hiciera sentir importante, saber que confiaba y se sentía segura en sus brazos. Y empezó a darse cuenta, que para su desgracia, ninguna mujer lo había hecho sentir tan vivo como lo hacía sentir ella. Desde que había entrado en su vida había conseguido desbaratarlo todo, logrando que un tío vivo de emociones, lo hicieran vivir cada momento a su lado de una forma única e intensa. Percibiendo una tan amplia gama de sentimientos, que lograban que su sangre corriera descontrolada por sus venas, y su corazón martilleara contra su pecho a punto de salirse desbocado.

—Bueno, ya que vamos a estar un rato así. —se burló dándose por vencido, a pesar de que sabía que los estaban esperando. —Creo que tengo derecho a saber, ¿el por qué te apartaste del grupo para venir hasta aquí tú sola?

Noa tardó unos segundos en contestar.

—Buscaba algo de intimidad.

— ¿Por qué?—inquirió arrugando el ceño extrañado.

—Necesitaba hacer algo. —le contestó evadiendo la explicación lo mejor que pudo, y rezando porque se quedara tranquilo y no siguiera el interrogatorio.

— ¿Qué necesitabas hacer?

Ella suspiró por tanta preguntita y porque le avergonzaba tener que darle la respuesta.

—Pues, porque me urgía hacer algo que nadie más podía hacer por mí.

El guía se quedó callado durante unos segundos cavilando sobre la explicación.

—No entiendo. ¿Qué era eso tan urgente que tenías que hacer y que nadie...?

— ¡Hacer un pipí, Alonso! ¡Necesitaba hacer pipí!—le espetó enfadada y separándose de él al fin. — ¡Madre mía, no se puede ser más obtuso aunque se entrene día y noche!

Éste se echó a reír al comprender finalmente el motivo.

—Pues aprovecha ahora si quieres. —Le sugirió sonriendo maliciosamente. —Te prometo que no me separaré de ti en ningún momento.

Noa entrecerró los ojos lanzándole puñales con la mirada.

—Muchas gracias, pero se me cortaron las ganas.

Y dándose media vuelta, se dirigió a grandes pasos al lugar donde los estaban esperando, mientras a sus espaldas resonaban las carcajadas de Alonso.



Después del incidente, retomaron camino para llegar hasta el campamento, y durante el trayecto, Noa intentó quitarle importancia a su encuentro con la leona, para no preocupar y alarmar a los clientes. Cuando llegaron se fue directa a darse una refrescante ducha, y eliminar el sudor y el polvo del viaje adherido a sus ropas y su cuerpo. Y sorprendentemente a lo esperado, tuvo una agradable y pacífica cena acompañada por Alonso.

Pero tiempo después, y agotada por no haber dormido mucho la noche anterior, se disculpó para poder retirarse a su tienda e intentar descansar esa noche. Mientras recogía la ropa que había tirado en el suelo, antes de meterse en la ducha, organizaba a continuación la del día siguiente. Y preparándose para meterse en la cama, se repetía una y otra vez, que era seguro dormir en la tienda ella sola. Esta vez no tenía como excusa, su pánico a las tormentas para ir corriendo a la de Alonso, y tenía que empezar a superar su miedo a dormir rodeada de bestias salvajes. Pero realmente se le estaba haciendo muy dura la labor, sobre todo, después de lo que había sucedido pocas horas antes.

Abrió la cama, previamente a soltar la mosquitera, y por el rabillo del ojo notó unas manchas alargadas que se movían despacio encima de las sábanas blancas, mientras desataba el nudo que aprisionaba la fina gasa que la protegería de los molestos mosquitos. Y cuando prestó más atención, para descubrir qué era eso que se movía, se tapó a tiempo la boca antes de lanzar un grito de pánico, y alertar a todo el campamento.

Salió disparada de su tienda en dirección a la de Alonso, y cuando accedió al interior, se encontró al hombre acabado de meterse en la cama.

— ¡Por Dios, otra vez no!—exclamó él al verla aparecer.

Capítulo 18

— ¿Qué estás haciendo aquí otra vez Noa?—le preguntó con reservas.

Pues no estaba dispuesto a pasar otra noche más sin dormir. Necesitaba estar descansado y despejado para poder realizar su trabajo con eficiencia, y el que ella estuviese allí no presagiaba nada bueno.

—A mí tampoco me hace especial ilusión estar aquí, pero no puedo dormir sola en mi tienda.

— ¿Y eso por qué? Que yo sepa esta noche no hay tormenta. A no ser que...—y dejó la frase en el aire, para contemplarla de arriba abajo con una naciente y presuntuosa sonrisa en su rostro.

Noa miró su atuendo a la vez que él, extrañada por su comentario, y entendió en el acto a lo que se refería. Estaba vestida simplemente con un ligero camisón de seda corto en color rosa palo, dejando a la imaginación poco o nada que descubrir, pues salió tan deprisa de su habitación, que no se paró ni un solo momento a pensar si iba convenientemente vestida o no. Se subió con impaciencia, una finísima tira que se le había resbalado por el hombro, mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

—No te hagas ilusiones Alonso, no he venido aquí por ti.

— ¿Ah, no?—le preguntó tumbándose en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y todavía con la sonrisa bailando en su rostro.

—No. —declaró convencida, para desdecirse al segundo siguiente. —Bueno, sí he venido aquí por ti, pero no para lo que tú te crees.

—Pues como no te expliques mejor.

—Tengo compañía no deseada en mi cama.

— ¡¿Perdona?!—Inquirió incorporándose en el acto, y olvidándose por completo de su engreída pose. — ¡¿Que tienes qué?!

—Es mejor que vayas a verlo por ti mismo. Yo vi a dos pero no sé si habrá más.

— ¡Por supuesto que voy a ir!—soltó enfadado mientras se levantaba de la cama. Y de pronto se paró en seco al llegar a la puerta. —Esto no será una broma, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—Te juro que no.

—Pues ven conmigo y enseñámelo tú misma. —la invitó desconfiado.

—No, ni hablar. Yo no entro en esa tienda otra vez ni loca. Es más venía a pedirte que me la cambiaras.

Él se quedó estudiándola con detenimiento, pues había algo que no le cuadraba. Que un cliente entrase en su tienda para intentar seducirla no le extrañaba, pero, ¿dos? Realmente se le hacía difícil imaginarlo, y si eran más ya ni te cuento. Y si efectivamente era cierto, el que cambiase de lugar no haría desaparecer el problema, pues volverían a abordarla si no se tomaban medidas más drásticas.

— ¿Qué me estas ocultando, Noa?

— ¿Yo?—exclamó atónita porque no la creyera. Y bufó molesta porque pensara que estaba haciendo eso como excusa solo para seducirlo. —Yo no te estoy ocultando nada, y si no me crees, vete y míralo con tus propios ojos.

—Está bien. —soltó impaciente por acabar con aquello de una maldita vez.

— ¡Espera!—le rogó ella sin poder evitarlo, con una expresión preocupada y retorciéndose nerviosa las manos. — ¡Por favor, ten cuidado!

— ¿Por qué?—le preguntó desconcertado al ver el pánico en su rostro.

—Porque aunque no estoy segura, creo que son peligrosos.

— ¿Peligrosos?—inquirió esta vez ya totalmente estupefacto y sin comprender nada.

—Sí. No entiendo mucho de escorpiones, pero por favor toma todas las medidas de precaución posibles.

— ¡¿Escorpiones?!—repitió esta vez ya descolocado del todo al no esperarse esa información.

— ¿Se puede saber qué te pasa?—Le preguntó cruzándose de brazos molesta por su actitud. —O estás muy espeso, o tu única neurona empieza a fallar. ¡Escorpiones Alonso escorpiones! ¿De qué te creías que estaba hablando?

Éste frotándose la nuca al darse cuenta de su equivocación, levantó la vista para fijarla en ella al advertir su tono despectivo.

—Pues me imaginé de todo, teniendo en cuenta que hasta ahora no me habías dicho de qué se trataba. Y como comprenderás, adivino no soy. —le espetó desviando el tema para no confesarle en lo que realmente había estado pensando, pues si se lo decía se iba a enfadar, y esta vez con razón.

—Está bien, lo siento. —Se disculpó arrepentida descruzando los brazos para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja. —Pero es que estoy algo nerviosa. Creo que ya te advertí que los animales y yo no nos llevamos muy bien. Pero es que parecieran que me tuvieran una guerra declarada, en mi vida me había pasado semejante cosa.

—De acuerdo, no te preocupes. —le dijo intentándola tranquilizar. —Arreglaré éste asunto y vendré lo antes posible.

—Gracias.

Alonso asintió y salió de la tienda, para al segundo siguiente introducir su cabeza nuevamente.

— ¿Cuántos me dijiste que habías visto?

¡Virgen Santa, que paciencia!

—Dos. —aseguró después de soltar aire por los pulmones en un intento por tranquilizarse. —O por lo menos fueron los que yo vi.

—Vale.

Y desapareció otra vez para volver a entrar inmediatamente.

— ¿Y dónde los vistes exactamente?

Confirmado, le empieza a fallar. ¡Madre mía! ¿Y ahora que va a hacer sin esa neurona?

—En la cama. —le contestó cruzándose de brazos nuevamente, y dando golpecitos con la punta del pie.

—Muy bien.

Y se paró de golpe antes de salir de nuevo esta vez.

— ¿Dentro o fuera?

Serénate Noa, serénate.

— ¿Tiene acaso importancia?—le preguntó a punto de perder la calma

—Sí, la tiene.

Inspira, expira, inspira, expira...

—Dentro.

— ¿Dentro?—repitió arrugando el ceño sorprendido.

¡Yo lo mato, te juro que lo mato! Inspira, expira...

—Sí, dentro Alonso, dentro.

— ¿Y...?

— ¡Mira, no me preguntes si eran familia o no porque no lo sé! ¡Y tampoco sé si venían de fiesta o iban de parranda! ¿Quieres ir de una puñetera vez? Porque te aseguro que no van a estar toda la noche esperando por ti.

—Está bien, ya voy. —le dijo éste saliendo por la puerta mientras negaba con la cabeza.

Pues a pesar del esfuerzo, no había podido resistir la tentación de observarla detenidamente con ese sugerente camisón, y por eso había demorado tanto su marcha. Y para ser sinceros, tener que ir a lidiar ahora con unos escorpiones, pues no le parecía tan tentador como quedarse a deleitar la vista con semejantes curvas.

— ¡Menudos humos que tienes, *niñata!*

Y Noa se quedó allí parada, abriendo la boca como si fuera un pez fuera del agua.

Cuando el guía entró en la tienda, se encontró efectivamente con dos escorpiones dorados Israelí, pero que en absoluto eran originarios de esa parte de África. Por lo que Alonso sospechó, que habían sido traídos expresamente y colocados dentro de la cama de Noa, con el único propósito de hacer que su vida corriera peligro. Por fin ahora entendía cómo había ido a parar la mamba negra a su cabaña. Pero arrugó el ceño al preguntarse, ¿quién era la persona o personas que querían hacerla daño y por qué?

Después de extremar las precauciones, consiguió deshacerse de los peligrosos animales, no sin antes revisar concienzudamente la habitación y no encontrar ninguno más. Pero en el transcurso de examinar todo minuciosamente, cuando estaba recogiendo del suelo el pantalón que Noa llevaba ese mismo día, se le cayó de uno de los bolsillos una pequeña bolsita de cuero. Y curioso, porque ya había visto con anterioridad ese mismo objeto, lo abrió para saber qué contenía. Pero su sorpresa fue enorme, cuando al vaciar el contenido de la bolsa en su palma de la mano, se topó con varias pequeñas piedras de forma rústica y de distintos tamaños, pero que no dejaban lugar a dudas sobre lo que eran. Revisó el resto de los bolsillos del pantalón, y se encontró con dos más, y decidido se dirigió a su tienda.

— ¿Estás bien?—le preguntó Noa preocupada nada más entrar.

—Perfectamente.

Ésta suspiró aliviada.

— ¿Te deshiciste de los escorpiones?

—Sí, pero tenemos que hablar. —le dijo serio mientras se sentaba en una silla, ya que ella estaba encima de su cama con ambas piernas cruzadas y una almohada encima.

— ¿Ha pasado algo?— inquirió alarmada.
— Me gustaría saber, ¿cómo ha llegado esto a tus manos?
Noa miró las bolsas que le enseñaba desconcertada.
— Son un regalo.
— ¿Un regalo?— cuestionó sorprendido por la respuesta.
— Sí, ¿por qué? ¿Cuál es el problema?
— ¿Quién te las regaló? ¿Y cuándo?—interrogó muy serio.
— Fueron las matronas que fuimos a visitar esta mañana en los poblados. ¿Por qué?, ¿qué pasa?

El hombre la miró con los ojos como platos, y Noa parpadeó varias veces sin entender nada de lo que estaba pasando.

— ¿Me quieres hacer creer, que esto te lo dieron las mujeres de las aldeas que visitamos esta mañana?

— Yo no te quiero hacer creer nada Alonso, solo te digo lo que pasó. Y lo que ocurrió esta mañana, mientras tú y Shukrani estabais dentro de la chabola, es que unas mujeres se acercaron y me ofrecieron estas bolsitas. Yo no las quise aceptar, pero te aseguro que no me dejaron otra opción, así que me las guardé pues no quería que me pegaran por ser descortés. Lo que no entiendo, ¿es por qué tanto alboroto por unas baratijas de nada?

— ¿Unas baratijas?—Interpeló mientras volcaba el contenido en la palma de su mano. — ¿Te crees que soy idiota?

Ella se acercó para verlas más de cerca y levantó una ceja a continuación.

— Pues empiezo a creer que sí. —Afirmó rotunda, a la vez que se volvía a sentar cómodamente en la cama, totalmente segura esta vez de que la neurona le estaba fallando estrepitosamente. —En serio Alonso, que me montes este pollo por unas piedras más feas que el demonio, empieza a parecerme un poco fuerte de tu parte.

— ¿Piedras?

— Y feas como el demonio. —reiteró, recalcando las palabras. — De verdad, empiezo a pensar que necesitas ayuda. Lo tuyo no es ni medio normal.

Él se quedó observándola asombrado, y no sabía muy bien si por su estupidez, o por su ignorancia. E hizo una mueca al advertir, que verdaderamente ella no tenía ni idea de lo que eran.

— Por supuesto que no reconoces lo que son estas piedras feas como el demonio. Pero estoy seguro que si te pongo delante un lingote de oro, o unas de tus exclusivas joyas por las que matarían cualquiera de los que viven por aquí, sabrías perfectamente de qué te estoy hablando.

Noa lo observó durante unos segundos, con cara de no entender nada de lo que le estaba hablando, hasta que al final cayó en la cuenta.

— ¿Eso es oro?—preguntó sorprendida y estirando la mano para que se lo dejara ver con más atención.

— Efectivamente. —Aseveró entregándole la piedra. —Son pepitas de oro sin refinar en su estado más puro, sacadas directamente de la mina.

— ¡Vaya!—Exclamó extasiada. —Es la primera vez que veo una.

Y la empezó a girar en todos los sentidos admirándola con detenimiento.

—Lo que no entiendo...—continuó. — ¿Es porque me las dieron a mí? ¿Y porque parecían tan enfadadas al hacerlo? Yo en realidad pensé que eran cuentas o abalorios, como los que me regalaron la familia de Asha.

—Te aseguro que yo tampoco lo concibo. Y es algo que me hace plantearme muchas cosas. — declaró confundido, apoyando la espalda en el respaldo y los codos en el reposabrazos de la silla, mientras se cruzaba de manos.

— ¿Qué cosas?—preguntó Noa arrugando el ceño al notarlo tan preocupado.

—En primer lugar, ¿cómo han conseguido los lugareños de por aquí estas pepitas? Es cierto que hay varias minas en los alrededores, y que seguramente alguno o muchos de ellos, trabajan o tengan algún familiar que trabaje allí. Pero es extremadamente difícil y altamente peligroso, robar o substraer nada de ellas.

Como Noa se le quedó mirando sin entender a qué se refería, Alonso intentó explicarse mejor, y se echó hacia delante en la silla para apoyar los codos en las rodillas.

— ¿Has oído alguna vez hablar sobre los diamantes de sangre?

—Sí.

—Pues con el oro pasa algo parecido. Por suerte o por desgracia, no sabría decirlo muy bien, África es uno de continentes más ricos en este mineral, y al igual que ocurre con los diamantes, todos los días mueren decenas de personas en las minas explotados por señores de la guerra, o por las condiciones tan infrahumanas en las que trabajan en algunas explotaciones ilícitas. Los trabajadores ilegales y la explotación infantil, están a la orden del día, enfrentándose sistemáticamente a la contaminación por mercurio, a turnos de trabajo de veinticuatro horas, y a normas inexistentes de seguridad y salud. Y te aseguro, que no se andan con chiquitas si descubren que un trabajador les roba, poniendo por ello su vida en peligro si lo hacen. Por tanto, no comprendo cómo se han arriesgado a tanto por regalarte a ti un oro, que podría facilitarle la vida a toda la comunidad.

—Yo tampoco lo sé. —confirmó empezando a comprender.

—En segundo lugar, esto me plantea si no es una especie de pago o chantaje al que están siendo sometidos.

— ¿Chantaje?

—Sí. Empiezo a creer que algún trabajador de Resorts Montalbo, ha cobrado por sus servicios o por el material sanitario. Y su método de pago han sido estas pepitas de oro.

De repente, Noa se quedó callada durante unos segundos, empezando a cuadrarle muchas de las piezas de ese rompecabezas. Y se levantó nerviosa para pasearse de un lado a otro de la tienda. Ahora entendía la conversación que había escuchado en el dispensario, por fin había descubierto eso tan importante que estaban encubriendo. Y también comprendía el desfase de pedidos de medicamentos y material sanitario en los últimos tiempos.

— ¿Qué pasa?—le preguntó Alonso al verla tan exaltada.

Ella se paró de golpe, calibrando la opción de confiar o no en él. Y un millón de preguntas le pasaron por su mente, mientras no dejaba de darle vueltas a la piedra entre sus dedos. ¿Y si no había sido Alonso el que hablara con aquella mujer? Si su padre, ella, o cualquiera, descubría ese entramado tráfico de oro, podrían meterse en graves problemas, como por ejemplo la cárcel. Pero, ¿y si se equivocaba y había sido él?

¿Era por eso que no querían que se enterara? Entonces, ¿por qué se lo estaba contando? Todo aquello no tenía sentido. A no ser, que fuera porque había descubierto las pepitas en su poder, y quería saber hasta dónde estaba enterada o lo que realmente sospechaba. Quizás no había sido lo suficientemente sutil esa mañana y acabasen por descubrirla. Pero, ¿y si se equivocaba nuevamente? Y si no era él, ¿quién podía ser? ¿Derek? Pero al americano lo había despedido, y se había enfrentado a él por ella. Si fueran socios habría buscado una excusa para no hacerlo, además, ella había escuchado la voz de una mujer, y cada vez estaba más convencida de que era Sofía. Y por supuesto, estaba el hecho de que Alonso era el único que disponía de las llaves del dispensario, por lo tanto...

¡Oh Dios, me estoy volviendo loca!—pensó reanudando su paseo nervioso.

—Pasa que lo que estás diciendo es muy grave, Alonso. —le contestó pues él estaba esperando su respuesta.

—Lo sé, y lo peor de todo es que ha estado ocurriendo delante de mis narices. —admitió enfadado consigo mismo. —Pero eso no es todo, Noa.

— ¡Ah!, ¿qué aún hay más?

Éste se levantó también y se pasó la mano por la nuca frotándosela compulsivamente.

—Creo que es mejor que te sientes. —le aconsejó, cuando tomó el valor de exponerle lo que sospechaba.

—Estoy bien así, gracias. —le contestó cruzándose de brazos.

Él clavó su mirada en el rostro de ella, buscando la manera más suave de darle la noticia, pero en realidad no había ninguna. Además, Noa tenía que ser consciente de que su vida estaba en peligro, y sus antecedentes anteriores sobre cuidar de ella misma dejaban mucho que desear.

—Creo que están intentando matarte.

— ¡¿QUÉ?!—Prorrumpió estupefacta. — ¿Estás de broma?

—Lo siento, pero no. Eso explica lo de la mamba negra y los escorpiones de hoy.

Al final Noa tuvo que sentarse nuevamente pues le empezaron a temblar las piernas.

— ¿Qué... qué quieres decir?

—Al principio no me di cuenta, aunque me extrañó muchísimo que una serpiente tan peligrosa pero que suele vivir en la sabana, llegara tan lejos de su zona de confort. Y que sobre todo, se introdujera en un lugar tan concurrido y expuesto como una cabaña, siendo de lejos, uno de los últimos lugares donde se escondería un animal como este. Pero lo achaqué a la simple mala suerte.

Ella lo observaba hablar con la boca y los ojos abiertos como platos.

—Pero no puedo obviar el hecho Noa, de que los escorpiones que he encontrado en tu tienda son altamente peligrosos, pero sobre todo, porque estos animales no se encuentran en esta parte del continente, siendo originarios de los ambientes desérticos del norte de África. Y no solo eso me ha hecho sospechar, pues también cabe destacar, que ambos eran machos, siendo una especie muy territorial y agresiva entre ellos. Por tanto, difícilmente podrías encontrarlos juntitos retozando en una cama, aunque sea la tuya, a no ser que los hubieran puesto ahí a propósito, eso solo ocurre en las películas americanas.

—Pero eso no tiene sentido. —Susurró intentado asimilar la información. — ¿Qué quieres decir? ¿Que también fueron los culpables del casi ataque del leopardo en la cascada, o de los pájaros en la comida, o de la leona hoy? Eso es absurdo, Alonso. — concluyó frotándose la frente con preocupación, pues no quería creer lo que le estaba contando.

—Estoy totalmente seguro de que en esos tres hechos no han tenido nada que ver. Pero los utilizaron convenientemente a su favor, sabiendo que tienes un extraño poder de atracción, en lo referente a los felinos y el peligro que conllevan, por lo que intentaron camuflarlo de esa manera tan sutil. Si llegase a ocurrir lo que ellos pretendían, no hubiera sido muy extraño, dada tu continua imprudencia a hacer lo que te viene en gana. Pero evidentemente no contaban con mi presencia en ninguna de las dos situaciones. Y como los infortunios ocurren, convenientemente para ellos, habría pasado desapercibido después de haber eliminado cualquier prueba, que hiciera sospechar que no hubiera juego limpio. Por eso creo que es conveniente que te quedes conmigo a partir de ahora.

Ella lo observó con el poso del temor reflejado en sus ojos, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Una cosa era sospecharlo, y otra muy distinta ser consciente de que realmente alguien la odiaba o temía tanto, como para intentar deshacerse de ella de esa manera tan ruin y sibilina. Pero lo peor era no saber en quien confiar. Si estuviera allí Asha podría hablarlo con ella, pues era la única mujer de la cual estaba segura de su paradero, en el momento en que había expiado la conversación en el dispensario, escuchando claramente una voz femenina en aquel momento. Pero para ser sincera podía ser cualquiera. Desde la doctora, a alguna de las mujeres de la limpieza, hasta la mismísima Vanesa.

Ella seguía desconfiando de Sofía, pero tenía que reconocer que a no ser que tuviera el don de la ubicuidad, era imposible que fuera la que le colocara los escorpiones en su cama. Y sobre Derek, tampoco tenía constancia de su presencia en el campamento, por lo que solo le quedaba la opción más lógica. Y aunque la lógica le decía que Alonso era el cómplice de esa mujer, no comprendía por qué descubría sus cartas contándole todo esto. Pero sobre todo no quería admitirlo, porque había algo en su interior que se negaba a creer, que él quisiera hacerle daño.

—No-no sé si-si es lo mejor. —tartamudeó confusa, a la vez que se levantaba nerviosa comenzando a caminar de un lado a otro.

— ¿Acabas de escuchar lo que te he dicho?—le preguntó asombrado. —De verdad que no te entiendo Noa. Hace unos minutos estabas dispuesta a compartir la cama conmigo porque le tenías miedo a unos animalitos, y ahora que te he dicho que están atentando contra tu vida prefieres no hacerlo.

—No estaba dispuesta a compartir la cama contigo por unos simples animalitos de nada, y te dejé bien claro que quería que me cambiaras la tienda. Además, tú tampoco saltabas de alegría cuando me viste aparecer.

—Tienes razón, esas fueron tus palabras, pero en ese momento yo no sabía lo que sé ahora. Y ayer no te costó nada venir a mi cama por el miedo a la tormenta, por tanto no entiendo ahora tanta reserva, sobre todo cuando tu vida está en peligro.

Ella lo miró con reticencia haciéndosele complicado sostenerle la mirada.

—Tú no lo comprendes.

—Vuelves a tener razón, no lo comprendo. —Expresó enfadado. —Estoy intentando protegerte Noa, y actúas como si no me creyeras o dudaras de mí.

Ésta se giró para no enfrentarse a él cara a cara. Y Alonso, al advertir cómo se volvía precipitadamente para no mirarlo de frente, y percibir la rigidez de su postura, advirtió con tristeza que no andaba muy desencaminado.

— Así que se trata de eso, ¿no?—habló defraudado. —No te fías de mí.

Noa apretó con fuerza los puños, clavándose las aristas de la piedra en la palma de la mano, a la vez que las palabras de decepción de él se le hundían en el alma.

—A pesar de nuestras diferencias nunca creí que pudieras desconfiar de mí Noa. Pensé que si algo había claro entre nosotros, es que daría mi vida por ti.

Ella apretó con fuerza los dientes, tragándose las lágrimas que pugnaban por salir, y estaba tan confundida que no sabía que pensar. Sus palabras parecían sinceras, pero él no sospechaba que lo había escuchado detrás de la puerta. Y en esos momentos su corazón martilleaba dentro de su pecho, indecisa de si creerle o no.

Pero no podía ser tan idiota, la imagen de la doctora en su habitación con su sonrisa maliciosa, volvía a su mente una y otra vez. Ya la había engañado antes, y no podía dejar que su corazón nublara su cabeza. Quizás podía manipular a Sofía, o a Vanesa, o a todas las demás, pero con ella no iba a jugar. No iba a permitir que se rieran nuevamente de ella. Por desgracia, había aprendido la lección de la manera más dura.

— ¿Acaso me tomas por imbécil Alonso?—Habló al fin, cogiendo aire profundamente y dándose la vuelta para enfrentarse de una vez a él y desenmascararlo. — ¿Crees que no sé cuál es tu doble juego?

El guía la miró estupefacto por el rencor en sus palabras, sorprendido por ello, y por la mirada asesina que le estaba lanzando.

—Desde el minuto uno se me hizo sospechoso que intentarás deshacerte de mí tan pronto. Evidentemente tenías miedo de que me enterara de todo esto, ¿no? Estoy segura, de que si alguien ha estado involucrado en este complot desde el principio eras tú, y que tu cómplice en toda esta trama no es nadie más que Sofía. Por eso tanto empeño en que me fuera de aquí, no querías correr el riesgo de que te descubriera. Pero lo siento querido, es demasiado tarde.

Alonso la miraba boquiabierto sin saber de dónde demonios sacaba esa loca idea.

—Estoy segura que Derek estaba a punto de descubrir algo, y por eso agarraste la primera excusa que tuviste para deshacerte de él. ¿Cuándo te pusiste de acuerdo con Sofía? ¿Antes o después de que os pillara juntos en la cabaña al día siguiente?

— ¿De qué demonios estás hablando?

—No finjas Alonso, te escuché el domingo pasado en el dispensario mientras te ponías de acuerdo con ella para deshacerte de mí. —confesó mientras ponía los brazos en jarras harta de que no reconociera su mentira.

— ¡¿Qué!—preguntó atónito sin entender nada de lo que le estaba diciendo.

—No te hagas el inocente porque ya no cuela. Yo cogí la llave del dispensario en recepción para hacerle las curas a Zawadi, y tú mismo me confirmaste que el único que tenía la otra eras tú. Por tanto, aunque no vi vuestras caras, no me cuesta nada sumar dos más dos. Escuché claramente a un hombre y a una mujer hablar sobre mí, y

confabular para deshacerse de mi presencia. Pero nunca creí que llegaseis hasta estos extremos.

El hombre se echó las manos a la cabeza incrédulo por lo que insinuaba.

—Ahora entiendo, que la insistencia con mi padre sobre repartir la medicación entre los más necesitados, no era una obra tan caritativa como querías hacernos creer. Tanto tú como Sofía, erais los que tenías acceso directo a los medicamentos, y los que podíais repartirlos para chantajear a los aldeanos más pobres sin levantar sospechas. Por eso el aumento en los pedidos inmediatamente después de que se fuera Emilio, ¿no? Visteis el cielo abierto y aprovechasteis la oportunidad.

Alonso se dio la vuelta, y frustrado por todas las injurias que estaba vertiendo sobre él, le pegó una patada a la silla donde instantes antes había estado sentado, logrando con ello que Noa se sobresaltara.

—Pero no contabas conmigo, ¿no es cierto?—continuó, no dejándose vencer por el miedo. Sabía que ahora había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás, y aunque su vida corriera peligro, le diría todo lo que pensaba de él. — Creías que podrías deshacerte fácilmente de la *niñata*, ¿verdad? Debió ser muy frustrante para ti, saber que no me achicaría tanto como tú pensabas. Y que después no era tan tonta, como para caer rendida a tus encantos en cuanto chasquearas los dedos.

Y como él seguía sin admitir nada de lo que había descubierto, Noa prosiguió, pero esta vez dándole donde más le dolía, en su orgullo.

— ¡Pobre Alonso!, todo se te ha ido al garete por culpa de una *niñata* rica y consentida, que no sabe obedecer una simple orden. Pero si me creías tan estúpida, como para tragarme toda esa patraña que me has contado vas listo. Yo no me dejo manipular tan fácilmente como te crees. Y con eso me das a demostrar una vez más, que no me conoces en absoluto, y que no eres tan inteligente como te piensas.

—Tiene razón.—habló por fin, girándose para mirarla directamente y clavarle una mirada tan intensa, que Noa no pudo evitar dar un paso hacia atrás.—Es sorprendente como últimamente no hago más que dártela, ¿no crees? —afirmó mientras sonreía, aunque la alegría no llegaba a sus ojos.

Ella tragó saliva al darse cuenta de que quizás había ido demasiado lejos, y volvió a dar otra paso más hacia atrás, cuando él se acercó de forma amenazadora. Tenía que haber recordado antes que podía ser letal si se lo proponía.

—No solo no te conozco en absoluto, sino que además te he subestimado. —aseveró cruzándose de brazos, y poniendo una expresión sarcástica en su rostro prosiguió.—Eres mucho más inteligente de lo que creía, y no solo eso, creo sin miedo a equivocarme que has dado por completo en el clavo. Lástima que hayas errado tanto en el culpable. Como detective privado no tienes precio *niñata*, es una pena que tu teoría haga aguas por todas partes.

—Eso lo dices tú.

—Lo digo yo y cualquiera que tenga dos dedos de frente.

— ¡JA!

Alonso se acercó a ella de forma peligrosa y la agarró por el brazo con fuerza.

—En primer lugar, si me hubiera querido deshacer de ti desde el principio lo hubiera tenido muy fácil. Solo tenía que llamar a tu padre e inventarme cualquier excusa para que te volvieras a España. O simplemente dejar que Derek te violara.

Noa se retorció asustada.

—En segundo lugar, si hubiera querido despedir a esa cucaracha, no me hacía falta ninguna excusa para poder hacerlo. Te recuerdo que yo soy el que manda aquí, y tengo permiso de tu padre para tomar las medidas que yo crea oportunas.

— ¡Suéltame, Alonso!

Pero él prosiguió ignorando su petición. Estaba tan dolido con ella que en esos momentos no atendía a ningún ruego.

—En tercer lugar, no sé a quién diablos escuchaste en el dispensario, pero te aseguro que no era yo, aunque empiezo a formarme una idea clara de quien podía ser. En esos momentos estaba ayudando a Asir a descargar los jeeps, y si no me crees, pregúntaselo a él y a los demás trabajadores que estaban allí. Aunque francamente, me importa una mierda si lo haces o no. Y te recuerdo que cualquiera puede hacer copia de una llave.

Noa dejó de forcejear al darse cuenta de que no había contemplado esa opción.

—En cuarto lugar, fue Sofía quien vino esa mañana y se coló en mi cabaña, sabiendo que yo nunca la cierro por dentro, aprovechando que yo estaba en la ducha para hacerlo. Y ahora entiendo sus ruegos porque no echara a Derek del hotel. Estoy prácticamente seguro que han sido ellos dos, los que han tramado todo esto desde hace mucho tiempo. Pero fui un imbécil, porque no entendí en aquel momento su desespero, para que no cambiara la ruta corta con ella y te llevara conmigo, en vez de hacer ésta. Y por eso no has sido la única que ha notado el malestar en los nativos al ver cara nuevas, debieron de creer que el negocio había cambiado de manos, y que nosotros les pediríamos más. Y a nadie le hace gracia tener que arriesgar más sus vidas, para que sus hijos y mayores tengan medicamentos con los que curarse.

¡Dios mío, ¿qué he hecho?!— pensó desesperada, dándose cuenta en ese momento de su equivocación.

Todos y cada uno de los puntos eran totalmente coherentes y ciertos.

—Alonso...

—En quinto lugar, si te hubiese querido matar *niñata*, no hubiese sido tan chapuzas. Tuve infinidad de oportunidades. Podría haberte dejado con aquel leopardo y que te apañaras tú sola. O no acudir en tu auxilio con la mamba negra. Y no te quiero contar el encuentro con la leona. Te recuerdo que en todas esas ocasiones nos encontrábamos los dos solos, por lo que nadie podría desmentir mi versión de los hechos.

—Alonso, escúchame...—le rogó desesperada.

— ¡NO!—Bramó furioso— ¡Estoy harto de escucharte!

Y respirando con dificultad se separó de ella, asustado de la intensidad de sus sentimientos. En esos momentos estaba tan enfadado, decepcionado, dolido, rabioso y frustrado, que tenía miedo de cometer una locura.

— ¡Por favor Alonso, sé que me he equivocado!—suplicó Noa acercándose a él, y agarrándolo ella esta vez del brazo.

El hombre inspiró profundamente varias veces para intentar tranquilizarse, y se dirigió resuelto a la salida después de soltarse de su agarre.

—Alonso...

—Cuando volvamos del safari quiero que te vayas a tu casa. —sentenció antes de cruzar la puerta de lona.

Ella negó con la cabeza repetidamente, y se tapó la boca con la mano en un intento de ahogar los sollozos, mientras las lágrimas anegaban sus ojos. Alonso ni tan siquiera la miraba, no quería que viera lo mucho que le habían dolido sus palabras.

—Puedes quedarte aquí o volver a tu tienda, me es indiferente. Aunque no me creas eres mi responsabilidad, y te aseguro que nadie te hará daño mientras yo pueda evitarlo. Solo te pido que no hagas tonterías y que extremes las precauciones.

Y giró la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—Alguien quiere hacerte daño Noa, y no soy yo.

Y dicho esto y sin mirar atrás, se marchó.

Capítulo 19

— ¡Alonso...!—susurró apenas en un último esfuerzo por retenerlo y que la escuchara.

Pero ya era tarde.

Cuando él desapareció por la puerta de lona, Noa se dejó caer de rodillas al suelo mientras agarraba con fuerza la piedra en su mano derecha, y los lagrimones caían por su rostro. Apretaba tan fuerte, que las aristas se le empezaron a clavar en la tierna carne haciéndola sangrar. Y cuando el dolor penetró en su caótica mente y advirtió la sangre, tiró con fuerza el guijarro maldiciéndolo y volcando su odio en él, aun sabiendo que la culpa era enteramente suya.

Algún día tendría que comenzar a hacerle caso a su madre y pensar antes de hablar. Se había equivocado con Alonso y de qué manera. Había metido la pata y hasta al fondo además, y conociéndolo un poquito, sabía que no la iba a perdonar.

— ¡Soy una estúpida!—sollozó derrotada.

En el mismo momento en el que había dicho que quería que volviera a casa, sintió como un golpe de vértigo hacía zozobrar su estómago, sustrayéndole el aire de los pulmones en el acto. No podía irse. No quería irse.

Sí, es cierto que había maldecido ese país, su calor, sus gentes, sus costumbres... Pero nunca, en toda su maldita vida, se había sentido tan en casa como allí. En ese apartado lugar había encontrado una verdadera amistad, había descubierto la belleza salvaje de sus parajes y de sus gentes, se había sentido acogida, respetada... y... y por mucho que se lo negase había encontrado... a un hombre que la hacía palpar con solo mirarla.

Podía ser el ser más desesperante, el más cabezota, el más autoritario y mandón, el más unineuronal, y el Tarzán más trasnochado que se podía encontrar en todo el planeta tierra. Pero era su Tarzán trasnochado.

—Y ahora... ahora lo he estropeado todo. —sollozó apenada.

Si hubiese pensado más las cosas, si no se hubiese dejado llevar por los celos, por la soberbia, y por la rabia... Ahora no estaría lamentándose.

¿Pero cómo había podido estar tan ciega? Ella misma había visto su rostro, las veces que entró corriendo en su cabaña pensando que estaba en peligro. O cómo se había enfrentado a Derek sin importarle en ningún momento su seguridad, o interpuesto su cuerpo delante de ella, sin pensar en si el leopardo o la leona los atacaban y ser el primero en recibir el zarpazo mortal. ¿Cómo había podido llegar a pensar un solo momento que quisiera hacerle daño? Él tenía razón, si de algo estaba completamente segura ahora, es de que daría su propia vida por ella. Y había sido tan estúpida, que no lo había visto aun teniéndolo delante de sus narices.

Noa se apretó el estómago e inclinó su cuerpo, mientras lloraba arrepentida por sus palabras. Daría lo que fuera por volver atrás, por no ver el dolor y la decepción en sus ojos, por demostrarle lo tremendamente arrepentida que estaba.

— ¡Eso es!—declaró poniéndose en pie para dirigirse en su busca. —Tengo que hablar con él y hacerle entender lo mucho que lo lamento. Tiene que escucharme.

Pero se paró antes de llegar a la puerta.

—Pero no ahora. —Pensó con más detenimiento, secándose con impaciencia las lágrimas que surcaban su cara. —En estos momentos está demasiado enfadado conmigo. Esperaré a que se calme, y cómo que me llamo Noa Montalbo que me va escuchar. ¡Vaya si me va a escuchar!



Cuando Alonso salió de la tienda, se dirigió rabioso hacia donde estaban el cocinero y su ayudante, que recogían los restos de comida y botellas de alcohol que habían servido para la cena. En esos momentos estaban disponiendo todo para al día siguiente ofrecer los desayunos, y con ello irse a dormir al acabar. Pero a él no le importó. Se agenció un vaso y una botella del mejor whisky, y se sentó en una de las mesas para beber a gusto.

Los hombres se miraron asombrados, pues era la primera vez en todos aquellos años que lo sorprendían consumiendo alcohol, que no fuera más allá de un par de cervezas.

— ¿Se encuentra bien jefe Alonso?—le preguntó Yaawar.

—Sí. —ladró mientras llenaba la copa del líquido ambarino.

El cocinero del campamento le lanzó una mirada de preocupación a su ayudante, y carraspeando se atrevió a volver a preguntar.

— ¿Necesita algo más?

—No. —contestó lacónico, y procedió a darle el primer sorbo al líquido que le quemó al bajarle por el gaznate.

El hombre se giró para marcharse, pero en el último momento se arrepintió, y tragando saliva se agachó para susurrarle.

—Jefe Alon...

—Cómo no desaparezcas ahora mismo de mi vista Yaawar, tú y yo vamos a tener un grave problema.

—Sí, señor.

Y el cocinero se retiró lo más rápido que pudo.

No había pasado ni media hora, cuando al lado suyo se sentó el hombre, que esa misma mañana se había enterado que iba a ser padre.

— ¿Puedo?—le preguntó señalando la botella medio vacía.

Alonso no estaba de humor para aguantar a nadie. En lo único que pensaba era en las palabras de Noa, y en cómo se le habían clavado en el pecho una a una. Recordaba perfectamente como había envidiado a ese hombre tan solo unas horas antes, y en el pensamiento que se le había cruzado por su cabeza en aquel momento. Y ahora se arrepentía amargamente de tan siquiera haberlo considerado.

—Lo siento, pero no soy muy buena compañía esta noche. —ladró sin miramientos, en tanto agarraba el vaso y le daba otro sorbo.

Martín elevó una ceja sorprendido por sus palabras, y una media sonrisa asomó a su boca al evocar viejos recuerdos.

—No me importa—le contestó mientras se echaba el alcohol en otro vaso. —Yo también tengo mucho en lo que pensar esta noche. Y por favor, tutéame.

—Como quieras.

Estuvieron callados durante unos minutos, contemplando la inmensidad de las estrellas en el cielo, y los sonidos envolventes de la selva de noche, en tanto se hacían compañía mutua. De vez en cuando se escuchaba el barritar de un elefante, el chillido asustado de un mono, o el gruñido de un león buscando aparearse o marcar territorio, adornado con la banda sonora de millones de grillos y otros insectos nocturnos. Esa paz interrumpida a veces por esos sonidos, le hacían disfrutar del momento y saberse privilegiados por poder deleitarse en ella.

— ¿Has vuelto a discutir con tu mujer?—le interrogó Alonso rompiendo el silencio.

Pues no había hecho más que preguntarse, ¿qué diablos hacía aquél hombre allí sentado con él? Se suponía que ese debía de ser uno de los días más felices de su vida.

—No. —Le contestó el actor sonriendo. —Vengo a celebrar mi buena suerte con un buen *trago*.

Y levantó su vaso para chocarlo contra el de él en un brindis.

— ¡Enhorabuena!—le felicitó éste. —Eres un hombre afortunado.

—Gracias. Así lo creo yo también.

—Pues debes de ser el único. —farfulló por lo bajo antes de beber de nuevo.

Martín al escucharlo, en vez de ofenderse, echó la cabeza hacia atrás para soltar una enorme carcajada.

—Por lo que veo tú sí has discutido con la tuya, ¿no?

Alonso se atragantó con el alcohol.

— ¿Perdón?—inquirió con la voz ronca por culpa de la quemazón del whisky.

—Lo digo por la cara de funeral que tienes. Supongo que habrás discutido con Noa, la directora del resort.

— ¡¿Noa, mi mujer?!—Preguntó asombrado de que hubiera llegado a esa conclusión. — ¡No! ¡No, en absoluto! Bueno sí, quiero decir...—y carraspeó revolviéndose incómodo en su asiento. — Es cierto que Noa es la directora del hotel, y también es cierto que he discutido con ella, pero no es mi mujer, ni mi pareja, ella... ella es... Bueno, ella es una larga historia.

Y desvió la mirada para que no le viera el brillo de decepción en sus ojos.

—Todas las que de verdad importan lo son. —sentenció el actor, con una sonrisa secreta que solamente él conocía su significado.

Alonso lo examinó concienzudamente, intentando averiguar qué mensaje oculto entrañaban esas enigmáticas palabras.

—Creo que no me he explicado bien. —Le dijo cuándo se rindió, y estuvo seguro que no había nada implícito en lo que había dicho el hombre. —Ella y yo solo somos...

¿Amigos?

No, claramente no lo eran. Sobre todo después de lo que había descubierto esa noche.

¿Compañeros?

Tampoco. Él no podía considerarla su compañera por varios motivos. El primero; porque en un compañero se confiaba, y Noa lo tenía en tan baja consideración, que para ella era la peor calaña que había. Segundo; porque lo había decepcionado tanto que estaba seguro que no podría volver a verla a la cara. Lo había tratado como basura y

hecho sentir la peor persona del mundo, y eso no se lo podía perdonar en la vida. Y tercero; porque para su desgracia, él no podía verla como solamente su compañera.

Simplemente no podía. A pesar de lo mucho que había luchado contra ello, tenía que admitir que se sentía algo más que atraído hacia ella. No sabía muy bien en qué punto se encontraba, pero lo que sí tenía claro ahora, es que fuera lo que fuera, tenía que matarlo y acabar con ese sentimiento ya. Ella no lo merecía. No después de lo de esa noche. De eso estaba completamente seguro.

—En realidad, mi relación con Noa es un tanto complicada.

—Todas lo son.

Martín se echó a reír al pillar la mirada condescendiente que le lanzó el guía.

—Las mujeres son complicadas hermano, y algunas más que otras.

— ¿Hablas por experiencia?—preguntó divertido, señalando la tienda del actor con la cabeza.

— ¡Puf, no lo sabes tú bien! Me hizo la vida *de cuadritos* antes de casarse conmigo. Te aseguro que podría dar para un buen libro o una telenovela. — admitió burlón, para ponerse serio a continuación. — Pero te aseguro que es lo mejor que me ha pasado nunca. Si algo le ocurriese a ella...—y tragó saliva al pensar en el hijo que llevaba en su vientre ahora. —...no quiero ni pensarlo.

—Pues yo no necesito tanta complicación en mi vida. Hasta ahora lo llevaba muy bien tal y como estaba. Mi existencia era simple, tranquila, satisfecha, y feliz. Cero complicaciones, cero quebraderos de cabeza. —afirmó rotundo dándole otro trago al vaso.

—Te entiendo. Hasta no hace mucho pensaba igual que tú, pero a veces te topas con algo contra lo que no puedes luchar. Es más fuerte que uno mismo, y al final te tienes que rendir ante lo inevitable.

Alonso esbozó una sonrisa mordaz.

—Eso es lo que os decís todos los casados, para justificar vuestra metedura de pata al dejaros cazar de esa manera. Pero no intentes convencerme, porque ahora mismo te aseguro que no merece la pena. —manifestó molesto porque intentara hacerle ver algo que no era así.

Martín acabó el último resto de bebida de su vaso de un solo trago, y lo posó suavemente en la mesa al lado de la botella casi vacía.

—No intento convencerte de nada, te lo aseguro. Sobre todo porque tú mismo te darás cuenta de que no tienes nada que hacer. —le dijo mientras se echaba hacia adelante, para mirarlo a los ojos directamente a la vez que apoyaba los brazos en las rodillas. —Solo porque me caes bien, y me recuerdas mucho a mí tan solo hace unos meses atrás, me atrevo a darte un consejo que alguien más viejo que yo y más sabio me dio una vez.

Y cuando tuvo la completa atención de Alonso se atrevió a proseguir.

—Las mujeres necesitan saber lo que uno siente y lo que piensa. Sí, ya sé que parece una tontería...—prosiguió cuando el otro hombre bufó incrédulo. —...pero te aseguro que es cierto. Son muy inseguras, y necesitan saber continuamente lo importantes que son para nosotros. Además de demostrarles tu amor y de hacerlas sentir que son las

únicas en tu vida. Si yo hubiese sabido eso antes, te aseguro que me hubiese ahorrado muchos sinsabores.

— ¡Por favor! Eso del romanticismo y los príncipes azules son de otra época. Creo que te han hecho ver demasiadas películas románticas, o te han sorbido tanto el cerebro que no piensas con claridad.

El actor sacudió divertido la cabeza, recordando la misma cabezonería en la que se había visto sumido él, antes de reconocer lo que sentía por Alexia. Y se levantó sabiendo que era hora de irse para la cama y estar con su mujer. En lo referente a Alonso, él había hecho todo lo que estaba en sus manos.

—Tienes razón, los hombres creemos ser distintos, más viscerales, más prácticos. Mientras que ellas son las de las florecitas y corazoncitos en las libretas. Pero dime una cosa. — y apoyó su mano en el hombro del guía para agacharse y susurrarle al oído. —Si Noa estuviese enamorada de ti, ¿no te gustaría saberlo?

Y aprovechando que Alonso se quedó mudo por la pregunta, le palmeó varias veces el hombro, para marcharse a descansar a continuación.

—Piénsalo hermano. Buenas noches.



Noa se había quedado finalmente dormida a las tantas de la madrugada, esperando a que llegara Alonso para poder hablar e intentar razonar con él. Pero había sido en vano, pues el hombre no había aparecido, y nuevamente no había pasado la noche allí.

En cuanto amaneció y la claridad inundó la tienda despertándola, se levantó y se fue a la suya, para vestirse y prepararse antes de desayunar. Se sentó en la mesa, después de servirse la comida en su bandeja, y antes de buscar al guía por todo el campamento. Pero no lo encontró por ningún lado, dándose cuenta en ese momento, de que seguramente estaría repartiendo la medicación en las aldeas próximas. Así que no le quedó más remedio que esperar impaciente a que llegara.

Pero su moral sufrió un gran golpe, cuando después de que llegara Alonso e intentara hablar con él de todas las maneras posibles, se dio cuenta de que no se lo iba a poner nada fácil. La ignoró y evitó de forma muy grosera. Y cuando le dijo que necesitaba hablar con él en privado, su contestación hosca fue que, *“no tenían absolutamente nada de lo que discutir, ni ahora, ni en un futuro cercano”*.

Por tanto, en ese momento se encontraba subida al jeep abandonando la reserva natural de Samburu, y camino al parque nacional de Lago Nakuru, con unas tremendas ganas de llorar.

— ¿Te encuentras bien?—le preguntó Alexia preocupada al verle la cara desencajada.

Noa apretó con fuerza los dientes, haciendo verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas.

—Sí. —respondió con la voz estrangulada, y girando la cabeza para que no viera sus ojos humedecidos.

— ¿Estás segura?

—Cariño, ya te ha dicho que está bien. —la interrumpió su marido reprendiéndola de forma cariñosa.

—Pero...

Y se quedó callada cuando Martín señaló con la cabeza a Alonso, y Alexia entendió el mensaje.

—De acuerdo. —claudicó la mujer.

Durante el resto del viaje, Noa prácticamente no abrió la boca, y aunque buscó varias formas de acercarse a Alonso y poder explicarse, él no le dio tregua. Su decaimiento era tal, que no disfrutó del maravilloso paisaje que la rodeaba al llegar al hermoso lago, que transmitía la paz y serenidad que ella tanto necesitaba. Fue ciega, a la impresionante marea rosa de flamencos tiñendo de ese color las aguas. O a los imponentes y regios rinocerontes blancos y negros, que se dejaban ver orgullosos y desafiantes, entre centenares de búfalos y gacelas Thomson. Mientras que salpicando, aquí y allá, unos tímidos impalas y cebras comunes, intentaban refrescarse en sus orillas saciando su sed, a la vez que eran asustados por algunos intrépidos pelícanos, y vigilados de cerca por las oportunistas hienas, y los chacales de lomo plateado.

Recorrieron el parque que se extendía alrededor del Lago Nakuru, en una orla de terreno alrededor de las orillas norte, este, y oeste, mientras que hacia el sur, el recinto se ampliaba hasta la cascada Makalia. El bosque ribereño se abría en una amplia sabana de acacias y arbustos, mientras que las orillas oriental y occidental, estaban enmarcadas por elevaciones que ofrecían magníficos miradores sobre el lago, como el “Memorias de África” y el “Acantilado de los babuinos”.

Por fin, empezando a anochecer llegaron al campamento con el tiempo justo de darse una merecida ducha, y observar maravillados sentados en las mesas donde después cenarían, la impresionante puesta de sol que se escondía en el horizonte detrás de las aguas. Reflejándose en ellas e inundando el cielo, de varios tonos de rojos, amarillos, naranjas, y púrpuras, robando el aliento y consiguiendo erizar el vello a más de uno.

Las vistas que podían disfrutar allí sobre el lago eran impresionantes, logrando emocionar y enamorarse de ese increíble país. Pero Noa estaba dividida entre los mágicos sentimientos que le hacía sentir África, y el desaliento que la embargaba al no poder conseguir llegar a Alonso, ni compartir con él ese increíble momento. Y su desaliento fue rotundo, cuando el guía tampoco se sentó con ella a cenar esa noche, echando por tierra sus planes de convencerlo de su sincero arrepentimiento.

Prácticamente todo el mundo se había ido a descansar, y Noa todavía sentada y con un vaso de vino en la mano, eternizaba el momento de tener que ir a la tienda y dormir sola otra noche más. Con un último vestigio de esperanza, había anhelado que Alonso apareciera, pero sus ruegos habían sido en vano.

— ¿Puedo sentarme?

Con un sobresalto, por estar tan ensimismada en sus pensamientos que no la oyó acercarse, Noa advirtió la presencia de su compatriota a su lado, pidiéndole permiso para ocupar el asiento cercano a ella.

—Claro. —le dijo mientras se arrebujaba más en la chaqueta, pues le estaba empezando a coger el frío.

—Es precioso, ¿verdad?

— ¿El qué?—preguntó, pues aunque llevaba un par de horas sentada allí, su mente estaba muy lejos de aquel lugar.

—Todo. —le contestó Alexia, señalando con su mano las impresionantes vistas que podían disfrutar desde ese privilegiado lugar, ayudados por la luna llena de esa noche.— África es un mundo aparte, todo en él es distinto, desde su olor, su sabor, sus vistas, sus *gentes*...—recalcó la última palabra.— No hay nada parecido en el mundo.

Ella se quedó pensando en todo lo que había vivido desde que llegara allí, y reconoció que tenía razón.

—Sí, así es. —admitió dando un pequeño sorbo de vino a continuación.

—Y estarás de acuerdo conmigo, que cuando encuentras algo tan especial no puedes dejarlo escapar.

Observó más detenidamente a la pequeña mujer, que se mordisqueaba el labio un tanto nerviosa, intentado descifrar si estaba insinuándole algo o no. Y sí era así, ¿qué demonios quería decirle?

—Es cierto. —concedió con cautela.

Alexia le estaba haciendo unos gestos muy raros con los ojos, como si quisiera decirle algo, pero que ella no daba entendido.

— ¡Mira, voy a ser muy clara!—Soltó al fin, cuando advirtió que no pillaba la indirecta. —Aunque no tengo derecho a meterme en tu vida, soy una mujer embarazada, y como tal tengo antojos. Y no vas a negarme éste, ¿verdad cielo?

Noa sorprendida por su arranque no sabía muy bien qué contestar.

—Claro que no... ¿no?

— ¡Por supuesto, que no! Eso sería muy descortés por tu parte.

—Sí, supongo.

—Bien. —Sonrió Alexia cuando consiguió lo que quería. — Lo primero que quería decirte, es que la vida es demasiado corta y emocionante como para perder el tiempo en lamentos. Y te lo dice alguien que lo perdió estúpidamente durante mucho tiempo. No os conozco mucho ni a ti ni a Alonso, pero hacéis muy bonita pareja.

—No, estás equivocada. Entre Alonso y yo no hay nada. —le aclaró antes de que siguiera haciéndose una idea equivocada. —Él y yo solo somos...

¡¿Qué?! ¿Qué eran realmente? Porque francamente Noa no lo sabía. Lo único cierto, era que nunca se había sentido tan atraída por un hombre en toda su vida, como se sentía por él. Ni tan siquiera por Francisco.

Lo único verdadero, es que le importaba demasiado. Que había empezado a sentir algo por él mucho más fuerte de lo que quería admitir. Y que no quería perder su respeto, su amistad, o la relación, sea la que fuera, que los unía en ese momento.

—Escúchame cariño, es más que evidente que entre vosotros dos hay una química muy especial, por mucho que intentéis negarlo. Y te lo dice alguien que estuvo mucho tiempo tapando el sol con un dedo.

Noa puso los ojos en blanco ante sus palabras.

—Sé que los hombres pueden ser muy tercos, necios, cabezotas, y hasta imposibles. Y lo sé porque estoy casada con el rey de ellos. Pero también sé, que hay que luchar por lo que una quiere siempre, cueste lo que cueste. Yo hace poco, estuve a punto de

cometer la mayor equivocación de mi vida, al dar todo por perdido y rendirme. Pero gracias a Dios, tuve la inmensa suerte de estar rodeada por los mejores amigos y familia que una puede desear, y que creyeron en mí más de lo que me merezco. Me recuerdas tanto a mí misma, cuando tan solo hace unos meses me encontraba sola en un país extranjero, orgullosa, confundida, y auto-engañándome.

Y Alexia la agarró de las manos para insuflarle ánimos, y mirarla directamente a los ojos.

—No te rindas Noa, por mucho que la vida te ponga piedras en el camino, tú tienes que levantarte y pelear por lo que quieres. Aunque tengas que atarlo a la pata de la cama. No dejes que nadie te diga lo que tienes o no tienes que hacer. Sé siempre fiel a ti misma, opinen lo que opinen los demás. No mires un día hacia atrás arrepintiéndote, por no haber hecho lo que realmente querías.

Ésta levantó la cabeza con decisión y un brillo peligroso bailando en su mirada. Y le dio un fuerte abrazo a la morena, para estamparla un sonoro beso en la mejilla después.

— ¿Sabes qué?, tienes razón. Ese Tarzán de pacotilla me va a escuchar. ¡Vaya si me va a escuchar!

Y con una resolución recobrada, salió disparada dejando a Alexia asombrada por su arranque repentino, pero con una sonrisa satisfecha cuando se recuperó de la impresión.



Unas horas después, Alonso entró en su tienda encontrando a Noa durmiendo plácidamente en su cama. A pesar de que lo había intentado, no podía pasar otra noche más durmiendo incómodamente en el jeep. Había sufrido durante todo el día un impresionante dolor de cabeza, producido por la resaca y el malestar general. Necesitaba descansar, y la marca de los incómodos asientos de cuero la tenía tatuada en su espalda. Así que mientras la vigilaba en la distancia, para asegurarse de que no corría peligro, y cansado de no pegar ojo en toda la noche, decidió que ya era suficiente tanta tontería.

Le había dejado muy claro que no tenían nada más que aclarar entre ellos, y por lo que a él concernía, la discusión había finalizado. Ahora ya sabía lo que ella opinaba de él, y sobre ese punto no había nada más que hablar. Y por supuesto, nada de lo que ella le pudiera decir ahora, cambiaría su decisión de hacerla volver a España.

Se quedó unos segundos observándola dormir. Así, callada y tranquila, parecía un ángel.

Era una pena que nada de lo que pudiese hacer cambiara la opinión de ella respecto a él. Por lo que era una pérdida de tiempo intentar que Noa, lo viese con otros ojos que no fuesen el desprecio y la indiferencia. Por un momento había creído que eso fuera posible, pero evidentemente se había estado mintiendo a sí mismo. Y ella le había hecho abrir los ojos de una forma brutal. Y mientras tenía estos sombríos pensamientos, el agotamiento lo venció, dejándolo profundamente dormido.

Tiempo después, y tras lo que le habían parecido solo unos pocos minutos, Alonso despertó incómodo al querer girarse en la cama y no poder hacerlo. Aturdido, se

encontró con que tenía las manos atadas al cabecero de la cama, y a Noa sentada a horcajadas encima de él. Durante unos segundos observó asombrado sus manos atadas, y después a Noa, sus manos atadas y después a Noa, sus manos atadas y después...

— ¡¿Se puede saber qué coño estás haciendo?!—bramó furioso.

Ésta se inclinó hacia atrás rozando su miembro con la pelvis. Y a pesar de su enfado, del cansancio, de la ropa interior, y de las mantas, sintió un pequeño latigazo de placer al sentir esa leve fricción.

— ¡Maldita sea Noa, desátame ahora mismo!—rugió a la vez que forcejeaba intentando inútilmente liberarse.

Y mientras berreaba iracundo y luchaba contra las ataduras, no advirtió como ella muy despacio, tensaba entre sus manos el cinturón de seda de su bata. Por lo que fue demasiado tarde cuando se dio cuenta de sus intenciones, que no eran otras, que amordazarlo y hacerlo callar.

—Va a ser que no Alonso. —le contestó sonriendo ampliamente, después de conseguir finalmente y con esfuerzo lo que quería. —Quieras o no, tú y yo vamos a mantener esa conversación.

E inclinando la cabeza hacia un lado, deslizó su mirada por el cuerpo del guía de arriba abajo, y lamiéndose inconscientemente los labios, susurró para sí misma.

—Pues al final va a tener su puntito, este rollo a lo cincuenta sombras de Grey.

Capítulo 20

— ¡Mmm... mmm...! —farfullaba Alonso mientras peleaba inútilmente por desatarse.

—Lo siento, pero no me has dejado otra opción. —Contestó a sus ruegos Noa regresando de su fantasía. —Necesito que me escuches, y con tus berridos solo conseguiríamos dos cosas; La primera, alertar a todo el campamento, y la segunda, que vuelva a perder los nervios y decir cosas que realmente no siento.

— ¡Mmm...!

— ¡Mira que eres cabezota, amigo! Yo pensé que entre mi padre, mi hermano, y yo, habíamos llenado el cupo, pero tú nos superas a los tres juntos.

— ¡Mmm... mmm...!

—Sí, ya sé, ya sé... —le dijo mientras apoyaba las manos en su estómago, pues él se movía tanto que a punto estuvo de tirarla al suelo. —Soy la *niñata* más estúpida del mundo, que en cuanto te sueltes me llevarás tú mismo a España agarrada de las orejas, o que me echarás a comer a los leones. Y podrás hacer todo eso y más si quieres, porque me lo merezco, pero primero me vas a escuchar.

— ¡Mmm...mmm...mmm! —le soltó furioso mientras levantaba la cabeza y le lanzaba puñales por los ojos.

—Además Al... porque te puedo llamar Al, ¿verdad? Es que me gusta más llamarte así.

Él negó rotundamente con la cabeza.

—Verás Al...—prosiguió sin hacerle el menor caso.

Alonso echó la cabeza hacia atrás rebotando en el colchón, en tanto ponía los ojos en blanco. Estaba tan furioso, que si en ese momento tuviera las manos libres, le retorcería ese lindo cuello.

—... esta idea no ha sido enteramente mía. Solo sigo las instrucciones al pie de la letra, de una persona que me aconsejó que te atara a la pata de la cama si era necesario. Y como no has querido escucharme, ni darme la opción de poder disculparme... —y se mordió la uña del dedo índice, mientras escondía una sonrisa perversa que asomaba a sus labios. —... no me has dejado otra alternativa que tomar medidas drásticas. Y tengo que admitir... que me está gustando esta idea.

Él levantó la cabeza tan rápido que sintió un pequeño tirón en el cuello, y con los ojos tan abiertos como platos, observó cómo Noa lo admiraba de forma apreciativa, deslizando de forma lasciva su mirada por el amplio y esculpido torso, continuando por la tableta de abdominales donde podría rallar una ración de queso, hasta terminar en la porción de piel que se escondía debajo de la cinturilla del calzoncillo, por donde asomaban unos pelillos juguetones de su bajo vientre. Consiguiendo con ello, que su corazón empezara a bombear de forma descontrolada, la sangre corriera como ríos de lava por sus venas, y sintiera cada centímetro de piel que tocaba la mano de ella en su estómago.

Cuando sus miradas se encontraron, se perdieron en ellas durante unos preciosos segundos. Segundos dónde se comieron con los ojos, y anhelaron poder decirse lo que realmente sentían sin miedo a las consecuencias.

Pero la primera en volver a la realidad fue Noa, que colocándose unos mechones de pelo detrás de las orejas, carraspeó para centrarse en lo que realmente importaba.

—Y... y eso me lleva a decirte algo importante. —y se paró un segundo para coger valor.

Lo que iba a hacer a continuación, era algo que llevaba mucho tiempo sin hacer, y aunque sabía que había llegado el momento, no por ello dejaba de ser duro. Así que lo miró directamente a los ojos, para confesarle lo que verdaderamente sentía.

—Lo siento mucho. Siento profundamente todo lo que te dije. Me equivoqué por completo contigo, no tenía ningún derecho a dudar de ti, no después de todo lo que hiciste por mí. Y tampoco tenía derecho alguno a juzgarte. No tienes ni idea, de lo mucho que lamento mi comportamiento y mis palabras de ese día. Daría lo que fuera por poder volver atrás y borrar todo, pero no puedo Al, por eso te ruego que me perdones.

Alonso la observaba perplejo. La conocía lo suficiente, para saber qué estaba haciendo un verdadero esfuerzo por ser sincera y tragarse su orgullo. Y estaba seguro, que eso mismo hacía unos meses hubiera sido imposible. Si no llegaba a verlo con sus propios ojos no lo hubiese creído posible.

—Sé que desde que llegué aquí no te he hecho la vida muy fácil...—admitió bajando los ojos avergonzada, y comenzó a hacer círculos con las yemas de sus dedos en el estómago de él, que se puso tenso de inmediato.—... y lo lamento mucho. Reconozco que no quería venir, y que al principio me comporté de forma muy grosera e insolente. Y aunque admito que mi comportamiento no tiene disculpa, lo hice porque estaba muy enfadada y lo pagué contigo. Pero reconoce que tú tampoco fuiste una balsa de aceite conmigo. —le recriminó mirándolo directamente.

Y esperó a que él dijera algo, hasta que se dio cuenta de que seguía amordazado.

— ¡Ups, lo siento!—le dijo con una media sonrisa al advertir su error.

Pero no liberó su boca, necesitaba que escuchara por completo su discurso. Discurso que por otro lado había estado ensayando durante tiempo.

—Verás, los dos cometimos errores...—siguió confesándose. —... pero eso no me exime por haberte juzgado y culpado sin ningún motivo. Aunque tienes que reconocer que tú también lo hiciste conmigo y yo te perdoné. Solo por eso debería de exigirte que hicieras lo mismo.

Alonso levantó una ceja, y la expresión de su cara decía que no se podía comparar, y ella bufó por su terquedad. Pero bajó la mirada nuevamente para tomar fuerzas, y confesarle lo que tanto tiempo llevaba ocultando dentro de ella. Todavía no sabía hasta dónde podría llegar a contarle, pero fuera lo que fuera, sería un gran alivio para su alma atormentada.

—Una vez... —Noa apretó los dientes con fuerza y lo miró a los ojos. —... una vez me preguntaste porque le tenía tanta inquina a mi padre. Pues hoy te lo voy a contar, pero necesito que no me interrumpas, pues es algo doloroso para mí y en parte es el motivo por el que estás amordazado.

Y el guía ni tan siquiera se atrevió a pestañear. Sabía que era un momento difícil para ella, y solo por eso, por demostrar esa confianza hacia él, lograba que la perdonara por completo aunque no pudiera decírselo.

Si lo pensaba fríamente, el momento era del todo surrealista. Él atado y amordazado medio desnudo en su cama. Y Noa encima de él, con un vaporoso camisón blanco, que en vez de darle un aspecto angelical, la hacía parecer tremendamente sexy.

¡Qué diablos! Todo lo que esa mujer se ponía encima la hacía parecer increíblemente sexy, aunque fuera un saco de patatas.

Pero no cambiaría ese momento por nada del mundo, pues quería decir que confiaba lo suficientemente en él, y valoraba su opinión para hacerle esa confesión. Y tenía la extraña sensación además, de que era algo que no le había contado a nadie.

—Sé que te vas a reír, y que suena muy tópico lo que te voy a contar, pero en realidad es muy cierto. El dinero no da la felicidad, y en mi familia es una circunstancia totalmente contrastada. Cuando naces en un entorno pudiente como el mío, se da por hecho muchas cosas, pero que en realidad no tiene por qué ser así.

Noa volvió a colocarse nerviosa un mechón de pelo detrás de la oreja, y bajó los ojos para dedicarse a dibujar ondas en el pecho de Alonso, consiguiendo que la piel por donde deslizaba el dedo, se estremeciese a su paso sin que ella fuese consciente.

—Tanto mi hermano como yo, crecimos con la necesidad de mendigar el amor de mi madre, y el respeto y aceptación de mi padre. Desde fuera, podíamos parecer la típica familia feliz, la familia perfecta con la que todo el mundo sueña... pero nada más lejos de la realidad. Cuando naces en una familia con tanto prestigio como la mía, tienes dos opciones; O que te dé todo igual, y vivir tu vida sin que te importe lo que opinen y digan los demás. O vivir teniendo que demostrar todos los días, que eres merecedora de ese apellido para poder llevarlo con orgullo. En mi caso, como en el de mi hermano, fue lo segundo. Trabajamos muy duro desde pequeños para ser los mejores en todo. El apellidarse Montalbo conllevaba privilegios y obligaciones. Los privilegios, consistían en tener todo lo que pudieses desear y el dinero comprar, pero lo pagabas con tus obligaciones. Para mi padre nada de lo que hacíamos era suficiente. Disponíamos de las mejores institutrices, asistíamos a los colegios más exclusivos, y accedíamos a las universidades más prestigiosas. Pero a cambio, teníamos que ser los niños que mejores notas sacásemos en clase, los más aplicados, y por supuesto lo más inteligentes. Si te gustaba la danza, tenías que llegar a ser la primera bailarina en la más distinguida academia de ballet. Si por el contrario te tiraba el deporte, tenías que ser el tenista más destacado del equipo. Por supuesto, no podíamos conformarnos con excelentes notas, no, teníamos que ser los primeros en nuestra promoción. Y si por algún motivo fallábamos en algo, éramos un absoluto fracaso.

A Noa las lágrimas le asomaban a los ojos, pero pugnó por retenerlas ahí, y que le dejaran continuar a pesar del dolor.

—Luchábamos incansablemente, para lograr que don Diego Montalbo se sintiera orgulloso de nosotros. Y yo, al ser más joven y mujer, tenía mucha más presión. Tenía que demostrar que era mejor que los demás, que por ser mujer nadie podría pisarme, teniendo que convencer día tras día de mi valía, y de que podría bregar con los hombres

de igual a igual. Yo admiraba a mi padre como a un Dios, siendo el espejo en el que mirarme, y sentirme orgullosa de parecerme en algo a él.

Paró unos segundos para recomponerse, pues estaba a punto de llorar, ya que los recuerdos la lastimaban de tal manera que le costaba hasta respirar.

— ¡Mmm!—rogó Alonso para que lo soltara.

Se estaba haciendo daño en las muñecas por la fuerza que hacía para poder soltarse. No podía seguir atado así. Quería abrazarla, necesitaba abrazarla.

Ella levantó la mirada posándola en él mientras una lágrima resbalaba por su rostro.

—Sé que no debería quejarme. —continuó haciendo caso omiso de sus ruegos. — Ahora miro a mi alrededor y veo toda esta pobreza, a los niños descalzos, con un techo a punto de caerles encima, y con nada que llevarse a la boca. Y me siento despreciable por sentirme como me siento, pero no puedo evitarlo.

Él la observaba roto al verla de esa manera. Quería decirle que ella no tenía la culpa de nada, que la vida era así de injusta, y que no podía fustigarse por haber nacido en una familia con dinero. No podía sentirse indigna por algo que escapaba a su control, eso era inaceptable.

¡Virgen Santa!. ¡Como se había equivocado con ella!

Y volvió a forcejear contra sus ataduras, frustrado porque lo soltara de una maldita vez.

— ¡No! Necesito terminar de contarte, Alonso. —Le habló posando nuevamente sus manos en el pecho para hacer que parara. — Quiero que comprendas en cierta manera, porque ahora soy como soy. Porque me cuesta confiar tanto en la gente.

Y él se detuvo solo para que acabara de una buena vez y lo liberara de sus ligaduras. Era irónico, pues llevaba horas lloriqueando porque ella no confiaba en él, porque no lo apreciaba lo suficiente como para tratarlo como a un compañero más, y ahora daría lo que fuera para que no siguiera, pues no quería que sufriera más. Y en lo más hondo de su ser, sabía que lo que iba a escuchar no le iba a gustar lo más mínimo. Y que mataría porque no volviera a sufrir otra vez. No por culpa de él.

—Como ya sabes mi padre es un importantísimo empresario valenciano. Es propietario de un holding de empresas, entre las que se encuentra este resort de lujo. Y dispone de tres más, uno en Cancún, otro en Brasil y otro en Marbella. Además de dos empresas de construcción y una inmobiliaria. Cuando acabé los estudios, yo ya llevaba trabajando con mi padre en la sede central, pues compaginaba ambas cosas a la vez. Tanto mi hermano como yo empezamos desde abajo, para conocer todos los departamentos y entresijos de la compañía, y disponer de amplios conocimientos sobre ella. Durante ese tiempo, prácticamente no tenía vida social, o por lo menos, no la que se suponía que debía disfrutar una chica de mi edad. Mi universo eran los estudios y el trabajo en la empresa, por lo que conocer chicos suponía un esfuerzo a mayores, que yo en ese momento no estaba interesada en asumir. Hasta que conocí a Francisco.

Y en ese punto se paró a tomar aire, para expulsarlo a continuación de forma temblorosa, tomando fuerzas para no echarse a llorar.

No es que le doliera el haber perdido el amor de su prometido, sino el hecho de haber sido engañada de esa manera. Y Alonso, que desconocía lo que pasaba por su cabeza, no sabía muy bien qué pensar. Aunque un ramalazo de celos le subió por el

pecho, al oír el nombre de otro hombre en su boca. No solamente existía ese tal Daniel, sino que además, también había un Francisco.

—La primera vez que vi a Fran fue en la empresa. Acompañaba a su padre a una reunión informal con el mío, y me tocó enseñarle las instalaciones. En ese momento, ni mucho tiempo después, sospeché nada en absoluto. Y eso solo quiere decir, que soy la tarada más grande que existe, y que estuvieron riéndose de mí durante mucho tiempo.

Y sacudió la cabeza negando con ella repetidamente, mientras se recriminaba por lo estúpida que había sido.

—Al poco tiempo coincidimos en una fiesta en común, para después ser invitado por mi hermano con frecuencia a nuestra casa. Además su padre, que en aquel momento era un político de relevancia en la Generalitat valenciana, tenía varios negocios con el mío, por lo que también éramos invitados a la suya y viceversa. Con el tiempo, aunque a mí Fran nunca me había interesado nada más que para una amistad, e instigada por mi padre y manipulada por mi hermano, empecé a verlo con otros ojos. Y sobre todo, porque él empezó a tratarme de una manera más... especial. Por lo que seducida por uno, engañada por otros, y por mi estúpido afán de querer contentar a todo el mundo, empecé a salir con él. No puedo echarle enteramente la culpa a ellos, pues yo también fui una imbécil por estar tan ciega a todo lo que pasaba a mi alrededor. Hasta que un día...—y tragó saliva a la vez que cuadraba los hombros, pues no estaba dispuesta a seguir sintiendo vergüenza por ello. — Hasta que un día lo pillé en la cama con otra.

Alonso abrió los ojos desmesuradamente, preguntándose quién podía ser tan necio como para engañarla, e irse con otra teniendo a semejante mujer a su lado. O era un necio, o un loco, pues no podía imaginarse otra razón para semejante comportamiento. Aunque mentalmente le agradeció a aquel patán su error, ya que gracias a eso ella estaba allí.

—Aquel día todo mi mundo se vino abajo. Se desmoronó por completo como una torre de naipes al enterarme de todo. Y ya nada volvió a ser igual.

Noa apretó con fuerza los labios, pues empezaron a temblarle y no quería llorar. Durante un tiempo lo había hecho tanto, que pensó que se había quedado seca por dentro, aunque evidentemente se había equivocado. El dolor seguía siendo igual de lacerante que hacía casi dos años. Y suspirando con fuerza continuó.

—Cuando me hice novia de Fran, pasó poco tiempo hasta que me regaló un anillo de pedida. A mí me sorprendió, porque me parecía todo demasiado apresurado, pero él me decía que estaba loco por mí, y que quería casarse conmigo lo antes posible. Como yo no estaba segura empecé a darle largas, y ahora sé, que fue la mejor decisión que tomé en mi vida. El día que lo sorprendí, fue cuando me dijo que él nunca había estado interesado en mí. Que le parecía la mujer más aburrida del mundo, pues estaba más motivada en mi trabajo, que en pasar un buen rato en una fiesta o irme de viaje con él. Pero que su padre, un político corrupto que en aquel momento estaba siendo imputado por blanqueo de capitales, prevaricación, y cohecho, le había obligado a cortejarme para tener un buen matrimonio. Por lo visto, el respetable, orgulloso, y honrado Diego Montalbo, con el cual tenía toda clase de turbios negocios, estaba de acuerdo y había confabulado prometiéndole a su hija, y el dinero de ella para poder salir de aquel bache. Pues sus cuentas estaban embargadas judicialmente, y necesitaban dinero en efectivo

para mantener su estilo de vida. Por lo que no le importó mentirme y manipularme, para que dejara de darle largas a Fran, y me casara de una buena vez con él. Y por supuesto, con el acuerdo de su silencio y que no saliese perjudicado su nombre en el escándalo, pues mi padre estaba interesado en la política, y si se le relacionaba de alguna manera con cualquier tipo de corrupción, se iría todo al traste. Por eso aquel repentino interés en todos, con que yo me interesase en Fran, y su urgencia después en casarnos lo antes posible.

Alonso no daba crédito a todo lo que oía, y no podía creer como un padre podía ser tan mezquino y ruin con su propia hija, jugando con la felicidad de ella solamente por encubrir sus propios intereses.

—Por supuesto, me enfrenté a los tres. —continuó ella bajando la cabeza, y ya no pudo evitar que las lágrimas escaparan a raudales. —Pero no sin antes descubrir que mi mundo, mi vida entera, era un auténtico fraude. Primero fui a ver a mi hermano, pues no podía creerme que él me hubiera utilizado de esa forma tan sucia. Solo para descubrir que todo era verdad. En ese momento también descubrí que mi padre lo había corrompido, que de aquel hombre que yo conocía y del cual me sentía tremendamente orgullosa, no quedaba nada. Habíamos pasado tanto juntos de pequeños, que a pesar de nuestras diferencias siempre nos habíamos apoyado mutuamente, y no podía creerme que él se hubiera prestado a todo aquello. Pero me explicó, que durante los años que había trabajado en la empresa antes que yo, fue cuando empezó a descubrir todos los chanchullos de Diego Montalbo, y había tenido que tomar una decisión. Y que no le quedó más remedio que encubrirlos, para poder seguir con nuestro ritmo de vida, y no sucumbir al escándalo que nos daría de lleno, y nos enterraría en la vergüenza más absoluta tanto a mi madre como a mí. También me enteré de la doble vida de mi *querido* padre, y que durante años había tenido diversas amantes, manteniéndolas en el tiempo. Logrando con ello, que aquel orgullo, aquel espejo en el que quería verme reflejada, se rompiera en mil pedazos.

Y apretando los dientes levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Y cuando me enfrenté a él tuvo la poca vergüenza de negarlo todo. —Siseó furiosa. —Empezó a echarle la culpa a los demás, a tergiversar los hechos a su conveniencia, y ahí me di cuenta del verdadero monstruo que era. La venda se me cayó por completo, sintiendo tanta vergüenza de ser su hija, por llevar la misma sangre que el mentiroso y miserable que me había dado la vida. Ahí conocí al verdadero Diego Montalbo, el ambicioso, el embustero, el manipulador, el farsante, al que tenía engañado a todo el mundo. Por eso lo desprecio tanto.

Y secándose las lágrimas con rabia finalizó.

—Lo odio por convertir mi vida en una mentira. Por hacerme sentir sucia, indigna, por todos los años perdidos buscando su aprobación, su respeto, su cariño... y lograr que todo ese esfuerzo no sirviera para nada. ¿Lo entiendes ahora?

Él asintió con tristeza, y Noa levantó la cabeza para inspirar y expirar aire tratando de tranquilizarse. Por fin se lo había dicho. Por fin le había contado la verdad. Su verdad.

— ¡Mmm... mmm!

—Todavía no he terminado...

— ¡Mmm... mmm...!.—protestó rabioso porque lo soltara.

Alonso ya no aguantaba más, necesitaba libertad de movimientos para hacer lo que deseaba hacer, y que no podía por estar maniatado.

—Escúchame, Al...

— ¡Mmm...!

— ¡Está bien, terco cabezota!—soltó molesta, mientras se secaba los ojos con el reverso de sus manos. —Pero solo te voy a quitar la mordaza. Necesito acabar lo que empecé porque es importante para mí que lo sepas, y no voy a correr el riesgo de que salgas huyendo de aquí.

Y se agachó hacia delante para desatar los extremos del cordón de su bata, anudados en la nuca de Alonso. Y sin querer, rozó con sus pechos la cara de él, logrando que se tensara como la cuerda de una guitarra.

Cuando la boca de él quedó libre se pasó la lengua por sus labios resecos.

—Sé que estás enfadado conmigo, y con razón además, pero te ruego que me perdones...

—Suéltame, Noa.

—No, escúchame primero. —Terqueó desesperada por convencerlo. — Sé qué piensas lo peor de mí, qué dije muchas veces que odiaba este lugar... pero no me quiero ir Al. A pesar de todo lo que creas, te juro que... que... ¡Dios, ¿por dónde empezar?!

—Noa, suéltame.

— ¡No! ¡No lo voy a hacer!—le soltó enfadada poniendo los brazos en jarras. — Es cierto, que cuando mi padre me obligó a venir aquí me negué en redondo. También es cierto, que al principio te odiaba, que quería irme, pero las cosas han cambiado.

Alonso no se atrevió siquiera a respirar, y ella volvió a apoyar las manos en su estómago, no siendo consciente en ningún momento, del torbellino de emociones que él estaba sintiendo en ese instante.

—Es la primera vez en mi vida que me siento aceptada en un lugar por ser quien soy. Que he hecho una verdadera amiga, que me siento valorada por mí misma, que creo que puedo cambiar las cosas, marcar la diferencia. Lo que te dije sobre ayudar con el dinero que mi abuela me dejó en herencia, es cierto y lo mantengo. Quiero cambiar, quiero... quiero sentirme parte de un lugar, sentirme importante para alguien... encontrar un hogar Al. Y... y... creo que este es el sitio indicado.

Noa clavó su mirada en el rostro de él, implorándole con los ojos que la creyera. Necesitaba que la perdonara y confiara nuevamente en ella, que le diera otra oportunidad para demostrarle que podía volver a cambiar. Pero la expresión de él era inalterable.

—Suéltame.

Ella tuvo que girar la cabeza para que no viera el dolor que su respuesta le había hecho. No entendía porque se estaba comportando de esa manera tan poco razonable. Le había confesado su dolor, le había abierto su corazón, y él lo estaba aplastando de forma cruel, pisoteándolo como si fuera una colilla. A punto estuvo de dejar escapar un sollozo, pero se tapó la boca a tiempo de hacerlo.

—Noa...

Ella inspiró con fuerza, y sacando valor de donde no tenía lo interrumpió.

— Está bien. Si realmente eso es lo que quieres...—le contestó a la vez que se bajaba de encima de él, y lo desataba de sus ligaduras. —... me iré. Me rindo, no voy a seguir suplicando por tu perdón otra vez. Lo he intentado, he puesto todo de mi parte par...

Y de repente se encontró debajo de Alonso, el cual la había agarrado desprevenida en cuanto tuvo las manos libres, para cambiar las posiciones y colocarse él esta vez encima de ella.

— ¿Pero qué haces?—inquirió atónita.

Éste se colocó mejor, atrapándola entre sus piernas y agarrándole las manos por encima de su cabeza.

— ¿Por qué?—le preguntó con una expresión de reserva.

— ¿A qué te refieres? —le preguntó sin entender su pregunta.

Él acercó más su cabeza, y recorrió con los ojos su rostro, intentando encontrar la respuesta que estaba buscando con desesperación. Y con una extraña expresión en su mirada volvió a preguntarle.

— ¿Por qué quieres quedarte? ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

Ella se revolvió intentando zafarse de su agarre.

— ¿Y para qué quieres saberlo? Si total a ti no te importa, ¿no? ¡Suéltame, Alonso! ¡Quiero irme! ¡Necesito salir de aquí!

—Contéstame, *niñata*.

Y Noa se quedó paralizada al escuchar la urgencia en su voz. Y tragó saliva sin saber muy bien lo que él quería saber, y sin tener muy claro lo que ella quería llegar a admitir. Y con miedo en su mirada le confesó.

—Porque me importa.

Alonso clavó su intensa mirada en ella, recorriendo su rostro, buscando una señal, un resquicio, cualquier signo que le hiciera sospechar que lo estaba engañando, que no era sincera. Y cuando estuvo completamente seguro de su franqueza, un gruñido subió por su garganta, mientras bajaba más la cabeza para atraparle los labios con su boca.

Su beso fue brutal, salvaje, desesperado. Llevaba tanto tiempo deseándolo, que no fue capaz de retener su ansia por ella, por saborearla, por lamerla, por beber su dulce néctar.

¡Dios Santo! ¡Era tan perfecta!

Y Noa no se quedó atrás, le respondió con el mismo ímpetu, con las mismas ganas y ansias de abandonarse a lo que sentía. Sus lenguas jugueteando, reclamando, gozando, pareciera que nunca tendrían suficiente el uno del otro. Cuando él abandonó su boca para besar su cuello, ella protestó por la pérdida y se agarró a su espalda, mientras arqueaba el cuerpo para que tuviera mejor acceso. En tanto, su corazón latía desbocado con la firme creencia de que se le saldría por la boca, y cada poro de su piel, se erizaba con el simple roce de los labios de Alonso, de su lengua... de su aliento.

Éste se recreaba en su delicioso sabor, reclamando cada porción de piel como un animal hambriento, degustando, inhalando, lamiendo y mordisqueando cada hueco, cada centímetro de ella.

De pronto, el hombre levantó la cabeza para mirarla directamente a los ojos, mientras aquietaba su respiración.

—Lo siento mucho, pequeña.

Noa lo contempló sin entender lo que quería decir. Su cabeza nublada por el deseo, no regía con la suficiente claridad para comprender sus palabras. Y de pronto, el pánico la embargó al imaginarse que se estaba arrepintiendo por ese súbito arrebató de pasión.

— ¿Por... por qué?

Alonso se levantó incómodo con él mismo. Ella acababa de contarle un hecho importante y doloroso de su vida, y en lo único que había pensado era en sucumbir a su deseo. En cuanto contestó a su pregunta diciéndole *que le importaba*, todo lo demás había quedado en un segundo plano. Su corazón había dado un vuelco en el pecho, y un sentimiento de plenitud y felicidad lo envolvió de tal forma, que consiguió que olvidara por completo su promesa de no volver a besarla nunca más.

En ese momento, lo único que le importaba era sentirla, abrazarla, besarla. La necesitaba a ella. Solo a ella.

— ¡Porque soy un imbécil! —soltó enfadado consigo mismo, mientras se sentaba en la silla donde dos noches antes le había entregado la piedra de oro, a la vez que escondía la cara entre sus manos.

Noa abandonada en la cama se sintió tremendamente mal. E incorporándose avergonzada, estaba dispuesta a irse de allí, para no tener que pasar el mal trago de ser rechazada.

—Siento mucho por lo que te hicieron pasar esos hijos de puta. —Murmuró al fin, logrando que ella se parase al escuchar sus palabras. —Yo también lamento mi actitud contigo. Me arrepiento tanto de haberte juzgado sin conocerte...

Ella se giró con los ojos humedecidos por la emoción.

—Entonces, ¿me crees?

Él se levantó como un resorte al escuchar su pregunta para acercarse a ella.

— ¡Por supuesto que te creo! ¿Acaso lo dudabas?

Noa bajó la cabeza turbada, y Alonso le agarró la barbilla con los dedos para que lo mirara a los ojos.

— ¿Estoy perdonada?—le preguntó con una tímida sonrisa.

— ¿Me perdonas tú a mí?

Ella se puso seria para confesarle con el corazón en la mano.

—Lo único que me importa es lo que tú pienses de mí.

Y él agarró su rostro para devorar esa boca con absoluta devoción.

Ambos se necesitaban, como dos almas errantes y lastimadas, que buscaban un lugar en el mundo donde curar sus heridas. Los dos tan tercos y orgullosos, tan cabezotas y desconfiados. Tan iguales a la vez que tan distintos, de mundos tan opuestos pero a la vez no tan lejanos. Dos corazones sangrantes a la caza del verdadero amor, latiendo al unísono a la espera de la persona adecuada. Y por fin, y aunque ellos no lo supieran, se habían encontrado.

Noa se aferró a él con las piernas debilitadas, por el mundo de sensaciones que le hacía explorar. Su piel reaccionaba a cada caricia anhelante de cariño, en tanto su respiración entrecortada, luchaba por coger aire. Respondió con entrega a cada roce, cada beso, su cuerpo reaccionando sin control alguno, a lo que Alonso le hacía sentir.

Cuando él levantó despacio el dobladillo de su camisa para dejarla desnuda, supo que estaba en el sitio adecuado y con la persona adecuada. Y su pecho se hinchó de orgullo al ver la adoración con la que él la contemplaba.

El guía observó maravillado su cremosa piel, su exquisito cuerpo, sus deliciosos pechos, coronados por unos pezones rosados y pequeños, que lo tentaban más allá de su cordura. Todo en ella era perfecto. Todo.

Y Noa, que había contenido la respiración mientras él la miraba embelesado, echó la cabeza hacia atrás dejando escapar un siseo, cuando Alonso atrapó entre sus dientes un rosado pezón. Dando buena cuenta de él lo degustó con fervor, a la vez que con su mano derecha libre, acariciaba su espalda hasta llegar a su hermoso trasero en forma de corazón, y lo agarraba mientras lo acercaba hacia su dolorosa erección.

Ésta no pudo evitar temblar bajo sus caricias, y con una mano clavó sus uñas en la espalda del hombre, mientras con la otra se agarraba a él con fuerza. Miedosa de que las piernas le fallaran, en tanto dejaba escapar un trémulo jadeo.

— ¡Por Dios, Al!

Alonso sonrió satisfecho por hacerla vibrar entre sus brazos. Llevaba tanto tiempo deseando ese momento, que no podía creer que la tuviera allí, solo para él. Dándose cuenta en ese instante que no era un sueño, que aquello verdaderamente estaba ocurriendo. Que era real. Total y completamente real.

Abandonó su pecho, para agarrarla con ambas manos por su glorioso culo e izarla, logrando que ella se aferrara a él rodeándolo con las piernas por su cintura, para transportarla y depositarla con delicadeza en la cama. Cuando lo logró, se incorporó un momento para despojarse de su calzoncillo, y dejar expuesto bajo su mirada, su miembro henchido y excitado por ella y para ella.

Noa abrió un poco más los ojos al ver su erección, e inconscientemente se lamió los labios, satisfecha de ver lo que había provocado en él, y constatar que al menos la encontraba deseable.

Alonso se acomodó entre sus piernas abriéndola con sus rodillas. Y ella no pudo evitar un leve jadeo, al notar su miembro pulsando en el mismo centro de su ser.

Él paró y la miró a los ojos, esperando que se arrepintiera, dándole la oportunidad de dar marcha atrás, y deseando en su fuero interno que eso no ocurriera. Y ella, segura por primera vez en su vida de que aquello era lo que quería, lo agarró del pelo para acercarlo y besarlo con pasión.

Mientras sus lenguas danzaban un baile frenético, Alonso acarició con su mano la pierna de ella, subiendo por su pantorrilla, marcando un camino hecho a fuego por sus dedos, para apartar su diminuto tanga, y llegar hasta el húmedo y caliente sexo de Noa.

Acarició con ternura sus labios aterciopelados, humedeciendo los dedos con su esencia, hasta encontrar el pequeño botón que la hizo jadear de placer. Lo acarició muy suavemente, logrando que ella abriera más las piernas para que pudiera acceder mejor, a la vez que temblaba con su roce y su respiración se entrecortaba.

Mientras, Noa se retorció de deseo insatisfecho, agarrándolo con una mano del pelo a la vez que con la otra le clavaba las uñas en la espalda. Por un lado, Alonso la excitaba hasta el delirio con sus hábiles dedos, en tanto que empujaba levemente su glándula, haciéndola sentir esa carne dura y palpitante contra ella. Para detenerse a continuación

cuando estaba casi a punto de llegar al clímax, deseando que siguiera para poder liberarse, pero a la vez que se detuviera para poder disfrutar más de ese momento. Necesitaba sentirlo, tenerlo dentro, que la llenara por completo.

— ¡Ah!, ¿qué me estás haciendo?—balbuceó enardecida.

Y como si Alonso le hubiera leído el pensamiento, se incorporó para ponerse de rodillas entre sus piernas abiertas, a la vez que intentó despojarla de la única prenda que la cubría, cediendo la tela al final, y acabando rota y tirada en una esquina por su impaciencia.

Acercó su miembro duro y excitado como nunca antes había estado, para introducirse lentamente en ella.

— ¡Dios mío!—masculló apretando los dientes con fuerza.

Y tuvo que parar un instante pues estaba a punto de correrse. Y mientras estaba dentro de ella, se inclinó un poco para besarla nuevamente, pues necesitaba unos minutos para no acabar tan pronto con aquel maravilloso momento. Se tomó su tiempo disfrutando de Noa, acariciándola, haciéndola vibrar, al mismo tiempo que memorizaba cada recoveco, cada centímetro de su cuerpo. Descubriendo la suavidad de su piel, su exquisita fragancia. O cómo toda ella temblaba cuando pasaba su húmeda lengua marcándola a fuego, o cómo jadeaba estremecida por sus besos.

En tanto ella, sintiéndose llena y completa, necesitaba más. Por lo que agarró su trasero, empujando con sus manos para que se introdujera más en ella, a la vez que alzaba sus caderas para recibirlo por completo.

Éste gruñó, al sentir un espasmo de placer recorrerlo de arriba abajo, y no pudo evitar volver a empujar.

— ¡No pares!—suplicó Noa.

Y Alonso acercó su cara al oído mientras se enterraba más en su cuerpo.

— ¡Me estás matando, *niñata*!

Y un gruñido se escapó de su garganta, cuando volvió a embestir una y otra vez, en tanto Noa le seguía el ritmo jadeando con cada envite. Le elevó sus brazos por encima de su cabeza, atrapando sus manos entre las suyas, en tanto acompañaban sus movimientos mientras la besaba con pasión. Hasta que ambos llegaron juntos al orgasmo, para caer rendidos en la cama a continuación.

Cuando sus respiraciones se aquietaron, y sus corazones comenzaron a latir con normalidad, los dos se metieron en la cama para quedar abrazados el uno al otro.

Minutos después, todavía seguían abrazados, disfrutando y rememorando el increíble momento vivido. Ambos sentían que lo que había ocurrido entre ellos había sido especial. Que nunca antes habían vivido nada parecido con alguien anterior. Pero sus miedos volvían inquebrantables nuevamente a ellos, haciéndoles dudar el uno del otro. Todavía era demasiado reciente su relación, para abrirse por completo y confesar sus sentimientos. Necesitaban tiempo para saber, hasta donde les llevaría esto que sentían el uno por el otro. Si realmente era lo suficientemente fuerte y sincero como para darse una oportunidad.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?—solicitó Alonso muerto de la curiosidad, y porque no decirlo, de celos también.

Noa totalmente satisfecha y con la cabeza apoyada en su hombro, mientras dibujaba imaginarios dibujos en su pecho, a la vez que él le acariciaba el brazo delicadamente con sus dedos, le contestó.

—Claro

— ¿Sigues enamorada del tal Francisco?

Ella sonrió más si cabe, complacida al notar la tirantez de los celos en sus palabras.

—No. Nunca lo estuve. En realidad mereció la pena descubrir todo el engaño, porque fue un inmenso alivio poder cortar con esa relación, que me hubiera hecho totalmente infeliz.

Y levantó su rostro para encontrarse con la mirada de Alonso, la cual demostraba alivio a la vez que preocupación.

— ¿Y qué me dices de Daniel?

Y éste advirtió con pesar, cómo ella se tensaba ante la pregunta.

— ¿Daniel?—inquirió sorprendida de que saliera ese nombre a la luz en esos momentos.

—Ajá. Mencionaste su nombre cuando te quedaste en estado de shock la noche que Derek te atacó.

Noa se puso a la defensiva y bajó la mirada para que no viera lo mucho que le dolía todavía. Aún no estaba preparada para hablar de su hermano. Sabía que tendría que afrontarlo más tarde o más temprano, pero no ahora. No después de lo que había ocurrido entre ellos esa noche. Hacía mucho tiempo que no se sentía así de bien, y necesitaba saborearlo, recrearse en ese mágico momento ocurrido entre ambos que la había hecho tan feliz.

—No quiero hablar de Daniel ahora. —señaló con una nota de tristeza en sus palabras. —Todavía me hace daño pensar en él.

Alonso sintió una punzada de desilusión, ante el hecho de que ella le ocultara cosas de su pasado, a la vez que un regusto amargo de celos le subía por la garganta, al pensar que ese individuo todavía era alguien importante en su vida. Sabía que no tenía derecho alguno a sentirse así, pues ambos tenían una vida anterior antes de conocerse, pero ridículamente no podía evitar sentir esa molesta sensación.

Él quería ser el único hombre importante en su vida. El único que le quitara el sueño y el aliento. Y se sorprendió por sentir ese sentimiento de posesión, esos celos desmedidos, que nunca antes había poseído por nadie más.

—Está bien, como quieras. —le respondió soltando un suspiro y besándole la coronilla a continuación.

Y se quedaron abrazados hasta que al fin les venció el sueño.

Capítulo 21

Cuando Alonso se despertó todavía no había amanecido, aún faltaban unos minutos para tener que levantarse, e ir con Shukrani a hacer la ronda por los poblados cercanos.

Advirtió maravillado, cómo el calor del cuerpo de Noa lo atraía como un imán, y se acercó a ella que dormía plácidamente dándole la espalda. Inhaló el exquisito aroma de su pelo y no pudo evitar la tentación de besar su piel. Lo que empezó como un simple beso en el hombro, acabó en unas ganas irremediables de volver a hacerle el amor. Por lo que se levantó un momento de la cama, para regresar a continuación y colocarse esta vez sí, el condón que no se había puesto unas horas antes, enardecido por la pasión que Noa despertaba en él. Lo volvía tan loco, que la vez anterior se había olvidado de ponérselo, siendo la primera y única ocasión que le había pasado nada semejante. Y contrariamente a lo que pudiera imaginar, sí ella se quedaba embarazada por ese desliz, no sería un disgusto muy grande para él. Por lo que sonrió, al imaginarse a un hijo suyo correteando por allí, con un espíritu salvaje y rebelde como el de su madre.

Pero ahora concentrado en su propósito y con los deberes hechos, prosiguió con suaves y delicados mordiscos por su omóplato, besando a continuación su cuello, lamiendo el lóbulo de la oreja, mientras comenzaba a hacerle tiernas caricias en los pechos, logrando con ello arrancarle suspiros de placer. Su pene preparado y dispuesto, deseaba ser acogido en el interior de ella, pero se conformaba de momento con restregarse en su sexy trasero en forma de corazón. Recibiendo con cada roce, con cada fricción, miles de descargas placenteras que le subían por los testículos hasta llegar a los riñones. No sabía si seguía dormida, pero pequeños jadeos salían de su boca con cada caricia que él le proporcionaba, acelerando su respiración y los latidos de su corazón.

Alonso bajó su mano por el estómago hasta llegar a su entrepierna, consiguiendo que Noa abriera la boca dejando escapar un gemido, para después abrirse paso hasta llegar a su anhelante sexo humedecido. Descubrió con satisfacción que estaba igual de preparada que él, y no perdió tiempo en separarle las piernas, para que su miembro duro y excitado, buscara el camino ansiado y se introdujera en ella siendo bien recibido.

— ¡Por Dios, Al!— balbuceó a duras penas.

A pesar de estar tomándola por detrás, ambos se amoldaban a la perfección, alcanzando a retener el aire en los pulmones al sentir ese mágico acoplamiento entre ellos. Era como si sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Como si hubieran estado esperándose, reconociendo al instante que se pertenecían, con una sensación llena de plenitud y de haber llegado por fin a casa.

Alonso agarró la pierna de Noa para pasarla por encima de la de él, para tenerla más accesible y poder acariciar con su mano libre, su centro tembloroso y excitado. Se retiró para volver a introducirse de nuevo en una suave embestida, a la vez que con su dedo corazón, encontraba el clítoris hinchado y sensible para acariciarlo delicadamente. Lo hizo una y otra vez, cada vez más fuerte y profundo, acompañando los envites con el

masaje a su excitado botón, arrancando gemidos y gruñidos con cada acometida, hasta que Noa tuvo el orgasmo más asombroso de su vida, seguido por él instantes después.

—Ha sido increíble. —susurró todavía recuperando el aliento.

—Lo sé. —se vanaglorió él con una sonrisa bailándole en la comisura de los labios.

Todavía seguían unidos recobrándose del momento vivido, y ella giró la cabeza para observar su sonrisa fanfarrona.

— ¡Oye, Tarzán de pacotilla, no te lo tengas tan creído! Me pillaste soñando con un guapo actor de una serie que... ¡Aah...! —se interrumpió, cuando Alonso presionó con su miembro nuevamente logrando un espasmo de placer.

— ¿Decías?—preguntó irónico.

Pues a pesar de que ya estaba empezando a quedarse flácido, su pene todavía seguía lo suficientemente firme, como para que ella lo sintiera.

— ¿Yo? ¿Estaba diciendo algo? ¡Ni me acuerdo!

Y atrapó con sus dientes el labio inferior del guía, y éste le respondió con un apasionado beso.

Minutos después, estaba paseándose desnudo por la tienda buscando ropa limpia. Tenía que pegarse una ducha rápida, o se les iba a hacer tarde tanto a él como a Shukrani para la visita a los enfermos.

— ¿A dónde vas?—le preguntó Noa, mientras se estiraba ronroneando completamente satisfecha.

—Tenemos que repartir los medicamentos por los poblados cercanos. ¿Quieres venir?

—Claro, cuando tú acabes me meto yo en la ducha.

—Podemos ducharnos juntos. — insinuó con picardía.

Ella que estaba bostezando, cortó con esfuerzo el impulso involuntario para mirarlo directamente sorprendida.

— ¿Todavía no te has quedado saciado?

Él se acercó a la cama, y agachándose le plantó un húmedo y tórrido beso para confesarle a continuación.

—No creo que sea posible que quede nunca saciado de ti.

Y costándole trabajo separarse de ella se metió debajo del agua, o esa mañana no saldrían de la cama. Cuando minutos después salió limpio y fresco, se la encontró profundamente dormida, por lo que decidió no despertarla. No sin antes de partir darle un beso tierno en la frente.



Horas después, Noa se encontraba subida en el jeep, sentada al lado de Martín y su mujer como en los últimos días, pero con una estúpida sonrisilla permanente en su semblante. Durante el camino al parque nacional Hell's Gate, o Puerta del Infierno, Alexia no pudo aguantar más la curiosidad de saber qué había pasado entre ella y el guía, por lo que algo avergonzada por su indiscreción se atrevió a preguntarle.

— ¿Todo bien Noa?

Ésta se giró dedicándole una radiante sonrisa.

—Sí. Seguí tu consejo, y la verdad es que no puedo más que agradecerte tus palabras. Pude aclarar mis diferencias con Alonso y... —aquí se paró ruborizándose intensamente. —...y bueno, llegar al fin a un entendimiento.

—No sabes cuánto me alegro, cielo. —Le contestó tremendamente satisfecha. —Los dos hacéis una linda pareja.

—Gracias.

Y satisfecha su curiosidad, Alexia aparcó el tema para comentar el maravilloso día, que les esperaba hoy según el itinerario previsto. Cuando llegaron al parque, tanto Shukrani como Yaawar, se llevaron los coches hacia el lugar de encuentro donde comerían ese día, mientras que con Alonso al frente, alquilaron unas bicicletas e hicieron el camino subidos a ellas. El Hell's Gate, situado en el corazón del Valle de Rift, se encontraba entre el Monte Longonot y el lago Naivasha. Los dos volcanes extintos y la actividad geotérmica de la zona, daban nombre a ese parque nacional, rodeado por enormes acantilados de más de cien metros de altura. Famoso por sus géiseres, y por su capacidad para poder moverse a pie o en bicicleta, era un parque ideal para familias, ya que además podías realizar actividades como senderismo y escalada, disfrutando de la observación de los animales desde una perspectiva distinta. Pues el poder interactuar libremente sin el jeep de por medio, y sin ningún otro tipo de restricción, llegabas a una comunión distinta con el medio tanto animal como ambiental, al tener la sensación de soledad y desprotección ante ellos.

El camino en bicicleta fue tan solo de ocho kilómetros, hasta llegar a la Garganta del Infierno, donde les esperaba el delicioso almuerzo. Durante el trayecto pudieron observar a una tímida manada de cebras. Y Noa empujada por un impulso, intentó acercarse a ellas, descubriendo que la mayoría se alejaban corriendo, pero que algunas más temerarias no se inmutaban con su presencia. No obstante, acobardada en el último momento, no se atrevió a aproximarse más a ellas. Eso y los gritos descomunales que fue pegando Alonso, cuando advirtió su temeraria acción, entrando en pánico de que alguna pudiera darle una coz o una buena mordida.

El resto del paseo transcurrió con tranquilidad, no sin antes hacerla prometer, que no iba a volver a cometer ninguna estupidez más. Contemplaron extasiados a una pareja de jirafas con su cría, o a otra pequeña familia de *pumbas*, a los que no podían dejar de gritar Hakuna Matata cada vez que los veían. O a los búfalos mirándoles parados de forma intimidante, mientras las gacelas alzaban las orejas expectantes, para salir corriendo en cuanto se sentían amenazadas.

Después de comer se dirigieron en coche al parque nacional Mount Longonot, recorriendo sus hermosos parajes hasta llegar a las orillas del Lago Naivasha, donde disfrutarían de un breve safari en bote por sus aguas dulces, habitadas por infinidad de aves, como las águilas pescadoras, y un considerable número de hipopótamos y cocodrilos.

Mientras los demás pasajeros subían en los botes que había alquilado para esa breve excursión, Alonso aprovechó el momento para agarrar a Noa de la mano, y buscar algo de privacidad entre los coches, para después no resistirse a la tentación de robarle un beso apasionado.

— ¡Mmm...!.—Ronroneó colgada de su cuello con la espalda apoyada en el jeep. — Tenemos que hacer esto más a menudo.

El guía con las manos a los lados de su cabeza, y apoyadas en la puerta del vehículo, se separó con reticencia para soltar a continuación un largo suspiro.

—No sabes las ganas que tenía de hacerlo. Llevo todo el día pensando solamente en besarte. —confesó para volver a hacerlo brevemente, y apoyar después la frente en la suya, a la vez que ella enroscaba los dedos en su cabello.

—Y yo deseando que lo hicieras.

Él soltó un gruñido, dispuesto a atrapar entre sus dientes el labio inferior de su boca. Tiró suavemente de él, para después lamer despacio el de arriba, hasta que introdujo su lengua para poder saborearla a conciencia.

Se separó con la respiración agitada cuando escuchó a Shukrani que lo llamaba, y maldijo por lo bajo por la interrupción de su empleado.

—Escúchame Noa, necesito que me prometas una cosa.

—Lo que quieras. —le dijo abriendo los ojos y volviendo al presente.

—Prométeme que no harás ninguna tontería en la barca. Este lago está lleno de hipopótamos y cocodrilos, y no puedo estar pendiente de ti en todo momento. Por lo que te ruego que no intentes acariciar ninguno o meter la mano bajo el agua.

— ¿Acaso no te fías de mí?—le preguntó con voz melosa y una sonrisa pícara.

—Lo siento cariño, pero tras tu largo historial de meteduras de pata desde que has llegado a este país, es lógico que no confíe en tu buen juicio respecto a prevalecer tu integridad física.

Noa entrecerró los ojos y borró la sonrisa pícara de su cara.

— ¿Me estás llamando inconsciente?

—Entre otras cosas. —le contestó sonriendo con arrogancia.

— ¡Oh, muy bonito Alonso Rivas! ¡Muy boni...!

E interrumpió su perorata con otro beso haciéndola callar. Y cuando la voz del ranger se fue acercando, salieron de detrás de los vehículos para continuar con el paseo por el lago.

Después de finalizar el recorrido, se dirigieron al nuevo campamento, donde pudieron disfrutar de una refrescante ducha y una romántica cena, completada con una impresionante puesta de sol.

Cuando se acostaron juntos esa noche, volvieron a hacer el amor de forma lenta y ardiente. Disfrutando de cada momento, de cada caricia, cada susurro, y cada mirada entre ellos. Diciéndose lo que sentían sin expresarlo con palabras. Y como si ambos hubieran poseído telepatía mutua, desearon internamente que aquel safari no se acabara nunca.



Al día siguiente se levantaron para recorrer la extraordinaria reserva nacional Masai Mara, de suaves colinas ondulantes tapizadas de hierba, repleta de acacias desperdigadas por el extenso territorio, y miradores de excepción para los guepardos. Atravesada por el agua chocolateada del río Mara, hervidero de rebosante fauna e

hipopótamos chapoteando y protegiendo a sus crías, y hogar de la tan conocida tribu de pastores nómadas, y antaño temidos guerreros que daban nombre al lugar.

Ese día visitarían el poblado de una de las tribus afincadas por aquel paradisiaco paraje, siendo testigos de excepción, del día a día de uno de los moradores más únicos e insólitos de la cultura africana. Todos los viajeros, incluida Noa, esperaban expectantes por ser testigos de sus rutinas y tradiciones. Y poder ver con sus propios ojos, como estaban completamente adaptados a aquel rústico ambiente, alejados de cualquier signo o comodidad propios del siglo veintiuno.

La aldea a la que llegaron, era una de las más alejadas de las rutas turísticas de la mayoría de safaris, por lo que sus habitantes los recibieron con amabilidad, pero una cierta reticencia por no ser considerados monos de feria. Habían llegado a un acuerdo con Alonso, el cual les entregaba medicinas gratuitas, a cambio de una experiencia genuina de su cotidiana vida en medio de la sabana africana.

Fueron recibidos por los hombres que acababan de llegar de pastar con el ganado, y lo estaban encerrando en sus corrales hechos de espinas, ramas, y matorrales, para protegerlos de los ataques nocturnos de cualquier fiera hambrienta.

Mientras los hombres mostraban su danza de bienvenida, Noa advirtió por el rabillo del ojo, a lo lejos, a una niña no mayor de tres años, desnuda y sola, llorando desconsolada en el suelo. Y con el corazón partido se acercó a ella para intentar consolarla.

A la cría se le notaba escuálida y demacrada, con el típico vientre hinchado por la desnutrición. Y cuando se agachó con un pañuelo de papel, para limpiarle los mocos y la suciedad de la cara, comenzó a gritar más fuerte asustada al verla.

Enseguida, unas mujeres de la tribu se acercaron chillando y haciendo aspavientos, para alejarla de la niña y evitar que la tocara. Noa desconcertada, no entendía lo que las mujeres le querían decir, solo reparó asombrada cómo nadie iba en auxilio de la pequeña, dejándola nuevamente llorando apartada e ignorada por todo el mundo menos por ella.

Avisados por el escándalo que estaban formando, algunos hombres se acercaron para ver qué ocurría, entre ellos Alonso.

— ¡Por Dios santo, Noa! ¿Qué parte de no te metas en líos no entiendes?—susurró cuando llegó a su altura.

—Si meterme en líos es acudir al llanto desgarrado de una niña, es cierto, soy culpable. —se defendió. —Pero no he podido evitar atender a esta pobre criatura abandonada aquí. ¿Dónde está su madre?—preguntó buscando con la mirada a la mujer que corriera en auxilio de la pequeña.

—No lo sé. —respondió el guía entre el barullo formado. —Déjame ver qué ocurre aquí.

Y preguntó en su idioma, dirigiéndose directamente al líder de la tribu. Éste empezó a hablar en un tono de enfado, mientras señalaba a Noa y los demás la miraban irritados.

De repente, ésta advirtió como la niña se recostaba en el suelo convulsionando de forma violenta, con los ojos en blanco y empezando a espumar por la boca.

— ¡Alonso!—gritó para advertirle de lo que sucedía.

El guía dejó de hablar inmediatamente con el líder del clan, para acercarse a la pequeña que sufría espasmos incontrolados. Y entre todos, intentaron imposibilitar a Noa a allegarse también, pero ella logró zafarse para ayudarlo, al ver que nadie del poblado se acercaba en auxilio de la niña. Cuando los demás viajeros se aproximaron alertados por los gritos, los aldeanos les impidieron unirse a ellos.

— ¿Qué le pasa?—preguntó alarmada por el aspecto de la pequeña arrodillándose a su lado.

—Creo que está sufriendo un cuadro epiléptico. No es conveniente moverla, pero viendo la reacción de los demás es mejor alejarla de aquí. —le informó mientras la agarraba en brazos y se la llevaba dentro de una choza.

Pensativa Noa arrugó el ceño, pero no lo detuvo y lo siguió dentro.

— ¿En qué puedo ayudar?—preguntó preocupada porque la cría todavía seguía convulsionando.

—Sujétala un momento y procura que no se gire. —le pidió Alonso mientras se quitaba la camisa.

Había colocado a la niña en una postura decúbito lateral, y depositó su ropa doblada debajo de la cabeza, para que no se hiciera daño en ella con los espasmos involuntarios.

— ¿No sería conveniente ponerle algo en la boca para que no se muerda la lengua?—sugirió angustiada.

—No. Lo mejor es esperar a que le pasen los temblores por sí solos.

—Voy a llamar a Shukrani, tenemos que llevarla a un hospital.

—Es inútil, no hay un hospital a kilómetros a la redonda. —Le informó mientras observaba su reloj. — Tranquila, todo va a salir bien.

— ¿Cómo voy a estar tranquila Alonso? Esta pequeña necesita ayuda. —le respondió asombrada por su sangre fría. —Deberíamos buscar un médico. Deberíamos...

—Yo soy médico Noa, ¿de acuerdo?—la interrumpió bruscamente. —Y sé perfectamente lo que estoy haciendo. Si las convulsiones no le pasan en cinco minutos le pondré un leve sedante. Y entonces, sí valoraré la posibilidad de llevarla a un hospital.

— ¿Eres médico?—Le preguntó desconcertada mirándolo con los ojos como platos. — ¿Por qué...? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Ahora no. Ya tendremos esta conversación más tarde, este no es el momento.

—De acuerdo. —cedió sabiendo que tenía razón. — ¿Qué hacemos entonces?

—De momento, observar cómo evoluciona.

—Vale.

Y ambos se quedaron a la vera de la niña rezando para que todo saliera bien. Al poco tiempo se tranquilizó, despertándose confundida y desorientada, y Alonso al advertir la alarma de Noa, le aclaró que era algo completamente normal. En cuanto se recuperó casi por completo, la pequeña empezó a llorar desconsoladamente, y él salió de la choza después de volverse a poner la camisa, para regresar al poco tiempo con un sándwich que había tomado de los que sobran al mediodía. Primero le dio de beber, y cuando se cercioró de que admitía el líquido sin problemas, le ofreció la comida. Repararon que en un primer intento la niña se negaba a probar bocado, escupiendo los pequeños trozos que le metían en la boca. Pero después, cuando las papilas gustativas degustaron

los distintos sabores, comenzó a devorar el alimento con ansias calmándola por completo.

—Pobrecita, estaba muerta de hambre. —Señaló Noa apiadándose de la niña. — ¿Por qué no sales y preguntas por la madre mientras yo me quedo con ella?—sugirió mientras la limpiaba un poco con una gasa limpia y suero fisiológico.

Alonso asintió con la cabeza, y cuando se dirigía hacia la puerta se paró un instante, para observar como ella tranquilizaba a la pequeña. Y una orgullosa sonrisa asomó a su semblante, al contemplar el trato tan tierno que dispensaba a la cría.

Pero su gesto había cambiado por completo cuando entró minutos más tarde, haciendo que Noa arrugase el ceño preocupada por su rostro enfadado.

—Es mejor que nos vayamos. —le soltó molesto.

— ¿Por qué? ¿Dónde está la madre?

—La niña no tiene madre.

— ¿Pues dónde está la persona que cuida de ella?

Alonso se frotó la nuca con impaciencia, para soltar un taco a continuación, consiguiendo el desconcierto de Noa.

— ¿Qué pasa Al?

—Pasa, que a veces me gustaría coger a esos hombres y mujeres y su ignorancia, y patearles el culo hasta que entraran en razón.

— ¿Por qué?—preguntó cada vez más confusa.

—Porque esta preciosa criatura no tiene a nadie quién la cuide. Su madre murió hace varias semanas, y le echan la culpa a ella, porque por lo visto se quedó embarazada de una relación clandestina con un hombre de una tribu rival, y como castigo, nació la niña que según ellos es la reencarnación del mismo demonio.

— ¿Cómo pueden decir algo semejante? Ella no tiene culpa de nada.

—Eso ya lo sé, pero ellos no piensan lo mismo. Le tienen tanto miedo, que no han tenido el valor de deshacerse de ella. Por lo que la dejan abandonada por el poblado, tirándole la comida como a los perros, por temor a que su ira acabe con ellos o su ganado. Piensan que sus ataques son maldiciones que la cría les lanza cuando entra en trance, y se comunica con otros demonios como ella.

— ¡Dios mío!—exclamó Noa descompuesta tapándose la boca anonadada.

—Nos han pedido que nos marchemos. Dejando claro además, que ya no seremos bien recibidos nunca más, por tener trato con demonios y espíritus malignos.

—Muy bien. —soltó decidida cogiendo a la chiquilla en brazos la cual empezó a llorar al instante.

— ¿Qué haces?

—Lo que tú has dicho. Nos vamos.

—Pero... ¡Espera, Noa!—exclamó alarmado al verla salir resuelta de la choza.

Cuando apareció con la pequeña en brazos, los aldeanos dieron un paso atrás alejándose de ambas, para después prorrumpir en palabras y gestos, que aunque ella no entendía, se veía a la legua que eran amenazadores.

—Diles que si ellos no la quieren yo sí. —comunicó cuando llegó a su lado. — Y se viene conmigo.

— ¡Estás loca!—masculló Alonso agarrándola por el brazo y girando para darle a los demás la espalda. —Ella no es un souvenir que puedas llevarte en el bolsillo.

—No soy idiota Alonso, y nunca he estado más cuerda que ahora. —terqueó enérgica, en tanto acunaba a la cría que seguía llorando.

—Escúchame Noa. En primer lugar, no sé si estarán dispuestos a dejar que te la lleves. —Le explicó intentando que entrara en razón. — En segundo lugar, no creo que tengas muy claro de cuáles son las implicaciones que conlleva cuidar de una niña tan pequeña. No es un perro que puedas dejar en una perrera cuando te aburras de ella. Si decides llevarla contigo, te tendrás que hacer cargo, además de responsabilizarte íntegramente de su bienestar. Y por supuesto, arreglar todo el papeleo para adoptarla legalmente y no tener problemas con las autoridades en el futuro. Creo que no hace falta que te explique lo que significa cuidar y educar a un hijo. Un hijo que por otra parte no es tuyo. —recalcó.

Y observó cómo tragaba saliva con dificultad, para al instante siguiente levantar el mentón con terquedad.

—De acuerdo. Cualquier cosa con tal de no dejarla ni un minuto más con estos energúmenos.

—Noa...

—Estoy decidida, Alonso. No podría dormir tranquila, sabiendo que la están matando de hambre y tratándola peor que a un animal. No voy a abandonarla a su suerte. No con ellos. Cuidaré de ella, ¡te lo juro!

—Pero si no puedes cuidar ni de ti misma. —se lamentó el guía desquiciado cuando no fue capaz de hacerla razonar.

—Piensa lo que quieras, pero no voy a cambiar de opinión. Dales lo que te pidan, pagaré lo que sea necesario.

Él la fulminó con la mirada, para después maldecir entre dientes cuando se dio cuenta de que no se iba a bajar de la burra. Habló con el jefe de la tribu, el cual estuvo encantado de que se la llevaran. Quedó con él en que volverían en unos meses, cuando tuvieran los papeles de la adopción de la pequeña, para no tener problemas por ambas partes. Y se dirigieron hacia los jeeps, donde estaban los demás pasajeros esperando apartados y confusos por su regreso.

Cuando Noa y Alonso aclararon lo que había sucedido, todas las mujeres sin excepción, se ofrecieron a ayudarla durante el tiempo que durara el viaje de vuelta. Esa noche tanto ella como Alexia, pues en realidad no hacía falta nadie más, se ocuparon de bañar a la pequeña y limpiarle toda la mugre que tenía encima. Tuvieron que repararle la cabeza al cero, pues estaba infestada de piojos. Y tras darle de comer y hacerla dormir, pudieron contemplar orgullosas su trabajo sentadas en el suelo, incrédulas de lo que la pobre criatura había pasado.

—Se me encoge el corazón sólo de pensar que alguien pudiera tratar así a mi bebé o a Lucas. Te juro que por mucho que lo intento, no logro comprender como alguien puede actuar así con un ángel como éste. —habló Alexia acariciándose la barriga que crecía poco a poco con una vida en su interior.

—Yo tampoco lo entiendo.

Y la otra mujer giró su cabeza para mirarla extrañada, por la nota de pánico en la voz de Noa.

— ¿Qué te ocurre cielo?

— ¿Qué he hecho Alex?—preguntó asustada. —No sé cómo se llama, ni tan siquiera si tiene nombre. ¿Y sí Alonso tiene razón y no sé cuidarla? ¿Y sí me he precipitado y tomado una decisión equivocada? ¿Y sí no estoy preparada para asumir una responsabilidad tan grande? ¿Y sí...?

— ¡Chss... tranquila cielo!—intentó calmarla la mujer abrazándola.

—Estoy muerta de miedo.

—Es normal, ¿acaso te crees que yo no?

Y sonrió con alegría cuando su amiga la observó como un gatito asustado.

—Pero estoy completamente convencida, de que serás una madre maravillosa si te lo propones.

Noa se colocó unos mechones de pelo detrás de las orejas, mientras contemplaba a su amiga, cómo se acariciaba el vientre nuevamente.

—Tú también lo vas a ser. —le contestó algo más tranquila.

—Lo sé. Pero eso no significa que no tenga un millón de dudas y miedos. Acostúmbrate cariño, a partir de ahora tu vida va a ser un sin vivir.

— ¡Madre mía...! ¡Madre mía...!—susurró Noa frotándose la frente con una mano, asumiendo poco a poco lo que le esperaba.

Y Alexia no pudo evitar soltar una carcajada, que sofocó enseguida, llevándose las manos a la boca temerosa de haber despertado a la pequeña.



Tiempo después, Alonso entró en su tienda para toparse sorprendido con Noa durmiendo en su cama. Desde que habían llegado al campamento no había vuelto a verla hasta ahora. Sabía que tanto Alexia como ella se estaban ocupando de la cría, pero pensaba que lo habrían hecho en la tienda que supuestamente le pertenecía. Cenó solo, cavilando en los acontecimientos acaecidos ese día, y en las consecuencias que conllevaban la decisión adquirida por ella. Sopesando si había sido acertado haber dejado que la tomara.

Por un lado, la admiraba por su valentía. Tenía que admitir que estaba hecha de una pasta especial, por asumir un compromiso tan grande y difícil como ese. Pensando únicamente en el bienestar de la pequeña y nada más, sin tener en cuenta los sacrificios y dificultades con las que tendría que lidiar a partir de ahora.

Por otro lado, temía que la determinación que había asumido la superara al no tener experiencia alguna sobre ello. No era tan sencillo, hacerse cargo de la vida de otro ser humano de la noche a la mañana, por muy buenas intenciones que tuviera.

Pero también era cierto, que él no podría volver a dormir tranquilo sabiendo que dejaba una criatura totalmente indefensa, en unas condiciones tan pésimas como aquellas. Como médico, sabía que la vida de la pequeña corría peligro sino se tomaban medidas urgentes. Pues el estado de desnutrición y salud era alarmantes, y no iría a mejor, sino recibía unos cuidados mínimos que garantizaran su higiene y bienestar.

A pesar de todo el tiempo que llevaba viviendo en ese país, y de tener que tomar algunas decisiones difíciles, por respetar las costumbres y tradiciones de sus habitantes, nunca se acostumbraría a situaciones tan absurdas como las vividas hoy. Ya que su mentalidad occidental no lograba comprender algunos actos, que para él eran a todas luces crueles y sin sentido.

Y todo ese revoltijo de pensamientos y emociones encontradas, habían estado sobrevolando su cabeza sin llegar a un acuerdo concreto. Pero ahora nada de eso importaba. Lo único en lo que pensaba, era en acostarse al lado de esa compleja y sorprendente mujer, y descubrir más cosas sobre ella que lo dejaran confuso como esa tarde. Pues, ¿quién le iba a decir, que la *niñata* que hace poco menos de un mes había llegado a ese lugar, podría sorprenderlo de tal manera? Definitivamente, Noa era una caja de sorpresas. Una caja a la que estaba deseando echar un buen vistazo, para ver qué más podía descubrir.

— ¡¿Qué haces?!—susurró ésta, cuando se arrimó a ella para despertarla con besos en el cuello, y frotamientos de su excitado y duro pene.

— ¿Tú qué crees?—inquirió con la voz ronca por el deseo, en tanto le agarraba un pequeño seno para acariciarlo.

—Pues estate quieto porque vas a despertar a la niña.

— ¡¿Qué?!—preguntó sorprendido.

—No tienes ni idea de lo que me costó dormirla, así que, ¡las manos fuera del pan!—sentenció molesta.

¡Maldita sea!—maldijo mentalmente, mientras se alejaba de ella y se pasaba frustrado la mano por la cara.

Esa sí que era una sorpresa con la que no contaba.

Capítulo 22

Tal y como estaba no podía permanecer más tiempo en la cama, así que Alonso se levantó para poder tomar un poco el aire, y bajar el calentón que en ese momento sufría. Cuando salió al exterior, se dirigió a la mesa donde minutos antes había cenado, y soltando un fuerte suspiro se dejó caer en la silla.

Tanto el cocinero Yaawar como sus ayudantes, estaban a punto de terminar de recoger todo, pero después del último intento fallido, decidieron no acercarse para preguntarle si necesitaba algo. Por lo que a los pocos minutos, se quedó solo contemplando la luna llena, mientras su cabeza no paraba de dar vueltas.

— ¿Estás enfadado conmigo?—le preguntó Noa acercándose por detrás, para abrazarlo por la espalda minutos después.

— ¡¿Qué?!—Preguntó sorprendido pues no esperaba su aparición.

—Sé que debí avisarte, pero no estaba muy segura de qué hacer. Tengo miedo de que le dé otro ataque y yo no esté cerca para cuidarla. Y estaba tan concentrada observando su pequeña cara que me quedé dormida. —se disculpó.

— No, claro que no estoy enfadado. —Le aclaró mientras la agarraba de la mano para sentarla encima de sus piernas. — Solo que no me esperaba encontraros a las dos durmiendo en mi cama.

Ella se sentó y pasó los brazos por su cuello, y clavó su mirada en la de él para saber si estaba siendo sincero.

— ¿En serio no la viste? Es verdad que es pequeña, pero...

—Entré a hurtadillas porque no había ninguna luz encendida Noa, por tanto supuse que estabas dormida. Y al estar de lado tu cuerpo tapaba el de ella, a pesar de la claridad de los candiles exteriores. Y para ser sinceros, mi mente estaba pensando en algo completamente distinto, como para recordar que la niña estar durmiendo contigo.

Ésta sonrió al imaginarse su sorpresa, y la decepción que debió sufrir al frustrarse sus planes.

—Lo siento. —se disculpó sonriendo pícaramente.

Y el guía la observó un segundo, para al siguiente invadir su boca y besarla con pasión, soltando un pequeño lamento cuando minutos después la abandonó a regañadientes.

—Para mí todo esto también es nuevo Al, y tengo que acostumbrarme a ello igual que tú. —Admitió pesarosa después de recuperar el aliento. — No dispongo de una cuna u otra cama para ella, y no pienso dejarla sola en otra tienda y que se despierte en medio de la noche asustada.

—Lo sé. —aceptó sintiéndose fatal, por haber deseado momentos antes que la niña no estuviera allí.

—A no ser que me mude nuevamente y te devuelva la tienda para ti solo, si es lo que realmente quieres.

—No creo que haga falta hacer eso.

Y ella bajando los ojos para que no viera lo mucho que le dolía, le confesó a continuación.

—A pesar de todo, quiero que sepas que si esto representa un problema para ti... yo... yo lo-lo entenderé.

—Noa...

—Tú no tienes por qué cargar con esto. —Continuó hablando deprisa. — Ha sido una elección mía, y como bien dijiste a partir de este momento es mi responsabilidad, no la tuya.

—Noa...

—Entenderé por completo si no quieres seguir con... con lo nuestro. Mi vida a partir de ahora va a cambiar por completo y...

Alonso le agarró la cara con ambas manos para levantársela, y clavar su intensa mirada en ella.

—Cállate.

Y volvió a besarla con avidez. Diciéndole sin palabras que él estaría allí para lo bueno y para lo malo. La aceptaba tal y como era, y se sentía tan tremendamente orgulloso de ella, que no sabía otra manera de expresarlo sino de esa forma. Su fuerte no eran las palabras, sino expresar sus sentimientos con hechos. Y en ese momento y a su manera, le estaba diciendo lo mucho que le importaba.

Minutos después, seguían sentados en la silla abrazados el uno al otro. Escuchando los ruidos que los animales producían en la lejanía, como el chillido de una hiena, o el rugido de un león, pero a Noa eso ya no le importaba. Se sentía a salvo en los brazos de Alonso, y apoyada la cabeza en su pecho, lo único que escuchaba era su corazón latir fuerte y alto.

— ¿Sabes cómo se llama?

—Jasira. —Contestó él acariciándole el pelo. —En swahili significa audaz, valiente.

—La verdad es que le pega mucho, ¿verdad?

—Sí.

—Y es un nombre precioso.

—Cierto.

—Audaz... valiente...—susurró ella sonriendo orgullosa.

—Como su madre.

Y Noa levantó la cabeza para mirarlo directamente.

—Verdaderamente su madre biológica lo fue. —admitió convencida. —Otra cosa muy distinta, es la *niñata* inconsciente a la cual le faltan dos dedos de frente, y que supuestamente la va a cuidar a partir de ahora... ahí yo no estaría tan segura de ello.

Alonso echó la cabeza hacia atrás para soltar una enorme carcajada.

—Eso también es verdad.

— ¡Oye!—le recriminó en broma con un leve empujón en el hombro.

Y poniéndose seria de repente le preguntó.

—Y hablando de todo un poco, ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos mañana al resort?

— ¿A qué te refieres?—le preguntó sorprendido por el cambio brusco de conversación.

—Me refiero a tu amiguita y el desagradable asunto de las piedras de oro. Además de los chantajes a las pobres gentes de los poblados.

Alonso levantó una ceja y la miró divertido.

— ¿Hablas de Sofía?

— ¿Tú que crees?—le dijo soltando un bufido.

—No lo sé, como según tú tengo tantas amiguitas.

—Alonso Rivas...—le reprochó cruzándose de brazos.

Y él se rio divertido por su actitud resentida.

—Madre mía, me encanta cuando te pones tan celosa. —y se acercó para besarla, ya que era lo único que podía hacer esa noche, pero ella se separó molesta.

— ¿Celosa yo? ¡Por favor, nada que ver! Que sepas neurona con patas, que estamos hablando de mi vida, pues por lo visto quieren acabar con ella. Así que no seas tan engreído, pues no todo gira a tu alrededor, los demás también existimos.

Y cuando Alonso volvió a echar la cabeza hacia atrás para reírse a mandíbula batiente, Noa abrió los ojos y la boca como platos, sorprendida por su actitud displicente, para a continuación resoplar ofendida, y levantarse con la intención de dejarlo allí riéndose solo. Pero el guía la agarró fuertemente por la cintura abortando su huida.

—Está bien, no te enfades. —le pidió soportando las ganas de reír. —No aguantas una simple broma, *niñata*.

Y cuando ella le fulminó con la mirada se puso serio.

—Lo siento, tienes razón. —Admitió dando por terminado el momento hilarante. — He estado pensando en ello, y por supuesto que la voy a entregar a las autoridades, pero antes necesito saber con quién está compinchada. Quiero saber si esto lo han urdido ella y Derek solamente, o si hay alguien más trabajando con ellos.

— ¿Sospechas de alguien más?—le preguntó atónita, pues en ningún momento había contemplado esa posibilidad.

—No lo sé, y es lo que quiero averiguar. También quiero sonsacarle el paradero de Derek. —Le confesó apretando los dientes. —Quiero que ese miserable también pague por lo que hizo.

—Está bien. —confirmó satisfecha. —Pero yo quiero estar delante cuando eso ocurra.

Y Alonso asintió, admitiendo que su petición era justa.

—Y hablando de verdades y confesiones. —Continuó Noa aprovechando el momento. — ¿Por qué me ocultaste que eras médico?

El guía dejó su actitud divertida y relajada para enfrentarse a su pregunta.

—No lo sé. —le contestó después de soltar un profundo suspiro. —Me molestó mucho tu actitud prepotente cuando llegaste aquí. Dándote ínfulas de sabelotodo, con una carrera y varios masters, menospreciándome y creyendo que yo era un don nadie sin estudios. Y quería demostrarte, que lo importante es lo que uno consigue a base de esfuerzo y trabajo, no lo que el dinero puede pagar.

—Lo siento. —se disculpó bajando los ojos arrepentida. —Te aseguro que nadie mejor que yo, sabe que el dinero no lo es todo en la vida, y el esfuerzo que conlleva conseguir las cosas.

—Ahora lo sé. —le contestó besándola tiernamente en la cabeza.

— ¿Te he dicho alguna vez que soy una bocazas?— proclamó levantando la cabeza y una expresión bribona en su cara.

Alonso sonrió divertido al ver sus gestos traviesos.

— ¿Y yo te he dicho alguna vez que eres mi bocazas preferida?

—La verdad es que no.

—Pues lo eres.

—Ya me encargaré de recordártelo cuando vuelva a meter la pata.

— ¡Dios mío, lo que me espera!—exclamó exagerando su horror.

—No lo sabes tú bien. —le contestó divertida siguiéndole la broma.

Pero de pronto volvió a ponerse seria.

—Nunca he creído que fueras un don nadie Al, ¡te lo juro! Admito que al principio me sacabas de quicio, y que mi instinto natural es atacar y decir las cosas que más duelen al adversario, pero te prometo que nunca te menosprecié. Es cierto que me acordé de toda tu familia, y de lo cual me arrepiento, pero nada más.

El guía tragó saliva al ver la sinceridad en sus palabras.

—Está bien cielo, ya lo hemos hablado. Ambos nos hemos dicho cosas para herirnos, pero por mi parte está todo olvidado.

Ella asintió y acercó su mano para acariciarle la mandíbula.

—Por la mía también.

Y sellaron sus palabras fundiéndose en un tórrido y ansiado beso. Pero a los pocos minutos, Alonso tuvo que parar pues se le estaba yendo de las manos. Había salido al exterior porque no podía dormir debido al calentón, y en esos momentos estaba consiguiendo el efecto contrario, y a punto de arder en llamas.

—Si no quieres que te haga el amor aquí y ahora es mejor que paremos. —Le advirtió apoyando la frente en la suya, mientras luchaba por respirar con normalidad. — Me vuelves loco *niñata*, y no me hago responsable de lo que pueda hacer sino lo dejamos ahora.

—Tienes razón. —Subrayó, a la vez que intentaba aquietar los latidos de su corazón, y recuperar el resuello. —Podría salir cualquiera y no queremos dar un espectáculo, ¿no?

—No. — convino él taladrándola con los ojos, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para no tumbarla en el suelo y poseerla allí mismo.

Pero ninguno de los dos se movió. Y lo único que Noa supo hacer, fue volver a abrazar a Alonso para apoyar su cabeza en el pecho, y oír como los latidos de su corazón rugían atronadores dentro de él.

Se estaba tan bien allí. Se sentía tan bien entre los brazos de él, que no quería por nada del mundo romper ese momento mágico entre los dos. Nunca, en toda su vida, hubiese creído posible encontrarse tan a gusto en la compañía de otra persona. Y asombrada, descubriría que aquél era su sitio, que por fin encontraba su lugar en el mundo, que no quería estar en ninguna otra parte que no fuera allí. En Kenia. En medio de la sabana africana, abrazada a su Tarzán trasnochado.

Y tragó con fuerza saliva, aterrorizada por lo que estaba a punto de admitirse a sí misma.

—Y dime. —Carraspeó desechando la idea que se estaba formando en su cabeza, negándose a tan siquiera considerarla. — ¿Qué especialidad estudiaste?

Alonso tardó unos segundos en responder.

—Oncología.

— ¿En serio?—preguntó sorprendida levantando la cabeza otra vez.

—Ajá. —respondió con un brillo de dolor en sus ojos.

—Perdóname. No quería decir... mi intención...—tartamudeó malinterpretando esa angustia en su mirada. — Solo que no me imagino porque alguien quiere estudiar esa especialidad, cuando lo único que te encuentras es dolor y desesperación en ella.

Él sonrió con tristeza.

—Un médico trata con el dolor y la desesperación todos los días Noa. Da igual que sea por un cáncer, que por un dolor de muelas, que trayendo una vida nueva al mundo. El deseo que te impulsa a estudiar medicina es poder ayudar a los demás, y sentir que estás contribuyendo de alguna manera a que una persona se cure, o tratar de que sufra lo menos posible.

—Entiendo.

—Y te aseguro que yo tenía un motivo muy poderoso, para inclinarme a estudiar esa rama en concreto.

— ¿Por qué?—preguntó tiempo después, pues Alonso se había perdido en sus recuerdos.

Y él regresó al presente con un gesto contrito.

—Mi madre se quedó embarazada de mí siendo muy joven, tenía exactamente diecisiete años. Era una niña precoz, que se encontró de repente preñada y sola en el mundo, pues mi padre no se quiso hacer responsable.

— ¿Y tus abuelos?—preguntó Noa a tiempo, de que se le escapara un insulto hacia el miserable hombre que le había dado sus genes.

—Mis abuelos la ayudaron al principio, aunque su padre nunca la perdonó, por el escándalo que suponía ser madre soltera en aquella época. Él era un militar de la antigua usanza, con unos principios muy firmes y de carácter estricto. Pero a pesar de todos los obstáculos decidió tenerme. —le explicó con tristeza.

—Ella también fue muy valiente.

—Sí, lo fue. —Reconoció orgulloso. —Al igual que tú. Por lo menos yo era sangre de su sangre y Jasira no lo es.

Noa solo atinó a sonreír ruborizada, tremendamente complacida de que él la admirara de esa manera.

—Trabajaba noche y día para darme siempre lo mejor. —Siguió contándole. — Llegó a tener hasta tres trabajos limpiando en casas ajenas, para que no me faltara de nada. Cuando ahora miro atrás, me siento abochornado de mí mismo, porque hubo una época que me avergonzaba de ella, por trabajar como chacha en las casas de los demás. Yo era un niño en aquel entonces, pero a veces fui muy cruel.

—No puedes culparte por ello Al. —intentó consolarlo, sintiendo compasión por ambos.

Él dibujó una triste mueca en su rostro.

—Lo sé, hace tiempo que me perdoné por ello.

Y expulsó un fuerte suspiro, para coger fuerzas y continuar con su explicación.

—Cuando yo estaba en el instituto le encontraron un cáncer de mama. Tuvo suerte, porque se lo diagnosticaron en una fase muy temprana, pero en aquella época los avances en esta enfermedad no eran muchos, y al final tuvieron que hacerle una mastectomía. Recuerdo que fue una época dura, porque ella por fin empezaba a rehacer su vida con un hombre, para de repente encontrarse con ese mazazo que la sumió en una depresión. Después de tantos años guardando luto por el recuerdo de mi padre, cuando la vida le devolvía la alegría y las ganas de vivir de nuevo, se tuerce todo con un cáncer de mama.

—No entiendo. —Le interrumpió confusa. — ¿Acaso el otro hombre la dejó también?

—No, fue ella quien lo hizo.

Y al ver su desconcierto se lo aclaró.

—A pesar de que mi madre era muy guapa, en cuanto perdió una parte tan femenina de su cuerpo, se sintió fea y vacía. Decía que la habían mutilado, y que ya no podría volver a resultarle atractiva a ningún hombre. No quería ver en su actual pareja, ni en ninguna otra, la compasión que sentirían al ver su cuerpo desnudo. No quería pasar por esa vergüenza. Hoy en día, las mujeres que sufren este cambio tienen un psicólogo que las guía y las ayudan, en aquella época no existían.

Y Noa entendió la postura de la mujer. Tiene que ser muy duro que te arranquen una parte de tu cuerpo, y ver la cicatriz del dolor día tras día. No era justo. Nunca era justo.

—Pero lo más importante, es que ella había luchado como una jabata y seguía haciéndolo. Estaba viva y por ello teníamos que estar agradecidos. Y durante años, pensamos que le habíamos ganado la batalla a esa maldita enfermedad, hasta que un día volvió a reaparecer.

Y aquí Alonso carraspeó, para deshacer el nudo de dolor que le atenazaba la garganta. Y con evidente esfuerzo, retomo la enorme tarea que le suponía seguir hablando.

—Yo en aquella época estaba estudiando la carrera, y ella trabajó duramente para conseguir el dinero y seguir pagando mis estudios. Hasta que un año después, cuando yo ya estaba ejerciendo en el hospital haciendo el MIR, y vio que mi vida estaba encauzada, dejó de pelear cansada de tanto sufrimiento y se dejó ir.

Noa no pudo evitar que las lágrimas corriesen por su rostro, al imaginarse el dolor tan grande que debió sentir. Y él al verlas las secó con sus pulgares, conmovido por su ternura.

—Lo siento mucho Al.

—Chss... No lo sientas pequeña. Mi madre se fue en paz y orgullosa de su hijo. Todo lo que he conseguido en esta vida, todo lo que soy, se lo debo a ella. Me enseñó a luchar por mí mismo, a trabajar duro y demostrar mi valía con la cabeza muy alta. Y eso siempre lo llevaré conmigo, hasta el día de mi muerte. Por tanto, estoy enormemente agradecido por haberla tenido solo para mí durante tantos años. Fíjate sino en Jasira, ella no ha tenido tanta suerte.

Y Noa comprendió su postura, aunque ella no creía que pudiese ser tan comprensiva con la vida, si le hubiese ocurrido en su lugar.

— ¿Y... y cómo llegaste aquí?

—Tenía un amigo que trabajaba como médico sin fronteras. Y durante mis vacaciones estivales, me conseguía un trabajo con él, para poder ayudar económicamente a mi madre durante esos meses.

Y Alonso paró de hablar durante unos segundos, recordando con angustia todos los recuerdos que le venían de golpe.

—Cuando ella murió, yo no... yo no lo llevé muy bien, por decirlo suavemente. En España no me ataba nada. Mis abuelos habían muerto unos años atrás, había perdido a la única persona a la que le importaba...—y se frotó la nuca como hacía cada vez que se sentía incómodo o nervioso. —... por lo que decidí cortar con todo, y huir del dolor que me producía seguir allí.

Y ella le cogió la mano para depositar tiernos besos en su palma. No sabía cómo expresarle lo mucho que sentía por todo lo que había pasado, y esa fue la única manera que se le ocurrió. Pero él agradecido por su gesto, la subió a la altura de su cara para acariciársela, y sus miradas se encontraron diciéndose todo lo que no eran capaces de pronunciar con palabras.

—Con el tiempo me perdoné y la perdoné a ella. Me encontré a mí mismo, y me di cuenta de que fui muy afortunado por tenerla conmigo. Por lo que decidí hacer algo útil con la carrera que ella había pagado con tanto esfuerzo, y me vine a África de nuevo. Decidí ayudar a mi manera, y poder enseñarle a la gente este maravilloso país. —Y señalando el lugar finalizó. —Y aquí estoy.

—Me hubiese encantado conocerla. —le confesó emocionada.

Y Alonso no pudo evitar, el impulso de aprovechar ese momento y besarla con ternura. Nunca se había abierto y atrevido a contarle a nadie por lo que había pasado. Noa era la primera que había conseguido resquebrajar su coraza, y logrado que pusiera su corazón en bandeja. Y por primera vez sintió como un peso aligeraba su espalda, sintiendo que quizás ella era la persona indicada, que quizás por fin la había encontrado.

—Y yo estoy completamente seguro, que a ella le hubiese encantado conocerte a ti. —susurró contra sus labios.

Y al instante siguiente se besaron con frenesí, celebrando el regalo de la vida y la suerte que habían tenido de encontrarse. Deseando poder consolarse, y expresar con caricias lo mucho que se necesitaban. A esas alturas era de necios no admitir, que lo que sentían iba más allá de la atracción física. Y aunque ambos no lo expresaron con palabras, esa noche necesitaban decirlo con caricias tiernas, con besos anhelantes, y gritarlo con todos los poros de su ser. Alonso metió las manos por debajo de la camiseta del pijama, mientras empujaba con sus caderas la dolorosa erección, para frotarse contra ella. Y Noa dejó escapar un jadeo, cuando él encontró sus pechos para acariciarlos con delicadeza. Los dos a punto de explotar se separaron unos instantes, apoyando frente contra frente, mientras sus respiraciones entrecortadas luchaban por normalizarse.

— ¿Al...?

— ¿Siii...?—farfulló con la voz temblorosa.

—Si somos muy cuidadosos y no hacemos ruido, ¿crees que Jasira se despertará?

El guía se separó de ella para clavar su mirada en la suya.

—Creí que esta noche tenía prohibido tocar el pan.

Y Noa levantó las comisuras de la boca en un gesto entre pícaro y sensual.

—Lo sé, pero es que ahora me ha entrado un hambre terrible.

Y él arrugó el ceño algo confuso, por lo que hizo la siguiente pregunta.

—Para que queden las cosas claras, estamos hablando del mismo pan, ¿no? Porque tampoco has cenado, y no quiero confusiones y hacerme ilusiones para nada.

— ¡Pues claro, tonto! —sonrió divertida.

Y Alonso sin pensárselo dos veces la cogió en volandas, para llevarla dentro de la tienda, y hacerle el amor en el suelo de forma lenta y apasionada.

Capítulo 23

A la mañana siguiente fueron despertados por los llantos de Jasira, que los encontró a ambos durmiendo abrazados en el suelo, y solo cubiertos por una ligera manta. Entre los dos, y como buenamente pudieron, intentaron hacerla comer pensando que lo que tendría sería hambre, pero fue un absoluto fracaso, pues la niña extrañaba todo, tanto el lugar como a las gentes. Alonso intentó hablarle en su idioma, mientras entre varios y haciéndole monerías, consiguieron que comiera un poco. Y al final se quedó dormida en los brazos de Martín Ledesma, cuando emprendieron camino en los jeeps.

— ¡Vaya con la niña!—susurró Alexia contemplando orgullosa a su marido con la cría en brazos. — ¡Y parecía tonta!

—No te celes mi amor, ya sabes que tengo experiencia con Lucas y eso se nota. —se defendió el actor.

— ¡Ya!

—Y también está el hecho de que soy absolutamente irresistible para las mujeres. — afirmó acto seguido guiñándole un ojo.

—Eso es lo que más miedo me da. —contestó la mujer con falsa indignación.

Y Noa, con la cara absolutamente desencajada, los miraba preguntándose qué tendría de graciosa la situación, para que ambos estuvieran de guasa. Observó a la pequeña en brazos de Martín, y se preguntó cómo diablos iba a hacer a partir de ahora. Jasira no entendía su idioma, se asustaba de todo y de todos, y por mucho que había intentado calmarla, nada había surtido efecto. Solo los brazos de un hombre extraño, y que pronto desaparecería de su vida, y el traqueteo del coche la habían sumido en un profundo sueño.

Y con un gemido angustiado giró la cabeza hacia las extensas llanuras, en tanto se recriminaba duramente, por volver a tomar una decisión tan importante de forma alocada. Alonso desvió la atención de la carretera un momento, girando la cabeza hacia su posición, como presintiendo de alguna forma que ella no se encontraba bien. Y Noa a lo único que llegó, fue a esgrimir una leve mueca de asentimiento, reflejando que no tenía de qué preocuparse.

¡Virgen Santa, nada más lejos de la realidad!

¿Cuándo empezaría a hacerle caso a su madre de una maldita vez? Estaba claro que ella no tenía ni idea de niños, y por muy buenas intenciones que tuviera, aquello no iba a resultar tan fácil como se había imaginado. Tenía que comenzar a pensar las cosas antes de actuar, y dejar de ser de una puñetera vez tan impulsiva, pues nada bueno le reportaba esa nefasta cualidad suya, más bien todo lo contrario.

Y suspirando con pesar, reconoció que ya no había vuelta atrás. Tendría que apechugar con sus decisiones como una adulta, y comenzar a actuar como tal. Pero dispondría de unos preciosos momentos, antes de que la pequeña despertara, para poder tener un pataleo interno como Dios mandaba.

Con el consentimiento de los pasajeros, se desviaron de la ruta establecida para acercarse a un pueblo cercano, lo suficientemente grande como para poder adquirir productos de primera necesidad para la niña. Llenaron los jeeps de toneladas de pañales, cremas para las rozaduras, polvos de talco, varios modelos diferentes de chupetes, ropas y calzado de su edad, champús, esponjas, peines, cepillos y colonias de bebés, y lo más importante de todo... juguetes, montones de juguetes que la tuvieran entretenida. Y obligando a Noa a subir al vehículo, Alonso le prometió que en la próxima visita a Nyeri o a Nairobi, la llevaría con él de compras, pues si seguían con su tour de shopping no llegarían al resort en la vida.

Después de pararse a comer, volvió a ser una auténtica odisea que Jasira se tranquilizara. Pasó de regazo en regazo, hasta que agotada, volvió a dormirse en el del actor mexicano.

— ¿Puedo hacerlos una pregunta?—preguntó minutos después de que la niña se durmiera.

Tanto Martín como su mujer asintieron preocupados al verle la cara descompuesta.

—Claro, cielo, ¿qué pasa?

— ¿Os importaría quedaros unos días más de vacaciones en el resort? Por supuesto, ni que decir tiene que con todos los gastos pagados.

— ¿Unos días más?—preguntó Alexia sorprendida.

—Sí. Hasta que Jasira cumpla los dieciocho años por lo menos.

El actor no pudo evitar echarse a reír, logrando que la pequeña se revoliera entre sus brazos, molesta por la interrupción de su sueño.

— ¡Por Dios Martín, ni se te ocurra despertarla!—le suplicó aterrada.

Y el hombre tornó su semblante serio al ver el terror en su cara.

—Escúchame Noa, no te voy a mentir y decirte que esto no va a ser duro. Lo será y mucho. Pero con el tiempo, cuando cada noche acuestes a Jasira, le darás gracias a Dios por tenerla en tu vida. Un hijo es lo más preciado que te puede dar la vida, y lo más satisfactorio también. Ambas tendréis que acostumbraros la una a la otra, pero esta princesa te querrá con toda su alma, cuando descubra lo buena madre que vas a ser. Nadie nace con un manual de cómo ser un buen padre debajo del brazo, tendrás que ir aprendiendo poco a poco, a base de fallos y aciertos, como lo hacemos todos, pero no te rindas antes de empezar.

Ella tragó saliva con dificultad, y bajó sus ojos hacia la pequeña que dormía como un ángel en los brazos del actor. Y con gran esfuerzo se puso recta, cuadró los hombros, y con una expresión decidida le contestó.

— Tienes razón, estoy haciendo lo correcto. Las dos tendremos que aprender a llevarnos bien, y se supone que yo soy la adulta aquí, así que me esforzaré al máximo. El miedo no me lleva a ningún lugar, y tengo que ser valiente por las dos. Todo va a salir bien. Sé que todo va a salir bien.

— ¡Padrísimo!—Le dijo orgulloso. — Eso era justo lo que quería oír.

Y desinflándose como un globo, cuando advirtió que Jasira protestaba en sueños, le suplicó.

—Sí, bueno... pero si no te importa, intenta no despertarla hasta que lleguemos al resort.



Llegaron con hora y media de retraso, y Asha estaba en la puerta del hotel retorciéndose inquieta las manos. Había estado toda la semana preocupada por sus jefes, pues ambos no se soportaban, y tendrían que convivir estrechamente durante ese tiempo. Sin contar por supuesto, con que su nueva amiga había prometido hacerle la vida imposible a Alonso, por lo que su estado de nervios su fue alterando paulatinamente a cada minuto que pasaba.

Estaba segura de que había ocurrido algo grave, esos dos eran como una bomba de relojería a punto de estallar, y su jefe nunca se había retrasado tanto, por lo cual estaba segura que algo malo había sucedido. Y lo que le había ocurrido a ella en los últimos tiempos, tampoco ayudaba a que su estado perpetuo de nervios trastornados mejorase en absoluto.

De repente, sintió un cosquilleo en la nuca para girarse y advertir consternada, la presencia de Pierre justo detrás. Su semblante era serio, y en ningún momento desvió su mirada hacia ella, y a Asha el corazón se le partió un poco más. Habían vuelto a discutir, pero con la salvedad de que sabía que esta vez, su amistad se había roto definitivamente.

Por un lado, se sentía aliviada de no tener que lidiar más con la preocupación que el francés demostraba por ella, en definitiva, era lo que había estado buscando durante tanto tiempo, ¿no? Pues por mucho que lo amase no podía estar con él, y lo mejor era desilusionarlo definitivamente, y que se olvidara de ella de una buena vez.

Pero por otro lado, no contaba con que doliese tanto. La frialdad con la que la trataba le desgarraba el alma, pero no tanto como ver el dolor y la decepción en sus ojos. Y sabía que después de lo que había ocurrido entre ellos, ya no habría vuelta atrás.

¡Maldita sea!, ¿cuándo podría tener un momento de paz?

Tan solo un instante sin preocupaciones, sin miedos, sin desvelos... ¿Y ahora...? Ahora tendría que pensar en cómo plantearle sus problemas a Noa, y si tendría el valor suficiente para hacerlo.

Cuando ésta bajó del jeep, cargaba con una niña pequeña en brazos que no hacía más que llorar desconsoladamente. Y la keniana se preguntó desconcertada, de donde había salido, ya que no tenía constancia alguna de que entre los clientes de ese safari viajase una cría.

— ¡Oh, *mon Dieu!*, ¿pero quién es esta *petit princesse*?—preguntó el cocinero agarrándole de los cachetes a la pequeña.

Pero la pequeña que no estaba de muy buen humor, comenzó a patear y llorar más alto, mientras se retorció en los brazos de Noa.

—Os presento a Jasira, y es una larga historia que estaré encantada de contaros un poco más tarde. Pero si me disculpas Pierre, en estos momentos lo único que me apetece, es darme una buena ducha e intentar que esta fiera se calme.

—*Oui ma chère*, solo quería daros la bienvenida.

—Y te lo agradezco mucho. Por cierto, ya que estás aquí, me gustaría pedirte que cocinaras esta noche algo adecuado para ella.

—Por supuesto, eso dalo por hecho.

—Gracias, y ahora si me disculpáis...

— ¿Puedo acompañarte?—preguntó Asha atreviéndose a hablar por primera vez desde su llegada. —Así te iré poniendo al día de lo que ha ocurrido esta semana. Tengo que comentarte algo.

—Claro, yo también tengo muchas cosas que contarte. —Le dijo mientras agarraba mejor a la cría, que amenazaba con tirarse al suelo. — Y de ti no me olvido Pierre, hablaremos más tarde, *¿d'accord?*

— *D'accord*, aunque no hay nada digno de mención que añadir. —soltó, lanzándole una mirada altiva a Asha.

Y dicho esto se giró para adentrarse en el hotel.

Noa arrugó el ceño extrañada por su actitud, y le envió una mirada interrogativa a su amiga. Pero ésta, haciéndose la loca y ocultando bien su dolor, le empezó a hablar como si no hubiese ocurrido nada.

—Estoy deseando que me cuentes quién es esta preciosidad.

— ¿Va todo bien con Pierre?—la interrogó Noa que no se había tragado su pantomima.

— ¡Asha!—la llamó Alonso acercándose a ellas.

Y la keniana exhaló un profundo suspiro de alivio, dando gracias a Dios por la interrupción.

— ¿Sabes si ya ha llegado Sofía?

—Sí, llegó hace un par de horas. ¿Quieres que la avise?

Alonso alzó la ceja y le lanzó una pregunta muda a Noa.

— ¿Qué te parece si me das una hora, para que yo y esta rebelde sin causa nos adecentemos?

—Está bien, dentro de una hora te voy a buscar. —acordó el guía.

—Perfecto. —y se giró para dirigirse a su bungalow.

Durante el camino, la niña al final consiguió salirse con la suya, y harta de estar aprisionada en los brazos de los adultos, pisó el suelo para empezar a corretear descalza y medio desnuda por el recinto. Y cuando llegaron a la cabaña, a las dos mujeres les faltaba el aliento por andar corriendo detrás de la pequeña.

Enseguida se pusieron manos a la obra para bañarla y quitarle el polvo del camino. Ambas acabaron empapadas, pues Jasira sabía defenderse bien a pesar de ser tan pequeña, pero extrañamente sus berridos se acallaron cuando empezó a prestar atención a lo que hacía Noa. Ésta, mojada de pies a cabeza, canturreaba nerviosa una canción para no oír los chillidos de la niña, que junto a su amiga, la escuchaban cantar embelesadas.

— ¡Vaya, tienes una voz preciosa!—soltó Asha admirada. —Y parece además que amansa a las fieras.

Noa enmudeció abruptamente ruborizándose hasta las cejas, y Jasira empezó a protestar por la interrupción.

— ¡Por el amor de Dios, te lo suplico, no pares ahora!—rogó su amiga advirtiéndole que la niña empezaba a hacer otra vez pucheros.

Y cuando comenzó de nuevo se tranquilizó, agarrando otra vez el león de goma para jugar con él.

Con paciencia lograron acabar el baño, y aunque protestó por ponerse el pañal y la ropa de estreno, ahora Jasira se encontraba en medio de la habitación, rodeada y entretenida con varios juguetes nuevos.

— ¿Puedes explicarme todo esto?—preguntó su ayudante, disfrutando de la repentina calma mientras de pie observaban a la cría.

— ¿Por dónde empiezo?—suspiró Noa agotada.

— ¿Qué tal por el principio?

Y minutos después, sentadas en la pequeña terraza y sin quitarle ojo a la niña, Noa comenzó a relatar su intenso safari de seis días. Le contó todo, a excepción de los momentos íntimos de su reconciliación con Alonso, pues no sabía si éste iba a estar de acuerdo en que los demás supieran sobre su relación, de momento. No habían tenido tiempo de hablarlo, y no quería empezar metiendo la pata. Era mejor que lo discutieran en la intimidad y ponerse ambos de acuerdo.

— ¡Virgen santa! No puedo creer lo que me estás contando. —exclamó su amiga atónita.

— ¿Qué parte?

— ¡TODO!

—Te comprendo, yo todavía no lo he asimilado por completo. —admitió soltando un profundo suspiro.

—Me parece completamente increíble, que tanto Derek como Sofía hayan estado metidos en el contrabando de oro, chantajeando a las pobres gentes de los poblados, y no contentos con eso, asimismo han intentado atentar contra tu vida. ¡Y varias veces además!

—Así es.

—Ahora entiendo, porque nuestra amiguita ha estado toda la semana gruñona y nerviosa de más. Eso lo explica todo.

—Me imagino que no estaría nada tranquila imaginando que podríamos descubrirla.

—Cierto. —manifestó en total acuerdo. — Y la historia de Jasira me ha dejado sin palabras. Pero no puedo salir de mi asombro, con el hecho de que a partir de ahora vas a encargarte de ella. ¡Incluso te has planteado adoptarla!

Y Noa lo único que fue capaz de hacer fue trazar una leve mueca.

—Amiga mía, tengo que decirte que estás completamente loca.

— ¡Ayyy, lo sé Asha!—gimió soltando un lamento y escondiendo la cara entre sus manos, para después levantarla y hacerla entender sus razones, mientras un brillo de auténtico pánico asomaba a sus ojos. —Pero, ¿qué querías que hiciera? ¡No podía dejarla allí!

La keniata miró a la pequeña que seguía jugando tan tranquila, entretenida por poder distraerse con algo más que tierra y piedras. Aquellos juguetes eran un mundo mágico por descubrir, y misteriosamente habían logrado, que dejara de intentar quitarse los pañales.

—Te entiendo cielo, y estoy tremendamente orgullosa de ti. Has sido muy valiente.

—Sí, eso me lo dice todo el mundo. Pero por desgracia no me sirve de consuelo. —Se quejó lastimosamente echándose nuevamente para atrás. —Escúchame bien Asha, si en algún momento intuyes que voy a cometer el mayor error de mi vida, te doy mi permiso para atarme a la pata de la cama.

— ¿Segura?

—Completamente. —aseveró con rotundidad.

— ¿Igual que hiciste con el jefe Alonso?

Y cuando vio su cara de aturdimiento su amiga no pudo evitar echarse a reír.

— ¡Ja, ja, ja!—soltó con ironía. —Me parto y me mondo contigo, guapa.

— ¡Cómo me hubiera gustado estar allí!—siguió Asha con la burla—Os imagino a los dos... y no puedo, de verdad que no puedo...

Noa entrecerró los ojos esperando a que su amiga terminase la guasa, y empezando a molestarse se cruzó de brazos.

— ¿Ya has terminado de reírte de mí?—preguntó cuándo su ayudante se incorporó un poco intentado recuperar el resuello.

Pero ésta observó su semblante y no pudo evitar estallar en otra sonora carcajada.

—No sé para qué puñetas te cuento nada. —le señaló empezando a ofenderse.

—Ayyy... está bien, lo siento...—gimió a la vez que se agarraba el estómago pues le dolía de tanto reír. —Ya paro de verdad...ay... ay...

Pero a su mente volvió la imagen anterior y comenzó a carcajearse de nuevo. Pero lo más irónico, es que Jasira comenzó a reír también pensando que aquello era un juego, así que las dos sin proponérselo se aliaron para cachondearse de ella.

—Y dime mi querida Asha, ¿me vas a contar que ha pasado entre tú y Pierre, o se lo pregunto mejor a él?

Y ésta paró de sopetón fulminándola con la mirada por el golpe bajo.

—Entre ese franchute y yo no ha pasado nada. —apuntó muy seria, mientras se enjugaba las lágrimas. —Además se te está haciendo tarde, es mejor que te metas en la ducha mientras yo vigilo a la pequeña.

—Sabes que al final me voy a enterar, ¿verdad?—comentó, sonriendo de forma maquiavélica.

—Si quieres que a partir de ahora te eche una mano con esa pequeña diablilla, te recomiendo que te metas en tus propios asuntos.

— ¡Ains!, ¿de verdad que me vas a echar una mano con Jasira?—le preguntó con una mirada suplicante.

—Única y exclusivamente si no te inmiscuyes en mis cosas. —la amenazó con seriedad.

—Tienes razón, me voy a duchar. —comentó desviando el tema. —No queremos que tu *jefe Alonso* se enfade de nuevo.

Y se metió disparada en el baño antes de que se lo hiciera prometer, pues sería una promesa muy difícil de cumplir.



A la hora en punto Alonso estaba en la puerta esperándola como habían acordado, y Asha les aseguró que ella se encargaría de la pequeña mientras se reunían con la doctora. Cuando ésta entró en el despacho del guía, su sorpresa fue considerable, al encontrarse con Noa esperando tranquilamente sentada en la silla de al lado. En su rostro se dibujó una mueca de miedo, que enseguida fue reemplazada por una expresión inescrutable.

— ¿Ocurre algo?—preguntó vacilante.

—No lo sé. Es lo que espero descubrir cuando me respondas a varias preguntas que tengo que hacerte. —le respondió Alonso invitándola con un gesto a sentarse.

—Cla-claro, lo que ne-necesites. —tartamudeó la mujer, empezando a comprender por el serio rostro del hombre que la habían descubierto.

Éste metió la mano en uno de los bolsillos exteriores del pantalón, para posar encima de la mesa, las dos piedras que le había encontrado a Noa en su momento.

— ¿Me puedes decir qué significa esto?—demandó de forma amenazante.

A pesar de haber estado toda la semana elucubrando distintas maneras de excusarse, y de inventar diferentes mentiras y coartadas para ser exculpada, en ese momento al ver la prueba del delito, Sofía se quedó sin habla.

— ¿No sé a qué te refieres? —contestó unos segundos después, intentado con todas sus fuerzas no demostrar miedo.

—Estoy seguro Sofía, que sabes perfectamente a lo que me refiero. — expuso Alonso con una expresión mortalmente seria en su rostro. —No hace falta que te explique, que estás envuelta en un problema muy serio. Y en tus manos está que se complique o no aún más.

—De verdad querido, que no tengo ni ide...

—Si crees que me hace gracia que me tomen por tonto estás muy equivocada. Ya os habéis reído, tanto tú como Derek, de mí durante mucho tiempo.

— ¡¿A qué viene todo esto?!—Declaró poniéndose de pie y haciéndose la ofendida.
— No tengo ni idea de con qué clase de mentiras te habrá llenado la cabeza esta *niñata* engreída.—Soltó de forma despectiva, esparciendo su veneno hacia Noa, la cual la miró boquiabierta por sus embustes. —Pero te aseguro que soy completamente inocente de todo lo que me acusa.

— ¡BASTA!—explotó dando un fuerte golpe en la mesa, que hizo que tanto la doctora como Noa pegasen sobresaltadas un bote.

Y Alonso se puso de pie, apoyando los nudillos encima del escritorio, mientras se inclinaba amenazante hacia ella. En tanto, la pobre mujer dio un paso atrás con miedo, hasta chocar con la parte inferior de las piernas contra el asiento.

—Sabes perfectamente Sofía que no soporto que me engañen. Y tú no has hecho más que mentir desde que has entrado por esa puerta. Ya te he advertido que estás metida en un lío muy grave, y que todas las pruebas que dispongo no dejan lugar a dudas. Así que tú decides, si quieres que te ayude o no.

Ella tragó saliva y dejó de disimular el terror que estaba sintiendo.

—Y por cierto, la única persona que la puede llamar *niñata* soy yo. ¿ENTENDIDO?

—Ss-ssi.

Noa se cruzó de brazos y piernas, trazando una sonrisa petulante en su cara, satisfecha de que por fin pusieran a esa estúpida mujer en su lugar. Y lo estaba haciendo nada más y nada menos que su Tarzán trasnochado, el cuál hacía tan solo unos pocos días, la había tenido colgada de su cuello como una mona en celo.

La había defendido de forma vehemente, y si no fuera porque no era un momento propicio, hubiera saltado encima de la mesa para agradecersele convenientemente. Aunque pensándolo algo mejor, la defensa tampoco había sido para echar cohetes, pero se encogió de hombros contenta, porque si eso hubiese ocurrido unos días atrás ni se hubiera molestado en creerla.

— ¿De qué se me acusa exactamente?—preguntó con altivez, en un último esfuerzo por descubrir lo que realmente sabían e intentar librarse.

—Se te acusa de extorsión, de contrabando de oro, de incumplimiento de contrato, de mala praxis, y de intento de asesinato. —enumeró Alonso mientras se sentaba nuevamente.

— ¡Eso no es cierto!—exclamó blanca como la cera y con la cara desencajada. —De eso último no tienes ningún tipo de prueba.

—Tienes razón. No tengo ninguna prueba concluyente, pero sí suficientes indicios y fuertes sospechas. Y no creo que nadie se trague que no has confabulado, o que no estabas enterada de que pretendían acabar con la vida de la directora de este resort, cuando además puedo conseguir confesiones juradas de todo lo anterior.

Y la mujer se apoyó en la silla para volver a sentarse, pues las piernas comenzaron a fallarle.

— ¿Qué vas a hacer?—farfulló derrotada.

—Eso depende de ti.

Tanto Noa como Sofía arrugaron el ceño extrañadas por ese comentario.

—Si me confiesas ahora mismo quienes estaban contigo detrás de esto, seré lo suficientemente indulgente para no avisar a las autoridades de este país, y conseguir que te repatrien a España y te juzguen allí. Creo que eres totalmente consciente, de lo que implicaría ser procesada y juzgada en Kenia, tu vida no valdría nada si eso llega a ocurrir.

—No me dejas muchas opciones Alonso, pues si confieso y te lo digo todo, no saldría viva de aquí.

Los dos observaron extrañados a la doctora.

— ¿A qué te refieres?—inquirió Noa hablando por primera vez desde que había entrado en la habitación.

Y la italiana se mordió el labio al percatarse que había hablado de más. Y después de unos segundos se giró para soltarle con desprecio.

—Pues a qué no soy ninguna chivata, *stupido* snob.

—Me parece Sofía, que no te estás dando cuenta de la situación tan complicada a la que te enfrentas. —masculló él furioso, pues Noa se había quedado muda al advertir el profundo odio con el que le había hablado la mujer. —En primer lugar, trátala con más respeto porque definitivamente ella se lo merece, algo que no puedo decir de ti. En segundo lugar, si no me dices en estos momentos donde se encuentra Derek, llamaré a las autoridades locales para que vengán a detenerte. Y sabes tan bien como yo que no

vas a llegar intacta al calabozo, abusaran de ti por el camino y no podrás hacer nada por evitarlo. Y dudo mucho que a tu amigo le importe lo que te suceda, dado que él es de la misma calaña o peor. No le debes ningún tipo de lealtad, no se la merece.

—Tú no lo entiendes. —susurró ésta retorciéndose las manos nerviosa.

—Muy bien, no me dejas otra opción.

Y agarró el teléfono para ejecutar su amenaza.

— ¡Espera!

Alonso se quedó con el aparato suspendido en la mano.

—Querido, ¿no podríamos hablar esto como personas civilizadas?—suplicó la mujer con un ictus de terror en su semblante.

—Creo que ya lo estamos haciendo.

Sofía pensaba lo más rápido posible en una manera de poder salir de aquel entuerto, estaba desesperada, buscando una solución que hiciese al guía apiadarse de su suerte.

—No sé, podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

Noa bufó incrédula por su osadía a la vez que Alonso se enervaba más

— ¿Cómo se te ocurre planteármelo siquiera? ¿Te crees que tengo tan poca vergüenza como vosotros? Ese acuerdo o chantaje que me ofreces está manchado de sangre inocente, en la vida podría aceptar algo que sé sin lugar a dudas, que ha causado tanto dolor y sufrimiento.

—Ahora no te hagas el digno, pues te has estado aprovechando de esas mismas gentes tanto o igual que yo.

El guía miraba estupefacto a la mujer, sin poder salir de su asombro durante unos segundos.

— ¿Cómo puedes decir semejante cosa?—saltó Noa en su defensa. —Lo único que ha hecho Alonso, es ayudarlos ofreciéndoles trabajo y medicinas gratis a quienes realmente lo necesitan.

—Sí, claro, y bien que lo pagan dejándose exhibir como monos de feria.—espetó indignada agarrada a la silla con fuerza.— Ellos tendrían que ser los dueños y señores de sus tierras, sin que vengan extranjeros a quitárselas para ganar dinero a costa de su sudor y trabajo. ¿Te crees que tus trabajadores no serían más felices, sino tuvieran que lamerles el culo a todos esos ricos turistas, que llegan creyéndose los señores de todo? ¿Acaso crees que ellos están contentos de sobrevivir con unos míseros sueldos, a base de servir casi como esclavos?

—Yo no hago las reglas Sofía, y sabes perfectamente que nuestros trabajadores son los mejor pagados de la zona. El motor económico de Kenia es el turismo y el cultivo de té, y creo que este trabajo es mucho menos duro que recolectar hojas en una plantación bajo un sol abrasador. —Señaló el guía examinando detenidamente a la mujer que estaba enfrente de él. —De todas formas esas no son tus palabras, sino la de los radicales que llevan años intentando cambiar la política del país.

— ¿Y te extrañas de que quieran hacerlo? África es uno de los continentes más ricos del mundo y donde más pobreza hay. Es lógico que quieran recuperar lo que de verdad es suyo.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero no a base de hacerlo como les venga en gana. Primero tendría que establecerse una democracia sólida, para conseguir un gobierno

libre y acabar con los corruptos y adictos al poder. Y no implantar sus ideas a la fuerza, respaldados por la guerrilla insurgente, que lo único que desea es arrebatárles el dominio con armas, obligando a niños y personas inocentes para lograr tales fines.

—A veces los fines justifican los medios.

—Eso no es cierto, y es la excusa barata que algunos utilizan para justificar lo injustificable. —Y suspiró con fuerza cansado de tanta diatriba, mientras se frotaba la nuca impaciente. — De todas formas esta discusión sobre la política de país, no es el asunto a tratar ahora.

—De acuerdo. —consintió la italiana sabiendo que sobre ese punto no le iba a hacer cambiar de opinión.—Si no quieres llegar a un acuerdo económico, por lo menos recuerda que alguna vez fuimos amigos.—e hizo una pausa para continuar—Buenos amigos.

— ¡Madre mía, que fuerte me parece!—Declaró Noa atónita por su poca vergüenza. — ¿Ahora pretendes chantajearlo emocionalmente?

— ¿Se puede saber quién te ha dado vela en este entierro?—le increpó Sofía con soberbia. —A ti *stúpido* del demonio no tengo porque darte ninguna explicación. El que manda es Alonso, y la verdad, ¿no sé qué diablos pintas tú aquí todavía?

— ¿Quieres que te explique exactamente lo que pinto yo aquí *querida*?—le soltó de pronto, en tanto se levantaba furiosa harta de tanto desprecio. —Yo soy la dueña del hotel y la víctima de vuestro patético plan.

—Noa...

—Eso todavía tienes que demostrarlo. —respondió con chulería Sofía levantándose ella también.

—Sofía...

—Por supuesto que lo voy a hacer, junto con la denuncia y la querrela criminal en tu contra.

—Basta ya. —intercedió él levantándose igualmente.

—Primero tendrás que aprender a encontrar tu sola a la policía. ¿Podrás hacerlo *stronzo* o te tengo que dibujar un plano para que no te pierdas?

— ¿Quieres que te diga dónde te voy a hacer yo un plano detallado?—insinuó preparada para abalanzarse encima de ella.

—Noa, por favor...—intentó interceder Alonso agarrándola de la cintura, que veía incrédulo como aquello se le estaba yendo de las manos.

— ¿Dónde *imbecille*?

— ¡En tu fea cara y marcada por mis uñas!—le soltó intentando acercarse, pero el guía la sujetaba con fuerza.

— ¡BASTA YA! ¡LAS DOS!—rugió iracundo.

Y se llevó con él a Noa detrás de la mesa, que todavía luchaba para zafarse de su agarre manoteando al aire, mientras intentaba alejarlas lo máximo posible.

— ¡Estate quieta de una vez, Noa!—le advirtió colocando ambas manos detrás de su espalda.

—Te juro que esa estúpida engreída me las va a pagar. —masculló entre dientes rabiosa.

—Y lo hará pequeña. —Susurró acercándose a su oído. —Pero lo hará donde se merece, que no es otro sitio que no sea la cárcel. Por favor, no te rebajes a su altura.

Y sabiendo que tenía razón intentó tranquilizarse, aunque sin perder de vista a la otra mujer que sonreía con malicia.

—Está bien. —dijo cogiendo aire y reteniéndolo unos segundos para calmarse.

— ¿Segura?—le preguntó con ternura soltándole las manos, para seguidamente acunar con las suyas su rostro.

—Sí. —le respondió alzando la mirada reencontrándose con la de él.

—Así que es eso, ahora lo entiendo. Estáis juntos y por eso os lleváis tan bien de repente. Esa *cagna* ha conseguido camelarte Alonso, y ahora comes de su mano.

El hombre se giró para coger el teléfono de encima de la mesa, y empezar a marcar los números ignorándola intencionadamente.

— ¡No, espera! ¡Alonso, lo siento!—rogó cuando asustada comprobó que realmente estaba cumpliendo su amenaza. — ¡No lo hagas! ¡Te lo suplico!

Y cuando el hombre empezó a hablar en swahili, Sofía se acercó a él para arrancarle de cuajo el teléfono de la mano.

— ¡De acuerdo, te diré dónde está Derek!—le dijo mientras se alejaba de él y alzaba suplicante las manos. —Pero sólo lo haré, cuando mañana me lleves tú mismo a la embajada española en Nairobi.

—No estás en disposición de negociar Sofía. —le advirtió cansado de todo aquello.

Y tragando con dificultad el nudo de auténtico terror que tenía atenazada su garganta, le contestó a la vez que le entregaba de nuevo el teléfono.

—Esas son mis condiciones, sino las aceptas, puedes volver a llamar.



Después de escoltar él mismo a la italiana a su habitación, y encerrarla dentro cerciorándose de que no tenía escapatoria, Alonso quedó con Noa en que haría unas cuantas llamadas antes de bajar a cenar. Todavía tenía que llamar a la embajada, para avisarles de los motivos de su presencia al día siguiente, y además, intentar contactar con un antiguo amigo suyo, para saber si podría trabajar con ellos hasta que le encontraran un sustituto. Y se despidieron con un beso anhelante, para separarse con reticencia a continuación.

Noa perdió unos preciosos minutos, hasta que le dijeron que Asha se encontraba en su habitación. Y cuando tocó con los nudillos la puerta de la keniana, ésta tardó un buen rato en abrir. Entreabrió la puerta con cautela, hasta que descubrió que era ella la que estaba llamando, pero aun así no la invitó a pasar.

—Hola.

—Hola. —Contestó arrugando el ceño cuando advirtió como su amiga cerraba la puerta detrás de ella. — ¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. ¿Por qué?, ¿te han dicho alguna cosa?

Observó detenidamente a su ayudante intrigada por su extraño comportamiento, pero seguidamente negó con la cabeza, porque no tenía tiempo para aquello. Todavía tenía que ir a cambiarse de ropa y prepararse para la cena, además de supervisar los

preparativos para asegurarse de que estuviera todo correcto. Y lo más importante, hablar con alguna de las chicas de la limpieza, para que le hiciera de canguro esa noche cuando la fiesta empezara.

—No, claro que no, solo vengo a por Jasira pues se nos está haciendo tarde. Necesito prepararme ya o no llegaremos a la cena. Por cierto, ¿a quién me recomiendas del equipo de limpieza, para que pueda hacerse cargo de la pequeña esta noche, hasta que encuentre a una persona definitiva?

Su ayudante se quedó pensando mientras su cerebro trabajaba a toda máquina.

— ¡Asha!—la apremió nerviosa.

— ¡Tranquila, no te preocupes!—Le dijo mientras la agarraba de los hombros, encaminándola hacia las escaleras del piso de abajo. —Yo me encargo de Jasira, y ya hablo con Amali para que se ocupe de ella esta noche. Tú vete a ponerte guapa, y nos vemos más tarde en el comedor, ¿de acuerdo?

—Pero Jasira...—protestó mientras la keniana la empujaba firmemente lejos de su habitación.

—Por ella no te inquietes que yo me encargo. En estos momentos está muy feliz jugando... tranquila en mi habitación. Además, que a mí no me molesta en absoluto.

— ¿Estás segura?

—Completamente.

—Está bien. —contestó ofendida, liberándose bruscamente de sus manos cuando llegó al primer escalón, pues era evidente que estaba intentando desembarazarse de ella. —Ya puedo yo sola. Nos vemos más tarde, entonces.

Y cuando estaba bajando los primeros escalones escuchó la voz de Asha.

— ¡Espera Noa, que se me olvidaba!, ¡tengo algo importante que decirte!

— ¡Ahora no!

Y se marchó molesta con su amiga. Sabía que estaba ocultando o tramando algo, y le fastidiaba enormemente que todavía no confiara lo suficiente en ella, como para abrirse y contarle sobre ello. Sobre todo después de lo que ya habían compartido juntas.

Entendía que pudiera ser una mujer retraída y discreta en sus asuntos, y que además le costara confiar en los demás. Pero no que se comportara de una forma tan grosera con ella. Eso no podía comprenderlo.

Cuando poco tiempo después se sentó en la mesa, se reprendió duramente por no haberse dado cuenta de algo tan sencillo, como no llevar un traje tan caro con una niña tan rebelde en sus brazos. Estaban todos sentados, menos Sofía por supuesto, intentando que la pequeña dejara de rebelarse y escupir la comida. Mientras Noa la sujetaba firmemente, pero sin hacerle daño para que dejara de retorcerse, Asha probaba inútilmente hacerla comer un poco de pescado al vapor, alimento que la niña no había probado en su vida, en tanto Alonso y Asir, pretendían llamar su atención para distraerla.

— ¡Por favor!—susurró su compañera. —Cántale un poco para que deje de gritar.

— ¡Ni loca!—le respondió entre dientes. —Me da mucho apuro hacerlo delante de todo el mundo.

— ¡Noa Montalbo! ¡O dejas de ser tan cabezota como esta renacuaja y te pones a cantar, o me levanto y te dejo con el marrón!

—Está bien. —Concluyó rindiéndose. — ¡Espera un momento!, ¿te sabes la canción de Waka waka que cantó Shakira para el mundial?

— ¿Y quién no?, aquí sonó continuamente durante meses.

—Pues me acompaña. —y carraspeó para comenzar a entonar levemente la canción.

Estaban todos tan absortos, siendo testigos del milagro que estaba ocurriendo en ese momento, pues ninguno de los presentes podía dar crédito, tanto a la aterciopelada voz de Noa, como al embeleso que demostraba Jasira con su canto, que nadie advirtió la presencia de la mujer que estaba de pie justo al lado de Alonso, hasta que finalmente habló.

—Hola bebé.

Capítulo 24

Alonso atónito contemplaba a Vanesa sin poder salir de su estupor, al no entender qué diablos hacía allí. Y de pronto buscó con la mirada a Noa, rezando intensamente con que no se hubiera enterado de su presencia. Pero Dios no escuchó sus plegarias.

Ahogó una maldición cuando se percató, de que prácticamente todo el mundo los estaba observando con curiosidad. Pues por la actitud de ella, se dieron cuenta de que algo extraño estaba sucediendo, cuando abruptamente dejó de cantar, para acto seguido lanzarle una profunda mirada de odio a la recién llegada.

—Si me disculpan. —Anunció levantándose de la mesa, para susurrar acto seguido con los dientes apretados a la morena. — ¡Acompáñame!

Y agarrándola por el brazo se la llevó fuera de allí.

Noa los siguió con la mirada, mientras ellos salían de la estancia, hasta que se encontró con el rostro de su amiga.

—Siento no haberte avisado antes pero no hubo ocasión. —declaró contrita. —Tenía pensado informarte de su presencia cuando llegasteis, pero al final con lo de Sofía, lo de Derek, el intento de asesinato, y Jasira, se me fue el santo al cielo. Y cuando quise volver a comentártelo, bajabas las escaleras con prisas, apurada en cambiarte para la cena.

— ¿Cuándo llegó?

—Hace dos días. —le notificó. — ¿Tú la conoces?

— ¿Hace dos días?—preguntó pasmada.

Asha enmudeció por un momento, al ver el desconcierto y un brillo extraño que no supo descifrar en su semblante.

—Sí, dijo que era una amiga del jefe Alonso y que lo esperaría hasta que volviera. Espero no haber metido la pata, pero Asir me confirmó que la conocía, y que lo que afirmaba era cierto. Por eso la instalé en la antigua habitación de Derek, a pesar de no tener reserva. ¿Acaso he hecho mal?—preguntó dudosa.

—No, tranquila, tú no has hecho nada mal. —la tranquilizó, en tanto bajaba los ojos hacia Jasira, para que no viera su enfado y el dolor que en ese momento sentía.

— ¡Dios!—Suspiró aliviada posando la mano en el pecho. —Pensé que había cometido un grave error cuando vi vuestra reacción. Pero ahora me has dejado intrigada, ¿quién es esa mujer?

Noa se debatía, entre seguir allí aguantando el tipo y dejar a Alonso y a la morena a solas, o irse en su busca y aclarar todo aquello de inmediato. Entendía que no podía recriminarle nada, pues siempre había sido conocedora de la presencia de Vanesa. Y la culpa era enteramente suya, por iniciar algo cuando sabía que había una tercera persona de por medio. Nunca tendría que haber empezado nada con él, hasta no haber aclarado lo de esa mujer, porque de repente se encontraba en la situación de ser la otra.

¡Menuda ironía!

Y ahora tenía que tragarse sus celos y sus inseguridades, y confiar en que él le dejase claro que estaba con ella.

Pero había un problema, y es que realmente tampoco sabía en qué situación se encontraba con Alonso. Se habían confesado cosas de su pasado, habían compartido momentos maravillosos e increíbles en esos seis días de safari, habían conectado como jamás lo había hecho con otra persona. Pero honestamente, nunca habían determinado su situación, ni revelado sus verdaderos sentimientos.

De repente, una agobiante sensación de asfixia le atenazó la garganta, haciéndole difícil respirar.

— ¿Noa?

Ésta levantó la mirada para fijarla en su compañera, en tanto un sentimiento de vergüenza y desamparo recorría su cuerpo, a la vez que su pecho subía y bajaba con rapidez, buscando desesperada un poco de aire para llenar sus pulmones. Asha la observaba preocupada por su extraño comportamiento.

— Cielo, ¿estás bien?

—Es su novia. —le dijo al fin. Y levantándose de la mesa le paso a la pequeña. — Necesito ir un momento al baño.

Y salió casi corriendo del comedor.



Alonso había llevado a Vanesa al exterior, para poder mantener una conversación privada con ella. Estaba molesto, sobre todo consigo mismo, por no haber previsto esa situación. Pero para ser sinceros, de ningún modo se hubiese imaginado que ella se presentaría allí mismo, y menos sin ser invitada.

Sus pensamientos en esos momentos eran un torbellino, y sus sentimientos contrapuestos. Se sentía culpable y muy miserable, por acabar cediendo a la fuerte atracción que sentía por Noa sin haber hablado antes con Vanesa, pero también sabía que los términos de su relación eran claros entre ambos. Tenía pensado mantener esa conversación con ella lo antes posible, pero no le había dado oportunidad.

— ¿Qué estás haciendo aquí?—le preguntó mientras se frotaba alterado la nuca.

Ella lo observó con un gesto de inquietud en su rostro, confirmando que sus sospechas eran ciertas, y que había hecho lo correcto en hacer acto de presencia. En el mismo momento en el que había visto a la rubia, y en cómo Alonso la miraba, comprendió que estaba en problemas, y no iba a rendirse sin pelear antes.

—Bueno bebé, hace mucho tiempo que no nos vemos y te echaba de menos. Necesitaba unas pequeñas vacaciones, y creí que sería una buena idea hacerte una visita, y que me enseñaras este lugar tan maravilloso y que tanto te fascina.

— ¿Has cerrado el negocio?

—No, una buena amiga me ha hecho el favor de atenderlo durante unos pocos días. —le confirmó mientras se acercaba a él, pero Alonso dio un paso atrás.

—Pues no ha sido una buena idea. —Afirmó muy serio. —Sabes perfectamente que no me gusta mezclar mi vida personal con la laboral.

—Bebé, no tenemos por qué escondernos, no hacemos nada malo. Solo somos dos buenos amigos, que de vez en cuando disfrutan de su compañía.

—Exactamente. Y lo que no quiero es que se dé a entender algo que no es.

— ¿A qué te refieres?—preguntó molesta. — ¿Acaso te avergüenzas de mí?

—No, por supuesto que no. — Repuso empezando a caminar de un lado a otro agobiado. — No es eso.

— ¿Entonces?—inquirió acercándose nuevamente, y esta vez sí colgar los brazos de su cuello, mientras pegaba su cuerpo al suyo íntimamente.

—Solo que me ha molestado que no me hayas consultado la decisión de venir. —le contestó, siendo ajeno al acto de que otra persona, los estaba viendo en esa situación desde la distancia. —Y el que lo hayas hecho puede dar a entender, que tenemos una relación más seria y comprometida de lo que es. No quiero que los empleados empiecen a conjeturar, sobre si tú y yo somos novios o no, cuando sabes sobradamente que no es así.

—Lo sé perfectamente, bebé. Nuestra relación es abierta, y somos dos amigos que meramente disfrutaban del buen sexo ocasional. Pero que yo sepa, ninguno de los dos tiene que dar explicaciones a nadie sobre lo que hacemos, ¿cierto?—sondeó sutilmente, para a continuación intentar besarle en los labios.

—Bueno... eso no es así. —contradijo alejándose nuevamente de ella incómodo, y maldiciéndose internamente. —Tengo algo que contarte Vanesa.

Y ésta no pudo evitar un gesto de ira, cuando él se alejó más dándole la espalda, mientras se pasaba las manos por la cara.

—Es por la rubia del otro día, ¿verdad? Me mentiste cuando me garantizaste que no había nada entre vosotros.

—No te mentí. —aseguró girándose y dando la cara. — En ese momento no había ocurrido nada entre Noa y yo, pero ahora...

—Ahora estáis juntos. —confirmó cruzándose de brazos.

Él hizo un gesto de disculpa con las manos al escuchar el tono dolido de ella.

—Podría decirse que sí.

— ¿Y dónde queda eso de no juntar tu vida laboral con la personal? Porque más unidos no se puede estar Alonso. —le reprochó enfadada al confirmar su miedo más profundo.

Vanesa no entendía que podía ver en esa mujer que no tuviera ella. Es más, por lo poco que la conocía, eran como el día y la noche. Se notaba a leguas que era una niña rica, acostumbrada al lujo y la buena vida. Y era un absoluto misterio que todavía no se hubiese marchado de allí. No tenían nada en común. Nada que los uniese o que pudiesen compartir, a excepción de la fuerte química que había entre ellos.

No era tonta y eso no podía negarlo. Lo había advertido nada más verlos juntos, y había sido el motivo principal por el que estaba allí.

A pesar del convenio que había entre ellos, para su desgracia, no había podido evitar enamorarse de él. Y contrariamente a lo que de verdad deseaba, había sido muy paciente con Alonso. Ofreciéndole y respetando su espacio, manteniendo la esperanza de que con el tiempo afianzaran su relación, y él correspondiera a sus sentimientos. Por lo que ahora se sentía dolida y en cierta forma engañada, por el hecho de que viniera una absoluta desconocida, y en poco tiempo hubiera acabado con lo que ambos tenían echándolo todo a perder.

—No es lo mismo.

— ¿Qué no es lo mismo? ¿Estás de broma?—cuestionó elevando la voz y poniendo los brazos en jarras.

Alonso arrugó el ceño al notar su evidente enfado. Se sentía culpable por no haberlo hablado antes con ella, pero también sabía que sus reproches no venían a cuento.

—Tienes razón. Pero no sé a qué viene tu tono, cuando sabes perfectamente que podemos estar con otras personas si lo deseamos. Esto ya lo hemos hablado Vanesa, quedamos en mantener una relación abierta, hasta que uno de los dos decidiera dejarlo.

—Sí, también me dijiste que no estabas preparado para mantener una relación seria con ninguna mujer.

—Es verdad.

— ¡Vaya!—le soltó haciendo un gesto de sarcasmo con la cara. — ¿Y ahora lo estás?

Él se quedó parado clavando molesto su mirada sobre ella.

—Te aseguro que seré yo quien decida cuándo, dónde, con quién, y en qué términos decido mantener una relación con alguien. Reitero lo dicho anteriormente, esto lo hemos hablado y dejado suficientemente claro entre los dos, para que ahora me vengas con reclamos sobre si estoy o no con otra mujer. O si estoy lo suficientemente preparado o no para ello Vanesa.

La mujer pálida se dio cuenta de su error. Se había dejado llevar por lo celos y montado una escena, cuando lo conocía lo suficiente como para saber, que esa no era la forma adecuada de conseguir lo que quería de él.

—Tienes razón, lo-lo siento bebé. —rectificó, dejando aparcado su enfado y simulando su arrepentimiento mientras volvía a acercarse.

Alonso le habló todavía enfadado.

—Creí conveniente ser honesto y decirte lo que estaba pasando, por respetar el pacto que teníamos, y porque no me siento cómodo ocultando las cosas. Pero no me diste tiempo físico para hacerlo. Por lo que aprovecho este momento para informarte, de que el acuerdo que nos unía ha cambiado y por mi parte finalizado. Todavía no tengo muy clara la relación que me une con Noa, pero quiero intentarlo con ella. Y por supuesto, no voy a comenzarla mintiéndole. Y evidentemente, a ti tampoco.

—Lo sé y agradezco tu sinceridad. —declaró agarrando con ambas manos su cara.

Éste intentó separarse pero ella no le dejó.

—Discúlpame por mi actuación anterior, no sé qué me pasó. Quizás me molestó, el que algo tan bonito y perfecto como lo que teníamos, se tenga que acabar tan pronto. Compréndeme bebé, ha sido una noticia inesperada y me ha cogido completamente desprevenida. Ten en cuenta que yo venía para darte una sorpresa, y pasar unos días contigo. En absoluto me esperaba esto.

—Está bien. —Suspiró con fuerza creyendo sus palabras. —Entiendo tu postura, y lamento que haya tenido que ser así.

—Gracias, me alivia considerablemente oírte decir eso. —Comentó, esbozando una alegre sonrisa que no sentía en absoluto. —Me gustaría mucho que siguiéramos siendo amigos, ¿si te parece bien, claro?

—Por supuesto, no hay ningún motivo para que dejemos de serlo.

Y cambiando repentinamente la expresión de su rostro, la morena soltó la cara del guía para bajar los ojos simulando vergüenza y pesar.

— ¿Qué ocurre?—preguntó preocupado por su cambio.

—Nada. —le contestó alejándose de él para darle la espalda.

—Vanesa.

—No pasa nada. Solo estaba pensando, que en verdad me alegro mucho de que hayas conocido por fin a una mujer que te haga feliz. Pero supongo, que a pesar de que no conozco a... a... a esa tal Noa, dudo mucho que quiera verme por aquí. Por lo que me imagino que tendré que volver a Nyeri, y no disfrutar de unos pocos días de safari contigo, ahora que lo he arreglado todo.

Alonso se quedó dudando en si sería una buena idea que ella se quedase o no. Por supuesto que aclararía la situación con Noa, pero no quería correr riesgos y que pensase algo que no era.

—Pues...

—Tranquilo, lo entiendo. —soltó con pesar antes de que él dijera nada. —No quiero causar problemas ni ser ningún impedimento. Mañana mismo buscaré la manera de que alguien me lleve a la ciudad, aunque es una verdadera pena, pues me hacía mucha ilusión quedarme. Pero no te preocupes por mí, comprendo perfectamente que tu prioridad ahora sea ella, a pesar de que te voy a echar terriblemente de menos. — sugirió intentado dar pena.

Alonso cayó en la trampa sintiéndose culpable. Sabía a todas luces que no era una buena idea que se quedara, pero también era su amiga, y se lo había demostrado comprendiendo perfectamente que él quisiera romper el acuerdo previo que tenían ambos. No podía ser tan grosero e invitarla a marchar, cuando ella se había comportado de forma ejemplar.

—Por supuesto que no eres ninguna molestia. Hablaré con Noa, y estoy convencido de que no habrá ningún problema en que te quedes unos días.

Vanesa sonrió con perversa satisfacción al escuchar esas palabras.

— ¿Estás seguro?—preguntó girándose despacio para verlo nuevamente a la cara, fingiendo preocupación mientras que en su fuero interno daba saltitos de alegría, por haber conseguido lo que quería. — No bebé, lo mejor es que me vaya mañana, y ya nos veremos cuando pases por Nyeri. Por nada del mundo me gustaría crear un conflicto entre vosotros por mi culpa, es lo mejor.

Y se encaminó a la entrada del hotel haciéndose la digna.

—De eso nada. —Sentenció convencido. —Eres mi invitada y te quedas.

—Bebé, no seas terco. —le dijo ocultando su alegría y demostrando inquietud. — Te conozco, y sé que lo haces con buena intención, pero las mujeres somos muy celosas y mandonas, y no creo que Noa sea distinta a las demás.

—La que estás siendo tercas eres tú, he dicho que te quedas y no hay más que hablar. De momento el que manda aquí soy yo y es lo que he decidido. —aseveró acercándose a ella.

—Está bien, como quieras. —suspiró dándose por vencida.

—Solo quiero pedirte una cosa.

Ella levantó la ceja intrigada por su petición.

—Por supuesto.

—A partir de ahora no me llames bebé. Es un término cariñoso entre tú y yo, y no creo que sea adecuado que sigas llamándomelo en público, sobre todo cuando lo nuestro está finalizado. —le pidió mientras le ofrecía el brazo para entrar juntos en el hotel.

Por no decir lo aliviado que se sentiría cuando dejara de hacerlo. Nunca le había gustado ese apelativo cariñoso, pero tampoco le había dado mayor importancia, ya que tan solo se lo decía en los momentos de intimidad. Pero ahora que estaba allí era distinto, y se sentiría muy violento si lo hiciera delante de todo el mundo, sobre todo de Noa.

—De acuerdo. —consintió tomándole el brazo. —No volveré a llamarte bebé.

—Estupendo.

Y Alonso, después de creer que había aclarado la embarazosa situación, y pensar firmemente que había salido bien parado de la charla entre los dos, la llevó satisfecho nuevamente hacia el salón.



Cuando Noa salió disparada de la estancia, no fue al baño como le había sugerido a Asha, sino que salió fuera, pues le costaba respirar y necesitaba un poco de aire fresco. Pero su estado no mejoró en absoluto, cuando vio a la pareja abrazada y a punto de besarse.

En ese momento se quiso morir, malinterpretando por completo la escena entre ambos. Y no se quedó para ser testigo de su dulce reencuentro, así que huyó en dirección contraria a ellos. Dio casi la vuelta al edificio, parándose un momento para coger aire y quitarse los zapatos de tacón que le dificultaban su carrera, lanzándolos furiosa lo más lejos posible, mientras las lágrimas caían libres por sus mejillas. Apretó los puños con fuerza, y lanzó el grito de dolor que le quemaba en el pecho.

— ¡*Mon dieu!*, ¿qué ha pasado?—preguntó Pierre al verla en ese estado, arrojando al suelo y pisando con la punta de su zapato, la colilla de cigarro que había estado fumando a escondidas.

Noa se giró a tiempo de verlo salir de la penumbra mientras se acercaba a ella, y alzó las manos en un gesto de parar su avance, pues no quería que la viera así.

Sin querer había llegado a la parte de atrás de las cocinas, justo en la salida de emergencia, y no esperaba encontrarse con nadie allí, y menos con él. Empezó a recular, a la vez que negaba con la cabeza y lloraba sin poder evitarlo, hasta que chocó la espalda contra un árbol y comenzó a resbalar por él, dañando irremediablemente el caro vestido que llevaba puesto, al engancharse contra la corteza del tronco. Y el francés, que en un principio se paró, decidió ignorar su petición al ver su estado tan alterado y se arrodilló al lado de ella.

—Noa, *mon ami*...

— ¡Vete!—Le pidió sollozando. — ¡Por favor, Pierre! ¡Déjame sola!

Pero éste desechó su ruego y se acercó para abrazarla. Y aunque en un principio ella lo rechazó, terminó por agarrarse a él como si su vida dependiera de ello. Llorando desgarradamente, y dejando salir a raudales el dolor y la decepción que sentía.

Cuando minutos después se calmó, el cocinero le levantó la barbilla con la punta de los dedos delicadamente.

— ¿Estás mejor, *chère*?

Ella negó con la cabeza y una expresión de infinita tristeza en sus ojos.

— ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

Afirmó rotundamente mientras intentaba recomponerse.

— ¿Quieres contármelo?

Y después de pensarlo unos segundos, y determinar que necesitaba desahogarse con alguien, le confesó.

— Me he enamorado, Pierre.

— ¡Oh, *mon précieux*!—exclamó comenzando a comprender. — ¿De Alonso?

Ella asintió a la vez que se mordía el labio, reteniendo inútilmente la pena que pugnaba por salir.

— Y no sabía que dolía tanto. —confesó volviendo a echarse a llorar.

— ¡Chss... tranquila, *mon petit*!, sé perfectamente lo que se siente.

— ¡No, no lo sabes! No tienes ni idea de lo que es abrir tu corazón, y que lo pisoteen como si fuera una hoja marchita.

— *Au contraire*, sé perfectamente lo que es.

— ¿Qué...? ¿Qué quieres decir?—preguntó dejando de sollozar, para olvidarse un momento de su propio dolor y preocuparse por su amigo.

El hombre suspiró con fuerza, a la vez que se debatía entre contarle o no lo que había sucedido entre él y Asha.

— ¿Pierre...?

— Le confesé a Asha mis sentimientos. —admitió avergonzado. —Y tenía razón *chère*, ella no siente lo mismo que yo.

— ¡Eso no puede ser!—Exclamó revelándose contra esa idea. — ¡Me niego a creerlo! Soy mujer y como tal...

— Puedes equivocarte. —la interrumpió él. —No hay lugar a dudas Noa, ella me lo dejó muy claro.

— ¿Pero cómo sucedió?—preguntó incrédula, por haber estado tan ciega que sólo había visto lo que quería ver.

El hombre cerró los ojos mientras una expresión de aflicción cruzaba su semblante.

— Lo-lo siento, no quiero causarte más dolor. Respeto que no quieras hablar de ello, sólo necesito entender...

— No hay nada que entender.

Y precisando cambiar de posición, el cocinero se levantó del suelo para ponerse a pasear de un lado a otro.

— A los tres días de marcharos, Asha empezó a comportarse de una forma extraña. Rehuía mi presencia, y se pasaba el mayor tiempo o en el despacho, o encerrada en su habitación. Comencé a preocuparme pues nunca la había visto actuar así. Se comportaba como si estuviera ocultando algo, como si un terrible peso hubiera caído sobre sus hombros. La conozco Noa y sé perfectamente que algo le está ocurriendo.

Ella asintió dándole la razón, porque había tenido la misma sensación.

—Ayer acabamos discutiendo porque me reprochó mi actitud. Me dijo que estaba harta de mí, que la agobiaba con tanta preocupación y empeño en meterme en su vida. Me dolieron sus palabras, porque lo único que quería era ayudarla. Sabes perfectamente lo terca y cabezota que puede llegar a ser.

—Lo sé. —asintió mientras se secaba las lágrimas con un trozo de su destrozado vestido.

—El caso...—continuó resoplando todavía enfadado. —... es que una cosa llevó a la otra y acabamos gritándonos. Y a *moi* no se me ocurrió otra... ¡*Mon dieu!*, ¿cómo se dice *idée lumineuse*?—preguntó chasqueando los dedos.

—Brillante idea

—Pues eso, la brillante idea de confesarle lo que sentía por ella. Solo quería que entendiera que mi preocupación era genuina, que no soy ningún chismoso con una existencia *pathétique*, al que le apasione meterse en la *vie* de los demás.

E irritado consigo mismo, sacó un paquete de tabaco que tenía guardado en el bolsillo posterior del pantalón, y cogió un cigarro para encenderlo y darle una calada. A la tercera reunió el valor para seguir contándole.

—Después de *confesser* que la amaba, se disculpó conmigo, porque sospechaba desde hacía tiempo mis sentimientos hacia ella, aunque no había reunido el *courage* suficiente para rechazarme de plano. Pero que lamentándolo mucho, ella no sentía lo mismo por *moi*.

— ¡Oh, Pierre! No sabes cuantísimo lo siento.

—No importa. —le contestó con un tono de altivez. —Era lo mejor que me podía pasar. Ahora que por fin sé lo que ella siente, puedo continuar con *ma vie* y pasar página.

— ¡Por supuesto que importa!— Repuso levantándose ella también. —En verdad que a veces no entiendo a esa mujer. La quiero mucho, pero por momentos me gustaría saber qué pasa exactamente por esa cabezota que lleva encima de los hombros, para saber lo que realmente piensa.

El cocinero se encogió de hombros.

—Ya no es mi problema. —y le dio una larga calada a su cigarro para admitir instantes después. —En realidad nunca lo fue, *¿n'est-ce pas?*

—No, no lo es. Eres su amigo y tienes derecho a preocuparte por ella, aunque no lo quiera entender.

—Eso ya da igual

Noa inclinó suavemente la cabeza hacia un lado.

—No sabía que fumabas.

—Lo dejé hace muchos años. —Confesó observando la punta incandescente de su cigarro. —Pero nuevamente cometo otra tontería más.

Ella se acercó lentamente a él.

—Lo siento mucho, *mon ami*.

—*Oui*, yo también.

Y correspondiendo al cariño que antes él le había brindado, lo abrazó para reconfortarlo. Pero lo que Noa también desconocía, es que otra persona a lo lejos era testigo de ese noble gesto.

— ¿Y cuál es tu problema con Alonso?—preguntó apoyando la barbilla en su cabeza, agradecido por su consuelo.

Ella lanzó un triste suspiro, antes de morderse el labio para evitar volver a sollozar.

—Mi problema es sencillo. Él tiene novia y está aquí.

— ¡Vaya, no tenía ni idea! —aseguró sorprendido. Y agarrándola por el mentón le levantó la cabeza. —Al menos nos tenemos el uno al otro para apoyarnos.

—Eso es cierto.

— ¡Ahh, *ma chère*! Somos penosos eligiendo a las personas a las que les entregamos nuestro *cœur*.

Y se quedaron así unos pocos minutos más compartiendo el mismo pesar.



Cuando tiempo después, Noa entró en el salón de los comensales, ya todos habían terminado. Y acercándose a la mesa tragó saliva, cuando vio a Vanesa sentada al lado de Alonso. Ésta la saludó sonriente, y ella le respondió con un casi imperceptible gesto de cabeza, y una mueca extraña a modo de sonrisa.

Cuando ocupó su lugar, ocurrió un acontecimiento inaudito, pues Jasira como presintiendo su tristeza, reclamó su atención lanzándose a sus brazos.

— ¡Vaya, princesa!, ¿me has echado de menos?

La niña la observó con sus enormes ojos negros, y le sonrió enseñando sus pequeños y blancos dientes. Y a Noa el corazón le dio un vuelco en el pecho, logrando que otra vez esa noche, los ojos se le empañaran a punto de llorar.

— ¿Ha comido todo?—le preguntó a Asha, ignorando la intensa mirada que el guía tenía clavada en ella.

—Casi. —le contestó fría. Y bajando la voz le preguntó. —Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu otro vestido?

—Nada, decidí cambiarme.

— ¡Ya!—Soltó seca. — Así, porque sí.

—Sí, ¿cuál es el problema?

— ¡Oh, ninguno!— Respondió cortante, para seguidamente volverle a preguntar— ¿Y dónde has estado hasta ahora?

Noa arrugó el ceño confundida por su actitud.

—Ya te dije antes, fui al baño. —le mintió para no preocuparla.

— ¡Qué raro! Porque me acerqué a buscarte, extrañada de que tardaras tanto, y no te encontré allí. —señaló con evidentes signos de mosqueo.

—Tienes razón, lo siento. Salí un momento a tomar un poco de aire fresco, necesitaba despejarme un rato. Pero te prometo que no volveré a dejarte sola tanto tiempo con Jasira. —se disculpó malinterpretando su enfado.

—El problema aquí no es Jasira. —murmuró entre dientes su amiga, en tanto le daba vueltas a los restos de comida de su plato.

— ¿Y cuál es el problema entonces Asha?—le preguntó comenzando a molestarse por su actitud.

No sabía qué demonios le ocurría a la kenia, pero Pierre tenía razón, estaba de lo más rara. Y el problema con ella, es que se encerraba en su caparazón como una ostra, siendo imposible saber qué le sucedía.

Ésta aprovechó que la pequeña abrió la boca bostezando para salirse por la tangente.

—Vale, es por Jasira. Ha sido un día muy largo para ella y debería estar ya dormida. Si me la dejas voy a acostarla, y aviso a Amali para que se quede con ella.

—No, tranquila. Ya me ocupo yo.

Y se marchó nuevamente de la estancia esa noche, pero esta vez con la pequeña en brazos.



Cuando Jasira se quedó profundamente dormida, Noa escuchó el sonido de la música, y estuvo tentada de no volver a la fiesta que se estaba celebrando como cada domingo. En realidad estaba exhausta, tanto física como anímicamente, y no tenía ninguna gana de volver a ver el careto de satisfacción de esa odiosa mujer.

Pero no iba a darle el gusto, de pensar que estaba sola y lloriqueando como una niña pequeña por las esquinas, molesta por su presencia. Por tanto, se armó de valor y salió para reunirse con los clientes en el salón de baile.

Con lo que no contaba, era con encontrarse a Alonso esperándola fuera de su bungalow, sentado en las escaleras.

¡Mierda!

Éste en cuanto escuchó abrirse la puerta se levantó enseguida.

—Hola. —la saludó un tanto nervioso.

—Hola.

—Esta noche no le costó tanto dormirse. —Comentó mientras ella bajaba las escaleras— Sería por la hermosa canción que le cantaste.

—Más bien diría porque estaba agotada.

—No importa, el caso es que parece que os lleváis mejor.

—Yo no cantaré victoria tan pronto. Si en unos días la tónica sigue siendo la misma, entonces podré bailar de alivio, de momento solo me queda cruzar los dedos.

—Tienes razón. —admitió, a la vez que la agarraba por la cintura acercándola a él con la intención de besarla.

Pero ella esquivó su beso para alejarse de él.

—Tenemos que hablar, Alonso. —Y apretó con fuerza los dientes, para lograr que él no se diera cuenta de lo dolida que estaba. —De Vanesa.

—Tienes razón. —reconoció nuevamente, soltando un suspiro de cansancio a continuación.

— ¡Vaya milagro! Me has dado la razón dos veces en una misma noche. —Señaló sonriendo con condescendencia. —Eso tendría que quedar grabado a fuego en los anales para la posteridad.

—No utilices el sarcasmo conmigo Noa, creía que eso ya lo habíamos dejado atrás. — comentó examinándola detenidamente, para intentar descifrar su estado de ánimo.

—Es verdad. Ahora es el momento de demostrar que me he vuelto responsable, y que podemos mantener una conversación como dos adultos civilizados.

—Cierto.

—Muy bien, pues no te hago sufrir más, te doy mi bendición.

—

¿Tú bendición?—preguntó perplejo.

—Sí, y te lo digo sin ninguna acritud por mi parte. Te deseo tanto a ti como a tu novia que seáis muy felices. Y por lo que pasó entre nosotros, no te preocupes, nunca se enterará.

— ¿De qué demonios estás hablando Noa? ¿Cómo tengo que explicarte que Vanesa y yo no somos novios? Solo somos amigos, nada más.

Ella apretó con fuerza los puños, clavándose las uñas intentado no soltar su genio.

—Yo no me beso con mis amigos Alonso. Puedo salir de copas, bailar con ellos, compartir confidencias, apoyarlos y escucharlos cuando me necesitan, pero nada más.

—Tú no lo entiendes. —soltó frustrado mientras comenzó a frotarse la nuca.

—Explícamelo. —le pidió con mucha entereza.

—Conozco a Vanesa mucho antes de que vinieras aquí...

—Lo sé y lo entiendo. —lo interrumpió.

—Déjame continuar. —le rogó él.

Noa cogió aire profundamente intentando calmarse, y asintió en tanto se cruzaba de brazos.

—

Lo siento, prosigue.

—Al principio solo éramos amigos. Yo salía de una relación difícil, y no quería saber nada de mujeres durante mucho tiempo. Pero poco a poco fuimos congeniando cada vez más. Me sentía solo y ella también, por lo que fue un paso natural entre nosotros tener sexo sin compromiso. Llegamos a un acuerdo, en el que podríamos estar incluso con otras personas, sin reclamar ningún tipo de exclusividad entre nosotros. Siempre ha quedado claro entre ambos que lo único que nos ligaba era una amistad. No tenemos ningún otro tipo de sentimientos que nos una.

Alonso dejó de hablar para centrar toda su atención en la expresión de su cara, y descifrar lo que de verdad pensaba sobre su confesión. Y ella lo único que hizo fue elevar ambas cejas sorprendida.

— ¡Vaya!, que liberal todo, ¿no?

—Noa...

—Pero siento decirte que yo no soy así. Quiero a un hombre a mi lado que me quiera, que se comprometa solamente conmigo, que me respete y me cuide como yo me merezco. Yo no puedo ofrecerte lo que tú buscas Alonso, me sería imposible compartirte con otra mujer.

—Lo sé. —afirmó acercándose a ella y agarrando su cara con ambas manos. —Y yo no pretendo que lo hagas.

—Pues pídele que se vaya.

El guía perplejo no entendió su exigencia y se separó de ella alejándose unos pasos.

— ¿Por qué haría tal cosa?

— ¿Y lo preguntas?

— Insinúas que no te fías de mí.

— No estoy diciendo eso.

— Entonces, ¿qué estás queriéndome decir Noa? Porque ya te he dicho que solo somos amigos, no tienes por qué sentirte amenazada por ella. Ya lo he hablado con Vanesa, y entiende perfectamente que lo nuestro no puede seguir como antes.

Ésta hizo una mueca de perplejidad porque creyese que pudiera ser tan ingenua. No tenía muy claro si podía confiar en él o no, pero sí sabía con certeza que de ella no lo iba a hacer.

— No quiero que siga aquí.

Alonso confuso parpadeó varias veces.

— ¿Has escuchado lo que te he dicho?

— Perfectamente.

— Entonces me estás confirmando lo que sospechaba hace un momento, no te fías de mí.

Noa se quedó callada durante unos instantes sin saber qué contestarle. Sus miedos y temores eclipsaban todo lo demás. Conocía las uniones liberales entre un hombre y una mujer, pero ella no las entendía. Podían tacharla de antigua, pero en la vida podría comprender, cómo alguien podía acostarse con otra persona sin tener un fuerte sentimiento hacia el otro. Para ella era inconcebible. Además, sabía lo que había visto. Fue ella misma la que los descubrió abrazados y ocultos en la noche. ¿Cómo podía no dudar de ellos?

— No lo sé. —susurró al fin.

Y Alonso se sintió ofendido y dolido por su desconfianza. No entendía en absoluto su actitud. Había sido totalmente honesto con ella como para que sintiera recelos de él. Le había contado cosas de su vida que no le había dicho a nadie más. Le había abierto su corazón en canal, demostrándole lo mucho que significaba para él. Le había demostrado que de verdad le importaba. ¿Y aun así dudaba de él?

— Pues tenemos un problema. —Masculló furioso. —Porque no pienso echar a una buena amiga de aquí por tus caprichos. No estás siendo en absoluto razonable, y por supuesto yo no puedo estar con alguien que no confía en mí.

Y se marchó dejándola allí.



Noa contempló como se alejaba furioso con ella, y un sentimiento de derrota la abrumó por completo. Se apoyó en la barandilla de las escaleras, para sentarse en ellas un instante después.

¿Así que eso era todo? Lo que habían compartido durante esos seis días se esfumaba como el humo. Había creído encontrar a la persona adecuada, pero solo había sido un espejismo. Y lo peor de todo, es que por primera vez en su vida se había enamorado de verdad, y entregado el corazón a un hombre que no la comprendía.

¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Abandonar? ¿Marcharse de allí como una cobarde? ¿O tragarse su dolor y mirarlo todos los días el resto de su existencia? Y sí se iba, ¿qué iba a hacer con Jasira? ¿Abandonarla también?

¡Dios! ¿Cómo había llegado su vida hasta ese punto? ¿En qué momento se había equivocado tanto?

—*Mon ami*, ¿te he estado buscando por todas partes?—prorrumpió su amigo caminando por el sendero, y advirtiendo su presencia sentada en las escaleras de su cabaña.

— ¡Oh, no Pierre! De verdad esta noche no estoy para fiestas. —le confesó, a la vez que se levantaba de las escaleras y se daba la vuelta para subirlas.

—No, no, no, *chère*. Ni pienses que me vas a dejar solo esta noche. —Le advirtió cuando se acercó a ella. — Ahora mismo te vienes conmigo y me regalas un baile.

—Te juro por lo que más quieras, que en estos momentos lo único que deseo es entrar ahí adentro, y meterme debajo de las mantas por los restos. —Le aseguró girándose hacia él. — ¡No puedo más, Pierre! ¡Estoy agotada! ¡Extenuada!

— ¡Vaya, así de fácil! ¡Te rindes sin más! Le vas a dar el gusto a esa *stupide* de salirse con la suya sin dar ni un poco de guerra.

—Esto no es una competición Pierre, yo no puedo exigirle a nadie estar conmigo. Y menos todavía obligarle a quererme. Él ya ha elegido con quién quiere estar, y no es a mi lado. ¡Se acabó, ¿entiendes?!

— ¡Claro, es mucho mejor que tú y tu dignidad os escondáis debajo de las mantas! ¡Donde va a parar!

—Quizás sea lo mejor. —susurró abatida.

—Pues espero que te haga buena compañía, porque yo no voy a estar a tu lado mirando cómo te hundes en la autocompasión. —Aseguró con una expresión de decepción en su rostro. — Creí que eras una *femme* con carácter, una *femme* fuerte, y qué sabía lo que quería, *chère*. Pero me he equivocado contigo. En el fondo solo eres una *niñata*, que se rinde en cuanto las cosas no salen como ella quiere.

—Eso no es justo. —masculló resentida por sus palabras.

— ¡Oh, pobrecita! ¿Vas a lloriquear ahora?

— ¡Vete a la mierda, Pierre!—y agarrándose la falda para no tropezar con ella, se giró furiosa para subir las escaleras y meterse dentro de su bungalow.

— ¡Sí, huye *chère*, escóndete en tu madriguera! Eso es mucho más razonable que plantarle cara, y demostrarle a la mujer que se ha perdido.

De pronto Noa se paró en seco al recordar las últimas palabras de Alonso.

Razonable. ¡Razonable!

¿Cómo podía decir que estaba siendo poco razonable? ¿Acaso no entendía que ella no podría estar tranquila con la otra mujer allí? ¡Por Dios!, ¡se habían acostado juntos! Y según él, hasta hace unos momentos tenían una relación íntima. Entonces, ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Darles su bendición? ¡Mierda!, en realidad era lo que había hecho.

¡Maldita sea!

¿Acaso estaba siendo él razonable con ella? ¿Se había puesto en algún momento en su lugar? ¿Qué le parecería a esa neurona suya si la viera a ella con un antiguo amante? ¿Se quedaría él tan contento?

¡De eso nada! ¡Ni hablar!

— ¿Sabes qué?, ¡tienes razón!—proclamó volteando de nuevo y bajando las escaleras decidida.

— *¿Pardon? ¿En qué cosa?*—preguntó el francés, sorprendido por su cambio de actitud cuando creía que ya había perdido toda esperanza.

— ¡En TODO!

— *¡Et voilà!* Al fin un poco de cordura.

—No voy a dejar que ese Tarzán trasnochado me vea triste y mustia como una lechuga. —declaró resuelta.

Y el cocinero le ofreció su brazo.

— *Mademoiselle.*

— Si prefiere a su *amiguita*, pues que se quede con ella.

— ¡Bien dicho!

—Estoy harta de hacer siempre lo que los hombres quieren.

— ¡Por supuesto!

—A partir de ahora yo decidiré lo que es razonable y lo que no.

— ¡Faltaría más!

— Pierre...

— *¿Oui, chérie?*

— ¡Cállate!

— *¡Très bien!*



Cuando entraron juntos en el salón, Alonso se encontraba bebiendo una copa en la barra acompañado de Vanesa. Y en el momento en que ésta la vio llegar, le dedicó una amplia sonrisa de triunfo.

Noa no se quedó atrás. Y en vez de desviar la mirada, se forzó a responderle con un asentimiento de cabeza, y otra sonrisa más brillante que la suya. Por nada del mundo iba a permitir que esa imbécil se riera en su cara. ¿Quería a Alonso para ella? Muy bien, pues todo suyo. No iba a permitir que supieran cuánto daño le habían hecho los dos. Ella era una Montalbo, y en el juego de fingir y aparentar era una experta.

En cuanto pisó la pista de baile no paró de bailar. No pudo ni quiso negarse a hacerlo, con los hombres con los que había compartido viaje, y con los otros clientes tampoco. Bailó y rio, simulando estar pasándose en grande, y Pierre fue un amigo y compañero perfecto. No la abandonó en ningún momento, y cuando necesitaba descansar, hablaban entre ellos o departían con los demás asistentes. En realidad, sino fuera porque tenía el corazón roto, esa noche hubiera sido fantástica.

No podía decirse lo mismo, de tres personas distintas que se encontraban en ese mismo lugar, y que sorprendentemente y por el mismo motivo, no podían despegar la

vista tanto de Noa como del francés. Diferentes causas pero mismo denominador común.

Los celos.

Capítulo 25

Al día siguiente, a Noa la despertó una diminuta mano palpándole la cara y hablando en un idioma extraño.

— ¡Ah, princesa, todavía es muy temprano!—le gruñó a Jasira, suspirando a continuación a la vez que escondía la cabeza debajo de la almohada.

De madrugada, la niña se había despertado llorando en su cama plegable, que habían habilitado especialmente en su bungalow. Y medio dormida intentó tranquilizarla, para al final no quedarle más remedio que llevarla a la suya y cantarle una nana. Consiguiendo ambas quedarse dormidas. La mayor, en una esquina sin poder moverse o caería del colchón abajo, y la pequeña, cruzada en medio con los brazos y las piernas abiertos en cruz.

Pero en ese momento, mientras Noa intentaba despejarse, Jasira se encontraba agarrando un mechón de pelo rubio para examinarlo con curiosidad.

Y de pronto, su cabeza emergió de debajo de la almohada para soltarle un;

— ¡BÚ!

Al principio, la cría hizo una mueca de susto por la inesperada maniobra, para renglón seguido echarse a reír. Y Noa volvió a repetir el mismo gesto unas cuantas veces más, jugando con ella al gato y al ratón, hasta que acabó haciéndole cosquillas y la pequeña retorciéndose de risa.

—Dios Santo cariño, serás una princesa, pero tus cacotas no huelen precisamente a rosas. —y procedió a asearla y cambiarle el pañal, para dejarla lista e ir a desayunar.

Cuando se sentaron a la mesa, la niña la había entretenido más de lo previsto, y ya estaban todos desayunando menos Asha, que llegó apurada minutos más tarde.

— ¿Se te han pegado las sabanas?—le preguntó a su amiga en broma.

—Más o menos. —ladró la keniaata muy seca sin tan siquiera mirarle a la cara.

Noa parpadeó varias veces confusa por su tono, y un trozo de fruta pinchado en el tenedor a medio camino de la boca de Jasira.

— ¿Te encuentras bien?—indagó, pensando que algo grave tenía que ocurrirle para que le hablase así.

—Perfectamente.

Y arrugó el ceño molesta, cuando Vanesa carraspeó encubriendo con ese gesto una sonrisa irónica.

— ¿Estás segura?—susurró acercándose a su amiga y reiterando su preocupación.

Ésta apoyó los cubiertos en el plato, para acto siguiente cuadrar los hombros, envarar su postura, y dirigirse a ella.

—Completamente. —le contestó molesta.

Descolocada, contempló a su amiga durante unos segundos, sin saber muy bien cómo actuar. No entendía ese comportamiento hacia ella, ni el motivo que lo había propiciado.

—Está bien. —susurró azorada, y retomó la tarea de darle de desayunar a Jasira.

Un silencio incómodo hizo acto de presencia, creando un ambiente tenso entre los presentes, excepto Vanesa, que creyó que ese era el momento adecuado para satisfacer su curiosidad.

—Disculpa mi pregunta Noa, espero que no te moleste. ¿Pero esa preciosidad a la que le estás dando de comer es hija tuya?

Ésta entornó los ojos con suspicacia, intuyendo que la pregunta no era tan inocente como Vanesa quería dar a entender.

—No, en absoluto, aunque espero muy pronto que esa situación cambie. —y dirigiéndose al guía le comentó. —Por cierto Alonso, tenemos que hablar sobre este asunto. No sé cuáles son los cauces que tengo que tomar para solicitar la adopción de Jasira, o a qué organismos me tengo que dirigir para hacerlo.

—No te preocupes, tengo una cita concertada hoy en Nairobi con el abogado, y el gestor que nos lleva todas las gestiones gubernamentales. Le pondré al tanto de lo que quieres hacer, y él te indicará qué necesita para hacerlo. —le contestó amablemente aunque muy serio.

Ella asintió mientras los demás los observaban, pues la tensión entre ambos era más que evidente. Y después de volver a ofrecerle un trozo de fruta a la niña, sugirió.

—De todas formas, me gustaría hablar un momento contigo a solas antes de que te vayas, pues todavía quedan un par de asuntos que me gustaría comentarte en privado.

Alonso levantó la cabeza y la miró de forma escrutadora, preguntándose con curiosidad, qué estaría tramando esa cabecita suya. Pues creía que después de la conversación de la noche anterior, las cosas habían quedado más que claras entre los dos.

—Por supuesto.

Tras unos breves y tirantes minutos, Vanesa decidió seguir satisfaciendo su curiosidad.

—No sabía que tu intención era adoptar a...

—Jasira. —le respondió a regañadientes Noa, pues no entendía tanta curiosidad por la situación de la niña.

—Ajá, Jasira. —repitió, sonriendo satisfecha por su malestar.

—La pequeña es una huérfana, que nos encontramos en uno de los poblados que visitamos en nuestro último safari. —le aclaró Alonso. Y suavizando su tono de voz, no pudo evitar mirar a Noa con orgullo. — Si ella no hubiese tomado la decisión de traérsela, seguramente hubiese muerto de hambre a los pocos días.

La morena se dio cuenta del cruce de miradas entre ambos, y le chirriaron los dientes, furiosa porque él se postrara ante la estupidez de la *niñata* rica. Y clavando su prepotente mirada en ella le advirtió.

—Es muy loable tu altruismo, querida. Pero te advierto que si vas a tomar esa medida tan extrema, por cada niño o niña huérfano que te encuentres en África, llegará un momento en el que te veas desbordada por todos aquellos que te encuentres por los caminos, o abandonen en las puertas del hotel en cuanto se corra la voz.

—Vanesa... —soltó el guía con un tono de advertencia en sus palabras.

—Dudo mucho que lleguemos hasta ese punto. —respondió Noa advirtiendo la desaprobación en sus palabras.

—Pues yo no lo daría por sentado. —replicó la mujer enseñándole los dientes en una falsa sonrisa, y haciendo oídos sordos al hombre que la miraba molesto. —Quizás por tu juventud e inexperiencia, no has calibrado bien el alcance de tu decisión. Pero no hay que ser muy inteligente para darse cuenta, que hay muchas familias que si se enteran de lo que has hecho, no dudarían en dejar a sus hijos en la puerta del resort, para poder ofrecerles una vida mejor y que no mueran de hambre o enfermedad. Creyendo con ello, que es mejor correr el riesgo de dejarlos con una caritativa y acaudalada samaritana, que esperar a que su hijo se apague lentamente ante sus ojos.

— ¡Vanesa!—masculló Alonso enojado con ella, y posando su vaso en la mesa con fuerza. —Creo que tus palabras están totalmente fuera de lugar.

— ¿Por qué? ¿Por decirle lo que cualquier persona sensata pensaría en su lugar? Lo siento querido, pero no puedo quedarme callada ante esto. Sé que sus intenciones son buenas, eso no lo dudo, pero sabes mejor que nadie que se ha equivocado de cabo a rabo. En cuanto se corra la voz, los más desesperados vendrán a solicitarle ayuda y limosna, y entonces se encontrará con la desagradable tesitura de tener que negársela.

Noa no daba crédito a sus palabras. ¿Cómo podía existir alguien que fuera ajeno a tanto sufrimiento, sin mover un solo dedo para evitarlo? Y no solo eso, sino que se permitía el lujo de sermonear sin remordimientos la actitud de los demás, creyendo estar haciendo más mal que bien con ello, por demostrar un poco de humanidad.

Deslizó la mirada por los otros comensales que estaban sentados a la mesa, advirtiendo como tanto Asha y Asir agachaban la cabeza, mientras un brillo de rabia contenida brillaba en los ojos de Shukrani, que enseguida escondió al darse cuenta de que lo había pillado.

—No creo en absoluto que...

—Tranquilo Alonso, no hace falta que me defiendas delante de tu amiga. —lo interrumpió Noa alzando el mentón con altivez. —Estoy completamente segura que Vanesa no ha querido ofenderme en ningún momento. Y que seguramente tenga mucha razón sobre lo que está hablando, pues es más que evidente que yo no poseo la madurez que ella tiene, ni la experiencia que ciertamente le sobra. —Contestó con ironía sin importarle que la mujer se sintiera agraviada. — Pero no pienso pedir perdón, por no tener estómago y mirar hacia otro lado cuando veo a una criatura indefensa. Soy completamente incapaz, de no sentir compasión por los más débiles y necesitados, y obviar el sufrimiento de otro ser humano delante de mis narices. Simplemente, no puedo quedarme de brazos cruzados y no hacer nada, no está en mi naturaleza ser así. Lamento que crea que estoy cometiendo un error. Pero si ese es el caso, sería *mí* error, y yo asumiré completamente las consecuencias de ello.

Y agarrando a la pequeña en brazos finalizó.

—Ahora si me disculpan, tengo que ocuparme de otros asuntos que requieren mi atención.

Y salió del salón con los hombros cuadrados y la cabeza muy alta, no teniendo ninguna duda sobre que había hecho lo más correcto para su pequeña.

— ¡Noa!—la llamó Alonso instantes después, alcanzándola en medio de la recepción del hotel.

Ella se giró despacio, creyendo que le iba a reprochar su actuación. Y estaba dispuesta a decirle cuatro cosas, pero su sorpresa fue inesperada cuando él habló a continuación.

—A pesar de nuestras diferencias, quiero que sepas que no estoy en absoluto de acuerdo con lo que Vanesa ha dicho. —Le confesó acercándose despacio a ella. —Creo que ya lo sabes, pero por si las dudas, me gustaría aclarártelo cara a cara. Al principio tuve mis recelos, no voy a mentirte, pero ahora estoy completamente convencido de que eres lo mejor que le ha podido pasar a esta pequeña. —declaró sonriéndole a Jasira, que le estaba pidiendo que la cogiera en brazos.

Noa dejó que la niña se saliera con la suya y tragó saliva emocionada por sus palabras.

—Gracias. —le contestó, mientras tiraba hacia abajo del precioso vestido que se le había enredado por encima del pañal, no siendo capaz de sostenerle la mirada. —Te agradezco tu apoyo.

—Noa...—susurró él en un arranque.

Pero al instante siguiente se arrepintió.

El guía deseaba poder decirle todo lo que realmente pensaba. Quería que supiera lo tremendamente orgulloso que se sentía de ella. Por su capacidad para dar sin pedir nada a cambio. Por su bondad y falta de egoísmo, asumiendo una enorme responsabilidad que otros no serían capaces ni de imaginar. Sabía que a su manera, Vanesa tenía su parte de razón, pero no podía dejar de valorar la valentía que Noa había demostrado intentando cambiar las cosas. Actuando siendo fiel a sí misma y sin importarle las consecuencias, creyendo en todo momento que estaba haciendo lo correcto. Y eso hacía que la admirara todavía más.

Pero no se atrevió.

Recordó la discusión que habían mantenido la noche anterior, más los celos que todavía lo carcomían por su acercamiento con Pierre. Estaba enfadado y dolido con su actitud, pues le había demostrado que para ella era muy fácil olvidarlo, encontrando rápido consuelo en otro hombre.

Por tanto, lo único que hizo fue bajar la cabeza, cuando ella lo buscó con la mirada al musitar su nombre, y concentrar toda su atención hacia el dobladillo del vestido de la pequeña. En ese movimiento, inconscientemente los dedos de ambos se encontraron, acariciándose delicadamente, lanzando a través de sus manos corrientes eléctricas que les erizaron el vello, como si sus cuerpos no pudieran evitar lo que ellos tan tercamente luchaban por esconder. Y él elevó los ojos para encontrarse con los de Noa, anhelando con ello poder confesarle lo que verdaderamente sentía.

Pero nuevamente fue un cobarde. Y desvió la mirada teniendo vergüenza de sí mismo, por no poder evitar sentir lo que sentía por ella, a pesar de todo.

—Si quieres, este sería un buen momento para subir a mi despacho, y hablar sobre ese par de asuntos que querías discutir conmigo antes de que me vaya.

Noa ocultó bien su decepción cuando escuchó sus palabras, al creer tan solo un segundo antes, que quizás él estuviera arrepentido y quisiera hacer la paces. Y alisando

por última vez la tela, simulando una indiferencia que no sentía, soltó un pequeño suspiro.

—Está bien.

Ambos subieron las escaleras para buscar privacidad, y hablar sobre los temas pendientes que tenían que resolver todavía.

Quedaron, en que en principio no haría falta que ella fuera a Nairobi, para prestar declaración en la embajada por el asunto de Sofía. Alonso se encargaría de todo, y si hiciera falta, volverían al día siguiente. También acordaron buscar una persona encargada del cuidado de Jasira, mientras Noa trabajara y atendiera sus obligaciones en el resort. Pero convinieron en hacerlo, buscando alguna mujer de confianza, entre los familiares o amigos de los trabajadores que estaban a sus órdenes.

—Ya hemos hablado anteriormente sobre la adopción de Jasira, pero tengo otro asunto que me gustaría hablar contigo. —comentó Noa un tanto cohibida, mientras hacía temblar las piernas, para apaciguar a una inquieta Jasira sentada en sus rodillas.

—Dime.

—Quizás sea conveniente que yo también vaya a Nairobi hoy, y hable directamente con ese abogado. No sé exactamente cuándo cobraré mi primer sueldo, pero me gustaría poder destinarlo íntegramente en comenzar a construir, una modesta construcción de madera en la zona oeste del resort. Podríamos vallar la zona, donde están los cobertizos con los depósitos de gasoil y el almacenaje de las herramientas. Y construir al lado una pequeña escuela para los niños, y un taller para las mujeres, hasta que yo pueda disponer del dinero que te comenté. También había pensado en donar los ordenadores antiguos y la vieja impresora, cuando lleguen los nuevos que le he solicitado a mi padre, y parte del material de oficina que disponemos en mi despacho. Sería poco a poco, pero me encantaría poder ayudar, ¿si estás de acuerdo claro?

— ¿Estás segura?

—Completamente. —Aseguró convencida. — Mi idea consiste, en que esa área alejada de los clientes, se pueda destinar para enseñar a los niños de la zona a leer y escribir, y a las mujeres que quieran aprender algún tipo de oficio. Incluso he pensado más adelante en ofrecer unos microcréditos, para que después de una enseñanza adecuada, puedan emprender sus pequeños negocios cobrando unos intereses ridículos. Para eso tendría que viajar a España y organizar una fiesta benéfica, y recaudar fondos de los amigos ricos de mis padres y antiguos compañeros. Aunque no creo que eso suponga ningún problema. Algo bueno tiene que tener ser la hija de Diego Montalbo, ¿no?

Y mirándolo directamente a los ojos finalizó.

—Pero me gustaría contar con tú a probación y tú apoyo en este proyecto Alonso. Significaría mucho para mí.

El hombre se quedó callado durante unos segundos, que a ella se le hicieron eternos, hasta que finalmente asintió con la cabeza.

—Muy bien, si estás convencida puedes contar enteramente con mi ayuda. No hace falta que te des el palizón de venir a la ciudad hoy. Hablaré con el abogado para que prepare toda la documentación que necesites, y que cuando tenga todo dispuesto, viaje hasta aquí y solo tengas que firmar.

Noa soltó aliviada todo el aire que había retenido en su interior, y solamente fue capaz de asentir. En verdad era muy importante para ella, que él la apoyara en esa empresa que llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza.

— ¿Algo más que quieras hablar?

—No, creo que eso era todo. —contestó después de carraspear para encontrar la voz.

—Estupendo. Ahora con tu permiso, ya es tiempo de que me ponga en camino. — declaró levantándose de detrás de la mesa del despacho. —Me queda un largo viaje y muchos asuntos que tratar.

—Si te parece bien, puedo preguntar a Asha y los demás empleados por una cuidadora de confianza para Jasira. —le comentó, mientras se levantaba ella también y salían los tres del despacho.

—Me parece perfecto. Ese asunto lo dejo en tus manos, entonces.

—Muy bien, pues me encargaré de ello en cuanto despedamos a los clientes.

Y resuelta se encaminó a las escaleras para dirigirse a recepción, y después a la entrada del hotel.

— ¡Noa!

Ésta se paró en seco y giró el cuerpo al escuchar su llamada, e inconscientemente arrugó el ceño al ver la grabe expresión en su rostro.

—Necesito que me prometas que tendrás mucho cuidado. —comenzó a decirle cuando se acercó a ella, luchando con todas sus fuerzas por evitar acariciar su bello rostro.

Deseaba con toda su alma poder abrazarla y besarla antes de marchar. Le aterraba que pudiera sucederle cualquier cosa en su ausencia. Pero por mucho que le doliera, había tomado una decisión. Ambos eran completamente distintos, e incompatibles en muchos aspectos, y su determinación de no poder estar con una mujer que no confiara en él era firme. Pero eso ni implicaba que no pudiera preocuparse igualmente o más por ella, y sentirse enormemente frustrado por no poder expresarlo como a él le gustaría.

—No quiero que salgas del complejo. Y que a poder ser siempre estés acompañada por alguien de confianza. No sabemos si Derek se encuentra cerca, o si dispone de la ayuda de algún cómplice en la sombra que pueda querer hacerte daño. Por eso es muy importante que extremes las precauciones. Esta gente no se anda con juegos, y estoy convencido que pueden llegar a ser muy peligrosos.

—Está bien. —aceptó a regañadientes.

Pues le molestaba profundamente tener que vivir con el miedo de una amenaza en ciernes. Le había costado mucho tiempo y sufrimiento, romper el yugo que su padre había mantenido sobre su vida a base de engaños y mentiras, para ahora tener que cohibirse y estar constantemente mirando por encima de su hombro. Por fin había saboreado las mieles de la libertad, que había experimentado desde que había llegado a África, como para perder todo eso por las ambiciones de riqueza, de unos miserables ladrones y maleantes. Se sentiría enormemente aliviada de no tener ese molesto peso sobre su cabeza, cuando finalmente esos indeseables acabasen con sus huesos en la cárcel.

— Prométemelo. —le rogó con insistencia. —Si no lo haces por ti, piensa que ahora Jasira depende enteramente de que puedas seguir cuidando de ella.

Noa miró a la niña, que le estaba cayendo un moco de la nariz deslizándose por la comisura del labio, y sacando un pañuelo limpio del bolsillo del pantalón, se lo limpió con ternura.

—Te lo prometo Alonso. Te doy mi palabra de que no haré ninguna tontería, que pueda ponerme en peligro a mí o a Jasira. —le juró para dejarlo más tranquilo.

—De acuerdo. —contestó aliviado, después de soltar un profundo suspiro al ver esa fiera determinación, que solo ella demostraba cuando estaba firmemente convencida de algo. —Es hora de que nos pongamos en marcha.

Y juntos bajaron las escaleras para emprender el regreso de los clientes a Nairobi.



Pocos minutos después, Alonso volvió a subir las escaleras al segundo piso, para acercarse al hombre que custodiaba la puerta de la habitación, que ocupaba la doctora Albricci.

— ¿Todo en orden?—preguntó al guarda de seguridad que había apostado la noche anterior.

—Todo en orden jefe Alonso. Yo mismo he revisado que hiciera su equipaje esta mañana temprano, y que estuviera lista para el viaje.

— ¿Alguien ha venido a visitarla?

—Sí jefe, usted tenía razón. Vino insistiendo poder hablar con ella, pero en cuanto le enseñé a mi *novia* desistió de su intento. —contestó el hombre, llevando la mano inconscientemente hacia la pistola que tenía colgada en su cintura.

—Lamento oír eso Salehe, deseaba en verdad equivocarme en mis sospechas.

—Yo también, no puedo creer que esté implicado en toda esta basura. Lo hubiese podido creer de cualquiera menos de él.

—No podemos afirmar rotundamente que sea así. A mí también me cuesta creerlo, y quiero estar completamente convencido de su culpabilidad antes de entregarlo a las autoridades. Te ruego que esto no salga de aquí, debemos ser muy prudentes y no levantar sospechas. Sí en realidad estuviésemos en lo cierto, podría resultar muy peligroso.

—Entiendo jefe Alonso, y puede estar seguro de que seré una tumba.

El guía se frotó intranquilo la nuca, mientras maldecía internamente porque sus sospechas fueran fundadas. En realidad estaba furioso consigo mismo por haber estado tan ciego, al tener a esas serpientes bajo su techo durante tanto tiempo, sin desconfiar en ningún momento de sus intenciones criminales. Y se recriminó duramente por su estupidez.

—A partir de ahora quiero que vigiles a Noa muy de cerca. —le ordenó. — Necesito que seas su sombra, sin que ella y los demás se den cuenta de tus intenciones. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto jefe Alonso, eso delo por hecho.

—Muy bien, pues te dejo a cargo de su seguridad hasta que vuelva.

Y dicho esto entró en la habitación de Sofía, para poder emprender viaje lo antes posible. Ahora ya sabía que no podría perderla de vista, asegurándose de que nadie hablara con ella directamente, y pudieran amenazarla de alguna manera. Esta vez viajarían en tres coches, asegurándose de ir ellos dos solos en uno, y fuertemente armado por si sufrieran algún tipo de asalto por el camino. Tomaría las medidas necesarias, para que llegara viva a Nairobi y pudiera delatar a sus compinches, en el caso de que fuera cierto que tuviera más de uno.



—Querida Noa, quiero que sepas que ha sido la mejor luna de miel que pudiera haberme imaginado. Tanto Martín como yo, esperamos poder volver en un futuro cercano, aunque esta vez acompañados por nuestro hijo Lucas. Estoy segura que disfrutaría muchísimo, al poder ver en vivo a sus adorados Timón y Pumba. —manifestó emocionada Alexia.

—Yo también estoy segura. —respondió sonriendo, en parte contenta y en parte triste, pues había llegado a tomar verdadero cariño a esa pareja. —Ojalá que podáis volver muy pronto.

—Te aseguro que recordaré este viaje con muchísimo cariño. —le respondió Martín, desplegando esa encantadora sonrisa enmarcada por sus sexys hoyuelos.—Pero a diferencia de mi impetuosa esposa, tengo que ser algo más precavido sobre una vuelta temprana a este maravilloso país. Al menos, hasta después del nacimiento de nuestra hija, y esperar que crezca lo suficiente como para que sea seguro que viaje hasta aquí.

— ¡Venga ya!—resopló indignada su mujer. —Si tengo que hacer caso a lo que has dicho, no podremos volver aquí hasta que nuestra hija sea mayor de edad.

— ¡Pero qué bien me conoces, mi amor!—le soltó el actor, plantándole un beso rápido en la boca, para acto seguido despedirse de Noa guiñándole un ojo, y otro beso en los mofletes de Jasira.

— ¡Martín Ledesma Valle!—masculló Alexia mirando hacia los lados para cerciorarse de que nadie más los oía. —Definitivamente vamos a mantener una larga charla tú y yo, sobre tu empecinada sobreprotección, y tu maldita manía de tomar decisiones sin contar con mi opinión.

—Eso no implica en que serás bienvenida a nuestro hogar en México cuando quieras. —continuó el actor sin hacerle el menor caso a su mujer, y ofreciéndole un cariñoso abrazo.

— ¡Pero bueno, y ahora me ignoras!—bufó molesta la morena, cruzándose de brazos y dando pequeños golpecitos con la punta del pie. — ¡Esto es el colmo!

Noa no sabía si reír o mantener la seriedad. En verdad, esa pareja era un caso perdido. A pesar de que se les notaba a leguas lo muy enamorados que estaban, se llevaban como el perro y el gato.

—En recepción, he dejado mi teléfono y dirección por si te animas a venir tú, esta princesa encantadora, y por supuesto tu acompañante. —finalizó el hombre con un gesto pícaro, señalando con un movimiento de cabeza hacia la presencia de Alonso.

—Gracias. —Respondió ruborizándose intensamente. —Por supuesto, mi invitación de que volváis con todos los gastos pagados sigue en pie. Os estoy enormemente agradecida a los dos, y sería un placer poder compensar de alguna manera, vuestra amabilidad conmigo y con Jasira.

—No tienes nada que agradecer. — Rebatió Alexia interponiéndose entre ella y su marido, para poder despedirse convenientemente de las dos, propinando un fuerte pisotón al actor y vengarse de su grosería. —Ha sido un verdadero placer conoceros a las dos.

— ¡Madre mía!—soltó Noa divertida, al ver a Martín dando saltos a la pata coja mientras aullaba de dolor.

— ¡Maldita sea mujer! ¡Te juro que...!

— ¡Oh, mi amor! ¿Te he hecho daño?—le preguntó fingiendo preocupación. — ¡Te juro que ha sido sin querer! Creo que mi embarazo me altera las hormonas y me hace ser muy torpe.

El hombre le lanzó una mirada amenazadora, para después despedirse de Noa con la mano, y caminar renqueando hacia los coches mientras murmuraba algo por lo bajo.

Alexia observó cómo se marchaba, para después girarse hacia ella con una radiante sonrisa en el rostro, en tanto Noa sacudía la cabeza divertida por su osadía.

—Eso podría llegar a considerarse maltrato físico. —le advirtió en broma.

— Se lo tiene merecido por dictador. Pero tranquila, ya le compensaré esta noche adecuadamente en el hotel. Puedo asegurarte que no le durará mucho el enfado.

Noa no pudo evitar echarse a reír. Y minutos después se despidieron cariñosamente.

En verdad iba a echar de menos a esa pequeña mujer. Mucho, pero mucho, de menos.

Capítulo 26

Tiempo después, Noa estaba preguntando por Asha a todo aquel empleado que se encontraba por el camino. Justo después de que el último cliente se hubiera montado en el jeep, su amiga se había disculpado un momento, alegando que tenía algo urgente que hacer, y todavía no había dado señales de vida. A ella la había entretenido la encargada de limpiadoras, facilitándole la copia del informe semanal de productos que necesitaban, para incluirlo en los gastos generales que previamente había entregado a Alonso. Y después de mantener una extensa charla con ella y sus subalternas, cuestionándolas sobre familiares o personas que pudieran conocer de plena confianza, que supieran cuidar debidamente de Jasira, había advertido extrañada que su ayudante seguía sin aparecer. Por eso ahora iba a su encuentro, subiendo las escaleras y dirigiéndose a las habitaciones de los empleados, que era el último lugar donde supuestamente la habían visto.

Después de oír los golpes impacientes propinados en la puerta, Asha la abrió entornándola lo suficiente para sacar solamente la cabeza, y que nadie pudiera ver el interior.

— ¿Querías algo?—preguntó indecisa por su presencia allí.

—Sí, necesito hablar un momento contigo. —le contestó, a la vez que Jasira se retorció en sus brazos para ir al suelo.

—Este no es un buen momento. —respondió la keniana cortante, en tanto miraba temerosa hacia atrás.

Noa levantó sorprendida una ceja perfilando una curva perfecta.

— ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Pues yo, eh...

Pero no se quedó esperando a que inventara una excusa. Y aprovechando que la niña se quería colar dentro, empujó la puerta para acceder al interior.

— ¡Noa!

—Es de mala educación hacer esperar a la gente en la puerta.

Su ayudante estupefacta jadeó con fuerza.

—Es de peor educación entrar sin ser invitada. —replicó muy molesta.

—No lo hubiera hecho sino me hubieses negado la entrada.

—Yo no te he negado la entrada.

—Estupendo, ¿entonces porque estamos discutiendo?

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿no?

—Casi siempre, pero ese no es el tema hoy. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?—inquirió yendo directamente al grano, mientras se plantaba en medio de la habitación.

— ¿A mí?—preguntó con un brillo de miedo en sus ojos. — A mí no me ocurre nada.

— ¡JA!—bufó Noa cansada de tanta terquedad. —Eso no te lo crees ni tú. Estás de lo más rara conmigo desde anoche, y honestamente no tengo ni idea de por qué.

—Ya te he dicho que no me ocurre nada, solo son imaginaciones tuyas. Ahora si no te importa...—contestó señalándole con la mano la puerta todavía abierta.

—Por supuesto que me importa. Y no pienso irme de aquí hasta que aclaremos esto de una buena vez. —Le advirtió plantando las manos en la cintura. — Creía que tú y yo éramos amigas Asha, y las amigas no se ocultan cosas.

— ¿Amigas?—cuestionó su compañera abriendo los ojos exageradamente, para después callarse abruptamente por miedo a decir algo de lo que se arrepintiera después.

—Sí, amigas. ¿Acaso lo dudas?

Ésta abrió la boca para hablar, pero después rectificó, mientras intentaba esconder disimuladamente una bandeja de comida.

—No te cortes Asha, dime lo que tanto te molesta.

—Las amigas no se traicionan por la espalda. —masculló al fin, con los dientes tan apretados que le dolían, en tanto cerraba la puerta de su habitación.

Noa parpadeó varias veces al escuchar sus palabras tomándola totalmente por sorpresa.

—Yo no te he traicionado. —respondió dejando caer las manos a los costados.

—Y ahora me tomas por idiota. —Resopló sorprendida por su hipocresía. — Ayer os vi yo misma Noa, no hace falta que lo sigáis escondiendo.

—No sé de qué demonios hablas.

—No lo niegues, no me insultes de esa manera. Ten la valentía de admitirlo y ya está. —repuso cruzándose de brazos, más molesta si cabe que hace unos minutos.

—No puedo negar ni afirmar algo, de lo cual no tengo ni la más remota idea, Asha.

Ésta estalló al fin harta de tanta mentira. No entendía porque su supuesta amiga negaba lo evidente. Creía conocerla, pero evidentemente se había equivocado por completo. Al fin esa doble cara que había advertido en un principio, y que pensaba que solo utilizaba a modo de escudo, le demostraba la verdadera personalidad de Noa Montalbo. Su falsedad en todo su esplendor, demostrándole que al fin y al cabo, los jefes siguen siendo los jefes.

—No mientas más, y ten las narices de confesarme que tú y Pierre estáis juntos. — Gritó dolida. — Os pillé anoche a ambos abrazados en la parte trasera de la cocina. Y el que tuvieras que ir a cambiarte el vestido, solo quiere decir que...—enmudeció mientras notaba impotente como las lágrimas surcaban por sus mejillas. —No puedo tan siquiera imaginarlo sin que... sin que...

¡Oh Dios, como duele!—pensó la keniatá agarrándose el pecho y dándole la espalda.

— ¿Sin qué Asha? ¡Dime! ¡Me gustaría saber de qué se me acusa exactamente!—soltó decepcionada con ella alzando la voz también.

Y la pequeña Jasira, advirtiendo tanta tensión entre ambas mujeres, comenzó a llorar. Y Noa inconscientemente la levantó en brazos, acunándola entre ellos para que detuviera sus sollozos.

—Es evidente que piensas lo peor de mí, ¿no es cierto?—le recriminó enfadada. — Pero no sé de qué me extraño, por lo visto en este país es una maldita costumbre.

— ¿Acaso me lo vas a negar?—le preguntó su ayudante rabiosa, a la vez que se daba la vuelta y la enfrentaba. — ¿Tampoco es cierto que te pasaste el resto de la noche bailando con él, sin separarte en ningún momento de su lado?

—No, no lo voy a negar Asha, pero no es lo que tú te crees.

— ¡Sí, claro!—bufó exasperada. — No tardaste ni un minuto en echarme a sus brazos, ¿verdad? Y el muy canalla decía estar enamorado de mí. Pero así son los hombres, ¿no? Enseguida encuentran consuelo en los brazos de otra mujer, cuando un instante antes te prometían amor eterno.

De repente Noa entrecerró los ojos, cansada de tener que excusarse continuamente ante los demás.

— ¿Sabes qué?, ya estoy harta de tener que dar explicaciones de lo que hago o de lo que dejo de hacer. —soltó fastidiada por su actitud. Y de pronto una persona se acercó a ella, para coger en brazos a la niña que todavía seguía llorando. —Gracias Hadiya.

Y retomando su discusión con su ayudante prosiguió.

— ¿Qué creías que iba a hacer él después de tu rechazo Asha? ¿Esperabas que te guardara luto toda la vida? ¿Creías que iba a seguir esperándote como un perrito faldero después de tanto desplante?—y observó como ella bajaba la mirada avergonzada. — No sé a qué viene tanto reproche, cuando tú misma me dijiste que no sentías nada por Pierre. ¿Quieres que te recuerde el día en que te lo pregunté y me lo negaste rotundamente?

—No hace falta. —susurró abochornada.

—Niegas sentir nada por él, pero te molesta que hable con otras mujeres. Te quejas de que se preocupe por ti, pero en cuanto no lo hace te enfadas. En el instante que el hombre te regala un cumplido, le ladras una grosería. ¿O solo te molesta si lo hace conmigo? ¿Es eso? ¿El problema aquí soy yo?

—Tú no lo entiendes.

—Por supuesto que no lo entiendo, pero ni yo ni nadie. ¿Quieres saber de verdad porque estábamos abrazados anoche *amiga*?—preguntó con sarcasmo. —Nos encontraste así porque nos estábamos consolando mutuamente. Los dos somos tan idiotas que nos hemos enamorado... —he hizo una pausa al ver el dolor tan profundo que embargaba el rostro de la keniana. —... pero de las personas equivocadas, Asha.

Y su amiga empezó a llorar sin control.

—Cielo... —susurró acercándose a ella cuando la vio romperse. —Pierre está locamente enamorado de ti, y yo de Alonso. Los dos estábamos destrozados, porque tú lo habías rechazado a él, y Alonso prefirió a Vanesa antes que a mí. Solo me ofreció su hombro mientras yo lloraba por otro hombre.

— ¡Oh, Dios mío!—Sollozó impotente, por no poder parar ya tanto dolor acumulado. Y se sentó débilmente en la cama cuando las piernas le empezaron a fallar. — ¡Perdóname Noa! ¡Por favor, perdóname!

Y se abrazó a ella desesperadamente, mientras el sufrimiento que llevaba tanto tiempo guardado dentro salió a raudales. Era tan profunda su desolación, que como una riada sin control, Asha no pudo evitar que la angustia desbordara su corazón malherido. Le había dolido tanto o más que al francés el tener que rechazarlo. Y en nada le aliviaba el repetirse continuamente, que lo hacía porque ella también lo amaba profundamente, y no podía condenarlo a una vida sin futuro a su lado.

—Corazón, no tengo nada que perdonarte. —Le aseguró poniéndose de rodillas delante de ella, y acunando su rostro entre sus manos, mientras su cuerpo se estremecía por los sollozos. —Solo deseo que por una vez en tu vida seas sincera

conmigo, Asha. Es evidente que hay algo muy doloroso que te angustia, y no puedo ayudarte si no confías en mí. Creí que ya no había más secretos entre nosotras.

—Cuéntale, hermana. —intervino Hadiya.

Y ésta alzó el rostro desviando la mirada, para encontrarse con la de su familia más querida, al igual que Noa, en tanto una inmensa tristeza asomaba a sus húmedos y enrojecidos ojos. Los ojos de ambas, tan negros como la noche, mientras se comunicaban entre ellos sin palabras. Solo profesando el profundo amor que sienten, las que son sangre de la misma sangre, y han sufrido lo mismo.

Y con un fuerte suspiro asintió, para dirigirse a su amiga y confesarle por fin su verdad.

—Yo también lo amo Noa, ni te imaginas cuánto. Se me rompió el alma tener que rechazarlo, y te aseguro que no podría pasar por eso otra vez. Otra vez no. —confesó mientras se limpiaba las lágrimas con el reverso de las manos. — Pero porque lo amo más que a mi vida, sé que yo no puedo hacerle feliz. Y prefiero que me odie, si con ello consigo que encuentre el amor en otra mujer, que sí pueda darle todo lo que se merece. Pero eso no evita que me duela, ¿entiendes? No puedo evitar romperme en dos, cuando me mira con desprecio e ira, aun sabiendo que me lo tengo totalmente merecido.

Noa la miró aturdida sin entender nada. ¿Por qué alguien que era correspondido rechazaría a la persona amada? No tenía sentido. ¿Qué podía ser tan grave que impidiera a su amiga estar con el francés? Si ella estuviese en su lugar, y Alonso la amara tan intensamente como el chef amaba a Asha, no habría nada ni nadie en el mundo que la detuviera. Y desvió la vista un instante, intentando comprender por qué su ayudante actuaba como actuaba.

Y de pronto, la imagen de Jasira jugando con Janeeta y Hadiya en el suelo de la habitación, penetró en su desconcertada mente.

— ¡Ey, espera un momento!—exclamó cuando al fin cayó en la cuenta. — ¿Qué hacen tú hermana y tú sobrina aquí? ¿Acaso están de visita?

Asha con auténtico pánico en su rostro tragó saliva, mientras negaba con la cabeza al mismo tiempo.

—No. —Dijo después de unos interminables segundos de terror. —Se han escapado del poblado.

Noa observó primeramente a una y después a la otra varias veces, buscando la confirmación de esa noticia en sus rostros. Hasta que finalmente asumió las palabras dichas, para acto seguido abrir los ojos como platos y exclamar;

— ¡QUÉ!



—Bien, yo he cumplido mi parte del trato Sofía, ahora te toca a ti decirme donde se encuentra Derek. —exigió Alonso, después de instalar a la mujer en una celda habilitada de la embajada española.

Durante el camino, la italiana no abrió prácticamente la boca. Inquieta, se pasó el trayecto observando por la ventanilla y el espejo retrovisor, por si les seguía otro

vehículo ajeno al pequeño convoy del resort que se dirigía hacia Nairobi. Tenía verdadero pánico a que los asaltaran por el camino, o sufrieran algún tipo de emboscada. Pero eso nunca llegó a ocurrir. Los tres jeeps siguieron camino sin incidentes hasta la gran ciudad.

Y ahora, aliviada de haber llegado a salvo, se debatía entre contar toda la verdad o no.

—Solo te lo diré a cambio de que me prometas que no le ocurrirá nada.

—Ya me estoy cansando de tus evasivas doctora, tus requerimientos no tienen cabida aquí, y mi paciencia tiene un límite. Te ordeno que me digas ahora mismo dónde está ese desgraciado.

—No eres tú el que ahora da las órdenes, Alonso. —dijo, haciendo un gesto con la cabeza y señalando al policía uniformado, y al secretario de la embajada que se encontraban a su lado.

— ¡Sofía...! —la amenazó entre dientes, acercándose a ella y apretando con fuerza los barrotes de la celda.

—Yo cumpliré mi parte si me prometes que no le ocurrirá nada malo. —le retó dando un paso atrás inconscientemente.

El guía bajó la cabeza al suelo en tanto maldecía por lo bajo.

¡Perra malnacida!

Evidentemente no iba a matar a esa sabandija, aunque se muriera de ganas de hacerlo, pero le estaba quitando la posibilidad de desquitarse con él. Deseaba con todas sus fuerzas partírle la cara, y dejarlo lo suficientemente magullado, para que su viaje hacia España fuera lo más incómodo posible.

Levantó la mirada y observó la determinación en su rostro. Y por mucho que le fastidiara, ella tenía razón. Él allí ya no daba las órdenes. Y no podía arriesgarse. No podía permitir que esa alimaña intentara hacerle daño a Noa nuevamente.

—Está bien. —Cedió a regañadientes. —Prometo no tocarle ni un solo pelo. Pero tú a cambio me vas a decir toda la verdad, Sofía. No me creo ni por un momento que tu cómplice solo sea Derek, sé que alguien más os ha estado ayudando y quiero saber quién es.

Ésta después de pensarlo durante un segundo, asintió, convencida de que ya nada malo podría ocurrirle estando allí.

—Se encuentra en el Golden Day, un hotelucho a las afueras de Nairobi.

Alonso salió disparado de aquel lugar sin tan siquiera despedirse, seguido muy de cerca por el secretario de la embajada y el policía. En poco tiempo, organizaron con las autoridades locales un dispositivo policial de detención, en el pequeño hotel situado a las afueras de la ciudad. Y aunque al principio se negaron, al final cedieron a la presión del guía por poder acompañarles al operativo.

Pero su sorpresa fue máxima, cuando al echar la puerta abajo y entrar en la habitación alquilada a nombre de Derek, se encontraron a éste muerto y colgado del ventilador del techo con un cinturón.

— ¡Pero qué mierda...!

Alonso no daba crédito. Anonadado, observaba el cuerpo inerte del americano colgado por el cuello. Había deseado poder matarlo con sus propias manos, pero en el

fondo, solo había sido producto de su rabia y frustración, al sentirse traicionado por la persona a la que creía su amigo y compañero. En realidad hubiese hecho cualquier cosa, con tal de que todo aquello no hubiese ocurrido nunca.

Desolado salió de allí, preguntándose qué diablos iba a hacer a continuación. No estaba completamente seguro, tendría que esperar a lo que dictaminara la autopsia, pero casi podría apostar todo lo que tenía, a que la muerte de su antiguo guía no había sido un suicidio. Lo conocía lo suficiente para saber, que no tendría las agallas suficientes ni los motivos necesarios para hacerlo. Pues escondido en esa pocilga, era literalmente imposible que se hubiera enterado de que tanto él como Noa, habían descubierto todo su entramado delictivo. Por tanto, eso no hacía más que afianzar sus firmes sospechas sobre un tercer cómplice.

Pero si sus temores eran ciertos, entonces todo aquel asunto era mucho más peligroso de lo que realmente pensaba. Si alguien se había tomado la molestia de matarlo, es que no tenía ningún tipo de escrúpulo en hacer daño a cualquiera, por intentar borrar sus huellas. Ahora ya no dejaría su destino en manos de unos animales peligrosos, esta vez se había manchado las manos con sangre, y ya no pararía hasta eliminar cualquier cabo suelto.

¡No!

Se negaba en redondo a admitir, que cualquiera de los hombres con los que había trabajado codo con codo durante tanto tiempo, pudieran ser unos criminales de tamaña envergadura. Podría creer que fueran unos ladrones y chantajistas, pero asesinos... asesinos a sangre fría...

¡No! ¡Imposible! ¡Y menos él! ¡Él no llegaría tan lejos!

Pero, ¿y si estaba equivocado? Alonso se frotó inquieto la nuca.

¿Y ahora qué iba a hacer con Sofía? Si le contaba la verdad, seguramente se asustaría lo suficiente como para cerrarse en banda y no soltar prenda. Y necesitaba saber quién era el otro cómplice. Ahora más que nunca era imperativo, descubrir si sus suposiciones eran ciertas. No podría dormir tranquilo, sabiendo que entre sus hombres de confianza, se escondía uno capaz de matar sin remordimientos.

¡Todo esto apesta! ¡JODER!

Regresó cabizbajo a la embajada, y no pudo volver a hablar con la doctora, pues la situación había cambiado por completo. Las autoridades, al igual que él, creían que la muerte de Derek no había sido un suicidio voluntario, por lo que ahora estaba abierta una investigación policial en curso, de la cuál ellos se encargarían. Lo retuvieron durante unas horas mientras lo interrogaban, y acordaron ponerse en contacto con él si las pesquisas avanzaban de algún modo. Informándole además, que en unos días se pasarían por el resort para interrogar a los demás empleados, incluida por supuesto, la señorita Montalbo.

Alonso contrariado, no pudo hacer nada más por averiguar lo que necesitaba saber, y no le quedó más remedio que a regañadientes, aceptar la nueva situación. Salió del edificio para dirigirse a las oficinas de su abogado, y terminar de realizar todos los pendientes que aún le quedaban por hacer.



—A mi despacho, Asha, ¡ahora!

Ella asintió cabizbaja, sabiendo que se había metido en un buen lío. Pero no le había quedado otra opción que acoger a su hermana y su sobrina, a sabiendas de que eso podría costarle su empleo. Había estado mucho tiempo esperando angustiada el momento en el que aparecería por esa puerta, y ahora que había llegado, no podía por menos que ayudarla, costara lo que costara.

— ¡Por favor, no la despida jefa Noa!—rogó Hadiya muy nerviosa retorciéndose las manos. —Ella no ha tenido la culpa. Yo me presenté aquí con mi hija y...

—Tranquila Hadiya, nadie va a despedir a tu hermana. —aclaró intentando calmarla. —Pero necesito hablar con ella a solas, ¿lo entiendes?

Ésta asintió rápidamente, con una expresión de auténtico pánico en su semblante, y Noa esbozó una sonrisa tranquilizadora. Con un gesto de cabeza ordenó a su ayudante que fuera saliendo, y antes de seguirla, le pidió un favor a su hermana.

— ¿Puedes quedarte un momento cuidando de Jasira mientras hablo con Asha?

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

Y salió de la habitación, para mantener una conversación muy seria con su empleada. Sospechaba que algo muy grave había ocurrido, y necesitaba de una vez por todas que le contara toda la verdad. Pero cuando cerró la puerta se cruzó con Amali. Y una idea cruzó como un rayo por su cabeza, mientras una sonrisa perversa asomaba a sus labios, cuando al oído le susurró una orden que a lo mejor cambiaría la vida de su amiga.

Aunque quizás, también podría acabar con su amistad definitivamente. Pero Noa sacudió la cabeza alejando ese pensamiento. Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir. Si Asha no lo hacía, lo haría ella en su lugar. Había hecho una promesa y estaba resuelta a cumplirla, por lo que decidida entró en su despacho, dejando la puerta entreabierta a propósito.

—Bien. —Comenzó mientras se sentaba en su silla, y le hacía un gesto a su ayudante para que hiciera lo mismo. —Creo que ya va siendo hora de que me cuentes que está ocurriendo aquí.

La mujer bajó la mirada sintiéndose arrepentida y avergonzada. Había rezado porque ese momento no llegara nunca, pero evidentemente la suerte no estaba de su lado. En ese instante, lamentaba todo lo malo que había pensado de su jefa, cegada por la ira y el dolor que no la habían dejado pensar con claridad, y pagando con Noa toda esa amargura que acumulaba dentro. Si hubiera confiado más en ella, no se sentiría tan miserablemente como lo hacía ahora. Había despotricado contra su amistad, siendo ella la única que la había traicionado.

—Antes de nada, quiero pedirte disculpas por mi anterior comportamiento. —comenzó sin despegar la mirada de sus manos, que retorcían nerviosa la tela de su vestido. —He dicho cosas que lamento profundamente, acusándote de traicionar nuestra amistad, cuando evidentemente la única que lo ha hecho he sido yo.

—Asha, mírame. —solicitó con firmeza. Y cuando ésta lo hizo le dedicó una sincera sonrisa. —Eso está olvidado.

Y lágrimas de agradecimiento se acumularon en las comisuras de sus ojos.

— ¡Dios mío Noa, lo lamento tanto!—sollozó sin poder evitarlo. — ¡Perdóname, por favor! ¡Perdóname!

Ésta se levantó corriendo para abrazarla.

— ¡Chss... ya está! ¡No llores! Escúchame cielo, las amigas estamos para lo bueno y para lo malo, ¿de acuerdo? Ahora necesito que me cuentes que está pasando para poder ayudarte, ¿sí?

Asha asintió, mientras daba gracias a Dios por tener a alguien así a su lado. Y carraspeó buscando la voz para comenzar a contar su historia.

—No sé por dónde comenzar.

—Ven conmigo. —le pidió con ternura, y la ayudó a sentarse con ella en el suelo, después de entregarle una caja de pañuelos de papel. —Empecemos por el principio, ¿vale?

Su amiga se sonó la nariz, y comenzó a hablar después de coger aire y exhalarlo con fuerza.

—Como ya sabes, la cultura africana tiene costumbres y tradiciones muy antiguas y arraigadas. Celebramos ritos y ceremonias, la gran mayoría totalmente inofensivas para el ser humano, generalmente para pedir abundancia en nuestras cosechas y ganado. Pero hay otras que por desgracia no lo son. Tienes que entender que para nuestro pueblo, son prácticas aceptadas con normalidad. Llevan tantos siglos practicándose, que no se cuestionan, aunque en realidad sean una auténtica aberración.

Y suspirando con pesar, la mujer hizo acopio de valor para contarle lo que tanto ella como su hermana, habían padecido en sus propias carnes, cambiándoles la vida completamente. Creándole, sobre todo a ella, un trauma tan grande, que no había podido llevar una vida plena y normal desde aquél fatídico día.

— ¿Has oído hablar alguna vez de la ablación genital femenina?

— ¡Por Dios!—exclamó Noa horrorizada tapándose la boca con las manos. —No me dirás que a ti... a tu hermana...

La keniana asintió con pesar. Y de pronto, Noa cayó en la cuenta abriendo los ojos desmesuradamente.

— ¡Virgen Santa! ¿Le han hecho lo mismo a Janeeta?

—Todavía no, pero estaba previsto que se lo hicieran dentro de dos días. Mi hermana intentó por todos los medios que eso no ocurriera, pero fue en vano. Me pidió ayuda Noa, y no podía abandonarla.

—Entiendo.

—Es mi sobrina, y no íbamos a permitir que pasara por el mismo calvario que pasamos nosotras. Llevábamos meses planeando lo que hacer si llegaba este momento, y no le han dejado otra opción más que abandonar a su marido, y por supuesto, a mis padres y la aldea.

— ¿Cuáles serán las consecuencias que conllevará lo que ha hecho tu hermana?

La ayudante estrujaba compulsivamente un trozo de pañuelo entre sus dedos.

—Con suerte solo el destierro, pues gracias a Dios es una práctica ilegal, y está penado con tres años de cárcel y multas cuantiosas. Incluso con la pena de muerte si la menor fallece. Pero todo depende del grado de corrupción de las autoridades. Hay algunos que miran hacia otro lado, después de recibir una buena remuneración, sin

importarles en absoluto el destino de la madre o de la hija, si son encontradas por sus familiares.

—Pero eso no va a ocurrir, ¿de acuerdo?—le aseguró Noa agarrándola de ambas manos para insuflarle aliento. —No dejaré que eso ocurra. Te lo prometo.

Asha sonrió agradecida, sabiendo que si había alguien en el mundo que podría ayudarlas, sería precisamente ella. Y gimió internamente, increpándose por haber sido tan estúpida, y no haber confiado antes en Noa. Esa mujer le había demostrado ser una excelente persona y una increíble amiga. Y se prometió no volver a dudar nunca más, de esa amistad y lealtad que había surgido entre las dos. Jamás volvería a poner en duda, el cariño sincero que había nacido entre dos personas tan distintas como ellas. Nunca más.

—Gracias. —susurró emocionada.

—Ni te molestes en darlas. —le advirtió.

Y mientras digería toda esa información, Noa no pudo evitar hacer la pregunta que rondaba en su cabeza.

— ¿Por qué lo hacen?—preguntó horrorizada. — Lo siento cielo, pero no encuentro ningún motivo justificable para poder cometer semejante absurdo.

—Sé que es difícil de entender. Ni yo misma puedo comprender, los motivos que han llevado durante siglos a mi pueblo, a practicar esta horrible costumbre. Pero al igual que el hombre sufre la circuncisión de su prepucio, a las mujeres nos extirpan el clítoris en una ceremonia de “purificación”. Las matronas de la tribu, deciden cuando es el momento propicio para realizar el ritual, que suele coincidir con el matrimonio pactado de la niña en cuestión. Pues se cree, que es la iniciación para prepararla en el papel de esposa y madre, y que no podría ejercer sin esta amputación ritual. Por eso nunca es a una edad concreta, aunque suele ser antes de la pubertad. También afirman, que una mujer “circuncidada” tiene un impulso sexual menor, y por eso guardará más fácilmente la fidelidad conyugal.

—Es una barbaridad. —soltó entre indignada y confusa. —No puedo ni imaginar por lo que tuviste que pasar.

Asha desvió la mirada intentando no volver a llorar, aunque le estaba resultando muy duro. Los recuerdos se agolpaban a su mente, volviendo a revivir nuevamente ese angustiante momento, por el cual todavía sufría terribles pesadillas de noche.

—Fue horrible.—afirmó después de tragar saliva con fuerza.—Una niña no puede llegar a entender, porque las personas a las que más amas, como son tu abuela, tu tía, y tu propia madre, te sujetan y te abren las piernas, mientras otra te corta una parte de ti misma con una mugrienta hoja de afeitar. Gritando indefensa y aterrorizada, mientras te infringen un dolor tan espantoso, que llegas a desmayarte o quedarte en estado de shock.

— ¡Dios mío Asha, no sabes cuánto lo siento!

La mujer levantó la mirada hacia el techo, intentando retener las lágrimas que pugnaban por salir nuevamente.

—Todavía no puedo perdonarme, el no haber podido evitar que Hadiya pasara por lo mismo.

—Solo eras una niña, cielo. No te culpes por algo que era inevitable.

—Al menos tengo el consuelo, de que a ella no le quedó ninguna otra secuela, al contrario que a mí. — y se mordió el labio tembloroso, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Noa tenía miedo de preguntar. En ese momento deseaba poder salir de allí corriendo, para poder gritar de frustración y de... rabia.

Sentía vergüenza. Sí, vergüenza por lloriquear como una estúpida durante todos aquellos años, creyendo que había sufrido injustamente a manos de su familia. Lo que ella había pasado en comparación con la tragedia de Asha, era una simple disputa familiar. Nada de lo que había soportado podía compararse con eso. Nada.

— ¿Qué...? ¿Qué te pasó?

—Sufrió una infección tan grave que estuve al borde de la muerte. —le reveló con una inmensa tristeza en su mirada. —Consiguieron salvarme la vida, pero gracias a ello jamás podré tener hijos propios.

E hizo una pausa para tomar valor y confesarle su dolor más profundo.

—Por eso no puedo estar con Pierre a pesar de lo mucho que lo amo, ¿entiendes? No puedo condenarlo, a estar con una mujer que no puede darle hijos ni formar una familia juntos. Yo... yo no soy una mujer completa Noa, y... y... no podría hacerlo feliz nunca.

—Cariño, eso no es cierto.

—Sí, sí que lo es. —rebatió con tristeza levantándose del suelo alterada. —Estoy rota, ¿entiendes? ¿Qué puedo ofrecerle a él, Noa? ¡Nada! Nada que no sea dolor y trauma. Nunca he estado con un hombre íntimamente, y... y... no sé si podría hacerlo. Detesto mi cuerpo, odio en lo que me han convertido. ¿Cómo podría quererme nadie cuando ni yo misma me soporto? Lo mejor para él es que me olvide. Que encuentre a una mujer que sí le merezca, que pueda darle la vida que yo no puedo. Que lo ame y lo haga feliz.

—Esa decisión debería de tomarla yo, ¿no crees *chérie*?

— ¡Pierre!—Exclamó Asha cuando vio entrar al francés en la habitación, e inmediatamente giró la cabeza para lanzarle una mirada de reproche a su amiga

Ésta se encogió de hombros simulando inocencia. Y la keniata empezó a recular, cuando advirtió que el hombre se dirigía directamente a ella.

— ¡No! ¡Vete! ¡Quiero que te vayas!—le suplicó cuando él la arrinconó contra la pared. — ¡Márchate! ¡Déjame en paz!

—*Contrairement à mon amour*, mi sitio está aquí, contigo.

— ¡Por favor, Pierre! ¡Te lo ruego!

—No lo hagas *mon petit*, no te va a servir de nada. — la advirtió rodeándola entre sus brazos. — Yo decido con la mujer que quiero estar y no tú, ¿me has entendido? Soy lo suficientemente inteligente, para saber quién me puede hacer feliz y quién no, ¿*d'accord*? Y a pesar de que eres la mujer más terca, más necia, orgullosa, y cabezota que he conocido en mi vida... También eres la mujer más valiente, hermosa, e increíble, que he llegado a tener la suerte de encontrar. No puedo estar más orgulloso de ti *ma vie*, no después de saber por todo lo que has pasado.

Y aquí el hombre se paró, para levantarle el rostro delicadamente y que lo mirara directamente a los ojos.

— ¡Oh, mon Dieu Asha! *Je t'aime mon amour. Je t'aime.*

Y con la misma delicadeza, unió sus labios contra los de ella para sellar esa declaración de amor.

—Siempre estaré a tu lado *ma princesse*, los dos juntos formaremos esa familia que tanto deseas. —Susurró contra sus labios, para a continuación besarla nuevamente con más pasión. —Para siempre, *mon amour*.

— ¡Pierre...!

Y esta vez la mujer no pudo evitar, corresponder esa pasión que a ella misma le desbordaba. No podía seguir luchando contra ese sentimiento tan fuerte y cálido, que derribaba como frágiles plumas todas sus defensas. El chef había aprovechado ese momento de debilidad, para echar abajo las barreras que con tanto esfuerzo había levantado. Estaba cansada de sufrir, de luchar contra un imposible, de negarse ese amor que con tanto anhelo deseaba. Debía intentar dejar atrás todos sus miedos y sus temores, para dar paso a la felicidad y la alegría que la vida le debía. De resarcirse por todo lo que le habían robado, su inocencia, su niñez, sus sueños, su futuro. Se merecía una esperanza, una oportunidad. Y lucharía por ella con uñas y dientes si hiciera falta. Pero esta vez no se la arrebatarían. Esta vez no. Y lo más importante, no lo haría sola.

—Ejem. —carraspeó Noa incomoda al ser testigo de un momento tan íntimo entre dos personas. —Ejem. —volvió a carraspear en un intento de llamar su atención.

Pero claramente la pareja no era consciente de su presencia, entretenidos como estaban en otros menesteres.

—Bueno, obviamente os habéis olvidado de mí. —dijo en voz alta señalando lo evidente. —Así que como sobro, pues...

Pero nada. Tanto Pierre como Asha seguían ajenos a nada más que no fueran ellos mismos.

—Creo que es mejor que me vaya. —murmuró abochornada.

Y con la mano en el pomo de la puerta se giró para comentarles.

—Sí queréis podéis cogeros el día libre... y eso.

Y como ambos seguían besándose con pasión, murmurando palabras de amor, Noa decidió que lo mejor era no molestarles más. Pero cuando estaba a punto de cerrar la puerta, y darles esa intimidad que necesitaban, se acordó de algo importante y asomó un poco la cabeza para decir;

—Lo siento Pierre, pero todo el día no puede ser porque hoy llegan los nuevos clientes y...—abrió un ojo para comprobar que seguían sin advertir su presencia. —... y ya lo hablaremos más tarde mejor.

Y cerró con suavidad para marcharse de allí feliz por ellos, pero sonrojada hasta las raíces del cabello.



Cuando Alonso llegó al resort, todavía no habían llegado los clientes nuevos. Y creyó oportuno hablar cuanto antes con Noa, pues después sería bastante difícil encontrar un momento de tranquilidad. Quería ponerla al tanto de todas las novedades y noticias que traía, por lo que le preguntó inmediatamente por su paradero a Asha, que justo se encontraba enfrente de él dando las últimas indicaciones a una empleada de la limpieza.

— ¿Sabes dónde está Noa? Necesito hablar con ella urgentemente.

—La dejé en la cocina echando una mano.

— ¿Echando una mano?

La mujer abochornada no pudo evitar sonrojarse, al recordar el motivo exacto de la demora que estaban sufriendo en ese momento. Que no había sido otro, que la pasión desmedida entre ella y Pierre, y que los había retrasado de forma considerable. A pesar de que se había opuesto enérgicamente, Noa se empeñó en ayudar al chef en la cocina, cuando fue más que evidente que si no se apuraban al máximo, no iba a haber cena que ofrecer a los clientes esa noche.

—Sí, bueno... ejem... hubo un pequeño retraso... y...nada grave, pero... bueno yo...

Alonso enarcó una ceja al advertir el extraño comportamiento de la mujer, pero en ese momento no tenía tiempo de adivinar qué le pasaba a su empleada. Por lo que se giró de repente, cortando de inmediato la confusa y aturullada explicación que le estaba ofreciendo.

—Da igual, yo mismo voy a buscarla. —Y se encaminó decidido hacia el lugar donde se suponía que debía encontrarla.

Cuando Alonso y Asha llegaron a la puerta de la cocina, se quedaron congelados al escuchar las siguientes palabras.

—Abre bien Noa, con cuidado y todo lo que puedas.

— ¿Así es suficiente?

—*Oui chère*, así es perfecto.

— ¡Oh, Pierre, esto está muy caliente!

—Lo sé, soy consciente. Ahora tengo que introducirlo despacio... poco a poco... así... *très bien*.

El guía miró totalmente descolocado a la keniana, no dando crédito a lo que estaba escuchando detrás de la puerta.

—Alonso, estoy segura que no es lo que parece.

— ¡Cállate!—le ordenó furioso.

Prestando nuevamente atención a lo que estaba sucediendo dentro.

— ¡Madre mía, nunca creí estar haciéndolo contigo! ¡Es increíble, Pierre! ¡Ah, me encanta!

—Está mal que yo lo diga *mon petit* pero soy el mejor. Lo que yo hago está al alcance de muy pocos.

—Eso es cierto, tienes unas manos increíbles.

—Estoy totalmente de acuerdo *mademoiselle*.

—Tengo que decírtelo, ¡me muero por probarlo!

—No seas impaciente *mon amour*, acabamos de empezar.

¡BASTA!—pensó el guía furibundo al escuchar esas palabras.

Y rojo de ira no pudo aguantar más, y abrió la puerta con ímpetu dispuesto a pillarlos in fraganti. Pero ésta, debido al potente impulso chocó con fuerza contra la pared, y rebotó contra ella estampándose en toda la cara.

— ¡JODER!—soltó con rabia, mientras se echaba las manos a su rostro, pues estaba seguro que se había roto la nariz con el impacto. — ¡Maldita sea! ¡Me cago en...!

Detrás de él apareció Asha, solo para encontrarse con su jefa agarrando la puerta del horno con los ojos como platos, mientras Pierre introducía una bandeja dentro a rebosar con carne de cordero para asar.

— ¡Por el amor de Dios!, ¿te encuentras bien?—preguntó Noa recuperándose de la impresión, y acercándose al guía asustada al ver la sangre que manaba de su nariz.

— ¡¿Qué si me encuentro bien?!—Rugió enajenado, mientras le arrancaba de las manos, el trapo limpio que le llevaba para intentar cortar la hemorragia. — ¡Exijo saber, ¿qué cojones está pasando aquí?!

Y observó como ella daba un paso atrás sorprendida por su reacción desmedida.

Alonso barrió con la mirada la cocina al advertir que algo no cuadraba, pues se encontraba completamente vestida, y no a solas con Pierre como en un primer momento había sospechado. Tanto ellos dos, como Baakir y Zawadi, no salían de su asombro, confusos por lo que estaba pasando.

— ¿De qué hablas?—preguntó Noa desconcertada por su arranque violento.

Éste maldijo en alto, por haberse dejado llevar por ese impulso irrefrenable producido por sus celos desmedidos, y huyó de la estancia completamente abochornado, para irse a esconder a su despacho.

— ¡Soy un completo imbécil!—rugió furioso por su estupidez, mientras se sentaba en la silla y elevaba la cabeza apoyándola en el respaldo.

—En eso estamos de acuerdo. —concluyó Noa, entrando en la habitación después de haberlo seguido.

— ¿Qué haces aquí?—inquirió de malas formas.

Ésta levantó una ceja sorprendida, para después chistar con la lengua, dando a entender que no se podía ser más necio de lo que ya era. Y Alonso mentalmente le dio la razón.

—Intentar que no mueras desangrado. —expuso mientras le quitaba el trapo, y examinaba su nariz que se estaba empezando a hinchar a pasos agigantados.

—Soy médico, *niñata*, y creo que sé exactamente cuándo puedo morir por exanginación y cuando no.

—Un médico bastante torpe por cierto. —Señaló, en tanto que apretaba el trapo contra su cara, arrancando un siseo de dolor al guía. —Voy a por un poco de alcohol y unas gasas.

Pero antes de llegar a la puerta se volvió para preguntarle.

—A no ser que prefieras que avise a tu *novia*.

Éste le lanzó una mirada furiosa.

—Estoy cansado de decirte que no es mi novia, *niñata*. —y separó el trapo de la cara para comprobar por sí mismo que no se había roto el tabique nasal. —De todas formas no hace falta que le digas nada, no quiero preocuparla.

—Por supuesto. —respondió con sarcasmo, y se dirigió al dispensario a por los productos sanitarios.

Cuando volvió, le hizo las curas con presteza y en silencio, solo roto por algún quejido que otro. Y durante todo ese tiempo, Alonso no le quitaba ojo de encima, devorándola con la mirada y deseando poder arrancarle esa fría pose a base de húmedos y calientes besos. Observó atentamente, cómo arrugaba ligeramente el entrecejo totalmente

concentrada, mientras sus impresionantes ojos azules demostraban compasión cada vez que se quejaba por el dolor. O cómo un rebelde y sedoso cabello rubio le caía hacia delante, haciéndole cosquillas en la cara, y que ella molesta, apartaba con impaciencia.

Ojalá pudieran volver a la sabana, deseó él con pesar, y recuperar la magia que habían vivido los dos durante aquellos escasos días. Olvidando sus diferencias, y apartando sus miedos y reproches en lo más profundo de un agujero. Alonso precisaba sentirla, amarla, tocarla, besarla... Hundirse en ella una y otra vez, demostrándole lo importante que era para él, y lo mucho que la necesitaba a su lado.

¡Dios!, esa mujer se le había metido debajo de la piel, como nunca en la vida podría habérselo imaginado. Y en esos momentos y a pesar de estar magullado, no podía apartar la mirada de su sexy boca, y por la cual se moría por besar.

—Gracias por preocuparte por mí. —susurró quedamente.

Noa dejó la mano suspendida en el aire, al escuchar esa voz ronca por el deseo. Y buscó su mirada para advertir, como sus pupilas dilatadas indagaban en lo más profundo de ella. Abrió la boca inconscientemente, mientras se perdía en ese abismo, hipnotizada por su embrujo, y olvidando la noción del tiempo y el espacio. Su corazón comenzó a latir desbocado, a la vez que su sangre rugía a través de su cuerpo, haciéndola sentir cada roce de su piel, cada aliento que exhalaba, el calor que desprendía, el aroma que la embriagaba...

—Por nada, lo hubiera hecho por cualquiera. —murmuró tan bajito, que por un momento creyó que no había hablado en alto.

— ¿Estás segura?—le preguntó él, acercándose más a ella y agarrándole por la cintura para apresarla entre sus piernas.

—Completamente. —respondió casi en un suspiro, mirando embelesada esa boca que la atraía como un imán.

—Es una pena. —reconoció Alonso, acercando su cara a la de ella a escasos centímetros.

— ¿Por qué?

—Porque me gustaría agradecértelo de una forma muy... —y rozó con sus labios los de ella, a punto de hacer algo que llevaba deseando demasiado tiempo. —...especial.

Y cuando justo estaba a punto de besarla, escucharon la voz de una mujer entrando en el despacho.

— ¡Noa, cariño, ¿estás aquí?!

Ésta se separó de él de forma atropellada, mientras confundida no daba crédito a lo que sus ojos veían.

— ¡¿Mamá?!—exclamó de forma chirriante.

Capítulo 27

—Siento la interrupción. —se disculpó Asha consternada. —Pero tu madre exigió hablar urgentemente contigo.

Su amiga asintió con la cabeza entendiendo su aflicción.

— ¿Qué está pasando aquí?—preguntó la mujer, lanzándoles una mirada inquisitiva a ambos.

—Nada mamá. —contestó Noa acercándose a ella. — ¿Y tú? ¿A qué se debe esta visita tan inesperada?

—Solo vine para saber cómo estabas, ya que no te dignas a contestar mis llamadas. —le respondió la mujer sin apartar la vista de Alonso.

Éste todavía pasmado por su presencia no había abierto la boca, pues estaba viendo una réplica exacta de Noa, pero con unos cuantos años más. La mujer que tenía delante era alta y esbelta, con un porte y una elegancia extrema, y los mismos e impresionantes ojos azules de su hija. A diferencia de un velo de tristeza, que los apagaba y no los hacía tan brillantes como los de ella, y un marcado rictus de soberbia en su rostro.

Su presencia en cierta forma lo intimidaba. La postura rígida demostraba altivez y orgullo, como si no estuviera cómoda con el ambiente, y se sintiera totalmente fuera de lugar. Era como hallarse delante de una persona, que sabía que algo malo habías hecho. O por el contrario, estaba esperando a que cometieras un error garrafal, para después echártelo en cara. Lo hacía sentir inseguro y no era una sensación para nada agradable.

Y un tanto extrañado, pudo advertir como a pesar de haber realizado un viaje tan largo e incómodo, su vestimenta estaba impoluta y sin una arruga, algo que a él se le antojaba increíble.

—Bienvenida a Resorts Montalbo. —la saludó Alonso, recuperando el habla y ofreciéndole la mano para estrechársela.

La mujer siguió su gesto con la vista, para después ignorarlo y dirigirse a su hija, mientras el guía recogía su brazo violentado por el desprecio evidente.

—No estaba enterada de que ya habían llegado los clientes, sino te hubiese recibido yo misma. —señaló Noa advirtiendo el gesto poco amable de su madre.

—Pues hubiese sido un detalle por tu parte. —soltó ésta molesta, mientras examinaba el lugar con un leve fruncimiento de nariz. —Aunque veo que estabas ocupada en *otros* menesteres.

Noa puso los ojos en blanco, a la vez que negaba con la cabeza. No había echado de menos para nada a su familia, a no ser aquel extraño momento de nostalgia del cual ahora se arrepentía, al reparar en esa faceta tan desagradable que dejaba en evidencia ese lado snob, que no sabía muy bien si consciente o inconscientemente, dejaban relucir tan a menudo.

—Por cierto, el hombre que tan educadamente te ha dado la bienvenida, es Alonso Rivas. Él es el encargado de todo el complejo hotelero, así como también guía, y

responsable de las excursiones que se realizan. Además de ser el médico jefe del resort. —le presentó con orgullo. —Alonso esta es mi madre, Cayetana Ortiz.

La mujer lo miró por encima, poniendo en evidencia su escaso interés en él, pues no le había impresionado en absoluto sus diversas facetas, que tan convenientemente su hija había intentado ensalzar.

—Encantada. —le respondió con desidia.

Y él apretó con fuerza los dientes, sintiéndose insultado por sus formas. Pero aun así, por respeto, le devolvió el saludo con un asentimiento de cabeza. Y Asha aprovechó para intervenir, advirtiendo el tenso momento que reinaba en ese instante.

—Lo siento Noa, estabas ocupada y no quise molestar, sino ten por seguro que te hubiese informado antes. —se excusó su ayudante.

—No te preocupes cielo, mi querida madre tampoco tuvo el detalle de avisarnos de su llegada.

Ésta arrugó el ceño al advertir las confianzas de su hija con esa empleada, y se anotó mentalmente el recordarle su error más tarde.

—Fue todo demasiado precipitado, estaba preocupada y vine en cuanto pude.

— ¿Tú preocupada?—preguntó sorprendida.

—No sé de qué te extrañas, soy tu madre, y es lógico que me alarme cuando no sé nada de mi única hija durante semanas.

Noa abrió la boca para soltarle una respuesta mordaz, pero se mordió la lengua, pues aquél no era ni el lugar ni el momento para decirle lo que realmente pensaba.

—Quizás tu madre esté cansada del viaje, y quiera asearse y cambiarse antes de la cena. —propuso Alonso tragándose el orgullo.

—Vaya, es lo único sensato que he escuchado desde que he llegado.—dijo aliviada de tener una excusa y poder salir de allí.— Así que cariño, enséñame mi alojamiento para poder quitarme este... —y se llevó los dedos a la nariz en un gesto de profundo asco.—... malestar. Y tú...—le ordenó a Asha. —...puedes encargarte de mis maletas.

Alonso apretó con fuerza los puños conteniéndose. Desde que esa mujer había entrado por la puerta, lo había insultado a él, a su propia hija, y ahora a Asha tratándola como una criada. Y estaba en un tris de saltar y ponerla en su lugar. No soportaba a la gente de su clase. Era lo que había odiado de su hija cuando llegó a ese lugar, y en verdad esperaba que como en ella, su actitud fuera toda fachada. Por tanto, porque era la mujer de su jefe y la madre de Noa, intentó controlarse todo lo que pudo.

—Si no le importa, su hija tiene cosas más importantes que hacer. —habló por fin de forma tajante. —Con mucho gusto Asha le enseñará su próximo alojamiento, y se encargará de que alguien le lleve sus pertenencias.

—Creo que no me he explicado con suficiente claridad. —Replicó la mujer con arrogancia. — He venido para estar con mi hija y quiero que ella me acompañe.

—Mamá, no puedes venir y...

—Creo que el que no se ha explicado suficientemente claro he sido yo. —Continuó él obviando su intervención. — Como le he manifestado anteriormente, su hija tiene mejores cosas que hacer, que acompañarla a usted y cumplirle sus caprichos.

La mujer abrió los ojos sorprendida por su tono. Y Noa enseguida intervino, pues conocía lo suficientemente al guía, para saber que estaba a punto de explotar.

—No te preocupes Al... onso.—terminó rectificando enseguida, al darse cuenta de que había usado el apelativo cariñoso, con el que se dirigía a él cuando habían estado juntos.— No me importa en absoluto acompañar a mi madre, y así también nos pondremos al día de nuestras cosas.

—Todavía no hemos acabado de hablar tú y yo. — advirtió él, sin desviar la vista de la otra mujer, a la cual se le habían bajado un poco los humos al escuchar su tono acerado.

—Alonso...

—Oiga joven, no le consiento que le hable así a mi hija, ni por supuesto a mí. Sería conveniente que tuviera un poco más de educación y...

—Mamá...—intentó mediar Noa, que se encontraba en medio de dos guerras desatadas, cada cual más orgullosa y terca.

—Señora. —lo interrumpió él con los dientes apretados. —No me haga decirle lo que me import...

— ¡BASTA!—bramó al fin exasperada. Y dirigiéndose al guía le espetó. — ¡Tú, hablaremos más tarde!

— ¡Noa...!

— ¡Más tarde!— declaró enfadada ignorando su advertencia.

Y girándose hacia su madre y agarrándola por el brazo le dijo.

—Y tú, es mejor que salgas de aquí antes de que me arrepienta, y deje que te diga todo lo que te mereces. —y la empujó con firmeza para salir las dos del despacho.

Asha anonadada no sabía muy bien cómo actuar. Primero miró a Alonso, advirtiéndole como éste con los dientes y los puños apretados, observaba a las dos mujeres salir de la estancia. Y después siguió con la vista a su amiga, la cual seguía increpando a su madre mientras la llevaba lejos de la presencia del guía. Y decidió seguirla a ella, pues creía poder ser de más ayuda en ese lado del conflicto.

— ¡Ese hombre es insufrible!—estalló Cayetana sintiéndose ultrajada. —No he visto persona más grosera y maleducada que él.

Y de pronto se encogió asustada, al escuchar el fuerte golpe con el que Alonso cerró la puerta, para no tener que escuchar sus injurias.

—Te puedo asegurar mamá, que ha sido más prudente de lo que acostumbra. Además, te lo tenías completamente merecido.

— ¡Esto es el colmo, Noa!, ¿cómo puedes defenderlo? En ningún momento he hecho nada para que me trate de esa manera tan abominable.

— ¡Oh sí, sí que lo has hecho! El problema, es que estás tan acostumbrada a mirar siempre por encima del hombro a los demás, que no te das cuenta de lo que haces.

— ¡Eso no es cierto hija!—jadeó perpleja por sus palabras.

Noa puso los ojos en blanco, pues sabía que era una batalla perdida. E hizo examen de conciencia, reconociendo, que si cuando ella llegó actuó de la misma manera, ahora entendía la reacción de Alonso. Y eludiendo a propósito el malestar de su madre, se dirigió a su compañera.

—Cielo, ¿hay alguna habitación libre donde la podamos instalar?

—Una pareja ha anulado la reserva en el último momento, por lo que queda un bungalow libre esta semana.

—Perfecto. —suspiró tranquila, ya que si además tenía que escuchar las quejas de su madre, sobre el alojamiento durante el tiempo que se iba a quedar, podría volverse loca. —Pues hospédala de momento en esa cabaña, y pídele a Asir o a Shukrani que te ayuden con el equipaje.

—Muy bien.

Y la keniata salió presurosa para realizar su cometido.

—Cariño, tengo que advertirte que no puedes tratar así a tus empleados. Si te diriges a ellos con tanta familiaridad, lo único que conseguirás es que no te respeten como deben.

—Lo estás haciendo de nuevo mamá. Te puedo asegurar, que Asha antes de empleada es mi amiga, y yo decidiré la manera más adecuada de dirigirme a ella, o a cualquiera de los demás miembros que conforman este equipo, gracias.

—No creo que sea lo más conveniente, hija. —Insistió mientras bajaba las escaleras. —Esto tu padre nunca lo hubiera permitido. Y es por culpa de ese desacierto, que ese hombre se comporta como lo hace. ¡Como un salvaje!

—Gracias a Dios, yo no soy mi padre. —respondió soltando un fuerte suspiro.

Minutos después, se encontraron con su ayudante y Asir en la cabaña que había quedado vacía. Y después de dejar sus maletas, para que las pudieran deshacer, Noa le pidió a su amiga que le mandara a Hadiya con la pequeña Jasira. Ésta asintió, y fue a buscar a su hermana, la cual después de lo que había pasado esa mañana, era la candidata perfecta para a partir de ese mismo momento ser la cuidadora de la niña. Información que tenía que compartir con Alonso, y por lo que Noa sentía cierta desazón, al no estar muy segura de cómo se tomaría la noticia.

— ¿Cuánto tiempo piensas quedarte mamá?—le preguntó mientras la ayudaba a deshacer las maletas.

—No lo sé, supongo que durante unos días. —respondió examinando el lugar y poniendo cara de circunstancia.

—No tienes por qué seguir buscando excusas. Ahora que ya has visto que estoy bien, puedes volver y darle un informe detallado a papá.

—No he venido hasta aquí para hacer de espía de tu padre Noa, en verdad estaba preocupada por ti.

Ésta expresó incredulidad y se paró un segundo para tantear a su madre.

—Perdona mi escepticismo, pero me cuesta mucho creer lo que dices.

—Y a mí me duele que lo hagas. —le recriminó con pesar. —Te lo creas o no, tu hermano y tú siempre habéis sido lo más importante para mí.

Ella no pudo evitar reírse con cinismo y su madre le lanzó una dura mirada.

— ¿No sé de qué te ríes?—le preguntó molesta.

—Pues de tu inútil intento, en hacer el papel de buena madre ahora. Llegas un poco tarde para eso, ¿no crees?

—No entiendo porque piensas eso de mí. —Le contestó mientras colgaba unas blusas en el perchero. —Sé que no he sido la mejor madre del mundo, que no hemos tenido una comunicación fluida entre las dos, y que he cometido errores como cualquiera, no soy perfecta. Pero te aseguro que lo que he hecho, siempre ha sido creyendo que era lo

más conveniente para mis hijos. Y solo podrás entenderme cuando tengas los tuyos propios.

—Espero no tener que entenderte nunca, porque si llegara ese momento significaría que me he vuelto como tú, y solo deseo que eso no ocurra jamás.

Cayetana paró de colocar la ropa lastimada por sus palabras.

—Estás siendo muy injusta conmigo, Noa. —le reprochó mientras la veía dirigirse al baño con su neceser.—Si fuera ese monstruo que tú te crees, no me hubiera enfrentado a tu padre y logrado convencer, para que te perdonara y pudieras volver a casa conmigo.

Ella asomó rápidamente la cabeza por la puerta del baño.

— ¡¿QUÉ?!—exclamó asombrada.

—Lo que has oído. —respondió ofendida.

—Espera un momento. —saltó decidida a dejarle las cosas claras. —En primer lugar, papá no tiene por qué perdonarme porque yo no he hecho nada malo, en todo caso sería al revés.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Por supuesto que es cierto. —aseguró convencida. — En segundo lugar, no vayas de perdonavidas ahora, cuando no moviste un solo dedo para evitar que me enviara aquí, ni vengas a lavar tu conciencia creyendo que me estás haciendo un favor. Si la culpa te carcome es cosa tuya, por algo será.

Su madre se giró para que no viera el dolor que le estaba infringiendo, pues aunque se negaba a admitirlo, en su fuero interno sabía que ella tenía razón.

—Y en tercer lugar, te informo que has hecho un viaje en balde, pues no pienso volver a España contigo.

— ¿Estás de broma?—jadeó incrédula, girándose para confirmar que solo lo había dicho para molestarla.

—En absoluto. —Aseveró con firmeza. —He encontrado mi lugar aquí y quiero quedarme.

La mujer la estudió a conciencia, buscando un resquicio de rebeldía en su actitud, pues estaba convencida de que sólo le estaba diciendo eso para fastidiarla, y conseguir lo que realmente quería.

—Si crees que con esa estrategia, piensas doblegar a tu padre para que te pida él mismo que vuelvas, te digo desde ya mismo que no va a funcionar. No tienes ni idea de lo que me costó convencerlo para que me dejara venir a mí. Está muy enfadado contigo Noa, y sabe perfectamente que te mueres por volver a casa.

Su hija se cruzó de brazos con el semblante muy serio para decirle.

—Sí hubieras venido hace unas semanas y me hubieras hecho esta proposición, te aseguro que hubiera cogido mis petates y me hubiera marchado contigo sin mirar atrás. Pero ahora las cosas han cambiado mamá, y no pienso irme y dejar todo porque tú me lo pidas. Esto no es ninguna estrategia, y te lo digo muy en serio, no voy a irme de aquí.

—Eso lo dices ahora por culpa de ese hombre, ¿no es cierto? ¿Acaso me crees tonta? Sé que estáis juntos, he visto como os mirabais.

Noa comenzó a negar con la cabeza.

—Y puede que ahora estés muy ilusionada, y todo esto te parezca muy exótico y tremendamente romántico, cariño. —Siguió hablando— Pero te conozco, y sé que con el tiempo todo esto te quedará pequeño, y querrás volver al lugar donde realmente perteneces. Aquí no se te ha perdido nada. Este es un lugar inmundo y lleno de pobreza que no te va en absoluto.

—Estás equivocada.

—No cielo, hazme caso — Insistió con firmeza. — Ese hombre no es para ti, Noa. No sois de la misma clase social, no tenéis nada en común, no compartís intereses, ni amistades, ni...

—No todo se reduce al dinero y las apariencias mamá. Y aunque tú creas lo contrario no me conoces en absoluto. Nunca te has dado la oportunidad de saber lo que realmente me importa, lo que pienso, o... o... lo que busco en la vida. Y por supuesto, no tienes ni la más remota idea de lo que a Alonso o a mí nos pueda unir.

—Por supuesto que te conozco, eres mi hija.

Y en ese momento llamaron a la puerta. Noa se acercó a abrirla, mientras seguía hablando para coger a Jasira en brazos, momento en el que la niña la miró y se echó a ella loca de contento.

—El que me hayas parido y sea sangre de tu sangre, no hace que los lazos sean más estrechos, y signifique que me conozcas en modo alguno. Un hijo no solo se pare y ya está. A un hijo se le ama, se le educa, se le cuida, se le cría, y todo eso tú lo dejaste en manos de otras, que fueron más madres y han significado más para mí de lo que te imaginas.

La mujer apretó los dientes y elevó la barbilla con orgullo, pues no iba a dejar ver a su hija lo mucho que le dolían sus palabras.

—Estás confundida si crees que me quiero quedar aquí por Alonso.—continuó Noa mientras se acercaba a Hadiya y a Asha.—Me quiero quedar aquí porque he encontrado a mi familia. Una familia que me ha acogido con los brazos abiertos, y me ha demostrado su cariño sin condiciones, sin esperar nada a cambio, sin traiciones. Que me han aceptado tal y como soy y por lo que soy.

Y acercando su cara a la pequeña y plantándole un sonoro beso continuó;

—Y sobre todo me quedo por esta dulce princesa. —y giró la cara para mirar a su madre directamente a los ojos. —Mamá, te presento a tu nieta, Jasira.



Alonso se paseaba por su despacho como un animal enjaulado, mientras de vez en cuando, se tocaba la nariz siseando de dolor. Había olvidado lo arrogantes que podían ser las personas ricas e influyentes, menospreciándote de forma cruel y haciéndote sentir basura. Y la madre de Noa había conseguido todo eso en menos de un minuto.

Se sentía frustrado y avergonzado a la vez. Frustrado, por no haberle podido decir todo lo que pensaba a esa maldita bruja. Y avergonzado, porque a pesar de que lo había intentado con todas sus fuerzas, había tardado cero coma en enfrentarse a ella, siendo la madre de Noa y estando ésta presente.

Con razón se había marchado furiosa de allí, y seguramente estaría pensando lo peor de él. Se había comportado como un bruto, como tantas veces lo había llamado, rebajándose al mismo nivel que esa *señora*. Y dudaba que pudiera perdonarle alguna vez esa conducta contra su propia madre. Él al menos no lo haría, o eso creía, pues tratándose de ella ya nada tenía claro.

Y no solo eso, sino que además era la mujer de su jefe y por ende, su jefa también. Por tanto, se estaba arriesgando a perder su trabajo por no saber morderse la lengua. Aunque eso en realidad le importaba bien poco.

— ¡Maldita sea!—soltó decepcionado consigo mismo.

Hoy no había tenido un buen día, no señor.

Primero, la muerte de Derek y su impotencia, al no poder averiguar nada más sobre quien estaba intentando hacer daño a Noa. Después, el falso descubrimiento de que ésta se estaba liando con Pierre delante de sus narices, y nunca mejor dicho, porque ahora le dolían a morir por culpa de su estupidez y su mal pronto. Seguidamente, interrumpido cuando estaba a punto de besarla y conseguir un acercamiento con ella. O quizás no, pero ahora eso ya no lo podría saber. Y finalmente, insultado y despreciado por la misma persona que los había interrumpido, que no era otra que la madre que la parió.

¿Se podía tener un peor día?

Pues él no lo tenía tan claro. La jornada no había acabado y conociendo a Noa, la cosa se podía poner peor. Mucho peor.

— ¡Madre mía, necesito unas vacaciones!—murmuró suspirando, mientras se frotaba inquieto la nuca.

Y decidió que no iba a conseguir nada quedándose encerrado allí. Tenía muchas cosas que hacer, como hablar con Salehe, y saber si había ocurrido alguna novedad durante el tiempo que no había estado en el resort. Ponerse al día también con Asir y Shukrani referente a los nuevos clientes. Y lo más importante, enseñarle el recinto y las instalaciones a Carlos, su amigo el doctor, que les iba a ayudar hasta encontrar a un sustituto de forma permanente. Por lo que resuelto, salió de su despacho con un dolor de narices importante.



Cayetana la contempló detenidamente durante dos segundos con el ceño arrugado, confundida por sus palabras, para después elevar ambas cejas en un gesto de incredulidad.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Es muy fácil de entender, a esta preciosidad voy a adoptarla en cuanto pueda, por tanto muy pronto te haré abuela.

— ¡No puede ser! ¡Esto tiene que ser una broma!—exclamó perpleja.

—Creo que aquí nadie se está riendo. —señaló mirando a sus amigas, que no sabían dónde meterse cohibidas por la presencia de su madre.

—No te burles de mí, porque esto no tiene ninguna gracia. Te prohíbo terminantemente que hagas esa locura. Ninguna Montalbo va a adoptar a una... a una...

— ¿A una qué mamá?

La mujer miró a Asha y Hadiya, en tanto un furioso rubor le empezó a teñir las mejillas.

—Este no es el momento para mantener esta discusión.

—Será mejor que nosotras nos vayamos. —intervino Asha incómoda. — ¿Prefieres que nos llevemos a Jasira?

—Sí, por favor. —Pidió mientras les entregaba a la niña nuevamente. — Enséñale a tu hermana mi cabaña, e ir preparándole el baño que yo voy enseguida.

Las dos asintieron y se marcharon aliviadas de allí.

— ¿Qué demonios pretendes Noa? ¿Por qué intentas dejarme en evidencia delante del servicio?

Ésta cerró los ojos y suspiró con fuerza intentando controlarse.

—Para empezar ellas no son el servicio, son mis amigas a las cuales aprecio sinceramente. Y te aseguro que no estoy intentando dejarte en evidencia, eso ya lo haces tú sola.

— ¿Esas tus amigas?—inquirió con sarcasmo. — ¡Por favor, no me hagas reír! Tus verdaderas amigas están en Valencia esperando a que vuelvas, y no estas dos mujeres a las que acabas de conocer.

— ¿A qué amigas te refieres mamá? ¿A las que me dejaron en la estacada, en cuanto papá me dejó de pasar dinero? ¿A esas amigas te refieres? No tienes ni idea de lo que es tener una amistad sincera y desinteresada. Todo lo que nos rodea en casa es falsedad e hipocresía, todo.

Su madre se acercó a ella rabiosa.

—No sé lo que pretendes, pero te aseguro que no vas a salirte con la tuya, ¿me oyes? Si quieres hacer obras de caridad, dona dinero a una ONG u organiza una fiesta, pero no vas a restregar nuestro nombre por el fango Noa, tu hermano ya hizo suficiente.

Ésta la miró atónita al oír hablar así de Daniel. No podía dar crédito al escuchar esas palabras en boca de su propia madre. Y Cayetana al darse cuenta de lo que había dicho, se arrepintió en el acto.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Las malditas apariencias, lo que los demás piensen u opinen de nuestra familia. —le soltó con rencor.

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo. —Reconoció con pesar. — No comprendo cómo puedes echarle la culpa a Dani, después del horror que hemos sufrido en estos casi dos años. Cuando él realmente ha sido una víctima de papá, al igual que todos, y el que ha salido más perjudicado además. Y tú lo sabes.

—No metas a tu hermano en esto, no he querido decir eso y lo sabes.

— Muy bien, obviemos tu metedura de pata y dejemos a tu hijo a un lado.—aceptó a regañadientes.—Pero sigo sin comprender, cómo puedes dormir mejor por las noches, después de asistir a una fiesta enojada hasta las cejas, y donar unos míseros cientos de euros para los más necesitados, aparentando una conciencia social que estás muy lejos de sentir. Y solo por quedar bien delante de tus amigos de la alta sociedad, a sabiendas de que ellos son igual de hipócritas o más que tú. Y que lo hacen únicamente porque desgrava a hacienda, y queda muy bien todo ese paripé en el papel cuché. Mientras al

mismo tiempo me reprochas, el que yo realmente tome una decisión tan importante en mi vida, concienciada en que estoy haciendo lo correcto y lo mejor para esa pobre niña.

Cayetana se quedó callada durante un segundo para después echarse a reír, haciendo que Noa levantara una ceja desconcertada.

—Es muy gracioso que vengas tú ahora a darme lecciones de moral, cariño. Nunca te escuché quejarte del dinero de tu padre, cuando te comprabas el último abrigo de temporada de Gucci, o el bolso de Prada del momento. En esos momentos, no estabas pensando en los pobres niños hambrientos del mundo. Es muy fácil quejarte y renegar del dinero, cuando tú no te lo has ganado y te lo han dado todo hecho.

—Tienes razón. Pero al menos yo no finjo ser algo que no soy, ni me vendo por un estilo de vida que no podría permitirme, tan solo por aparentar delante de los demás.

Su madre se cruzó de brazos esgrimiendo una sonrisa irónica.

— ¿De verdad, cielo? Si eso que dices es cierto, ¿por qué has venido entonces aquí? Si no recuerdo mal, fue porque tu padre te cortó el grifo de ese dinero al que ahora tanto repudias, y con el que no podías comprarte tus caprichos, ni irte de fiesta con tus amigos.

— Vivía muy lejos de la realidad mamá, y ahora me doy cuenta de que puedo ayudar a toda esa gente que antes ignoraba.

—Si crees que voy a tragarme ese cuento estás muy equivocada, las personas no cambian de la noche a la mañana.

—Lo hice una vez y puedo volver a hacerlo.

—Permíteme que lo dude.

Noa la miró y abrió la boca para contestarle, pero finalmente se quedó boqueando al no encontrar argumentos, pues en el fondo sabía que tenía razón. Era un hecho irrefutable, que había odiado la idea de viajar a África. Y que solo había consentido hacerlo porque no tenía un céntimo, y debía ganar tiempo, hasta poder disponer del dinero de la herencia de su abuela. Pero la situación había cambiado. Ahora disponía de un buen motivo para quedarse, y nada de lo que dijera su madre podría cambiar esa decisión.

—Pues cambio de planes, mamá. Te informo que no pienso irme de aquí, ni vas hacerme cambiar de opinión. Puedes volver a casa e informar a mi *querido* padre de la nueva situación, seguro que se sentirá muy aliviado de saber, que no tendrá que volver a preocuparse por mí. Y a tus amistades le puedes contar una milonga, como que me he vuelto una buena samaritana, o me he convertido en misionera. Seguro que en un principio a muchos de ellos les asombrará, pero estoy convencida de que serás capaz de darle la vuelta, y que al final todo resulte muy *cool*.

Y decidida se dirigió a la puerta.

—Y ahora si me disculpas, Alonso tiene razón, tengo cosas más importantes que hacer, como por ejemplo bañar a mi hija.

— ¡Qué te has creído tú eso, Noa! —Oyó gritar a su madre mientras bajaba por las escaleras. — ¡No te lo pienso permitir me oyes! ¡Estás muy equivocada si piensas que vas a salirte con la tuya! ¡¿A dónde vas?! ¡Ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca! ¡Noa! ¡NOA!

Pero ésta caminaba a paso rápido en dirección a su cabaña haciendo oídos sordos.



Cuando Alonso salió de su despacho se dirigió a la antigua habitación de Derek, lugar en el que supuestamente tendría que estar alojado su amigo durante su estancia allí. Y efectivamente, se lo encontró deshaciendo las maletas y acomodando sus pertenencias.

— ¿Pero qué te ha pasado?—le preguntó alertado, al ver su nariz hinchada y empezando a amoratarse.

—Nada, un pequeño accidente. —le respondió incómodo entrando en la habitación.

—Madre mía, Alonso, pareces Mr. Potato. —señaló divertido sin esconder su sonrisa burlona.

—Alguna vez te han dicho que por mucho que lo intentes no eres en absoluto gracioso. —respondió mordaz.

—Pues sí que estamos cascarrabias, amigo. Con ese talante y tu careto, eres igualito al enano gruñón —y soltó una enorme carcajada que le hizo rechinar los dientes al guía.

Éste se llevó la mano a la frente y se masajeó las sienes.

—Muy bien, tenía pensado enseñarte las instalaciones antes de la cena, pero quizás es mejor que te busques un payaso para ese cometido, porque yo no estoy de humor.

Y se giró para marcharse de allí.

— ¡Ey, espera!—le retuvo su amigo, dejando caer el pantalón que había sacado de la maleta encima de la cama, y agarrándole del brazo. —No se te puede decir nada, hombre. Aunque después de ese golpe yo también estaría hasta las narices.

Y volvió a carcajearse, mientras Alonso se giraba y se dirigía molesto a la salida, seguido por el médico, que le pasó un brazo por los hombros después de cerrar la puerta de su habitación.

—Te recordaba con más sentido del humor, hermano.

—Sí, bueno. Hoy no he tenido un buen día. —refunfuñó enfadado a la vez que bajaba las escaleras.

—No sé por qué, pero me da en la nariz que es por culpa de una mujer.

Alonso lo fulminó con la mirada y Carlos le guiñó un ojo en respuesta.

—Quieres dejar de tocarme las...

— ¿Narices?

— ¡Las pelotas!

— ¡Uuuuu! ¡Vaya humos!

— En serio Carlos, hoy no estoy de humor para tus estupideces.

—Está bien, aguafiestas.

Y cuando llegaron al final de la escalera Vanesa lo llamó.

— ¡Alonso!

Él se giró al oír su nombre.

—No sabía que ya habías llegado.

—Lo hice hace tan solo un rato.

—No sabes cuánto te he echado de menos. —le confesó agarrándose a su brazo.

Y el guía disimuladamente intentó zafarse de ese gesto demasiado cariñoso.

—Vanesa, quiero presentarte a mi buen amigo, Carlos Pereira. Será el nuevo médico, que se encargue de acompañar a los clientes en las excursiones Montalbo Deluxe, hasta que encontremos a un sustituto definitivo.

— ¡Oh!, encantada. —respondió a la brillante sonrisa que le prodigó el hombre.

—El placer es mío. —repuso él alegre mientras le estrechaba la mano, consiguiendo que ella se ruborizara levemente.

—Estaba a punto de enseñarle las instalaciones.

—Me encantaría acompañaros, si no os molesta. —Y fijándose por primera vez en el rostro del guía soltó horrorizada. — ¡Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?!

—Nada, ha sido un pequeño accidente. —respondió nuevamente intentando quitarle importancia.

— Pero te ves horrible, eso debe de dolerte mucho.

Su amigo estuvo a punto de decir algo, pero enmudeció cuando sintió la mirada que le clavó él.

—Estoy bien, no te preocupes.

— ¿Seguro?—le preguntó preocupada.

—Completamente. —le aseguró suspirando impaciente. —Se nos está haciendo tarde Vane, si quieres acompañáramos es mejor que nos pongamos en marcha.

—Está bien.

Y Alonso comenzó por enseñarle el restaurante/salón, la piscina, los bungalós, y el resto del edificio, obviando las cocinas, pues no le apetecía en absoluto tener que verle la cara al francés.

Llevaban unos minutos caminando por los jardines, cuando se dio cuenta de que Carlos le estaba hablando.

—Disculpa, ¿me decías algo?

—Solo me preguntaba, ¿cómo sería esa mujer que te tiene tan obsesionado que te olvidas de todo lo demás?

Él resopló molesto, a la vez que advirtió como Vanesa dejaba de sonreír, al escuchar las palabras de su amigo.

—No sé de qué hablas.

— ¡Venga, Alonso!—exclamó el médico, mientras le daba unas palmaditas de aliento en la espalda. —Reconoce que estabas en otro planeta. Concretamente uno con muy buenas curvas.

—Tengo muchas cosas en las que pensar. —mintió, pues su amigo había dado en el clavo. Pero por nada del mundo admitiría que estaba pensando en Noa. —Creo que te puse al día de unas cuantas de camino aquí. No me paso todo el tiempo pensando en mujeres, como haces tú.

—Y yo te conozco lo suficiente, como para saber que ese no es el problema.

El guía levantó el mentón y su espalda se tensó como una cuerda, consiguiendo que Carlos levantara extrañado ambas cejas a la vez. Alonso empezaba a dudar, que hubiera sido una buena idea contar con él para que suplantara temporalmente a Sofía.

—Pues quizás no me conozcas tanto como tú te crees. —Le soltó con cierto resquemor. —Y ahora si no te importa, voy a ducharme y prepararme para la cena.

Y dicho esto, se dio media vuelta dejando a su amigo con la palabra en la boca, y a Vanesa completamente estupefacta.

Cuando el médico lo vio marcharse enfadado de allí, se giró para preguntarle a ella.

— ¿Suele estar siempre tan irascible?

—No. —negó la morena observándolo a lo lejos. —Pero últimamente se comporta de una forma muy rara. —Y bajó la voz para susurrarle. —Creo que tiene problemas con la hija del dueño del hotel, me parece que es una arpía. La típica niña pija, consentida y malcriada, ya sabes, una snob de manual.

El hombre la examinó durante un instante con una expresión inescrutable en el rostro. Y Vanesa empezó a ponerse nerviosa, creyendo que quizás había metido la pata al decirle eso. Pero enseguida se sintió aliviada, al ver que Carlos desplegaba nuevamente una radiante sonrisa.

—Supongo que conoceré a esa arpía en la cena. —supuso, en tanto le ofrecía el brazo. — Pero mientras, prefiero dar un agradable paseo con una encantadora y bella mujer hasta el hotel, antes de prepararme para ese triste momento.

Ella le sonrió halagada y ambos se encaminaron hacia el edificio.

Capítulo 28

Noa entró en el restaurante cuando prácticamente había bajado ya todo el mundo. Y se dirigió a los comensales para presentarse, y darles una bienvenida tardía, mientras Asha ocupaba su asiento con Jasira en su regazo. Pero cuando se sentó a la mesa pocos minutos después, no esperaba el suave silbido de un desconocido, que ocupó el asiento vació a su lado un segundo más tarde.

— ¡Madre del amor hermoso!—exclamó Carlos al sentarse después de venir del baño. — ¿Pero de donde han salido estos tres bellezones?

Alonso rechinó los dientes, al ver como su amigo se quedaba impresionado admirándola, mientras ella y Asha se ruborizaban intensamente, a la vez que Vanesa dibujaba una mueca de profundo desprecio que nadie advirtió.

—Tanto Asha como esta princesa son bellezas locales. —explicó Noa, recuperando el aplomo después de la sorpresa inicial, ofreciéndole un sonoro beso a Jasira, que se encontraba ahora cómodamente instalada en sus piernas. —Pero siento decirte que llegas un poco tarde, las dos están pilladas. —finalizó lanzándole una mirada cómplice a su ayudante.

— ¡No me digas! ¡Es una verdadera pena! —comentó el médico demostrando pesar, y pellizcando los mofletes de la pequeña. — ¿Y tú, también eres de aquí? —le preguntó con interés. —Y lo más importante, ¿también estás pillada?

Ella levantó la mirada para enfocarla directamente en Alonso, detalle que no pasó inadvertido para Carlos.

—Noa es la hija del dueño. —respondió rápidamente éste, recalcando las últimas palabras. Y dirigiéndose a ambas hizo las restantes presentaciones. — Noa, Asha, os presento a Carlos Pereira, mi mejor amigo, con el cual compartía piso cuando estudiaba la carrera en la facultad. Viene a sustituir temporalmente a Sofía, mientras no encontremos a un médico definitivo.

— ¡Oh, vaya!—exclamó Noa encantada y regalándole una sincera sonrisa. — Bienvenido Carlos, Alonso me ha hablado mucho de ti.

—Espero que fuera para bien. —le sonrió él también pícaramente.

—No podía ser de otra manera. —Reconoció divertida. —Me contó que fuiste tú el que lo animó a venir aquí, y trabajar para médicos sin fronteras.

—Es cierto, soy un poco mayor que él y lo acogí entre mis alas como una gallina clueca a sus polluelos. Necesitaba un referente en su vida como el comer. Un modelo del que sentirse orgulloso, al que respetar, adorar, idolatrar... y no pudo escoger a nadie mejor que a mí. —explicó en broma.

Aunque no tanto, pues en realidad él había estado a su lado cuando más lo necesitaba, en la enfermedad y posterior muerte de su madre. Carlos había visto con sus propios ojos, el sufrimiento y la culpa que azotaban a Alonso cada mes, cuando su madre con mucho esfuerzo le pagaba el alojamiento y la comida, para que él pudiera

sacarse la carrera. Y cómo impotente, y a pesar de lo mucho que se lo había advertido, le rompían el corazón en mil pedazos.

Más que un amigo, a Alonso lo consideraba un hermano pequeño. Y sabía que el sentimiento era mutuo, cuando años atrás, el guía le agradeció todo lo que había hecho por él. Y le reconoció con pesar, que después de todo aquello había perdido el rumbo, y que si no fuera por su apoyo no sabría donde le habría llevado la vida, aunque daba por sentado que a ningún sitio bueno.

—Eres solamente siete meses mayor que yo. —replicó el guía.

—Toda una vida hermano, y en tu caso más que suficiente

Éste soltó un fuerte resoplido mientras los demás sonreían divertidos.

—De verdad Carlos, digas lo que digas, cada vez estoy más convencido de que cuando eras pequeño te caíste de la cuna, y con el golpe quedaste tonto para siempre.

Él le guiñó un ojo siguiendo con la coña.

—Y fíjate ahora, llevo un tiempo sin verte y te has vuelto huraño y gruñón. —Y girando la cabeza se dirigió a Noa. — ¿Te lo puedes creer?, se me ha echado a perder por completo. Tanto trabajo y esfuerzo invertidos para nada.

—Eso es cierto. —Concedió ella siguiéndole el juego. —Cuando llegué aquí, no podía dar crédito a que un hombre tan joven como él pudiera ser tan cascarrabias. Si lo observas con detenimiento, ahí en medio del ceño, se le están formando unas arrugas por llevarlo fruncido todo el tiempo.

Alonso dejó los cubiertos encima del plato, para tomar su copa de vino y darle un buen sorbo, mientras los fulminaba a ambos con la mirada. Y Noa se la sostuvo con petulancia.

—Tienes razón, lo estoy viendo avinagrarse por momentos. Tendré que meterlo en vereda nuevamente.

—Pues vas a tener trabajo, mucho trabajo. —contestó ella soltando una suave risa. —Pero todo en lo que pueda ayudarte, puedes contar conmigo. Por la cuenta que me trae.

—Te cojo la palabra.

Y el protagonista de la mofa, echándose hacia delante y cruzando las manos, miró muy serio a la keniana para ordenarle;

—Asha, mañana mismo a primera hora, quiero que busques con carácter de urgencia a un médico menos tarado que este. Creo que me he equivocado por completo cuando decidí pedirle ayuda.

—A mí no me metan en sus trifulcas. —respondió la mujer dejándolo completamente atónito, ya que por primera vez en todo el tiempo que la conocía, le llevaba la contraria desobedeciendo una orden directa.

Y Noa no pudo evitar soltar una risilla irónica, después de darle el primer bocado de cena a Jasira.

—Se te está alborotando el gallinero Alonso. —le soltó regocijada.

Éste no encajó muy bien su broma y le advirtió con los dientes apretado.

—Tú y yo hablaremos sobre esto más tarde.

— ¡Uuuu!, ¡qué miedo!—se burló su amigo.

—Si te sirve de consuelo Alonso, no estoy en absoluto de acuerdo con ellos. — intervino Vanesa creyendo anotarse un tanto al hacerle la pelota.

Cuando Carlos y Noa se miraron, no pudieron evitar estallar en carcajadas, a la vez que los hombros de Asha se estremecían quedamente, al igual que Asir y Shukrani. Logrando con ello que la morena se pusiera roja de ira.

Y Alonso tuvo que admitir, que hasta a él le pareció desafortunado su comentario, y no pudo evitar ser partícipe del regodeo general. Incluso la pequeña comenzó a dar pequeños saltitos en las piernas de Noa, alegre porque todo el mundo se reía.

—No te preocupes Vanesa. —respondió sonriendo divertido, cuando finalmente admitió que de nada servía su actitud, pues iban a seguir burlándose de él. —Ahora tengo una nueva teoría, y es que estos dos idiotas compartieron la misma cuna.

Noa ignoró ese comentario adrede para seguir su charla con el médico.

—Ahora que recuerdo, también me habló de algunas aventuras que os corristeis ambos en La Tuna. ¿Son todas ciertas?

— ¿En serio, Alonso?—Le preguntó éste haciéndose el ofendido. — ¿Has tenido que mancillar los delicados oídos de esta bella mujer relatando semejantes injurias?

El guía clavó su intensa mirada en él por enésima vez ese día, y Carlos la ignoró como llevaba haciéndolo con todas las anteriores.

—Tengo que admitir querida Noa, que todas y cada una de ellas son verdaderas.

— ¿No es cierto?—preguntó entre pasmada y divertida. — ¿Incluso aquella en la que escalaste los muros de un convento para...?

— ¡Calla, calla!—le rogó haciéndose el avergonzado, en tanto Alonso escondía la cabeza entre sus manos. — ¿Que van a pensar los demás de mí?

— ¿Qué erais unos sinvergüenzas?—cuestionó ella, con una divertida sonrisa bailando en su rostro.

Él echó la cabeza hacia atrás soltando una enorme carcajada.

— ¡Madre mía, qué tiempos aquellos Alonso!—rememoró su amigo con placer. — ¿Recuerdas aquella noche?

Éste sonrió pícaramente de medio lado mientras asentía.

— ¿Recuerdas a la madre superiora corriendo detrás nuestra, con la falda del hábito remangada hasta las rodillas? ¡Jesús!, todavía me acuerdo del susto que le pegamos a la pobre mujer, cuando nos pilló intentando subir a la ventana de una de las celdas de las hermanas. —comentó entre risas.

— ¡Vaya, eso no me lo contaste Alonso!—le reprochó ella divertida.

—No hacía falta entrar en detalles. —contestó con un brillo malicioso en sus ojos. — En esos momentos tenía otras cosas más interesantes que ocupaban mi mente.

Y Noa no pudo evitar ruborizarse hasta las cejas, cuando pensó en esos momentos concretos vividos en el safari a los que él se refería. Sus miradas se encontraron a través de la mesa, evocando en su memoria aquellos felices instantes de sentimientos, secretos y confesiones, que vivieron y compartieron en aquella sabana africana.

Carraspeó sofocada desviando la mirada, y volvió a centrar su atención en el médico, al cual pilló desprevenido al ser el único en advertir, el odio desmedido que Vanesa intentaba ocultar a toda costa.

—Aplaca mi curiosidad Carlos y explícame, ¿qué os llevó a cometer semejante locura?

—Teníamos curiosidad por saber si las monjas dormían desnudas o no.

— ¡¿Qué?!—soltó incrédula, para al instante siguiente echarse a reír.

—Con eso de que están casadas con Dios, queríamos averiguar si el salto de cama era sexy o no, como es todopoderoso y todo lo ve. —finalizó encogiéndose de hombros.

Todos sin excepción miraron a Alonso, incrédulos de que él siendo tan serio como aparentaba, pudiera haber hecho semejante diabluras. Y éste se tapó la cara con una mano completamente abochornado.

—Cómo me hubiera gustado estar allí para verlo. —reconoció Noa con pesar.

—Pero eso tiene fácil arreglo. —declaró el médico con una pérfida expresión en su rostro.

— ¡Carlos, no!—intervino el guía alarmado. —Te prohíbo que cuentes nada más. ¡CARLOS!

Pero éste hizo caso omiso y con mucho gusto, le expuso las motivaciones que llevan a un grupo de jóvenes, a vestirse con ridículos trajes acompañados de varios instrumentos, para montar una buena jarana allí donde se preciara. Regalándoles a continuación una serie de relatos, y narrando con todo lujo de detalles, las aventuras, borracheras, y fiestas locas, que se corrían con la excusa de conseguir dinero, para ayudarse a pagar la carrera de medicina. Logrando con ello, que todos los presentes en la mesa miraran con otros ojos a Alonso, mientras él, con los brazos cruzados y entre enfurruñado y divertido, veía como su reputación caía en picado, después de un doble mortal carpado con tirabuzón invertido hacia adelante. Todo ello sin dejar de retarlos con la mirada, a ver quién era el guapo que se atrevía a abrir la boca.

No sabía que le dolía más, si su orgullo o su hinchada nariz.

El resto de la cena transcurrió de manera alegre, a excepción de una sola persona, que cada vez se sentía más rabiosa y humillada. Aunque Vanesa lo intentaba, la cena la tenía atragantada, y a cada minuto que pasaba odiaba más a la rubia que le había robado el corazón de Alonso, porque ahora por fin entendía el por qué.

Cuando minutos después, se encontraba en la barra del restaurante tomándose un coctel, observaba a su enemiga acérrima con cara ceñuda, en tanto la zorra rubia conversaba alegremente con algunos de los invitados, entre los que se encontraba Carlos pegado a sus faldas. A Noa no le resultaba difícil ser el centro de atención, los hombres la miraban embelesados, ejerciendo en ellos un tipo de embrujo que solo una mujer sofisticada podía mantener. Era graciosa, rápida en la réplica, concedora de cualquier tema, y curiosa en los que no dominaba. Su sentido del humor mezclado con una inteligente ironía, la hacían poder mantener una divertida conversación sin llegar a aburrir en ningún momento. Su sencillez en el trato, y su firme determinación en que todos participaran en la conversación, menos ella claro está, lograba que incluso los empleados se sintieran a gusto ganándose su cariño y admiración. Y eso la hacía enfermar de celos, porque veía que no tenía armas suficientes para poder ganarla en su terreno, haciéndola sentir inferior a ella, poca cosa en comparación. Logrando que su odio se incrementara a cada minuto que pasaba.

Tenía que hallar una manera de dejarla en mal lugar ante los demás, y hacerles ver lo que ella sabía, que no era más que una bruja manipuladora que los tenía a todos cautivados con mentiras y falsedad. Intuía que una mujer de su posición social, solo se codeaba con los de su clase por obligación o por interés. Y que lo único que hacía en esos momentos, y que ellos no percibían, era restregarles en sus narices su buena cuna, sus colegios de pago, y sus modales de niña rica de la alta sociedad. Pero sobre todo, tenía que conseguir que Alonso dejara de verla con esos ojos de enamorado, con esa pasión, ese orgullo y deseo, que brotaba de ellos cada vez que posaba su mirada en ella. Sabía que todas esas cualidades eran lo único que lo atraían como un imán. Que eran una novedad a lo que él no estaba acostumbrado, pero que si realmente llegaba a ver lo que ella percibía de esa pija consentida, todo volvería a su cauce. Y Alonso a sus brazos nuevamente.

¡Te odio estúpida! ¡Cómo te odio!

— ¿Estás bien?—le preguntó éste interrumpiendo sus pensamientos.

Vanesa dio un respingo al sentirse sorprendida.

—Sí, perfectamente. —mintió.

— ¿Segura?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Porque te noto extraña. —le confesó el guía rascándose la mandíbula incómodo, mientras no podía evitar lanzar miradas furtivas, hacia la mujer que ocupaba gran parte de sus pensamientos. Y volviendo su interés a ella continuó hablando- —Como si hubiera algo que te molestara.

—Bueno, en cierta forma es así. —admitió apesadumbrada a la vez que ocultaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Él hizo un gesto de extrañeza al no entender sus motivos.

— ¿Y qué te molesta? Si fueron Carlos y sus burlas, no te preocupes, ya estoy acostumbrado. Él es así, y a pesar de todo lo quiero como a un hermano.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Más que molesta estoy dolida. —Y dejó una pausa con suspenso para dejar caer a plomo. — Contigo.

Alonso parpadeó sorprendido, para levantar al instante fugazmente la mirada y encontrarse con la de Noa.

— ¿Por qué?—le preguntó volviendo nuevamente su atención a ella.

—Me duele que durante todo el tiempo que hemos estado juntos, nunca hubieses compartido conmigo nada de tu pasado. Y llega ella y en un mes, sabe más de ti de lo que yo he podido averiguar en años. —le reprochó jugando la carta de la pena nuevamente con él.

El guía se llevó una mano a la nuca para frotarla fastidiado.

—Eso no es cierto. —replicó bajando la voz y dando un trago a su whisky.

— ¿En serio, Alonso?—le preguntó con sarcasmo censurándole con la mirada.

—Está bien, tienes razón. —Admitió a su pesar. — Pero sabes que yo no soy de muchas palabras Vanesa, y no creo que este sea ni el momento ni el lugar para mantener esta conversación.

—Pues con ella bien que te has explayado. —le increpó taciturna.

Y cuando advirtió su gesto serio y la mirada dura, la mujer decidió que era muy peligroso estirar más la cuerda del reproche, pues podía llegar a romperse. Y miró por encima de su hombro, para asegurarse que nadie los oía, y continuó hablando bajando más la voz.

—Sé que no tengo derecho a reclamarte porque ya no estamos juntos, pero entiende que me duela sentirme tan poca cosa en comparación con ella.

—No pienses así, eso no es verdad.

— ¿Y qué quieres que piense Alonso? Cuando veo como os tiene a todos embrujados, alardeando de su exquisita educación pagada en los colegios más caros, mientras yo no soy más que una mujer de barrio al igual que tú. Observo como os va seduciendo, y engatusando a cada uno de vosotros con su clase y estilo, que ni tú ni yo podremos nunca alcanzar. ¿No entiendes que Noa pertenece a otra liga? —y acercándose más a él y mirándolo directamente a los ojos le dijo. —Alonso, ella juega en primera y nosotros en segunda división, ¿no lo ves?

Él confundido se reclinó en su asiento, para examinar a continuación con más detenimiento a la mujer de la que estaban hablando. Y aprovechando ese momento de vacilación, Vanesa aprovechó para lanzar su estocada mortal.

—Siento ser yo la que te diga esto, no quería hacerlo, pero es evidente que no hay nadie más en este lugar que pueda ser lo suficientemente sincero contigo, y te haga abrir los ojos de una vez. Pero a mí ella no me engaña Alonso, y a pesar de que os tenga a todos engatusados a mí no ha podido camelarme.

— ¿A qué te refieres?—preguntó acercándose a ella peligrosamente con los dientes apretados.

Ésta bajó los ojos simulando una aflicción que distaba mucho de sentir, pues creía haber encontrado la forma de separarlos definitivamente, a la vez que con un dedo, rodeaba el contorno de la copa que estaba tomando. Jugaría con la duda, con los celos, y con las inseguridades del guía a su favor.

—Sabes que yo siento por ti un cariño sincero. A pesar de que me sorprendió la decisión de acabar con lo nuestro, yo lo asumí creyendo en mi ignorancia, que merecía la pena si tú eras feliz. Pero es evidente que no es así. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero yo no te veo bien y eso me duele Alonso. Me duele ver como os está manipulando a todos y en especial a ti.

—Déjate de tanto rodeo y habla Vanesa. —le exigió.

Ella tragó saliva con dificultad, sabiendo que estaba jugándose el todo por el todo. Pero ahora no podía vacilar, estaba en juego su felicidad. Y su felicidad pasaba por estar con él. Con el hombre al que amaba desde hacía mucho tiempo. Y ninguna zorra sin escrúpulos iba a quitárselo. No mientras ella pudiera impedirlo.

—Hoy, mientras estabas fuera, vi como Noa flirteaba sin ningún pudor con el francés. Alonso posó despacio el vaso que a punto había estado de darle un sorbo.

— ¿Con Pierre?

—Sí. —Le confirmó mintiéndole a la cara. —Era vergonzoso ver que lo hacía delante de mí Alonso, yo no daba crédito, ¿cómo se puede ser tan descarada? Sabiendo además la relación que nos une a ti y a mí.

Éste se reclinó en la silla con los dientes apretados, la mandíbula tensa, y una amenazante mirada clavada en la mujer en la que había confiado ciegamente.

—Y si te fijas, en este mismo momento lo está haciendo con Carlos delante de tus propias narices. Le gusta atraer las miradas Alonso, sobre todo la de los hombres. Es coqueta por naturaleza, y sabe que es muy hermosa, por lo que no le cuesta nada jugar con vosotros.

El guía examinó exhaustivamente el rostro de Vanesa, para descubrir cualquier indicio de engaño, pero ella le mantuvo la mirada con firmeza no pudiendo hallar ninguno. Y a continuación, observó cómo Noa se reía por un comentario gracioso que su mejor amigo acababa de soltar, en tanto éste, embrujado de alguna manera, se pavoneaba por ser su centro de atención, al igual que los hombres que estaban a su alrededor. Quizás estaba equivocado y sus ojos lo engañaban, ya le había ocurrido antes con Derek, y lo había lamentado amargamente cuando se dio cuenta de su error.

—No, te equivocas. —contestó él negando con la cabeza, reacio a creer lo que la morena insinuaba.

Pero la duda comenzaba a corroerle las entrañas. En realidad era su trabajo, pensó Alonso. Al ser la directora del hotel tenía su parte de relaciones públicas, y su deber como tal era departir con los clientes, atendiendo sus necesidades y cuidando los detalles al máximo. Y tenía que admitir que era muy buena en ello.

Pero traicioneramente, se coló la imagen de la noche anterior de Noa bailando con Pierre, y recordó como los celos le atenazaban el pecho, agarrando su corazón herido y estrujándolo con fuerza. Tenía que admitir que después de la discusión entre ambos, donde ella le había exigido que echara a Vanesa de su vida definitivamente, no había tardado nada en encontrar consuelo en otro hombre, después de que él no claudicara con su demanda. Cuando minutos después había aparecido por la fiesta, venía colgada precisamente del brazo del francés. Y honestamente, creyó que la encontraría más afectada por lo ocurrido entre ambos unos instantes antes, sobre todo porque él sí lo estaba. Creyó tontamente, que después de todos los momentos tan intensos y especiales, que habían vivido juntos pocos días atrás, Noa estaría igual de rota que él. Pero para su decepción ese no había sido el caso.

Y por eso mismo había irrumpido con fuerza esa tarde en la cocina, porque aunque no quisiera admitirlo, muy en el fondo tenía una duda clavada en el pecho, sobre la débil sospecha de que había algo más entre ellos dos. Desde el primer momento, tanto el chef como ella habían congeniado a la perfección, pero todo había quedado en el olvido después de lo ocurrido con Derek, de su semana de safari, y el descubrimiento de traición de Sofía y sus secuaces. Y ahora se preguntaba si Vanesa no tendría razón. Si en el fondo Noa, nunca había dejado de ser la *niñata* caprichosa que siempre había creído, jugando traicioneramente con sus sentimientos.

¿Dónde acababa y empezaba su papel? ¿Quién era realmente Noa Montalbo? Era la mujer fuerte, decidida, orgullosa, tenaz, chispeante, irónica y encantadora como en ese momento. O era la mujer sensible, la mujer vulnerable y frágil, la que se rompía como

cualquier ser humano de carne y hueso. La que había conseguido que su corazón volviera a latir ávido de amor, de esperanza, de fe... ¿Se podía ser ambas mujeres a la vez? ¿Habría sido realmente sincera con sus sentimientos? ¿O solo había jugado hábilmente consiguiendo lo que quería?

Alonso recordó las veces que furiosa había jurado vengarse de él. ¿Y si realmente ella había maquinado todo desde un principio, para tenerlo comiendo de su mano? A su mente vinieron las palabras que Vanesa le había dicho instantes antes;

¿No entiendes que Noa pertenece a otra liga? Ella juega en primera y nosotros en segunda división, ¿no lo ves?

Giró la cabeza para examinar a la morena concienzudamente, y ésta le devolvió una mirada limpia y directa, mientras le daba un sorbo a su bebida.

¿Y sí tenía razón? Noa estaba acostumbrada al lujo, a codearse con gente importante, a vivir en un mundo lleno de glamour y excentricidades. Acostumbrada a personas de una clase social completamente distinta a la de él, y para muestra, tenía a la bruja de su madre. Le había ablandado el corazón contándole lo que su padre y su prometido le habían hecho. Pero, ¿y si todo había sido un embuste? Él no la creía tan estúpida como para dejarse engañar de esa manera, pero si para manipularlo y confundirlo, consiguiendo con ello lo que quería. Ya lo había intentado antes.

Alonso completamente confundido, se pasó la mano por la cara en un intento de aclarar sus ideas, para volver a centrar su atención en Vanesa.

— ¿Estás completamente seguro de que me equivoco?—le preguntó ella, después de regar con una vil mentira la semilla de la duda implantada en su pecho. —Yo no tengo ningún motivo para mentirte Alonso. Tú me conoces, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. En eso se ha basado desde un principio nuestra relación.

Y era cierto. Vanesa no tenía ningún motivo para mentirle, y confiaba en ella, pues nunca le había engañado antes. Era obvio que le había molestado su ruptura, pero también era innegable que había interpuesto su amistad y la felicidad de él, ante la decepción de perder lo que tenían. Y eso la honraba. Algo que no podía decir de Noa. A ésta lo único que le había interesado era conseguir lo que quería, imponiendo su voluntad y acabando con una bonita amistad, sin importar lo que él pensase o sintiese.

Y justo en ese momento apareció Pierre en el salón. Y aunque el chef y antes amigo, se fue directo hacia Asha, Alonso fue consciente de la mirada y sonrisa cómplice que compartió antes con Noa. Logrando con ello que apretara fuertemente los puños desquiciado, en tanto una furia ciega subía por su pecho hasta llegar a su garganta.

Se bebió el resto de whisky de un trago, y se levantó furioso de su asiento, para acercarse decidido hacía donde estaba Noa y su séquito de admiradores.

—Tengo que hablar contigo. —interrumpió groseramente.

Ella dio un respingo al asustarse por su asalto súbito, pues en esos momentos se encontraba de espaldas a él y no lo había visto llegar.

— ¿Tiene que ser ahora?—replicó confundida por su tono acerado.

—Sí.

—Muy bien, espera un momento a que...

—Señores, disculpen la interrupción. —Habló para los hombres que no le quitaban ojo de encima. — Pero necesito hablar con la señorita Montalbo urgentemente. —y la agarró con firmeza del brazo para arrastrarla al exterior del recinto.

— ¡Alonso!—lo llamó Carlos.

Y él se giró, para lanzarle una mirada tan fría como el hielo a su mejor amigo, dejándolo parado y completamente estupefacto en el sitio.

— ¿Se puede saber qué demonios te pasa?—le preguntó molesta, cuando el guía decidió que estaban lo suficientemente lejos para que nadie les molestara, al llegar al exterior del salón.

— ¿A mí?, nada en absoluto. Solo me cansé de esperar a que tus perros falderos dejaran de babear delante de ti.

—Yo no tengo ningún perro faldero babeando por ningún lado. —rebatía mientras se frotaba la zona donde la había agarrado.

— ¡JA!

—Ni JA, ni JO. Y ya me estoy cansando de que me trates de esa manera Alonso.

— ¿De qué manera te trato Noa?

— ¡Como un bruto!—replicó cansada de su actitud.

Él se acercó a ella con rabia contenida.

—Asúmelo *niñata*, te guste o no yo soy así, y no me vas hacer cambiar, ¿entiendes? Ni tú ni nadie.

Ella lo contempló pasmada sin entender a qué venía todo aquello.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre?—preguntó mirando su alrededor. — ¿A doña Cayetana Ortiz le era muy denigrante compartir la cena con la chusma?

—No, dijo que el viaje le había levantado un fuerte dolor de cabeza. —aunque ella más bien creía, que la estaba castigando por la discusión que habían mantenido antes, intentando de ese modo que se sintiera culpable.

—En realidad me da igual. —contestó alejándose un poco, y pasándose la mano por el cuello de forma compulsiva. —Todo ese tufo que la rodea me repugna profundamente.

Noa jadeó atónita, mientras apretaba los puños clavándose las uñas con fuerza.

Vale que su madre había sido grosera, que se había comportado de forma altiva y prepotente con él, incluso entendía que estuviese ofendido. ¡Pero era su madre, por Dios!

—Solo quería informarte de que ya he hablado con el abogado, y vendrá esta semana para arreglar los papeles de la adopción. —continuó. —Que pasado mañana a lo más tardar, estarán aquí los obreros que he contratado para que empiecen con las obras de la escuela-taller. Y que encontramos muerto a Derek en un hotel nauseabundo. Por lo que gracias a ello, no pude sonsacarle más información a Sofía, sobre quién o quienes quieren hacerte daño.

Ella hizo un gesto con los ojos, de sorpresa y aflicción al mismo tiempo por lo ocurrido al americano, pero no abrió la boca.

— ¿No vas a decir nada?—inquirió Alonso extrañado por su silencio.

— ¿Cómo murió Derek?

—Colgado del ventilador del techo, aunque todo apunta a que no fue un suicidio, sino que lo mataron para hacerlo callar. Por supuesto hay una investigación en curso, y muy pronto las autoridades se personarán aquí, para interrogar a todos los trabajadores.

Noa suspiró afligida, pues a pesar de todo, nunca le había deseado la muerte al antiguo guía. Y levantando a continuación el mentón, y mirando directamente a los ojos a Alonso, le preguntó;

— ¿Algo más?

Él arrugó levemente el ceño sorprendido por su gesto arrogante.

—No.

Y ella se giró para marcharse de allí antes de perder los papeles por completo.

— ¿Y tú, tienes algo que decirme?

Noa se quedó parada un segundo para darse la vuelta y encararse a él.

—Pues ahora que lo dices, sí. —comenzó a hablar con tono desafiante. —Y honestamente me da igual lo que opines al respecto. Se trata sobre Pierre y...

Alonso se acercó a ella en dos zancadas, y pegó tanto su cara a la de Noa, que ella podía ver como una vena hinchada de su frente palpitaba fuertemente.

—No quiero saberlo. —siseó con los dientes apretados. —Me niego, ¿lo entiendes? Me niego a oírtelo decir.

Noa le sostuvo su mirada amenazante, harta de que siempre intentara amedrentarla, y conseguir con ello que se saliera con la suya. Tenía que asumir que ella también tenía voz y voto allí, y si había dado su bendición tanto a Asha como a Pierre, él tendría que aceptarlo.

—No me importa lo que tú quieras Alonso, yo también decido aquí. Y tendrás que asumir mis decisiones al igual que yo asumo las tuyas. Y mi decisión con respecto a Pierre y...

Y fuera de sí, Alonso la tomó fuertemente por la cintura con una mano, mientras con la otra la agarró del cuello para besarla con furia. No quería escucharlo, se negaba en redondo a que de su boca salieran las palabras, que confirmaran que estaba con el francés. Una cosa era sospecharlo y otra muy distinta confirmar que la había perdido. Porque, ¿para qué negarlo más? Era inútil. Para su desgracia, tenía que admitir que se había enamorado locamente de Noa Montalbo. Que a pesar de todas sus reservas y de sus luchas internas, no había podido evitarlo en modo alguno. Y no podía, no admitía, que lo dejase por otro. Desquiciado la besaba con hambre de ella, con furia, con deseo, con ira, con frustración... Ese sufrimiento que estaba sintiendo ahora, y que lo desgarraba de arriba abajo como si lo abrieran en canal. Necesitaba que de alguna manera ella sintiera, una ínfima parte lo que él estaba padeciendo por su culpa. Todos esos sentimientos aflorados de forma tan intensa, hacían que su beso fuera castigador, infringiéndole de esa manera todo el dolor y la rabia que él sentía. Nunca, en toda su maldita vida, había sentido por nadie algo tan intenso, tan profundo como lo que sentía por ella. Y tenía que haberse dado cuenta ahora, justo ahora, cuando estaba a punto de perderla.

Alonso nublado por el coraje, no se daba cuenta de que Noa se retorció entre sus brazos, intentando zafarse de ese cruel beso que la tenía prisionera. Al principio, le

correspondió por la necesidad de sentirlo nuevamente, de tocarlo, de besarlo, de saborearlo. Lo amaba tanto que se entregó a él sin cautela, hasta que se dio cuenta de que no la estaba besando, sino que la estaba castigando. Devoraba su boca con coraje, con ira, de forma ruda, feroz, lastimando sus labios de forma despiadada, y ella no entendía por qué.

— ¡Suéltame!—masculló desesperada mientras intentaba alejarlo de ella con fuerza.
— ¡Alonso, para! ¡Por favor, Alonso!

Pero éste cegado por ese cúmulo de sentimientos desmedidos no la oía. No se daba verdadera cuenta de lo que estaba haciendo. De lo único que era consciente, era de la imperiosa necesidad de tenerla entre sus brazos y no dejarla ir.

De pronto unas manos lo empujaron con fuerza, desplazando su cuerpo para alejarlo de ella.

— ¡¿Qué cojones te pasa hombre?! ¡¿Estás loco?!

Carlos retenía con firmeza a Alonso, mientras éste respiraba con fuerza, como un caballo desbocado. Por un momento se quedó descolocado, sin saber muy bien por qué su amigo le estaba recriminando. Y el médico aprovechó ese momento para acercarse a Noa.

— ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Ella no le contestó. Atónita lo único que acertaba era mirar al guía, intentando comprender porque se había comportado así con ella. A qué venía todo aquello, y lo más importante, qué había hecho para querer castigarla así.

—Tranquilo Carlos, la *niñata* es como una gata, siempre cae de pie. —Contestó él sonriendo de forma cruel. — No es en absoluto tan desvalida y frágil como aparenta, al contrario, las mujeres como ella saben defenderse perfectamente.

—Espero que sea el alcohol el que te esté nublando la razón, porque si no es así, no te reconozco Alonso. No te reconozco en absoluto. —le reprochó su amigo.

—Estoy completamente sobrio.

El médico lo miraba asombrado, en tanto abrazaba a Noa en un gesto de protección, que no pasó desapercibido para su amigo, y que le hizo apretar los dientes con fuerza.

— ¿Por qué Al? ¿Por qué estás haciendo esto?—le preguntó ella completamente confundida, y con un dolor lacerante rompiéndole el alma.

El guía, que en ningún momento dejó de mirarla con rabia, se acercó a ella con rapidez, pero el brazo del médico se interpuso entre ambos.

— ¡No me llames así, no te atrevas a hacerlo! —estalló fuera de sí. — ¿Quieres saber por qué *niñata*? Porque quiero que sepa la clase de mujer que eres, lo manipuladora, lo caprichosa, egoísta y rastrera que puedes llegar a ser. Que en cuanto me he dado la vuelta ya estabas con otro, olvidándote por completo de lo que pasamos juntos. Quiero que tenga presente que lo mismo le va a ocurrir a él, que en cuanto se descuide lo vas a traicionar igual que me traicionaste a mí. Que en el fondo no eres más que una...

— ¡ALONSO!—le advirtió Carlos antes de que siguiera hablando. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo entre ellos dos, pero sí sabía que su amigo había perdido los papeles por completo. Nada de lo que se suponía que había hecho Noa, excusaba el comportamiento de él. — ¿De quién hablas hermano? ¿De qué va todo esto?

Pero éste no le contestó, solo se quedó mirándola con toda la rabia y el dolor que sentía en ese momento. Los celos trepaban por su pecho, logrando que un regusto amargo subiera por su garganta, y un sufrimiento lacerante se instalara en el pecho. Se sentía engañado y estafado. Burlado más allá de lo que podía perdonar. Así que de su boca salieron las palabras más hirientes, para demostrarle lo mucho que la despreciaba.

—Ella saber perfectamente a quién me refiero. —Y enseñando los dientes en una mueca de desdén y rabia, continuó. —Quiero que cuando él te bese, tengas marcado a fuego mis labios en tu boca, y que no olvide nunca, que primero fuiste mía.

Y no vio venir la bofetada que ella le propinó con fuerza, haciéndole girar la cabeza. Noa completamente destrozada, y con las lágrimas resbalando por su rostro, alzó el mentón con orgullo sosteniéndole la mirada llena de rencor.

—Espero que estés satisfecho, porque me has demostrado que al final tanto Derek como tú, os parecéis más de lo que pensabas.

Alonso se quedó parado, contemplando como a pesar del temblor de su barbilla y los ojos abnegados en lágrimas, ella lo miraba con altivez, desafiándole a que le llevara la contraria. Y él no pudo.

En ese momento, completamente horrorizado se dio cuenta de sus actos, y avergonzado hasta el infinito, se dio la vuelta para marchar y esconderse en la cloaca más profunda que pudiera encontrar. Pues tal como una inmundada rata se sentía, después de haber tratado a la mujer que amaba de esa forma tan rastrera y ruin.

Carlos observó cómo su amigo se alejaba, y de alguna manera intentó justificar sus actos, delante de la que ahora estaba seguro era la mujer que amaba.

—Él no es así Noa. Estoy seguro que tiene que haber un buen motivo, que explique porqué se ha comportado de esa manera.

La mirada que ella le lanzó reprobaba por completo su patética defensa, y a él no le quedó más remedio que abochornado bajar la mirada, pues en realidad no había excusa posible.

Lo que ellos no sabían, es que dos figuras escondidas entre las sombras habían sido testigos de todo lo acontecido, y cada una por diferentes motivos sonreía con satisfacción. Cuando Noa agotada tanto física como mentalmente se marchó, rechazando la compañía del médico para acompañarla hasta su bungalow, una de las figuras salió de su escondite para acercarse a él y decir;

—Ya te dije que esa mujer le estaba haciendo la vida imposible.

Cuando Carlos giró la cabeza, observó cómo los ojos de Vanesa brillaban con deleite, y en ese momento supo sin ningún género de duda que ella había tenido algo que ver en todo aquel asunto. Y se juró que descubriría lo que esa mujer estaba tramando.

Capítulo 29

Al día siguiente, Carlos entró en el restaurante más tarde de lo que pretendía, pues esperaba encontrarse con su amigo en la mesa del desayuno, al no haberlo encontrado en su cabaña. Pero por allí no apareció. Ni él ni Noa. Ninguno de los dos se asomó por el comedor, y le preguntó a Asha si sabía algo de ellos.

—Del jefe Alonso no sé nada desde ayer por la noche, y Noa me mandó avisar de que atendiera yo a los huéspedes, porque no se encontraba bien. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—No, solo necesitaba aclarar con él unas cuantas cosas antes de marchar, porque después voy a estar fuera una semana y me urgía hacerlo lo antes posible.

—Si quieres yo puedo darle tu recado, pues voy a estar con él más tarde. —le sugirió Vanesa mientras untaba mantequilla en un bollo recién horneado. —La verdad es que yo también lo estuve buscando, después de lo que pasó anoche, y tampoco lo encontré.

—No, gracias. —Le respondió el médico un tanto hosco. —Prefiero hablarlo cara a cara con él.

— ¿Qué paso anoche?—preguntó la keniana alarmada.

Pues tanto Pierre como ella, habían estado tan pendientes el uno del otro, que no habían advertido que hubiera ocurrido nada extraño.

—Nada grave, tranquila. —la calmó la morena, con un brillo de complacencia mientras mordisqueaba el bollo. —Ayer tus jefes tuvieron una disputa, pero nada que no haya ocurrido antes, por lo que tengo entendido.

Carlos observó irritado, como la mujer no escondía en ningún modo, el placer que le proporcionaba saber que su amigo se había enfrentado a Noa, en tanto una mueca ladina bailaba en su rostro.

— ¿Tú sabes algo verdad querida?—le preguntó él, ocultando su desprecio tras una falsa sonrisa, para intentar sonsacarle información.

—Yo prefiero no meterme en sus cosas. —Comentó ella pretendiendo parecer ecuánime. — Es mejor que hables con él directamente.

—También es mi amigo Vanesa, y me gustaría ayudarlo al igual que tú. Pero no puedo hacerlo si no dispongo de toda la información, y menos, cuando tampoco lo encuentro por ningún sitio.

—Entiéndelo Carlos, no quiero meterme en problemas. —dijo ésta haciendo un gesto con los ojos hacia Asha, pues solo estaban ellos tres sentados a la mesa.

—Si es por mí, les juro que no pienso decir nada. —prometió, empezando a preocuparse seriamente.

Vanesa fingió pensarlo detenidamente, cuando en realidad estaba deseando soltar a los cuatros vientos su hazaña, vanagloriándose de lo bien que le había salido todo. Pero sabía que no podía hacerlo.

—No, lo siento, no soy ninguna entrometida. —concluyó, soltando un suspiro de pesar.

—Está bien, lo entiendo. —Dijo el médico defraudado. —Espero poder hablar con él antes de partir.

Y Asha se levantó atropelladamente de la mesa.

—Si me disculpan. —y salió casi corriendo en busca de su amiga, para saber si podía ayudarla en algo.

Pero en ese mismo instante, se dio cuenta de que la mayoría de los clientes ya estaban aguardando ansiosos en la entrada del hotel, esperando con las maletas, para montarse en los vehículos que los llevarían de aventura por África. Por lo que no le quedó más remedio que aplazar su encuentro con Noa, para poder despedirlos debidamente.

Después de eso, Carlos esperó pacientemente a que llegara su amigo, pero éste no lo hizo. E impotente, observó cómo Shukrani arrancaba el motor del jeep para dar comienzo al viaje, frustrando su charla con él para intentar saber, que había ocurrido exactamente la pasada noche. Y dándole el tiempo justo en divisar por el retrovisor, como Asir se subía solo al otro jeep llevándose con él a Vanesa, pero sin ningún rastro de Alonso.

Antes de perder de vista el último vehículo, la ayudante salió corriendo hacia la cabaña de su amiga. Y cuando ella le abrió la puerta, se encontró con una mujer rota, con la cara desencajada y ojerosa, y los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar.

— ¡Dios mío, Noa, ¿qué ha pasado?!—preguntó impresionada.

A ésta le empezó a temblar la barbilla, por lo que se dio media vuelta dándole la espalda, a la vez que le dijo entre sollozos.

— ¿Puedo pedirte un favor muy grande Asha?

—Claro cielo, lo que tú quieras.

—Necesito estar sola. —Le confesó girándose nuevamente, mientras lágrimas de dolor e impotencia brotaban sin control. —Necesito pensar, evaluar lo que voy a hacer a partir de ahora.

—Noa, cariño...

—Por favor, Asha. —le rogó. —Te lo agradezco mucho, pero ahora no necesito tu compasión sino tu amistad. Quiero que te lleves a Jasira, para que tu hermana pueda ocuparse de ella. No deseo que me vea así. En cuanto yo lloro ella también lo hace, y me parte el alma.

La ayudante negaba con la cabeza mientras hablaba.

—Te lo suplico, Asha.

—Por supuesto que me llevaré a la niña. Entiendo que no quieras que ella te vea sufrir, pero no creo que dejarte sola en estas condiciones sea lo más conveniente.

—Por favor, necesito que lo hagas.

—No me parece bien abandonarte así, cielo. —insistió. — Entiendo que no puedo irme tan tranquila sabiendo que estás... tan destrozada. No sé qué ocurrió ayer entre los dos, pero estoy segura que ha sido una confusión, que todo se va a arreglar entre vosotros, que...

Noa se acercó a ella y le agarró con ambas manos la cara.

—No me hagas volver a suplicártelo, Asha.

Ésta enmudeció, mientras reconocía el sufrimiento de su amiga en la expresión de su rostro, y se tuvo que morder el labio cuando sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Está bien. —accedió. —Pero dentro de un rato vengo a ver cómo estás y a traerte algo de comer.

Y recogiendo a Jasira dejó a su amiga sola, tal y como ella quería.



Habían pasado dos días desde aquella horrorosa discusión, y Noa como pudo se arrastró fuera de la cama para ir a abrir la puerta. Cayetana entró como una tromba en la cabaña, después de haber estado cinco minutos aporreando y despoticando sin descanso, para que su hija la dejara pasar.

— ¿Por qué no me abrías la puerta?—le regañó enfadada.

— ¿Que parte de no me molestes no entendiste mamá?—le preguntó mientras se encaminaba hacia el armario.

—Esto es inadmisibile Noa, llevo dos días metida en mi habitación con una espantosa jaqueca, y tú no has tenido la más mínima compasión en pasar a verme para saber cómo estaba.

—Estás viva, ¿no?— alegó a la vez que se vestía su bata de seda dándole la espalda. —Eso es lo único que importa.

— ¿Cómo puedes ser tan insensible?—protestó la mujer ofendida. —Solo te preocupas por ti misma, sin tener en cuenta...

Y de pronto enmudeció al ver la habitación patas arriba, la cama deshecha, y a su hija con un aspecto espantoso.

— ¿Qué ocurre aquí? ¿Estás enferma?—le preguntó preocupada.

—No. —le contestó mientras se dirigía al baño y se pasaba un cepillo por el pelo. — Solo que yo también he sufrido una terrible jaqueca.

Cayetana examinó a su hija con detenimiento, solo para advertir que le estaba mintiendo.

—Eso no es cierto, tú no padeces de jaquecas.

—Pues ya era hora, ¿no crees? Es una excusa que a ti te va a las mil maravillas, y esperaba con fervor que cogieras la indirecta.

La mujer se pasó un dedo por la ceja peinándola, a la vez que frustrada por la situación dejó escapar un suspiro.

—Cariño, no quiero seguir discutiendo contigo, no he venido a esto precisamente.

—Pues entonces hazme un favor mamá y déjame en paz. —le sugirió abriendo la lona de la parte trasera de la cabaña, para sentarse en el cómodo sillón que había en la pequeña terraza.

—Es por culpa de ese hombre, ¿verdad?—supuso enfadándose por momentos, al imaginar a ese ser insufrible haciéndole daño a su hija. — ¿Qué te ha hecho? No me lo digas, no me importa, lo voy a despedir de inmediato.

Noa, que se encontraba con la cabeza girada, las piernas encogidas y agarradas fuertemente con ambos brazos, y su barbilla temblando aguantándose las ganas de llorar, susurró.

—Te lo suplico mamá, si alguna vez has sentido algo de cariño por mí, aunque sea tan solo una pequeña pizca, te pido que me dejes tranquila.

A la mujer, que no era de piedra, se le encogió el corazón al verla sufrir de esa manera. Y apartando por un instante el tormento que sus palabras le provocaban, decidió que era el momento de hacer algo que nunca antes en su vida había hecho. Se sentó al lado de su hija con el miedo del rechazo atenazándole la garganta, para murmurarle.

—Ven aquí, pequeña.

Y cuando ésta vio cómo su madre le abría los brazos para reconfortarla, no pudo evitar el torrente de llanto que salió de su alma desgarrada, encogiéndose como una bola, haciéndose tan chiquita como una niña pequeña, para apoyar su cabeza en el regazo de ella y llorar desconsolada, mientras Cayetana le acariciaba el pelo suavemente.

— ¡Chss, ya está mi niña!—le susurró suavemente, mientras sus ojos se abnegaban también en lágrimas, y su corazón se partía junto al de su hija. — Lloro mi princesa, llora y echa todo fuera.

Y las dos en silencio y a su manera, dejaron brotar el dolor tan arraigado que llevaban dentro. Por diferentes orígenes, por diferentes motivaciones, pero con una mágica comunión surgida por primera vez entre ellas, que las hizo sentirse cómodas la una con la otra.

Minutos después, Cayetana ayudaba a su hija a volver a la cama y se sentó su lado atusándole el pelo, mientras de vez en cuando le dejaba caer un suave beso en la frente, logrando con ello que por primera vez en varios días Noa pudiera dormir un poco.



Alonso contempló ese momento desde la distancia, y enterró las manos en su pelo tirando a continuación fuertemente de él, mientras daba vueltas en círculos lamentándose amargamente por todo lo que había hecho. Nadie podría recriminarle peores cosas de las que él mismo se había reprochado, sintiéndose tan culpable, que tampoco había podido pegar ojo en todo aquel tiempo. Cómo un maldito cobarde se había escondido durante aquellos días, por no tener el coraje suficiente para enfrentarse a Noa y sus consecuencias. Siendo Asir el único en quién confiaba, y al que le había dicho cómo ponerse en contacto con él por si ocurría algo grave. Se sentía tan miserable y ruin, que no podía perdonarse el hecho de que la había tratado peor que Derek en aquella fatídica noche. El americano, al menos disponía de la excusa de estar borracho, él ni tan siquiera tenía eso.

Apoyó el cuerpo en un árbol escondido de las miradas indiscretas, y con la vista perdida se preguntó, cómo había llegado hasta aquél punto. En qué instante había perdido el buen juicio, volviéndose en un ser loco e irracional, completamente perdido en los celos enfermizos, que le hicieron cometer semejante vileza.

Evocó la historia de amor vivida con Mónica años atrás, y lo mucho que lo había afectado. No era ninguna disculpa para su comportamiento con Noa la pasada noche, pero sí un recuerdo cruel, de porqué había decidido no enamorarse nuevamente. Había vuelto a caer otra vez, pero esta vez las consecuencias eran peores, mucho peores.

Porque si en aquel entonces había creído estar locamente enamorado, ahora sabía a ciencia cierta que no había sido así. Y el dolor que había sentido en aquellos momentos, no era nada comparable con lo que estaba sufriendo ahora. Nada.

Pero aun así nunca había llegado a comportarse de esa manera. Había sido destructivo consigo mismo, pero jamás intentó hacer daño a nadie que no fuera él. Por lo que no entendía que le había pasado con Noa. Que locura transitoria lo había llevado a querer castigarla, para hacerla sentir una mínima parte del mismo padecimiento que él sentía.

¿Y que había conseguido con todo aquello?— se preguntó furioso. — ¡Nada!

Bueno sí, más dolor todavía si cabe.

Y lo peor de todo, era sentirse el único culpable del sufrimiento de la mujer a la que amaba. Él, que había jurado protegerla de las personas que querían hacerle daño. Justo él, había querido lastimarla. Cómo se podía ser tan hipócrita, tan mezquino.

Alonso siempre había creído ser un tipo valiente. Se había enfrentado por ella a leopardos, leonas, serpientes venenosas o escorpiones mortales, y lo haría nuevamente una y mil veces si hiciera falta. Pero ahora, se sentía incapaz de encararla y mirarla directamente a los ojos para pedirle perdón. Y eso lo convertía en un ser deleznable.

Pero, ¿cómo podía rogarle que lo perdonara cuando ni él mismo podía? ¿Y cómo hacerlo?, cuando él había despreciado a otros hombres por utilizar la violencia con una mujer para someterla, y había intentado exactamente lo mismo con ella. Se sentía una basura.

¡Soy lo peor! ¡Un imbécil! ¡Un completo imbécil!

Levantó los ojos al cielo y a su mente acudió la imagen de su madre, reprochándole con un gesto tan típico en ella su falta de juicio. Y suspiró con fuerza, en tanto sus ojos se empañaban dolido consigo mismo y con su estupidez. Ahora sí que había perdido por completo a la mujer que tanto quería, y no solo porque ella tuviera motivos más que suficientes para odiarlo, sino porque ni él mismo era capaz de perdonarse. No después de lo que había hecho.

Había ido hasta allí porque había tomado una decisión, pero cuando la vio llorando en los brazos de su madre, el arroyo que tanto tiempo le había costado reunir se esfumó como el humo. Al mismo tiempo que el pecho se le abría en dos, al sentir los puñales de la culpa clavándose una y otra vez, en tanto su corazón dejaba de latir.

Cerró los ojos al recordar el sufrimiento en la mirada de Noa, y la decepción en el rostro de su amigo de toda la vida. Volvió a revivir las palabras dichas con tanto rencor y odio, una y otra vez. La mirada de desconcierto de ella y a continuación la de desaliento, como si fuera una mala película repetida hasta la saciedad. Y un sollozo mudo salió de su garganta, al saberse la peor escoria de la faz de la tierra, en tanto su corazón se partía en mil pedazos, a la vez que se sentía quebrar por dentro.

Alonso cayó al suelo de rodillas mientras las lágrimas fluían sin control, sumido en el dolor, en la rabia, y en el firme convencimiento de que había perdido al amor de su vida, de que ya no había vuelta atrás. Solo había llorado una vez así, y había sido cuando perdió a la persona que en aquel momento era la mujer más importante de su vida. Su madre.

— ¡Perdóname, mamá!—sollozó destrozado por dentro. — ¡Por favor, perdóname!



Horas más tarde, Cayetana seguía sentada a la vera de su hija. Se preguntaba nuevamente, que podría haber ocurrido para que su pequeña se encontrara así. A pesar de que Noa no se lo había confirmado, sabía sin ningún género de dudas, que todo venía propiciado por algo ocurrido entre ella y aquel horrible hombre.

Ese tal Alonso desde un principio no le había caído bien. Sabía que iba a traer problemas, desde el mismo momento en el que los pilló tan juntos en el dispensario. Tenía un aura de peligrosidad, mezclado con un fuerte carácter y unas formas tan toscas, que intuía que no era un hombre fácil de llevar. Y ella quería algo mejor para su princesa. Se merecía algo mejor.

Por mucho que ésta despotricara contra ella, le reprochaba su actitud poco cariñosa y fría, o la acusara de manipuladora, siempre había querido lo mejor para hija. Siempre. A pesar de no saber demostrárselo o de hacérselo entender, sus dos hijos siempre habían sido su motor para vivir. El motivo que tenía para levantarse cada mañana, para no tirar la toalla y volverse completamente loca.

Contempló a su pequeña y se lamentó lastimosamente, por no haber sabido hacer nada para evitar, que ese distanciamiento y frialdad entre ambas fuera tan acuciante. Había intentado de todas las maneras un acercamiento con ella, sobre todo en los últimos tiempos, pero al final siempre salían a relucir los reproches y recriminaciones, que su hija tenía guardados tan amargamente en su corazón. Y a pesar de que siempre intentaba luchar contra ello, acababa perdiendo.

Cuán difícil era no poder contar toda la verdad. Sentirse atada de pies y manos, y completamente impotente, mientras ves como pierdes poco a poco lo que más quieres en esta vida. Suspiró, cansada de tanto dolor y sufrimiento acumulado por tantos años, e inconscientemente arrojó a su hija, deleitándose después al darse cuenta de ese gesto tan sencillo, pero que le estuvo prohibido durante tanto tiempo.

Cuando minutos después Asha apareció por la cabaña, con la inflexible determinación de lograr que su amiga comiera algo, no esperaba encontrarse con Cayetana allí.

— ¡Oh!, disculpe. —Se excusó consternada, buscando con la mirada a su amiga cuando la mujer le abrió la puerta. —Venía a traerle algo de comer a su hija.

—Está durmiendo. —le susurró, dejándola pasar para que dejara la bandeja encima de la mesa.

— ¡Gracias a Dios!—Exclamó la keniana aliviada. — ¿Lleva mucho tiempo dormida?

—Un rato. —Le contestó mirándola con dureza. — ¿Por qué no fui notificada de la situación que mi hija estaba pasando?

Asha tragó saliva fuertemente intimidada, pero desvió la mirada hacia Noa y se irguió con valentía para enfrentarse a ella.

—Porque su hija no quiso que se le avisara. Creo que sabe perfectamente, que cuando algo se le mete en la cabeza, no hay forma posible de hacerla cambiar de opinión. Ahora mismo venía dispuesta a obligarla a comer algo.

La soberbia de Cayetana se esfumó así como había llegado, dando paso a la angustia.

— ¿Desde cuándo no come?

—Lleva dos días sin probar bocado.

— ¡Dos días!—exclamó afligida.

—Sí. Pero creo que ahora necesita más urgentemente descansar que comer. —
Determinó la ayudante. —Es mejor no molestarla.

—Entiendo. —dijo la mujer mortificada.

Y se acercó a la cama mientras susurraba angustiada, a la vez que se retorció las manos tan fuertemente, como su conciencia gritaba en su mente.

—Si hubiera sido mejor madre, habría confiado en mí antes que en extraños. —habló en alto, olvidándose de la presencia de la ayudante.

—Yo no soy ninguna extraña, señora. —replicó ofendida.

—Lo sé, Asha. —Le respondió girándose hacia ella, con un inconmensurable padecimiento en su rostro. —Sé que la única extraña aquí soy yo.

La ayudante se arrepintió en el acto de su tono de censura anterior. Ella no era nadie para criticar la relación entre madre e hija, no después de la familia que le había tocado vivir. Simplemente le molestaba, que la mujer no se diera cuenta de lo valiosa y gran persona que era Noa. Pero, ¿quién sabía los motivos que llevaban a alguien a comportarse de cierta forma? Sino que se lo dijeran a ella, cuando durante tanto tiempo se negó la posibilidad de ser feliz, creyendo en una decisión errónea, que era lo mejor para sí misma como para la persona que amaba.

—De igual modo si quiere puede quedarse. — le sugirió con cautela. —Creo que su presencia le hace bien.

— ¿Tú crees?—le preguntó temerosa de poder hacer algo que afectara más a su hija.

Cayetana giró la cabeza para mirar como Noa dormía plácidamente. Durante el tiempo que habían estado solas, vigilando como una leona el sueño de su niña, le dio por pensar en el momento habido antes entre las dos. Un instante que había ansiado y buscado desesperadamente durante tantos años, y que no había tenido la oportunidad de vivir. Y después de tantas lágrimas vertidas en soledad, después de tantos rechazos de parte de su pequeña, de tanto tiempo tragándose el dolor intentando parecer entera, ahora... ahora que casi podía rozarlo con las yemas de sus dedos... Ahora estaba tan muerta de miedo, que tenía autentico terror a equivocarse nuevamente y echarlo todo a perder. No sabía cómo empezar a recuperar a su niñita, cómo compensar todo el tiempo perdido, toda una vida perdida. Ella era la única persona que verdaderamente le importaba en esta vida, y a la que no sabía cómo demostrárselo.

Asha parpadeó sorprendida por su actitud.

—Sí, lo creo. —le aseguró convencida de que era bueno. Para las dos. — ¿Por qué no viene a comer algo usted también? Yo me encargo de bajar dentro de un rato, para comprobar si está despierta y traerle comida caliente.

—No quiero dejarla sola. —confesó Cayetana reticente a abandonar a su hija.

—Está bien. Pues si quiere puede comer usted lo que le traje a ella, y cuando despierte, mando preparar algo delicioso que le abra el apetito a nuestra bella durmiente.

La mujer asintió, y Asha procedió a hacer lo que habían acordado.

Cuando Noa despertó horas después ya era de noche. Se sacudió sobresaltada por una pesadilla, y se tapó la cara con ambas manos, hasta que finalmente pudo ubicarse y darse cuenta de donde estaba. Pero de pronto, agudizó el odio al escuchar murmullos cerca, y levantó la cabeza para averiguar perpleja, como su progenitora departía tranquilamente con Asha y Hadiya, sentadas las tres en la pequeña terraza, donde antes había estallado rota de dolor. Pero agradecida por ese gesto de consuelo de su madre, y durante tanto tiempo ansiado.

Se levantó con sigilo y se vistió su bata de seda, a la vez que despacio se acercó a la cama de Jasira. Ésta dormía plácidamente, como era su costumbre, con los brazos y piernas en cruz ocupando la casi totalidad del espacio, obligando a la pobre Janeeta, a ocupar la esquina del colchón a muy pocos centímetros de caerse de él. Sonrió con ternura, al agacharse para depositar un beso en la frente de la pequeña, y acariciar suavemente la mejilla de la mayor. En el poco tiempo que llevaban juntas, las dos se habían hecho inseparables. Siendo los únicos niños del recinto era lógico, pues inevitablemente se necesitaban para poder jugar y disfrutar como tales. Aunque muy pronto eso cambiaría. Cuando se terminara por fin el proyecto de la escuela-taller, habría otros niños y niñas con los que podrían relacionarse y disfrutar, corriendo y haciendo las travesuras típicas de cualquier crío de su edad. Su hija nunca más volvería a estar sola y desvalida. Jamás volverían a apartarla como a unaapestada.

Y de pronto, Noa sintió un pinchazo en el pecho al recordar, que quizás no estaría allí para cuando aquello sucediera. De igual modo nunca se iría sin su pequeña, pensó mordiéndose el labio cuando comenzó a temblar, allá donde fuera jamás abandonaría a su princesa.

Cerró los ojos con fuerza reteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar, e inspiró profundamente intentado reunir las fuerzas necesarias, para después soltar un largo suspiro, y encontrar la calma que tanto necesitaba. Cuando creyó haberlo conseguido, se incorporó para acercarse a las tres mujeres, que todavía no se habían percatado de que había despertado.

— ¿Tengo que empezar a preocuparme?

Las tres se sobresaltaron al unísono al escuchar su voz.

— ¿Por qué, cariño?—preguntó Cayetana haciéndose a un lado para que ella pudiera sentarse.

—No lo sé. —Respondió encogiéndose de hombros. —Se me hace muy raro ver a mis amigas charlando tranquilamente con mi madre, como si lo llevaran haciendo toda la vida. —Explicó sentándose a su lado. —Por lo que reitero mi pregunta, ¿tengo que empezar a preocuparme? ¿Estáis tramando algo, o en su defecto, escondiéndome algo que yo no sepa?

—En absoluto. —objetó Asha. —Simplemente hablábamos con doña Cayetana de todo un poco.

— ¿De todo un poco? —Preguntó sorprendida. — ¿Qué significa de todo un poco?

—Quería saber, ¿qué tenía este país para que te hubiera cautivado de tal manera? —Confesó su madre con cierta cautela. —Conocer un poco más a Asha, y a su encantadora hermana y sobrina. Aprender un poco más del carácter de su gente, y del folklore que los rodea.

—Le conté cómo nos conocimos. —confesó Hadiya. —Y de tu aventura con los testículos de mono.

— ¡Ay, Dios!, no me lo recuerdes. —le pidió escondiendo la cara entre sus manos.

— ¿De verdad te los comiste?—le preguntó su madre horrorizada.

—No sabía lo que eran hasta que fue demasiado tarde, mamá.

Y de pronto Cayetana comenzó a reírse dejándolas a todas asombradas por su reacción.

— ¿Te parece gracioso?—inquirió comenzando a molestarse.

—La verdad, es que sí. —Respondió la mujer. —Me hubiera gustado estar allí para ver tu cara.

—Si quiere se lo puedo contar yo.

Y la hermana pequeña comenzó a escenificar los momentos vividos por Noa, después de enterarse de lo que había comido. Las tres reían sin parar mofándose de ella, en tanto ésta enfurruñada y con los brazos cruzados, no pudo mantener por más tiempo esa pose fingida, y se unió a ellas. Asha también le contó a su madre el momento de conocerla, narrando con pelos y señales, la cantidad de barro que cubría su cuerpo cuando entró por la puerta. Y de cómo había llegado descalza, con la pabela echada a perder, y con la falda del vestido rajada por la parte de atrás de arriba a abajo. Relató también su encuentro con el leopardo en la cascada, de cómo Alonso se enfrentó a él, y después la trajo como un saco de patatas todo el camino. Entre risas, también le contó cómo éste la pilló desnuda en la ducha, cuando Noa comenzó a gritar por culpa del agua fría, creyendo que estaba en peligro. O de cuando acudió en su auxilio como una tromba, al escuchar los chillidos de ella en su tropiezo con la mamba negra.

Y Cayetana empezó a cuestionarse, la importancia de ese hombre en la vida de su hija. Y qué había ocurrido, para que llevándose tan mal como se llevaban al principio, Noa se hubiese acabado enamorando de él.

—Y la última fue buenísima, tenía que haberle visto la cara a Alonso cuando...—pero de súbito la ayudante enmudeció.

— ¿Cuándo qué?—preguntó Hadiya intrigada.

—Cuando nada hermana, olvídale. —repuso vacilante y maldiciéndose por su estupidez, al recordar el momento en que el guía estampó la cara contra la puerta, al escuchar aquella conversación completamente tergiversada entre ella y Pierre.

—Yo también quiero saberlo. —insistió Noa.

—Ahora que lo recuerdo era una tontería. —e intentando desviar el tema propuso. — ¿Porque no pedimos que te traigan algo de comer?

—No tengo hambre. —Replicó la aludida. —Y no evites el tema Asha, hasta ahora estábamos hablando de todas las tonterías que me han pasado desde que llegué aquí.

—No estoy evitando nada. Y tú lo has dicho, solo hablamos de tonterías, nada más. Simplemente digo que tienes que comer algo, llevas muchos días sin meter nada consistente al cuerpo. — rebatió nerviosa poniéndose de pie.

— ¡Chicas, vais a despertar a las niñas!—intervino Cayetana intentando apaciguar los ánimos.

—Me parece bien. —indicó Noa hablando más bajo. —Pero no creo que vaya a pasarme nada si esperamos unos minutos más, mientras me cuentas el motivo que tuvo Alonso...

—Olvídalo Noa, simplemente elimina la última frase de la conversación. —Sugirió a la vez que levantaba el auricular del teléfono para pedir algo de comer. — ¿Qué te apetece? ¿Carne?, ¿pescado?

—No voy a comer nada hasta que no me lo cuentes. —amenazó poniéndose ella también en pie.

— ¡Mira que eres terca!

— ¡Mira la que fue a hablar!

— Noa...—medió la madre en vano.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?—inquirió su amiga cruzándose de brazos.

—Por supuesto que no, y menos ahora que sé que me estás ocultando algo.

—No te estoy ocultando nada.

— ¡JA! Mientes muy mal amiga, pero que muy mal.

Asha colgó el teléfono con más ímpetu del propuesto.

— ¿De qué sirve decírtelo si sé que con ello te voy a hacer daño? Dime, Noa, ¿de qué? Me pides que confíe en ti, pues yo ahora te pido que confíes en mí, fue una tontería sin mayor importancia. Ya está.

— ¡Basta, las dos! —Estalló Cayetana, intentado acabar con aquella estúpida disputa. —Estoy de acuerdo con Asha. Esto no tiene ningún sentido Noa, lo mejor es que comas algo y te repongas...

— ¡No!—la interrumpió su hija. —No me digas lo que tengo y no tengo que hacer, mamá. Estoy cansada de que todo el mundo me mienta.

—Solo quiero protegerte. —aseguró su ayudante, dándose cuenta demasiado tarde que era peor el remedio que la enfermedad.

— ¿Y cómo pretendes hacerlo? ¿Mintiéndome? ¿Ocultándome las cosas?—cuestionó decepcionada con ella. —Estoy harta de que todo el mundo lo haga. Y no esperaba eso de ti, Asha.

—Eso es cierto. —confesó su madre interviniendo nuevamente. —Sé por experiencia propia, que al final la mentira se vuelve en tu contra.

— ¡Por favor, no os peléis!—sollozó Hadiya, acercándose a Noa para rodearla fuertemente con sus brazos.

Asha suspiró abatida y se acercó a su amiga para abrazarla ella también, en tanto los ojos de Cayetana se humedecieron al ver ese gesto, tan cariñoso y real surgido entre las tres.

—Lo siento, cielo, perdóname si te he hecho daño. Quiero que te quede claro que en ningún momento ha sido mi intención, pero me rompe el alma verte así. —y se separó un poco de ella para mirarla a los ojos. —Desconozco lo que pasó entre vosotros aquella noche. Tú no dices nada, Alonso está desaparecido, y los demás andamos angustiados por los dos sin saber qué hacer, sin... sin comprender, qué pudo suceder tan grave entre vosotros. Lo único que quiero es que no sufras más Noa, ¿es tan difícil de entender?

—No, no lo es. Pero es mucho peor no saber Asha. —Confesó emocionada por su sincero cariño, mientras las lágrimas volvían a rodar por su rostro. — Estar en la

completa ignorancia me está volviendo loca. Desconocer los motivos que lo llevaron a actuar así me está matando. Llevo dos días preguntándome, ¿por qué? ¿Por qué Asha? ¿Por qué me habló así? ¿Por qué me trató de esa manera? ¿Qué hice yo? ¿Qué error cometí?

— ¡Oh, mi niña!—soltó Cayetana abatida viendo el sufrimiento de su hija, y deseando con toda su alma ser ella la que estuviera padeciendo ese tormento y no su pequeña.

Y se acercó a las tres para estrecharlas en conjunto, uniéndose en ese gesto de cariño tan sincero y conmovedor. Ahora la mujer entendía a su hija cuando afirmaba que ellas eran sus amigas. Entre lágrimas de agradecimiento, por fin comprendía a lo que Noa se refería. Nunca antes nadie había demostrado por ella, lo que esas dos mujeres de tez oscura le estaban enseñando. Y le estaban enseñando, que el afecto sincero no tiene barreras, ni colores, ni esferas sociales, simplemente se siente y ya está. Nace o no nace, pero es un sentimiento que nadie puede comprar o fingir.

Después de ese momento sensiblero entre féminas, y con las hormonas alteradas, se volvieron a sentar para escuchar con atención el relato de Asha, arrojando un poco de luz al martirio de Noa.

—No puedo creer, que Alonso logre tan siquiera imaginar que yo pueda estar interesada en otro hombre. —se lamentó Noa perpleja. — Y menos que piense que pueda sentir algo por Pierre. No lo entiendo.

—Para ser honesta, la conversación escuchada desde detrás de la puerta daba a equívoco, cielo. Yo misma sentí celos de ti y de Pierre, antes de confesarme tus verdaderos sentimientos por Alonso.

—No es excusa Asha, no después de lo que pasó en el safari entre nosotros. Tú al menos, nos viste en una actitud cariñosa que pudiera malinterpretarse, pero él...

—A saber lo que pasa por la cabeza de los hombres. —intervino Cayetana.

—Es evidente que estaba celoso. —concluyó Hadiya.

—Sigo sin comprenderlo.

—Si nos explicaras lo que ha ocurrido entre vosotros, quizás podríamos ayudarte. —le pidió su ayudante.

—Me siento muy violenta hablando de este tema con mi madre presente. —alegó Noa ruborizándose hasta las cejas.

—No hace falta que entres en detalles cariño, si es tu deseo me voy, pero me gustaría ayudarte y ofrecerte mi apoyo incondicional.

Noa reparó que hasta el momento, su madre no había impuesto su opinión, al contrario, había estado en un segundo plano ofreciéndole para su total sorpresa, un consuelo que ella no había pedido, y que había sido ofrecido sin egoísmo ni segundas intenciones, al menos hasta el momento.

Pero no sabía si fiarse. En ese instante se sentía frágil y vulnerable, y no sabía si podría resistir otra traición por parte de su familia. Si podría encajar que su madre utilizara esa información para usarla en su contra. Y suspiró, cansada de tanta lucha, de tanta desconfianza con su propia sangre, de tanto miedo a que le volvieran a fallar.

Necesitaba confiar. Necesitaba volver a sentir el calor de madre, que tan solo unas horas antes había recibido, y que le había proporcionado tanta paz y tanto alivio en su atormentado estado anímico. Anhelaba no volver a sentirse tan sola, tan desvalida

nunca más. Así que decidió darle otra oportunidad nuevamente. Y les confesó sus sentimientos más profundos, y lo que habían vivido tanto ella como Alonso en pleno África, más todo lo ocurrido después de la vuelta a la realidad.

Cuando terminó, ninguna de las tres mujeres abrió la boca. Por poco tiempo.

— ¡¿Cómo que intentaron matarte?!—Estalló Cayetana claramente alarmada. — ¡¿Cómo no se te ocurrió decirme nada hasta ahora?!

—Está bien mamá, cálmate.

— ¿Qué me calme? ¿Estás loca, hija? Ahora mismo nos vamos de aquí. —ordenó poniéndose de pie, mientras un escalofrío de puro terror le recorría el cuerpo de arriba a abajo.

—Siéntate, mamá.

—No pienso sentarme, no al menos que estemos subidas a un avión rumbo a Valencia.

—No corro ningún peligro, Alonso ya se encargó de eso.

— ¿A qué te refieres?—preguntó Asha.

—El lunes se llevó a Sofía a Nairobi, para entregarla a las autoridades y que les confesase donde se encontraba Derek.

— ¿Y lo consiguió?

—Sí, pero habían llegado demasiado tarde.

— ¿Qué significa demasiado tarde?—cuestionó su madre, cuando paró de buscar desesperada la maleta por la cabaña.

—Pues que lo encontraron muerto en la habitación del hotel.

Asha se llevó las manos a la boca.

— ¡Dios mío!—susurró incrédula. — ¿Cómo?

—Colgado del ventilador del techo.

— ¿Se suicidó?—preguntó su madre volviéndose a sentar nuevamente a su lado.

—Ajá. —contestó Noa, ocultando las dudas que todos creían de que no hubiera sido voluntario, y por supuesto de que hubiera otro cómplice más. ¿Para qué preocuparlas innecesariamente?

De pronto Cayetana la abrazó con fuerza y con la voz temblorosa le regañó.

— ¡Por Dios hija, no me des estos sustos! ¿Acaso quieres matarme de un infarto al corazón?

—Lo siento mamá, no era mi intención. —le contestó ella, asombrada por sus espontaneas muestras de cariño, que nunca antes había recibido.

Y las cuatro se quedaron calladas rumiando esa información.

—Ahora entiendo su actitud tan extraña al entrar en la cocina. Y porque se estaba recriminando cuando subí detrás de él, y me lo encontré enfadado consigo mismo en el dispensario. Pero sigo sin comprender qué ocurrió después. —comentó Noa dándole vueltas a lo dicho antes por Asha, volviendo a angustiarse. —Instantes antes de que entrara mi madre estaba a punto de besarme, y después se volvió completamente loco. Me dijo todas esas cosas tan horribles, tratándome peor que a una... que a una... — y enmudeció siendo incapaz de acabar la frase.

—Yo tampoco entiendo porque no echó a patadas a esa hiena cuando se lo pediste.
—Rezongó su ayudante. — ¿Acaso fue incapaz de ponerse por un solo momento en tu piel?

— ¿Quién entiende a los hombres?—preguntó Hadiya suspirando con tristeza.

—Cariño, no le des más vueltas, solo te hace daño y no quiero verte así.

—No puedo mamá, lo intento pero no puedo.

—Tu madre tiene razón. —soltó Asha finalmente poniéndose de pie. —No tenemos respuestas, y es inútil darle vueltas a algo que ya no tiene remedio. Peeero, la señorita me prometió comer si le contaba todo. Así que lo prometido es deuda, por tanto te toca pagar.

—No, Asha, de verdad no tengo hambre.

— ¿Acaso ves que a alguien de esta habitación le importe?—preguntó su amiga mientras levantaba el teléfono.

Y a pesar de que Noa resopló como un hipopótamo, protestó lo que le vino en gana, y profirió diversas y variopintas amenazas, las tres formaron filas en su empeño de conseguir que comiera algo. Y no pudo hacer nada ante tanto insistir, y menos cuando el chef se unió al elenco ya formado, trayéndole personalmente la deliciosa cena preparada por él.

A petición de Asha, Pierre no se pudo quedar, alegando ésta que era un momento delicado. Y haciendo mucho hincapié en que Noa necesitaba de aliento femenino, y no del peloteo pomposo de un franchute como él. A pesar de marchar ofendido por sus palabras, su escarnio no escamaba tanto, después de arrancarle una promesa al oído a su reina de ébano, de una justa recompensa por el agravio recibido más tarde en su dormitorio.

— ¡Arg, odio cuando se vuelve tan...!

—Petulante. —soltó su amiga divertida.

— ¡Pesado!—terminó ella guiñándole un ojo en complicidad.

Minutos más tarde, estando Noa arrinconada entre las tres mujeres, siendo más difícil enfrentarse a ellas, que cuando se encontró cara a cara con aquella leona en Samburu. Tuvo que masticar y tragar, todos y cada uno de los bocados de comida que había en el plato. Incluso su madre, dejándola completamente estupefacta, hizo el numerito del avión para que tragara los últimos trozos de pescado, como si de una niña pequeña se tratara. Y en ese instante llamaron a la puerta.

—No te muevas, todavía te queda una deliciosa patata glaseada en el plato. —comentó Cayetana levantándose para ir a abrir la puerta.

Noa levantó la ceja divertida y asombrada a la vez, por el extraño comportamiento de su madre. No solo la estaba cuidando amorosamente, sino que se había levantado ella misma a abrir, estando lo que su progenitora había considerado hasta hace bien poco, el “servicio” presente. Algo completamente inaudito en ella, sobre todo por el respeto y cariño, con el que había estado tratando a Asha y a Hadiya en todo momento. Pero la diversión se esfumó de golpe, dando un giro por completo a la situación, al ver la expresión de menosprecio en la cara de su madre.



Alonso se paseaba nervioso de arriba abajo delante de la cabaña de Noa. Por varias veces intentó subir los peldaños para llamar a la puerta, y arrepentirse después en el último segundo. Era de madrugada y todavía escuchaba voces dentro, y si no se atrevía ahora, no creía tener fuerzas suficientes para hacerlo en otro momento. Había estado todo el día dando vueltas, esperando el instante adecuado, pero todavía no lo había encontrado.

Inspiró aire con fuerza, para expulsarlo después muy lentamente. E inquieto se frotó la nuca, buscando el valor para realizar el cometido que había venido a realizar. Estaba decidido a hacerlo ahora, pues no podía esperar más tiempo. Pero a quién no se esperaba encontrar era a la madre de Noa, mirándolo con un desprecio evidente y sin ningún tipo de disimulo.

—Buenas noches. —habló después de carraspear y encontrar la voz.

—No sé qué es lo que quiere, pero usted no es bienvenido aquí caballero. Y le llamo caballero porque soy una mujer muy educada, ¿no sé si me entiende?

—La entiendo perfectamente.

—Me alegro que esta vez haya sido yo, la que por fin se haya explicado con suficiente claridad.

El guía apretó los dientes con fuerza. Sabía que se lo tenía merecido, pero aun así no era fácil de escuchar. Y soltó un suspiro de pesar.

—Solo quería hablar un momento con su hija.

—Mi hija no tiene nada que hablar con usted.

Él clavó durante unos segundos la mirada en el suelo, y la levantó justo en el momento, en el que Cayetana le iba a cerrar la puerta en las narices.

— ¡Espere un momento!—exclamó, impidiendo con la mano que cerrara la entrada. Y estiró el brazo para ofrecerle un sobre. —Solo le pido por favor que le entregue esto a Noa. Es muy importante que lo lea.

La mujer levantó una ceja, sin disimular en ningún momento la repulsa que le producía su presencia allí.

—No creo que haya nada aquí dentro, que pueda compensar su comportamiento. — señaló recogiendo la carta.

—Lo sé.

Y dicho esto se marchó sin mirar atrás.

Capítulo 30

Cuando Alonso entró en su despacho, se encontró a Noa de espaldas reflexionando, y observando algo por la ventana plenamente concentrada. Se quedó contemplándola durante largo tiempo, con el corazón latiéndole de forma atronadora dentro de su pecho, por ser la primera vez que estaban juntos desde que había perdido el control. Y aunque él no lo percibió, ella se puso tensa en cuanto sintió su presencia en la habitación.

— ¿Se puede saber qué significa esto?—preguntó blandiendo el sobre en la mano, sin girarse en ningún momento.

Desde que la noche anterior, su madre a regañadientes le entregara la carta, Noa no había hecho más que meditar y darle vueltas a la cabeza, para saber qué decisión iba a tomar. Después de obligar a sus amigas y a Cayetana para que la dejaran sola, se sentó en la cama con las piernas cruzadas y las manos temblorosas, mientras examinaba detenidamente el sobre cerrado que le habían proporcionado. Tenía demasiado miedo por saber lo que había escrito en él. Y era tan fuerte ese sentimiento, que tardó un buen rato en animarse por fin y abrirlo. Y después de leerlo, completamente desconcertada, todavía no entendía qué significaba aquella carta. Así que después de pasarse la noche en vela, y enterarse de cómo ponerse en contacto con él, allí se encontraba, admirando los primeros rayos de sol que asomaban por detrás de una suave colina, hasta que su piel, como si dispusiera de un sexto sentido, percibió sin lugar a dudas su presencia en la habitación.

—Creo que lo que pone en él es bastante claro y conciso.

—Sí así fuera no estaría preguntándote, Alonso. —respondió girándose lentamente para encararlo.

Y cuando lo hizo, se sorprendió al ver el mal aspecto que tenía. La barba más larga de lo normal, los hombros vencidos, los ojos hundidos y ojerosos, y un rictus de profundo cansancio, lo hacían parecer diez años más viejo. Noa intentó con todas sus fuerzas que aquello no le afectara, pero a pesar de sus intentos se sintió apenada por él, si bien su apariencia no era mucho mejor que la suya.

—Solo quería que supieras, lo profundamente arrepentido que estoy por lo que hice y dije esa noche. —reconoció humillado, bajando los ojos pues no podía sostenerle la mirada.

— ¿Y tú forma de disculparte es largándote de aquí? —le reprochó dolida.

—Es una renuncia formal Noa. No puedo seguir trabajando aquí después de...—y carraspeó para deshacer el nudo en su garganta. — después de mi comportamiento contigo.

—Ah, claro, es mucho más fácil cagarla como lo has hecho y después dejarme con todo el marrón. Muy bonito Alonso Rivas, ahora ya sé cuál es tu forma de solucionar tus errores. —le recriminó cruzándose de brazos molesta por su cobardía.

Él levantó la cabeza para mirarla directamente.

—Yo no he dicho eso. Por supuesto estaré aquí hasta que encuentres a alguien que me sustituya, después de eso me iré y no volveré a ser una molestia en tu vida.

—Y así es como lo arreglas todo, ¿no? Huyendo. —sermoneó siendo cruel y dando donde más dolía. —Cuando algo se pone cuesta arriba lo más fácil es salir corriendo. ¿Pero de qué me sorprende?, no es la primera vez que lo haces. Ya tienes experiencia en eso.

El guía elevó las cejas sorprendido por el golpe bajo que había propinado, y a pesar del brillo de enojo en sus ojos, bajó la mirada mientras se frotaba incómodo el cuello.

—Es lo mejor, Noa.

— ¿Lo mejor para quién? ¿Para mí...? ¿O para ti?

—Para los dos.

— ¿Para los dos?—inquirió molesta por su desfachatez, y poniendo los brazos en jarras continuó. — Y como siempre eso lo decides tú solo, mi opinión no cuenta en absoluto.

—Yo no he dicho eso.

—Cierto, no lo has dicho. Porque claro, no olvidemos que tú no eres de hablar. Alonso Rivas, actúa. Tú solo exiges sin dar nada a cambio. Quieres que las cosas se hagan a tu modo, y si no tienes el control, entonces te es más fácil huir y que los demás se apañen.

— ¡¿Dime qué quieres de mí?!—estalló al fin, pues cada palabra se le clavaba como un puñal certero en el corazón. —No puedo borrar lo que hice, ¿no lo entiendes? Ojalá pudiera hacerlo, ojalá pudiera volver atrás y actuar de otra manera. ¡Pero no puedo, maldita sea! ¡No puedo!

Los dos se miraron a los ojos deseando con toda su alma, que las cosas hubieran sido de otra manera entre ellos. Pero era cierto. Ya no había vuelta atrás. Se habían hecho demasiado daño, creando una brecha de desconfianza y dolor entre ambos. En realidad, siempre lo habían sabido. Eran demasiados distintos, y habían luchado con todas sus fuerzas contra lo que sentían, aunque todo fuera en vano.

O para ser honestos, quizás eran demasiado parecidos. Ambos orgullosos, cabezotas, voluntariosos, obstinados, libres y salvajes. Tanto, que eran como la pólvora y el fuego, cuando se unían eran como un arsenal a punto de estallar. Y cuando estallaban, no tenían control.

En su afán por no sufrir, habían estado más pendientes de atacarse que de dejarse llevar por sus sentimientos, logrando con ello el efecto contrario. Pues si se hubieran abierto, si hubieran sido sinceros con ellos mismos y con sus sentimientos, todos esos equívocos producidos por el orgullo y los prejuicios, nunca hubieran tenido lugar. La verdad siempre impera, por mucho que la quieras esconder. Y hubiera sido mucho más fácil exponerse, y dejar que sus corazones hablaran con sinceridad, que llegar al punto de engaño y miedo que sufrían en ese momento.

Pero aun así, a pesar de todo lo que habían pasado, a pesar de lo que estaban sufriendo, el terror más absoluto al rechazo era más fuerte que el amor que sentían el uno por el otro.

—Lo que quiero es que hagas tu trabajo. —Replicó enfadada, y acercándose a él agitó la carta en sus narices. —Esto es una basura. Sabes perfectamente que eres

indispensable aquí. De ti dependen los trabajadores del hotel, las familias más cercanas, y las gentes a las que ayudas todos los días. Conoces cada grieta, cada piedra del camino, ¿y los vas a abandonar porque te sientes avergonzado? Me decepcionas Alonso, no creía que fueras tan cobarde.

—No me hagas esto, Noa. —le rogó con tristeza, mientras desesperado caminaba de un lado a otro.

— ¿Qué no te haga el qué?

—No me pongas entre la espada y la pared.

—Solo te recuerdo tus obligaciones.

Y de pronto Alonso se acercó a ella para cogerle el rostro entre sus manos.

— ¿Acaso crees que no lo sé? ¿De verdad piensas que me resulta fácil irme? ¿Qué no me tortura dejarlo todo atrás?—le preguntó angustiado.

¡Y dejarte a ti!—pensó hundido. — *¡Sobre todo dejarte a ti!*

Noa buscó en su mirada atormentada, una señal que indicara que no quería irse por ella. Que le afectaba lo suficiente para luchar y demostrarle que le importaba, que la quería aunque solo fuera un poco. Que a pesar de sus tontos celos, de lo equivocado que estaba con ella, nada de eso importaba, nada era más primordial que los débiles sentimientos que un día creyó ver en él.

—Pues no lo hagas, Alonso. —susurró, con toda la esperanza puesta en esa simple petición.

Él parpadeó repetidas veces confundido, creyendo haber oído una súplica en sus palabras.

¡Dios bendito! ¡Deseaba tanto besarla!

Alonso se moría por ella, se moría por tenerla cerca, por escuchar su risa, por tocar su exquisita piel, se moría por hundir la nariz en su cabello y aspirar su fragante aroma, por besar sus labios, por lamer su boca, se moría por estrecharla entre sus brazos, por hacerla estremecer, por hacerla suya, por saberla suya... Simplemente se moría por ella una y otra vez.

¡No puede ser! ¡Eso es imposible!

Y se alejó de Noa, impidiendo seguir torturándose más en un loco anhelo que nunca se cumpliría. En el absurdo deseo de que ella algún día pudiera perdonarlo. Eso jamás sucedería, no después de tratarla de forma tan detestable y mezquina. No se merecía su perdón. No se merecía a una mujer como ella.

—No puedo, Noa. —dijo dándole la espalda dándose por vencido. —No puedo seguir aquí y mirarte todos los días, no puedo vivir con la culpa que me atormenta, no puedo soportar verte y...

Y no tenerte, sabiendo que eres de otro y no mía.

—...simplemente no puedo. —finalizó, cerrando con fuerza los ojos, mientras una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla, recorriendo un sinuoso camino hasta llegar al borde de su mandíbula, para después caer y estrellarse contra el suelo.

Noa apretó con fuerza los labios en un inútil intento de que no le temblaran. Se maldijo mentalmente por ser tan estúpida, y creer que él podía sentir por ella algo más que un deseo sexual, propiciado por la cercanía y las circunstancias. Sus celos no eran nada más que el orgullo herido de un hombre machista, que se desquiciaba porque

fuera una mujer la que lo desechara y no al revés. Los *machitos* como él, no podían soportar ser abandonados a causa de otro individuo, en su mente retrógrada ellos eran los que ponían punto y final a la relación, siendo los que utilizaban a las mujeres a su antojo. A pesar del dolor que le impedía respirar, como buenamente pudo, Noa tomó aire para terminar con todo aquello, mientras rasgaba el sobre en pequeños pedazos.

—Si es por eso no te preocupes Alonso, no hace falta que te marches, lo haré yo.

Él se apoyó en la mesa al escuchar sus palabras.

—No acepto tu renuncia. Como te dije antes, tú eres demasiado importante aquí, pero yo al contrario son prescindible. Solo dame tiempo a arreglar los papeles de adopción de Jasira, en cuanto eso esté solucionado regresaré a España y no volverás a verme.

— ¡Noa...!—dijo dándose la vuelta para enfrentarse y hacerla cambiar de opinión.

Pero ella ya no estaba.



Dos horas después, Alonso todavía seguía en su despacho hundido en su sillón, con los codos encima de la mesa y la cabeza entre las manos. Se encontraba en un callejón sin salida, hiciera lo que hiciera nada le favorecía. Y lo peor de todo, es que se lo merecía por completo.

— ¡Jefe Alonso, necesito su ayuda!

Éste levantó la cabeza al escuchar a su guardia de seguridad por el walkie talkie. Y lo sacó del bolsillo exterior de su pantalón, para apretar el botón de transmisión.

— ¿Qué ocurre Salehe?

—Tenemos un problema jefe, es mejor que venga ya a la entrada del recinto.

En el mismo momento que escuchó problema, Alonso ya estaba saliendo por la puerta de su despacho.

— ¿Qué tipo de problema? ¡Informa!

—De los peores jefe. Tengo a la familia de Asha aquí, y precisamente no vienen con buenas intenciones.

Cuando el guía llegó a la entrada, reparó en que Salehe no estaba solo. Pero sí que tanto él como su escopeta, eran lo único que separaba a los demás curiosos que estaban a sus espaldas, de un grupo de personas armadas con palos, garrotes, y machetes, detrás de la verja de entrada.

Entre los imprudentes se encontraba Pierre, que abrazaba protectoramente a Asha y a Hadiya, y... ¿*Hadiya*? El guía arrugó desconcertado el ceño al ver a la mujer allí. Pero enseguida se fijó en Noa, que por supuesto también se encontraba entre ellos.

—Es mejor que entréis dentro. —ordenó cuando llegó a su altura.

—De eso ni hablar. —saltó el chef. —No voy a permitir que la mujer a la que amo se enfrente sola a ellos.

Alonso apretó los dientes y cerró los puños con fuerza en un intento de controlarse. No era cuestión de hacerse el gallito delante de nadie, simplemente quería controlar la situación y que nadie saliera herido, cosa que hasta el momento no podía asegurar. Entre los hombres armados que estaban al otro lado del cercado, se encontraban los

padres de Asha y Hadiya, a los que conocía y apreciaba. Y estaba seguro que si hablaba tranquilamente con ellos, podrían llegar a un entendimiento. No comprendía lo que estaba ocurriendo, pero no necesitaba de ninguna distracción en esos momentos, que pusiera en peligro a nadie de los que allí se encontraban,

—Por favor Pierre, escúchame. Lo mejor es que cojas a las mujeres y entres dentro con ellas, yo me ocuparé de esto.

—No, jefe Alonso. —intervino Asha apartándose del francés para encararse con él. — Ya estoy harta de tener que esconderme de mi familia. Tanto mi hermana como yo nos negamos a seguir viviendo con miedo. Queremos que sepan que se acabó, que somos libres y decidimos por nosotras mismas, y que sus amenazas no van a lograr que cambiemos de opinión.

— Pero, ¿de qué demonios estás hablando?

Y en ese momento Noa lo agarró del brazo para apartarlo un segundo y hablar con él.

—Intenté decírtelo antes Alonso, pero no me diste opción. Hadiya ha escapado de su familia, y a su hermana la ha tenido escondida aquí durante todo este tiempo.

— ¿Por qué ha escapado de su familia?

—Porque querían practicarle la ablación femenina a Janeeta. Y tanto su madre como su tía, no encontraron otra solución que huir de ellos.

— ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Aproximadamente... de hace una semana.

— ¡Joder!—soltó él contrariado mientras se frotaba el cuello nervioso, dándole la espalda a los demás para no dar muestras de debilidad. — ¿A nadie se le ocurrió decirme nada?

—Lo intenté, esa noche quise decírtelo pero no me dejaste. —replicó retándole con la mirada.

El guía avergonzado apartó la vista.

—Tienen mi total apoyo Alonso, no voy a dejar bajo ningún concepto que se las lleven. Antes tienen que pasar por encima de mi cadáver.

— ¡Por supuesto que no se las van a llevar!—aseguró con firmeza. —No pienso permitirlo. Pero este asunto es delicado Noa, y no tengo idea de cómo vaya a terminar. El padre vendrá a reclamar a su hija y está en todo su derecho.

— ¿Cómo puedo ayudar?—preguntó alarmada al ver la preocupación en su rostro.

Éste clavó su mirada en ella, con una fría determinación en su expresión que le heló la sangre.

—Llévatelas de aquí.

Noa tragó saliva con fuerza en tanto asentía con la cabeza, a la vez que reparaba cómo hipnotizada en el cambio de postura de Alonso, que despacio pero con elegancia, y con una seriedad extrema en su semblante, se acercaba a la verja con una sutil amenaza implícita, al posar su mano en la pistola apoyada en su cadera.

Intentó convencer a sus amigas de marcharse de allí como él bien le había sugerido, pero fue inútil, ninguna de las dos quería moverse del lugar. Las entendía, pues a pesar de que instantes antes le había afirmado al guía que lo haría, ella tampoco estaba por la labor de huir y dejarlo solo. Con el corazón en un puño, no quería perderse nada de lo que estaba ocurriendo, por un miedo atroz a que le pasara algo a Alonso.

Observó asustada, como él se enfrentaba a la familia y aldeanos de Asha, hablando en un principio de forma conciliadora en un idioma que ella no entendía. Pero la disputa fue en aumento, y aterrorizada, reparó en el hecho de que Pierre las abandonaba, para posicionarse al lado del guía por si hiciera falta hacer un frente común, a pesar de que era el único que iba desarmado. Al final, ella no pudo soportarlo más y se acercó a ellos, situándose al lado de Alonso, que no dijo nada en cuanto la vio a su costado. Pero detrás de ella vinieron Asha y Hadiya, y después se unieron los ayudantes de cocina Baakir y Zawadi, para a continuación hacerlo los camareros Ajani y Dalair. Emulando su acción, el resto de compañeros y trabajadores del resort, se apostaron unidos creando una barricada humana, dejando claro con su actuación, que todos defenderían con su vida a las dos mujeres. La única que se quedó atrás observando completamente pasmada lo que estaba ocurriendo fue Cayetana, no atreviéndose a hacerlo, al tener en sus brazos a Jasira y a Janeeta a su lado, escondida muerta de miedo detrás de su vestido.

Hubo un momento en el que la tensión llegó a su momento más álgido, cuando la madre de sus dos amigas se acercó a la verja y les escupió a la cara, para después acercarse a Noa y hacer otro tanto de lo mismo con ella. Pero ésta fue rápida, al impedir de manera acertada, que Alonso en un impulso desenfundara su arma.

—Por favor Alonso, estoy bien. —le aseguró, en un intento por aplacarlo.

Pero éste se dirigió al jefe del poblado, que no era otro que el padre de su compañera, y con una mirada letal le dijo algo que acalló a los demás al instante. Logrando con ello, que poco a poco y a regañadientes, se fueran dispersando para finalmente marcharse de allí.

— ¿Qué ha ocurrido?—preguntó Noa desconcertada.

—Alonso ha conseguido que mi padre y el marido de mi hermana no vuelvan por aquí. —le explicó Asha.

— ¿Cómo?—preguntó Pierre tan perdido como ella.

—Les amenazó con ir él mismo a las autoridades, y denunciarlos por las prácticas ilegales que estaban realizando si no nos dejaban en paz. Y sin con eso no llegaba, los atemorizó advirtiéndole que conocía perfectamente los rumores que corrían respecto a Jasira, y que si se llegaba a enterar de que persistían en sus planes, no dudaría en pedirle a la pequeña bruja, que ordenara a sus demonios que maldijeran a su tribu para siempre.

— ¿Y lo ha conseguido?—preguntó con un brillo de esperanza en su mirada.

—Sí, mi amor. —Le confirmó la ayudante echándose a sus brazos. —Mi hermana y mi sobrina ya no corren peligro. Ha jugado con sus miedos e ignorancia, logrando que fuera un punto a nuestro favor. Creen a pies juntillas que Jasira padece una especie de maleficio, y que en verdad puede hacerles daño, consiguiendo que aterrorizados renunciasen a su empeño de que Janeeta volviera con ellos.

Y el francés la estrechó entre sus brazos, para besarla inmensamente aliviado, mientras Alonso completamente atónito no daba crédito a lo que veían sus ojos.

¿Pero qué demonios...?

—Gracias, Alonso. —le agradeció Hadiya después de acercarse a él y abrazarlo emocionada.

Éste con cara de pasmo, apartó la mirada de la pareja que todavía seguía abrazada, para posarla en la pequeña mujer que lo estrechaba fuertemente.

—*Oui* Alonso, *merci beaucoup* por todo. —Habló Pierre alzando la mano para estrechársela. —Sé que últimamente hemos estado un poco distanciados, pero te agradezco de *cœur* todo lo que has hecho hoy por nosotros.

El guía todavía incrédulo, no acertaba a responder. Y necesitó unos segundos para estrecharle las manos al chef que seguía esperando, después de que Hadiya se apartara para correr al lado de su hija.

—No... no... ha sido nada. —farfulló incoherentemente.

— *Au contraire*, nunca podré agradecerte lo suficiente, lo que has hecho hoy por la mujer que amo con toda mi alma, y por su hermana y su hija. Muy pronto, si Dios quiere, también serán mi propia *famille*.

— ¡Oh, Dios mío, Asha!, ¿es cierto?—le preguntó Noa conmovida.

Ésta asintió radiante mientras abría los brazos para abrazarla.

—Con lo pesado que se puso como para decirle que no. Tuve que aceptar casarme con él, sí o sí. O como dice él, *oui* o *oui*.

Y las dos rieron alegres por la noticia.

— ¡Oh, cielo, no sabes lo feliz que estoy por ti!—y apartándose de su amiga, se acercó al que también era su amigo y que sonreía de oreja a oreja, para abrazarlo de igual modo. —Y por ti también, *idiot*.

—*Merci ma chérie*, nada hubiese sido posible si no fuera por tu ayuda. —le respondió agradeciendo en igual medida su gesto de cariño.

—Esto hay que celebrarlo. —sugirió Noa alegre por sus dos amigos, apartando su pena a un lado para disfrutar de la de ellos, y ahuyentar de algún modo el mal rato pasado momentos antes. —Vamos a abrir una botella de champán, y a brindar por los futuros novios. Y a agradecer por fin que todo se haya solucionado.

Y aliviados en gran medida, se dirigieron al hotel para celebrar la alegría de un amor correspondido, mientras Alonso todavía perplejo, no salía de su asombro. Pero cuando Noa pasó por su lado, la sujetó del brazo un momento para preguntarle.

— ¿Desde cuándo sabes que están juntos?

—Desde hace tiempo. También intenté decírtelo el domingo, pero no quisiste escucharme.

—No lo sabía. —murmuró abatido.

—Pues ahora ya lo sabes.

Y dio un tirón a su brazo, dando por finalizada la conversación. Alonso la observó dirigirse hacia el hotel, mientras un dolor profundo le atravesaba el pecho.

—De la que nos hemos librado, jefe. —comentó el guardia de seguridad, todavía aferrado a su escopeta recordando los minutos de tensión vividos antes. — Por un momento creí que íbamos a sufrir una tragedia.

Y el guía tragó saliva, mientras sus ojos se humedecían impotente al sentir tanta rabia contra sí mismo.

—No, Salehe, tragedia es en la que yo me estoy hundiendo ahora. —musitó completamente desolado, al darse cuenta por fin, de lo equivocado que había estado.



Cuando Vanesa bajó a desayunar ya era tarde, y no encontró a nadie en el comedor, e intrigada se dispuso a servirse el desayuno preguntándose entre medias, dónde estaba todo el mundo. También cuestionó el hecho, de que era el tercer día en el que Alonso no daba señales de vida, desde lo ocurrido aquella noche en la que propició la caída de Noa ante sus ojos.

Por un lado, se sentía satisfecha de haber conseguido separar definitivamente, a la estúpida rubia del camino del hombre que amaba. Pero por otro lado, se sentía molesta de no saber nada de él en todo aquel tiempo. Todo aquello era muy aburrido sin Alonso. La débil excusa que había inventado para quedarse allí, no se sostenía si el guía no hacía su trabajo, y se iba con él de safari por las cercanías. Y por tanto, su presencia en el resort tampoco. Tenía que conseguir como fuera hablar con él. Estaba segura, que ahora era el momento perfecto para lograr lo que quería. Con él en su momento más bajo e inducido por el resentimiento, lo convencería de darle celos a la estúpida niñata, y dar a entender con ello a todo el mundo, que estaban juntos y que Alonso era solo de ella. Mataría dos pájaros de un tiro. Tendría nuevamente al hombre que amaba comiendo de su mano, y por otro lado, vería con satisfacción como su mayor adversaria se moría de rabia sin poder hacer nada.

Mientras mordía una tostada untada en mantequilla, observó con curiosidad, como entraban todos los trabajadores del hotel seguidos por una sonriente Noa. Que alborozada, recogía de los brazos de su madre a Jasira para posarla en el suelo, y que caminara agarrada de la mano junto a la otra niña. Uno de los camareros corriendo y faltándole el resuello, llegó con varias botellas de champán que enseguida procedieron a abrir. Sorprendida concluyó que estarían celebrando algo. Pero su asombro fue a más, cuando poco tiempo después, vio llegar al hombre que ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos.

Éste, taciturno y en una esquina, aceptó una copa llena del líquido espumoso mientras no dejaba de observar, a la mujer a la cual Vanesa estaba empezando a odiar con toda su alma, ajeno por completo a su presencia allí.

Decidida se levantó de la mesa para acercarse al grupo congregado.

—Veo que estamos de celebración. —habló señalando lo evidente.

Dalair se acercó a ella con una copa, en tanto Noa se mordía la lengua para no saltar y preguntarle de malos modos, quién le había dado vela en ese entierro.

—Estamos festejando nuestro compromiso. —le aclaró Pierre, acercando a Asha por la cintura y posando un cariñoso beso en su coronilla.

Vanesa expresó sorpresa y miró de reojo a Alonso, pues al no contar con esa noticia, no sabía si él podía estar sospechando de que todo lo que le dijo ella era pura mentira, y destapar su engaño.

— ¡Oh! ¡Vaya, enhorabuena!—acertó a decir. —No me lo esperaba en absoluto.

Y levantó su copa brindando por la pareja, aunque no pudo evitar apostillar.

— ¿Estás segura Asha? Es una decisión muy importante y que no hay que tomarse a la ligera. Después, por culpa de la emoción y las prisas, nos encontramos con desagradables sorpresas.

La keniana sorprendida por la pregunta elevó una ceja.

—Estoy completamente segura. —afirmó, para después responder con una mirada de adoración hacia el hombre de su vida. Y éste no se resistió a darle un rápido beso.

— ¡Pues claro que sí!—exclamó Noa chocando su copa con la de sus amigos en un brindis. —Estos dos son la pareja perfecta. No pueden estar más enamorados el uno del otro.

Y les dedicó una radiante sonrisa, para después de darle un sorbo a su champán, girarse y dirigirse a la morena.

—Y por cierto, Vanesa, ¿tú no deberías estar subida a un coche disfrutando de un maravilloso safari por los alrededores?

—No tiene el mismo aliciente si no lo puedo disfrutar con Alonso. —Respondió mientras se acercaba al guía. —Me prometió enseñarme todo el lugar, y de momento no ha cumplido.

—Es lo que tiene confiar en el hombre equivocado, al final siempre acaba decepcionándote. —insinuó todavía dolida por la conversación anterior entre ellos.

Éste se tensó al escuchar sus palabras, y con suavidad dejó la copa encima de la barra para marcharse de allí.

—De todas formas, *querida*. —continuó Noa propiciando que la otra mujer se detuviera al disponerse a seguirlo. — Te aconsejo que no seas tonta y no pierdas esta oportunidad. Pues a pesar de que yo sí cumplo mis promesas, aquí solo estarás de prestado hasta que acaben los seis días de safari. Y sería una pena que tuvieras que irte, y no disfrutar de todo lo que se te ofrece. Por tanto, no dejes que Alonso te arruine unas increíbles y lujosas vacaciones gratis.

—Gracias por la advertencia. —respondió Vanesa enseñando los dientes en una falsa sonrisa.

—Ha sido un verdadero placer. —reconoció Noa, con otra mueca más exagerada que la suya.

Y observó irritada como ella se marchaba tras él.

— ¿A qué ha venido todo esto?—preguntó Cayetana sorprendida por toda esa pantomima de la que fue testigo.

—A nada mamá, solo quería dejar algunas cosas claras. —Y levantando la copa de champán gritó exultante. — ¡Y ahora vamos a brindar por los novios!

Y todos suspiraron aliviados de que pasara ese tenso momento, para felicitar a continuación como era debido a la pareja de enamorados.

Vanesa corría para alcanzar al guía, que con pasos apresurados ya había salido al exterior del hotel.

— ¡Alonso!—lo llamó apurando para alcanzarlo.

Y cuando él se paró a esperarla no dudó un segundo en reclamarle.

— ¿Has oído lo que me ha dicho?

—Sí.

— ¿Y no piensas hacer nada?

—Ella es la dueña Vanesa, y si ha dicho que no puedes quedarte por más tiempo, yo no puedo hacer nada al respecto. —le respondió con seriedad.

—Hasta ahora, el que ella fuera la dueña no te había impedido hacer lo que te viniera en gana.

—Las cosas han cambiado.

—Creo que para ser exactos el que ha cambiado eres tú. Ya no te reconozco, bebé. Ya no eres el mismo hombre que conocí.

Él se pasó las manos por la cara incómodo por la situación.

—Piensa lo que quieras.

— ¿Y qué quieres que piense? ¿Eh? Esa mujer te está anulando Alonso. Te ha utilizado, te ha engañado, se ha reído de ti en tu cara y tú no haces absolutamente nada.

—No quiero seguir escuchándote. —declaró girándose para marcharse de allí.

Alonso necesitaba respirar. Allí se estaba ahogando, necesitaba alejarse un momento y pensar. Necesitaba estar solo.

— ¿Por qué no quieres seguir escuchándome?—continuó ella persiguiéndole. — ¿Por qué soy la única que te dice la verdad? ¿Por qué soy la única que ve lo perversa que es esa zorra?

— ¡Porque me niego a creerlo! —estalló al fin enfrentándose a ella. — ¡Porque la conozco, y sé que lo que tú viste tuvo que ser un malentendido! Yo mismo me he equivocado con ella varias veces, y a ti pudo pasarte lo mismo. ¡Me niego a creer que pueda ser así! ¿Lo entiendes? ¡No puedo creerlo!

—Yo no me he equivocado. —susurró dolida de que él todavía tuviera dudas, y elevando la voz continuó. — ¡Sé lo que vi Alonso! ¡No te estoy mintiendo!

— ¡No sé qué creer, maldita sea!—exclamó pasándose las manos por el pelo frustrado. —No estoy diciendo que tú mientas, sólo digo que quizás lo que viste no era lo que parecía.

—No puedo creer lo que estás diciendo. En verdad esa mujer te tiene embrujado.

—No quiero seguir hablando.

Y exasperado se giró para continuar andando y alejarse de ella.

— ¿Por qué te sigue importando?—le preguntó agarrándolo por el brazo mientras los ojos se le empañaban por la rabia. Y sin ningún pudor, continuó inventando en su empecinado acoso y derribo contra Noa— No lo entiendo, Alonso. Esa mujer es la peor basura y tú sigues encaprichado con ella. Y todavía tiene la desfachatez de celebrar un compromiso delante de Asha, sabiendo que la está engañando con Pierre. Hay que tener muy poca vergüenza...

— ¡Basta Vanesa!— la cortó en seco fulminándola con la mirada. — ¡He dicho que basta!

Y se deshizo de su agarre para marcharse de allí y poder respirar.

Capítulo 31

Los siguientes días pasaron con rapidez, y en cuanto se dieron cuenta, se encontraban a la entrada del hotel esperando a que llegaran los clientes del safari, que tan solo una semana antes Noa había disfrutado tanto. Recordó con pesar aquellos extraños, pero a la vez felices momentos, y sacudió la cabeza para ahuyentar la tristeza que le provocaban.

— ¡Por fin estoy de vuelta!—exclamó Carlos cuando bajó del jeep, y la vio tanto a ella como a Asha, esperando con unas toallas limpias y unas bebidas refrescantes.

— ¿Acaso lo ha pasado mal?—preguntó la ayudante preocupada. — ¿Ha surgido algún problema?

—En absoluto, en realidad podría acostumbrarme a esto. —contestó después de darle un sorbo a su bebida.

— ¿Entonces? ¿A qué viene tanto alivio al llegar?—preguntó desconcertada Noa.

—Para ser honestos, estaba preocupado. Me fui de aquí en un momento nada propicio, y conociendo a mi buen amigo Alonso, no sé si habrá sabido resolver la situación de forma favorable. —explicó clavando la mirada en ella.

Ésta se ruborizó al recordar con vergüenza, como él había sido el único testigo, de ese momento tan desagradable y bochornoso entre ella y el guía.

—Puedes estar tranquilo Carlos, al final todo se ha resuelto convenientemente. —le informó para apaciguar su inquietud.

— ¿En serio?—preguntó con una expresión de sincero alivio.

—Por supuesto.

—Esa es una excelente noticia.

— ¿Todo ha ido bien en el viaje?—preguntó, intentando desviar la conversación por unos derroteros más agradables y menos espinosos.

—Sí, todo ha ido perfecto. Como ya dije, podría acostumbrarme a vivir así.

—Me alegra oírlo. — Contestó recogiéndole la toalla y la copa vacía. — Y ahora que lo comentas sería cuestión de hablarlo, pero por mi parte, si quieres formar equipo con nosotros y trabajar permanentemente a nuestro lado, no habría ningún problema. Y tampoco creo que lo haya por parte de Alonso.

—Gracias por la propuesta. —Respondió sonriéndole abiertamente. —Te aseguro que me lo pensaré.

—Estupendo. De todas formas, cualquiera que sea tu respuesta, siempre serás bienvenido a Resorts Montalbo.

—Nuevamente gracias. —Indicó amablemente. —Por cierto, ¿sabes dónde está ese mal amigo?

—En realidad, no. —Reveló retraída. —Pero estoy segura que dentro de poco podrás hablar con él.

—Claro. —dijo el médico arrugando el ceño confundido por su actitud.

—Ahora, creo que es mejor que subas a tu habitación y te refresques para la cena. Asha y yo vamos a seguir con los preparativos de la fiesta.

—Por supuesto. —y recogiendo su equipaje, entró dentro del hotel para darse una refrescante y merecida ducha.

Minutos después, salió apurado de ella envolviéndose la toalla a la cintura, para abrir la puerta de su habitación y encontrarse al otro lado a Alonso.

—Pasa hermano, justamente estaba pensando en ti.

— ¿Y eso por qué?—inquirió mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—Quería saber, ¿cómo hiciste al final para arreglar la metedura de pata del domingo pasado?—preguntó éste mientras se vestía la ropa interior.

—No he venido a hablar de eso ahora. —Respondió cortante, pues no quería saber la reacción del médico en cuanto hablaran sobre ese tema. —Necesito de tu consejo sobre un asunto muy importante.

—Tú dirás. —indicó mientras se enfundaba el pantalón.

—Creo saber, quién es la persona que atentó contra la vida de Noa y participó en la trama del tráfico de oro, además de estar involucrado en la muerte de Derek, el antiguo guía.

—Pues habla con la policía.

—Ahí está el problema, pues no tengo pruebas que respalden mis sospechas. Hoy me han avisado, que mañana por la tarde vendrán a interrogar a todo el personal, aprovechando que es uno de los pocos días en los que nos encontramos todos en el hotel, pero no tengo nada que sustente mis recelos.

— ¿Y en qué puedo ayudarte?—preguntó el médico, mientras se sentaba en una esquina de la cama, consciente de la gravedad del momento.

—He estado pensando en forzar la situación. —Comentó mientras se frotaba inquieto la nuca y se paseaba de un lado a otro. — Tenderle una trampa para que cometa un error y así poder pillarle. Pero no estoy seguro, Carlos. ¿Y si me equivoco? ¿Y si precipito las cosas y me sale el tiro por la culata? No quiero ponerlo al límite y que suceda una desgracia.

—Está bien, vamos a pensarlo de otra manera. —Expuso su amigo mientras se acababa de vestir. — ¿Si no lo haces?, ¿si no le tiendes una trampa?, ¿hay alguna posibilidad de pillarlo?

—No, no lo creo. Es demasiado bueno, no ha vuelto a cometer ningún error.

—O sea que se irá de rositas.

—Eso me temo.

— ¿Te ha contado la policía si han descubierto algo que pueda incriminarlo?

—No, en realidad están completamente perdidos. Por eso vienen, para poder descubrir alguna pista que les diga quién puede ser. Y yo ya he hablado con todos y cada uno de los empleados de este hotel, y nadie tiene ni idea.

— ¿Has hablado con los lugareños, a los que han estado chantajeando y amenazando durante todo este tiempo?

—Por supuesto, pero tienen demasiado miedo para hablar. —confesó mientras se apoyaba en la pared y se cruzaba de brazos.

—Pues creo que no tienes otra salida, Alonso.

Éste se quedó pensando mientras se rascaba la mandíbula con el dedo pulgar.

—Tienes razón, no puedo permitir que salga indemne de todo este asunto. Tiene que pagar por todo lo que ha hecho.

El médico se acercó a él y le puso una mano sobre su hombro.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias. —respondió conmovido.

—Pero antes, dime quien es.

—Prefiero no hacerlo. —Confesó cauteloso. —Me gustaría que estuvieras atento cuando suelte la noticia en la cena, y así poder comparar después tus impresiones de quien crees que es el culpable, con las mías. Quiero estar completamente seguro.

—Bien, como quieras. —concluyó, mientras se ponía a recoger la ropa que había desperdigado por la habitación. —Y ahora dime, ¿cómo te las arreglaste para arreglar tu error garrafal con Noa?

Alonso se frotó la frente con una mano fastidiado, porque sabía que no podía retrasar más la respuesta.

—No he arreglado mi error garrafal con ella.

Carlos paró de hacer lo que estaba haciendo para mirarlo extrañado.

—Ella me dijo que sí. Que al final todo se había resuelto satisfactoriamente entre vosotros.

— Si para ella resolverlo satisfactoriamente, es tratarnos con frialdad y no dirigirnos la palabra a no ser que sea absolutamente necesario, entonces pues sí, está todo resuelto.

— ¿Pero lo habéis hablado?—le preguntó su amigo, empezando a entender que aquello no se iba a solucionar tan fácilmente como le había hecho suponer Noa. — Te habrás disculpado.

—Sí, por supuesto. —afirmó metiendo las manos en los bolsillos.

— ¿Pero?

—No quiero hablar más de este asunto, Carlos. —declaró evitando mirarlo directamente.

—Pues lo vas a tener que hacer sí o sí. Todavía no entiendo que te llevó a comportarte de esa manera tan... tan... ¡estúpida!

— ¡Por Dios!—saltó enfadado. —Qué manía tiene la gente de meterse donde no le llaman.

— ¿Dónde no me llaman?—cuestionó el médico perplejo. —Te recuerdo que yo estaba allí. Y que si no llega a ser por mí, no sé dónde estarías en estos momentos. Miento, sí lo sé, ¡en la cárcel!

El guía le lanzó una mirada entre dolida y recriminatoria.

—No me mires así, sabes perfectamente que lo que estoy diciendo es cierto. —y cambiando su tono de censura por otro de sincera preocupación, suspiró con pesar mientras apoyaba la mano en su hombro. — ¿Qué te pasó hermano? En mi vida hubiera pensado que podrías actuar así. Ese hombre que vi allí no eras tú.

—No quiero hablar de eso. —reiteró abochornado, porque alguien al que quería y respetaba hubiera visto su lado más oscuro, siendo incluso completamente desconocido para él hasta ese momento.

—Te he visto cagarla Alonso, pero no de esa manera.

— ¡¿Crees que no lo sé?!—Explotó al fin, y pasando las manos por la cara continuó abatido. —Te aseguro que nadie, nadie, lo siente más que yo. Pero no puedo volver atrás Carlos, no puedo. Ojalá hubiera pensado más las cosas antes de actuar. Ojalá hubiera sabido que lo que yo creía a pies juntillas no era cierto. Pero no ha sido así. Me equivoqué por completo y la perdí. La perdí incluso antes de tenerla. La perdí por mi estupidez, por mi impulsividad, por mis celos, porque soy un imbécil...

— ¿Tú la amas?

Él se quedó parado, sorprendido por la pregunta hecha a bocajarro, para después sonreírle con la mueca más triste que había visto nunca.

—Más que a mi vida.

—Pues lucha por ella, hermano. —le aconsejó agarrándole por lo hombros y mirándole directamente a los ojos. —Si Noa es la mujer de tu vida, no te rindas y pelea por ella.

—No tiene caso. —respondió desolado bajando la mirada—Le pedí perdón y no lo aceptó. Y no la culpo. No es la primera vez que desconfiaba de ella y la acusaba de algo que no era cierto.

—Pero...

— ¡Déjalo, Carlos!—lo interrumpió rogándole con la mirada que no siguiera, pues con ello lo único que conseguía era escarbar en la herida y hacerle más daño. —En el fondo es lo mejor. Yo no la merezco. No me merezco a una mujer como ella.

Y no pudiendo sopórtalo más, se marchó de la habitación dejando a su amigo sumido en un mar de dudas.



La cena trascurrió sin incidentes. Como era lo tónica habitual en los últimos días, Alonso no abrió la boca, y Carlos pudo conocer a Cayetana. Éste observó concienzudamente a todos los presentes sentados a la mesa, reparando con ello en algunas cosas. La primera; que entre Noa y su madre había una cierta tirantez que intentaban disimular. La segunda; que Noa aunque lo pretendía con esmero, no podía evitar que su mirada se encontrara con la de Alonso, a pesar de que enseguida la desviaba intentado disimular la tristeza que expresaba en ella. La tercera; cómo Vanesa intentaba ocultar su regocijo por la frialdad existente entre ellos dos, encubriendo su satisfacción en una falsa máscara de tranquilidad. Y la cuarta; era el brillo de felicidad en el rostro de Asha, de la cual se enteraría más tarde, que era a causa de su compromiso con el francés.

Después del café, y antes de que la gente se levantara para despejar la zona y dar paso al baile, Alonso decidió que era el momento perfecto para perpetrar su plan.

—Aprovechando que estamos todos aquí, quería informaros de algo que ha sucedido y que nos afecta en gran medida. —Comenzó a hablar con expresión grave. — Como ya sabéis, la muerte de Derek producida la semana pasada en Nairobi, nos ha desconcertado y entristecido a la mayoría. Pero hay novedades respecto a ello. Hoy se ha comunicado conmigo la policía, para avisarnos de que mañana por la tarde vendrán al hotel, para efectuar una serie de interrogatorios a todo el personal que trabaja aquí.

— ¿Nos van a interrogar? ¿Por qué?—preguntó Asha desconcertada.

—Por lo visto, desconfían que la muerte de Derek no haya sido accidental.

— ¡¿Cómo?!—preguntó Shukrani confuso. — ¿Pero no había sido un suicidio?

—Parece ser que no. —Contestó con tranquilidad. —Tienen fuertes sospechas de que fue un asesinato.

Todos empezaron a hablar a la vez asustados, siendo Noa la única que no fue capaz de articular palabra, descompuesta por la noticia.

— ¡Calmaos!—intervino el guía intentado apaciguar los ánimos. —No tenéis de que preocuparos. Por favor, ya basta. Todo va a ir bien.

— ¿A mí también me van a interrogar?—inquirió Vanesa inquieta.

—No lo creo, tú no trabajas aquí ni tienes ningún motivo para poder desear su muerte.

Y dicho esto, todos volvieron a hablar atropellados unos con otros, perplejos por la situación. Todos, menos Carlos y Noa.

Y de pronto, ésta lo miró directamente con una expresión inescrutable, para preguntarle a continuación.

— ¿Sospechan de alguien en concreto?

Alonso la miró directamente a los ojos con una expresión muy seria. Y tardó un poco en contestar, pues le revolvía las entrañas no poder contarle la verdad. Pero era lo mejor para ella. No podía correr el riesgo de decírselo, y que cometiera un error que hiciera peligrar su plan de atraparlo.

—Sí. —afirmó con rotundidad.

Y ella bajó la mirada para apoyar la cabeza en sus manos. Había deseado con todas sus fuerzas, que las sospechas de Alonso hubieran sido erróneas. Ahora no podía mirar a su alrededor, sin dudar de las intenciones de todo aquel que se le acercara. Al menos, tenía el inmenso alivio de que fuera quien fuera mañana se descubriría todo.

— ¿Sabes quién es?—preguntó Cayetana aterrorizada por su hija.

—No, se negaron a decírmelo.

— O sea, ¿qué puede ser cualquiera?—cuestionó Asha.

El guía asintió.

—Cualquiera de los que trabajamos en el resort.

—Me niego a creer que haya sido alguno de los que trabajamos aquí. —Declaró Asir enfadado. —Tuvo que ser otra persona Alonso, alguien de fuera que estuviera compinchado con él o con ella. Sabemos que Sofía fue su cómplice, y no creo que haya nadie más involucrado en toda esta basura.

—Yo ya no sé qué creer Asir. Tampoco pensaba que estuvieran cometiendo semejante bajeza delante de mis narices, y ya ves.

El ranger se inclinó hacia atrás en la silla, molesto por no poder rebatir esas palabras tan ciertas. Y durante unos segundos, cada uno de ellos se quedó rumiando esa noticia, elucubrando en su cabeza quién de todos ellos podría ser.

—Está bien, supongamos que lo que dices es cierto. —manifestó Shukrani prudente. —Supongamos que la policía cree, que alguno de los que trabajamos aquí pudiéramos tener un motivo para matar a Derek, motivo que por otro lado tienen que demostrar. Además, tengo que subrayar, que por otra parte esa idea me cuesta mucho digerirla al

igual que a Asir. Me niego rotundamente a pensar que alguien de nosotros pueda ser un asesino. Pero, supongamos que es verdad, ¿tienen pruebas para demostrarlo?

Alonso cerró los ojos y suspiró abatido, para instantes después abrirlos y mirarlo directamente a los ojos.

—Sí amigo, me temo que sí las tienen.

Éste abrió los ojos sorprendido por la respuesta.

— ¡Dios santo!, entonces es cierto. —murmuró para sí.

—Mi hija y yo nos vamos esta misma noche. —anunció Cayetana pálida.

— ¡Mamá, no digas tonterías!

—No son tonterías cielo, no voy a quedarme una noche más en el mismo lugar donde habita un asesino. Y por supuesto, tú te vienes conmigo.

—Creí haberte dejado claro, que yo decido lo que hago con mi vida. Sí tú quieres irte, eres libre de hacerlo, pero yo me quedo.

—Quizás tu madre tenga razón, Noa. — Intercedió Vanesa simulando preocupación.

—Sí de verdad existe un asesino entre nosotros, corres demasiado peligro quedándote aquí.

Ésta la fulminó con la mirada sin poder ocultar la inquina que sentía por ella.

— ¿Y eso por qué Vanesa?—preguntó con los dientes apretados. — ¿Qué motivo puede tener nadie para hacerme daño si yo no he hecho nada? ¿Acaso tú sabes algo?

— ¡Noa!—exclamó su madre atónita.

La morena se relamía de gusto como un gato cuando caza a un ratón. Aunque exteriormente expresó pesar por su ataque sin motivo aparente.

—Lo siento, no quería insinuar nada. —contestó cariacontecida. —Sólo me preocupa el hecho, de que tanto tú como tu madre seáis las víctimas perfectas, de una persona sin escrúpulos ni moral. Sois las únicas con dinero y medios, para poder interesar a alguien de esa calaña.

—En eso tengo que estar de acuerdo con ella. —concluyó Asha mirando a su amiga con verdadera preocupación.

— ¿Lo ves?, ¡yo tenía razón!—saltó su madre cuando vio que apoyaban su idea. —Lo mejor es irnos esta misma noche y volver a Valencia cuanto antes.

—Le aseguro doña Cayetana, que nunca permitiría que les ocurriese nada a ninguna de las dos. —intervino Alonso serio, y mirando a Noa directamente a los ojos prosiguió.

—Lo más importante para mí es la seguridad de su hija, se lo aseguro, por nada del mundo dejaría que le hicieran daño.

—Permítame que lo dude. —saltó la mujer rabiosa.

— ¡Mamá!—le recriminó Noa.

— ¡No me mires así, hija! No entiendo la desfachatez de este hombre, cuando precisamente él es el que te ha hecho más daño de todos los aquí presentes.

—Eso no es algo que tengas que juzgar tú. No tienes ningún derecho...

— ¡¿Qué no tengo ningún derecho?! ¡Por el amor de Dios Noa, soy tu madre!

— ¿Y eso que implica? ¿Qué tengas que imponer tus deseos a los míos como siempre?

—Señoras, por favor...—intentó mediar Carlos, en tanto observaba la cara de regocijo de Vanesa disfrutando de la situación.

—Solamente quiero tu bienestar. —manifestó Cayetana, apoyando las manos en la mesa dolida.

—Pues déjame decidir a mí qué es lo que me conviene y lo que no.

—Tu madre tiene razón. —intervino nuevamente Alonso, reparando en la cara de estupefacción de ambas al oír sus palabras. — Pero me duele recalcar, que la marcha de Noa esta noche es algo completamente imposible, pues las autoridades quieren interrogarla mañana al igual que a todos los demás. Y dudo mucho que las dejen salir del país en estas circunstancias.

—Yo puedo hablar con mi marido. Él tiene contactos y estoy segura que...

— ¡Basta, mamá!—exclamó alterada, aunque seguidamente bajó la voz cuando Jasira se puso a llorar, y las cabezas de algunos clientes se giraron curiosos. —Pensé que habías cambiado, en verdad quise creer que por fin me respetabas y podíamos ser amigas. Pero veo que nuevamente todo era mentira. Tu inquietud por mi felicidad era falsa.

—Hija, eso no es cierto...—intentó defenderse, apenada nuevamente por su rechazo.

—No te importa en absoluto lo que yo pienso, lo que deseo, lo que de verdad siento... Todo era una falacia, hasta encontrar el momento adecuado y hacerme volver a casa. Has intentado manipularme durante todo este tiempo, haciéndome creer que realmente te importaba.

—Cariño, escúchame...

—Pero estoy harta, me entiendes, harta. Si quieres irte de aquí coge un avión y vete. Pero conmigo no cuentes, no hasta que no haya arreglado mi situación con Jasira. Y cuando eso ocurra, tampoco cuentes con que vuelva a casa.

Y dicho esto, Noa le pasó la niña que seguía llorando a su ayudante, y se levantó de la mesa para desaparecer en el exterior. Cuando su madre intentó levantarse para ir detrás de ella, la mano de Carlos la detuvo, para negar con la cabeza expresando pesar en su mirada.

—No creo que sea una buena idea. —le aconsejó. Y la mujer se volvió a sentar abatida en su asiento, sabiendo que el médico tenía razón. —Déjeme hablar a mí con ella e intentar calmarla.

Y después de pedirle permiso con la mirada a Alonso, el cual decaído, se maldecía nuevamente por haber sido el causante de ese desencuentro entre madre e hija, se marchó en busca de Noa.



— ¿Así que no te gusta que te mientan?—le preguntó acercándose a ella por detrás asustándola.

—No, no me gusta. —le respondió secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pues para no gustarte, eres la primera que lo hace.

Noa lo miró de forma escrutadora no entendiendo a donde quería llegar.

— ¿Qué quieres Carlos?

—Quiero que sepas que no has sido justa con tu madre.

—Tú no tienes ni idea. —le reprochó dolida, agarrándose tan fuerte a la barandilla de la terraza en la que se encontraban, que los nudillos se tornaron casi blancos.

—Por eso mismo, quizás deberías de escuchar mi opinión, pues tengo una perspectiva completamente imparcial de lo que ha ocurrido en esa mesa.

— ¿Ah sí? ¿Y según tu innegable imparcialidad, qué es lo que ha ocurrido en esa mesa? —inquirió cruzándose de brazos de manera defensiva.

—Pues me he dado cuenta de varias cosas. Pero lo primero que tienes que saber de mí, es que soy un hombre tremendamente observador. —le explicó con una sonrisa de medio lado, para intentar rebajar la tensión del momento, mientras se acariciaba el mentón haciéndose el interesante.

— ¡No me lo digas! Has adivinado la talla de sujetador de las féminas sentadas en esa mesa.

— ¡Madre mía!—exclamó poniendo cara de asombro. — ¿Cómo lo has sabido? No serás adivina o algo así, ¿no?—y enseñándole el antebrazo continuó. —Mira, los pelos como escarpas.

—No seas tonto, no estoy de humor. — declaró seca.

—Está bien, pues hablemos con seriedad. —Acordó él, apoyando el trasero en la barandilla. —Gracias a mi innata agudeza y mi extenso conocimiento del género femenino...—y le guiñó un ojo mientras ella resoplaba incrédula. — He podido darme cuenta de que la preocupación de tu madre era genuina.

Y cuando Noa iba a protestar, él la interrumpió extendiendo un dedo para hacerla callar.

—No sé, ni me importa la relación que hayas tenido con ella en el pasado, pero hoy en esa mesa la he visto muy asustada por ti. Desconozco la relación tormentosa que os pueda unir a ambas, pero lo que es innegable es el inmenso amor que te tiene.

—Pues que no me quiera tanto, porque su forma de querer me hace daño. —susurró embargada por la aflicción.

— ¿Cómo también te hace daño el amor que sientes por Alonso?

Noa clavó su mirada en el médico con furia contenida.

— ¡No sé de qué me hablas!

— ¡Vaya, otra mentira más, y ya van dos!

—No quiero seguir escuchándote. —le espetó girándose para marcharse de allí.

— ¿Por qué? ¿Por qué te da miedo escuchar la verdad? ¿No eras tú la que no soportabas las mentiras? ¿O lo que realmente no soportas, es que te digan la realidad de cómo son en verdad las cosas?

Ella se dio la vuelta para enfrentarlo de frente, y levantó el mentón con orgullo.

—Tú no me conoces en absoluto Carlos, no tienes ni idea de quién soy.

—En eso te equivocas por completo, porque llevo lidiando con alguien igualito a ti durante años. ¿Te suena de algo un hombre terco, orgulloso, voluntarioso, irascible, desconfiado, soberbio?, pero al mismo tiempo, ¿vulnerable, sensible, inteligente, luchador, bueno, honesto? En realidad tú eres la versión femenina de Alonso, o lo que es más escalofriante, Alonso es tu versión masculina. Os parecéis más de lo que creéis preciosa, quieras o no quieras admitirlo.

— ¿A dónde quieres llegar? Tus conclusiones no implican nada. —le preguntó acercándose a él con reticencia.

—Mis maravillosas conclusiones, extraídas de mi gran e innegable intelecto, quieren darte a entender, que ni lo negro es tan negro, ni lo blanco es tan blanco, pues hay una infinidad de gama en tonos grises de por medio.

Noa elevó ambas cejas mientras lo miraba pasmada, sin entender nada de lo que decía.

— ¿Me estás comparando con un anuncio de detergente para lavadoras?

El médico echó la cabeza hacia atrás para estallar en una enorme carcajada.

—Ahora entiendo porque Alonso está enamorado de ti. —resolvió, recomponiéndose la ropa después del ataque de hilaridad.

Pero no advirtió la rigidez que sus palabras provocaron en ella.

—Ahora el que está equivocado eres tú. —Masculló visiblemente alterada. —Puedo afirmar sin miedo a equivocarme, que tu amigo no está enamorado de mí.

Y girándose en ese momento para marcharse de allí, no llegó muy lejos en su huida, pues la mano de Carlos la retuvo con firmeza. Y cuando ella se volvió para enfrentarlo y exigirle que la soltara, no se esperó la pregunta que él le lanzó.

— ¿Has leído alguna vez "Un mundo feliz"?

— ¡¿Qué?!—inquirió parpadeando perpleja.

—Hace unos cuantos años leí el libro del autor Aldous Huxley. Un célebre escritor británico, adelantado a su época, y de las cuales me quedaron grabadas en mi memoria estas frases de su obra. "El amor ahuyenta el miedo y, recíprocamente el miedo ahuyenta al amor. Y no sólo al amor el miedo expulsa; también a la inteligencia, la bondad, todo pensamiento de belleza y verdad, y sólo queda la desesperación muda; y al final, el miedo llega a expulsar del hombre la humanidad misma".

Ella siguió mirándole sin entender nada.

—Hay personas, como es el caso de Alonso, que el amor los paraliza. Porque confunden amor con miedo. Miedo a sufrir, miedo a perder a la persona amada, a defraudar, teniendo la estúpida sensación de que no son merecedores de ese amor. Miedo a no ser correspondidos, a sentirse vulnerables, a necesitar a la otra persona para poder seguir viviendo, miedo al cambio, al fracaso... En resumidas cuentas, miedo al amor.

Noa empezó a entender lo que Carlos quería decir. Y un escalofrió le recorrió la espalda, reconociendo ese mismo miedo del que estaba hablando, como un viejo amigo que la acompañaba desde que tenía uso de razón.

—Cuando el miedo es más fuerte que la razón, nos despoja de la inteligencia, del control, haciéndonos cruzar fronteras que de otra manera nunca habríamos atravesado.

—No lo defiendas. Lo que hizo Alonso no tiene justificación. —le advirtió, rodeando su cuerpo con los brazos, como una forma inconsciente de protegerse de sus palabras que empezaban a calar en ella.

—No lo hago Noa, solo intento comprender por qué. Soy el primero en rechazar de forma taxativa su comportamiento esa noche, pero también confieso, que ese no es el hombre que conozco desde hace tantos años. He visto a Alonso en sus peores

momentos, y te aseguro que nunca había actuado de esa forma. A no ser, como creo que es en este caso, que haya sido aleccionado a ello.

—Soy conoedora de lo mal que lo pasó con la muerte de su madre.

—Es cierto. —Confirmó con tristeza. — ¿Y de Mónica? ¿Te habló de su relación con ella?

Noa lo miró con prudencia, desconociendo si era aconsejable demostrar interés, en las otras parejas de Alonso delante de su amigo. Y al final negó suavemente con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

Carlos suspiró apenado por ser él el que tuviera que hablarle de ello, traicionando su amistad con el guía. Pero algo tenía que hacer. No podía quedarse de brazos cruzados, sabiendo que los dos se amaban con la misma intensidad, pero que eran lo suficientemente necios como para no dar el primer paso, y hablar claramente enfrentándose a sus sentimientos. No podía permitir que la víbora de Vanesa se saliese con la suya, pues cada vez estaba más convencido, sobre todo después de su actuación en la mesa, de que esa mujer había manipulado a conciencia a su amigo.

Así que volvió a apoyar su trasero en la barandilla, agarrándose a ella con ambas manos a los costados.

—Como ya sabes, Alonso y yo nos conocimos en la facultad compartiendo piso, y gracias a ello nos hicimos muy buenos amigos, casi diría que cómo hermanos.

Noa asintió y se apoyó a su lado.

—Durante todo ese tiempo fui testigo de primera mano, de la lucha tanto de él como la de su madre, en contra de esa nefasta enfermedad que asola al mundo entero, sin importar razas, credos, géneros, o estatus social.—continuó el médico.—En aquella época, Alonso se fijó en una compañera de clase llamada Mónica Vergara. Y a pesar de todos mis consejos y recelos, Alonso los ignoró como era su costumbre, lanzándose de cabeza en una relación con ella.

— ¿Por qué toda esa desconfianza de tu parte?—inquirió dejándose llevar por la curiosidad.

—Ya te dije, que soy un hombre muy observador al que no se le escapa nada. Aunque básicamente, era porque me caía mal.

—Ah, cierto. Me olvidaba de tu innegable imparcialidad.

Carlos soltó una risa por lo bajo admirando su ingenio, y sacudió levemente la cabeza, admitiendo que si no fuera porque su amigo estaba interesado en ella, Noa sería una excelente mujer con la que pensar seriamente en sentar cabeza.

—Sí. Innegable e Imparcialidad son mis dos apellidos, por si no lo sabías.

— ¡Espera, no me lo digas! Seguro que Modestia Aparte son tus segundos nombres. Carlos Modestia Aparte Innegable Imparcialidad.

Él siseó divertido pasándose un dedo por el antebrazo.

—Como escarpías, nena, como escarpías.

Y Noa no pudo evitar soltar una carcajada.

—Alonso tiene razón, eres un tonto.

—Está bien lo reconozco, pero esto que quede entre tú y yo. —Concedió siguiéndole el juego. — No sabes lo pesadito que se pone cuando sabe que lleva razón.

—Sí, lo sé, te aseguro que sí lo sé.

Pero de pronto se puso seria al recordar, que la relación entre los dos ya no era la misma. Y el médico advirtiéndole el cambio, creyó conveniente seguir contándole, para que ella entendiese algo más a su amigo.

—En realidad tenía mis motivos para que Mónica me cayese mal. Ella era la típica niña bien, proveniente de una familia con renombre y dinero, acostumbrada a ser el foco de atención, creyéndose el centro del universo. Y que el deber de los demás mortales, era orbitar a su alrededor alabando y venerando su persona. Estaba estudiando medicina porque su familia así lo exigía, en ningún momento lo hacía por vocación o interés, solo era por seguir con la tradición familiar. Valiente médico iba a ser. —farfulló indignado por sus pobres pacientes.

—Quizás no tenía otra salida. —la defendió ella identificándose con la mujer.

—Te aseguro que no. Mónica era una mujer vanidosa, vacua en ideas y personalidad, acostumbrada a manipular a los demás a su antojo.

—Una *niñata*. —susurró bajando la mirada avergonzada, comenzando a entender.

—Exacto. — Confirmó Carlos. — Una *niñata* consentida y malcriada, acostumbrada a hacer su voluntad, sin importar a quien pisaba o lo que tenía que hacer para conseguir lo que quería.

—No hace mucho tiempo yo era igual que ella.

—Permíteme que lo dude, Noa. —Replicó él con ira contenida. —Esa mujer era una autentica zorra.

Ella levantó la cabeza sorprendida por su arranque de rabia.

—No me mires así. Sé que puede parecer fuerte que un hombre hable así de una mujer, pero te aseguro que ella se lo tiene completamente merecido. —Y soltando un fuerte suspiro se rascó con impaciencia una sien, mientras dejaba su pose indolente, y comenzaba a pasear irritado de un lado a otro. —Cuando la madre de Alonso murió, Mónica se enteró de la situación financiera de él y de quién era su familia. Y sin tener en cuenta, por el fuerte golpe emocional por el que estaba pasando mi mejor amigo, decidió que su relación tenía que acabar. Y aunque al principio ella intentó esquivarlo, para evitar tener que darle más explicaciones, Alonso aturdido por su comportamiento, roto de dolor, y completamente confundido, consiguió sacarle la verdad. Y la verdad mi querida Noa, es que la muy pu... sinvergüenza, había roto con él porque alguien se había confundido, al contarle que mi amigo era el hijo de una importante familia, ligada con el ministro de sanidad español. Y cuando en el entierro de su madre se enteró, de que simplemente era el hijo de una asistenta, decidió que su amor no era tan firme y sincero como había creído.

— ¡Dios mío!—susurró escandalizada.

Y fue Carlos, el que ahora se agarró a la barandilla sujetando con fuerza el metal, mientras apretaba los dientes indignado.

—Vi como Alonso tocaba fondo, roto por el sufrimiento y el dolor de la muerte de su madre. Y por el egoísmo de una mujer ruin y mezquina, interesada solo en el dinero y prestigio que acompaña un buen apellido. Vi como perdía el rumbo, como se iba destruyendo poco a poco a sí mismo, como se hundía en la desesperación y la congoja, zozobrando sin sentido alguno. Es algo que nunca, nunca, le podré perdonar a esa arpía.

No le temblaron las manos cuando lo despreció de forma cruel, diciéndole que jamás le hubiese dejado tocarla, si en algún momento ella hubiese sospechado siquiera quien era él.—y mirándola directamente a los ojos le preguntó con rabia.—¿Sigues creyendo que eres igual que ella?

Noa todavía perpleja por la maldad de la gente, negó tristemente con la cabeza, en tanto sus ojos comenzaron a empañarse al comprender por fin, la envergadura del dolor de Alonso en esa época de su vida. Ahora entendía su animadversión hacia ella al poco de conocerla, sus desprecios, sus desplantes. Si había llegado a la misma conclusión errónea sobre ella misma, cuando Carlos le empezó a contar su historia con Mónica, ¿que no habría pensado Alonso cuando la vio por primera vez? Y se mordió el labio en un vano intento por no comenzar a llorar. Nunca le había puesto las cosas sencillas. En verdad ella no era una mujer fácil de llevar.

Carlos suspiró abatido al ver el sufrimiento en su rostro, e incómodo desvió la mirada para fijarla en un punto indeterminado en la oscuridad.

—No te puedo pedir que lo perdones, eso lo entiendo, pero sí que no lo juzgues tan duramente. Alonso cometió un error, pero, ¿quién no lo ha cometido alguna vez?—le preguntó con una mirada suplicante.

Y Noa con una mano en la garganta, tragó saliva con fuerza al recordar, como ella misma se había equivocado de forma tan trágica tan solo unos meses antes. A la vez que varias gotas húmedas y saladas rodaban por sus mejillas.

—Cuando te dije antes que Alonso estaba enamorado de ti, era cierto, porque él mismo me lo confesó. Pero tiene miedo, Noa. Tiene miedo de no merecerte, miedo de volver a sufrir, miedo de perder a la persona que más ama en esta vida, miedo de tu desprecio, miedo a equivocarse nuevamente, miedo al amor...—y a Carlos se le escapó una risa cáustica.— Es irónico, ¿no? Está muerto de miedo por algo que ya está sufriendo en sus propias carnes.

— ¿Por qué nunca me ha dicho nada?

Él se acercó a ella y con suavidad le cogió las dos manos, sin apartar en ningún momento la vista de su cara.

— ¿Por qué nunca le has dicho tú lo que sientes por él?

Incapaz de sostenérsela, Noa desvió la mirada sabiendo que Carlos tenía razón. Todas y cada una de sus palabras estaban cargadas de argumentos con peso. Demostrándole nuevamente, lo peligroso que era juzgar a los demás sin motivos justificados.

— ¿Te he dicho alguna vez que soy un hombre muy observador?—le preguntó alzándole el mentón con ternura. —No todo el mundo tiene mi encantadora e ingeniosa elocuencia. —continuó sonriendo con picardía.

Para a continuación ponerse serio.

—Esta noche he observado varias cosas. La primera; que no he conocido en toda mi vida, a una pareja de enamorados más tontos, necios, testarudos, orgullosos y cabezotas como vosotros. Pero que al mismo tiempo se amen tanto.

—Ah, ah, en eso disiento. —Rebatió sorbiéndose la nariz. — Precisamente conozco a dos, una de ellas se va a casar muy pronto, y la otra está esperando un hijo en México.

—No querida, los conoces tú, yo no.

—Eso no es cierto, tú conoces a Pierre y a Asha...

— ¡Da igual!—la interrumpió el médico después de bufar. — ¿Puedo continuar?

—Por favor. —respondió avergonzada, al darse cuenta de que siempre tenía que decir la última palabra.

—Estupendo. —Prosiguió después de lanzarle una mirada adusta. —La segunda; es que la preocupación de tu madre era sincera, Noa. —y la interrumpió nuevamente al ver que iba a volver a discrepar. —No todos disponemos de la facilidad de palabra que yo poseo. Normalmente, a la gente le cuesta expresar sus sentimientos. Mírate a ti sin ir más lejos.

Ella bufó de forma escandalosa.

— ¡Por favor, no me compares!

Carlos volvió a agarrarla del mentón para que le prestara atención.

—Dime una cosa, ¿qué sientes cuando Jasira llora y no sabes por qué?

Noa se le quedó mirando desconcertada.

— ¿Congoja? ¿Miedo? ¿Desconcierto? ¿Impotencia? Ahora coge todos esos sentimientos y multiplícalos por mil. Es lo mismo que siente una madre, cuando se enfrenta a una hija adulta e independiente, que se cree que lo sabe todo en la vida. Ponte por un instante en su lugar, y piensa en el momento en el que Jasira se haga mayor...

—Te aseguro que la relación que mantengo con mi madre no es equiparable Carlos.

—Está bien. —suspiró rindiéndose. — Mi consejo desinteresado de la semana, y por ser tú no te pienso cobrar, es que te sientes a hablar con ella. Cuanto más lo eludas, ese sentimiento negativo que sientes hacia tu madre, se va a enquistar de tal manera que no tendrá solución.

Noa negaba tercamente, no dispuesta a perdonar a su progenitora tan fácilmente. La había vuelto a engañar y no iba a pasar por eso otra vez.

—De acuerdo, me ha quedado claro que el tema materno-filial, es un tanto espinoso y no vamos a llegar a ningún entendimiento. —rezongó molesto por su fracaso. —Solo queda entonces la última cosa que he observado hoy. Y es; que tienes una acérrima enemiga sentada muy cerca de ti.

Ella arrugó el ceño desconcertada.

—Me refiero a Vanesa.

— ¡Acabáramos! No hace falta ser un lince para darse cuenta de eso.

—Yo no estaría tan seguro. —le dijo picado por sus palabras. —Pero si te puedo asegurar, que tú no te has dado cuenta de que esa mujer, es la que ha estado manipulando a Alonso para separarlo de ti. Y no solamente a Alonso, a mí también ha intentado ponerme en tu contra, y no me extrañaría que lo pretendiera con alguien más.

De pronto, Noa pensó en las palabras de su ayudante, cuando le contó la loca idea de Alonso de que ella tenía algo con Pierre. Quizás, al fin y al cabo, no era tan loca idea si alguien plantaba la semilla de la duda y desconfianza en él. Ahora entendía que se hubiera puesto así. Aunque no excusaba su conducta, y la falta total de confianza en ella, si atenuaba el hecho de que se había comportado de esa forma inducido por los celos.

—No puedo hacer nada en contra de sus sucias artimañas. —admitió abatida.

— ¡Ay, cariño!—soltó el hombre acercándose a ella para abrazarla. —Y después las mujeres decís que los hombres somos muy simples. —y a continuación le susurró al oído. — Tú decides, Noa. Tú decides si te vas a quedar sentada, esperando que esa hiena con mal aliento se salga con la suya, o si le plantas cara y luchas por el hombre que amas.

—Yo no he dicho que haya perdonado a tu amiguito. —gruñó mientras le devolvía el abrazo. —En estos momentos podría estar mirándonos y pensando nuevamente lo peor de mí. No sería la primera vez que lo hace.

— ¿Y qué gracia tendría no estar ahí para llevarlo por el buen camino, agarrándolo de las orejas como un niño malo? Estoy por asegurar que tú disfrutaría horrores. —aseguró divertido.

Pero Carlos se puso serio, para agarrar su rostro entre sus manos y clavarle la mirada intensamente. Como alguien que está completamente seguro de lo que afirma, y que pondría las manos en el fuego por sus convicciones.

— Aunque creo, sin error a equivocarme, que esta vez ha aprendido la lección Noa. —Y acercó los labios a su frente para depositar un suave beso y continuar hablando. — Pero repito nuevamente, tú decides. Solo tú decides, si prefieres seguir teniendo miedo y darle la espalda al hombre que amas, o plantas cara y luchas por tu felicidad. Tú decides.

Y la dejó sola con muchas cosas en las que pensar, para ir en busca de su amigo con la enorme satisfacción interior, de haber hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarlo.



Cuando accedió al salón, Alonso lo miró con una angustia creciente preocupado por su tardanza. Y el médico le obsequió con una radiante sonrisa.

— ¿Podemos hablar un momento?—preguntó al llegar a su lado.

—Por supuesto. —respondió ansioso.

—Pero... ¡te iba a pedir que me sacaras a bailar!—protestó Vanesa contrariada, al verlo marchar sin tan siquiera despedirse.

—Ahora no, Vane, más tarde. —le respondió dirigiéndose al aire, mientras presuroso seguía a su amigo atravesando la habitación.

Cuando llegaron a la entrada del hotel, angustiado paró a Carlos para que lo sacara de dudas de una buena vez, decidiendo que tenían suficiente privacidad para poder hablar con tranquilidad.

— ¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?—preguntó inquieto.

—Sí. —lo serenó. —Se encuentra perfectamente.

— ¡Maldita sea, la he vuelto a cagar!—maldijo el guía frotándose la nuca compulsivamente. —Cada vez que abro la boca le hago daño. ¡Joder!

—Tranquilo Alonso, he hablado con ella y todo está bien.

— ¿De qué habéis hablado?—preguntó nervioso.

—Básicamente de ti.

— ¡Mierda, Carlos!—soltó entre asustado y dolido por inmiscuirse en sus asuntos nuevamente. — ¿Acaso te pedí que te metieras?

El médico arrugó el ceño molesto y se cruzó de brazos.

—Gracias Carlos, por ser un buen amigo. —Habló éste con sarcasmo, simulando una conversación entre los dos. — De nada Alonso, es un placer ayudarte; Gracias por arreglar mis estropicios; Aquí me tienes para lo que necesites; ¿No sé qué haría sin ti?; Yo tampoco... ¡Idiota!—terminó enfadado.

Alonso se quedó parado con cara de pasmo, y su amigo puso los ojos en blanco exasperado.

—De verdad, ¿no entiendo qué demonios pueden ver las mujeres en ti? A veces me dan unas ganas de darte así, con la mano abierta para que espabiles que... que...

—Inténtalo. —le retó crispado poniendo los brazos en jarras.

— ¿Crees que es momento de ponerte gallito conmigo?

El guía suspiró frustrado porque sabía que su amigo tenía razón.

—Tienes razón, lo siento. ¿No sé qué diablos me pasa?

—Está bien. —dijo el médico entendiendo su estado alterado, y agarrándolo por lo hombros le preguntó— ¿Tú confías en mí?

Alonso lo miró fijamente sin saber muy bien qué contestar. Por supuesto que confiaba en su amigo, pero a veces, como en ese momento, no sabía en qué lío podía meterlo.

— ¡¿Alonso?!—inquirió impaciente sacudiéndolo por los hombros.

— ¡Sí... sí, claro que confío en ti!

—Muy bien, porque tu felicidad pende de un hilo, hermano. Y si en algo valoras nuestra amistad, quiero que hagas dos cosas ahora mismo o dejaré de hablarte para siempre. La primera; es que te deshagas de esa hiena que tienes a tu lado, que lo único que ha hecho ha sido perjudicarte. Vanesa ha estado malmetiendo en contra de Noa y manipulándote a su antojo. Te quiere para ella y no se detendrá hasta separaros por completo. Y la segunda; que vayas ahora mismo al lado de la mujer que amas, y le digas de una vez por todas lo que sientes por ella. Porque te juro, que a pesar de que lo he intentado, no entiendo que puede ver Noa en ti para amarte como lo hace.



— Hija, ¿estás bien?—preguntó Cayetana acercándose a ella por detrás, poco tiempo después de que se fuera el médico.

Ésta apoyada en una columna de la terraza y sumida en sus pensamientos, regresó de la conversación mantenida con Carlos, rememorando cada palabra dicha en ella.

—Sí, estoy bien. —respondió con frialdad.

Su madre la miraba con cautela intentado discernir su estado de ánimo.

—Cariño, no me gusta que estemos enfadadas.

—No lo estaríamos si me respetaras más mamá.

—Yo te respeto mi vida.

Noa suspiró cansada de todo aquello.

—Es no es cierto, si realmente me respetaras, me apoyarías en mis decisiones estuvieran o no equivocadas.

—Sólo quiero lo mejor para ti.

Ella exhaló aire, en tanto negaba con la cabeza asqueada de tanta hipocresía. Al diablo con todo. Seguiría el consejo del médico, y mantendría esa conversación con su madre que llevaban tantos años evitando. Estaba hastiada de tanta mentira, de fingir que todo estaban bien cuando no era cierto.

— ¿Lo mejor para mí?—le preguntó aturrida. — ¿Lo mejor para mí es una vida como la tuya? ¿Cómo la de Daniel?

Cayetana desvió el rostro negándose a aceptar la verdad.

—Contéstame a una simple pregunta mamá, ¿tú eres feliz?—Y como su madre siguió sin dar la cara continuó. —Porque yo no lo soy, nunca lo he sido. Lo más cerca que he estado de ser feliz, ha sido aquí, en este sitio al que tanto desprecias. Y sé sin lugar a dudas que Daniel tampoco fue feliz.

—Noa, por favor...

—Estoy cansada de tanta falsedad, estoy harta de aparentar que tengo una vida perfecta, y una familia ejemplar. Porque no es así, no es cierto. Todo es mentira, lo que nos rodea apesta a mentira, y yo ya no puedo más.

Noa tragó saliva mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, en tanto Cayetana con su porte altivo y soberbio, luchaba contra las ganas de llorar.

— ¡Mírame, mamá! ¡Mírame!—le exigió agarrándola por los hombros. —Yo no soy como tú. Yo no puedo estar al lado de un hombre al que aborrezco con todo mí ser. No puedo fingir una felicidad que no siento, cuando todas mis amistades saben que mi marido me está poniendo los cuernos con sus secretarias, y que tiene varias amantes distribuidas por Valencia viviendo en pisos de su propiedad. No puedo aparentar tranquilidad, cuando mis supuestas amigas cuchichean a mis espaldas, arrancándome la piel a tiras. ¿Y todo para qué? Para disfrutar de un nivel de vida a todo trapo, para alardear de joyas, de un buen apellido, de un status social privilegiado. ¿Te compensa todo eso? Porque a mí no.

—Eso no es justo. —replicó ella indignada con los dientes apretados.

— ¿Y qué es justo mamá? Saber que me culpas por lo que pasó hace casi dos años.

— ¡Lo que dices no es cierto!—estalló Cayetana al fin, plantándole cara a su hija, mientras su barbilla temblaba a punto de llorar. —Nunca podría culparte por lo que pasó. Lo que ha ocurrido esta noche no tiene nada que ver con lo sucedió aquel día. ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que solo me preocupa tu felicidad?

— ¡Cuando me lo demuestres!—reclamó Noa en un arranque de coraje.

— ¿Y cómo si no me dejas? Si cada vez que intento decirte algo me lo reprochas. Cada vez que me empeño en acercarme a ti, piensas que tengo dobles intenciones. Cada vez que intento decirte lo que siento no me crees. Ahora dime tú Noa, ¿cómo diablos puedo demostrarte que realmente me importas, si me rechazas cada vez que lo intento?—sollozó afligida, mientras las carnes se le habrían por la pena.

Noa la miró con una expresión de súplica en su rostro, rogándole con la mirada, que por una vez en su vida se pusiera ella en su lugar.

— ¡Apoyándome, mamá! ¡Acompañándome en el camino esté o no errado! ¡Es mi vida, ¿no lo entiendes?! ¡Mi vida! Pero necesito que estés ahí para curarme cuando ésta me golpea, para aliviar mi dolor con tu cariño. No para hurgar en la herida abierta y llenarme de reproches.

Cayetana no lograba comprender porque su hija se comportaba así, cuando lo único que ella quería era protegerla, cuidarla, evitar que nadie más le hiciera daño.

— ¿Aun sabiendo que estás equivocada? ¿Aun sabiendo que ese hombre no te merece? ¿Qué solo se acercó a ti por interés?

— ¡Sí!

— ¡Pues no puedo hija!, ¡no me pidas eso porque no puedo hacerlo!—manifestó intentado que la comprendiera.

—Lo único que quiero es que me aceptes tal y como soy mamá, con mis defectos y con mis virtudes. Que te sientas orgullosa de mí, que me quieras tan solo un poco. —rogó mientras por primera vez le habría su alma, suplicando por ese amor que con tanto anhelo necesitaba de ella.

—Y yo te quiero mi niña, más que a mi vida. —le aseguró agarrándole la cara con ambas manos, y clavando su mirada en ella. —Pero no puedo quedarme de brazos cruzados, viendo cómo te engañan, como se ríen de ti en tu cara, ¿no lo entiendes?

Y Noa se separó de su madre, decepcionada nuevamente por no recibir, lo que tan desesperadamente pedía a gritos.

—Tú no conoces a Alonso, mamá. No lo conoces en absoluto. No tienes ni idea de la clase de hombre que es.

—Ni falta que me hace. —Replicó secándose las lágrimas con rabia cuando pensaba en él. —Ya me puso su amiga Vanesa en antecedentes, advirtiéndome que solo estaba interesado en tu dinero. Para él tan solo eres un buen negocio del que sacar tajada. No le importas cariño, nunca le has importado.

Noa negaba con la cabeza harta de tanta pestilencia a su alrededor.

— ¡Eso no es cierto!—intervino Alonso, que medio escondido había escuchado la conversación entre las sombras de la noche, esperando a que acabaran. Temeroso de intervenir antes por ser una conversación privada entre madre e hija. — ¡Te juro por Dios Noa, que eso no es verdad!—afirmó suplicándole con la mirada que le creyera.

Ella se irguió completamente estirando un brazo para hacerlo callar, mientras una mirada dura se instalaba en su rostro, a la vez que sentía que todo su mundo se desmoronaba. Y contemplando a su madre concluyó.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? El maldito dinero. —escupió con odio esas últimas palabras.

—Solo quiero protegerte mi cielo, no quiero que nadie más te haga daño.

—No tenemos nada más que hablar. —masculló visiblemente alterada.

— ¡Noa! ¡Noa! ¡Por Dios mi vida, ponte en mi lugar!— suplicó Cayetana mientras la miraba irse, sabiendo que la estaba perdiendo definitivamente.

— ¿En tú lugar? ¿En qué lugar mamá?—bramó furiosa desandando sus pasos para enfrentarse a su progenitora. —En el lugar de una madre que ha sido incapaz de demostrar un gesto de cariño hacia sus hijos, de regalarles una palabra de amor, de sentir una pizca de afecto por nosotros. Estabas más ocupada en tus obras benéficas,

que en saber si a tu hijo le pegaban sus compañeros de clase. Eran mucho más importantes tus clases de pádel, que ir a verme a mis actuaciones de ballet. Fue Lupe la que me explicó cómo ponerme mi primer tampón, la primera vez que me vino el período, pues tus estabas en tu reunión de té de los jueves, y no podías ser interrumpida por tonterías. Para ti, tus hijos solo han sido un estorbo, una carga. La única persona que te importa eres tú, y solamente tú.

Cayetana se llevó las manos a la boca, mientras sus ojos anegados en lágrimas, no daban crédito al odio que estaban viendo en el rostro de su hija.

—Eso no es cierto. —farfulló rota por dentro.

Y Noa rio con amargura, para después clavar fijamente su mirada llena de desprecio, haciendo que su madre diera un paso atrás abrumada.

—Sí lo que digo no es cierto, contéstame a una pregunta mamá, ¿cuál es mi película preferida?—y esperó vanamente a que ella contestara. — ¿Mi libro favorito?—y siguió aguardando a que la mujer respondiera. — ¿Cómo se llama el primer chico que me besó? ¡No, espera, una muy fácil! ¿Cuál era el nombre de mi caballo favorito?

Lo único que Cayetana acertaba hacer era negar con la cabeza, mientras las palabras cargadas de verdad de su hija se le clavaban como puñales en el pecho, sabiendo que en gran medida todas y cada una de ellas eran ciertas.

—No tienes ni idea, porque nunca te ha importado.—Y desatada como estaba, Noa escupió el veneno que tanto tiempo llevaba guardado, deseando que tan solo sufriera una pequeña pizca, de lo que lo había padecido ella durante todo ese tiempo.— Eres tan patética Cayetana Ortiz Montalbo. Crees que tu vida está llena de prestigio y respeto, y lo único que produces es pena. Tu vida es soporíficamente triste y vacía, y has fracasado en todos los ámbitos posibles. Como mujer, como esposa, y como madre.

— ¡Noa, no sigas!—le advirtió Alonso, sabiendo que se iba a arrepentir después de sus palabras.

La conocía lo suficiente, como para saber que ese comportamiento era inducido por el dolor que estaba sintiendo, y como un animal herido, se defendía a zarpazos sin ser consciente de todo el daño que estaba causando.

— ¡No te metas Alonso!—le advirtió con ira contenida. — ¡Esto es solo entre mi querida madre y yo!

—Por favor, tú no eres así. —señaló intentando acercarse a ella.

Y Noa lanzó una carcajada hiriente.

—No, te equivocas, en esto es en lo que me han convertido. —Y miró nuevamente a la mujer, que pálida, no daba crédito a toda esa ponzoña que llevaba acumulada durante tanto tiempo dentro. — Dile mamá, dile lo mucho que me desprecias. Lo avergonzada que te sientes de tu única hija por no poder alcanzar tus expectativas. Sé que me culpas por lo que pasó, y no te lo tengo en cuenta, porque yo también lo hago.

Cayetana negaba una y otra vez completamente desencajada, y Noa ya no podía parar. Necesitaba expulsar todo ese sufrimiento que le oprimía el pecho y no la dejaba respirar. Necesitaba liberar ese dolor que la carcomía por dentro.

—No lo niegues, mamá. —Le rogó llorando sin control. —Por una maldita vez en tu vida, sé sincera y mírame a la cara para decirme lo que las dos pensamos. Sé que la

culpa fue mía, sé que si no me hubiera enfrentado a papá y a Daniel, nada de todo aquello habría ocurrido. Pero estoy pagando por ello, ¿entiendes? Todos los días recuerdo ese momento grabado a fuego en mi mente. Me pregunto una y otra vez, qué habría podido hacer diferente para que nada de aquello sucediese. Pero no hay vuelta atrás. Él tomó su decisión, y te juro que en lo que me resta de vida, no podré perdonarlo por ello nunca, nunca. Fue un egoísta mamá, fue un maldito egoísta y un cobarde.

— ¡No hables así de tu hermano! ¡Te prohíbo que hables así de tu hermano!—estalló fuera de sí.

— ¿Por qué? ¿Por qué está muerto?

— ¡Dios Santo!—exclamó Alonso atónito.

—Te recuerdo que fui yo quien lo encontré en su apartamento cuando fui a reclamarle, todavía con la papelina de coca en la mano. Para él fue más fácil irse con una sobredosis, que enfrentarse a la vergüenza de darme explicaciones y hacer frente a sus actos.

—Él te quería, era tu hermano y te quería. —gimoteó Cayetana rompiéndose en dos. Y Noa siguió hablando con desdén.

— ¿Es esa la forma que tienen los Montalbo de querer? ¿Manipulando?, ¿engañando?, ¿mintiendo? Pues prefiero que no me quieras, prefiero que desees que fuera yo la que estuviera muerta y no tu hijo adorado.

De pronto Noa sintió la bofetada que le dio su madre y que no vio venir. Y se llevó la mano a su mejilla que empezaba a enrojecer por momentos. Cayetana dio un paso atrás al ser consciente de lo que había hecho, y del inmenso desprecio que emanaba del rostro de su hija. Y supo sin lugar a dudas, que ya no había vuelta atrás, cuando Noa sin emitir ninguna palabra se giró para marcharse de allí.

Su vista nublada por las lágrimas no alcanzaba a ver la silueta de su hija, cuando las piernas comenzaron a fallarle, para terminar de rodillas llorando desgarrada por el dolor.

— ¡Te lo suplico Noa, perdóname!—sollozó sintiendo que se le rasgaba el pecho. — ¡Lo siento, mi niña! ¡Lo siento mucho!



Ésta corría sin rumbo fijo hasta detenerse al amparo de unos árboles, para apoyarse en ellos mientras lloraba amargamente. Por fin había soltado todo lo que llevaba dentro después de tanto tiempo, y para ser honestos, no había hallado ningún consuelo o alivio en ello, al contrario. A Noa no le había gustado nada lo que había visto en su interior. Todo ese odio y rencor hacia sus padres y hacia ella misma, no era bueno. La habían asustado. Porque había visto una oscuridad en su interior que le heló la sangre. Había sido cruel a propósito con su madre y lo sabía, y aun así, no había hecho nada para evitarlo. Y se preguntó, ¿cómo podía Asha conseguirlo? ¿Cómo después de lo que su familia le había hecho, había conseguido perdonarlos? Pero no le dio tiempo a pensar la respuesta, pues sintió como apoyaban el cañón de un revólver en su espalda, a la vez que una voz conocida le susurraba al oído.

—Por fin, zorra. Por fin tu y yo solos.

Capítulo 32

Alonso parpadeó varias veces, perplejo por toda esa información recibida de golpe. Su mente aturdida, empezaba a encajar las piezas como si de un puzle se tratara, ajustándose todas y cada una de ellas a la perfección. Había estado completamente equivocado con respecto a Noa. Su vida no había sido para nada fácil. A pesar del dinero que tenía, y de las apariencias que ella intentaba disfrazar continuamente, ahora sabía del sufrimiento que había padecido y llevado en silencio durante todo ese tiempo. Las miserias de la familia Montalbo eran tan dolorosas, que su vida en comparación era un cuento de hadas. Al menos él había poseído el amor incondicional de su madre, y la poca familia que había tenido, nunca lo había engañado.

Si Carlos tenía razón, en esos momentos tampoco comprendía que Noa pudiera estar enamorada de él, pues había sido un completo y rotundo cretino con ella. Ahora entendía esa tristeza en sus ojos cuando hablaba de su familia, y su negativa a hablar de su hermano. Alonso se maldijo por millonésima vez en los últimos días, pues en su necia terquedad, había creído que Daniel era ese enigmático amante o novio, que le había endosado sin pensárselo dos veces. Y exhaló aire con fuerza al comprender, que tuvo que ser un impacto muy fuerte para Noa, descubrir el cadáver de alguien de tu familia tan cercana. Un golpe difícil de asumir, más cuando ella se creía culpable de esa muerte.

Y se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta, que el único instante en el que Noa había sido feliz, él mismo lo había echado todo a perder por sus ridículos celos, por sus inseguridades, por su cobardía, y por sus prejuicios hacia las mujeres de su clase social. Ella en nada se parecía a Mónica. Eran como la noche y el día, como el ying y el yang. Noa era toda luz, alegría, fuerza, bondad, honestidad... Y Mónica... bueno, Mónica era todo lo contrario.

Y había estado tan ciego, tan malditamente ciego... que no tenía ni idea de cómo poder compensarla por todo el daño que le había hecho. En ese momento se encontraba tan perdido, que no sabía cómo iba a conseguir que ella lo perdonara, o tan siquiera por dónde empezar para poder recuperarla nuevamente.

De pronto, como si lo viera todo a través de una bruma, reparó en su madre arrodillada en el suelo llorando desconsolada. Y por primera vez se sintió cercano a ella, pues sabía lo que era experimentar la pena de perder una parte de ti mismo, como si te la arrancaran de cuajo sin poder hacer nada por evitarlo. Y con extrema compasión, se acercó a ella para agarrarla de los hombros y ayudarla a incorporarse.

—Levántese doña Cayetana, por favor déjeme ayudarla.

— ¡No me toques, estúpido!— le gritó en un arranque de ira completamente fuera de sí. — ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Mi niña me odia por tu maldita culpa!

Alonso se separó de ella perplejo por el odio que desprendía hacia su persona, pero no le dio tiempo a reaccionar, pues justo en ese instante apareció Carlos acompañando a Salehe, el cual tapaba con un pañuelo limpio una brecha sangrante en la cabeza.

— ¡Lo siento mucho, jefe Alonso!—dijo el guarda de seguridad mirándolo con arrepentimiento. — Me tendió una emboscada golpeándome en la cabeza y dejándome inconsciente.

Al guía, un ramalazo de auténtico pánico le recorrió la espina dorsal, para alojarse a continuación en la base del cráneo. Giró la cabeza, recordando la dirección por la que había huido la última vez que la vio, pero a saber dónde podría encontrarse ahora. Y de golpe se le secó la boca al darse cuenta de lo que aquello suponía. Mojándose los labios con la lengua, se atrevió a hacer la pregunta que le quemaba en el pecho.

— ¿Alguien sabe dónde está Noa?

Ninguno de los dos fue capaz de mirarlo a los ojos cuando negaron con la cabeza, y tragó saliva con dificultad, para después poner su mente a trabajar lo más rápidamente posible.

—Salehe, coge a unos pocos hombres y comprueba que no falte ningún vehículo. En el caso de que estén todos en su lugar, haz una búsqueda minuciosa por la zona este, y revisa cada cabaña una por una. Carlos, avisa a Asir y Pierre de lo que está ocurriendo y que te presten un arma. Comprobad cada hueco en el hotel y sus alrededores con discreción, no quiero alertar a los demás clientes y que surja el pánico. Yo comprobaré la zona oeste pasando la valla.

— ¿Qué ocurre?—preguntó Cayetana alertada por la situación, pero ninguno le prestó atención.

— ¿Vas a ir solo?—inquirió su amigo.

Alonso asintió, mientras sacaba la pistola del cinturón que tenía colgado a su cadera, y revisaba la munición en un gesto automático.

—Es menos terreno a cubrir por un solo hombre. Lo único que hay allí son los cobertizos y la nueva escuela-taller que están construyendo.

— ¿Qué está sucediendo?—volvió a preguntar la mujer con una nota de pánico en su voz.

—Hermano, es demasiado peligroso que vayas tú solo. Déjame que avise a Asir y yo mismo te acompaño.

—No hay tiempo, Carlos. Si la tiene en sus manos no sé lo que...—y no fue capaz de acabar la frase.

— ¿Dónde está mi hija?—graznó la mujer con el terror atenazándole el corazón. — Alonso, ¿dónde está mi pequeña?

Él cerró los ojos un instante para después enfrentarse a ella.

—Señora, es mejor que entre dentro con Carlos y se quede con los demás clientes. Le prometo que traeré de vuelta a su hija sana y salva.

— ¿Cómo que sana y salva?—inquirió negándose a creer lo que estaba sucediendo. Y agarró por un brazo al guía cuando se disponía a marcharse de allí. — ¡Te exijo que me digas ahora mismo quién tiene a mi pequeña, Alonso! ¡No pienso ir a ningún sitio hasta saber dónde está Noa!

— ¡No tengo tiempo para esto doña Cayetana! ¡La vida de su hija corre peligro, y me está haciendo perder un tiempo muy valioso!—estalló impaciente por sus reclamos, y dirigiéndose a su amigo le ordenó. —Llévala dentro y ponla a salvo con los demás. Y si se resiste, enciérrala.

Carlos asintió con la cabeza, y él se marchó a toda prisa de allí.

— ¡NO! ¡Alonso, no me puedes hacer esto!—gritó la mujer aterrorizada, luchando con los dos hombres que intentaban llevarla dentro. — ¡ALONSO!

Y con una fuerza descomunal, que solo la adrenalina y el amor de madre puede proveer, se zafó como pudo del agarre del guarda y del médico, para correr desesperada tras él.



— ¡Camina!—ordenó el hombre empujando a Noa hacia el interior de la nueva construcción.

— ¿Qué vas a hacerme?—interrogó ella muerta de miedo aunque intentando disimularlo.

Éste se rio destilando maldad mientras la apuntaba con el arma.

— ¿De verdad quieres saberlo?—y acercándose a ella, la acarició con el cañón de su arma la mandíbula, para ir bajando poco a poco hasta pararse en sus pechos, que subían y bajaban agitados por el miedo. —Porque por mi mente pasan muchas ideas con las que entretenerme. Y dudo mucho que alguna de ellas te haga gracia. —le confesó, deslizando el frío metal por dentro de su ropa.

Ella alzó el mentón mordiéndose el labio, para evitar que le temblara por el terror que estaba sintiendo.

— ¿Por qué quieres hacerme daño si yo no te he hecho nada?—le preguntó retándole con la mirada.

— ¿Qué no me has hecho nada, zorra?—soltó indignado, agarrándola del cabello y tirando cruelmente de él hacia atrás. — No has hecho más que crear problemas desde que llegaste. Por tu culpa, el idiota de Derek perdió los papeles consiguiendo que lo echaran. Y no me quedó más remedio que deshacerme de él, cuando supe que la imbécil de Sofía iba a contarle todo en cuanto llegaran a Nairobi.

— ¿Tú mataste a Derek?—inquirió abriendo un poco los ojos llenos de espanto.

— ¡Por supuesto!—señaló con orgullo. —Tuve que conducir toda la noche, pero merecí la pena, solo por ver la cara de ese patético yanqui cuando lo estrangulé con mis propias manos.

— ¡Eres despreciable!—escupió Noa en un arranque de asco.

Él la golpeó con fuerza tirándola al suelo.

—Ya cambiarás de opinión cuando me supliques por tu vida.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme?—le preguntó con ira, mientras se limpiaba la sangre que manaba de su labio partido con el dorso de la mano. —No podrás ir muy lejos. Cuando Alonso se entere irá a por ti y acabará contigo.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada llena de desdén.

—Tu querido Alonso no tiene ni idea, estúpida. En estos momentos anda como una nenaza llorando por las esquinas, triste y desconsolado. Si la puta de Sofía hubiera hecho bien su trabajo como le ordené, ahora no estaríamos en esta situación. Solo le pedí que lo sedujera, que lo apartara de ti mientras yo me encargaba del resto, pero ni

eso fue capaz de hacer la muy inútil. Se salvó por los pelos, ¡porque te juro!, que me hubiera encantado ocuparme de ella también.

Noa lo miraba sin dar crédito. Ese hombre era un psicópata, y ella había estado compartiendo mesa a su lado sin sospechar nada en absoluto.

— ¿Y de lo que tenías que encargarte era de matarme?—preguntó mientras se levantaba del suelo.

— ¡Sí!—masculló molesto destilando desprecio, y acercándose a ella la agarró por el cuello con una mano. — ¡Solo tenías que morirte perra! Pero ese cabrón siempre llegaba a tiempo de salvarte. Pero hoy no voy a dejar tu suerte en las manos del destino. Me ocuparé personalmente de ti y de tu repugnante vida, y te aseguro que disfrutaré enormemente al hacerlo.

— ¿Por qué?—preguntó Noa desconcertada, intentando desasirse de la mano que cada vez apretaba más fuerte para poder respirar— ¿Qué te he hecho?

— ¡Meter tus sucias narices en todo!—espetó mirándola con rabia. — Al principio, creí que Alonso te iba a echar de un momento a otro, que no hacía falta que me preocupara porque ocuparas el sitio de Emilio. Pero no, tuviste que embaucarlo, que enamorarlo. El único blanquito decente aquí, al único que respetaba, y tú tuviste que corromperlo convirtiéndolo en un pelele en tus manos.

— ¡Por... favor!—rogó Noa mientras se quedaba sin aire en los pulmones. — ¡No... no... puedo respirar...!

Y él la soltó para volver a golpearla y tirarla con fuerza nuevamente al suelo. De pronto, comenzó a pasearse mientras se frotaba la sien con el cañón de su arma, al mismo tiempo que comenzó a murmurar para sí mismo.

—No puedo matarla con mis propias manos, sería demasiado sospechoso. Tiene que parecer un suicidio, al fin y al cabo, ya hay antecedentes en la familia. El plan es perfecto y no puedo salirme de él.

Sus ojos delirantes no se perdían ningún movimiento de Noa, y en ese mismo instante ella supo que estaba completamente loco. Asustada tosió y se frotó la garganta, mientras el aire le quemaba al entrar en los pulmones. Un poco más, y se hubiera desmayado por la falta de oxígeno.

Y carraspeó nerviosa intentado ganar tiempo.

—Nadie se lo va a creer. Nadie se tragará que me he suicidado y menos mi madre.

—Ay, Noa, Noa, Noa. —Habló mientras se acercaba enseñando los dientes, con una sonrisa perversa de medio lado. — ¿Crees que soy tan estúpido como tú? Todo el mundo sabe que te llevas muy mal con tu madre. Y después de la discusión que habéis tenido esta noche, nadie dudará de tus motivos para suicidarte. —y acercó el cañón de su revólver para apoyarlo en su sien. — Y aunque así fuera, habrá tanta confusión y pánico cuando encuentren tu cuerpo, que será el momento adecuado para escabullirme y huir de aquí. Pero con mi venganza cumplida.

Ella cerró los ojos, consciente de que su tiempo había terminado. Y por su mente pasaron los rostros de las personas a las que más amaba, y que habían sido importantes en su vida. Y en último lugar, grabado a fuego en su corazón y en su alma, estaba él, Alonso. Sonrió sabiendo que al menos se iría feliz, pues esa sexy sonrisa, esos tiernos ojos, ese bello rostro, la acompañarían en su último suspiro.

— ¡Apártate de ella Shukrani!—le ordenó éste, apuntándolo con su pistola al entrar cautelosamente en la nueva edificación. —No quiero matarte, pero no dudaré en apretar el gatillo si no sueltas tu arma.

El ranger se quedó parado durante un segundo, sorprendido por la presencia del guía allí, pero enseguida recuperó el aplomo al saber que tenía la sartén por el mango.

—Sabes perfectamente que no me vas a hacer nada Alonso, porque yo tampoco dudaré un segundo en apretar el gatillo, y volarle la tapa de los sesos. ¿Podrás vivir con eso en tu conciencia?

Durante una milésima de segundo, los ojos de Alonso se encontraron con los de Noa, y ella con lágrimas rodando por sus mejillas, el labio partido, y el mentón hinchándose, angustiada le susurraba que se fuera. Y él entrecerró los ojos, jurando vengarse de su compañero por haberle puesto las manos encima.

— ¡NO!—gritó Cayetana segundos después, entrando tras el guía. — ¡Por favor, te lo suplico, no le hagas daño a mi hija! Te daré lo que quieras, lo que me pidas, pero no le hagas daño... por favor... no le hagas daño a mi pequeña. —imploró sollozando.

— ¡Señora tranquilícese! —masculló Alonso maldiciendo por dentro su presencia allí.

— ¡Mamá!—gimió Noa cuando la vio entrar. — ¡Mamá, vete por favor! ¡Vete!

— ¡Hija! ¡Mi vida!—exclamó Cayetana desesperada dirigiéndose hacia ella.

— ¡No se mueva señora!—amenazó el ranger, apuntando su arma entre madre e hija alternativamente, a la vez que el guía rápido en reflejos le cortó el paso. — ¡No se mueva o le pego un tiro!

—Está bien... está bien, Shukrani. —llamó la atención Alonso, alzando las manos en un gesto de rendición. Y muy despacio, dejó su pistola en el suelo. —Déjalas marchar, amigo. Vamos a arreglar esto entre tú yo, ¿de acuerdo?

—Sabes que esto ya no tiene solución, Alonso.—declaró volviendo a amenazar a Noa, cuando advirtió que su madre se quedaba paralizaba sin dar un paso más, y él ya no era un peligro.—Sabes tan bien como yo que no voy a salir vivo de aquí, pero al menos me llevo a esta zorra conmigo.

— ¡No! ¡No!, ¡espera!—y le dio un puntapié a su arma para lanzarla lejos, después de sopesar todas las opciones. —Déjalas ir y tómame a mí en su lugar.

— ¡NO!—bramó fuera de sí, poniéndose detrás de ella y agarrándola con fuerza del pelo e izándola. —Todo es por culpa de esta perra malnacida. Desde que ha llegado no ha hecho más que dar problemas, y por su culpa lo he perdido todo. ¡Todo!

— ¡No! ¡Escúchame... por favor, escúchame!—rogó intentando conservar la calma. —Noa es inocente Shukrani. Fui yo el que empezó a sospechar que estaba ocurriendo algo extraño. La culpa fue mía por no pararle los pies antes, pero ella no tenía ni idea, créeme, ni idea.

—Oh, qué bonito echarte la culpa para que no la mate. —Señaló sonriendo con malicia. — Qué pena que no te crea. Tú has sido el único blanquito decente que he conocido, y que has luchado por el bienestar de mi pueblo, hasta que esta furcia te sedujo y te corrompió. Lo único que esta gente quiere es beneficiarse de nuestro trabajo, de nuestras tierras, y de nuestras mujeres tratándonos como escoria. Creen que pueden venir aquí con sus aires de superioridad, y que olvidemos todos los agravios y penalidades que hemos y seguimos sufriendo por su culpa. Nos tratan con desprecio y

asco, creyéndose todavía nuestros dueños, y que aun somos sus esclavos. ¡Y tienen que pagar, ¿lo entiendes?, tienen que pagar!

—Es verdad, es cierto todo lo que dices. —mintió el guía, en un vano intento por confundirlo mientras no apartaba los ojos de Noa, que se agarraba del pelo dolorida por los salvajes tirones. Y se juró que haría sufrir a ese cobarde malnacido, por el daño que le estaba infringiendo, a la vez que levantó las manos en un gesto de calma, en tanto se acercaba muy despacio a ellos. —Pero Noa no es así Shukrani. Ella ha intentado ayudarnos. Se trajo a Jasira para salvarla de una muerte segura, y está construyendo una escuela-taller para ayudar a los niños más necesitados.

Y el ranger lanzó una carcajada rebotante de odio.

—Esta ramera es la peor de todos, Alonso. —Escupió con saña las palabras. —Se trajo a esa niña endemoniada aquí, en vez de dejarla morir como se merece. Flirteó con Derek hasta hacerle perder la razón, y gracias a ella tuve que matarlo. Por su culpa, Hadiya y su hija han escapado y enfrentado a su familia. Ha conseguido que Asha se encame con ese monigote francés, y a ti te ha sorbido el seso hasta conseguir manejarte a su antojo. Y no contenta con ello, desbarató todo mi plan para conseguir financiación, y pagar las armas con las que mi pueblo se defiende de todos esos malditos blancos estúpidos. Todos y cada uno de esos presumidos petimetres, deberían de postrarse a nuestros pies, de aprender de nosotros y de nuestra cultura. Nos tratan de salvajes, cuando son ellos los que no saben cuidar y respetar a sus mayores. No saben proteger a sus mujeres, ni cuidan y enseñan a sus propios hijos. Se ríen de las creencias de los demás, cuando los infieles e ignorantes son ellos. No entiendo cómo siendo tan débiles son ellos los opresores y no los oprimidos.

Y volviendo a pegar el arma a la sien de Noa, Shukrani arrojó su sentencia con palabras cargadas de rencor e inquina. En su mente disociada, la culpaba a ella y toda persona blanca de los males de su pueblo. Sin hacer diferencias creía en su mente turbada, que ella era la reencarnación del mismo lucifer.

—Y las brujas como ésta son las peores y tienen que morir. Porque engañan a nuestras mujeres llenando sus cabezas de mentiras. Cuidan a los hijos del mal como suyos propios. Y hechizan a los hombres con sus encantos, despojándolos de inteligencia y tomando el control. Ellas son el cáncer de nuestra sociedad, de nuestras familias.

— ¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Mi niña es inocente!—profirió Cayetana muerta de miedo.

— ¡Cállese! ¡Cállese maldita puta, o le juro que le meto una bala en el pecho!—estalló el ranger desquiciado.

— ¡Mamá, por favor!—rogó Noa, sabiendo que con su miedo estaba llevando al límite al keniatá, y además haciéndole un flaco favor. — ¡Por favor, vete!

Pero la mujer negaba con la cabeza incapaz de abandonar a su hija. Y Alonso intentó nuevamente distraer al ranger, e intentar ganar tiempo hasta que llegaran los demás, mientras que con el corazón en un puño rezaba para que el hombre entrara en razón.

—Escúchame, te propongo un trato. Suéltala y llévame contigo. Podemos tomar un coche y salir de aquí sin ser vistos. Cuando lleguemos a donde tú quieras, te puedo dar dinero para que salgas del país. Nadie tiene que salir herido Shukrani. Por favor, amigo, suéltala y cógeme a mí en su lugar.

Éste tardó unos segundos en barajar todas las posibilidades, hasta que vio unas luces acercándose deprisa, y supo que no iba a ir a ningún lugar. Y acercó su cara al oído de Noa para susurrarle.

—Adiós, perra.

En ese instante, ella supo que si no hacía algo iba a morir. Así que impulsó con fuerza su cabeza, sintiendo cientos de alfileres de dolor clavándose en su cráneo, cuando tiró del pelo hacia adelante para después despedirla hacia atrás, y rebotar lo más fuerte posible y romperle la nariz. Shukrani aulló de dolor, y ella aprovechó ese momento para zafarse y escapar de sus garras. De pronto, dos disparos restallaron en el aire al unísono. Uno, el que disparó el keniate alcanzando a Noa en la cabeza. Y el otro, el que asestó Alonso con el tiempo justo, para sacar el arma que tenía escondida en el tobillo, apuntar, y disparar.

Y Cayetana paralizada por el pánico y en estado de shock, observó como si de una película a cámara lenta se tratara, como su hija caía al suelo herida, y Shukrani era abatido con un disparo certero en medio de la frente.

— ¡Nooo!—gritó Alonso embargado por el terror, al mismo tiempo que el corazón se le paraba en el pecho. Y corrió al lado de Noa, para caer de rodillas y sujetarla entre sus brazos, mientras veía manar la sangre de su cabeza, tiñendo su cara y su pelo de un color rubí intenso. — ¡No, no, no, no...! ¡Por favor, Noa...! ¡Por favor, mi amor, no me dejes! ¡Por favor, quédate conmigo!

Llorando y sobrecogido por el miedo más absoluto, la sacudió levemente para que despertara y abriera los ojos, pero ella no lo hizo. Y la estrechó más fuerte entre sus brazos, mientras la cubría de besos y se manchaba la cara y sus ropas, con la sangre de la mujer a la que amaba.

— ¡Por favor, mi vida! —Sollozó fuera de sí. — ¡Te lo suplico, no me dejes! ¡Te lo suplico mi amor...! ¡Quédate conmigo, Noa...! ¡Quédate conmigo!

Justo instantes después, entraron Carlos y los demás hombres, encontrándose con el panorama más desolador que habían visto nunca. En un lado, con sus manos tapando la boca en estado de shock, y una expresión de profundo padecimiento en su rostro, se encontraba Cayetana completamente paralizada. En el suelo, con los ojos abiertos y una extraña máscara de asombro en su semblante, se hallaba el cadáver de Shukrani. Y cerca de él, un Alonso absolutamente destrozado, llorando como un niño, con el cuerpo de Noa entre sus brazos, acunándola y susurrándole palabras inconexas de aliento, a la vez que con ternura, le apartaba el pelo y la sangre que manchaba su rostro, y le rogaba que no le dejara solo.

El médico desolado se acercó a su amigo, y se agachó para ayudarlo y llevarse el cuerpo de la mujer a la que amaba. Pero él fuera de sí, le gritó.

— ¡No la toques! ¡No te atrevas a tocarla! —y volviendo su mirada hacia Noa, susurró con dulzura mientras la estrechaba más fuertemente y sollozaba sin control. —Por favor mi vida, no me dejes. No puedes irte, no puedes abandonarme así. Quédate conmigo, Noa. Quédate conmigo

Y éste abatido al ver todo aquel sufrimiento, bajó la cabeza mientras sus ojos se inundaban de lágrimas, sintiéndose un impotente espectador ante ese lúgubre y macabro instante de cámara del horror.

Pero algo llamó la atención del médico, que extrañado reparó, en como la sangre de Noa seguía fluyendo de su herida, a pesar de que su corazón detenido ya no bombeaba.

—Espera un momento. —y apresuradamente se quitó la camisa, para limpiar la sangre que tenía pegoteada en la sien derecha.

Pero Alonso, que todavía no pensaba con suficiente lucidez, le impedía que la tocara.

— ¡Maldita sea Alonso, déjame ver la herida! Creo que Noa todavía sigue viva.

— ¡¿Qu-qué?!—preguntó confuso.

—Sigue sangrando con profusión. Eres médico, y sabes que si estuviera muerta, su corazón no bombearía y la sangre no correría tan deprisa.

Éste, regresando de su momentáneo estado desequilibrado, tendió a Noa con suavidad en el suelo, mientras Carlos buscaba la herida de bala en su cabeza, y él se secaba las lágrimas. Pero no la encontró. Había estado completamente seguro de que la bala la había alcanzado. Alonso habría jurado sobre la tumba de su madre, que Shukrani no había errado el tiro. Y limpiando con suavidad la zona, advirtieron que la bala le había rozado el lóbulo temporal, creando una herida que sangraba con fluidez pero que no era mortal.

—No...no puedo tomarle el pulso. —confesó Alonso, el cual no podía sentir nada más que su corazón retumbando en su interior.

Carlos colocó las puntas de los dedos índice y medio justo encima de la carótida, y presionó ligeramente, sintiendo a continuación el pulso fuerte y estable de Noa debajo de ellos.

— ¡Está viva! ¡Inconsciente, pero viva!—exclamó con una sonrisa tan brillante como aliviada.

Y no fue el único. Todos los demás hombres que habían llegado con él, se acercaron para comprobar alentados que lo que decía era cierto. Y Cayetana empezó a recobrar la compostura, cuando oyó débilmente como en sueños que su pequeña no había muerto.

— ¿Noa?—farfulló aturdida.

Y Pierre enjuagándose las lágrimas, se acercó a ella para sujetarla, pues se tambaleaba confusa intentado acercarse a su preciosa niña, mientras Alonso se la llevaba en brazos.

—Venga conmigo doña Cayetana. —le indicó el chef amablemente. —Todavía hay esperanza. Su hija está viva, aún está viva.



Cayetana carraspeó para llamar la atención de Alonso sobre su pierna derecha, que no hacía más que temblar de forma nerviosa. Y él cuándo se dio cuenta, paró el tembleque compulsivo, y se echó hacia delante de la silla para apoyar los codos en sus rodillas.

— ¿Por qué no despierta?—preguntó la mujer por enésima vez.

—No lo sé. —respondió nuevamente armándose de paciencia.

Ambos se encontraban sentados, a cada lado respectivamente de la cama de Noa, esperando el momento de que ella abriera los ojos. Pero pareciera que ese momento no iba a llegar nunca.

— ¿No sería mejor llevarla a un hospital?—inquirió angustiada.

Y por ese mismo sentimiento que los dos compartían, Alonso respiró profundamente para intentar por enésima vez, explicarle a la mujer que sería un esfuerzo inútil.

—Como ya le he dicho antes, tanto Carlos como yo la hemos revisado a conciencia, y Noa no corre ningún peligro. Su respuesta a los estímulos externos es completamente normal. Por lo que a pesar de su conmoción cerebral por el leve impacto de la bala, y el fuerte golpe que le propinó a Shukrani para romperle la nariz, no se encuentra en coma ni en ningún estado alterado fuera de lo establecido. Le garantizo doña Caye...—y aquí paró, al darse cuenta de que volvía a llamarla por su nombre completo, cuando días antes ella le había rogado que la llamara, por el nombre al que solían referirse su familia y amigos más allegados. —Perdón, Tana. —Y cuando la mujer asintió complacida, él continuó. — Como le estaba diciendo Tana, no creo necesario trasladarla. Si realmente lo necesitara, le aseguro que sería el primero que la llevaría a donde hiciera falta.

—Lo sé Alonso, solo que no entiendo porque no despierta. Lleva dos días así y me atormenta la posibilidad de que nunca lo haga.

—A veces, el cuerpo necesita un reajuste después de recibir un impacto, tanto físico como emocional muy fuerte. —habló tanto para explicárselo a ella como para convencerse a sí mismo. —Es común que algunos pacientes, entren en un estado de letargo o sueño profundo a modo de autodefensa, después de recibir un shock emocional de tal envergadura. Necesitan tiempo y descanso para asimilar todo lo que les ha ocurrido. Es nuestro modo natural de adaptarnos y no sufrir traumas posteriores.

— ¿Crees que cuando despierte, pueda sufrir algún tipo de amnesia, cambio de conducta, o efecto secundario?

Alonso negó con la cabeza mientras soltaba un fuerte suspiro.

—No lo sé. Únicamente lo sabremos cuando llegue el momento, y hasta ese entonces solo nos toca esperar.

Cayetana suspiró abatida deseando que ese instante llegara pronto, y aunque no quería admitirlo, él también se encontraba ansioso por la misma preocupación. Y se levantó impaciente, para acercarse a la parte de atrás del bungalow y salir a tomar un poco de aire fresco, mientras recordaba el horror de esos días pasados.

Su mente evocó imágenes ambiguas y confusas, sobre lo que ocurrió después de descubrir que Noa aún seguía viva. Estaba tan alterado y nervioso, que en un principio le costó ubicarse y tranquilizarse lo suficiente para ayudar a Carlos. Pero cuando vio que la herida y situación no era tan grave como habían supuesto, su corazón comenzó a latir a un ritmo normal. Curaron y cosieron su herida en el lóbulo temporal, después de comprobar que no había ninguna hemorragia interna o parte cerebral dañada. Sus constantes vitales eran fuertes y estables, y Alonso dio gracias a Dios por la suerte que había tenido. Si el ranger, cegado por el dolor al romperle la nariz no hubiera fallado ese milímetro, ahora Noa estaría muerta.

Tanto él como su madre no se habían movido de su lado en ningún momento, esperando angustiados el momento en el que ella abriera los ojos. Pero después de varias horas, Alonso no pudo aguantar más, y se ausentó unos minutos del lado de la mujer que amaba, para resolver un asunto de extrema urgencia.

Cuando entró de golpe en la habitación de Vanesa, ésta se encontraba durmiendo a pierna suelta, convencida de que al día siguiente anunciarían el fallecimiento de la mujer a la que tanto odiaba. Pero asustada y confusa, se despertó al oír entrar a alguien de esa forma tan impetuosa en su dormitorio.

— ¿Alonso?—murmuró entre extrañada y sobresaltada, cuando vio al guía encender las luces.

— ¡Vístete!—bramó él, a la vez que buscaba su equipaje por la habitación.

— ¿Qué ocurre?—inquirió asustada por su comportamiento y su cara desencajada por la ira.

Él no contestó temeroso de hacer algo de lo cual pudiera arrepentirse después. Y colocó las maletas encima de la cama, para a continuación meter de forma brusca las pertenencias que iba encontrando de ella.

—Alonso, ¿dime qué sucede?—preguntó alarmada saliendo de la cama.

El guía abrió el armario y retiró de una sola vez, toda la ropa que tenía colgada con perchas incluidas, para repartirlas de cualquier forma. Después entró en el baño y recogió todos los potingues que allí había, para guardar y cerrar por fin sus bártulos a presión.

—No entiendo. —Musitó confusa mientras observaba incrédula sus maniobras. — ¿Qué pasa, bebé?

De súbito, Alonso dejó lo que estaba haciendo para acercarse a ella de forma peligrosa. Aproximó su cara a la de Vanesa, y clavando sus ojos desquiciados siseó.

—Nunca más vuelva a llamarme así, ¿me oyes? ¡Jamás! Quiero que te vayas ahora mismo de aquí. No quiero volver a verte en lo que me resta de vida.

La morena abrió mucho los ojos realmente sorprendida. En verdad no entendía que era lo que estaba sucediendo, y qué había acontecido para que el guía le hablara así. Unas horas antes se había acostado feliz, porque según sus últimas informaciones, la zorra de Noa se debatía entre la vida y la muerte. Y ahora Alonso, la miraba con un odio y un asco tan profundos, que hasta llegaron a asustarla.

— ¿Por-por qué?—tartamudeó aturdida.

— ¡¿Por qué?!—bramó incrédulo por tanta desfachatez.

Y agarrándola con fuerza del brazo la echó de la habitación, para instantes después sus pertenencias seguir el mismo destino.

— ¿Y aun tienes la poca vergüenza de preguntarme por qué?—cuestionó asombrado. Y llevó sus maletas por el pasillo, hasta llegar a las escaleras y tirarlas rodando por ellas, para después ir en su busca, y conducirla a la fuerza y con decisión hasta la puerta principal.

—Me has engañado, mentido, manipulado, abusado de mi confianza, y confabulado a mis espaldas, con la clara intención de separarme de la mujer que amo.

— ¡Alonso!—exclamó al darse cuenta de que había sido descubierta. — ¡No es lo que tú piensas!

—Yo confiaba en ti, Vanesa. —Le reclamó dolido. —Hubiera puesto mis dos manos en el fuego por ti, y lo único que has hecho ha sido traicionarme.

— ¡Por favor, déjame explicarte!—le rogó en un último intento de que no la echara de su vida. — ¡No sé qué es lo que te han dicho pero no es cierto!

— ¡Ni lo intentes! ¡Porque no te creo una maldita palabra, ¿entiendes?, ni una sola! Cometí el error más grande de mi vida confiando en ti, y te aseguro que nunca más volveré a caer en él.

— ¡Alonso, por favor!—sollozó impotente al advertir la expresión de desprecio en su rostro, y se agarró a él como el náufrago que lucha desesperadamente por no ahogarse.

— ¡No lo entiendes! ¡Yo te quiero!

Y éste separó sus manos, que como garras se sujetaban a su ropa en un inútil intento de asirse a lo imposible, para abrir la puerta y arrastrarla al exterior.

— ¡Te lo suplico Alonso, no me dejes! ¡Yo te quiero de verdad! ¡Por favor mi amor, no me hagas esto!

Y tal cual estaba, en medio de la noche, descalza y en camisón, Alonso se separó de ella para terminar diciéndole.

—Yo no te dejo Vanesa, porque para poder dejarte primero tendría que haberte tenido. Y nunca has sido lo suficientemente importante en mi vida para que eso ocurriera.

Y haciéndole un gesto a Asir de que se ocupara de ella a partir de ese momento, se alejó de allí, para no separarse de la mujer que sí era realmente importante para él.

— ¿Noa? —Llamó Cayetana al percibir un leve movimiento en su hija. — ¡Cariño!

Y esas palabras llenas de alivio y esperanza, hicieron que Alonso volviera al presente para correr a su lado inmediatamente.

— ¿Mamá?—susurró confusa y desorientada.

—Sí, mi vida, aquí estoy pequeña. —respondió la mujer muy emocionada.

Noa abrió los ojos, y enseguida se llevó las manos a ellos para taparlos, pues la luz le hacía daño.

—Tranquila, ahora mismo la quito. — Le indicó el guía acercándose a ella y apagando la lámpara más cercana, dejando la habitación medio en penumbras. — ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor. —y cuando le acercó el vaso con agua fresca ella lo bebió sedienta.

—Despacio Noa, no quiero que te atragantes.

—Gracias. —le dijo devolviéndoselo vacío, y al mismo tiempo se llevó una mano a la cabeza.

—Cariño, ¿estás bien?—preguntó Cayetana inquieta por ese gesto de dolor.

—Sí, sí, estoy bien.

— ¿Te duele la cabeza?—indagó Alonso mientras se sentaba a su lado en la cama, le agarraba con cuidado el mentón, y revisaba con una lámpara de bolsillo sus reflejos pupilares.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima.

— ¿Sientes nauseas?

—No.

— ¿Mareos?, ¿vista borrosa?

—No, tampoco.

— ¿Zumbido en los oídos?

—Ajá, eso sí.

— ¿Mal sabor de boca?

—Como si acabara de comerme unos testículos de mono.

Sus miradas se encontraron, y él sonrió entre aliviado y divertido.

—Veo que al menos no has perdido la memoria.

—Para mí desgracia.

Él desvió la suya, pues se sentía culpable de todo por lo que había pasado. Si no hubiese intentado tenderle una trampa a Shukrani, nada de aquello hubiese sucedido. Y se levantó para acercarse a su mochila y buscar unos calmantes.

—Tómame esto, te aliviará el dolor de cabeza.

—Gracias.

Y Cayetana preocupada aprovechó para preguntarle.

— ¿Cómo está?

—Tranquila Tana, tu hija a un va a dar mucha guerra.

—Gracias a Dios. —susurró la mujer agradecida y reconfortada.

—Ahora lo que necesita es descansar. —sugirió Alonso.

—Quiero quedarme con ella. —afirmó la madre decidida. —No voy a dejarla sola.

Asintió muy serio, comprendiendo y a la vez deseando, poder ser él quién velara por su sueño. Pero entendía que ella era su madre, y era lógica y comprensible su solicitud.

—Está bien. —aceptó. —Pero recuerde que necesita descansar. Y si surge cualquier imprevisto estoy en la cabaña de al lado.

—Sí, lo recordaré. No te preocupes Alonso, cuidaré muy bien de ella.

—Necesito ir al baño. —pidió Noa con urgencia.

—Sí, mi niña, ahora te llevo.

Y se acercó solícita para ayudarla a salir de la cama, en tanto que él las observaba con cierto recelo. Hasta que comprobó por sí mismo, que la estabilidad de Noa era la adecuada y no corría peligro de caerse. Y a regañadientes se marchó.

— ¿De verdad que vas a ser mi enfermera?—le preguntó sorprendida mientras la ayudaba a llegar al inodoro.

—Por supuesto, que no te quepa la menor duda.

Y Noa la observó con detenimiento, pues algo en ella había cambiado. Se la veía un poco más vieja, como si los años se le hubieran echado encima después de ese penoso acontecimiento que habían vivido. Pero había algo más. Un brillo especial en su mirada, la desaparición de ese perpetuo rictus de amargura en su rostro, transformado por uno de relajación y de paz. Algo ajeno a ella y que de momento no lograba entender, había alterado a su madre, sintiéndola en ese momento distinta, como renovada. Y se preguntó, qué había sucedido para lograr ese cambio. Un cambio por cierto, que ella sentía en su fuero interno que era positivo. Muy positivo.

— ¿Tana?—interrogó perpleja. — ¿Desde cuándo te llama Tana?

Su madre se encogió de hombros.

—Han pasado muchas cosas cariño, y ya habrá tiempo de contarte todo.

— ¿Pero...?

—Nada de peros. Ya has oído al médico, necesitas descansar. —le ordenó con firmeza. — Cuando te encuentres mejor tú y yo vamos a mantener una seria conversación, porque a partir de ahora las cosas van a cambiar Noa. Y mucho además.

- ¡Mamá!—protestó de forma infantil.
- A la cama, ¡ya!
- ¡Madre mía!, ¡lo que me faltaba ahora!—rezongó poniendo los ojos en blanco.

Capítulo 33

Al día siguiente, Noa amaneció algo más animada, pues aunque le seguía doliendo la cabeza, el malestar no era tan fuerte como el día anterior. Y el endiablado zumbido, que a punto había estado de volverla loca, había desaparecido.

El primero en llegar a verla fue Alonso, que inmensamente aliviado comprobó que todo iba según lo previsto. Le dio saludos de parte de Carlos, con el que había hablado por radio la noche anterior, informándole que no se había olvidado del baile que le debía. Y que cuando llegara, tenía una respuesta preparada para su propuesta, la cual se la daría personalmente.

Después de él, pasaron poco a poco por el bungaló todos y cada uno de los empleados del resort, para comprobar por ellos mismos que realmente se encontraba bien. Noa, conmovida por tantas muestras de cariño, le agradeció a cada uno las molestias que se habían tomado, cogiéndole completamente por sorpresa cuando se madre después le contó, que era lo que llevaban haciendo desde hacía tres días.

Pero su turbación fue a mayores, cuando apareció Asha con Jasira en brazos, seguidas de Hadiya y su hija. Primero se comió a besos a su pequeña princesa, para después fundirse en un cariñoso y sentido abrazo con su amiga más querida. Momento que su madre aprovechó, para dejarlas a solas e irse a descansar un poco.

— ¿Qué tal te encuentras?—preguntó su ayudante preocupada.

—Bien, Asha. Me duele un poco la cabeza, pero estoy mejor. —contestó tocándose con cautela el apósito que tenía encima de su sien.

—Nos distes un buen susto a todos. —Confesó ésta con evidentes signos de emoción. —Por un instante creímos que te habíamos perdido.

—Bueno, ya sabes que soy muy cabeza dura.

—Eso es verdad. —respondió Hadiya sentándose a su lado, después de dejar a las dos niñas jugando en el suelo.

Y las tres sonrieron aliviadas.

—Pero hay algo que me desconcierta. —Comentó intrigada. — ¿Desde cuándo mi madre se lleva tan bien con Alonso?

Ambas hermanas se miraron, dedicándose una secreta sonrisa de complicidad.

—Bueno, han cambiado algunas cosas por aquí.

— ¿Cómo cuáles?

—Tanto tu madre como Alonso, han sufrido más que nadie por lo que te pasó, y creo que eso de alguna manera los ha unido.

— ¿En serio?—preguntó impresionada.

—Sí. —asintió Hadiya.

Y entre las dos le contaron todo lo que sabían, de ese espantoso momento en el cual la habían creído muerta, gracias a lo que Carlos les había confesado.

— ¡Vaya!—exclamó sobrecogida.

—Desde ese momento, ninguno de los dos se separó de tu lado hasta que despertaste. —comentó Asha sonriendo. —Pero todavía hay más.

Noa la miró perpleja, todavía asimilando la información anterior, e hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

— ¿A qué no sabes a quien echaron a patadas en medio de la noche, casi desnuda y descalza?

—No, ¿a quién?

—A la Vibonesa. —respondió Hadiya.

La convaleciente las miró a ambas con desconcierto.

—A Vanesa. —aclaró su ayudante.

Y Noa abrió la boca asombrada por sus palabras.

— ¿Por qué?

—Porque Alonso se enteró de todo lo que hizo, y la echó de aquí a patadas como la perra mala que es. —Le informó indignada. — Le estuvo mintiendo y manipulando todo el tiempo, hasta conseguir separaros. Fue ella quien le dijo que te había visto engañándolo con Pierre. ¡Con Pierre!, ¿te lo imaginas?—declaró muy molesta. — E insinuó que tanto tú como mi prometido estabais juntos. También intentó ponerte en contra de Carlos, al mentir sobre que le hacías la vida imposible a Alonso.

—Y después le dijo a mi madre que él solo estaba interesado en mi dinero. — murmuró recordando las palabras de Cayetana.

— ¡Exacto! Durante todo este tiempo estuvo intrigando a nuestras espaldas. Y nadie se dio cuenta de ello salvo Carlos. Él empezó a sospechar, cuando advirtió que tú no eras esa mala persona que ella iba pregonando, y que la historia no cuadraba con lo que Vanesa iba vendiendo.

Ahora todo empezaba a encajar y las piezas se ensamblaban perfectamente. Y en cierta medida supuso un alivio, pues Alonso había tenido motivos para desconfiar de ella. Inventados y manipulados, cierto, pero al menos ahora sabía toda la verdad, y había tomado medidas sobre ello. Pero empezó a enfadarse por todo el daño que había hecho esa mujer, y el dolor innecesario que había causado por su culpa.

—Será hija de...

—Víbora. —saltó Hadiya haciendo un gesto hacia las niñas. —Víbora más Vanesa. Vibonesa.

—Tienes razón, es una hija de Vibonesa de manual. —rectificó, entendiendo que ahora tendría que cuidar más su lenguaje estando las pequeñas presentes. —Pero tuvo lo que se merecía. Qué pena no haber estado ahí para verlo.

— ¡Quita, quita! Yo lo vi todo a hurtadillas, y fue tan penoso que te hubieran dado arcadas. —comentó Asha poniendo una mueca de asco. —No sabía que las víboras pudieran ser tan arrastradas.

Y las tres se echaron a reír, aunque Noa se llevó la mano a la sien, por el dolor punzante que sentía en la cabeza. Después de comer, la dejaron para que descansara un poco y se echara una merecida siesta, detalle que ella agradeció de corazón. Se tomó nuevamente unos calmantes, y se quedó dormida con una leve sonrisa de felicidad, al recordar todo lo que sus amigas le habían contado. Y por primera vez en mucho tiempo, pudo dormir sin tener pesadillas.

Horas más tarde, se despertó encontrándose con su madre sentada cerca de su cama leyendo un libro. Y pasaron la tarde charlando tranquilas, cuando minutos después llegaron sus amigas para hacerles compañía.



El día siguiente transcurrió igual que el anterior, con la única diferencia de que Noa se encontraba mucho mejor, y su madre le prohibió levantarse de cama. Protestó y refunfuñó, pero consintió por no seguir discutiendo con su progenitora. Hecho que no permitió al día siguiente, que a pesar de las protestas se levantó de la cama cansada de seguir allí, alegando que ya no le dolía nada, solo algún punzante pinchazo de vez en cuando en la sien.

Después de cenar, se encontraban las dos sentadas en la pequeña terraza de la parte de atrás del bungalow, cuando en el horizonte observaron el destello de un relámpago lejano. Y Noa inconscientemente sonrió cuando los recuerdos llegaron a su mente.

— ¿Qué te hace gracia?—preguntó Cayetana intrigada.

Ella negó suavemente con la cabeza, a la vez que sus ojos brillaron al recordar.

—Solo me estaba acordando de mi llegada aquí, y la primera vez que vi a Alonso. —Y se ruborizó intensamente, al recordar la noche que pasaron juntos en el safari, pero obvió esa información. —Nos pilló una tormenta por el camino.

Cayetana recordó cuando Asha les había contado esa anécdota, y carraspeó incómoda en su asiento, movimiento que no pasó desapercibido para su hija.

— ¿Qué pasa mamá?

—Verás, tengo que reconocer que estaba equivocada con él. En estos días me he dado cuenta, que la opinión que tenía de Alonso era completamente errada. —Y mirándola con turbación confesó. —Tenías razón, Alonso es un buen hombre.

—Lo sé. —le contestó sin ninguna acritud.

—Cariño, yo...—comenzó a hablar la mujer sin saber muy bien por dónde empezar.

Y tragó saliva cuando su hija la miró de frente, con una sonrisa franca y abierta.

—Todo está bien, mamá. Me gustaría que empezáramos de cero las dos. Que dejáramos todos nuestro reproches y desconfianzas atrás, ¿tú que dices?

Y ella asintió con vigor mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

—Pero antes quiero pedirte perdón. —declaró con la barbilla trémula por la emoción.

—No hace falta.

—Sí, sí hace falta mi niña. —le dijo con los ojos empañados. — Quiero pedirte perdón por todo el daño que te he hecho, y por el bofetón del otro día. Nunca debí hacerlo.

—Me lo tenía completamente merecido. —Reconoció abatida. —Esa noche te dije cosas horribles y de las cuales me arrepiento.

Cayetana la miró con ternura y tristeza a la vez.

—Las dos nos hemos hecho daño, ¿verdad?

Y ella asintió arrepentida, a la vez que su madre se aclaraba la garganta para deshacer el nudo que tenía en ella

— ¿Recuerdas cuando me preguntaste si yo era feliz?

Noa asintió nuevamente, comprendiendo que al fin había llegado el momento de mantener, esa conversación tanto tiempo atrasada entre su madre y ella.

—Pues ahora puedo contestarte que no. Yo tampoco soy feliz hija. Hace muchos años durante un breve tiempo lo fui, pero me negaron esa posibilidad y ya no he vuelto a serlo. Y lo que más me entristece, es que yo he cometido los mismos errores que cometieron conmigo. Influida por el miedo, he conseguido que mis propios hijos sean tan desgraciados como yo, y eso es algo que no podré perdonarme nunca.

— ¿Por qué?—preguntó con curiosidad, y se apresuró a matizar cuando su madre la miró sin comprender. —Me refiero, ¿por qué te negaron la posibilidad de ser feliz?

Cayetana tragó saliva y miró al frente, mientras se arropaba con la suave manta al recorrerle un escalofrío por la columna vertebral, en tanto otro rayo cruzaba el horizonte.

—Queramos o no cariño, el apellido de nuestra familia siempre ha pesado como una losa en nuestras vidas. Ahora las cosas han cambiado mucho, pero en mi juventud, éramos criados con una educación muy estricta. Papá era más condescendiente, pero mi madre era una mujer rígida y severa, una mujer de la vieja escuela. Supongo, que como ahora lo debo parecer yo.

Y trazó una triste mueca que a Noa le rompió el corazón.

—Aunque para ser justos, ella fue criada y educada para ser así. Y si no llega a ser por tu abuela, la ruina y el escándalo hubieran desolado nuestro buen nombre mucho antes. Ya que mi padre, era un bala perdida que no tenía ningún olfato ni aptitudes para los negocios, y que nos estaba llevando a la bancarrota económica.

Y Cayetana suspiró con pesar al recordar aquellos tiempos.

—Cuando conocí a Julián, yo solo tenía diecisiete años y me enamoré de él al instante. Él solo tenía tres años más que yo, pero era el hombre más guapo y amable que había conocido nunca. El problema, es que también era el hijo de nuestro nuevo chofer. Y aunque a mí y a él no nos importaban nuestros orígenes, ese sería un detalle importante y crucial para mi familia. Durante un tiempo, conseguimos mantener nuestro amor en secreto, pero cuando tus abuelos se enteraron, despidieron a su padre y lograron separarnos. Al principio me rebelé contra ellos, incluso llegamos a plantearnos la opción de fugarnos juntos, pero finalmente consiguieron que nos dejáramos de ver. Su ascendencia humilde, pesaba más que el amor que nos unía y sentíamos el uno por el otro. Mis padres no podían permitir, que emparentáramos con un humilde trabajador de clase social muy inferior a la nuestra.

— ¿Cómo?—preguntó horrorizada al enterarse de esa parte de la historia familiar que desconocía.

—Me amenazaron con pedir favores a sus contactos, y meterlo en la cárcel por algún delito menor, consiguiendo con ello destrozarle la vida. Sabía perfectamente que tus abuelos podían conseguir eso y mucho más. Y yo no podía permitirlo, así que no me quedó más remedio que renunciar a él.

Ahora su madre ya no disimilaba el dolor que sentía, dejando sus lágrimas correr por su rostro impunemente, y Noa solo pudo sentir compasión por ella.

—Lo siento mucho, mamá.

—Tú no tienes la culpa mi niña.—respondió mirándola con dulzura, y secándose las gotas saladas con una esquina de la manta.—A veces la vida es muy injusta, pero no puedo quejarme, ya que me compensó dándome dos hijos maravillosos.

Y su hija conmovida se acercó a ella para que la abrazara, reposando su cabeza en el pecho, muy cerca de su corazón. Y Cayetana la besó con ternura, llena de un amor infinito, que solo una madre puede sentir por un ser nacido de sus entrañas.

— ¿Qué ocurrió después?—preguntó, ávida por conocer la historia de su madre.

—Por aquel entonces mi padre ya conocía a Diego. A Isidro, tu abuelo paterno, le había ido bien en el negocio, y su hijo ya despuntaba como un tiburón muy ambicioso en el mercado y las transacciones comerciales. Por lo que al poco tiempo de empezar a trabajar en la empresa familiar, los beneficios habían crecido de forma exponencial, creándose una fama merecida entre las personalidades bursátiles de Valencia. Pero a Diego no le llegaba con eso, él quería más. Quería el respeto, el honor, y el poder que no se puede pagar con dinero, y que solo lo puede dar un buen apellido. Así que siendo conecedor de los problemas económicos por los que estaba pasando mi familia, llegó a un acuerdo con mis padres, y concertaron mi matrimonio con él.

— ¡Te vendieron!—afirmó Noa levantándose atónita ante esa confesión.

Y comenzó a ver con otros ojos, no solo a su madre sino también a sus abuelos, con una imagen completamente alejada de la realidad que ellos quisieron vender.

—No sé si podríamos llamarlo así. —rebatía su madre reticente. —Cariño, tienes que tener en cuenta que era otra época, y que ese tipo de convenio era lo normal entre las familias de bien. Yo era su única hija, y la que tenía que salvarlos de la ruina y el escándalo.

—Mamá, no intentes disfrazarlo, que no estuviera mal visto no implica que fuera correcto. Un acuerdo es un acuerdo, y si dentro de ese convenio se incluye un aporte monetario, se le llama contrato de compra-venta. Ergo, compraron su salvación vendiéndote a ti.

Y Cayetana avergonzada, bajó la mirada al no poder refutar esa conclusión, pues en su fuero interno pensaba exactamente igual.

—No tenían otra opción. —murmuró, intentando inútilmente proteger de alguna manera el recuerdo de sus padres, pues para ella era duro reconocer que no lo habían hecho bien.

—Mamá, siempre hay opciones. —Y de pronto se llevó las manos a la boca, para susurrar a continuación. —Intentó hacer lo mismo conmigo. Papá me manipuló, para que sin yo saberlo me vendiera a Francisco.

—Yo no lo sabía, cielo. —Se apresuró a aclarar su madre. —Te juro por tu hermano, que yo no sabía lo que estaban tramando. Me enteré después de que Dani... —y no pudo terminar la frase al recordar a su adorado hijo muerto.

—Te creo mamá.

—Si yo no hubiese estado tan ciega, si hubiera sido mejor madre, nada de eso habría sucedido y tu hermano estaría todavía con nosotros. —se culpó amargamente.

—Tú no tienes la culpa. —Le dijo atribuyéndose toda la falta. — En realidad, la culpa fue mía por haberle dicho todas aquellas barbaridades. Si yo no hubiese sido tan dura y

arrogante con él, si no lo hubiese llevado tan al límite, Dani jamás se habría metido tanta cantidad de cocaína esa noche.

Y ambas se quedaron calladas durante un largo momento sumidas en su dolor. Tan arraigada y asumida tenían la culpa, que ninguna de las dos pensó en la posibilidad de que las faltas fueran de otro, y no de ellas.

— ¿Tú sabías que se drogaba?—le preguntó Cayetana sin un atisbo de reproche en su pregunta.

A Noa se le hizo un nudo en la garganta, y solo pudo asentir, hasta que consiguió reunir valor para hablar.

—Ese fue otro gran error que cometí. Supe que era un adicto, en cuanto dijo que él podría dejarlo cuando quisiera, que lo tenía controlado. Intenté por todos los medios que recibiera ayuda, pero ya conoces a Dani él es... era muy cabezota.

Cayetana asintió.

—Es un defecto de familia.

—Pero tuve que haber hecho más, mamá. —Reconoció embargándole la desolación. —Tuve que imponerme, amenazarle, hacer lo que fuera necesario para que se curara, para que pidiera ayuda. Pero yo...—y comenzó a llorar abatida.— Yo quise creer que él estaba bien, que a mi hermano nunca le pasaría nada, que siempre estaría conmigo, que eso solo le ocurrían a los demás. Pero no a nosotros. No a Dani. —Y sollozó carcomida por el pasado, que todavía la perseguía como un perro de presa que no deja escapar su captura. — Fui una estúpida, una engreída y una cobarde. Tenía tanto miedo. Miedo al qué dirán, al escándalo que supondría saber que mi hermano era un adicto, miedo a la decepción que os causaría tanto a ti como a papá enteraros de ello, miedo al fracaso de no haber sido una buena hermana.

—Cariño. —Musitó su madre acogiéndola otra vez entre sus brazos, y proporcionándole el consuelo que tanto necesitaba. —Para mí mis hijos nunca, nunca, seréis una decepción.

—Pero por mi culpa ahora no está con nosotros.—continuó hablando con una inmensa tristeza.— Ahora no puedo ver su pícara sonrisa cuando me hacía una broma, no puedo oler su perfume cuando me abrazaba para pedirme perdón, o cuando me guiñaba un ojo queriendo decir que todo estaba bien. Todavía tengo la sensación de que va a aparecer en cualquier momento, mamá. Aún puedo escuchar su risa y sentir su presencia más que nunca. Sueño con Dani todas las noches, y hablo con él como si nunca se hubiera ido.

—Lo sé, mi vida. Yo también lo siento muy cerca. —Confesó, compartiendo por primera vez esa pena con alguien. —Hay noches en las que abro los ojos, y me está mirando sentado en el borde de la cama, con esa sonrisa de medio lado que yo adoraba tanto de él. Me mira con una paz en su rostro que nunca le había visto antes. Y deseo poder tenerlo en mis brazos una vez más, para decirle lo mucho que le quiero, lo mucho que le echo de menos. Hasta que me incorporo para darme cuenta de que allí no hay nadie. Y eso me rompe en dos.

Y Noa se irguió para mirar a su madre con el corazón en un puño y el alma desgarrada.

—Lo siento tanto, mamá. —Gimió sobrecogida por el dolor. —Perdóname por favor. Perdóname.

— ¡No hija, te equivocas!—Declaró Cayetana con firmeza agarrando su cara con ambas manos. — Tú no tienes la culpa de nada cariño, tu hermano era un hombre hecho y derecho, que tomó sus propias decisiones. Y si de algo me he dado cuenta estando aquí, es que todos tenemos nuestros propios demonios a los que enfrentarnos, y que cada uno tiene que encontrar su propio valor para afrontarlos de cara. Yo también estoy cansada de tener miedo Noa, estoy cansada de no poder respirar, de sentirme atrapada en esta mentira que es mi vida. Y cuando estuve a punto de perderte a ti también, me di cuenta de que de nada sirve esconderse, que el hacerlo solo trae dolor. Que lo único que realmente me importa en esta vida eres tú. Y ya no quiero seguir sufriendo, mi amor. Se acabó el mirar para otro lado, y dejar que otros se impongan a mis deseos. Tú me has enseñado a ser valiente mi niña, y luchar por lo que quiero, y es lo que pienso hacer a partir de ahora.

— ¿Qué... qué quieres decir?—preguntó secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Y su madre la miró con una seriedad y determinación que nunca antes había visto.

—He tomado una decisión que va a cambiar nuestras vidas, sobre todo la mía. —le confesó, enjuagándose ella también las lágrimas del rostro, y emborronándose el maquillaje al hacerlo. — Es una decisión que tuve que haber tomado hace mucho tiempo, pero que por miedo no la llevé a cabo. Pero ahora estoy decidida a hacerlo, ya no me importa el qué dirán, solo me importas tú. —y con una expresión de esperanza terminó. — Voy a dejar a tu padre, Noa. Voy a pedirle el divorcio. Quiero recuperar mi vida, y si me dejas, quiero recuperarte a ti también.

Y ésta exultante se abrazó a ella entre sollozos de emoción y risas de alegría.

—A mí nunca me has perdido, mamá. —Confesó alborozada. —Es cierto que me sacabas un poquito de quicio, pero en el fondo eres mi madre, y eso no puede cambiarlo nada ni nadie.

— ¿Un poquito solo?—preguntó inmensamente aliviada al escuchar esas palabras de su hija.

—Bueno, bastante para ser sincera. —reconoció al final. — Pero ya está todo olvidado. Como te dije antes, quiero hacer borrón y cuenta nueva y empezar de nuevo.

—Gracias, cariño. —Respondió con la emoción a flor de piel, y bastante vergüenza por haber expuesto de esa manera sus angustias y preocupaciones. —En la vida había llorado tanto. —admitió turbada. —Bueno, sí lo había hecho, pero no delante de nadie.

— ¿A qué sienta bien?

—La verdad es que sí. —concedió sonriendo con timidez.

Pero Noa todavía seguía confundida, al no comprender por qué su madre había aguantado durante tanto tiempo.

—Lo que no entiendo, ¿es por qué no tomaste la decisión de dejar a papá mucho antes? Tanto Dani como yo, sabíamos que no erais felices desde hace muchos años. Sobre todo, cuando de pequeños nos enteramos que los padres dormían juntos y vosotros no lo hacíais.

Y Cayetana volvió a ponerse seria para responder a esa pregunta, a la vez que la lluvia que ya había llegado, descargaba con fuerza en el exterior.

—Al principio por miedo y después...—y se encogió de hombros. —Supongo que después por falta de autoestima y no querer salir de mi zona de confort.

— ¿Miedo a qué?—inquirió confusa.

—Cuando me casé con tu padre yo no lo hice enamorada, pero en mi ingenuidad, creí que él sentía algo por mí. Al principio Diego era amable conmigo, me trataba bien, e incluso demostró tenerme cariño. Y como una tonta creí, que podría olvidar a Julián y enamorarme de él. —Y se hizo un silencio mientras se mojaba los labios con la lengua. — Hasta que me quedé embarazada. Cuando tuve a tu hermano él ya había conseguido lo que quería, que era mantenerme atada a su lado, y no poder conseguir la nulidad matrimonial. Así que desde ese instante comenzó a tratarme con frialdad y condescendía, haciéndome sentir poca cosa a su lado. Aun así, intenté por todos los medios recuperar mi matrimonio, instigada por supuesto por mi madre, y por su miedo al escándalo y las habladurías. Y me quedé embarazada de ti. Pero todo fue a peor. Diego cada vez me trataba con más desprecio, y sus desplantes eran continuos, pero siempre en privado. Delante de todo el mundo éramos la pareja perfecta, el matrimonio ideal, y fingir se hizo parte de mí día a día. Yo era muy desgraciada, pero en aquellos tiempos el divorcio era algo impensable, tú abuela me hubiera matado solo de proponérselo. Así que no me quedó más remedio que callar y simular. Aparentar delante de todo el mundo que tenía una vida ideal.

Noa no daba crédito a la magnitud del egoísmo de su padre, y se sintió mal por no haber sospechado en ningún momento, del calvario por el que estaba pasando su madre. Había estado tan sumida en su propia pena, que no había sido consciente del dolor que la ambición y la codicia de su progenitor, podía causar a los que lo rodeaban. Y advirtió cómo su madre avergonzada, bajaba la cabeza para seguir hablando.

—La casualidad hizo que al poco tiempo de tenerte, coincidiera nuevamente con el amor de mi vida, con Julián. Ahí me enteré de que no se había casado, porque durante todos aquellos años no había podido olvidarme, al igual que yo tampoco pude olvidarme de él.

Y Cayetana se quedó callada, no teniendo la valentía de seguir hablando. E inconscientemente comenzó a eliminar invisibles pelusas de la manta, producida por los nervios de lo que tenía que confesarle a continuación.

—Y tuviste una aventura con él. —confirmó Noa al ver que su madre no tenía valor.

Ésta elevó la cabeza con rapidez, para volver a bajarla completamente abochornada y asentir con ella.

—Nunca fue mi intención serle infiel a tu padre, pero...

—Lo entiendo, mamá. No te culpo por buscar la felicidad en los brazos del hombre que realmente amabas.

Y mordiéndose el labio la mujer continuó.

—Pero Diego al poco tiempo se enteró. Y a pesar de que él me era infiel con multitud de mujeres, me amenazó con contarle al mundo entero y quitarme vuestra custodia. Negándome la posibilidad de poder volver a veros nunca más, si no acababa mi relación

ilícita con Julián. Adujo que yo era una perdida, y que lo había estado engañando desde siempre, haciéndole un cornudo y dudando incluso de que vosotros fuerais hijos de él.

—Por tanto volviste a dejarlo. —Continuó Noa entendiendo la situación. —Antepusiste a tus hijos a estar con el hombre de tu vida.

—Sí. —Contestó mientras otra lágrima más recorría su rostro avergonzado, y caía sobre la tela cálida y suave. —Y no creo que pueda volver a perdonarme. Le hice mucho daño, ¿sabes? Julián quería que lucháramos juntos por ti y por tu hermano, pero yo tenía demasiado miedo y lo aparté de mi vida nuevamente.

— ¿Has vuelto a saber algo más de él desde entonces?

Su madre negó con la cabeza completamente apesadumbrada.

—Tu padre empezó hacerme la vida imposible desde aquel momento. Me tenía vigilada e intimidada, con la amenaza de contarle a la prensa y pedir las pruebas de paternidad. Aquello habría sido un auténtico escándalo, y habría acabado con la vida de tu abuela. Además de que siempre seríais, tanto tú como Daniel, señalados con el dedo como bastardos a pesar de que todo fuera mentira. Le dije un millón de veces, que si quería estar completamente seguro de que erais sus hijos legítimos, se hiciera las pruebas de paternidad en la intimidad de nuestro hogar, pero Diego nunca aceptó. Tiempo después entendí, que a tu padre realmente no le interesaba saber la verdad, simplemente era otra manera de tenerme manipulada y sumisa, para poder hacer lo que le viniera en gana.

—Es una pena.

Cayetana la miró extrañada.

— ¿El qué es una pena cariño?

—Que no seamos hijos de Julián.

Y su madre sonrió aliviada de que no la juzgara y comprendiera su postura, sintiendo a su hija más cercana a ella de lo que lo había estado nunca. Aunque por otro lado, la aflicción hizo mella en ella al darse cuenta, de todo el tiempo perdido y la amargura padecida por no haber tenido el valor de contárselo antes. Por haber sido tan cobarde.

—Sí, es una verdadera pena. —Comentó con tristeza. —Sé con seguridad que os hubierais llevado muy bien.

—Yo también lo creo. —coincidió Noa, ahora que comprendía toda la tortura y agonía por la que había pasado su madre.

Por fin podía perdonarla de corazón, pues la entendía como hija, y sobre todo como mujer. Ahora se explicaba toda esa amargura y tristeza, que la acompañaban desde que tenía uso de razón, y el infierno que había sido su vida al lado de su padre. Y se sintió horrible por las veces que había pensado mal de ella.

—Lo siento mucho, mamá. Siento lo mal que te lo he hecho pasar todos estos años. Me arrepiento de todas las cosas que he pensado y he dicho de ti, y de mi penoso comportamiento contigo.

—No mi vida, yo he tenido mucha parte de culpa por no haber sido sincera contigo, por tener tanto miedo y no luchar por lo que quería. Tuve que perder a un hijo y estar a punto de perder a otro, para darme cuenta de lo que realmente vale la pena en esta vida. Pero sobre todo, tú me has enseñado a ser valiente Noa, a ser honesta conmigo misma, a reconocer a las personas por su valía, y que el cariño y el amor sincero son

mucho más importantes que una vida vacía de ellos. Y te envidio cariño, te envidio porque has sabido encontrar tu lugar en la vida, rodeada de gente a la que realmente le importas, y a un hombre que te ama sinceramente.

Y agarró con firmeza las dos manos de su hija, que la miraba con una expresión de absoluto agradecimiento.

—Tienes suerte hija, tienes mucha suerte porque puedes decir con la cabeza muy alta, que al menos hay dos personas en este mundo que darían la vida por ti. Una soy yo, y la otra es Alonso. Ese hombre al que yo despreciaba, me demostró que daría la vida por ti sin pensárselo dos veces. Y fui testigo del sufrimiento que lo poseyó cuando creía que estabas muerta, y de la agonía que lo turbaba mientras esperábamos a que despertaras.

—Mamá... —gimoteó emocionada.

—Alonso te ama profundamente cariño, y la verdad, ¿es que no sé qué demonios estás haciendo todavía aquí?

Noa se abrazó a su madre conmovida.

— ¡Vamos, mi niña!—la instó con ternura. — ¡No seas como tu madre y busca tu felicidad, mi cielo! ¡Vete con él y dile lo que realmente sientes!

— ¿Ahora?—preguntó entre excitada y asustada.

—No, sí te parece cuando vengamos de cazar gacelas. ¡Pues claro, tontorrón!

Y ella se levantó para salir del bungalow, y acercarse a la cabaña de Alonso en medio de la noche, cayendo una buena tormenta encima de su cabeza. Pero el miedo y las dudas la detuvieron al llegar a las escaleras. Y se quedó allí, debajo de la lluvia, vacilando sobre si era el mejor momento o no para buscarlo. Pero no tuvo que pensarlo mucho tiempo, porque enseguida él abrió la puerta, para quedarse parado durante un segundo. Y después de lo que pareció una eternidad, bajó las escaleras y se acercó despacio a ella.

— ¿Qué estás haciendo aquí Noa?—preguntó sorprendido. — Está lloviendo.

—Lo sé. —le respondió con el corazón retumbando en su pecho.

Los dos se miraron por un tiempo que pareció infinito. Y Noa se asombró de lo guapo que era, y de lo mucho que lo amaba. Alonso levantó una mano, para retirar un mechón de pelo mojado de su rostro, mientras ella lo miraba arrobada.

—Te estas mojando.

—También lo sé. —respondió mientras las gotas de lluvia chocaban contra su cara, y la hacían parpadear al pesarle las pestañas, ignorando adrede el hecho de que él también se estaba empapando.

¡Dios santo! ¡Era tan hermosa, tan perfecta!

—Creía que te daban miedo las tormentas. —comentó, a la vez que con las yemas de los dedos le acariciaba la cara con reverencia.

—Ahora ya no. Desde que te conozco ya no le tengo miedo a nada. —confesó mientras inclinaba la cara, y cerraba los párpados para poder sentir mejor el contacto de sus dedos.

Él dejó de respirar, atento a la expresión de su semblante, y deseando con toda su alma poder abrazarla y perderse entre sus labios. Y de pronto, Noa abrió los ojos para poder mirarlo directamente a los suyos.

—Dime algo que no sepa, Al. —le rogó con su corazón latiendo desbocado en su garganta. — Dime algo que llevo demasiado tiempo deseando escuchar, y que todavía no me has dicho.

Alonso se acercó más a ella, mientras la sangre y la adrenalina corrían salvaje por su cuerpo. En tanto que suavemente agarró su rostro entre sus manos, y clavaba la mirada en esos labios que se moría por besar y saborear. Para después deslizarla lentamente por sus exquisitas facciones, y subirla hasta llegar a sus impresionantes y hermosos ojos azules, que brillaban inquietos y anhelantes por una respuesta. Y mientras tanto, su corazón palpitaba henchido de alegría, por volver a escuchar esas dos letras que creyó que jamás volvería a oír.

Al

Había usado esa abreviatura de su nombre otra vez, y esa simple connotación, le hacía imaginar poder ser perdonado. Tener la pequeña esperanza de que no todo estaba perdido, de que podría tener una oportunidad. La oportunidad de poder confesarle, lo que por un agónico instante creyó que nunca podría decirle, mientras lloraba su pérdida entre sus brazos. Y tragó saliva con fuerza, preparándose para decir las palabras más importantes de su vida.

—Te amo, Noa. Te amo más que a mi vida, mi amor.

Ella le dedicó una radiante sonrisa, llena de éxtasis y alivio, al escuchar por fin esas palabras que deseaba tanto oír. Y elevó sus manos para acariciar también el rostro de él, mientras lágrimas de felicidad se mezclaban con las gotas de lluvia.

—Yo también te amo, Al. Te amo más allá de la razón y de mi ser.

Y los dos se fundieron en un abrazo, sellando con sus labios esas palabras de amor. Al fin libres de culpas, de miedos, de reproches, de dudas. Encontrando por fin la paz en ellos, y en lo que sentían el uno por el otro. Nada era más fuerte y liberador que la devoción que se profesaban, sabiendo que por fin habían encontrado el hogar, y el amor más puro y profundo en los brazos del otro.

Alonso se separó de ella para apoyar frente contra frente, mientras de su boca las palabras salían temblorosas y cargadas de emoción.

—Por Dios mi vida, nunca más vuelvas a hacerme pasar por el infierno de perderte. No tienes ni idea de lo que sufrí cuando creí que... que estabas muerta. Te amo tanto, mi cielo. No tienes ni idea. Creí morir en ese instante contigo. No quería seguir viviendo si tú no estabas conmigo.

— ¡Chss...!—susurró posando sus labios en los de él nuevamente para hacerlo callar.

Y Alonso los atrapó por un breve instante, mientras de su garganta salía un sonido mitad gruñido mitad quejido desgarrado.

— ¡Perdóname, Noa! Perdóname por haber dudado de ti, por todo el daño que te he hecho, por ser un auténtico cretino contigo. ¡Perdóname, mi amor!

—Ya... ya...—murmuró para alejarse un instante y mirarlo a los ojos. —No me pidas perdón por quererme Al, porque yo también me he equivocado. Los dos lo hemos hecho, y lo seguiremos haciendo porque ambos somos así. Y por eso te quiero. Porque eres impetuoso, cabezota, salvaje, honesto, noble, intenso... muy intenso. —Señaló con una sonrisa llena de promesas. —Pero tendremos mucho tiempo para solucionarlo, mi

amor, para acostumbrarnos él uno al otro. Porque no me pienso ir de aquí, que te quede claro. Vas a tener que aguantarme durante mucho, mucho tiempo.

—Mucho tiempo, no. — Insinué él regalándole una amplia sonrisa. —Te quiero toda para mí. Te lo advierto yo a ti mi amor, tendrás que quedarte a mi lado lo que me reste de vida, y te ataré a la pata de mi cama si es necesario.

Y estrechándola más entre sus brazos la besó con pasión. Reclamando esa boca como suya, y saboreándola a conciencia, ávido de ella, de su sabor, de su dulzura. Y Noa no se quedó atrás correspondiéndole, dando y recibiendo, atesorando cada instante, intentando recuperar el tiempo perdido. El tiempo que les habían robado de forma tan cruel.

Y dio un pequeño salto para agarrarse con las piernas a sus caderas, y con los brazos a sus fuertes hombros, mientras él la tuvo que sujetar por el trasero para que no cayera.

— ¿Al?—murmuró contra su boca.

— ¿Sí?—gimió, intentado volver a atrapar sus labios.

Y Noa levantó la cabeza para que él pudiera besar su cuello mezclado con el agua de lluvia, mientras miles de descargas le estremecían la piel, al sentir el calor de su aliento contrastando con el frío de las gotas.

—Está lloviendo.

—Ajá. —suspiró, lamiendo la línea de su cuello hacia el esternón.

—Y estoy mojada, muy mojada.

—Dime algo que no sepa. —farfulló mordisqueando suavemente la piel, a la vez que sujetaba con seguridad ese hermoso trasero en forma de corazón.

Y Noa sonrió adorando esa forma de ser.

—Pues que además de mojada y completamente húmeda, me muero por hacer pan.

Alonso levantó la cabeza para mirarla con desconcierto, y elevó una ceja creyendo no haber oído bien.

—Perdona, ¿has dicho que quieres hacer pan?

—Ajá. —respondió, lamiéndose las gotas de lluvia de los labios.

Detalle que no escapó a los ojos del guía, y que lo excitaron más allá de lo imposible. No se podía ser más sexy aunque ensayara durante horas delante del espejo.

— ¿Ahora?—preguntó confundido.

—Sí, ahora. —Musitó ella, siendo su turno de mordisquear su fuerte y marcada mandíbula.

Y Alonso dejó escapar un gemido de dolor, pues en esos momentos en lo que menos pensaba era en hacer pan, Y sus partes nobles, y no tan nobles, protestaron por tener que ponerse a jugar a las cocinitas con ella.

—Estoy tan caliente, que tengo el horno listo y preparado para hacer bollos, bizcochos, o lo que más te apetezca. —Continuó Noa. —Aunque precisamente en estos momentos, lo que estoy es deseando hornear una buena baguette.

De pronto él cayó en la cuenta de a lo que tan sutilmente se refería, y enseñó los dientes en una sonrisa perversa, al advertir que esa mujer nunca dejaría de sorprenderlo. Y decidió seguirle el juego, para lograr que ella sufriera como lo había hecho él.

— ¿Crees que es un buen momento?

—El mejor. —aseguró, en tanto asaltaba el cuello del guía, dejando un reguero de pequeños mordiscos que lo hacían estremecer.

— ¡Mmm! ¡No sé!—gimió, enfebrecido por lo que le estaba haciendo.

— ¿No sabes qué?

—No sé si le parecerá bien a Pierre, que asaltemos su cocina a estas horas de la noche para hacer pan.

Noa arrugó el ceño y levantó la cabeza tan deprisa, que se dio con ella en la mandíbula de él.

— ¡Auch!—gimieron los dos a la vez.

Pero Alonso fue el primero en preguntar, preocupado porque se hubiera hecho mucho daño.

— ¿Estás bien?

— ¡Claro que estoy bien, tonto!—protestó mientras se frotaba la frente. — ¿Qué tiene que ver Pierre en todo esto? ¿No querrás que hagamos un trio?

Y viendo que Noa estaba bien, Alonso no pudo evitar que se le escapara una enorme carcajada, que resonó en todo el lugar.

—De verdad cariño, a veces me superas. —rezongó algo molesta. —No puedes dejar salir a pasear a esa media neurona libremente cuando ella quiera. Ahora ya se me pasó el calentón.

Y éste juguetón, la dejó caer un poco para que sintiera la dureza de su entrepierna, mientras atrapaba con los dientes su labio inferior.

—Al contrario que yo, que estoy que ardo por ti. — gruñó contra su boca.

Y Noa se sujetó más fuerte al sentir su cálido aliento, a la vez que él lamía las gotas de agua que resbalaban por sus labios, para después irrumpir con ansias la lengua en su interior, mientras trémulos jadeos salían de lo profundo de su pecho.

—Solo hay un pequeño problema, mi amor. —suspiró un tanto abatido, mientras subía las escaleras y se dirigía con ella en peso hacia el interior de su cabaña.

— ¿Cuál?

—Que estoy tan caliente por ti y te deseo tanto, que voy a durar lo que un microondas. El tiempo suficiente para calentar unas palomitas.

Y ahora fue el turno de Noa, para echar la cabeza hacia atrás y reírse feliz. Y responderle a continuación cuando la posó en la cama debajo de él, en tanto le desabrochaba con impaciencia los botones de su camisa.

—No me importa cariño, te esperaré el tiempo que haga falta, el resto de mi vida si es necesario.

Y Alonso clavó su mirada en ella, a la vez que sus ojos rebosaban amor a raudales. Un amor lleno de esperanzas, repleto de fe en un futuro unidos, de un compromiso firme y duradero. Un amor inquebrantable, que los llevaría a formar una familia juntos y amarse sin condiciones, el tiempo que les quedase.

— ¿Es una promesa?

Ella asintió dichosa.

—Sí, es una promesa.

Y bajó la cabeza para sellar ese juramento con un tórrido y húmedo beso.

—Te amo, mi *niñata* adorada. Te amo con toda mi alma.

—Y yo a ti mi Tarzán trasnochado. Te amo por y para siempre.

Y los dos tuvieron el resto de la noche para demostrarse con besos y caricias, que no importa la distancia, ni las diferencias, ni los miedos, ni el orgullo, ni los prejuicios, ni la maldad o el peligro. Cuando dos corazones se pertenecen más allá de esta vida, nada ni nadie podrá separarlos.

Epílogo

Tres semanas más tarde.

Noa, Alonso, Cayetana, Jasira, Hadiya, y Janeeta, venían de pasar unas refrescantes y encantadoras horas en la cascada. Los seis habían disfrutado como una auténtica familia, de uno de los días más calurosos en África desde que las dos españolas habían llegado. Sobre todo las pequeñas, que habían chapoteado y gozado como nadie, de la deliciosa y cristalina agua de la poza. Y mientras se acercaban a la entrada del hotel, advirtieron como Asha los estaba esperando acompañada por un desconocido.

—Buenas tardes. —saludó Alonso, que abrazado a Noa eran los más adelantados.

—Buenas tardes. —respondió el hombre misterioso.

El visitante era un varón de mediana edad, alto, con buena planta y muy apuesto. Los miraba algo nervioso e impaciente, como si estuviera buscando a alguien, pero no estuviera muy seguro de a quién. Sus ojos marrones demostraban inteligencia y madurez, y las canas que sobresalían de sus sienes destacando su pelo negro, lo hacían parecer un hombre seguro de sí mismo, respetable, y muy gallardo.

—Noa, el señor Martínez preguntaba por ti o por doña Cayetana. Ha llegado hace unos minutos, y me ha informado que ha sido invitado a pasar unos días en el resort.

— ¡Oh, Dios mío!, ¡me olvidé por completo de avisarte Asha!—exclamó acercándose al invitado para saludarlo, y darle la bienvenida tal y como se merecía. —Señor Martínez, me alegro enormemente que haya aceptado nuestra invitación. Siento mucho haberlo hecho esperar, pero al no saber exactamente el día y la hora que iba a llegar, nos ha pillado a todos volviendo de una pequeña excursión.

—Tranquila, no pasa nada. —La apaciguó con una dulce sonrisa. —Tú debes de ser Noa, la hija de Cayetana, ¿cierto?

Ella asintió. Y sin esperar lo en absoluto, el hombre se acercó y la abrazó de forma calurosa. Y con ese simple gesto, ella supo enseguida que le iba a caer bien.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte al fin.

—Y yo a usted. —Respondió dedicándole una sincera sonrisa. —Permítame presentarle a Alonso Rivas. —y girándose hacia el guía comentó. —Alonso, el señor Martínez es...

—Creo saber quién es. —la interrumpió él, adelantándose para estrecharle la mano al invitado.

Y los dos se saludaron con respeto y cordialidad.

— ¿Eres su marido?—preguntó con curiosidad.

—Todavía no, pero estoy trabajando en ello. —aseguró el guía guiñándole un ojo. — No pierdo la esperanza de que me diga que sí.

—No lo hagas, al menos yo no lo he hecho. —admitió el hombre orgulloso.

— ¡¿Julián?!—prorrumpió Cayetana estupefacta, apareciendo en ese mismo instante.

Y los dos se quedaron mirándose unos segundos, inmersos el uno en el otro, momento que Noa aprovechó para recoger de los brazos de su madre a Jasira.

—Hola Tana. —habló el hombre acercándose a ella, ajeno en ese momento a nada que no fuera la mujer a la cual amaba desde hacía tanto tiempo.

— ¿Qué... qué haces aquí?—preguntó aturdida por la sorpresa de su presencia en aquel lugar.

—Tu hija me invitó a pasar unos días en este hermoso país. —le informó, examinando cada gesto y expresión de su rostro. —Fue muy insistente, y no me quedó más remedio que aceptar. —y después de una breve pausa susurró. —Estás preciosa.

—Yo... yo... no sé...—tartamudeó confusa.

— ¿Por qué no entramos y tomamos un refresco?—propuso Noa, empujando ligeramente a su madre hacia la entrada. —Así podremos hablar y conocernos un poco mejor.

—Será un auténtico placer. —señaló Julián, ofreciéndole el brazo a su madre para entrar en el hotel, gestó que ella aceptó todavía abrumada.

Noa con su pequeña en brazos, observó complacida como la pareja recién encontrada se encaminaba hacia el interior.

—Parece encantador, ¿verdad?—afirmó Alonso acercándose a ella para besarla tiernamente en la frente.

—Sí que lo parece. —Respondió visiblemente emocionada. — ¿Crees que hemos hecho bien en invitarlo a venir?

—Mi única neurona me dice completamente segura, que sí. —alegó divertido por sus repentinos temores.

Ella bufó y puso los ojos en blanco para señalarle a continuación.

— ¡Bah! ¡Menuda ayuda! Cómo si me sirviera de algo lo que piensa esa cabra loca. — se burló traviesa.

—Esta cabra loca, solo piensa única y exclusivamente, en lo que te va a hacer esta noche cuando estemos a solas. —le informó a la vez que bajaba la cabeza para besarla.

—No me extraña que la tengas agotada de tanto subir y bajar. —farfulló contra sus labios.

Momento que aprovechó la pequeña, celosa de que no le prestaran atención, para intentar separarles las caras con sus pequeñas manos.

—Ay *niñata*, te ha salido una dura competidora. —le advirtió, dejándola a ella para besuquear a Jasira.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Y riéndose por los esfuerzos de la cría, entraron juntos en el hotel para unirse con su madre y Julián.

Cuando llegaron a la mesa donde estaban sentados, Noa reparó en la mano que disimuladamente Cayetana retiraba de debajo de la del visitante inesperado, a la vez que un intenso rubor teñía sus mejillas. Y sonrió divertida, al ver el comportamiento adolescente de su progenitora. Para aligerar el incómodo momento, decidió presentarles a los empleados que en ese momento trabajaban por aquella zona, para después acomodarse junto a ellos y charlar durante horas como si fueran viejos conocidos.

El tiempo había pasado deprisa, y en esos momentos se encontraban disfrutando de una divertida y amena cena, mientras Julián les contaba las anécdotas de juventud que había compartido con su madre. En tanto ésta, con los ojos brillantes de felicidad, no podía encontrarse más a gusto y relajada de lo que lo había estado nunca.

—Mamá, ¿por qué no le enseñas a Julián los jardines? Estoy segura que os vendrá bien un corto paseo para bajar la cena, y ponerlos al día de vuestras cosas. —insinuó Noa después de los cafés, dichosa por ver a su madre tan feliz.

— ¡Es una excelente idea!—aseguró éste encantado.

— ¿Estás seguro?—preguntó Cayetana insegura. — ¿No estarás muy cansado después de tan largo viaje?

—En absoluto. —le aseguró él clavando su penetrante mirada en ella. —Me fascinaría que me enseñaras este hermoso lugar.

La mujer desvió la mirada tímidamente, para asentir con la cabeza acto seguido.

—Está bien, como tú quieras.

Y después de despedirse de los comensales, cuando estaban a punto de abandonar el comedor, Noa les avisó.

—Por cierto Julián, tus maletas ya están en la habitación de mi madre. Estoy segura que sabrá guiarte convenientemente hasta ellas.

— ¡Noa!—exclamó ésta escandalizada.

— ¿Qué?—preguntó haciéndose la sorprendida. — No querrás ser tan grosera de hacerlo dormir sólo, después de semejante viaje que se ha pegado el pobre, ¿no?

Y Cayetana, queriéndose morir de la vergüenza al ver a todos sonreír abiertamente, no dio crédito a la carcajada que soltó Julián detrás de ella.

— ¿Estás segura de que no es hija mía?—le preguntó acercándose a ella.

Y la mujer fulminándolo con la mirada respondió refunfuñando.

—Lo que ya no tengo tan claro, es que esa descarada sea hija mía, cada vez estoy más convencida de que me la cambiaron en el hospital.—y después de lanzarle una mirada desdeñosa a su hija, se marchó muy dignamente del lugar.

— ¿Hacía falta avergonzarla?—preguntó Alonso curioso.

—Esta es mi pequeña venganza por haberme mandado al internado en Irlanda.

—Creí que la habías perdonado. —señaló Asha sorprendida por su respuesta.

—Y la he perdonado. —Respondió molesta por la insinuación. — ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

Y Alonso echó la cabeza hacia atrás para echarse a reír a carcajadas.

—No puedo contigo, *niñata*, te juro que no puedo.



Al día siguiente estaban desayunando, después de que los clientes se hubieran marchado a la excursión convenida, cuando Amali entró en el comedor y susurró algo al oído de Noa. Ésta palideció de repente, y murmurando una leve excusa, se levantó de la mesa para dirigirse al exterior del hotel detrás de su empleada. Detalle que no pasó desapercibido para Alonso, que preocupado, también se levantó para seguirla.

— ¿Qué ocurre?—preguntó al llegar a su lado.

—Llegó el que faltaba. —respondió molesta cruzándose de brazos.

Y el hombre que estaba esperando a que descargaran su equipaje, giró la cabeza en su dirección como si la hubiera oído.

— ¿Qué haces aquí papá?

Diego la miró sin disimular su desdén.

—Obviamente, no me ha quedado más remedio que venir a este lugar infernal, al ver que ni mi hija ni su madre respondían a mis llamadas. —contestó al acercarse a ellos.

—Con lo inteligente que dices ser, creí que cogerías la indirecta.

—No me provoques Noa, estoy cansado y no estoy de humor para tus absurdos juegos.

—No es ningún juego, es la verdad. Si no hemos cogido el teléfono es porque no tenemos nada que decirte.

Su padre la ignoró cómo solía hacerlo cuando no le interesaba lo que decía.

— ¿Dónde está tu madre? Quiero verla ya.

—Ella no quiere verte a ti.

—Me importa bien poco lo que quiera o no. Su estupidez ha llegado a límites insospechados, y va a tener que darme explicaciones ahora mismo.

— ¿Qué parte de no quiere verte no has entendido, papá?

Él la miró con dureza entrecerrando los ojos, decidido a anteponer sus deseos a los de los demás, tal y como estaba acostumbrado. Pero no sin antes poner en su sitio a su rebelde hija.

—La verdad es que ya estoy harto de tus sandeces, Noa. Te di una oportunidad para recuperar mi confianza, pero es evidente que todo esto te venía demasiado grande. Nunca debí poner mis esperanzas en ti. Cómo has venido demostrándome a lo largo de los años, has sido y seguirás siendo una vergüenza para mí.

Alonso se interpuso en su camino, cuando Diego se disponía a subir las escaleras para entrar en el edificio.

—Le rogaría que la tratara con el respeto que se merece. —le advirtió con extrema seriedad.

—Al...

— ¿Y tú quién demonios eres?—preguntó furioso al verse bloqueado por su presencia.

—Soy el encargado del resort. —le informó sin moverse un ápice.

— ¿Tú eres Alonso?

El guía asintió, clavando su mirada glacial en él. No iba a permitir a ese hombre que después de todo el daño que había hecho, viniera aquí con su soberbia y prepotencia, y tratara a su hija con desprecio.

—Pues yo soy tú jefe, así que sí sabes lo que te conviene, será mejor que te apartes y me dejes pasar.

—Sé perfectamente quién es. —aseguró con seguridad sin dejarse intimidar, para seguidamente girar la cabeza y preguntarle con la mirada a Noa, si debía o no dejarlo pasar.

Y ella se acercó a él con la cabeza bien alta, para agarrarlo de la mano y situarse a su lado.

—Te lo vuelvo a repetir papá. ¿Qué haces aquí?

Su padre atónito no dejaba de mirar sus manos entrelazadas, y después de unos segundos de desconcierto, se irguió cuan largo era para encararse a su hija.

—Yo soy el dueño de este lugar y no tengo porque darte explicaciones. Quiero que me preparen una habitación ahora mismo. —ordenó estoico. — Y tú y tu madre será mejor que vayáis haciendo las maletas, porque mañana os venís conmigo de vuelta a Valencia.

—No creo que eso vaya a suceder, Diego. —soltó Cayetana apareciendo en ese momento.

Y éste observó incrédulo, como su mujer aparecía agarrada del brazo del hombre, del cual creía haberse deshecho hacía muchos años.

— ¿Qué diablos está ocurriendo aquí?—preguntó iracundo centrándose en ella. — ¿Y qué hace este muerto de hambre en este lugar?

—No es algo que a ti te incumba. —respondió Cayetana impasible, tranquilizando con un leve apretón a Julián para que no saltara.

— ¡¿Qué no me incumbe?!—Gritó fuera de sí, a la vez que sacaba unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta. — ¡Por supuesto que me incumbe, máxime cuando he recibido esta broma pesada la semana pasada! ¡¿Qué significa esto?!

—Creo que está muy claro. —Respondió segura de sí misma por primera vez en su vida. —Son los papeles del divorcio.

Diego se echó a reír socarronamente.

— ¿De verdad que quieres divorciarte para estar con este pobre infeliz?

—Hijo de...

— ¡Julián, no!—lo detuvo Cayetana con firmeza. —Esto es algo que debo hacer yo.

Y tanto él como Alonso se dieron cuenta en ese momento, que ese asunto era algo que tenían que resolver ellas mismas, con el hombre que tanto daño les había hecho. Por lo que tácitamente no tomarían partido, a no ser que fuera absolutamente necesario.

Y girándose hacia su todavía marido le explicó.

—Esta persona a la que tú llamas muerto de hambre, ha sido más hombre de lo que lo has sido tú en toda tu maldita vida. Este muerto de hambre, me ha enseñado a amar y a ser amada. Sabe cómo tratar a una mujer debidamente, y me ha hecho la persona más feliz sobre la faz de la tierra cuando he estado a su lado. —y mirándolo de arriba abajo con todo el odio que retenía dentro por él, sentenció. — Algo que tú Diego Montalbo, has sido completamente incapaz de hacer. Y mi decisión de abandonarte, la tomé mucho antes de saber que iba a volver a verlo. Quiero divorciarme de ti porque no te soporto, me das autentico asco, y no quiero perder ni un minuto más de mi vida a tu lado.

Éste entrecerró los ojos humillado por sus palabras, y dibujó una ladina sonrisa al disfrutar de su venganza.

—No imaginé que fueras tan estúpida, Cayetana. Y no pensé que estuvieras tan loca de creer que te iba a firmar los papeles así porque sí. Pero eres muy ingenua, si piensas que te vas a ir de rositas después de lo que acabas de hacer. Sobre todo cuando le diga a tu hija toda la verdad.

—No te molestes papá, todo lo que tenía que saber ya lo sé. —Intervino Noa sonriendo orgullosa a su madre, para después mirarlo a él con desprecio. — Y para que te conste, fui yo quien llamó e invitó a Julián a venir aquí, mamá no sabía nada hasta que lo vio aparecer. Pero ten muy claro, que si llego a saber antes lo feliz que es a su lado, lo hubiera hecho hace mucho tiempo. Y que sepas también, que ojalá te hubiera dejado hace muchos años. No tienes ni idea, de la cantidad de dolor y lágrimas que nos hubiésemos ahorrado las dos por tu culpa.

— ¿Cómo te atreves a hablarme así?—masculló su padre iracundo, con los dientes apretados acercándose a ella.

— ¿O qué?—le retó elevando la barbilla. — ¿Me vas a hacer más daño del que ya me has hecho? Lo dudo mucho *papá*, lo dudo mucho. No tienes ni idea de lo feliz que me haría que Julián fuera mi padre y no tú.

Y cuando Diego cegado por la ira, se abalanzó hacia Noa para enseñarle lo que era respetar a un padre. Alonso fue lo suficientemente rápido para interponerse entre los dos, agarrando a su jefe con una mano por el cuello, y con la otra el brazo que iba dirigido hacia su hija.

—Si le pone una mano encima lo mato. —siseó fulminándolo con la mirada.

Y éste acobardado, se alejó de él mientras se frotaba la garganta, para ponerse a gritar enloquecido al no poder salirse con la suya.

— ¡Todos fuera de aquí! ¡No quiero veros a ninguno en mi hotel! ¡Al final va a ser verdad que las dos sois tal para cual, encamándoos con el primer indeseable que se os mete entre las piernas! ¡Largo todo el mundo de mi propiedad! ¡Fuera!

—El único que se va a marchar de aquí eres tú, Diego. —Amenazó Cayetana acercándose a su hija para hacer un frente común. —Tengo derecho a la mitad de todo lo que posees, y éste será uno de los bienes con los que me voy a quedar. Por tanto, el que no eres bienvenido aquí eres tú. Te rogaría que cogieras toda tu mierda y te marcharas muy lejos, a poder ser a otro continente.

Su marido posó su mirada cargada de rabia en ella.

—Si crees que voy a dejar que tú y la bastarda de tu hija, se queden con mi dinero y lo malgasten con estos dos desgraciados, es que estás más loca de lo que yo creía.

—No es que lo crea, es que lo sé. No hicimos separación de bienes cuando nos casamos, por tanto tengo derecho a la mitad de todo tu dinero, a las acciones de las empresas, y a la mitad de las propiedades que tienes desperdigadas por Valencia para uso y disfrute de tus amantes. Tú, Diego Montalbo, que te vanaglorias de ser un hombre tan inteligente para los negocios, cometiste un error garrafal casándote conmigo. Y te vas a arrepentir. Te voy a dar donde más te duele, que es en el dinero, quitándote todo lo que pueda y más.

—No serás capaz de atreverte. —Señaló lleno de coraje. — Te lo advierto Cayetana, sí pretendes quitarme un solo céntimo, todo el mundo sabrá lo perra infiel que has sido durante tantos años. La imagen de *señora* y el buen apellido de tu familia, se caerá delante de todas tus amistades, cuando se enteren que no has sido más que una puta adultera. Será un escándalo cuando salga en todas las revistas, lo zorra que has sido durante todos estos años, engañando a tu pobre y amantísimo marido.

Pero lo que Diego no se esperaba, y Julián tampoco, que a punto estuvo de abalanzarse contra el empresario después de tanto insulto, fue que su mujer se empezara a reír de él divertida por sus amenazas y acusaciones.

—Amantísimo marido. —murmuró ella entre carcajadas. —No me habías hecho reír tanto en toda tu patética vida.

— ¿Te parece gracioso?—preguntó colérico.

—No sabes cuánto. —Contestó sin parar de reír. — ¡Ay, madre mía, qué sofoco!— exclamó simulando secarse las lágrimas, mientras veía complacida, como a su marido rojo de rabia casi le daba un ictus. —Puedes hacer lo que quieras, Diego, a mí ya poco me interesa. Lo que realmente me importa es lo que tengo a mi lado, las personas que realmente amo, y no tus ridículas mentiras. Esa es una vida que ya he dejado atrás. Ya no soy esa mujer a la que le importaban las apariencias y los chimes mal intencionados. Solo me importa mi familia, y tú no entras dentro de esa categoría.

Y ahora le tocó a Diego reírse de forma burlona.

—Esta panda de perdedores, ¿es ahora tu familia?—señaló a los cuatro con arrogancia. — ¡Pero que bajo has caído Cayetana! Si tu madre viviera, no levantaría cabeza de la vergüenza que le causarías.

—Te equivocas papá, porque dudo mucho que fuera la misma vergüenza que tú le causarías al abuelo Isidro. —Saltó Noa en defensa de todos los presentes. — Él estaría orgulloso de Alonso, un médico respetado y querido por todos, que se ha labrado su futuro a base de su esfuerzo y trabajo. O de Julián, un juez ejemplar y respetado de la Audiencia Nacional, que trabaja estrechamente con la Fiscalía Anticorrupción de Valencia. En cambio tú...—continuó hablando, y propinando con sus palabras una bofetada de realidad al empresario. —Volverías a matarlo, por la ignominia que resultaría tener un hijo que no es nada más que un ladrón, un farsante, y un estafador. Estos dos hombres a los que llamas perdedores, pueden darte cátedra de honradez, moralidad, integridad, y decencia, ganada con esfuerzo por su propio trabajo. Cualidades que tú ni siquiera sabes que existen. Y el abuelo no podría mirarte tan siquiera a la cara, si supiera que la empresa que él levantó con tanto orgullo y empeño, tú la has convertido en un vertedero de alimañas.

Alonso no pudo más que contemplarla henchido de amor, orgullo, y satisfacción por sus palabras. Sabía a ciencia cierta, que como siempre, Noa había dado donde más dolía. Sobre todo al ver la cara de pasmo que se le había quedado a su padre después de que ella hablara. Y éste estaba completamente equivocado al menospreciarla de esa manera, pues esa mujer a la que tanto amaba y admiraba, era la más inteligente, valiente, luchadora y valiosa que él conocía.

Pero Diego no pensaba de la misma manera, que humillado y ofendido en lo más profundo, se dirigió a ella para notificarle.

—Desde este momento reniego de ti. A partir de ahora no tengo ninguna hija reconocida, y no quiero volver a saber nada de ti por lo que me resta de vida.

—No sabes la satisfacción que me da oírte decir eso, porque para mí, moriste el mismo día que lo hizo Daniel. —respondió Noa alzando la barbilla con altivez, y sin demostrar ningún pesar al decir lo que pensaba.

El hombre parpadeo sorprendido por esas palabras, confundido al creer, que iba a hacerle el mismo daño que ella le había hecho a él. Pero no contento de cómo estaban saliendo las cosas, se dirigió a su todavía mujer para proferir su última amenaza.

—Y sobre a lo que a ti se refiere, ni creas que voy a dejar que te lleves un solo céntimo de mis cuentas. Te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano, para destruirte y dejarte en la miseria más absoluta. Y sabes *querida*, que tengo los medios para hacerlo. Además, te recomendaría que ataras en corto a la bastarda de tu hija, porque no me va a temblar la mano si tengo que destruirla a ella también.

Y Alonso, cansado de las viles amenazas de ese cobarde despreciable hacia dos mujeres, bajó un peldaño de las escaleras para enfrentarse a él.

—Que sepa, que tanto Noa como Cayetana ya no se encuentran solas e indefensas. Si piensa en tocarles un solo pelo, primero tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Y del mío. —Subscribió Julián uniéndose al guía. —Deja de ser el cobarde rastrero que siempre has sido Diego, y ten los redaños de enfrentarte a dos hombres hechos y derechos. No te escudes tras tus patéticos chantajes, y afronta de una vez que has perdido dejándonos en paz.

— ¡Ni lo sueñes!—declaró seguro de sus bazas.

Y de pronto, los tres miraron a Noa que se reía complacida, por poder asestar el golpe final hacia el hombre que tanto los había hecho sufrir. Contenta al fin de poder ponerlo en su lugar, y que probase una vez en la vida de su propia medicina.

—Vuelves a equivocarte, Diego Montalbo. —señaló gozosa de poder vengarse al fin. —Me has enseñado bien todos estos años, y al igual que tú, tengo un as bajo la manga. Por lo que te sugiero, que sigas el consejo que te ha dado Julián y te marches de aquí sin hacer ruido. También te convendría que le cedieras el divorcio a mi madre sin ninguna oposición, pagándole con la mitad de tus bienes por todos estos años de calvario a tu lado. Y no vuelvas a aparecer en nuestras vidas nunca más. Te aseguro que es un precio muy bajo a pagar, en comparación con lo que yo te podría hacer.

—Mira como tiemblo, niña malcriada. —La retó creyendo que iba de farol. — ¿Qué vas a hacer si he decidido no hacer caso?

Noa bajó las escaleras sonriendo con pedantería, mientras se acercaba a su padre. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, se limitó a mirarse una uña con gran atención, demostrándole con ello el desprecio y el escaso interés que el hombre le producía.

—Nada que no te merezcas, *papi*. No sabes lo feliz que me haría ofrecerle a Julián...— y aquí lo miró con frialdad recalcando las palabras. — *Juez de la Audiencia Nacional...* todos los documentos que mi hermano, tú hijo, hizo copia de tus chanchullos y tejemanejes durante los años que trabajó contigo. Y que tuvo durante todo este tiempo a muy buen recaudo, en una caja de seguridad de un banco. Al que por cierto, únicamente yo tengo acceso, gracias a la llave que me dio el mismo día que murió. Estoy segura que tanto Daniel como los aquí presentes, estaría encantado de ver a su padre, el hombre que le arruinó la vida, ingresar en prisión por todas las irregularidades de sus empresas. Empezando por estafas, cohecho, apropiación indebida, blanqueo de capitales, fraude fiscal y de la seguridad social, tráfico de influencias... —y elevando en ese momento una ceja para mirarlo directamente a los ojos, preguntó. — ¿Quieres que siga?

Diego tragó saliva con fuerza mientras el color desaparecía de su cara, instante que Noa aprovechó para chasquear la lengua y después sonreír. Aunque no había nada de alegría en esa sonrisa, al contrario, lo único que expresó fue pesar.

—Sabía que captaría tu atención. —Expuso sintiendo una enorme pena por su padre. —Cómo bien ha dicho mamá, no eres bien recibido aquí, así que coge toda tu basura y vete con ella. —Y se giró para volver a subir los peldaños y abrazarse a Alonso, el cual la besó con orgullo en la frente, para a continuación mirarlo con frialdad. — Sé que el sentimiento es mutuo, por tanto, no te costará en absoluto desaparecer de nuestras vidas para siempre. Y cómo también sé que algo de inteligencia te queda, para no intentar nada contra nosotros, solo me queda la esperanza de que a las personas cómo tú, la vida les recompense en su final muriendo solos y abandonados como perros, pues no es más de lo que te mereces. Ya que a pesar de estar podrido de dinero, intoxicas y corrompes todo lo que tocas, por lo que no habrá nadie que pueda tener un pequeño sentimiento de cariño sincero hacia ti. Tú solito te has encargado de eso.

Y dicho esto, se giró para entrar en el hotel y comenzar una nueva vida, rodeada de las personas realmente importantes para ella. Dejando atrás el dolor y el sufrimiento que nada le aportaban, junto con el hombre que derrotado, miraba como había perdido lo que nunca había tenido.

FIN.